LAS GLORIAS DE MARÍA



San Alfonso María de Ligorio

SÚPLICA DEL AUTOR A JESÚS Y A MARÍA

Amado Redentor y Señor mío Jesucristo, yo indigno siervo tuyo, sabiendo el placer que te proporciona quien trata de glorificar a tu Madre santísima, a la que tanto amas y tanto deseas ver amada y honrada por todos, he pensado publicar este libro mío que habla de sus glorias.

Y pues con tanto afán tomas la gloria de esta Madre, a nadie más digno que a ti puedo dedicarlo. Te lo dedico y encomiendo. Recibe este mi pequeño obsequio, muestra del amor que te tengo a ti y a esta tu amada Madre. Protégelo haciendo llover luces de confianza y llamaradas de amor por esta Virgen inmaculada sobre aquellos que lo lean, ya que a ella la has constituido esperanza y refugio de todos los redimidos. Y en premio de este humilde trabajo, concédeme, te ruego, tanto amor a María cuanto he deseado encender en los corazones de quienes lo leyeren.

Y ahora me dirijo a ti, dulcísima Señora y Madre mía María. Bien sabes que después de Jesús, en ti tengo puesta toda mi esperanza de mi eterna salvación; porque reconozco que todas las gracias de que Dios me ha colmado, como mi conversión, mi vocación a dejar el mundo y todas las demás gracias las he recibido de Dios por tu medio. Y sabes que yo, por verte amada de todos como lo mereces y por darte muestras de gratitud por tantos beneficios como me has

otorgado, he procurado predicar siempre e inculcar a todos, en público y en privado, tu dulce y saludable devoción.

Yo espero seguir así hasta el último instante de mi vida; pero mi avanzada edad y mi quebrantada salud me dicen que voy acercándome al fin de mi peregrinación y a mi entrada en la eternidad. Por esto he pensado, antes de morir, dejar al mundo mi libro, a fin de que prosiga en lugar mío predicándote y animando a otros a publicar tus glorias y el gran amor que usas con tus devotos.

Espero, amada Reina mía, que este sencillo obsequio, aunque bien poca cosa para lo que tú mereces, sea agradable a tu agradecido corazón, porque todo él es ofrenda de amor. Extiende sobre él tu mano, con la que me has librado del mundo y del infierno, acéptalo y protégelo como propiedad tuya.

Aspiro a que me recompenses por este humilde obsequio así: que yo te ame de hoy en adelante cada día mejor y que cada uno de los que tengan esta obra en sus manos quede inflamado en tu amor, se acreciente en ellos el deseo de amarte y de verte amada de todos y se dediquen con todo fervor a predicar y promover cuanto más puedan tus alabanzas y la confianza en tu poderosísima intercesión. Así lo espero, así sea.

Tu amantísimo, aunque indigno siervo,

Alfonso de Ligorio del Santísimo Redentor

MANIFIESTO DEL AUTOR

Por si alguno creyera demasiado avanzada alguna proposición escrita en este libro, declaro haberla dicho y entendido en el sentido que le da la Santa Iglesia Católica y la sana Teología. Por ejemplo, al llamar a María "Mediadora", mi intención ha sido llamarla tan sólo MEDIADORA DE GRACIA, a diferencia de Jesucristo, que es el primero y único mediador de justicia. Llamando a María "Omnipotente" (como, por lo demás, la han llamado san Juan

Damasceno, san Pedro Damiano, san Buenaventura, Cosme de Jerusalén y otros), he pretendido llamarla así en cuanto que ella, como Madre de Dios, obtiene de él cuanto le pide en beneficio de sus devotos, puesto que ni de éste ni de ningún atributo divino puede ser capaz una pura criatura como lo es María. Llamando, en fin, a María nuestra “Esperanza”, entiendo llamarla tal porque todas las gracias (como entiende san Bernardo) pasan por sus manos.

ADVERTENCIAS AL LECTOR

A fin de no exponer mi obra a ninguna censura de críticos harto exigentes, he juzgado oportuno esclarecer una proposición que, al parecer, pudiera considerarse atrevida o demasiado oscura. Algunas más hubiera podido aquí anotar; pero si por ventura no pasan inadvertidas a tu penetración amable lector, te ruego pienses que han sido dichas y escritas por mí en el sentido que las explica la verdadera y sólida Teología, las entiende la Santa Iglesia Católica Romana, de la cual me declaro hijo obediente.

Hablando en la Introducción de la doctrina que se expone en el capítulo V de esta obra, he dicho que Dios quiere que todas las gracias nos vengan por medio de María.

Verdad muy consoladora, tanto para las almas que aman tiernamente a María como para los pecadores que desean convertirse. No se crea que esta doctrina es contraria a la sana Teología, porque el padre de ella, san Agustín, dice, como sentencia universal, que María cooperó con su caridad al nacimiento espiritual de todos los miembros de la Iglesia: "Madre ciertamente espiritual. no de nuestra cabeza, que es Cristo, de la cual más bien ella ha nacido espiritualmente: porque todos los que en él creen, entre los cuales se encuentra, con verdad son llamados hijos del esposo; sino plenamente Madre de sus miembros que somos nosotros, porque cooperó con su amor a que nacieran los fieles en la Iglesia, los que son miembros de su cabeza". Y un célebre autor, nada sospechoso de exageraciones ni inclinado a caer en falsas devociones, añade: "Habiendo propiamente formado nuestro Señor en el Calvario su santa Iglesia, es claro que la Virgen Santa ha cooperado de una manera excelente y singular a esta formación. Y de la misma manera puede también decirse que si María dio a luz sin dolor a Jesucristo, cabeza de la Iglesia, no sin gran dolor engendró del cuerpo mismo, del cual Cristo es la cabeza. Así es como en el Calvario comenzó María a ser de modo particular Madre de toda la Iglesia".

En una palabra, el Dios santísimo, para glorificar a la Madre del Redentor, ha determinado y dispuesto con gran caridad interponga sus plegarias a favor de todos aquellos por los que su divino Hijo ha pagado y ofrecido el sobreabundante precio de su sangre preciosa, en el cual únicamente está nuestra salvación, vida y resurrección.

Fundado en esta doctrina y cuanto concuerda con ella, he intentado explicar mis proposiciones (Parte I., c.5), las cuales, los santos, en coloquios llenos de amor por María y en sus fervorosas predicaciones, no han tenido ninguna dificultad en confirmar. Por lo que un santo padre, conforme al célebre Vicente Contenson, ha escrito: “En Cristo está la plenitud de la gracia como en la cabeza de la que fluye; en María, como en el cuello que la transmite”. Y esto lo confirma claramente el angélico maestro santo Tomás diciendo: “Por tres razones se dice que la bienaventurada Virgen está llena de gracia... La tercera por cuanto por ella se difunde a todos los hombres.

Gran cosa es que cada santo posea tanta gracia que sobrara para la salvación de muchos, pero para tener tanta gracia que bastara para la salvación de todos los hombres del mundo, esto es lo sumo; y esto se da en Cristo y en la bienaventurada Virgen, pues en cualquier peligro se puede obtener la salvación con la ayuda de esta Virgen gloriosa. Por eso se dice que ella en el Cantar de los cantares: ‘Mil escudos’. Es decir, auxilios contra los peligros ‘penden de ella’. De igual manera, en todas las obras virtuosas la puedes tener de ayudadora, que por eso ella dice (Eclo 24): ‘En mí toda esperanza de vida y de virtud’”.

INTRODUCCIÓN

Querido lector y hermano mío en María: la devoción que me ha movido a escribir este libro y ahora te mueve a ti a leerlo, nos hacen hijos afortunados de esta buena Madre; si acaso oyes que me he fatigado en vano componiéndolo habiendo ya tantos y tan celebrados que tratan del mismo asunto, responde, te lo ruego, con las palabras que dejó escritas el abad Francón en la biblioteca de los Padres: que alabar a María es una fuente tan abundante que cuanto más se saca de ella tanto más se llena, y cuanto más se llena tanto más se difunde. Viene a decir que esta Virgen bienaventurada es tan grande y sublime, que por más alabanzas que se le hagan, muchas más le quedan por recibir. De tal manera que, al decir de san Agustín, no bastan para alabarla como se merece las lenguas de todos los hombres, aunque todos sus miembros se convirtieran en lenguas.

He leído innumerables libros, grandes y pequeños, que tratan de las glorias de María; pero considerando que éstos eran o raros o voluminosos, y no según mi propósito, he procurado recoger brevemente en este libro, de entre los autores que han llegado a mis manos, las sentencias más selectas y sustanciosas de los santos padres y teólogos.

De este modo los devotos, cómodamente y sin grandes gastos, podrán inflamarse en el amor a María con su lectura. En especial he procurado ofrecer materiales a los sacerdotes para promover con sus predicaciones la devoción hacia nuestra Madre.

Acostumbran los amantes hablar con frecuencia de las personas que aman y alabarlas para cautivar para el objeto de su amor la estima y las alabanzas de los demás. Muy escaso debe ser el amor de quienes se vanaglorian de amar a María, pero después no piensan demasiado en hablar de ella y hacerla amar de los demás. No actúan así los verdaderos amantes de nuestra Señora. Ellos quieren alabarla sobre todo y verla muy amada por todos. Por eso, siempre que pueden, en público y en privado, tratan de encender en el corazón de todas aquellas benditas llamas de amor a su amada Reina, en las que se sienten inflamados.

Para que cada uno se persuada de cuánto importa para su bien y el de los pueblos promover la devoción a María, ayudará escuchar lo que dicen los doctores. Dice san Buenaventura que quienes se afanan en propagar las glorias de María tienen asegurado el paraíso. Y lo confirma Ricardo de San Lorenzo al decir que honrar a esta Reina de los Ángeles es conquistar la vida eterna. Porque nuestra Señora, la más agradecida, añade el mismo, se empeñará en honrar en la otra vida al que en esta vida no dejó de honrarla. ¿Quién no conoce la promesa de María en favor de los que se dedican a hacerla conocer y amar? La santa Iglesia le hace decir en la fiesta de la Inmaculada Concepción: “Los que me esclarecen, obtendrán la vida eterna” (Eclo 24, 31). “Regocíjate, alma mía –decía san Buenaventura, que tanto se esforzó en pregonar las alabanzas de María–; salta de gozo y alégrate con ella, porque son muchos los bienes preparados para los que la ensalzan”. Y puesto que las sagradas Escrituras, añadía, alaban a María, procuremos siempre celebrar a esta divina Madre con el corazón y con la lengua para que al fin nos lleve al reino de los bienaventurados.

Se lee en las revelaciones de santa Brígida que, acostumbrando el obispo B. Emigdio a comenzar sus predicaciones con alabanzas a María, se le apareció la Virgen a la santa y le dijo: Hazle saber a ese prelado que comienza sus predicaciones alabándome, que yo quiero ser para él una madre, tendrá una santa muerte y yo presentaré su alma al Señor. Y, en efecto, aquel santo murió rezando y con una paz celestial. A otro religioso dominico, que terminaba sus predicaciones hablando de María, se le apareció en la hora de la muerte, lo defendió del demonio, lo reconfortó y llevó consigo su alma al paraíso. El piadoso Tomás de Kempis presentaba a María recomendando a su Hijo a quienes pregonan sus alabanzas, y diciendo así: "Hijo, apiádate del alma de quien te amó a ti y a mí me alabó".

Por lo que mira al provecho de los fieles, dice san Anselmo que habiendo sido el sacrosanto seno de María el camino del Señor para salvar a los pecadores, no puede ser que al oír las predicaciones sobre María no se conviertan y se salven los pecadores.

Y si es verdadera la sentencia, como yo por verdadera la tengo y lo probaré en el capítulo V, que todas las gracias se dispensan sólo por manos de María y que todos los que se salvan sólo se salvan por mediación de esta divina Madre, se ha de concluir necesariamente que de predicar a María y confiar en su intercesión depende la salvación de todos. Así santificó a Italia san Bernardino de Siena; así convirtió provincias santo Domingo; así san Luis

Beltrán en todas sus predicaciones no dejaba de exhortar a la devoción a María; y así tantos y tantos.

El P. Séñeri el joven, célebre misionero, en todas sus misiones predicaba sobre la devoción a María, y a ésta la llamaba su predicación predilecta. Y nosotros (los redentoristas) en nuestras misiones, en que tenemos por regla inviolable el no dejar nunca el sermón de la Señora, podemos atestiguar con toda verdad que ninguna predicación produce tanto provecho y compunción en los pueblos como ésta de la misericordia de María. Digo "de la misericordia de María" porque, como dice san Bernardo: "Alabamos su humildad, admiramos su virginidad, pero a los indigentes les sabe más dulce su misericordia: a la misericordia nos abrazamos con amor, la recordamos con frecuencia y más a menudo la invocamos".

Por eso dejo para otros describir los grandes privilegios de María, que yo, sobre todo, voy a hablar de su gran compasión y de su poderosa intercesión. Para eso he recogido durante años y con mucho trabajo cuanto he podido de lo que los santos padres y otros célebres escritores han dicho de la misericordia y del poder de María. Y ya que en la excelente oración de la Salve Regina, aprobada por la santa Iglesia y que manda rezar a los clérigos la mayor parte del año, se encuentran descritas maravillosamente la misericordia y el poder de la Virgen santísima, me he propuesto exponer en varios capítulos esta devotísima oración. He creído además hacer algo muy agradable a los devotos de María, añadiéndole lecturas o discursos sobre las fiestas principales y sobre las virtudes de esta divina Madre. Y añadiendo al final las

prácticas de devoción más frecuentes usadas por sus devotos y aprobadas por la Iglesia.

Piadoso lector, si como lo espero, es de tu agrado esta mi obrita, te ruego me encomiendes a la Virgen santa para que me dé una gran confianza en su protección.

Pide para mí esta gracia, que yo pediré para ti también, quien quiera que seas que me hagas esta caridad, las mismas gracias.

Dichoso el que se aferra con amor y confianza a estas dos áncoras de salvación, quiero decir a Jesús y a María; ciertamente que no se perderá.

Digamos, pues, de corazón juntos, lector mío, con el devoto Alonso Rodríguez: "Jesús y María, mis dulcísimos amores, por vosotros padezca, por vosotros muera; que sea todo vuestro y nada mío". Amemos a Jesús y a María y hagámonos santos, que no hay mayor dicha que podamos esperar y obtener de Dios.

Adiós, hasta que nos veamos en el paraíso a los pies de nuestra Madre y de su Hijo, alabándolos, agradeciéndoles y amándoles juntos, cara a cara, por toda la eternidad.

Amén.

ORACIÓN A LA VIRGEN PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE

María, dulce refugio de los pecadores,

cuando mi alma esté para dejar este mundo,

Madre mía, por el dolor que sentiste

asistiendo a vuestro Hijo que moría en la cruz,

asísteme también con tu misericordia.

Arroja lejos de mí a los enemigos infernales

y ven a recibir mi alma

y presentarla al Juez eterno.

No me abandones, Reina mía.

Tú, después de Jesús, has de ser

quien me reconforte en aquel trance.

Ruega a tu amado Hijo que me conceda,

por su bondad, morir abrazado a sus pies

y entregar mi alma

dentro de sus santas llagas, diciendo:

Jesús y María, os doy el corazón y el alma mía.

PRIMERA PARTE

SOBRE LA "SALVE REGINA"

· **EXPLICACIÓN Y COMENTARIO DE LA ORACIÓN "SALVE REGINA"**

· ***MARÍA CONSIGUE PARA SUS DEVOTOS ABUNDANCIA DE DONES Y FAVORES.***

Capítulo I

MARÍA, NUESTRA MADRE Y REINA

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia

I

Nuestra confianza en María ha de ser grande, por ser ella la Madre de la misericordia

1. María es Reina con su Hijo Jesús

Habiendo sido exaltada la Virgen María como Madre del Rey de reyes, con toda razón la santa Iglesia la honra y quiere que sea honrada por todos por el título glorioso de reina. Si el Hijo es Rey, dice san Atanasio, con toda razón la Madre debe tenerse por Reina y llamarse Reina y Señora. Desde que María, añade san Bernardino se Siena, dio su consentimiento aceptando ser Madre del Verbo eterno, desde ese instante mereció ser la reina del mundo y de todas las criaturas. Si la carne de María, reflexiona san Arnoldo

abad, no fue distinta de la de Jesús, ¿cómo puede estar la madre separada del reinado de su hijo? Por lo que debe pensarse que la gloria del reinado no sólo es común entre la Madre y el Hijo, sino que es la misma.

Y si Jesús es rey del universo, reina también lo es María. De modo que, dice san Bernardino de Siena, cuantas son las criaturas que sirven a Dios, tantas son las que deben servir a María, ya que los ángeles, los hombres y todas las cosas del cielo y de la tierra, estando sujetas al dominio de Dios, están también sometidas al dominio de la Virgen. Por eso el abad Guérrico, contemplando a la Madre de Dios, le habla así:

“Prosigue, María, prosigue segura con los bienes de tu Hijo, gobierna con toda confianza como reina, madre del rey y su esposa”. Sigue pues, oh María, disponiendo a tu voluntad de los bienes de tu Hijo, pues al ser madre y esposa del rey del mundo, se te debe como reina el imperio sobre todas las criaturas.

2. María es Reina de misericordia

Así que María es Reina; pero no olvidemos, para nuestro común consuelo, que es una reina toda dulzura y clemencia e inclinada a hacernos bien a los necesitados. Por eso la santa Iglesia quiere que la saludemos y la llamemos en esta oración Reina de misericordia. El mismo nombre de reina, conforme a san Alberto Magno, significa piedad y providencia hacia los pobres; a diferencia del nombre de emperatriz, que expresa más bien severidad y rigor. La excelencia del rey y de la reina consiste en aliviar a los miserables, dice Séneca. Así como los tiranos, al mandar, tienen como objetivo su propio provecho, los reyes, en cambio, deben tener por finalidad el bien de sus vasallos. De ahí que en la consagración de los reyes se ungen sus cabezas con aceite, símbolo de misericordia, para demostrar que ellos, al reinar, deben tener ante todo pensamientos de piedad y beneficencia hacia sus vasallos.

El rey debe ante todo dedicarse a las obras de misericordia, pero no de modo que dejan de usar la justicia contra los criminales cuando es debido. No obra así María, que aunque reina no lo es de justicia, preocupada del castigo de los malhechores, sino reina de la misericordia, atenta únicamente a la piedad y al perdón de los pecadores.

Por eso la Iglesia quiere que la llamemos expresamente reina de la misericordia.

Reflexionando el gran canciller de París Juan Gerson las palabras de David: "Dos cosas he oído: que Dios tiene el poder y que tuya es, Señor, la misericordia" (Sal 61, 12), dice que fundándose el reino de Dios en la justicia y en la misericordia, el Señor lo ha dividido: el reino de la justicia se lo ha reservado para él, y el reino de la misericordia se lo ha cedido a María, mandando que todas las misericordias que se otorgan a los hombres pasen por las manos de María y se distribuyan según su voluntad. Santo Tomás lo confirma en el prólogo a las Epístolas canónicas diciendo que la santísima Virgen, desde que concibió en su seno al Verbo de Dios y le dio a luz, obtuvo la mitad del reino de Dios al ser constituida reina de la misericordia, quedando para Jesucristo el reino de la justicia.

El eterno Padre constituyó a Jesucristo rey de justicia y por eso lo hizo juez universal del mundo. Así lo cantó el profeta: "Señor, da tu juicio al rey y tu justicia al hijo de reyes" (Sal 71, 2). Esto también lo comenta un docto intérprete, y dice: Señor, tú has dado a tu Hijo la justicia porque la misericordia la diste a la madre del rey. San Buenaventura, parafraseando también ese pasaje, dice: "Da, Señor, tu juicio al rey y tu misericordia a la madre de él". Así, de modo semejante al arzobispo de Praga, Ernesto, dice que el eterno Padre ha dado al Hijo el oficio de juzgar y castigar, y a la Madre el oficio de compadecer y aliviar a los miserables. Así predijo el mismo profeta David que Dios mismo, por así decirlo, consagró a María como reina de la misericordia ungiéndola con óleo de alegría: "Dios te ungió con óleo de alegría" (Sal 44, 8). A fin de que todos los miserables hijos de Adán se alegraran pensando tener en el cielo a esta gran reina llena de unción de misericordia y de piedad para con todos nosotros, como dice san Buenaventura: "María está llena de unción de misericordia y de óleo de piedad, por eso Dios la ungió con óleo de alegría".

3. María, figurada en la reina Esther

San Alberto Magno, muy a propósito, presenta a la reina Esther como figura de la reina María. Se lee en el libro de Esther, capítulo 4, que reinando Asuero salió un decreto que ordenaba matar a todos los judíos. Entonces, Mardoqueo, que era uno de los condenados, confió su salvación a Esther, pidiéndole que intercediera con el rey para obtener la revocación de su sentencia. Al principio, Esther rehusó cumplir ese encargo temiendo el gravísimo enojo de Asuero. Pero Mardoqueo le reconvino y le mandó decir que no pensara en salvarse ella sola, pues el Señor la había colocado en el trono para lograr la salvación de todos los judíos: "No te imagines que por estar en la casa del rey te vas a librar tú sola entre todos los judíos, porque si te empeñas en callar en esta ocasión, por otra parte vendrá el socorro de la liberación de los judíos" (Est 4, 13).

Así dijo Mardoqueo a la reina Esther, y así podemos decir ahora nosotros, pobres pecadores, a nuestra reina María, si por un imposible rehusara impetrarnos de Dios la liberación del castigo que justamente merecemos: no pienses, Señora, que Dios te ha exaltado como reina del mundo sólo para pensar en tu bien, sino

para que desde la cumbre de tu grandeza puedas compadecerte más de nosotros miserables y socorrernos mejor.

Asuero, cuando vio a Esther en su presencia, le preguntó con cariño: “¿Qué deseas pedir, reina Esther?, pues te será concedido. Aunque fuera la mitad de mi reino, se cumplirá” (Est 7, 2). A lo que la reina respondió: “Si he hallado gracia a tus ojos, ¡oh rey!, y si al rey le place, concédeme la vida –este es mi deseo- y la de mi pueblo –ésta es mi petición” (Est 7, 3). Y Asuero la atendió al instante ordenando que se revocase la sentencia.

Ahora bien, si Asuero otorgó a Esther, porque la amaba, la salvación de los judíos,

¿cómo Dios podrá dejar de escuchar a María, amándola inmensamente, cuando ella le ruega por los pobres pecadores? Ella le dice: “Si he encontrado gracia ante tus ojos, rey mío...” Pero bien sabe la Madre de Dios que ella es la bendita, la bienaventurada, la única que entre todos los hombres ha encontrado la gracia que ellos habían perdido.

Bien sabe que ella es la amada de su Señor, querida más que todos los santos y ángeles juntos. Ella es la que le dice: “Dame mi pueblo por el que te ruego”. Si tanto me amas, le dice, otórgame, Señor, la conversión de estos pecadores por los que te suplico.

¿Será posible que Dios no la oiga? ¿Quién desconoce la fuerza que le hacen a Dios las plegarias de María? “La ley de la clemencia gobierna su lengua” (Pr 31, 26). Es ley establecida por el Señor que se use de misericordia con aquellos por los que ruega María.

4. María se vuelca con los más necesitados

Pregunta san Bernardo: ¿Por qué la Iglesia llama a María reina de misericordia? Y

responde: “Porque ella abre los caminos insondables de la misericordia de Dios a quien quiere, cuando quiere y como quiere, porque no hay pecador, por enormes que sean sus pecados, que se pierda si María lo protege”.

Pero ¿podremos temer que María se desdeñe de interceder por algún pecador al verlo demasiado cargado de pecados? ¿O nos asustará, tal vez, la majestad y santidad de esta gran reina? No,

dice san Gregorio; cuanto más elevada y santa es ella, tanto más es dulce y piadosa con los pecadores que quieren enmendarse y a ella acuden". Los reyes y reinas, con la majestad que ostentan, infunden terror y hacen que sus vasallos teman aparecer en su presencia. Pero dice san Bernardo: ¿Qué temor pueden tener los miserables de acercarse a esta reina de misericordia si ella no tiene nada que aterrorice ni nada de severo para quien va en su busca, sino que se manifiesta toda dulzura y cortesía? ¿Por qué ha de temer la humana fragilidad acercarse a María? En ella no hay nada de austero ni terrible. Es todo suavidad ofreciendo a todos leche y lana". María no sólo otorga dones, sino que ella misma nos ofrece a todos la leche de la misericordia para animarnos a tener suma confianza y la lana de su protección para embriagarnos contra los rayos de la divina justicia.

Narra Suetonio que el emperador Tito no acertaba a negar ninguna gracia a quien se la pedía; y aunque a veces prometía más de lo que podía otorgar, respondía a quien se lo daba a entender que el príncipe no podía despedir descontento a ninguno de los que admitía a su presencia. Así decía Tito; pero o mentía o faltaba a la promesa. Mas nuestra reina no puede mentir y puede obtener cuanto quiera para sus devotos. Tiene un corazón tan piadoso y benigno, que no puede sufrir el dejar descontento a quien le ruega. "Es tan benigna –dice Luis Blosio- que no deja que nadie se marche triste". Pero ¿cómo puedes, oh María –le pregunta san Bernardo-, negarte a socorrer a los miserables cuando eres la reina de la misericordia? ¿Y quiénes son los súbditos de la misericordia sino los miserables? Tú eres la reina de la misericordia, y yo, el más miserable pecador, soy el primero de tus vasallos. Por tanto reina sobre nosotros, oh reina de la misericordia". Tú eres la reina de la misericordia y yo el pecador más miserable de todos; por tanto, si yo soy el principal de tus súbditos, tú debes tener más cuidado de

mí que de todos los demás. Ten piedad de nosotros, reina de la misericordia, y procura nuestra salvación.

Y no nos digas, Virgen santa, parece decirle Jorge de Nicomedia, que no puedes ayudarnos por culpa de la multitud de nuestros pecados, porque tienes tal poder y piedad que excede a todas las culpas imaginables. Nada resiste a tu poder, pues tu gloria el Creador la estima como propia, pues eres su madre. Y el Hijo, gozando con tu gloria, como pagándose una deuda, da cumplimiento a todas tus peticiones. Quiere decir que si bien María tiene una deuda infinita con su Hijo por haberla elegido como su madre, sin embargo, no puede negarse que también el Hijo está sumamente agradecido a esta Madre por haberle dado el ser humano; por lo cual Jesús, como por recompensar cuanto debe a María, gozando con su gloria, la honra especialmente escuchando siempre todas su plegarias.

5. A María hemos de recurrir

Cuánta debe ser nuestra confianza en esta Reina sabiendo lo poderosa que es ante Dios, y tan rica y llena de misericordia que no hay nadie en la tierra que no participe y disfrute de la bondad y de los favores de María. Así lo reveló la Virgen María a santa Brígida: "Yo soy –le dijo la reina del cielo y madre de la misericordia- la alegría de los justos y la puerta para introducir los pecadores a Dios. No hay en la tierra pecador tan desventurado que se vea privado de la misericordia mía. Porque si otra gracia por mí no obtuviera, recibe al menos la de ser menos tentado de los demonios de lo que sería de otra manera. No hay ninguno tan alejado de Dios, a no ser que del todo estuviese maldito –se entiende con la final reprobación de los condenados-; ninguno que, si me invocare, no vuelva a Dios y alcance la misericordia". Todos me llaman la madre de la misericordia, y en verdad la misericordia de Dios hacia los hombres me ha hecho tan misericordiosa para con ellos. Por eso será desdichado y para siempre en la otra vida el que en ésta, pudiendo recurrir a mí, que soy tan piadosa con todos y tanto deseo ayudar a los pecadores, infeliz no acude a mí y se condena.

Acudamos, pues, pero acudamos siempre a las plantas de esta dulcísima reina si queremos salvarnos con toda seguridad. Y si nos espanta y desanima la vista de nuestros pecados, entendamos que María ha sido constituida reina de la misericordia para salvar con su protección a los mayores y más perdidos pecadores que a ella se encomiendan. Éstos han de ser su corona en el cielo como lo declara su divino esposo:

"Ven del Líbano, esposa mía; ven del Líbano, ven y serás coronada... desde las guaridas de leones, desde los montes de

leopardos" (Ct 4, 8). ¿Y cuáles son esas cuevas y montes donde moran esas fieras y monstruos sino los miserables pecadores cuyas almas se convierten en cubil de los pecados, los monstruos más deformes que puede haber? Pues bien, comenta el abad Ruperto, precisamente de estos miserables pecadores salvados por su mediación, oh gran reina, te verás coronada en el paraíso, ya que su salvación será tu corona, corona muy apropiada para una reina de misericordia y muy digna de ella. A este propósito, léase el siguiente ejemplo.

EJEMPLO

Conversión de María, la pecadora, en la hora de la muerte Se cuenta en la vida de sor Catalina de San Agustín que en el mismo lugar donde vivía esta sierva de Dios habitaba una mujer llamada María que en su juventud había sido una pecadora y aún de anciana continuaba obstinada en sus perversidades, de modo que, arrojada del pueblo, se vio obligada a vivir confinada en una cueva, donde murió abandonada de todos y sin los últimos sacramentos, por lo que la sepultaron en descampado.

Sor Catalina, que solía encomendar a Dios con gran devoción las almas de los que sabía que habían muerto, después de conocer la desdichada muerte de aquella pobre anciana, ni pensó en rezar por ella, teniéndola por condenada como la tenían todos.

Pasaron cuatro años, y un día se le apareció un alma en pena que le dijo:

– Sor Catalina, ¡qué desdicha la mía! Tú encomiendas a Dios las almas de los que mueren y sólo de mi alma no te has compadecido.

– ¿Quién eres tú? –le dijo la sierva de Dios.

– Yo soy –le respondió –la pobre María que murió en la cueva.

– Pero ¿te has salvado? –replicó sor Catalina.

– Sí, me he salvado por la misericordia de la Virgen María.

– Pero ¿cómo?

– Cuando me vi a las puertas de la muerte, viéndome tan llena de pecados y abandonada de todos, me volví hacia la Madre de Dios y le dije: Señora, tú eres el refugio de los abandonados; ahora yo me encuentro desamparada de todos; tú eres mi única esperanza, sólo tú me puedes ayudar, ten piedad de mí. La santa Virgen me obtuvo un acto de contrición, morí y me salvé; y ahora mi reina me ha otorgado que mis penas se abreviaran haciéndome sufrir en intensidad lo que hubiera debido purgar por muchos años; sólo necesito algunas misas para librarme del purgatorio. Te ruego las mandes celebrar que yo te prometo rezar siempre, especialmente a Dios y a María, por ti.

ORACIÓN A MARÍA, REINA MISERICORDIOSA

Madre de Dios y señora mía, María.

Como se presenta a una gran reina

un pobre andrajoso y llagado,

así me presento a ti, reina de cielo y tierra.

Desde tu trono elevado dígnate

volver los ojos a mí, pobre pecador.

Dios te ha hecho tan rica

para que puedas socorrer a los pobres,

y te ha constituido reina de misericordia

para que puedas aliviar a los miserables.

Mírame y ten compasión de mí.

Mírame y no me dejes;

cámbiame de pecador en santo.

Veo que nada merezco y por mi ingratitud

debiera verme privado de todas las gracias

que por tu medio he recibido del Señor.

Pero tú, que eres reina de misericordia,

no andas buscando méritos,
sino miserias y necesidades que socorrer.

¿Y quién más pobre y necesitado que yo?

Virgen excelsa, ya sé que tú,

siendo la reina del universo,

eres también la reina mía.

Por eso, de manera muy especial,

me quiero dedicar a tu servicio,

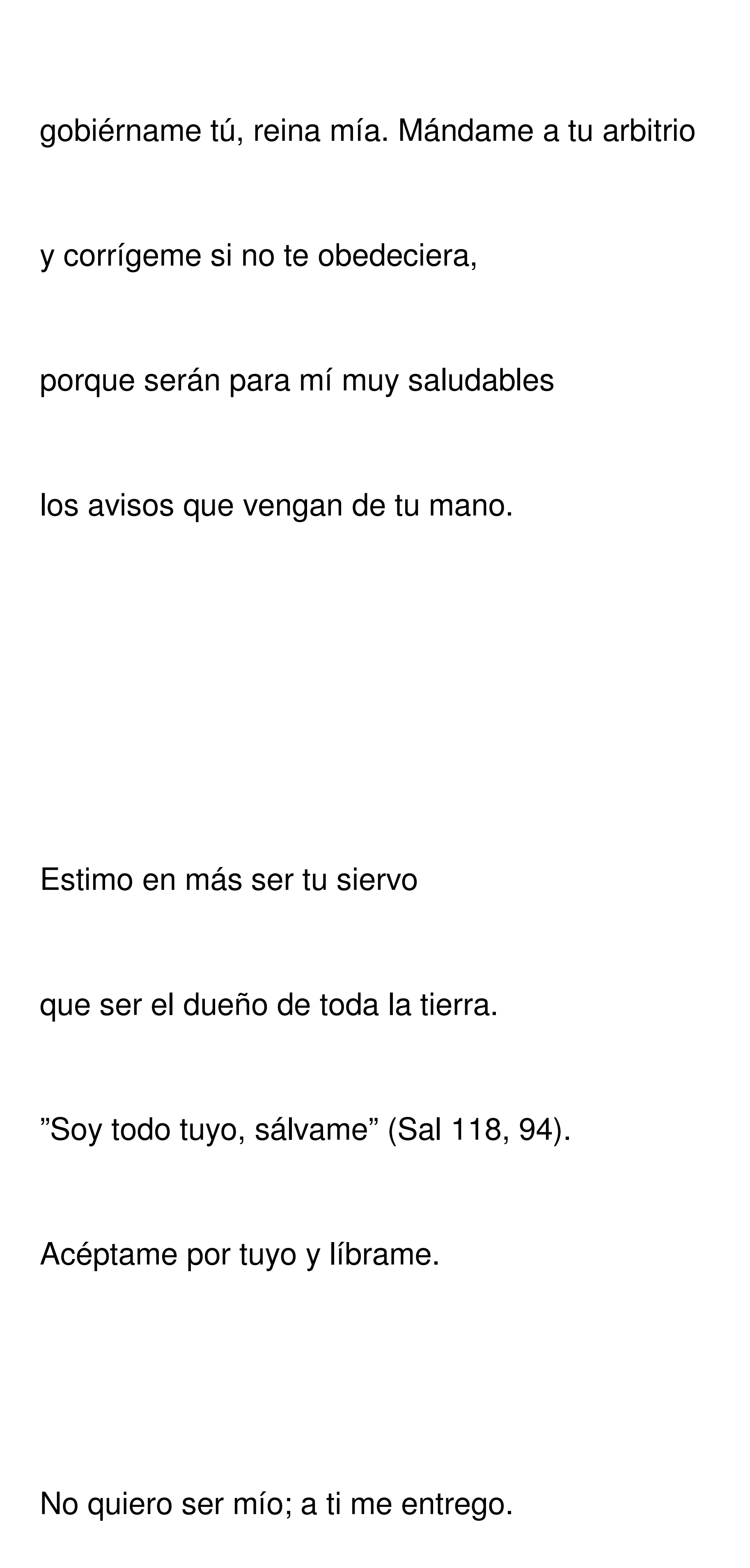
para que dispongas de mí como te agrade.

Te diré con san Buenaventura: Señora,

me pongo bajo tu servicio

para que del todo me moldees y dirijas.

No me abandones a mí mismo;



gobiérname tú, reina mía. Mándame a tu arbitrio

y corrígeme si no te obedeciera,

porque serán para mí muy saludables

los avisos que vengan de tu mano.

Estimo en más ser tu siervo

que ser el dueño de toda la tierra.

”Soy todo tuyo, sálvame” (Sal 118, 94).

Acéptame por tuyo y líbrame.

No quiero ser mío; a ti me entrego.

Y si en lo pasado te serví mal,

perdiendo tan bellas ocasiones de honrarte,

en adelante quiero unirme a tus siervos

los más amantes y más fieles.

No quiero que nadie me aventaje

en honrarte y amarte, mi amable reina.

Así lo prometo y, con tu ayuda,

así espero cumplirlo. Amén. Amén.

II

Nuestra confianza en María es inmensa por ser ella nuestra Madre

1. María es realmente Madre nuestra

No es por casualidad ni en vano los devotos de María la llaman Madre. Diríase que no saben invocarla con otro nombre y no se cansan de llamarla siempre madre. Madre sí, porque de veras es ella nuestra madre, no carnal, sino espiritual, de nuestra alma y de nuestra salvación.

Cuando el pecado privó a nuestras almas de la gracia les privó también de la vida. Y habiendo quedado miserablemente muertas, vino Jesús nuestro redentor, y con un exceso de misericordia y de amor nos recuperó esta vida perdida con su muerte en la cruz, como él mismo lo declaró: “Vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). “En abundancia”, porque como dicen los teólogos, Jesucristo con su redención nos trajo bienes capaces de reparar absolutamente los daños que nos causó Adán con su pecado. Y así, reconciliándonos con Dios, se convirtió en padre de nuestras almas en la nueva ley de la gracia, como ya lo había predicho el profeta:

“Padre del siglo futuro, príncipe de la paz” (Is 9, 6). Pues si Jesús es el padre de nuestras almas, María es la madre, porque dándonos a Jesús nos dio la verdadera vida, y ofreciendo en el Calvario la vida de su Hijo por nuestra salvación fue como darnos a luz y hacernos nacer a la vida de la gracia.

2. María, Madre nuestra por serlo de Jesús

En dos momentos distintos, enseñan los santos padres, se demostró que María era nuestra madre espiritual; primero, cuando mereció concebir en su seno virginal al Hijo de Dios, como dice san Alberto Magno. Y más claramente san Bernardino de Siena, quien lo explica así: Cuando la santísima Virgen dio su consentimiento a la anunciación del ángel de que el Verbo eterno esperaba su aprobación para hacerse su Hijo, al dar su asentimiento pidió a Dios, con inmenso amor, nuestra salvación; y de tal manera se empeño en procurárnosla, que ya desde entonces nos llevó en su seno como amorosísima y verdadera madre. Dice san Lucas en el capítulo 2, versículo 7, hablando del nacimiento de nuestro Salvador, que María dio a luz a su primogénito. Así que, dice al autor, si el evangelista afirma que entonces dio a luz a su primogénito, ¿se habrá de suponer que tuvo otros hijos? Pero es de fe que María no tuvo otros hijos según la carne fuera de Jesús;

luego debió tener otros hijos espirituales, y éstos somos todos nosotros. Esto mismo reveló el Señor a santa Gertrudis, la cual, leyendo un día dicho pasaje del Evangelio estaba confusa, no pudiendo entender cómo siendo María madre solamente de Jesucristo, se puede decir que éste fue su primogénito. Pero Dios le explicó que Jesús fue su primogénito según la carne, pero los hombres son sus hijos según el espíritu.

Con esto se comprende lo que se dice de María en los Sagrados cantares: “Es tu vientre como montoncito de trigo cercado de azucenas” (Ct 7, 2). Lo explica san Ambrosio, y dice que si bien en el vientre purísimo de María hubo un solo grano de trigo, que fue Jesucristo, sin embargo, se dice montoncito de trigo, porque en aquel sólo grano de trigo estaban contenidos todos los elegidos, de los que María debía ser la madre. Por esto escribió el abad Guillermo: “En este único fruto, Jesús, único salvador de todos, María dio a luz a muchos para la salvación. Dando a luz a la vida, dio a luz a muchos para la vida”.

3. María, Madre nuestra por su dolor al pie de la cruz

El segundo momento en que María nos engendró a la gracia fue cuando en el Calvario ofreció al eterno Padre, con tanto dolor la vida de su amado Hijo por nuestra salvación.

Es entonces, asegura san Agustín, cuando habiendo cooperado con su amor para que los fieles nacieran a la vida de la gracia, se hizo igualmente con esto madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de nuestra cabeza, Jesús. Es lo mismo que significa lo que dice la Virgen de sí misma en el Cantar de los cantares: "Pusiéronme a guarda de viñas; y mi propia viña no guardé" (Ct 1, 5). María, por salvar nuestras almas, consintió que se sacrificara la vida de su Hijo. ¿Y quién era el alma de María sino su Jesús, que era su vida y todo su amor? Por esto le anunció el anciano Simeón que un día su bendita alma se vería traspasada de una espada muy dolorosa. "Y tu misma alma será traspasada por una espada de dolor" (Lc 2, 35). Esa espada fue la lanza que traspasó el costado de Cristo, que era el alma de María. En aquella ocasión, con sus dolores, nos dio a luz para la vida eterna, por lo que todos podemos llamarnos hijos de los dolores de María. Nuestra madre amorosísima estuvo siempre y del todo unida a la voluntad de Dios, por lo que –dice san Buenaventura- siendo ella el amor del eterno Padre hacia los hombres que aceptó la muerte de su Hijo por nuestra salvación, y el amor del Hijo al querer morir por nosotros para identificarse con este amor excesivo del Padre y del Hijo hacia los hombres, ella también, con todo su corazón, ofreció y consintió que su Hijo muriera para que todos nos salváramos.

Es verdad que Jesús, al morir por la redención del género humano, quiso ser solo. "Yo solo pisé el lagar" (Is 63, 3); pero conociendo el gran deseo de María de dedicarse ella también a la salvación de los hombres, dispuso que también ella, con el sacrificio y con el

ofrecimiento de la vida de Jesús, cooperase a nuestra salvación y así llegara a ser madre de nuestras almas. Esto es aquello que quiso manifestar nuestro Salvador cuando, antes de expirar, mirando desde la cruz a la madre y al discípulo Juan que estaba a su lado, dijo a María: “Mujer, he ahí a tu hijo” (Jn 19, 26); como si le dijese: Este es el hombre que por el ofrecimiento que tú has hecho de mi vida por su salvación, ahora nace a la gracia. Y después, mirando al discípulo dijo: “He ahí a tu madre” (Jn 19, 27). Con cuyas palabras, dice san Bernardino de Siena, María quedó convertida no sólo en madre de Juan, sino de todos los hombres, en razón del amor que ella les tuvo. Por eso –advierte Silveira- que el mismo san Juan, al anotar este acontecimiento en el Evangelio, escribe: “Después dijo al discípulo: He aquí a tu madre”. Hay que anotar que Jesucristo no le dijo esto a Juan, sino al discípulo, para demostrar que el Salvador asignó a María por madre de todos los que siendo cristianos llevan el nombre de discípulos suyos.

4. María ejerce su maternal protección

“Yo soy la madre del amor hermoso” (Ecclo 24, 24), dice María; porque su amor, dice un autor, hace hermosas nuestras almas a los ojos de Dios y consigue como madre amorosa recibirnos por hijos. ¿Y qué madre ama a sus hijos y procura su bien como tú, dulcísima

reina nuestra, que nos amas y nos haces progresar en todo? Más –sin comparación, dice san Buenaventura- que la madre que nos dio a luz, nos amas y procuras nuestro bien.

¡Dichosos los que viven bajo la protección de una madre tan amante y poderosa! El profeta David, aun cuando no había nacido María, ya buscaba la salvación de Dios proclamándose hijo de María, y rezaba así: “Salva al hijo de tu esclava” (Sal 85, 16).

¿De qué esclava –exclama san Agustín- sino de la que dijo: He aquí la esclava del Señor? ¿Y quién tendrá jamás la osadía –dice el cardenal Belarmino- de arrancar estos hijos del seno de María cuando en él se han refugiado para salvarse de sus enemigos? ¿Qué furias del infierno o qué pasión podrán vencerles si confían en absoluto en la protección de esta sublime madre?

Cuentan de la ballena que cuando ve a sus hijos en peligro, o por la tempestad o por los pescadores, abre la boca y los guarda en su seno. Esto mismo, dice Novario, hace la piadosísima madre con sus hijos. Cuando brama la tempestad de las tentaciones, con materno amor como que los recibe y abriga en sus propias entrañas, hasta que los lleva al puerto seguro del cielo. Madre mía amantísima y piadosísima, bendita seas por siempre y sea por siempre bendito el Dios que nos ha dado semejante madre como seguro refugio en todos los peligros de la vida.

La Virgen reveló a santa Brígida que así como una madre si viera a su hijo entre las espadas de los enemigos haría lo imposible por salvarlo, así obro yo con mis hijos, por muy pecadores que sean, siempre que a mí recurran para que los socorra. Así es como venceremos en todas las batallas contra el infierno, y venceremos siempre con toda seguridad recurriendo a la madre de Dios y madre nuestra, diciéndole y suplicándole siempre: “Bajo tu amparo nos acogemos, santa madre de Dios”. ¡Cuántas victorias han conseguido sobre el infierno los fieles sólo con acudir a María con esta potentísima oración! La sierva de Dios sor María del Crucificado, benedictina, así vencía siempre al demonio.

5. María invita a la confianza por su eficaz protección

Estad siempre contentos los que os sentís hijos de María; sabe que ella acepta por hijos suyos a los que quieren ser.

¡Alegraos! ¿Cómo podéis temer perderos si esta madre os protege y defiende? Así, dice san Buenaventura, debe animarse y decir el que ama a esta buena madre y confía en su protección: ¿Qué temes, alma mía? Nada; que la causa de tu eterna salvación no se

perderá estando la sentencia en manos de Jesús, que es tu hermano, y de María, que es tu madre. Con este mismo modo de pensar se anima san Anselmo y exclama:

“¡Oh dichosa confianza, oh refugio mío, Madre de Dios y Madre mía! ¡Con cuánta certidumbre debemos esperar cuando nuestra salvación depende de tan buen hermano y de tan buena madre!”

Esta es nuestra madre que nos llama y nos dice: “Si alguno se siente como niño pequeño, que venga a mí (Pr 9, 4). Los niños tienen siempre en los labios el nombre de la madre, y en cuanto algo les asusta, enseguida gritan: ¡Madre, madre! – Oh María dulcísima y madre amorosísima, esto es lo que quieres, que nosotros, como niños, te llamemos siempre a ti en todos los peligros y que recurramos siempre a ti que nos quieres ayudar y salvar, como has salvado a todos tus hijos que han acudido a ti.

EJEMPLO

Muere santamente un escocés convertido al catolicismo

Se narra en la historia de las fundaciones de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles de un noble joven escocés llamado Guillermo Elphinstone. Era pariente del rey Jacobo, y habiendo nacido en la herejía, seguí en ella; pero iluminado por la gracia divina, que le iba haciendo ver sus errores, se trasladó a Francia, donde con la ayuda de un buen padre, también escocés, y, sobre todo, por la intercesión de la Virgen María, descubrió al fin la verdad, abjuró la herejía y se hizo católico. Fue después a Roma. Un día lo vio un amigo muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa le respondió que aquella noche se le había aparecido su madre, condenada, y le había dicho: “Hijo, feliz de ti que has entrado en la verdadera Iglesia; yo, por haber muerto en la herejía, me he perdido”. Desde entonces se enfervorizó más y más en la devoción a María, eligiéndola por su única madre, y ella le inspiró hacerse religioso, a lo que se obligó con voto. Pero como estaba enfermo, se dirigió a Nápoles para curarse con el cambio de aires. Y en Nápoles quiso Dios que muriese siendo religioso. En efecto, poco después de llegar, cayó gravemente enfermo, y con plegarias y lágrimas impetró de los superiores que lo aceptasen. Y en presencia del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Viático, hizo sus votos y fue declarado miembro de la Compañía de Jesús.

Después de esto, era de ver cómo enternecía a todos con las expresiones con que agradecía a su madre María el haberlo llevado a morir en la verdadera Iglesia y en la casa de Dios, en medio de los religiosos sus hermanos. “¡Qué dicha –exclamaba- morir en

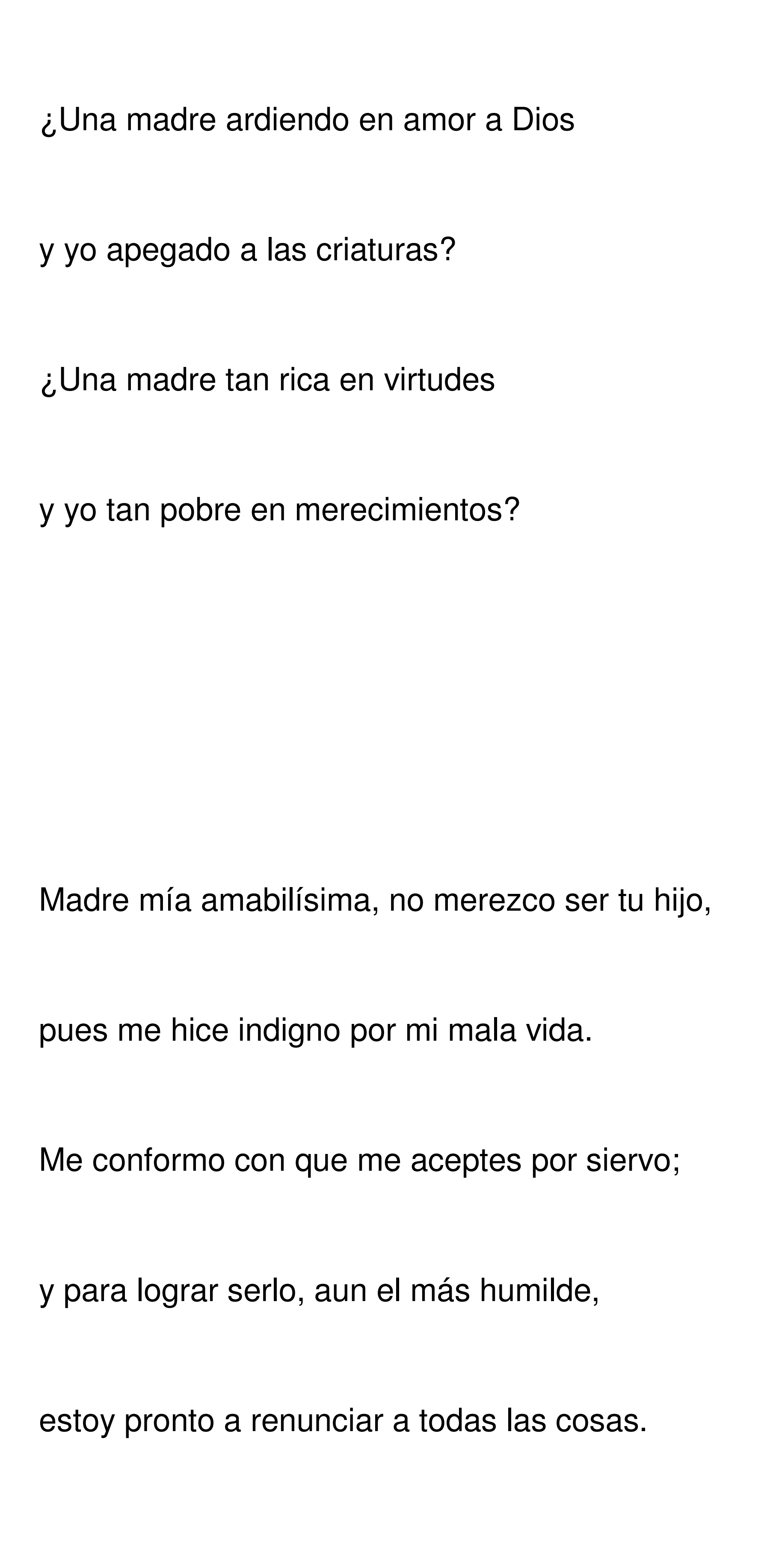
medio de estos ángeles!” Cuando le exhortaban para que tratara de descansar, respondía: “¡No, ya no es tiempo de descansar cuando se acerca el fin de mi vida!” Poco antes de morir dijo a los que le rodeaban: “Hermanos, ¿no veis los ángeles que me acompañan?” Habiéndole oído pronunciar algunas palabras entre dientes, un religioso le preguntó qué decía. Y le respondió que el ángel le había revelado que estaría muy poco tiempo en el purgatorio y que muy pronto iría al paraíso. Después volvió a los coloquios con su dulce madre María. Y diciendo: “¡Madre, madre!”, como niño que se reclina en los brazos de su madre para descansar, plácidamente expiró.

Poco después supo un religioso, por revelación, que ya estaba en el paraíso.

ORACIÓN A MARÍA, MADRE DE LOS PECADORES

Madre mía amantísima, ¿cómo es posible

que teniendo madre tan santa sea yo tan malvado?



¿Una madre ardiendo en amor a Dios

y yo apegado a las criaturas?

¿Una madre tan rica en virtudes

y yo tan pobre en merecimientos?

Madre mía amabilísima, no merezco ser tu hijo,

pues me hice indigno por mi mala vida.

Me conformo con que me aceptes por siervo;

y para lograr serlo, aun el más humilde,

estoy pronto a renunciar a todas las cosas.

Con esto me contento, pero no me impidas
poderte llamar madre mía.
Este nombre me consuela y enternece,
y me recuerda mi obligación de amarte.
Este nombre me obliga a confiar siempre en ti.

Cuanto más me espantan mis pecados
y el temor a la divina justicia,
más me reconforta el pensar
que tú eres la madre mía.
Permíteme que te diga: Madre mía.

Así te llamo y siempre así te llamaré.

Tú eres siempre, después de Dios,

mi esperanza, mi refugio y mi amor

en este valle de lágrimas.

Así espero morir,

confiando mi alma en tus santas manos

y diciéndote: Madre mía, madre mía María;

ayúdame y ten piedad de mí. Amén.

III

El gran amor que nos tiene nuestra madre

1. María, madre de amor

Si María es nuestra madre, bien está que consideremos cuánto nos ama.

El amor hacia los hijos es un amor necesario; por eso –como reflexiona santo Tomás-Dios ha puesto en la divina ley, a los hijos,

el precepto de amar a los padres; mas, por el contrario, no hay precepto expreso de que los padres amen a sus hijos, porque el amor hacia ellos está impreso en la naturaleza con tal fuerza que las mismas fieras, como dice san Ambrosio, no pueden dejar de amar a sus crías. Y así, cuentan los naturalistas, que los tigres, al oír los gritos de sus cachorros, presos por los cazadores, hasta se arrojan al agua en persecución de los barcos que los llevan cautivos. Pues si hasta los tigres, parece decirnos nuestra amadísima madre María, no pueden olvidarse de sus cachorros, ¿cómo podré olvidarme de amaros, hijos míos? "¿Acaso puede olvidarse la mujer de su niño sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidara, yo nunca me olvidaré de ti" (Is 49, 15). Si por un imposible una madre se olvidara de su hijo, es imposible, nos dice María, que yo pueda olvidarme de un hijo mío.

María es nuestra madre, no ya según la carne, como queda dicho, sino por el amor.

"Yo soy la madre del amor hermoso" (Pr 24, 24). El amor que nos tiene es el que la ha hecho madre nuestra, y por eso se gloría, dice un autor, en ser madre de amor, porque habiéndonos tomado a todos por hijos es todo amor para con nosotros.

¿Quién podrá explicar el amor que nos tiene a nosotros miserables pecadores? Dice Arnoldo de Chartes que ella, al morir Jesucristo, deseaba con inmenso ardor morir junto al hijo por nuestro amor. Y así, cuando el Hijo –dice san Ambrosio- colgaba moribundo en la

cruz, María hubiera querido ofrecerse a los verdugos para dar la vida por nosotros.

Pero consideremos los motivos de este amor para que entendamos cuánto nos ama esta buena madre.

2. María, porque ama a Dios, ama a los hombres

La primera razón del amor tan grande que María tiene a los hombres es el gran amor que ella le tiene a Dios. El amor a Dios y al prójimo, como escribe san Juan, se incluyen en el mismo precepto. “Tenemos este mandamiento del Señor, que quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1 Jn 4, 21). De modo que, cuando crece el uno, crece el otro también. Por eso vemos que los santos, que tanto amaban a Dios, han hecho tanto por el amor de sus prójimos. Han llegado a exponer la libertad y hasta la vida por su salvación. Léase lo que hizo san Francisco Javier en la India, donde para ayudar a las almas de aquellas gentes escalaba las montañas, exponiéndose a mil peligros para encontrar a los

paganos en sus chozas y atraerlos a Dios. Un san Francisco de Sales que para convertir a los herejes de la región de Chablais se aventuró durante un año a pasar todos los días un torrente impetuoso, andando sobre un madero, a veces helado, para llegar a la otra ribera y poder predicar a los obstinados herejes. Un san Paulino que se entregó como esclavo para librar al hijo de una pobre viuda. Un san Fidel que por atraer a la fe a unos herejes, predicando perdió la vida. Los santos, porque así amaban a Dios, se lanzaron a hacer cosas tan heroicas por sus prójimos.

Pero ¿quién ha amado a Dios más que María? Ella lo amó desde el primer instante de su existencia más de lo que lo han amado todos los ángeles y santos juntos en el curso de su existencia, como luego veremos considerando las virtudes de María. Reveló la Virgen a sor María del Crucificado que era tal el fuego de amor que ardía en su corazón hacia Dios, que podría abrasar en un instante todo el universo si lo pudieran sentir.

Que en su comparación eran como suave brisa los ardores de los serafines. Por tanto, como no hay entre los espíritus bienaventurados quien ame a Dios más que María, así no puede haber, después de Dios, quien nos ame más que esta amorosísima Madre. Y si se pudiera unir el amor que todas las madres tienen a sus hijos, todos los esposos a sus esposas y todos los ángeles y santos a sus devotos, no alcanzaría el amor que María tiene a una sola alma. Dice el P. Nierembergh que el amor que todas las madres tienen por sus hijos es pura sombra en comparación con el amor que María tiene por cada uno de nosotros. Más nos ama ella sola –añade- que lo que nos aman todos los ángeles y santos.

3. María recibió de Jesús el encargo de amarnos

Además, nuestra Madre nos ama tanto porque Jesús nos ha recomendado a ella como hijos cuando le dijo antes de expirar: “Mujer, he ahí a tu hijo”, entregándole en la persona de Juan a todos los hombres, como ya lo hemos considerado. Estas fueron las últimas palabras que le dijo su Hijo. Los últimos encargos de la persona amada en la hora de la muerte son los que más se estiman, y no se pueden borrar de la memoria.

4. María nos ama por ser fruto de su dolor

También somos hijos muy queridos de María porque le hemos costado excesivos dolores. Las madres aman más a los hijos por los que más cuidados y sufrimientos ha tenido para conservarles la

vida. Nosotros somos esos hijos por los cuales María, para obtenernos la vida de la gracia, ha tenido que sufrir el martirio de ofrecer la vida de su amado Jesús, aceptando, por nuestro amor, el verlo morir a fuerza de tormentos. Por esta sublime inmolación de María, nosotros hemos nacido a la vida de la gracia de Dios. Por eso somos los hijos muy queridos de su corazón, porque le hemos costado excesivos dolores. Así como del amor del eterno Padre hacia los hombres, al entregar a la muerte por nosotros a su mismo Hijo, está escrito: "Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo" (Jn 3, 16), así ahora –dice san Buenaventura- se puede decir de María. "Así nos amó María, que nos entregó a su propio Hijo".

¿Cuándo nos lo dio? Nos lo dio, dice el P. Nierembergh, cuando le otorgó licencia para ir a la muerte. Nos lo dio cuando, abandonado por todos, por odio o por temor, podía ella sola defender muy bien ante los jueces la vida de su Hijo. Bien se puede pensar que las palabras de una madre tan sabia y tan amante de su hijo hubieran podido impresionar grandemente, al menos a Pilato, disuadiéndole de condenar a muerte a un hombre que conocía, y declaró que era inocente.

Pero no; María no quiso decir una palabra a favor de su Hijo para no impedir la muerte, de la que dependía nuestra salvación. Nos lo dio mil y mil veces al pie de la cruz durante aquellas tres horas en que asistió a la muerte de su Hijo, ya que entonces, a cada instante,

no hacía otra cosa que ofrecer el sacrificio de la vida de su Hijo con sumo dolor y sumo amor hacia nosotros, y con tanta constancia que, al decir de san Anselmo y san Antonino, que si hubieran faltado verdugos ella misma hubiera obedecido a la voluntad del Padre (si se lo exigía) para ofrecerlo al sacrificio exigido para nuestra salvación. Si Abrahán tuvo la fuerza de Dios para sacrificar a su hijo (cuando Él se lo ordenó), podemos pensar que, con mayor entereza, ciertamente, lo hubiera ofrecido al sacrificio María, siendo más santa y obediente que Abrahán.

Pero volviendo a nuestro tema, ¡qué agradecidos debemos vivir para con María por tanto amor! ¡Cuán reconocidos por el sacrificio de la vida de su Hijo que ella ofreció con tanto dolor suyo para conseguir a todos la salvación! ¡Qué espléndidamente recompensó el Señor a Abrahán el sacrificio que estuvo dispuesto a hacer de su hijo Isaac! Y nosotros, ¿cómo podemos agradecer a María por la vida que nos ha dado de su Jesús, hijo infinitamente más noble y más amado que el hijo de Abrahán? Este amor de María –al decir de san Buenaventura- nos obliga a quererla muchísimo, viendo que ella nos ha amado más que nadie al darnos a su Hijo único al que amaba más que a sí misma.

5. María nos ama por ser fruto de la muerte de Jesús

De aquí brota otro motivo por el que somos tan amados por María, y es porque sabe que nosotros somos el precio de la muerte de su Jesús. Si una madre viera a uno de sus siervos rescatado por su hijo querido, ¡cuánto amaría a este siervo por este motivo!

Bien sabe María que su Hijo ha venido a la tierra para salvarnos a los miserables, como él mismo lo declaró: “He venido a salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). Y por salvarnos aceptó entregar hasta la vida: “Hecho obediente hasta la muerte” (Flp 2, 8).

Por consiguiente, si María nos amase fríamente, demostraría estimar poco la sangre de su Hijo, que es el precio de nuestra salvación. Se le reveló a la monja santa Isabel que María, que estaba en el templo, no hacía más que rezar por nosotros, rogando al Padre que mandara cuanto antes a su Hijo para salvar al mundo. ¡Con cuánta ternura nos amará después que ha visto que somos tan amados de su Hijo que no se ha desdeñado de comprarnos con tanto sacrificio de su parte!

Y porque todos los hombres han sido redimidos por Jesús, por eso María los ama a todos y los colma de favores. San Juan la vio vestida de sol: “Apareció en el cielo una gran señal, una mujer vestida de sol” (Ap 12, 1). Se dice que estaba vestida de sol porque, así como en la tierra nadie se ve privado del calor del sol, “no hay quien se esconda de su calor” (Sal 28, 7), así no hay quien se vea privado del calor del amor de María, es decir, de su abrasado amor.

¿Y quién podrá comprender jamás –dice san Antonino- los cuidados que esta madre tan amante se toma por nosotros? ¡Cuántos cuidados los de esta Virgen madre por nosotros! ¡A todos ofrece y brinda su misericordia! Para todos abre los senos de su misericordia, dice el mismo santo. Es que nuestra madre ha deseado la salvación de todos y ha cooperado en esta salvación. Es indiscutible –dice san Bernardo- que ella vive solícita por todo el género humano.

Por eso es utilísima la práctica de algunos devotos de María que, como refiere Cornelio a Lápide, suelen pedir al Señor les conceda las gracias que para ellos pide la santísima Virgen, diciendo: "Dame, Señor, lo que para mí pide la Virgen María". Y con razón, dice el mismo autor, pues nuestra Madre nos desea bienes inmensamente mayores de los que nosotros mismos podemos desear. El devoto Bernardino de Bustos dice que más desea María hacernos bien y dispensarnos las gracias, de lo que nosotros deseamos recibirlas. Por eso san Alberto Magno aplica a María las palabras de la Sabiduría: "Se anticipa a los que la codician poniéndose delante ella misma" (Sb 6, 14). María sale al encuentro de los que a ella recurren para hacerse encontradiza antes de que la busquen. Es tanto el amor que nos tiene esta buena Madre –dice Ricardo de San Víctor-, que en cuanto ve nuestras necesidades acude al punto a socorrernos antes de que le pidamos su ayuda.

6. María socorre en especial a quienes la aman

Ahora bien, si María es tan buena con todos, aun con los ingratos y negligentes que la aman poco y poco recurren a ella, ¿cómo será ella de amorosa con los que la aman y la invocan con frecuencia? “Se deja ver fácilmente de los que la aman, y hallar de los que la buscan” (Sb 6, 13). Exclama san Alberto Magno: “¡Qué fácil para los que aman a María encontrarla toda llena de piedad y de amor!” “Yo amo a los que me aman” (Pr 8, 17). Ella declara que no puede dejar de amar a los que la aman. Estos felices amantes de María –afirma el Idiota- no sólo son amados por María, sino hasta servidos por ella.

“Habiendo encontrado a María se ha encontrado todo bien; porque ella ama a los que la aman y, aún más, sirve a los que la sirven”.

Estaba muy grave fray Leonardo, dominico (como se narra en las Crónicas de la Orden), el cual más de doscientas veces al día se encomendaba a esta Madre de misericordia.

De pronto vio junto a sí a una hermosísima reina que le dijo: “Leonardo, ¿quieres morir y venir a estar con mi Hijo y conmigo?” “¿Y quién eres, señora?”, le preguntó el religioso. “Yo soy –le dijo la Virgen- la Madre de la Misericordia; tú me has invocado tatas veces y ya ves que ahora vengo a buscarte. ¡Vámonos al paraíso!” Y ese mismo día murió Leonardo, siguiéndola, como confiamos, al reino bienaventurado.

María, ¡dichoso mil veces quien te ama! “Si yo amo a María –decía san Juan Berchmans, estoy seguro de perseverar y conseguiré de Dios lo que desee”. Por eso el bienaventurado joven no se saciaba de renovarle su consagración y de repetir dentro de sí: “¡Quiero amar a María! ¡Quiero amar a María!”

7. María aventaja en amor aun a los santos que fueron modelo de amor a ella

¡Y cómo aventaja esta buena madre en el amor a todos sus hijos! Ámenla cuanto puedan –dice san Ignacio mártir-, que siempre María les amará más a los que la aman.

Ámenla como un san Estanislao Kostka, que amaba tan tiernamente a ésta su querida madre, que hablando de ella hacía sentir deseos de amarla a cuantos le oían. Él se había inventado nuevas palabras y títulos para celebrarla. No comenzaba acción alguna sin que, volviéndose a alguna de sus imágenes, le pidiera su bendición. Cuando él recitaba el Oficio, el rosario u otras oraciones, las decía con tal afecto y tales expresiones como si hablara cara a cara con María. Cuando oía cantar la Salve se le inflamaba el alma y el rostro. Preguntándole un padre de la Compañía, una vez en que iban a visitar una imagen de la Virgen santísima, cuánto la amaba, le respondió: "Padre ¿qué más puedo decirle? ¡Si ella es mi madre!" Y el padre dijo después que el santo joven profirió esas palabras con tal ternura de voz, de semblante y de corazón, que ya no parecía un joven, sino un ángel que hablase del amor a María. Ámenla como B. Herman, que la llamaba esposa de sus amores porque con ese nombre le había honrado a María. Ámenla como un san Felipe Neri, quien con solo pensar en María se derretía en tan celestiales consuelos que por eso la llamaba sus delicias. Ámenla como un san Buenaventura, que la llamaba no sólo su señora y madre, sino que para demostrar la ternura del afecto que le tenía llegaba a llamarla su corazón y su alma.

Ámenla como aquel gran amante de María, san Bernardo, que amaba tanto a esta dulce madre que la llamaba robadora de corazones, por lo que el santo, para expresar el ardiente amor que le profesaba, le decía: "¿Acaso no me has robado el corazón?" Llámenla "su inmaculada", como la llamaba san Bernardino de Siena, que todos los días iba a visitar una devota imagen para declararle su amor con tiernos coloquios que mantenía con su reina; y por eso, a quien le preguntaba a dónde iba todos los días, le respondía que iba a buscar a su enamorada.

Ámenla cuanto un san Luis Gonzaga, que ardía tanto y siempre en amor a María, que sólo con oír el dulce nombre de su querida madre al instante se le inflamaba el corazón y se le encendía el rostro a la vista de todos. Ámenla cuanto un san Francisco Solano, quien como enloquecido con santa locura en amor a María, acompañándose con una vihuela, se ponía a cantar coplas de amor delante de la santa imagen, diciendo que así como los enamorados del mundo, él le daba la serenata a su amada reina.

Ámenla cuanto la han amado tantos siervos suyos que no sabían qué hacer para manifestarle su amor. El padre Juan de Trejo, jesuita, se preciaba de llamarse esclavo de María, y en señal de esclavitud iba con frecuencia a visitarla en una ermita; y allí, ¿qué hacía? Al llegar derramaba tiernas lágrimas por el amor que sentía a María; después besaba aquel pavimento pensando que era la casa de su amada señora. El P.

Diego Martínez, de la misma Compañía, en sus fiestas, se sentía como transportado al cielo a contemplar cómo allí la celebraban, y decía: “Quisiera tener todos los corazones de los ángeles y de los santos para amar a María como ellos la aman. Quisiera tener la vida de todos los hombres para darla por amor a María”.

Trabajen otros por amarla cuanto la amaba Carlos, hijo de santa Brígida, que decía no haber cosa que le consolara en el mundo como saber que María era tan amada de Dios. Y añadía que con mucho gusto hubiera aceptado todos los sufrimientos imaginables con tal de que María no hubiera perdido ni pudiera perder un punto de su grandeza; y que si la grandeza de María hubiera sido suya, con gusto hubiera renunciado a ella en su favor por ser María la más digna. Deseen hasta dar la vida como prueba de amor a María, como lo deseaba san Alonso Rodríguez. Lleguen finalmente a grabar su nombre en el pecho con agudos hierros, como lo hicieron el religioso Francisco Binancio y Radagunda, esposa del rey Clotario. Y hasta impriman con hierros candentes sobre la carne el amado nombre para que quede mucho más visible y duradero, como lo hicieron en sus transportes de amor sus devotos Bautista Archinto y Agustín de Espinosa, jesuitas.

Hagan por María e imaginen cuanto puede hacer el más fino amante para expresar su amor a la persona amada, que no llegarán a amarla como ella los ama. "Señora mía –dice san Pedro Damiano-, ya sé que eres amabilísima y nos amas con amor insuperable". Sé, señora mía, venía a decir, que nos amas con tal amor que no se deja vencer por ningún otro amor. Estaba una vez san Alonso Rodríguez a los pies de una imagen de María y sintiéndose inflamado de amor hacia la santísima Virgen, rompió a decir: "Madre mía amantísima, ya sé que me amas, pero no me amas tanto como yo a ti". Pero María, como sintiéndose herida en punto de amor, le respondió desde la imagen: "¿Qué dices, Alonso, qué dices? ¡Cuánto más grande es el amor que te tengo que el que tú me tienes!. No hay tanta distancia del cielo a la tierra como de mi amor al tuyo".

Razón tiene san Buenaventura al exclamar: “¡Bienaventurados los corazones que aman a María! ¡Bienaventurados los que la sirven fielmente!” ¡Dichosos los que tienen la fortuna de ser fieles servidores y amantes de esta Madre llena de amor! Sí, porque la reina, agradecida más que nadie, no se deja superar por el amor de sus devotos.

María, imitando en esto a nuestro amorosísimo redentor Jesucristo, con sus beneficios y favores, devuelve centuplicado su amor a quien la ama.

Exclamaré con el enamorado san Anselmo: “¡Que desfallezca mi corazón en constante amor a ti! ¡Que se derrita mi alma!” Arda siempre por ti mi corazón y se consuma del todo en tu amor el alma mía, mi amado salvador Jesús y mi amada madre María. Y ya que sin vuestra gracia no puedo amaros, concededme, Jesús y María, por vuestros méritos, que no por los míos, que s ame cuanto merecéis. Dios mío, enamorado de los hombres, has podido morir por tus enemigos, ¿y vas a negar a quien te lo pide la gracia de amarte y amar a tu Madre santísima?

EJEMPLO

Muerte santa de una pastorcilla

Narra el P. Auriema que una pobra pastorcilla que guardaba su rebaño amaba tanto a María, que toda su delicia consistía en ir a la ermita de nuestra Señora que había en el monte y estarse allí, mientras pastaba el rebaño, hablando y haciendo homenajes a su amada Madre. Como la imagen, que era de talla, estaba desprovista de adornos, como pudo le hizo un manto. Otro día, con flores del campo hizo una guirnalda y subiendo sobre el altar puso la corona a la Virgen, diciendo: “Madre mía, bien quisiera ponerte corona de oro y piedras preciosas, pero como soy pobre recibe de mí esta corona de flores y acéptala en señal del amor que te tengo”. Con éstos y otros obsequios procuraba siempre esta devota jovencita servir y honrar a su amada Señora.

Pero veamos cómo recompensó esta buena Madre las visitas y el amor de esta hija suya.

Cayó la joven pastorcita gravemente enferma, y sucedió que dos religiosos pasaban por aquellos parajes. Cansados del viaje, se pusieron a descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormía, pero ambos tuvieron la misma visión. Vieron una comitiva de hermosísimas doncellas, entre las que descollaba una en belleza y majestad. "¿Quién eres, señora, y dónde vas por estos caminos?", le preguntó uno de los religiosos a la doncella de sin igual majestad. "Soy la Madre de Dios –le respondió- que voy con estas santas vírgenes a visitar a una pastorcilla que en la próxima aldea se halla moribunda y que tantas veces me ha visitado". Dicho esto, desapareció la visión. Los dos buenos siervos de Dios se dijeron: "Vamos nosotros también a visitarla". Se pusieron en camino y pronto encontraron la casita y a la pastorcita en su lecho de paja. La saludaron y ella les dijo: "Hermanos, rogad a Dios que os haga ver la compañía que me asiste". Se arrodillaron y vieron a María que estaba junto a la moribunda con una corona en la mano y la consolaba. Luego las santas vírgenes de la comitiva iniciaron un canto dulcísimo. En los transportes de tan celestial armonía y mientras María hacía ademán de colocarle la corona, la bendita alma de la pastorcita abandonó su cuerpo yendo con María al paraíso.

ORACIÓN PARA ALCANZAR EL AMOR DE MARÍA

¡María, tú robas los corazones!

Señora, que con tu amor y tus beneficios

robas los corazones de tus siervos,

roba también mi pobre corazón

que tanto desea amarte.

Con tu belleza has enamorado a Dios

y lo has atraído del cielo a tu seno.

¿Viviré sin amarte, madre mía?

No quiero descansar hasta estar cierto

de haber conseguido tu amor,

pero un amor constante y tierno

hacia ti, madre mía,

que tan tiernamente me has amado

aun cuando yo era tan ingrato.

¿Qué sería de mí, María,

si tú no me hubieras amado

e impetrado tantas misericordias?

Si tanto me has amado cuando no te amaba,

cuánto confío en tu bondad ahora que te amo.

Te amo, madre mía,

y quisiera un gran corazón que te amara

por todos los infelices que no te aman.

Quisiera una lengua

que pudiera alabarte por mil,

y dar a conocer a todos tu grandeza,

tu santidad, tu misericordia

y el amor con que amas a los que te quieren.

Si tuviera riquezas,

todas quisiera gastarlas en honrarte.

Si tuviera vasallos,

a todos los haría tus amantes.

Quisiera, en fin, si falta hiciera,

dar por ti y por tu gloria hasta la vida.

Te amo, madre mía, pero al tiempo

temo no amarte cual debiera

porque oigo decir que el amor

hace, a los que se aman, semejantes.

Y si yo soy de ti tan diferente,

triste señal será de que no te amo.

¡Tú tan pura y yo tan sucio!

¡Tú tan humilde y yo tan soberbio!

¡Tú tan santa y yo tan pecador!

Pero esto tú lo puedes remediar, María.

Hazme semejante a ti pues que me amas.

Tú eres poderosa para cambiar corazones;

toma el mío y transfórmalo.

Que vea el mundo lo poderosa que eres

a favor de aquellos que te aman.

Hazme digno de tu Hijo, hazme santo.

Así lo espero, así sea.

IV

María es madre de los pecadores arrepentidos

1. María socorre al pecador que abandona el mal

Declaró María a santa Brígida que ella no sólo es madre de justos e inocentes, sino también de los pecadores que deseen enmendarse. Cuando un pecador recurre a María con deseo de enmendarse, encuentra a esta buena madre de misericordia pronta a abrazarlo y ayudarle, mejor de lo que lo hiciera cualquier otra madre. Esto es lo que escribió el papa san Gregorio a la princesa Matilde: “Abandona el deseo de pecar y encontrarás a María, te lo aseguro, más pronta para amarte que la madre que te dio el ser”.

Pero quien aspire a ser hijo de esta madre maravillosa es necesario que primero deje el pecado, y entonces podrá confiar en ser aceptado por hijo. Sobre las palabras “se levantaron sus hijos” (Pr 31, 28), reflexiona Ricardo de San Lorenzo y advierte que, primero, se dice “se levantaron, y, después, “sus hijos”; porque, añade, no puede ser hijo de María quien no busca primero levantarse de la culpa donde ha caído. Si es cierto, como dice san Pedro Crisólogo, “que reniega de su madre quien no imita sus virtudes”, lo es que quien se porta al contrario de María niega con sus obras querer ser su hijo. María humilde, ¿y él quiere ser soberbio? María purísima, ¿y él deshonesto?

María llena de amor, ¿y él odiando al prójimo? Da muestras de que ni es ni quiere ser hijo de tan santa madre. “Los hijos de María –añade Ricardo de San Lorenzo- han de ser sus imitadores en la castidad, en la humildad, en la mansedumbre, en la misericordia”. ¿Y cómo pretenderá ser hijo de María quien tanto la contraría con su mala vida? Dijo un pecador a María: “Muestra que eres mi madre”. Y la Virgen le respondió: “Demuestra que eres mi hijo”. Otro pecador invocaba a esta divina Madre y la llamaba madre de misericordia. Y le dijo María: “Vosotros pecadores, cuando queréis que os ayude, me llamáis madre de misericordia; pero entre tanto no cesáis con vuestros pecados de hacerme madre de miserias y dolores”. “Maldito el que exaspera a su madre” (Ecclo 3, 18). Dios maldice al que aflige con su mala vida y con su obstinación a esta su santa Madre.

He dicho con su obstinación porque el pecador, aun cuando no haya roto las cadenas del pecado, si se obstina en salir del pecado

y por eso busca la ayuda de María, esta madre no dejará de socorrerlo y tornarlo a la gracia de Dios. Cosa que oyó santa Brígida de boca de Jesucristo, que hablando con María le dijo: “Auxilias a todo el que se esfuerza por elevarse hacia Dios y a nadie dejas privado de tus consuelos”. Mientras el pecador permanece obstinado, María no puede amarlo; pero si se encuentra encadenado por cualquier pasión que lo hace esclavo del infierno y al menos se encomienda a la Virgen y le suplica con confianza y perseverancia que lo saque del pecado, sin duda que esta buena madre le tenderá su poderosa mano, lo librará de las cadenas y lo conducirá a esta de salvación.

Es herejía condenada por el Concilio de Trento decir que todas las oraciones y obras que se hacen en pecado son pecado. Dice san Bernardo que las plegarias en boca del pecador, si bien no son hermosas porque no van acompañadas de la caridad, sin embargo son útiles y provechosas para salir del pecado porque, como lo enseña santo Tomás, aunque la oración del pecador no es meritoria, es muy apta para impetrar la gracia del perdón, pues la gracia de impetrar no se funda en el mérito del que ruega, sino en la bondad divina y en los méritos y promesas de Jesucristo, que ha dicho:

“Todo el que pide, recibe” (Lc 11, 10). Lo mismo hay que decir de las plegarias que se dirigen a la Madre de Dios.

2. María acoge la súplica del pecador como madre misericordiosa

Si el que ruega, dice san Anselmo, no merece ser oído, los méritos de María, a la cual se encomienda, harán que sea escuchado. Por eso san Bernardo exhorta a todos pecadores a que rueguen a María y tengan gran confianza al suplicarle: porque si el pecador no merece lo que pide, ciertamente se concederá a María, por sus méritos, lo que se pide a Dios. Éste es el oficio de una buena madre, dice el mismo santo. Una madre que supiese que dos de sus hijos se odiaban a muerte y que uno pensara quitarle la vida al otro, ¿qué no haría para conseguir reconciliarlos por todos los medios? Así, dice el santo, María es madre de Jesús y madre del hombre. Cuando ve a un pecador enemistado con Jesucristo no puede sufrir verlos odiándose y no descansa hasta ponerlos en paz. “Oh bienaventurada María, tú eres madre del reo y madre del juez; siendo madre de entrambos hijos, no puedes soportar que haya discordias entre los dos”. La benignísima Señora no quiere otra cosa del pecador sino que se encomiende a ella con intención de enmendarse. Cuando María ve a sus pies a un pecador que viene a pedirle misericordia, no mira los pecados que tiene, sino la intención con que viene. Si viene con buena intención, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, lo abraza y la benignísima madre no se desdeña de curarle todas las llagas de su alma. Es que no sólo la llamamos madre de misericordia, sino que lo es verdaderamente como lo muestra con el amor y ternura en socorrer. Todo esto le expresó la Virgen a santa Brígida, diciendo: “Por muy grande que sea un pecador, estoy preparada para recibirlo al punto si a mí viene; ni me fijo en cuánto ha pecado, sino en la intención con que viene; y no me desdeño en ungir sus llagas y curárselas, porque me llamo y soy de verdad la madre de la misericordia”.

María es madre de los pecadores que quieren convertirse y como madre no puede dejar de compadecerse de ellos, y hasta pareciera que siente como propios los sufrimientos de sus propios hijos. Cuando la cananea suplicó a Jesús que librara a su hija del demonio que la atormentaba, le dijo: “Jesús, hijo de David, ten compasión de mí, que mi hija es atormentada por el demonio” (Mt 15, 22). Pero si la atormentada por el demonio era la hija y no la madre, parece que debiera haber dicho: Señor, ten piedad de mi hija, no de mí. Pero no; dijo: “Ten piedad de mí”. Con toda razón, porque las miserias y desgracias de los hijos las sienten las madres como propias. Así es la manera, dice Ricardo de San Lorenzo, como suplica a Dios María cuando intercede por un pecador que a ella se encomienda. “María clama por el alma pecadora y dice: Ten compasión de mí”. Señor mío, parece decirle, esta pobre alma que está en pecado es hija mía, y por eso ten piedad no tanto de ella cuanto de mí que soy su madre.

3. María intercede eficazmente por los pecadores

¡Ojalá que todos los pecadores recurrieran a esta dulce madre! ¡Todos se verían perdonados por Dios! “¡Oh María –exclama lleno de admiración san Buenaventura–, al pecador despreciado por todo el mundo, tú lo abrazas con maternal afecto y no lo abandonas, sino

que consigues reconciliarlo con el Juez!” Quiere decir el santo con esto que el pecador, mientras permanece en su pecado, es despreciado y aborrecido de todos; hasta las criaturas inanimadas; el aire, el fuego y la tierra parecen que quisieran castigarlo y vengarse de él para reparar el honor de su Dios despreciado.

Pero si este infeliz acude a María, ¿María lo rechazará? No; que si viene con intención de obtener ayuda para enmendarse, ella lo abraza con amor de madre y no descansa hasta que con su poderosa intercesión lo reconcilia con Dios y lo pone en su gracia.

Se lee en el segundo libro de los Reyes (14, 2) que la sagaz mujer de Tecua se presentó a David y le habló de esta manera: “Señor, yo tenía dos hijos y, para mi desgracia, uno mató al otro. Ya he perdido un hijo, y ahora la justicia quiere quitarme el único que me ha quedado. Ten piedad de esta pobre madre y haz que no me vea privada de los dos hijos”. David, compadecido de esta madre, perdonó al delincuente. Esto mismo parece decir María cuando ve a Dios indignado contra un pecador que a ella se encomienda:

“Dios mío –le dice–, yo tenía dos hijos, Jesús y el hombre. El hombre ha matado a mi Jesús en la cruz. Ahora tu justicia quiere condenar al hombre. Señor, mi Jesús ya ha muerto; ten compasión de mí, y si he perdido uno, no consientas que pierda ahora el otro”.

Seguro que Dios no condena a los pecadores que recurren a María y por los que ella ruega, siendo así que el mismo Dios los ha

confiado como hijos a María. El devoto Laspergio hace hablar así al Señor: “Encomendé los pecadores como hijos a María. Por eso se muestra tan solícita en cumplir su oficio que no consiente se condene ninguno de los que le han sido confiados, sobre todo si la invocan; y hace todo lo que está en su mano para atraerlos a todos a mí”.

4. María merece toda nuestra confianza

¿Quién podrá explicar, dice Blosio, la bondad, la misericordia, la fidelidad y la caridad con que esta nuestra madre nos protegerá cuando pedimos su ayuda? Postrémonos, pues, dice san Bernardo, ante esta buena madre, abracémonos a sus sagrados pies para que nos bendiga y nos acepte por hijos. ¿Quién puede desconfiar de la bondad de esta Madre? Decía san Buenaventura: “Aunque tuviera que morir, en ella esperaré; y puesta en ella toda mi confianza, junto a su imagen deseo morir y me salvaré”. Así debe decir todo pecador que recurre a esta madre tan piadosa: Señora mía, yo, con toda razón, merezco que me deseches de tu presencia y me castigues según mis culpas; pero aun cuando parezca que me abandonas y me dejas morir, no perderé la confianza en que tú me has de salvar. Confío absolutamente en ti, y con tal que tenga la dicha de morir ante tu imagen, encomendándome a tu misericordia, tengo la plena

seguridad de no condenarme y de llegar a alabarte y bendecirte en el cielo en compañía de tantos siervos tuyos que al morir, y llamándote en su ayuda, se han salvado todos por tu poderosa intercesión.

EJEMPLO

Ernesto, librado de la muerte por María

Refiere el Belovacense que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, año 1430, vivía un joven noble llamado Ernesto, quien habiendo distribuido sus bienes entre los pobres entró en un monasterio, donde llevaba una vida tan edificante que los superiores lo apreciaban sobremanera, especialmente por su devoción a la santísima Virgen. En la población se declaró la peste, y la gente acudió al monasterio pidiendo oraciones. El abad mandó a Ernesto que fuera a rogar a la Virgen ante su altar y no se levantase de allí hasta que hubiera obtenido una respuesta de la Señora. Allí estuvo

el joven tres días hasta que obtuvo la respuesta de María que mandaba hicieran rogativas, celebradas las cuales cesó la peste.

Pero más tarde este joven se enfrió en la devoción a María. El demonio lo atacó con muchas tentaciones impuras y para que se fugara del monasterio. Por no haberse encomendado a María, decidió fugarse saltando los muros del monasterio. Cuando iba a realizar su intento, al pasar junto a una imagen de María que estaba en el claustro, la Madre de Dios le habló, diciéndole: “Hijo mío, ¿por qué me dejas?” Ernesto, confuso y compungido, cayó en tierra y respondió: “Señora, pero no ves que no puedo resistir más? ¿Por qué no me ayudas?”. La Virgen le respondió: ¿Y tú por qué no me has invocado? Si te hubieras encomendado a mí, no te verías en este estado. De hoy en adelante encomiéndate a mí y no dudes”.

Ernesto volvió a su celda. Pero insistiendo las tentaciones y descuidando el acudir a María, al fin se fugó del monasterio, entregándose a una vida pésima. De pecado en pecado se convirtió en asesino. Tomó en arriendo una posada donde, por la noche, mataba a los pobres viandantes y los despojaba. Una noche mató a un primo del gobernador, el cual, sospechando del ventero, lo procesó y lo condenó a morir en la horca.

Antes de que fuera detenido llegó a la hostería un joven caballero. El malvado ventero, según su costumbre, entró a media noche en

su habitación para asesinarlo; pero he aquí que en la cama no vio al caballero, sino un crucificado lleno de llagas que, mirándolo piadosamente, le dijo: “¿No te basta, ingrato, con que yo haya muerto una vez por ti? ¿Quieres volver a matarme? ¡Puedes hacerlo!” El infeliz Ernesto se postró llorando y dijo: “Señor, aquí me tienes; ya que has tenido conmigo tan gran misericordia, quiero convertirme”. En el mismo instante abandonó la posada y emprendió el camino del claustro para hacer penitencia. Pero por el camino lo prendió la justicia; lo llevaron ante el juez, donde confesó todos sus crímenes. Inmediatamente fue condenado a la horca, sin darle tiempo ni a confesarse. Él se encomendó a María, y la Virgen hizo que cuando lo colgaron no muriese. Ella misma lo bajó de la horca y le dijo: “Torna al monasterio, haz penitencia; y cuando veas en mi mano un documento de perdón de tus pecados, prepárate a la muerte”. Ernesto volvió al convento y, habiendo contado todo al abad, hizo penitencia. Pasados los años, vio en manos de María la cédula del perdón. Se preparó a la muerte y santamente entregó su alma.

ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

¡Reina mía soberana, digna de mi Dios, María!

Al verme tan vil y cargados de pecados,

no debiera atreverme

a acudir a ti y llamarte madre.

Merezco, lo sé, que me deseches,

pero te ruego que contemples

lo que ha hecho y padecido tu Hijo por mí;

y después me deseches si puedes.

Soy un pecador que, más que otros,

ha despreciado la divina Majestad;

pero el mal está hecho.

A ti acudo que me puedes auxiliar;

ayúdame, Madre mía, y no digas

que no puedes ampararme,

pues bien sé que eres poderosa

y obtienes de tu Dios lo que deseas.

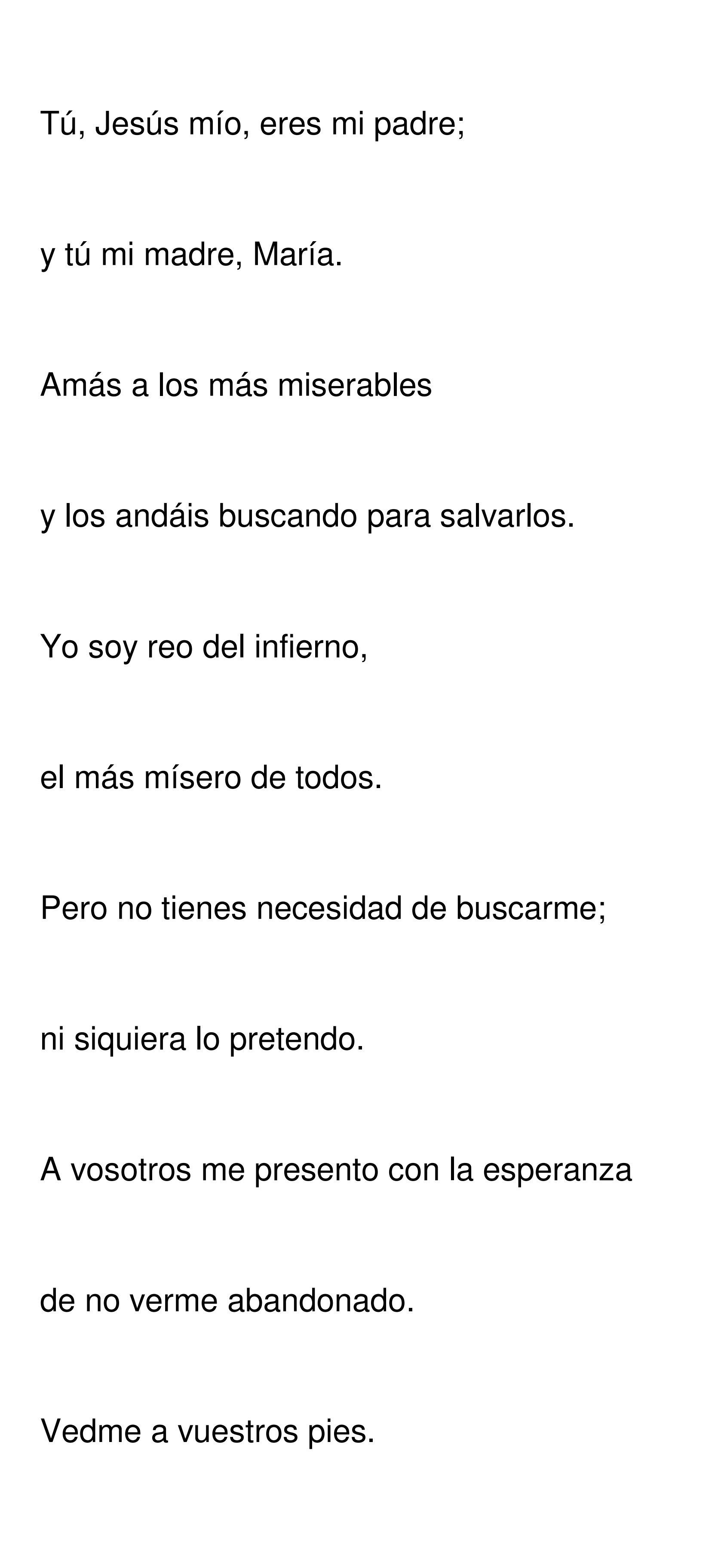
Si me dices que no puedes protegerme,

dime al menos a quién debo acudir

para ser socorrido en mi desgracia

y dónde poder refugiarme

o en quién pueda más seguro confiar.


Tú, Jesús mío, eres mi padre;

y tú mi madre, María.

Amás a los más miserables

y los andáis buscando para salvarlos.

Yo soy reo del infierno,

el más mísero de todos.

Pero no tienes necesidad de buscarme;

ni siquiera lo pretendo.

A vosotros me presento con la esperanza

de no verme abandonado.

Vedme a vuestros pies.

Jesús mío, perdóname.

María, madre mía, socórreme.

Capítulo II

MARÍA, NUESTRA VIDA Y DULZURA

Vida y dulzura

I

María es nuestra vida porque ella nos obtiene el perdón de los pecados

1. María, dispensadora de la gracia

Para comprender mejor por qué la santa Iglesia llama a María nuestra vida, basta saber que, como el alma da la vida al cuerpo, así también la divina gracia da la vida al alma; porque un alma sin la gracia tiene nombre de viva, pero en verdad está muerta, como se dice en el Apocalipsis: “Tienes nombre vivo, pero en realidad estás muerto” (Ap 3, 1). Por lo tanto, la Virgen nuestra Señora, obteniendo por su mediación a los pecadores la gracia perdida, los devuelve a la vida. La santa Iglesia, aplicándole las palabras de la Escritura: “Me hallarán los que madrugaren para buscarme” (Pr 8, 17), hace decir a la Virgen que la hallarán los que sean diligentes en acudir a ella de madrugada, es decir, lo antes posible. Dice la versión de los Setenta en vez de “me encontrarán”, “hallarán la gracia”. Así que es lo mismo recurrir a María que encontrar la gracia de Dios. Y poco más adelante dice: “El que me encuentre, encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación” (Pr 8, 35). “Oíd –exclama san Buenaventura comentando esto–, oíd los que deseáis el reino de

Dios: honrad a la Virgen María y encontraréis la vida y la eterna salvación.

Dice san Bernardino de Siena que Dios no destruyó al hombre después del pecado por el amor especialísimo que tenía a esta su hija que había de nacer. Y añade el santo que no tiene la menor duda en creer que todas las misericordias y perdones recibidos por los pecadores en la antigua ley, Dios se las concedió en vistas a esta bendita doncella.

2. María halló la gracia para el hombre

Por lo cual, con razón nos exhorta san Bernardo con estas palabras: "Busquemos la gracia, pero busquémosla por medio de María". Si hemos tenido la desgracia de perder la amistad de Dios, esforcémonos por recobrarla, pero por medio de María, porque si la hemos perdido ella la ha encontrado; que por ello la llama el santo "la que halló la gracia". Esto vino a decir el ángel, para nuestro consuelo, cuando dijo a la Virgen: "No temas, María, porque has

hallado la gracia" (Lc 1, 30). Pero si María nunca estuvo privada de la gracia, ¿cómo dice el ángel que la encontró? Se dice de una cosa que se ha encontrado cuando antes no se tenía. La Virgen estuvo siempre con Dios y llena de gracia, como el mismo ángel se lo manifestó al saludarla: "Alégrate, María, llena de gracia; el Señor está contigo". Si, pues, María no encontró la gracia para ella porque siempre la tuvo completa, ¿para quién la encontró? Y responde el cardenal Hugo: "La encontró para los pecadores que la habían perdido. Corran por tanto –dice el devoto escritor–, corran los pecadores que habían perdido la gracia junto a ella. Digan sin miedo: devuélvenos la gracia que has encontrado". Corran los pecadores que han perdido la gracia a María, que en ella la encontrarán; y díganle: Señora, la cosa ha de restituirse a quien la ha perdido; la gracia que has encontrado no es tuya porque tú nunca la has perdido; es nuestra porque nosotros la habíamos perdido; por eso nos la debes devolver. Sobre este pensamiento se expresa así Ricardo de San Lorenzo: "Si queremos encontrar la gracia, busquemos a la que encontró la gracia, que la que siempre la encontró, siempre la tiene". Si deseamos la gracia del Señor, vayamos a María, que la encontró y siempre la encuentra. Y porque ella ha sido y será siempre lo más querido de Dios, si acudimos a ella, ciertamente, la encontraremos. Ella dice en el Cantar de los cantares que Dios la ha colocado en el mundo para ser nuestra defensa:

"Yo soy muro y mis pechos como una torre: Desde que me hallo en su presencia he encontrado la paz" (Ct 8, 10). Y por eso ha sido constituida mediadora de paz entre Dios y los hombres: De aquí que san Bernardo anima al pecador, diciéndole: "Vete a la madre de la misericordia y muéstrale las llagas de tus pecados y ella mostrará (a Jesús) a favor tuyo sus pechos. Y el Hijo de seguro escuchará a la Madre". Vete a esta madre de misericordia y manifiéstale las llagas que tiene tu alma por tus culpas; y al punto ella rogará al Hijo que te perdone por la leche que le dio; y el Hijo, que la ama intensamente, ciertamente la escuchará. Así, en efecto, la santa Iglesia nos manda rezar al Señor que nos conceda la poderosa

ayuda de la intercesión de María para levantarnos de nuestros pecados con la conocida oración: “Concédenos, Dios de misericordia, el auxilio a nuestra fragilidad para que quienes honramos la memoria de la Madre de Dios, con el auxilio de su intercesión, nos levantemos de nuestros pecados”.

3. María esperanza del pecador

Con razón san Lorenzo Justiniano la llama la esperanza de los que delinquen, porque ella sola es la que les obtiene el perdón de Dios. Acertadamente la llama san Bernardo escala de los pecadores, porque a los pobres caídos, los saca del precipicio del pecado y los lleva a Dios. Muy bien san Agustín la llama única esperanza de nosotros pecadores, ya que por su medio esperamos la remisión de todos nuestros pecados. Lo mismo dice san Juan Crisóstomo: que por la intercesión de María los pecadores recibimos el perdón. Por lo que el santo, en nombre de todos los pecadores, la saluda así: “Dios te salve, Madre de Dios y nuestra, cielo en que Dios reside, trono en el que dispensa el Señor todas las gracias; ruega al Señor por nosotros para que por tus plegarias podamos obtener el perdón en el día de las cuentas y la gloria bienaventurada en la eternidad”.

Con toda propiedad, en fin, María es llamada aurora: "¿Quién es ésta que va subiendo como aurora naciente? (Ct 6, 9). Sí, porque observa el papa Inocencio: "Así como la aurora da fin a la noche y comienzo al día, así, en verdad, la aurora es figura de María que marcó el fin de los vicios y el comienzo de todas las virtudes". Y el mismo efecto que tuvo para el mundo el nacimiento de María, se produce en el alma que se entrega a su devoción. Ella clausura la noche de los pecados y hace caminar por la senda de la virtud. Por eso le dice san Germán: "Oh Madre de Dios, tu defensa es inmortal, tu intercesión es la vida". Y en el sermón del santo sobre su virginidad, dice que el nombre de María para quien lo pronuncia con afecto es señal de vida o de que pronto la tendrá.

Cantó María: "Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones" (Lc 1, 48). "Sí, Señora mía –le dice san Bernardo–; por eso te llamarán bienaventurada todos los hombres, porque todos tus siervos, por tu medio, han conseguido la vida de la gracia y la gloria eterna. En ti encontramos los pecadores el perdón, los justos la perseverancia y, después, la vida eterna". "No desconfíes, pecador –habla san Bernardino de Bustos–, aunque hayas cometido toda clase de pecados; recurre con absoluta confianza a esta Señora, porque la encontrarás con las manos rebosantes de misericordia, que más desea María otorgarte las gracias de lo que tú deseas recibirlas".

4. María reconcilia al pecador con Dios

San Andrés Cretense llama a María seguridad del divino perdón. Se entiende que cuando los pecadores recurren a María para ser reconciliados con Dios, Él les asegura su perdón y les da la prenda de esta seguridad. Esta prenda es precisamente María, que Él nos la ha dado por abogada, por cuya intercesión, por los méritos de Jesucristo, Dios perdona a todos los pecadores que a ella se encomiendan. Dijo un ángel a santa Brígida que los santos profetas se regocijaban al saber que Dios, por la humildad y pureza de María, había de aplacarse con los pecadores y recibir en su gracia a los que habían provocado su indignación.

Jamás debe un pecador temer ser rechazado por María si recurre a su piedad; no, porque ella es la madre de la misericordia y, como tal madre, desea salvar a todos, hasta los más miserables. “María es aquella arca dichosa donde el que se refugia –dice san Bernardo– no sufrirá el naufragio de la eterna condenación. Arca en que nos libramos del naufragio”. En el arca de Noé, cuando el diluvio, se salvaron hasta los animales. Bajo el manto de la protección de María se salvan también los pecadores.

Vio santa Gertrudis a María con el manto extendido, bajo el que se refugiaban muchas fieras: leones, osos, tigres..., y vio que María no

sólo no los ahuyentaba, sino que con gran piedad los acogía y acariciaba. Con esto entendió la santa que los pecadores más perdidos, cuando recurren a María, no sólo no son desechados, sino que los acoge y los salva de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca; vayamos a refugiarnos bajo el manto de María, que ella, ciertamente, no nos despachará, sino que, con toda seguridad, nos salvará.

EJEMPLO

Elena, convertida por el rosario

Refiere el P. Bovio que había una prostituta llamada Elena; habiendo entrado en la Iglesia, oyó casualmente una predicación sobre el rosario; al salir se compró uno, pero lo llevaba escondido para que no se lo viesen. Comenzó a rezarlo y, aunque lo rezaba sin devoción, la santísima Virgen le otorgó tales consolaciones y dulzuras al recitarlo, que ya no podía dejar de rezarlo. Con esto

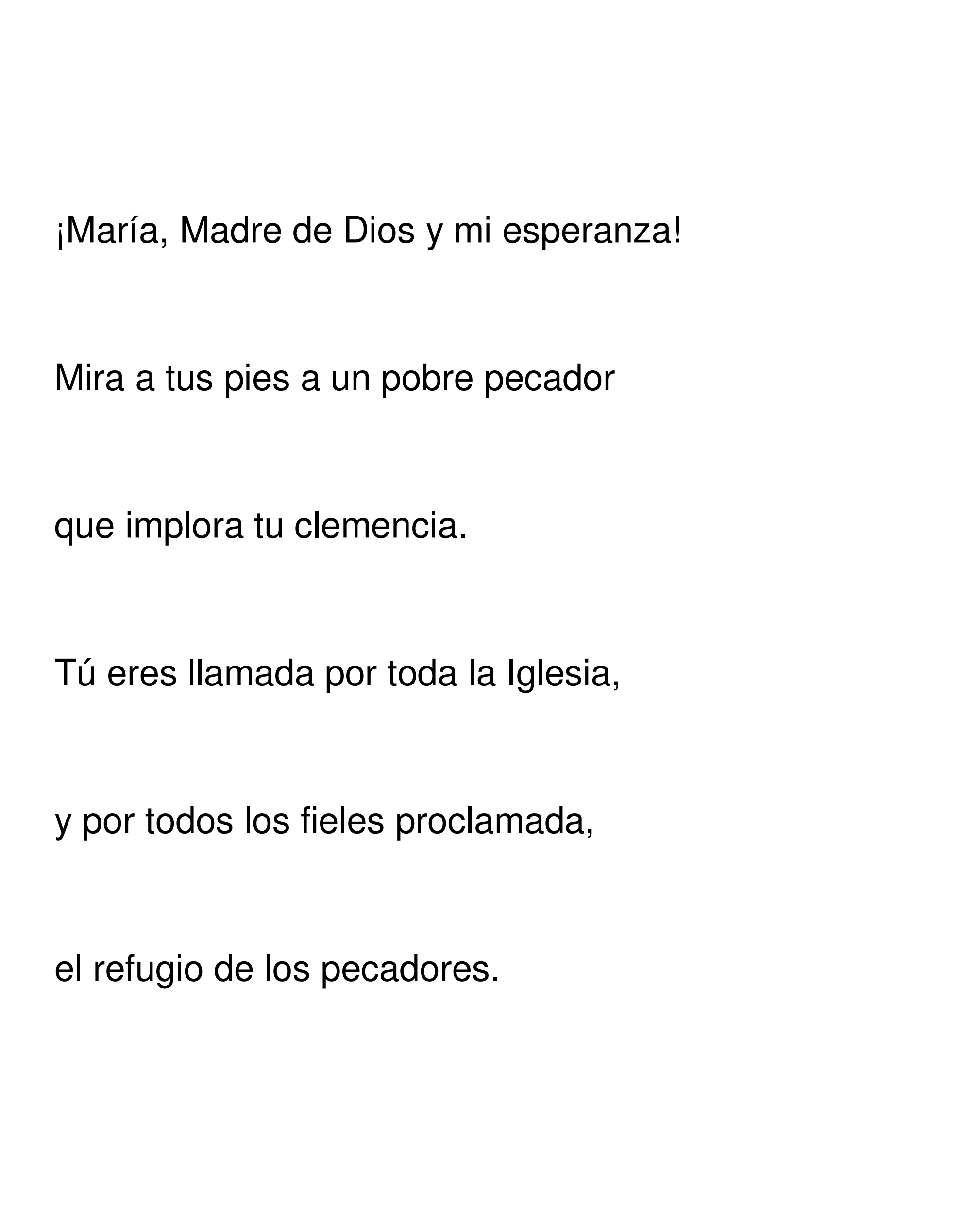
concibió tal horror a su mala vida, que no podía encontrar reposo, por lo cual se sintió impelida a buscar un confesor; y se confesó con tanta contrición, que éste quedó asombrado.

Hecha la confesión, fue inmediatamente al altar de la santísima Virgen para dar gracias a su abogada. Allí rezó el rosario; y la Madre de Dios le habló así: “Elena, basta de ofender a Dios y a mí; de hoy en adelante cambia de vida, que yo te prometo colmarte de gracias”. La pobre pecadora, toda confusa, le respondió: “Virgen santísima, es cierto que hasta ahora he sido una malvada, pero tú, que todo lo puedes, ayúdame, a la vez que yo me consagro a ti; y quiero emplear la vida que me queda en hacer penitencia de mis pecados”.

Con la ayuda de María, Elena distribuyó sus riquezas entre los pobres y se entregó a rigurosas penitencias. Se veía combatida de terribles tentaciones, pero ella no hacía otra cosa que encomendarse a la Madre de Dios, y así siempre quedaba victoriosa.

Llegó a obtener gracias extraordinarias, revelaciones y profecías. Por fin, antes de su muerte, de cuya proximidad le avisó María santísima, vino la misma Virgen con su Hijo a visitarla. Y al morir fue vista el alma de esta convertida volar al cielo en forma de bellísima paloma.

ORACIÓN POR LOS MÉRITOS DE JESÚS



¡María, Madre de Dios y mi esperanza!

Mira a tus pies a un pobre pecador

que implora tu clemencia.

Tú eres llamada por toda la Iglesia,

y por todos los fieles proclamada,

el refugio de los pecadores.

Tú eres mi refugio y tú me has de salvar.

Bien sabes cuánto desea tu Hijo salvarnos.

Sabes lo que sufrió por salvarme.

Te presento, Madre mía, los sufrimientos de Jesús;

el frío de la gruta y la huída a Egipto;

las fatigas y sudores que padeció;

la sangre que derramó y los dolores que sufrió

pendiente de la cruz ante tus ojos.

Dame a conocer cómo amas a tu Hijo

mientras, por amor a tu Hijo,

te ruego que me ayudes.

Dale la mano a un caído que pide piedad.

Si yo fuera santo no necesitaría misericordia,

pero porque soy pecador

recurro a ti que eres la madre de la misericordia.

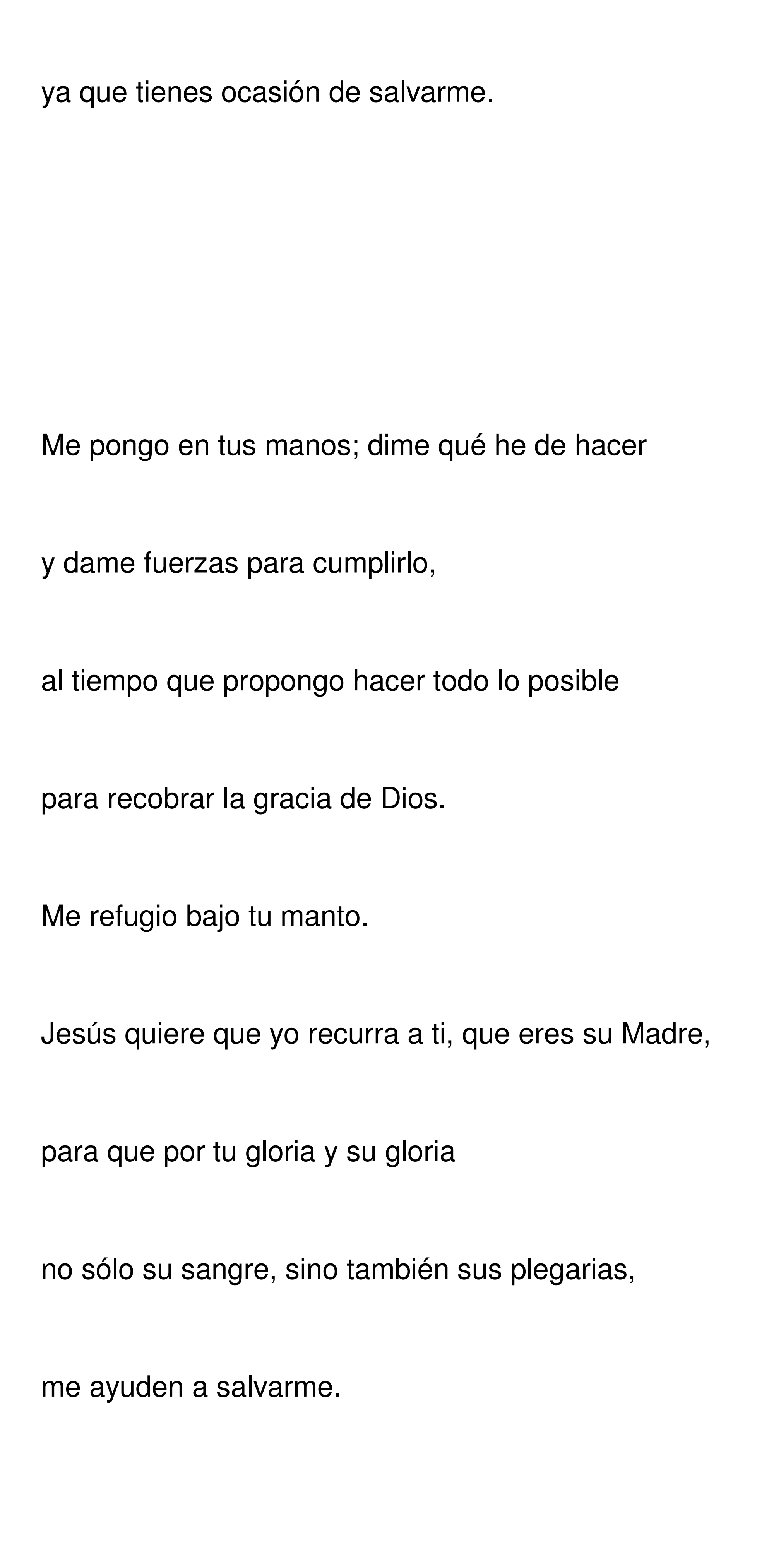
Yo sé que tu piadoso corazón

encuentra su consuelo en socorrer a los perdidos

cuando no son obstinados

Consuela hoy tu corazón piadoso

y consuélame a mí,



ya que tienes ocasión de salvarme.

Me pongo en tus manos; dime qué he de hacer

y dame fuerzas para cumplirlo,

al tiempo que propongo hacer todo lo posible

para recobrar la gracia de Dios.

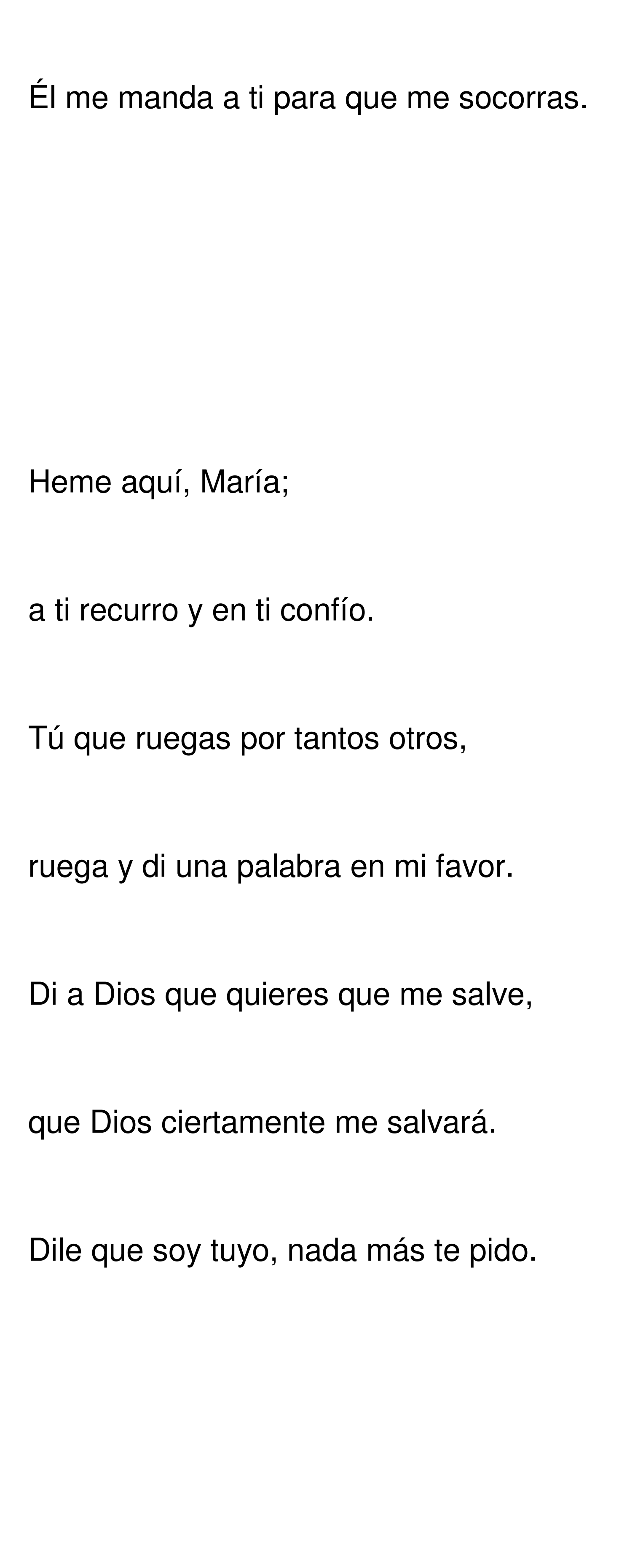
Me refugio bajo tu manto.

Jesús quiere que yo recurra a ti, que eres su Madre,

para que por tu gloria y su gloria

no sólo su sangre, sino también sus plegarias,

me ayuden a salvarme.



Él me manda a ti para que me socorras.

Heme aquí, María;

a ti recurro y en ti confío.

Tú que ruegas por tantos otros,

ruega y di una palabra en mi favor.

Di a Dios que quieres que me salve,

que Dios ciertamente me salvará.

Dile que soy tuyo, nada más te pido.

II

María es nuestra vida porque nos consigue la perseverancia

1. María ayuda a alcanzar el don de la perseverancia

La perseverancia final es una gracia tan grande de Dios que, como declara el Concilio de Trento, es un don del todo gratuito que no se puede merecer. Pero como enseña san Agustín, ciertamente obtienen de Dios la perseverancia los que se la piden. Y según el P. Suárez, la obtienen infaliblemente siempre que sean diligentes en pedirla a Dios hasta el fin de la vida. Escribe Belarmino que esta perseverancia hay que pedirla a diario para conseguirla todos los días. “Pues si es verdad –como lo tengo por cierto según la sentencia hoy común, como lo demostraré en el capítulo V–, si es verdad, digo, que todas las gracias que nos vienen de Dios pasan por las manos de María, podremos nosotros esperar y obtener (de Dios) esta gracia suprema de la perseverancia”. Y ciertamente que la obtendremos si con confianza la pedimos siempre a María. Ella misma promete esta gracia a todos los que la sirven fielmente en esta vida: “Los que se guían por mí, no pecarán; los que me dan a conocer a los demás, obtendrán la vida eterna” (Ecclo 24, 30). Son palabras que la Iglesia pone en sus labios.

Para conservarnos en la vida de la gracia es necesaria la fortaleza espiritual para resistir a todos los enemigos de nuestra salvación. Ahora bien, esta fortaleza sólo se obtiene por María: “Mía es la fortaleza, por mí reinan los reyes” (Pr 7, 14). Mía es esta fortaleza, nos dice María; Dios ha puesto en mis manos esta gracia para que la distribuya a mis devotos. “Por mí reinan los reyes”. Por mi medio mis siervos reinan e imperan sobre sus sentidos y pasiones y se hacen dignos de reinar eternamente en el cielo. ¡Qué gran fortaleza tienen los devotos de esta excelsa Señora para vencer todas las tentaciones del infierno! María es aquella torre de la que se dice en los Sagrados cantares: “Tu cuello es como la torre de David, ceñida de baluartes; miles de escudos penden de ella, armas de valientes” (Ct 4, 4). Ella es como una torre ceñida de fuertes defensas a favor de los que la aman y a ella acuden en la batallas; en ella encuentran todos sus devotos todos los escudos y armas que necesitan para defenderse del infierno.

Por eso es llamada también la santísima Virgen plátano: “Me alcé como el plátano en las plazas junto a las aguas” (Ecclo 24, 19). Dice el cardenal Hugo glosando este texto, que el plátano tiene las hojas anchas semejantes a los escudos, con lo que se da a entender cómo defiende María a los que en ella se refugian. El beato Amadeo da otra explicación, y dice que ella se llama plátano porque así como el plátano con la sombra de sus hojas protege a los caminantes del calor del sol y de la lluvia, así, bajo el manto de María, los hombres encuentran refugio contra el ardor de las pasiones y la furia de las tentaciones.

2. María es nuestro apoyo para perseverar en el bien

¡Pobres las almas que se alejan de esta defensa y dejan de ser devotas de María y de encomendarse a ella en las tentaciones! Si en el mundo no hubiera sol, dice san Bernardo, ¿qué sería el mundo sino un caos horrible de tinieblas? Pierda un alma la devoción a María y pronto se verá inundada de tinieblas, de aquellas tinieblas de las que dijo el Espíritu Santo: “Ordenaste las tinieblas y se hizo la noche; en ella transitan todas las fieras de la selva” (Sal 103, 20). Desde que en un alma no brilla la luz divina y se hace la oscuridad, se hará madriguera de todos los pecados y de los demonios. Dice san Anselmo: “¡Ay de los que aborrecen este sol!” Infelices los que desprecian la luz de este sol que es la devoción a María. San Francisco de Borja, con razón desconfiaba de la perseverancia de aquellos en los que no encontraba especial devoción a la santísima Virgen. Preguntando a unos novicios a qué santo tenían más devoción, se dio cuenta de que algunos no tenían especial devoción a María. Se lo advirtió al maestro de novicios para que tuviera especial vigilancia sobre aquellos infortunados, y sucedió que todos aquellos perdieron la vocación.

Razón tenía san Germán de llamar a la santísima Virgen la respiración de los cristianos, porque así como el cuerpo no puede vivir sin respirar, así el alma no puede vivir sin recurrir a María y encomendarse a ella, por quien conseguimos y conservamos la vida de la divina gracia. “Como la respiración no sólo es señal de vida sino causa de ella, así el nombre de María en labios de los siervos de Dios es la razón de su vida sobrenatural, lo que la causa y la conserva”. El beato Alano, asaltado por una fuerte tentación, estuvo a punto de perderse por no haberse encomendado a María; pero se le apareció la santísima Virgen y para que estuviera más prevenido para otra ocasión, le dio con la mano en la cara y le dijo: “Si te hubieras encomendado a mí, no te habrían encontrado en este peligro”.

3. María garantiza la perseverancia

Por el contrario, dice María: “Bienaventurado el que me oye y vigila constantemente a las puertas de mi casa y observa los umbrales de ella” (Pr 8, 34). Bienaventurado el que oye mi voz y por eso está atento a venir de continuo a las puertas de mi misericordia en busca de luz y socorro. María está muy atenta para obtener luces y fuerzas a éste su devoto para salir de los vicios y caminar por la senda de la virtud. Por lo mismo es llamada por Inocencio III, con

bella expresión, “luna en la noche, aurora al amanecer y sol en pleno día”. Luna para iluminar a los que andan a oscuras en la noche del pecado, para ilustrarlos y para que conozcan el miserable estado de condenación en que se encuentran; aurora precursora del sol para el que ya está iluminado, para hacerlo salir del pecado y tornar a la gracia de Dios; sol, en fin, para el que ya está en gracia para que no vuelva a caer en ningún precipicio.

Aplican a María los doctores aquellas palabras: “Sus ataduras son lazos saludables” (Ecclo 6, 31). “¿Qué ataduras?”, pregunta san Lorenzo Justiniano, responde: “Las que atan a sus devotos para que no corran por los campos del desenfreno”. San Buenaventura, explicando las palabras que se rezan en el Oficio de la Virgen: “Mi morada fue en la plena reunión de los santos” (Ecclo 24, 16), dice que María no sólo está en la plenitud de los santos, sino que también los conserva para que no vuelvan atrás; conserva su virtud para que no la manchen y refrena a los demonios para que no los dañen.

Se dice que los devotos de María están con vestidos dobles: “Todos sus domésticos traen doble vestido” (Pr 31, 21). Cornelio a Lápide explica cuál sea este doble vestido.

Doble vestido porque ella adorna a sus fieles siervos tanto con las virtudes de su Hijo como con las suyas, y así revestidos consiguen

la santa perseverancia. Por eso san Felipe Neri exhortaba siempre a sus penitentes y les decía: “Hijos, si deseáis perseverar, sed devotos de la Señora”. Decía igualmente san Juan Berchmans: “El que ama a María obtendrá la perseverancia”.

Comentando la parábola del hijo pródigo, hace el abad Ruperto una hermosa reflexión.

Dice que si el hijo díscolo hubiese tenido viva la madre, jamás se hubiera ido de la casa del padre o se hubiera vuelto antes de lo que lo hizo. Con esto quiere decir que quien se siente hijo de María jamás se aparta de Dios, o si por desgracia se aparta, por medio de María pronto vuelve.

Si todos los hombres amasen a esta Señora tan benigna y amable y en las tentaciones acudiesen siempre y pronto a su socorro, ¿quién jamás se perdería? Cae y se pierde el que no acude a María. Aplicando san Lorenzo Justiniano a María aquellas palabras:

“Me paseé sobre las olas del mar” (Ecclo 26, 8), le hace decir: Yo camino siempre con mis siervos en medio de las tempestades en que se encuentran para asistirlos y librarlos de hundirse en el pecado.

Narra san Bernardino de Bustos que habiendo sido amaestrado un pajarillo para decir “ave María”, un día se le abalanzó un milano para devorarlo, y al decir el pajarillo “ave María”, cayó el milano fulminado. Esto nos viene a mostrar que si un pajarillo, ser irracional, se libró por invocar a María, cuánto más se verá libre de caer en las garras de los demonios el que esté pronto a invocar a María cuando él le asalte. Cuando nos tienten los demonios, dice santo Tomás de Villanueva, debemos comportarnos como los polluelos cuando sienten cerca el ave de rapiña, que corren a toda prisa a cobijarse bajo las alas de la gallina. Así, al darnos cuenta que viene el asalto de la tentación, en seguida, sin dialogar con la tentación, corramos a refugiarnos bajo el manto de María.

Y tú, Señora y Madre nuestra, prosigue diciendo el santo, nos tienes que defender, porque después de Dios no tenemos otro refugio sino tú, que eres nuestra única esperanza y la sola protectora en que confiamos.

4. María y su ayuda resultan imprescindibles

Concluyamos con lo que dice san Bernardo: “Hombre, quien quiera que seas, ya ves que en esta vida más que sobre la tierra vas navegando entre peligros y tempestades.

Si no quieres naufragar vuelve los ojos a esta estrella que es María. Mira a la estrella, llama a María. En los peligros de pecar, en las molestias de las tentaciones, en las dudas que debas resolver, piensa que María te puede ayudar; y tú llámala pronto, que ella te socorrerá. Que su poderoso nombre no se aparte jamás de tu corazón lleno de confianza y que no se aparte de tu boca al invocarla. Si sigues a María no equivocarás el camino de la salvación. Nunca desconfiarás si a ella te encomiendas. Si ella te sostiene, no caerás. Si ella te protege, no puedes temer perderte. Si ella te guía, te salvarás sin dificultad. En fin, si María toma a su cargo el defenderte, ciertamente llegarás al reino de los bienaventurados. Haz esto y vivirás”.

EJEMPLO

Conversión de santa María Egipcíaca

Es célebre la historia de santa María Egipcíaca, que se lee en el libro I de las Vidas de los Padres del desierto. A los doce años se fugó de la casa paterna y se fue a Alejandría, donde con su vida infame se convirtió en el escándalo de la ciudad. Después de dieciséis años de pecado se fue vagando hasta Jerusalén, llegando cuando se celebraba la fiesta de la Santa Cruz. Se sintió movida a entrar en la iglesia, más por curiosidad que por devoción. Pero al intentar franquear la puerta, una fuerza invisible le impedía seguir. Lo intentó por segunda vez, y de nuevo se vio rechazada. Una tercera y cuarta vez, y lo mismo. Entonces la infeliz se postró a un lado del atrio y Dios le dio a entender que por su mala vida la rechazaba hasta de la iglesia. Para su fortuna alzó los ojos y vio una imagen de María pintada sobre el atrio. Se volvió hacia ella llorando y le dijo:

“Madre de Dios, ten piedad de esta pobre pecadora. Veo que por mis pecados no merezco ni que me mires, pero eres el refugio de los pecadores; por el amor de Jesucristo ayúdame, déjame entrar en la iglesia, que quiero cambiar de vida y hacer penitencia donde me lo indiques”. Y sintió una voz interior como si le respondiera la Virgen: “Pues ya que has recurrido a mí y quieres cambiar de vida, entra en la iglesia, que ya no estará cerrada en adelante para ti”. Entró la pecadora, lloró y adoró la cruz.

Vuelve donde la imagen de la Virgen y le dice: “Señora, estoy pronta; ¿dónde quieres que me retire a hacer penitencia?” “Vete –le dice la Virgen– y pasa el Jordán; allí encontrarás el lugar de tu reposo”. Se confesó y comulgó, pasó el Jordán, llegó al desierto y comprendió que allí era el lugar en que debía hacer penitencia.

En los primeros diecisiete años de desierto, la santa sintió terribles tentaciones del demonio para hacerla recaer. Ella no hacía más que encomendarse a María, y María le impetró fuerzas para resistir todos aquellos años; después, cesaron los combates.

Finalmente, pasados cincuenta y siete años en aquel desierto, teniendo ya ochenta y siete años, por providencia divina la encontró el abad Zoísmo. A él le contó toda su vida y le rogó que viniera al año siguiente y le trajera la comunión. Al volver, san Zoísmo la encontró recién muerta, con el cuerpo circundado de luz. A la cabecera estaba escrito: “Sepultad en este lugar el cuerpo de esta pobre pecadora y rogad a Dios por mí”. La sepultó. Y volviendo al monasterio, contó las maravillas que la divina misericordia había realizado en aquella infeliz penitente.

ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

¡Madre piadosa, Virgen sagrada!

Mira a tus pies al infeliz

que, pagando con ingratitudes las gracias de Dios

recibidas por tu medio, te ha traicionado.

Señora, ya sabes que mis miserias,

en vez de quitarme la confianza en ti,

más bien me la acrecientan.

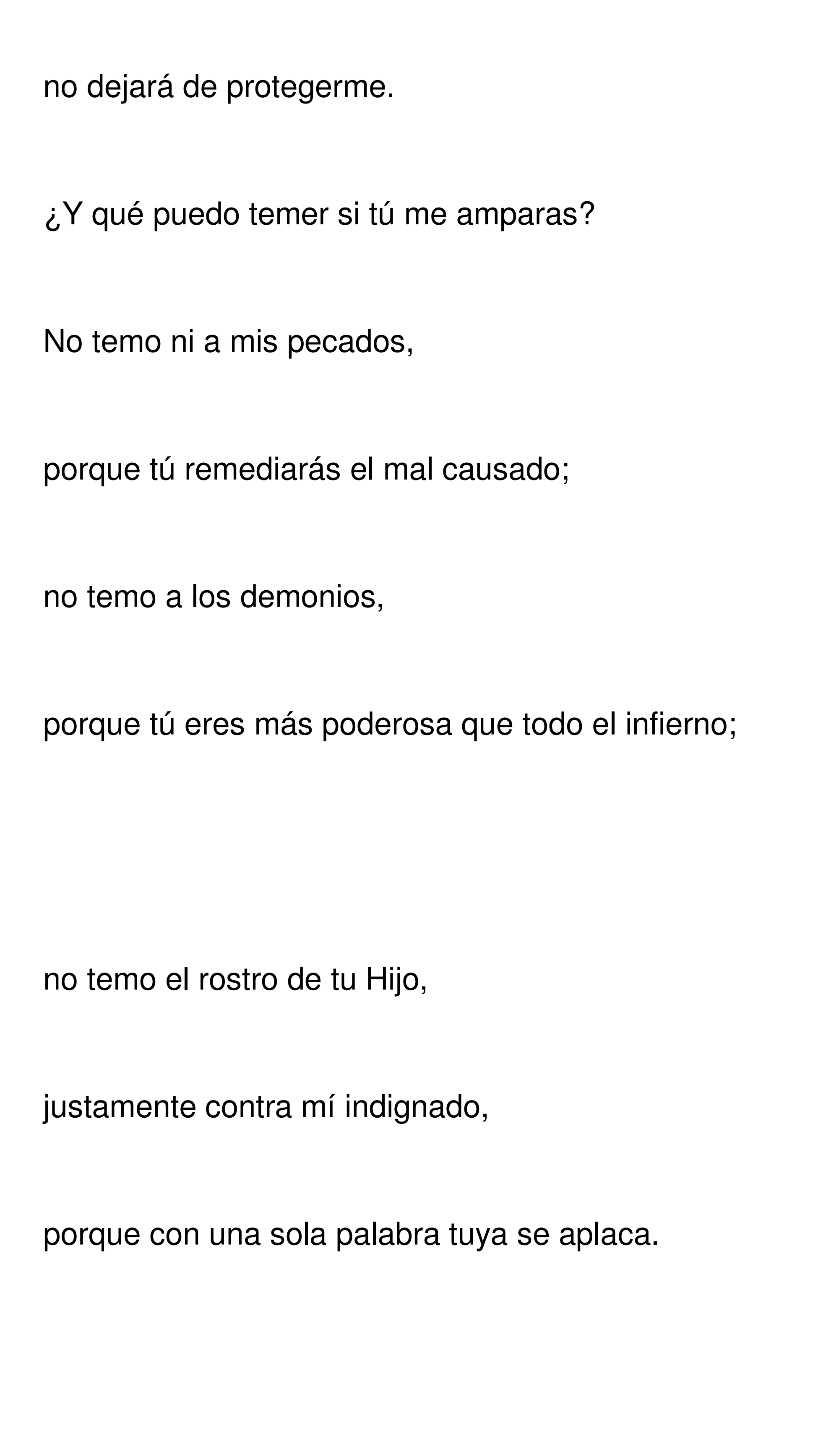
Dame a conocer, María, que eres para mí

la misma que para todos los que te invocan:

rebosante de generosidad y de misericordia.

Me basta con que me mires y de mí te compadezcas.

Si tu corazón de mí se apiada,



no dejará de protegerme.

¿Y qué puedo temer si tú me amparas?

No temo ni a mis pecados,

porque tú remediarás el mal causado;

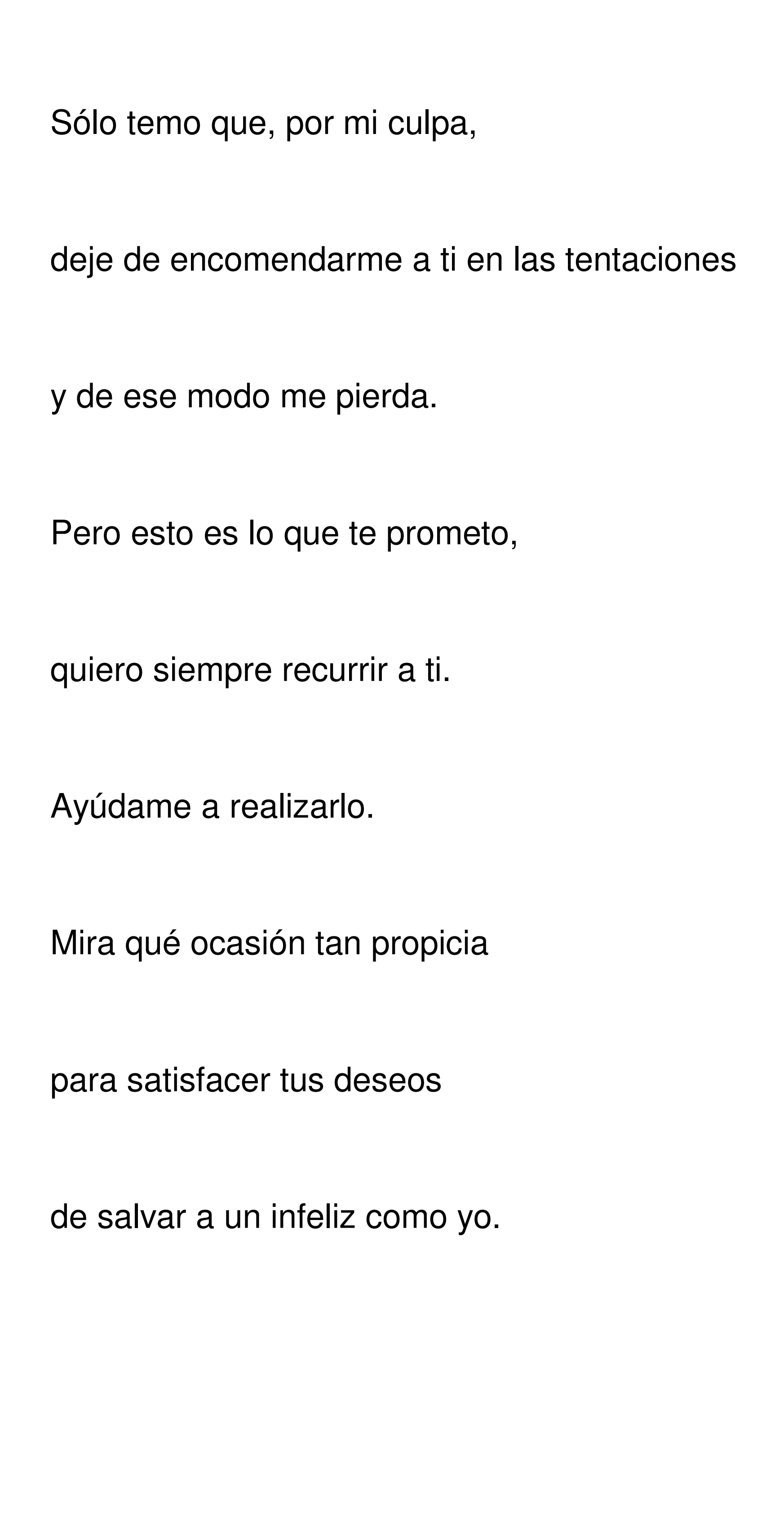
no temo a los demonios,

porque tú eres más poderosa que todo el infierno;

no temo el rostro de tu Hijo,

justamente contra mí indignado,

porque con una sola palabra tuya se aplaca.



Sólo temo que, por mi culpa,

deje de encomendarme a ti en las tentaciones

y de ese modo me pierda.

Pero esto es lo que te prometo,

quiero siempre recurrir a ti.

Ayúdame a realizarlo.

Mira qué ocasión tan propicia

para satisfacer tus deseos

de salvar a un infeliz como yo.

Madre de Dios, en ti pongo toda mi confianza.

De ti espero la gracia

de llorar como es debido mis pecados

y la gracia de no volver a caer.

Si estoy enfermo,

tú puedes sanarme, médica celestial.

Si mis culpas me han debilitado,

con tu ayuda me haré vigoroso.

María, todo lo espero de ti

porque eres la más poderosa ante Dios. Amén.

III

María dulcifica la muerte de sus devotos

1. María asiste a sus devotos en la hora final

“El amigo verdadero lo es en todo momento, y el amigo se conoce en los trances apurados” (Pr 17, 17). Los verdaderos amigos se conocen no tanto en la prosperidad cuanto en los tiempos de angustia y miserias. Los amigos al estilo mundano duran mientras hay prosperidad; pero si tales amigos caen en cualquier desgracia, y sobre todo si sobreviene la muerte, al instante esa clase de amigos desaparecen.

No obra así María con sus devotos. En sus angustias, y sobre todo en las de la muerte, que son las mayores que puede haber en la tierra, ella, tan buena Señora y Madre, jamás abandona a sus fieles verdaderos; y como es nuestra vida durante nuestro destierro, así se convierte en nuestra dulzura en la última hora, obteniéndonos una dulce y santa muerte. Porque desde el día en que tuvo la dicha y el dolor a la vez de asistir a la muerte de su Hijo Jesús, que es la cabeza de los predestinados, adquirió la gracia de asistir a todos los predestinados en la hora de su muerte. Por eso la Iglesia ruega a la santísima Virgen que nos socorra especialmente en la hora de nuestra muerte: "Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte".

Muy grandes son las angustias de los moribundos, ya por los remordimientos de los pecados cometidos, ya por el miedo al juicio de Dios que se avecina, ya por la incertidumbre sobre la salvación eterna. Entonces, más que nunca, se arma el infierno y pone todo su empeño para arrebatar aquella alma que está para pasar a la eternidad, sabiendo que le queda poco tiempo y que si ahora no lo consigue se le escapa para siempre. "El demonio ha bajado hacia vosotros, lleno de furia, sabiendo que le queda poco tiempo" (Ap 12, 12). Y por eso el demonio, acostumbrado a tentarla en vida, no se contenta con tentarla él solo a la hora de la muerte, sino que llama a otros como él. "Y su casa se llenará de dragones" (Is 13, 21). Cuando uno se encuentra para morir, se le acercan muchedumbre de demonios que aúnan sus esfuerzos para perderlo.

2. María ayuda eficazmente a bien morir

Se cuenta de san Andrés Avelino que en la hora de su muerte vinieron miles de demonios para tentarlo. Y se lee en su biografía que en su agonía sostuvo un combate tan fiero con el infierno, que hacía estremecer a los buenos religiosos que le acompañaban. Vieron que al santo se le hinchaba la cara y se le amorataba por el exceso de dolor; todo su cuerpo temblaba en medio de fuertes convulsiones; de los ojos brotaban abundantes lágrimas; daba golpes violentos con la cabeza, señales todas de la terrible batalla que le hacía sostener el infierno. Todos lloraban de compasión redoblando las oraciones, a la vez que temblaban de espanto viendo cómo moría un santo. Se consolaban viendo cómo el santo constantemente dirigía los ojos a una devota imagen de María, acordándose que él mismo muchas veces les había profetizado que, en la hora de la muerte, María había de ser su refugio. Quiso al fin el Señor que terminara la batalla con gloriosa victoria; cesaron las convulsiones, se le descongestionó el rostro y, tornando a su color normal, vieron que el santo, fijos los ojos en una imagen de María, le hizo una inclinación como en señal de agradecimiento –la cual se cree que entonces se le aparecería– y expiró plácidamente en los brazos de María. En el mismo instante una capuchina que estaba en trance de muerte, dijo a las religiosas que la asistían: “Rezad el Ave María porque acaba de morir un santo”.

Ante la presencia de nuestra Reina huyen los rebeldes. Si en la hora de nuestra muerte tenemos a María de nuestra parte, ¿qué podemos temer de todos los enemigos del infierno? David, temiendo las angustias de la muerte, se reconfortaba con la muerte del futuro Redentor y con la intercesión de la Virgen Madre: "Aunque camine por medio de las sombras de la muerte, tu vara y tu cayado me consuelan" (Sal 22, 4).

Explica el cardenal Hugo que por el báculo se ha de entender el madero de la cruz, y por la vara la intercesión de la Virgen, que fue la vara profetizada por Isaías: "Se alzará una vara del tronco de José y de su raíz brotará una flor" (Is 9, 1). Esta divina Madre es aquella poderosa vara con la que se vence la furia de los enemigos infernales. Así nos anima san Antonino, diciendo: "Si María está con nosotros, ¿quién contra nosotros?" Al P. Manuel Padial, jesuita, se le apareció la Virgen en la hora de la muerte y le dijo, animándole: "Ha llegado la hora en que los ángeles, congratulándose contigo, te dicen:

¡Felices trabajos y bien pagadas mortificaciones!" Y vio un ejército de demonios que huían desesperados, gritando: "No podemos nada contra la sin mancha que lo defiende". De modo semejante, el P. Gaspar Ayewod fue asaltado en la hora de la muerte por los demonios con una fuerte tentación contra la fe. Al punto se encomendó a la Virgen, y se le oyó exclamar: "¡Gracias, María, porque has venido en mi ayuda!"

María manda en auxilio de sus siervos a la hora de la muerte, dice san Buenaventura, al arcángel san Miguel, príncipe de la milicia celestial, y a legiones de ángeles para que lo defiendan de las asechanzas de Satanás y reciban y lleven en triunfo al cielo las

almas de quienes de continuo se han encomendado a su intercesión.

3. María intercede ante su Hijo en el juicio

Cuando un hombre sale de esta vida se agita el infierno y manda los más terribles demonios para tentar aquella alma antes de que abandone el cuerpo y acusarla cuando se presente al tribunal de Dios. “El infierno se conmovió abajo a tu llegada y a tu encuentro envió gigantes” (Is 14, 9). Pero cuando los demonios ven que a aquella alma la defiende María, no se atreven de ninguna manera a acusarla, sabiendo que no será condenada por el juez el alma protegida por tal Madre. ¿Quién podrá acusar si ve que protege la Madre? Escribe san Jerónimo a Eustonio que la Virgen no sólo socorre a sus amados devotos a la hora de la muerte, sino que al pasar de esta vida los anima y acompaña en el divino tribunal. Esto en conforme a lo que dijo la Virgen a santa Brígida hablando de sus devotos en trance de muerte: “Entonces yo, su Madre y Señora, que tanto los amo, vendré en su auxilio para darles consuelo y refrigerio”. Ella recibe sus almas con amor y las presenta ante el juez, su Hijo, y así ciertamente les obtiene la salvación. Dice san Vicente Ferrer: “La Virgen bienaventurada recibe las almas de los que mueren”.

Así sucedió a Carlos, hijo de santa Brígida, quien habiendo muerto en el peligroso ejercicio de las armas y lejos de su madre, temía la santa por su eterna salvación. Mas la bienaventurada Virgen le reveló que Carlos se había salvado por el amor que le había tenido y ella misma le había asistido en la agonía, sugiriéndole los actos que debía hacer. Al mismo tiempo vio la santa a Jesucristo en trono de majestad y que el demonio presentaba dos quejas contra la Virgen María; la primera, que le había impedido tentar a Carlos en la hora de la muerte, y la segunda, que había presentado su alma ante el tribunal de Jesucristo y lo había salvado sin darle ocasión de exponer las razones con que pretendía hacer presa en el alma de Carlos. Vio, en fin, cómo el juez lanzaba de su presencia al demonio y abría las puertas del cielo al alma de su hijo.

4. María hace llevadera la muerte a sus devotos

“Sus lazos son ataduras de salvación; en las postrimerías hallarás en ella reposo” (Ecclo 6, 31). ¡Bienaventurado, hermano mío, si en la hora de la muerte te encuentras ligado con las dulces cadenas

del amor a la Madre de Dios! Estas cadenas son la salvación que te aseguran tu salvación eterna y te harán gozar, en la hora de la muerte, de aquella dichosa paz, preludio y gusto anticipado del gozo eterno de la gloria. Refiere el P. Binetti que habiendo asistido a la muerte de un gran devoto de María, le oyó decir:

“Padre mío, si supiera qué contento me siento por haber servido a la santa Madre de Dios. No sé expresar la alegría que siento”. El P. Suárez, por haber sido muy devoto de María –decía que con gusto hubiera cambiado toda su ciencia por el mérito de un Ave María–, murió con tanta alegría que exclamó: “No creía que era tan dulce el morir”. El mismo contento y alegría, sin duda, sentirás tú, devoto lector, si en la hora de la muerte te acuerdas de haber amado a esta buena Madre que siempre es fiel con los hijos que han sido fieles en servirla y obsequiarlas con visitas, rosarios y mortificaciones, y agradeciéndole constantemente y encomendándose a su poderosa intercesión.

Y no impedirá estos consuelos el haber sido en otro tiempo pecador si de ahora en adelante te dedicas a vivir bien y a servir a esta Señora bonísima y sumamente agradecida. Ella, en tus angustias y en las tentaciones del demonio para hacerte desesperar, te ayudará y vendrá a consolarte en la hora de la muerte. Marino, hermano de san Pedro Damiano –como refiere el mismo santo– habiendo tenido la desgracia de ofender a Dios, se postró ante un altar de María ofreciéndose por su esclavo, poniendo su ceñidor al cuello en señal de servidumbre, y le habló así: “Señora mía, espejo de pureza; yo, pobre pecador, te he ofendido y he ofendido a Dios quebrantando la castidad; no tengo más remedio que ofrecerme a ti por esclavo; aquí me tienes, me consagro por siervo tuyo. Recibe a este rebelde y no lo desprecies”.

Dejó una ofrenda para la Virgen ofreciendo pagar una suma todos los años en señal de tributo por su esclavitud mariana. Algunos años después, Marino enfermó de muerte, y en esa hora se le oyó decir: “Levantaos, levantaos; saludad a mi Señora”. Y después:

“¿Qué gracia es esta, Reina del cielo, que te dignes visitar a este pobre siervo?

Bendíceme, Señora, y no permitas que me pierda después de que me has honrado con tu presencia”. En esto llegó su hermano Pedro y le contó la aparición de la Virgen María y que le había bendecido, lamentándose de que los asistentes no se hubieran levantado ante la presencia de María; y poco después, plácidamente, entregó su alma al Señor. Así será tu muerte, querido lector, si eres fiel a María, aunque en lo pasado hubieras ofendido a Dios. Ella te obtendrá una muerte llena de consuelos.

Y aun cuando trataran de atemorizarte y quitar la confianza el recuerdo de los pecados cometidos, ella te animará, como aconteció con Adolfo, conde de Alsacia, quien habiendo dejado el mundo y habiéndose hecho franciscano, como se narra en la Crónicas de la Orden, fue sumamente devoto de la Madre de Dios. Al final de sus días, al ver la vida pasada en el mundo y en el gobierno de sus vasallos, el rigor del juicio de Dios comenzó a temer la muerte, con dudas sobre su eterna salvación. Pero María, que no descuida ante las angustias de sus devotos, acompañada de muchos santos, se le apareció y lo animó con estas tiernas palabras: “Adolfo mío carísimo, ¿por qué temes a la muerte si eres mío?” Como si le dijera: Adolfo mío queridísimo, te has consagrado a mí; ¿por qué vas a temer ahora la muerte? Con tan regaladas

expresiones se serenó del todo el siervo de María, desaparecieron los temores y con gran paz y contento entregó su alma.

5. María estará a nuestro lado si la invocamos

Animémonos también nosotros, aunque pecadores, y tengamos confianza en que ella vendrá a asistirnos en la muerte y a consolarnos con su presencia si le servimos con todo amor en lo que nos queda de vida. Hablando nuestra Reina a santa Matilde, le prometió que vendría a asistir en la hora de la muerte a todos sus devotos que fielmente le hubieran servido en vida. "A todos los que me han servido piadosamente les quiero asistir en su muerte con toda fidelidad y como madre piadosísima, y consolarlos y protegerlos". ¡Oh Dios mío! ¡Qué sublime consuelo al terminar la vida, cuando en breve se va a decidir la causa de nuestra eterna salvación, ver a la Reina del cielo que nos asiste y nos consuela y nos ofrece su protección!

Hay innumerables ejemplos de la asistencia de María a sus devotos. Este favor lo recibieron santa Clara de Monteflaco, san Félix, capuchino; santa Teresa y san Pedro de Alcántara. Y para más consuelo, citaré algún otro ejemplo. Refiere el P. Crasset que santa María Oiginies vio a la santísima Virgen a la cabecera de una devota viuda de Willembrock que sufría alta fiebre. La santísima Virgen la consolaba y le mitigaba los ardores de la fiebre. Estando para morir san Juan de Dios, esperaba la visita de María, de la que era tan gran devoto; pero no viéndola aún, se sentía afligido y se le quejaba.

Mas en el momento oportuno se le apareció la Madre de Dios, y casi reprendiéndole de su poca confianza le dijo estas tiernas palabras que deben animar a todos los devotos de María: “Juan, no es mi manera de proceder abandonar a mis devotos en este trance”. Como si dijese: “Juan, hijo mío, ¿qué pensabas? ¿Qué yo te había abandonado? ¿No sabes que yo no puedo abandonar a mis devotos en la hora de la muerte? No vine antes porque no era el tiempo oportuno; ahora que lo es, aquí me tienes para llevarte. ¡Ven conmigo al paraíso!” Poco después expiró el santo, entrando en el cielo para agradecer eternamente a su amantísima Reina.

EJEMPLO

María asiste a una moribunda abandonada

Terminemos este discurso con otro ejemplo en que se descubre hasta dónde llega la ternura de esta buena Madre con sus hijos en la hora de la muerte.

Estaba un párroco asistiendo a un rico que moría en lujosa mansión rodeado de servidumbre, parientes y amigos; pero vio también a los demonios, en formas horribles, que estaban dispuestos a llevarse su alma a los infiernos por haber vivido y morir en pecado.

Después fue avisado el párroco para asistir a una humilde mujer que se moría y deseaba recibir los Sagrados Sacramentos. No debiendo dejar al rico, tan necesitado de ayuda, mandó un coadjutor, quien llevó a la enferma el santo viático.

En la casa de aquella buena mujer no vio criados ni acompañantes, ni muebles preciosos, porque la enferma era pobre y tenía por lecho uno de paja. Pero ¿qué vio?

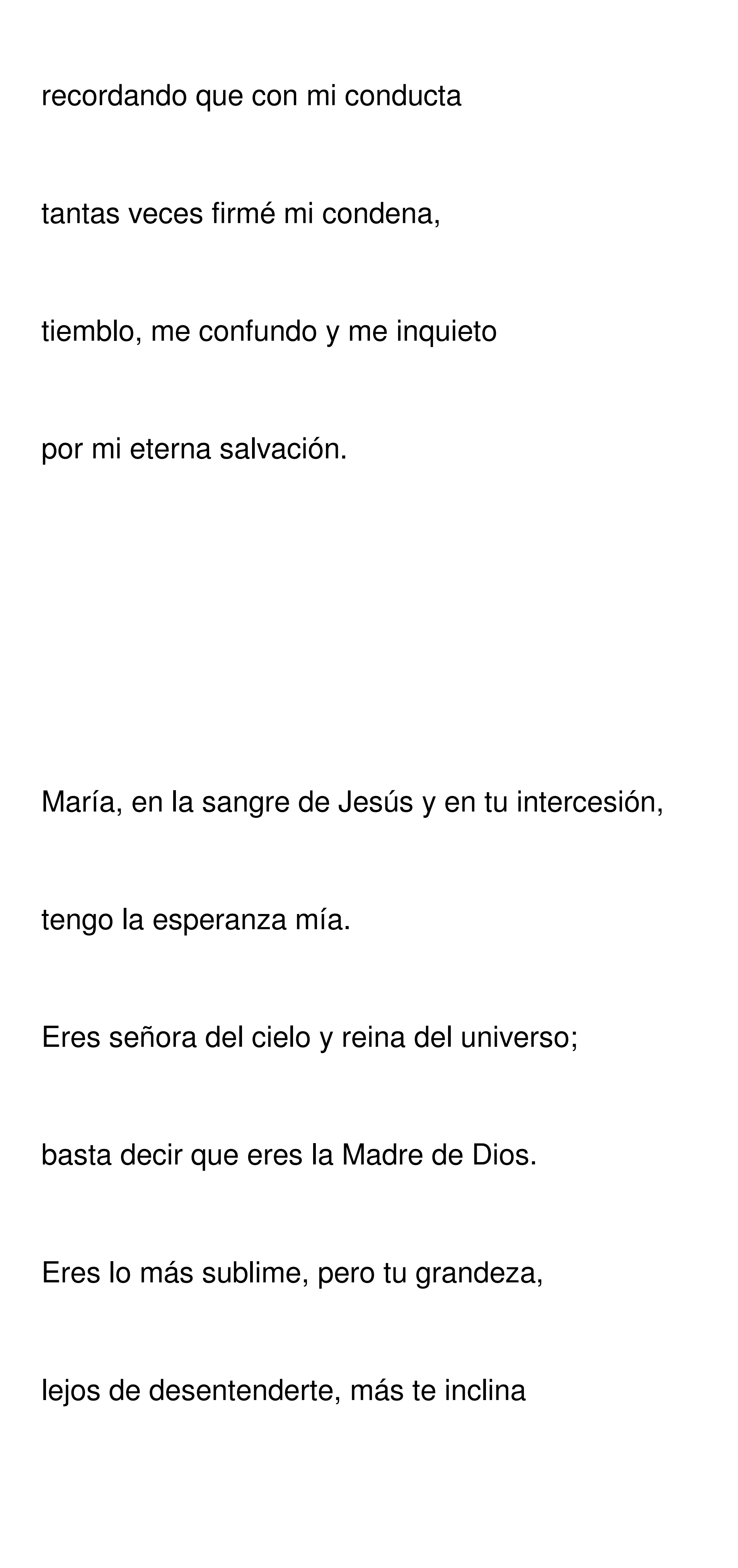
Vio que la estancia se iluminaba con gran resplandor y que junto al lecho de la moribunda estaba la Madre de Dios, María, que la estaba consolando. Ante su turbación, la Virgen le hizo al sacerdote señal de entrar. La Virgen le acercó el asiento para que atendiera en confesión a la enferma. Ésta se confesó y comulgó con gran devoción y expiró, dichosa, en brazos de María.

ORACIÓN POR UNA BUENA MUERTE

¡Dulce Madre mía! ¿Cuál será mi muerte?

Cuando pienso en el momento

en que me presente ante Dios,



recordando que con mi conducta

tantas veces firmé mi condena,

tiemblo, me confundo y me inquieto

por mi eterna salvación.

María, en la sangre de Jesús y en tu intercesión,

tengo la esperanza mía.

Eres señora del cielo y reina del universo;

basta decir que eres la Madre de Dios.

Eres lo más sublime, pero tu grandeza,

lejos de desentenderte, más te inclina

a compadecerte de nuestras miserias.

Los mundanos en la cumbre de sus honores

se alejan de los antiguos amigos

y se desdeñan de tratar con los poco afortunados.

No obra así tu corazón noble y amoroso;

mientras más miserias contempla,

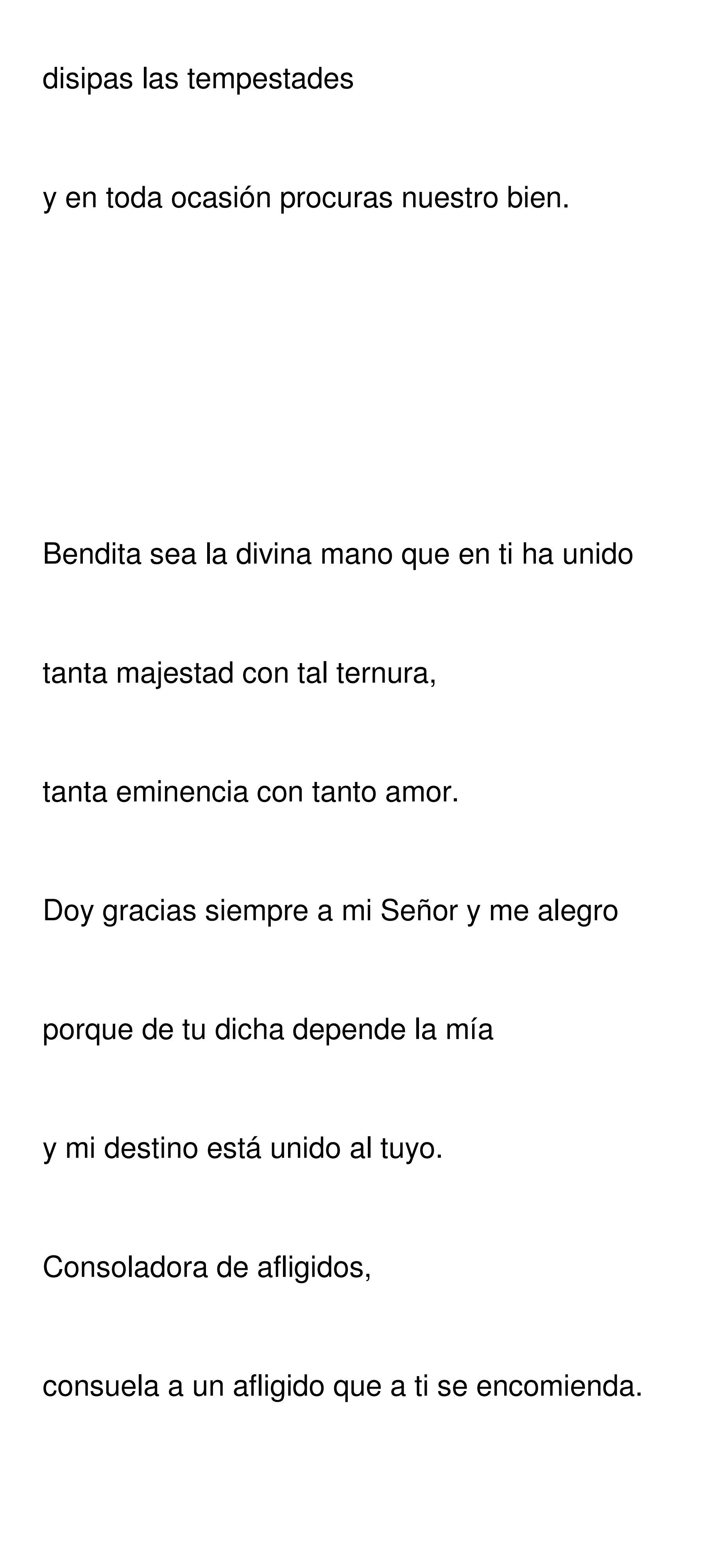
más se empeña en socorrerlas.

Apenas se te invoca,

vuelas en socorro del necesitado

y te adelantas a nuestras plegarias.

Tú nos consuelas en nuestras aflicciones,


disipas las tempestades

y en toda ocasión procuras nuestro bien.

Bendita sea la divina mano que en ti ha unido

tanta majestad con tal ternura,

tanta eminencia con tanto amor.

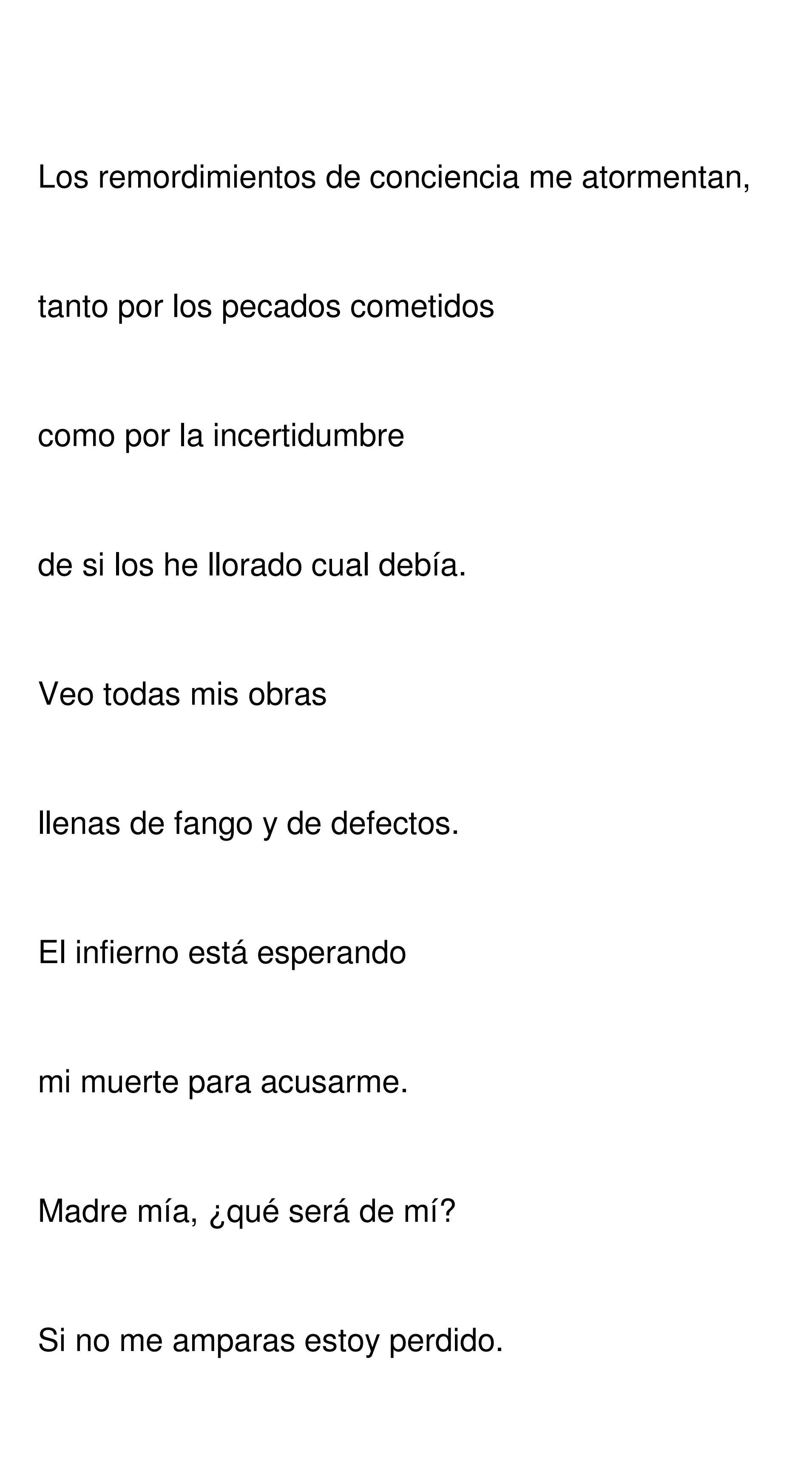
Doy gracias siempre a mi Señor y me alegro

porque de tu dicha depende la mía

y mi destino está unido al tuyo.

Consoladora de afligidos,

consuela a un afligido que a ti se encomienda.


Los remordimientos de conciencia me atormentan,

tanto por los pecados cometidos

como por la incertidumbre

de si los he llorado cual debía.

Veo todas mis obras

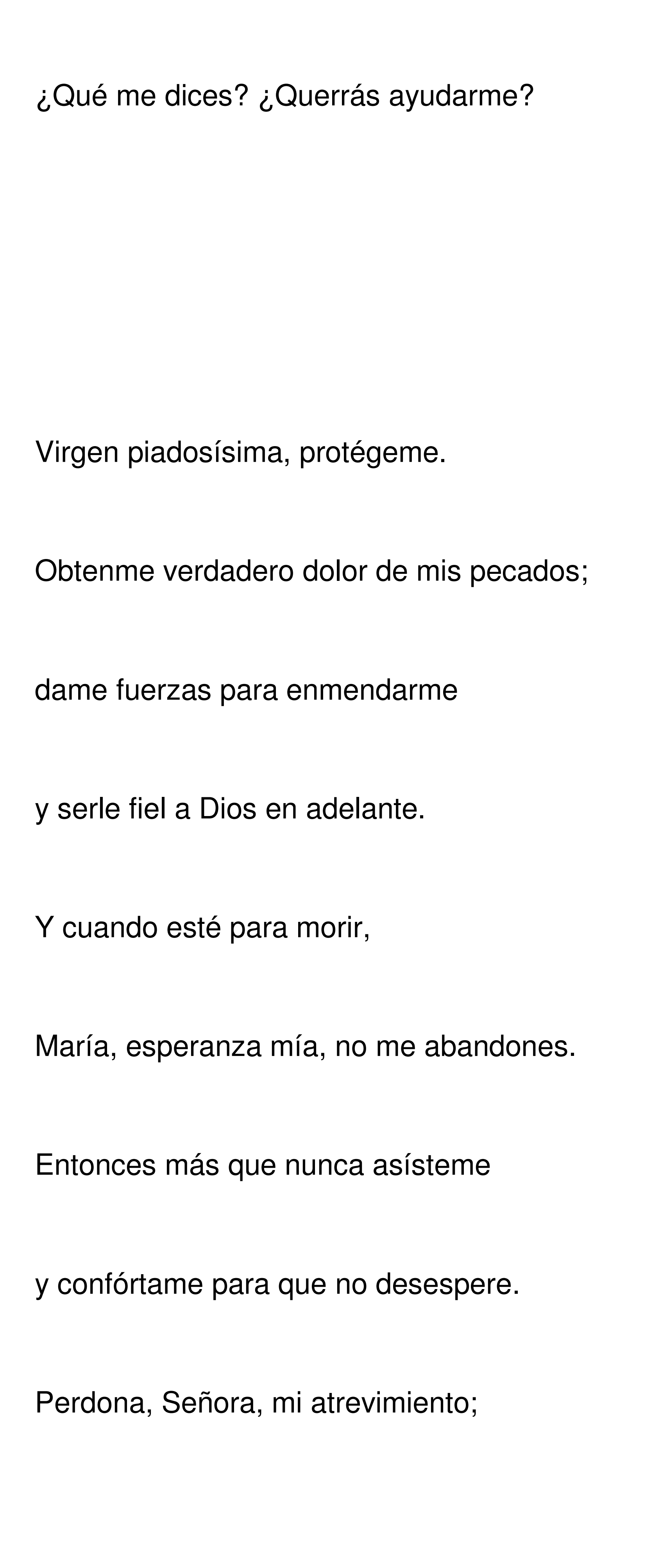
llenas de fango y de defectos.

El infierno está esperando

mi muerte para acusarme.

Madre mía, ¿qué será de mí?

Si no me amparas estoy perdido.



¿Qué me dices? ¿Querrás ayudarme?

Virgen piadosísima, protégeme.

Obtenme verdadero dolor de mis pecados;

dame fuerzas para enmendarme

y serle fiel a Dios en adelante.

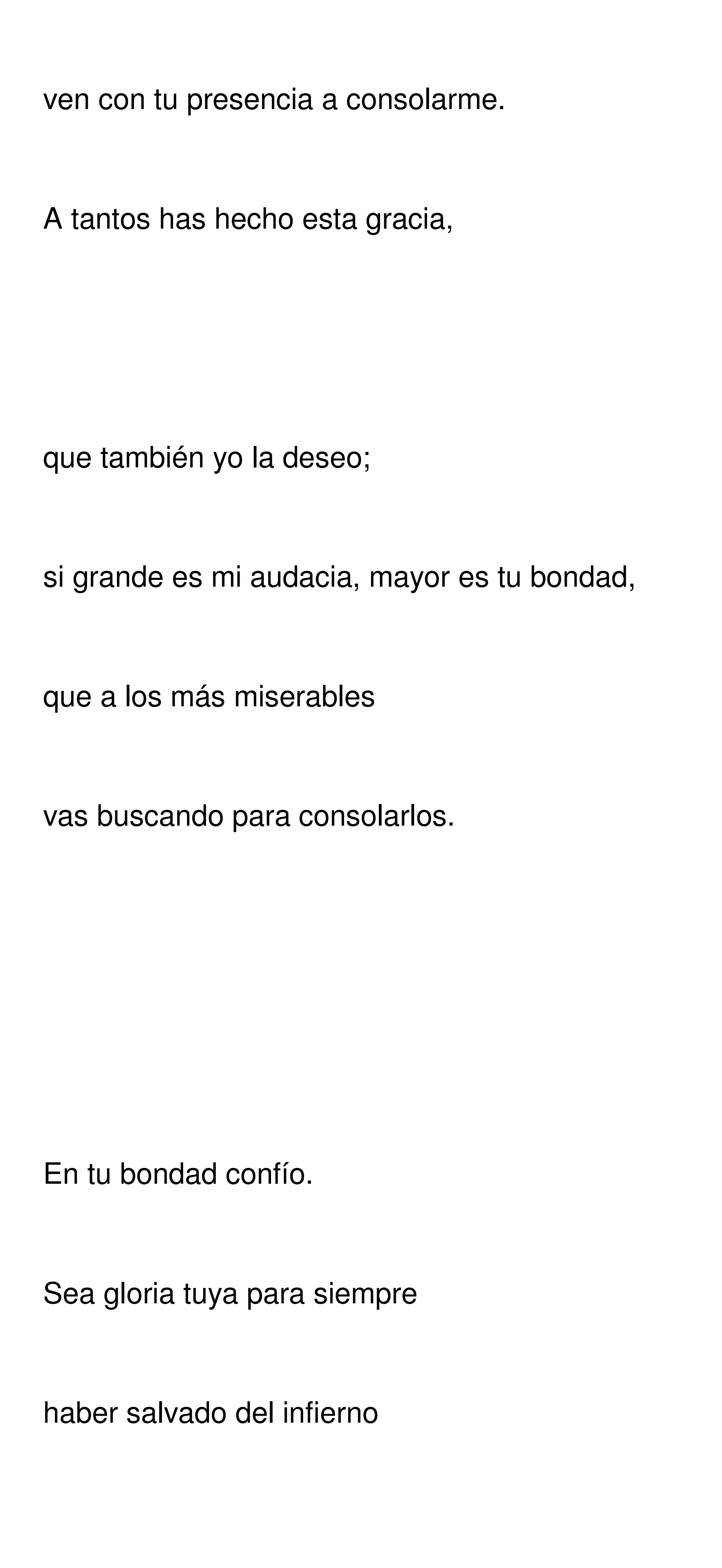
Y cuando esté para morir,

María, esperanza mía, no me abandones.

Entonces más que nunca asísteme

y confórtame para que no desespere.

Perdona, Señora, mi atrevimiento;



ven con tu presencia a consolarme.

A tantos has hecho esta gracia,

que también yo la deseo;

si grande es mi audacia, mayor es tu bondad,

que a los más miserables

vas buscando para consolarlos.

En tu bondad confío.

Sea gloria tuya para siempre

haber salvado del infierno

a quien a él estaba condenado

y haberle conducido a tu reino,

donde espero gozar la gran ventura

de estar siempre a tus pies agradecido

y bendiciéndote y amando eternamente.

¡María, yo te espero!

No me hagas quedar desconsolado.

Hazlo así; amén, así sea.

Capítulo III

MARÍA, NUESTRA ESPERANZA

Esperanza nuestra, salve.

I

María es la esperanza de todos

1. María es nuestra esperanza como intercesora y medianera

No pueden soportar los herejes de ahora que llamemos y saludemos a María con el título de esperanza nuestra: “Dios te salve, esperanza nuestra”. Dicen que sólo Dios es nuestra esperanza y que Dios maldice a quien pone su confianza en las criaturas:

“Maldito el hombre que confía en otro hombre” (Jr 17, 5). María, exclaman, es una criatura; ¿y cómo puede ser una criatura nuestra esperanza? Esto dicen los herejes.

Pero contra ellos la santa Iglesia quiere que todos los sacerdotes y religiosos alcen la voz de parte de todos los fieles y a diario la invoquen a María con este dulce nombre de esperanza nuestra, esperanza de todos: Esperanza nuestra, salve.

De dos maneras, dice el angélico santo Tomás, podemos poner nuestra confianza en una persona: o como causa principal o como causa intermedia. Los que quieren alcanzar algún favor de un rey, o lo esperan del rey como señor, o lo esperan conseguir por el ministro o favorito como intercesor. Si se obtiene semejante gracia, se obtiene del rey pero por medio de su favorito, por lo que quien la obtiene razón tiene para llamar a su intercesor su esperanza.

El rey del cielo, porque es bondad infinita, desea inmensamente enriquecernos con sus gracias; pero como de nuestra parte es indispensable la confianza, para acrecentarla nos ha dado a su misma Madre por madre y abogada nuestra, con el más completo poder de ayudarnos; y por eso quiere que en ella pongamos la esperanza de obtener la salvación y todos los bienes. Los que ponen su confianza en las criaturas, olvidados de Dios, como los pecadores, que por conquistar la amistad y el favor de los hombres no les importa disgustar a Dios, ciertamente que son malditos de Dios, como dice Isaías.

Pero los que esperan en María como Madre de Dios, poderosa para obtenerles toda clase de gracias y la vida eterna, éstos son benditos y complacen al corazón de Dios, que quiere ver honrada de esta manera a tan sublime criatura que lo ha querido y honrado más que todos los ángeles y santos juntos.

Con toda razón y justicia, por tanto, llamamos a la Virgen nuestra esperanza, confiando, como dice el cardenal Belarmino, obtener por su intercesión lo que no obtendríamos con nuestras solas plegarias. Nosotros le rogamos, dice san Anselmo, para que la sublimidad de su intercesión supla nuestra indigencia. Por lo cual, sigue diciendo el santo, suplicar a la Virgen con toda esperanza no es desconfiar de la misericordia de Dios, sino temer de la propia indignidad.

Con razón la Iglesia llama a María “Madre de la santa esperanza” (Ecclo 24, 24); la madre que hace nacer en nosotros, no la vana esperanza de los bienes miserables y efímeros de esta vida, sino la esperanza de los bienes inmensos y eternos de la vida bienaventurada. Así saludaba san Efrén a la Madre de Dios: “Dios te salve, esperanza del alma mía y salvación segura de los cristianos, auxilio de los pecadores, defensa de los fieles y salud del mundo”. Nos advierte san Basilio que después de Dios no tenemos otra esperanza más que María, por eso la llama “nuestra única esperanza después de Dios”. Y san Efrén, al considerar la orden de la providencia por la que Dios ha dispuesto –como también dice san Bernardo– que todos los que se salven se han de salvar por medio de María, le dice: “Señora, no dejes de custodiarnos y ponernos bajo el manto de tu protección, porque después de Dios no tenemos otra esperanza más que tú”.

También santo Tomás de Villanueva la proclama nuestro único refugio, auxilio y ayuda.

De todo esto da la razón san Bernardo cuando dice: “Atiende, hombre, y considera los designios de Dios, que son designios de piedad. Al ir a redimir al género humano, todo el precio lo puso en manos de María”. Mira, hombre, el plan de Dios para poder dispensarnos con más abundancia su misericordia; queriendo redimir a todos los hombres, ha puesto todo el valor de la redención en manos de María para que lo dispense conforme a su voluntad.

2. María es esperanza de todos

Ordenó Dios a Moisés que hiciera un propiciatorio de oro purísimo para hablarle desde allí: “Me harás un propiciatorio de oro purísimo...; desde él te daré mis órdenes y hablaré contigo” (ex 25, 17). Dice un autor que ese propiciatorio es María, desde el cual Dios habla a los hombres y desde el que nos concede el perdón y sus gracias y favores. Por eso dice san Ireneo que el Verbo de Dios, antes de encarnarse en el seno de María, mandó al arcángel a pedir su consentimiento, porque quería que de María derivara al mundo el misterio de la Encarnación. “¿Por qué no se realiza el misterio de la Encarnación sin el consentimiento de María? Porque quiere Dios que sea ella el principio de todos los bienes”. Todos los bienes, ayudas y gracias que los hombres han recibido y recibirán de Dios hasta el fin del mundo, todo les ha venido y vendrá por intercesión y por medio de María. Razón tenía el devoto Blosio al exclamar: “Oh María, ¿cómo puede haber quien no te ame siendo tú tan amable y agradecida con quien te ama? En las dudas y confusiones aclaras las mentes de los que a ti recurren afligidos; tú consuelas al que en ti confía en los peligros; tú socorres al que te llama. Tú, después de tu divino Hijo, eres la salvación cierta de tus fieles siervos. Dios te salve, esperanza de los desesperados y socorro de los abandonados. Oh María, tú eres omnipotente porque tu Hijo quiere honrarte, haciendo al instante todo lo que quieres”.

San Germán, reconociendo en María la fuente de todos nuestros bienes y la libertad de nuestros males, así la invoca: “Oh Señora mía, tú sola eres el consuelo que me ha dado Dios; tú la guía de mi peregrinación; tú la fortaleza de mis débiles fuerzas, la riqueza en mis miserias, la liberación de mis cadenas, la esperanza de mi salvación; escucha mis súplicas, te lo ruego, ten piedad de mis suspiros; quiero que seas mi reina, el refugio, la ayuda, la esperanza y la fortaleza mía”.

Con razón san Antonio aplica a María el pasaje de la Sagrada Escritura: “Todos los bienes me vinieron juntamente con ella” (Sb 7, 11). Ya que María es la madre y dispensadora de todos los bienes, bien puede decirse que el mundo, y sobre todo los que en el mundo son devotos de esta reina, junto con esta devoción a María han obtenido todos los bienes: “Es madre de todos los bienes y todos me vinieron con ella, es decir, con la Virgen, puede decir el mundo”. Por lo cual no titubeó el abad de Celles en afirmar: “Al encontrar a María se han encontrado todos los bienes”. El que encuentra a María encuentra todo bien, toda gracia, toda virtud, porque ella con su potente intercesión le obtiene todo lo que necesita para hacerlo rico de gracia divina.

Ella nos hace saber que tiene todas las riquezas de Dios, es decir, las divinas misericordias, para distribuirlas en beneficio de sus amantes: “En mí están las riquezas opulentas para enriquecer a los que me aman” (Sb 8, 21). Por lo cual decía san Buenaventura que debemos tener los ojos puestos en las manos de María para recibir de ella los bienes que necesitamos.

3. María merece toda nuestra confianza

¡Cuántos soberbios con la devoción a María han encontrado la humildad! ¡Cuántos iracundos la mansedumbre! ¡Cuántos ciegos la luz! ¡Cuántos desesperados la confianza! ¡Cuántos perdidos la salvación! Esto es cabalmente lo que profetizó en casa de Isabel, en el sublime cántico: "He aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones" (Lc 1, 48). "Todas las generaciones –comenta san Bernardo–, porque todas ellas te son deudoras de la vida y de la gloria; porque en ti los pecadores encuentran el perdón y los justos la perseverancia en la gracia de Dios". El devoto Laspergio presenta al Señor hablando así al mundo: "Pobres hombres, hijos de Adán que vivís en medio de tantos enemigos y de tantas miserias, tratad de venerar con particular afecto a vuestra madre. Yo la he dado al mundo como modelo para que de ella aprendáis a vivir como se debe, y como refugio para que a ella recurráis en vuestras aflicciones. Esta hija mía –dice Dios– la hice de tal condición, que nadie pueda temer o sentir repugnancia en recurrir a ella; por eso la he creado con un natural tan benigno y piadoso que no sabe despreciar a ninguno de los que a ella acuden, no sabe negar su favor a ninguno que se lo pida. Para todos tiene abierto el manto de su misericordia y no consiente que nadie se aparte desconsolado de su lado". Sea por tanto bendita y alabada por siempre la bondad inmensa de nuestro

Dios que nos ha dado a esta Madre tan sublime, como abogada la más tierna y amable.

¡Cuán tiernos eran los sentimientos de amor y confianza que tenía el enamorado san Buenaventura hacia nuestro amadísimo Redentor Jesús y hacia nuestra amadísima abogada María! “Aún cuando –decía él– el Señor (por un imposible) me hubiera reprobado, yo sé que ella no ha de rechazar a quien la ama y de corazón la busca. Yo la abrazaré con amor, y aunque no me bendijera, no la dejaré y no podrá partir sin mí. Y, en fin, aunque por mis culpas mi Redentor me echara de su lado, yo me arrojaré a los pies de su Madre María y allí postrado estaré y me conseguirá el perdón. Porque esta Madre de misericordia siempre sabe compadecerse de las miserias y consolar a los miserables que a ella acuden en busca de ayuda; por eso, si no por obligación, por compasión al menos inclinará a su Hijo a perdonarme”.

“Míranos –exclama Eutimio–, míranos con esos tus ojos llenos de compasión, oh piadosísima Madre nuestra, porque somos tus siervos y en ti tenemos puesta toda nuestra confianza”.

EJEMPLO

Un devoto esposo y su mujer desesperada

Se refiere en la cuarta parte del Tesoro del rosario que había un caballero devotísimo de la Madre de Dios que había mandado hacer en su palacio un pequeño oratorio en el que ante una hermosa imagen de la Virgen solía pasar los ratos rezando, no sólo de día, sino por la noche, interrumpiendo el descanso para ir a visitar a su amada Señora.

Su esposa, dama por lo demás muy piadosa, observando que su marido, con el mayor sigilo, se levantaba del lecho, salía del cuarto y no volvía sino después de mucho tiempo, cayó la infeliz en sospechas de infidelidad. Un día, para librarse de esta espina que la atormentaba, se atrevió a preguntar a su marido si amaba a otra más que a ella.

El caballero, con una sonrisa, le respondió: “Sí, claro, yo amo a la señora más amable del mundo. A ella le he entregado todo mi corazón; antes prefiero morir que dejarla de amar. Si tú la conocieras, tú misma me dirías que la amase más aún de lo que la amo”.

Se refería a la santísima Virgen, a la que tan tiernamente amaba. Pero la esposa, despedazada por los celos, para cerciorarse mejor le preguntó si se levantaba de noche y salía de la estancia para encontrarse con la señora. Y el caballero, que no sospechaba la gran agitación que turbaba a su mujer, le respondió que sí. La dama, dando por seguro lo que no era verdad y ciega de pasión, una noche en que el marido, según costumbre, salió de la estancia, desesperada, tomó un cuchillo y se dio un tajo mortal en el cuello.

El caballero, habiendo cumplido sus devociones, volvió a la alcoba, y al ir a entrar en el lecho lo sintió todo mojado. Llama a la mujer y no responde. La zarandea y no se mueve. Enciende una luz y ve el lecho lleno de sangre y a la mujer muerta. Por fin se dio cuenta de que ella se había matado por celos. ¿Qué hizo entonces? Volvió apresuradamente a la capilla, se postró ante la imagen de la Virgen y llorando devotamente rezó así: Madre mía, ya ves mi aflicción. Si tú no me consuelas, ¿a quién puedo recurrir? Mira que por venir a honrarte me ha sucedido la desgracia de ver a mi mujer muerta. Tú, que todo lo puedes, remédialo.

¿Y quién de los que ruegan a esta madre de misericordia con confianza no consigue lo que quiere? Después de esta plegaria siente que le llama una sirvienta y le dice:

“Señor, vaya al dormitorio, que le llama la señora”. El caballero no podía creerlo por la alegría. “Vete –dijo a la doncella–, mira bien a ver si es ella la que me reclama”. Volvió la sirvienta, diciendo: “Vaya

pronto, Señor, que la señora le está esperando". Va, abre la puerta y ve a la mujer viva, que se echa a los pies llorando y le ruega que la perdone, diciéndole: "Esposo mío, la Madre de Dios, por tus plegarias, me ha librado del infierno". Y llorando los dos de alegría fueron a agradecer a la Virgen en el oratorio. Al día siguiente mandó preparar un banquete para todos los parientes, a los que les refirió todo lo sucedido la propia mujer. Y les mostraba la cicatriz que le quedó en el cuello. Con esto, todos se inflamaron en el amor a la Virgen María.

ORACIÓN ESPERANZADA EN MARÍA

¡Madre del santo amor!

¡Vida, refugio y esperanza nuestra!

Bien sabes que tu Hijo Jesucristo,

además de ser nuestro abogado perpetuo

ante su eterno Padre,

quiso también que tú fueras

ante él intercesora nuestra

para impetrarnos las divinas misericordias.

Ha dispuesto que tus plegarias

ayuden a nuestra salvación;

les ha otorgado tan gran eficacia,

que obtienen de él cuanto le piden.

A ti, pues, acudo, Madre,

porque soy un pobre pecador.

Espero, Señora, que me he de salvar

por los méritos de Cristo y por tu intercesión.

Así lo espero, y tanto confío

que si de mí dependiera mi salvación

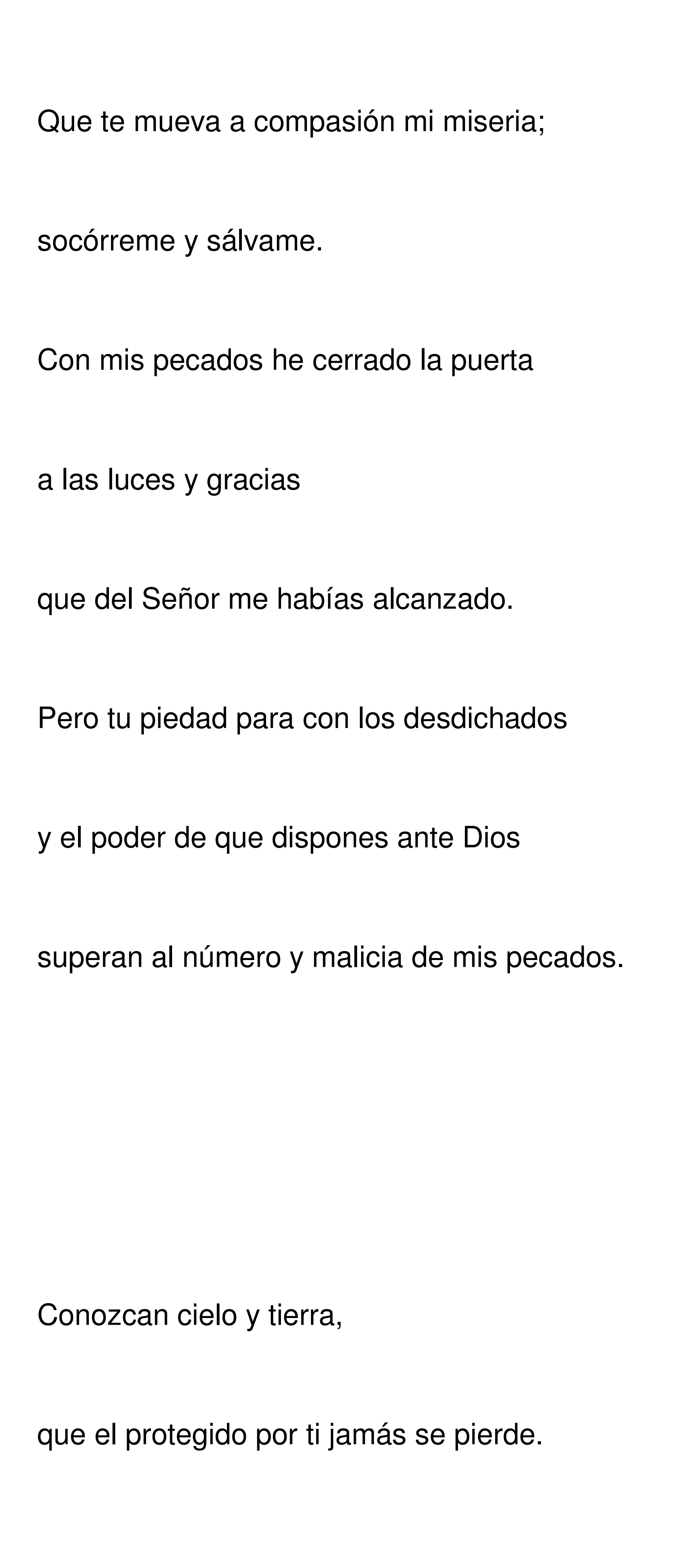
en tus manos la pondría,

porque más me fío de tu misericordia y protección

que de todas las obras mías.

No me abandones, Madre y esperanza mía,

como lo tengo merecido.



Que te mueva a compasión mi miseria;

socórreme y sálvame.

Con mis pecados he cerrado la puerta

a las luces y gracias

que del Señor me habías alcanzado.

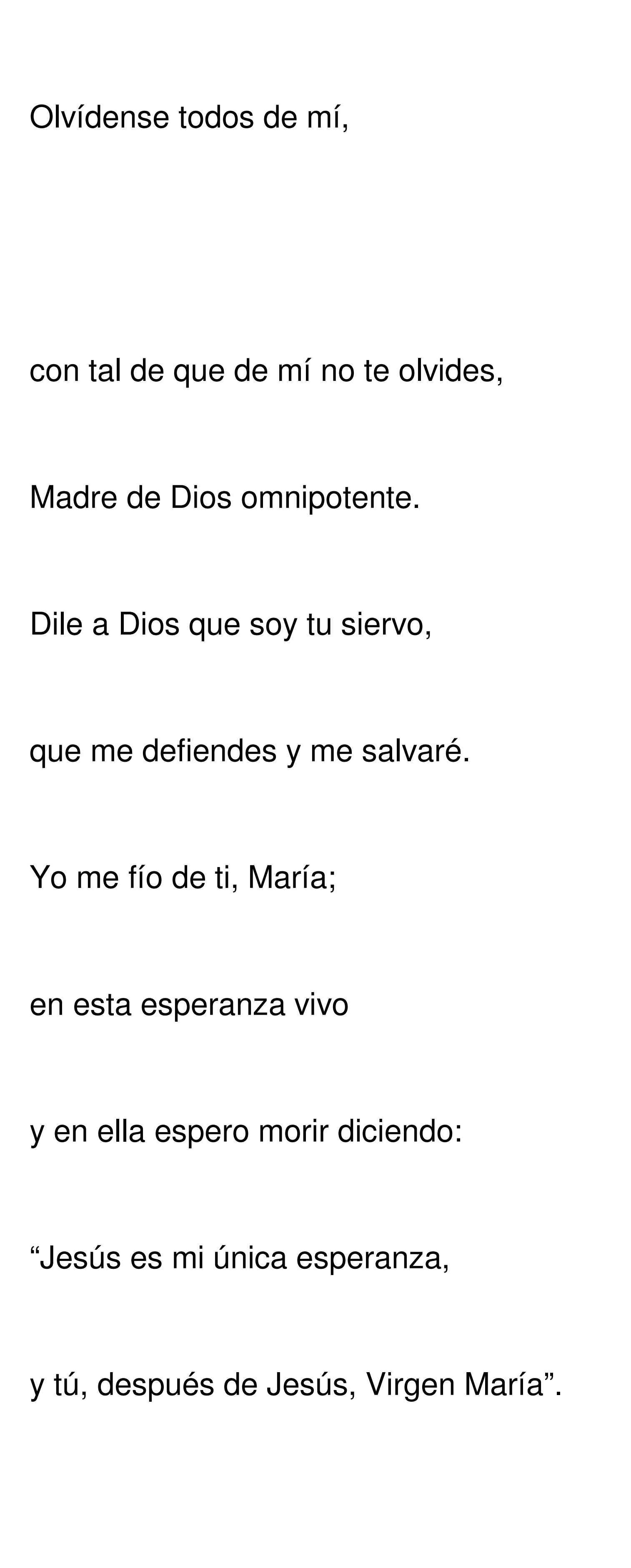
Pero tu piedad para con los desdichados

y el poder de que dispones ante Dios

superan al número y malicia de mis pecados.

Conozcan cielo y tierra,

que el protegido por ti jamás se pierde.



Olvídense todos de mí,

con tal de que de mí no te olvides,

Madre de Dios omnipotente.

Dile a Dios que soy tu siervo,

que me defiendes y me salvaré.

Yo me fío de ti, María;

en esta esperanza vivo

y en ella espero morir diciendo:

“Jesús es mi única esperanza,

y tú, después de Jesús, Virgen María”.

II

María es la esperanza de los pecadores

1. María, puesta por Dios como esperanza de los pecadores

Cuando Dios creó el mundo creó dos luminarias, una mayor y otra menor, es decir, el sol que alumbra el día y la luna que alumbra la noche: "He hizo Dios dos grandes luminarias; la mayor para que presidiera el día y la menor para que presidiera la noche" (Gn 1, 16). El sol, dice el cardenal Hugo, es figura de Cristo, de cuya luz disfrutan los justos; la luna es figura de María, por cuyo medio se ven iluminados los pecadores que viven en la noche de los vicios. Siendo María esta luna propicia con los pecadores, si un pecador, pregunta Inocencio III, se encuentra caído en la noche de la culpa, ¿qué debe hacer? "El que yace en la noche de la culpa –responde–, que mire a la luna, que ruegue a María". Ya que ha perdido la luz del sol, la divina gracia, que se dirija a la que está figurada en la luna, que ruegue a María, y ella le iluminará para conocer su estado

miserable y la fuerza para salir pronto de él. Dice san Metodio que las plegarias de María convierten constantemente a muchísimos pecadores.

Uno de los títulos con que la santa Iglesia nos hace recurrir a la Madre de Dios es el título de Refugio de los pecadores con que la invocamos en las letanías. En la antigüedad había en Judea ciudades de refugio en las que los reos que lograban refugiarse se veían libres de castigos. Ahora no hay ciudades de refugio, pero hay una, y es María, de la que se dijo: "¡Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios!" (Sal 86, 3). Pero con esta diferencia, que en las ciudades antiguas no había refugio para todos los delincuentes ni para toda clase de delitos; pero bajo el manto de María encuentran amparo todos los pecadores y por cualquier crimen que hubieren cometido. Basta con que acudan a cobijarse. "Yo soy –hace decir a nuestra Reina san Juan Damasceno– ciudad de refugio para todos los que en mí se refugian".

Y basta con acudir a María; porque quien ha entrado en esta ciudadela no necesita más para ser salvo. "Juntémonos y entremos en la ciudad fuerte y estémonos allí callados" (Jr 8, 14). Esta ciudad amurallada, explica san Alberto Magno, es la santísima Virgen, inexpugnable por la gracia y por la gloria que posee. "Y estémonos allí callados". Lo cual la explica la glosa: "Ya que no tenemos valor para pedir perdón al Señor, basta que entremos en esta ciudad y nos estemos allí callados, porque entonces María hablará y rogará a favor nuestro". Un piadoso autor exhorta a todos los pecadores a que se refugien bajo el manto de María, diciendo: "Huid, Adán y Eva, y vosotros sus hijos que habéis despreciado a Dios, y

refugiaos en el seno de esta buena Madre. ¿No sabéis que ella es la única ciudad de refugio y la única esperanza de los pecadores?” Ya la llamó así san Agustín: “Esperanza única de los pecadores”.

San Efrén le dice: “Dios te salve, abogada de los pecadores y de los que se ven privados de todo socorro. Dios te salve, refugio y hospicio de pecadores”. Dios te salve, refugio y receptáculo de los pecadores, que sólo en ti pueden encontrar amparo y refugio.

Dice un autor que esto parece querer decir David en el salmo: “Me tuvo escondido en el tabernáculo” (Sal 26, 5). El Señor me ha protegido por el hecho de haberme escondido en su tabernáculo. ¿Y qué otro es este tabernáculo de Dios sino María, como dice san Germán? Tabernáculo hecho por Dios en que sólo Dios entró para realizar el gran misterio de la redención humana. Dice san Basilio que Dios nos ha dado a María como público hospital, donde pueden ser recogidos todos los enfermos pobres y desamparados. Ahora bien, en los hospitales hechos precisamente para recoger a los pobres, ¿quién tiene mayor derecho a ser acogido sino el más pobre y el más enfermo?

Por eso, el que se siente más miserable y con menos merecimientos y más oprimido de los males del alma que son los pecados, puede decirle a María: Señora, eres el refugio de los pobres enfermos, no me rechaces; siendo yo más pobre que todos y más enfermo, tengo mayores razones para que me recibas. Digámosle con santo Tomás de Villanueva: “Oh María, nosotros, pobres pecadores, no sabemos encontrar otro refugio fuera de ti. Tú

eres la única esperanza de quien esperamos la salvación; tú eres la única abogada ante Jesucristo, en la cual ponemos nuestros ojos”.

2. María es precursora de la amistad con el Señor

En las revelaciones de santa Brígida es llamada María “astro que precede al sol”. Para que entendamos que cuando empieza a verse en el pecador devoción a la Madre de Dios, es señal cierta de que dentro de poco vendrá el Señor y la enriquecerá con su gracia. San Buenaventura, para reavivar la confianza de los pecadores en la protección de María, imagina un mar tempestuoso en el que los pecadores que han caído de la nave de la gracia divina, combatidos por las olas de los remordimientos de conciencia y de los temores de la justicia divina, sin luz ni guía y próximos a desesperarse y a perecer sin un rayo de esperanza, los anima señalándoles a María llamada la estrella del mar, y alza su voz para decirles: “Pobres pecadores que vais perdidos, no os desesperéis; alzad los ojos a esta hermosa estrella, tomad aliento y confiad, porque ella os salvará de la tempestad y os conducirá al puerto de salvación”.

Algo semejante dice san Bernardo: “Si no quieres verte anegado por la tempestad, mira a la estrella y llama en tu ayuda a María”. Dice el devoto Blosio que ella es el supremo recurso de los que han ofendido a Dios. Ella es el asilo de todos los tentados por el diablo. Esta madre de misericordia es del todo benigna y del todo dulce, no sólo con los justos, sino también con los pecadores más desesperados. Y cuando ve que éstos recurren a ella y buscan de corazón su ayuda, al instante los socorre, los acoge y les obtiene de su Hijo el perdón. Ella es incapaz de despreciar a nadie, por indigno que sea, y por eso no niega a nadie su protección. A todos consuela, y basta llamarla para que inmediatamente venga en ayuda de quien la invoca.

María es llamada plátano: “Me alcé como el plátano” (Ecclo 24, 19), para que entiendan los pecadores que, como el plátano da cobijo a los caminantes para refrescarse a su sombra de los rayos del sol, así María, cuando ve encendida contra ellos la divina justicia, los invita a refugiarse a la sombra de su protección. Reflexiona san Buenaventura sobre el texto del profeta que en su tiempo se lamentaba y decía al Señor: “Estás enojado contra nosotros porque hemos pecado; no hay quien se levante y te detenga” (Is 64, 5); y observa: “Señor, cierto que estás indignado contra los pecadores y no hay quien pueda aplacarte. Y así era, porque aún no había nacido María. Antes de María no había quien pudiera detener el enojo de Dios. Pero ahora, si Dios está irritado contra cualquier pecador y María se empeña en protegerlo, ella consigue del Hijo que no lo castigue y lo salva. De modo, prosigue san Buenaventura, que nadie más a propósito que María para detener con su mano la espada de la justicia divina para que no caiga sobre el pecador. Dice Ricardo de san Lorenzo, sobre el mismo asunto, que antes de

venir María al mundo se lamentaba de que no hubiera nadie que le estorbase castigar a los pecadores, pero que habiendo nacido María, ella lo aplaca.

3. María ansía salvar al pecador

San Basilio anima así a los pecadores: “No desconfíes, pecador; recurre en todas tus necesidades a María; llámala en tu socorro, que la encontrarás siempre preparada a socorrerte, porque es voluntad de Dios que nos auxilie en todas las necesidades. Esta madre de misericordia tiene tal deseo de salvar a los pecadores más perdidos, que ella misma los va buscando para auxiliarlos; y si acuden a ella encuentra muy bien el modo de hacerlos queridos de Dios”.

Deseando Isaac comer un plato de venado, le pidió a Esaú que se lo cazara y que luego le daría su bendición. Queriendo Rebeca que la bendición del patriarca recayera sobre su otro hijo, Jacob, le dijo: “Anda, hijo mío, al ganado y tráeme dos de los mejores cabritos,

para que yo los guise para tu padre del modo que le gusta" (Gn 27, 9). Dice san Antonio que Rebeca fue figura de María que dice a los ángeles: "Traedme pecadores (figurados los cabritillas), que yo los prepararé de manera (con el dolor y el propósito) que sean agradables y queridos para mi Señor". Y el abad Francón, siguiendo la misma metáfora, dice que María de tal modo adereza a estos cabritillos, que no sólo igualan, sino que a veces superan el sabor de los venados.

Reveló la santísima Virgen a santa Brígida que no hay pecador tan enemigo de Dios que si recurre a ella y la invoca en su ayuda no vuelva a Dios y recupere su gracia. La misma santa un día oyó a Jesús que decía a su Madre que hasta sería capaz de obtener la divina gracia para Lucifer si él pudiera humillarse a pedir su ayuda. Aquel espíritu soberbio jamás será humilde como para implorar la protección de María, pero si (por un imposible) se abajase a pedírsela, María, con sus plegarias, tendría la piedad y el poder de obtenerle de Dios el perdón y la salvación. Mas lo que es imposible que suceda con el demonio, sucede perfectamente con los pecadores que acuden a esta madre de piedad.

El arca de Noé fue figura de María, porque así como en ella encuentran refugio todos los animales, así, bajo el manto de la protección de María, se resguardan todos los pecadores, que por sus vicios y deshonestidades son semejantes a los brutos animales.

Pero con esta diferencia, dice un autor: que entraron animales en el arca, y del arca animales salieron. El lobo quedó lobo, y el tigre,

tigre. Pero bajo la protección de María el lobo se convierte en cordero y el tigre se vuelve paloma. Santa Gertrudis vio a María con el manto extendido, bajo el cual se refugiaban fieras diversas, como leopardos, osos y leones; y vio que la Virgen no sólo no los ahuyentaba, sino que, por el contrario, con su bondadosa mano dulcemente los acogía y los acariciaba. Y comprendió la santa que esas fieras representaban a los pobres pecadores que recurren a María y que ella los acoge con dulzura y amor.

4. María garantiza nuestra salvación

Mucha razón tuvo san Bernardo al decirle a la Virgen: “Señora, tú no aborreces a ningún pecador, por sucio y abominable que parezca; si él te pide socorro, tú no te desdeñas de extender tu compasiva mano y sacarlo del fondo de la desesperación”.

¡Sea por siempre bendecido y agradecido nuestro Dios, oh María la más amable, porque te has hecho tan dulce y bondadosa hasta para con los más miserable pecadores! ¡Desdichado el que no te ama y que pudiendo acudir a ti en ti no confía! Se pierde el que no acude a María; pero ¿cuándo se perdió jamás quien le pidió socorro?

Refiere la Sagrada Escritura que Booz quiso que Ruth pudiera recoger las espigas que dejaban los segadores (Rt 2, 3). Y explica san Buenaventura: “Ruth halló gracia a los ojos de Booz y María halló la gracia ante Dios de recoger la espigas, es decir, las almas que se escapaban de las manos de los segadores para conseguirles el perdón”. Y esos segadores son los propagadores del Evangelio, los misioneros, predicadores y confesores que, con sus trabajos, todo el día andan recogiendo y conquistando almas para Dios. Pero hay almas rebeldes y endurecidas que quedan en el campo abandonadas. Sólo María puede salvarlas con su potente intercesión. ¡Pobres las que ni de esta Señora se dejan recoger! ¡Quedarán perdidas e infelices para siempre!

¡Bienaventurado, en cambio, el que recurre a esta buena Madre! No hay en el mundo, dice el beato Blosio, pecador tan perdido y enfangado que sea aborrecido y desechado por María, porque si éste va a pedirle ayuda, ella sabrá y podrá muy bien reconciliarlo con el Hijo y conseguirle el perdón.

Con razón, por tanto, mi Reina dulcísima, te saluda san Juan Damasceno y te llama esperanza de los desesperados. Con razón san Lorenzo Justiniano te llama esperanza de los malhechores; san Agustín única esperanza de los pecadores; san Efrén, puerto seguro de los que naufragan, y el mismo santo llega a llamarte hasta protectora de los condenados. Con razón, finalmente, exhorta san Bernardo a los mismos desesperados a que no se desesperen, y lleno de ternura hacia su amada Madre le dice: “Señora, ¿quién no tendrá confianza en ti si socorres hasta a los desesperados? No

dudo lo más mínimo en decir que siempre que acudamos a ti obtendremos lo que queremos.

¡Espere en ti el que desespera!”

Cuenta san Antonio que estando un hombre en desgracia de Dios le pareció hallarse de pronto ante el tribunal de Jesucristo; el demonio lo acusaba y María lo defendía. El enemigo presentó en contra del reo la voluminosa cuenta de sus pecados, que puestos en la balanza de la justicia divina pesaban mucho más que todas las buenas obras; pero ¿qué hizo su magnífica abogada? Extendió su dulce mano, la puso sobre el otro platillo y lo inclinó a favor de su devoto. Así le hizo comprender que ella le obtenía el perdón si cambiaba de vida, cosa que, en efecto, realizó aquel pecador convirtiéndose a una santa vida.

EJEMPLO

Favor de María hacia un pecador

Refiere el venerable Juan Herolt, que se llamaba por humildad el Discípulo, que había un casado en desgracia de Dios. No pudiendo su esposa hacerle desistir del pecado, le suplicó que al menos, en aquel miserable estado, tuviera para con la Madre de Dios la atención de que siempre que pasara ante alguna imagen suya la saludara con el Ave María. Y el marido comenzó esa devoción.

Yendo una noche aquel malvado a pecar, vio una luz; se fijó y advirtió que era una lámpara que ardía ante una devota imagen de María con el Niño Jesús en los brazos.

Rezó su Ave María como de costumbre, pero después ¿qué es lo que vio? Vio al Niño cubierto de llagas que manaban fresca sangre. Entonces, a la vez aterrado y enternecido, pensando que él con sus delitos había llagado así a su Redentor, rompió a llorar. Y observó que el Niño le volvía la espalda, por lo que, lleno de confusión, recurrió a la Virgen santísima, diciéndole: “Madre de misericordia, tu Hijo me rechaza; yo no puedo encontrar abogada más piadosa y poderosa que tú que eres mi Madre; Reina mía, ayúdame y ruégale por mí”. La Madre de Dios le respondió desde la imagen:

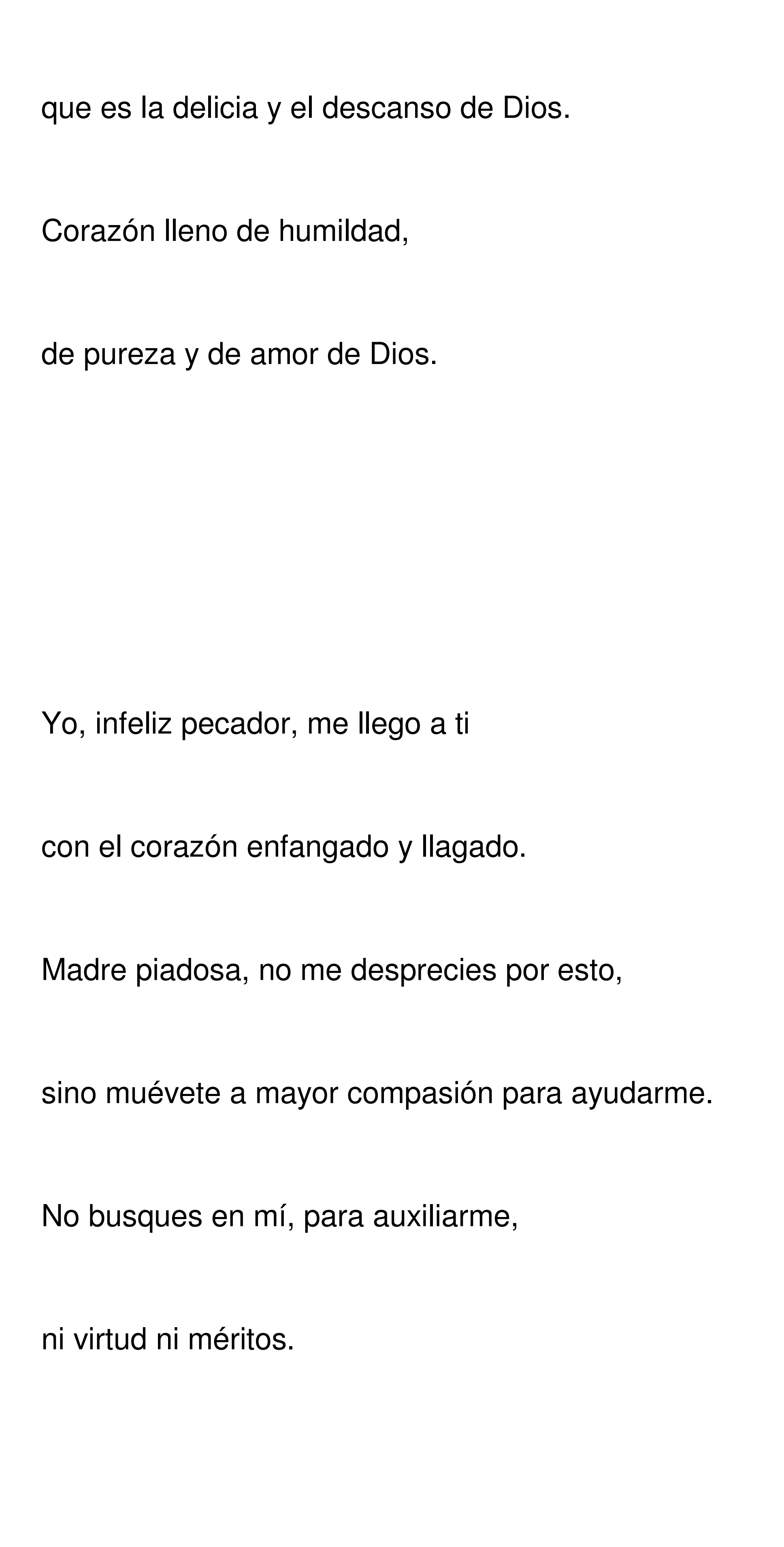
“Vosotros, pecadores, me llamáis madre de misericordia, pero luego no dejáis de hacerme madre de miserias renovando la pasión de mi Hijo y mis dolores”.

Pero como María no es capaz de dejar desconsolado al que se postra a sus pies, se volvió a rogar a su Hijo que perdonase a aquel pecador. Jesús seguía reacio a perdonarle. Y la Virgen, dejando al Niño en la sede, se postró ante él diciendo: “Hijo mío, mírame a tus pies pidiendo perdón por este pecador”. Y entonces Jesús le dijo:

“Madre, yo no te puedo negar nada. ¿Quieres que le perdone? Yo por tu amor le perdono; que se acerque y me bese estas llagas”. Se acercó el pecador llorando copiosamente, y conforme besaba las llagas del Niño éstas se iban cerrando. Por fin Jesús le dio un abrazo como muestra de perdón. El hombre cambió de vida, llevando en adelante una vida santa, devotísimo de la Virgen que le había obtenido gracia tan extraordinaria.

ORACIÓN PARA PARTICIPAR EN LOS MÉRITOS DE CRISTO

Bendigo, Virgen María, tu corazón generoso



que es la delicia y el descanso de Dios.

Corazón lleno de humildad,

de pureza y de amor de Dios.

Yo, infeliz pecador, me llego a ti

con el corazón enfangado y llagado.

Madre piadosa, no me desprecies por esto,

sino muévete a mayor compasión para ayudarme.

No busques en mí, para auxiliarme,

ni virtud ni méritos.

Estoy perdido y sólo merezco el infierno.

Mira sólo, te lo pido, la confianza que pongo en ti

y la voluntad resuelta de enmendarme.

Mira lo que Jesús ha hecho y padecido por mí.

Te presento las penas de su vida,

el frío de Belén y el viaje a Egipto;

la pobreza, la sangre derramada,

los sudores y tristezas,

la muerte que ante ti soportó por amor mío;

por amor de Jesús empéñate en salvarme.

No puedo ni quiero temer, María,

que vayas a dejarme;

por eso a ti recurro en busca de socorro.

Si temiera, haría injuria a tu misericordia

que busca ayudar a los necesitados.

No niegues tu piedad, Señora,

a quien Jesús no ha negado su sangre.

Mas esos méritos no se me aplicarían

si tú no intercedes por mí ante Dios.

De ti espero mi eterna salvación.

No te pido ni honores ni riquezas;

te pido gracia de Dios y amor a tu Hijo;

cumplir su santa voluntad,

y el paraíso para amarlo eternamente.

¿Será posible que no me ayudes?

No, que ya me ayudas como espero;

rezas por mí, me otorgas lo que pido

y me aceptas bajo tu protección.

No me dejes, Madre mía;

sigue rezando por mí hasta que me veas

salvo a tus plantas en el cielo,

bendiciéndote y dándote gracias siempre. Amén.

Capítulo IV

MARÍA, NUESTRO SOCORRO

A ti llamamos los desterrados hijos de Eva

I

María está pronta para ayudar a quien la invoca

1. María es nuestro socorro

¡Pobres de nosotros que siendo hijos de la infeliz Eva, y por lo mismo reos ante Dios de la misma culpa, condenados a la misma pena, andamos agobiados por este valle de lágrimas, lejos de nuestra patria, llorando afligidos por tantos dolores del cuerpo y del alma! Pero ¡bienaventurado el que, entre tantas miserias, con frecuencia se vuelve hacia la consoladora del mundo y refugio de miserables, a la excelsa Madre de Dios y devotamente la llama y le ruega! "Bienaventurado el hombre que me escucha y vigila constantemente a las puertas de mi casa" (Pr 8, 34). "¡Dichoso –

dice María– el que escucha mis consejos y llama constantemente a las puertas de mi misericordia, suplicando que interceda por él y lo socorra!”

La santa Iglesia nos enseña a sus hijos con cuánta atención y confianza debemos recurrir a nuestra amorosa protectora, mandando que la honremos con culto muy especial. Por esto cada año se celebran muchas fiestas en su honor; un día a la semana está especialmente consagrado a obsequiar a María; en el Oficio divino, los sacerdotes y religiosos la invocan en representación de todo el pueblo cristiano; y todos los días a la mañana, al mediodía y al atardecer los devotos la saludan al toque del Ángelus. En las públicas calamidades quiere la santa Iglesia que se recurra a la Madre de Dios con novenas, oraciones, procesiones y visitas a sus santuarios e imágenes.

Esto es lo que pretende María de nosotros, que siempre la andemos buscando e invocando, no para mendigar de nosotros esos obsequios y honores, que son bien poca cosa para lo que se merece, sino para que al acrecentarse nuestra confianza y devoción pueda socorrernos y consolarnos mejor. “Ella busca –dice san Buenaventura– que se le acerquen sus devotos con veneración y confianza; a éstos los ama, los nutre y los recibe por hijos”.

2. María está pronta a socorrernos

Dice el mismo santo que Ruth quiere decir “la que ve y se apresura”, y ella fue figura de María porque viendo nuestras desgracias se apresura a socorrernos con toda su misericordia. A lo que se añade lo que dice Novarino: que María, viendo nuestras miserias, ansiosa y llena de amor y deseo de hacernos bien, se dispone a socorrernos; y como no es tacaña en derramar las gracias, como madre de misericordia, no se demora en desparramar entre sus hijos los tesoros de su generosidad.

¡Qué pronta está esta buena madre a ayudar a quien la invoca! Explicando Ricardo de san Lorenzo las palabras de la Sagrada Escritura: “Tus pechos, como dos gamitos mellizos”, dice que María está pronta a dar la mística leche de su misericordia al que la pide, con la celeridad con que van los gamos veloces. Y dice: “A la más leve presión de un Ave María, derrama sobre quien la invoca oleadas de gracias”. Así que, dice Novarino, María no corre, sino que vuela en auxilio de quien la invoca. Ella, dice el mismo autor, al ejercer la misericordia es semejante a Dios; como el Señor, al instante alivia al que le pide ayuda, porque es fiel a la promesa con que se ha comprometido:

“Pedid y recibiréis”, así María, en cuanto se siente invocada, al instante se presenta con su ayuda. Por esto mismo podemos entender quién es la mujer del Apocalipsis a quien se le dieron las alas del águila grande para volar al desierto (Ap 12, 14). Ribera entiende que estas alas son el amor con que María voló a Dios. Pero el beato Amadeo dice a nuestro propósito que esas alas del águila son la celeridad con que María, superando la velocidad de los serafines, socorre siempre a sus hijos.

Por eso se lee en el Evangelio de San Lucas que cuando María fue a visitar a santa Isabel y a colmar de gracias a toda aquella familia no anduvo con demoras, sino que, como dice el Evangelio: “Se levantó María y se marchó con prontitud a la montaña” (Lc 1, 39). Lo cual no se dice que hiciera a la vuelta. Por eso también se lee que las manos de María son como torneadas, porque, como dice Ricardo de San Lorenzo, así como labrar a torno es la manera más fácil y rápida, así María está más pronta que los demás santos a ayudar a sus devotos. Ella tiene supremos deseos de consolar a todos, y en cuanto se siente invocada, al instante, con sumo placer, acepta las plegarias y socorre al instante. Con razón, san Buenaventura llamaba a María “salvación de los que la invocan”, queriendo decir que para salvarse basta invocar a esta Madre de Dios. Ella, al decir de San Lorenzo, se manifiesta siempre pronta a ayudar a quien la llama. Y es que, como dice Bernardino de Busto, más desea tan excelsa Señora darnos las gracias de lo que nosotros deseamos recibirlas.

3. María nos dispensa su ayuda a pesar de nuestros pecados

Ni la muchedumbre de nuestros pecados debe disminuir nuestra confianza de ser oídos por María. Cuando ante ella nos postramos, encontramos a la madre de misericordia, y para la misericordia sólo hay lugar si encuentra miserias que aliviar. Por lo que como una amorosa madre no siente repugnancia de curar al hijo leproso, aunque la cura fuera molesta y nauseabunda, así nuestra maravillosa Madre no nos abandona cuando recurrimos a ella, por muy grande que sea la podredumbre de nuestros pecados que ella tiene que curar. Esta idea es de Ricardo de San Lorenzo. Esto mismo quiso dar a entender María apareciéndose a santa Gertrudis con el manto extendido para acoger a todos los que a ella acudían. Y vio la santa, a la vez, que todos los ángeles se dedican a defender a los devotos de María de las tentaciones diabólicas.

Es tanta la piedad que nos tiene esta buena Madre y tanto el amor que siente, que no espera nuestras plegarias para socorrernos: "Se anticipa a quienes la codician, poniéndoseles delante ella misma" (Sb 6, 14). Estas palabras san Anselmo se las aplica a María y dice que ella se adelanta a ayudar a los que desean su protección. Con lo cual debemos comprender que ella nos impetra de Dios innumerables gracias antes de que se las pidamos. Que por eso dice Ricardo de San Víctor que María, con razón, es asemejada a la luna: "Hermosa como la luna", porque no sólo es veloz cual la luna para ayudar a quien la invoca, sino que además está tan ansiosa de nuestro bien que en nuestras necesidades se anticipa a nuestras súplicas y está presta a socorrernos antes que nosotros listos para invocarla. De esto nace, dice el mismo Ricardo de San Víctor, el estar tan lleno de piedad el pecho de María que, apenas conoce

nuestras miserias, al instante derrama la mística leche de su misericordia, pues no puede conocer las necesidades de cualquiera sin acudir al punto a socorrerlo.

Esta inmensa piedad que tiene María de nuestras miserias, que la impulsa a compadecerse y aliviarnos aun antes de que la invoquemos, bien lo dio a entender en las bodas de Caná, como lo refiere el Evangelio de San Juan en el capítulo segundo. Se dio cuenta esta piadosa Madre de la confusión y vergüenza de aquellos esposos que estaban del todo afligidos al ver que faltaba el vino en el banquete; y sin que nadie se lo pidiera, movida solamente de su gran corazón que no puede ver las aflicciones de nadie sin compadecerse, fue a pedir a su Hijo, exponiéndole la necesidad de aquella familia para que los consolara. Y le dijo simplemente: “No tienen vino”. Después de lo cual el Hijo, para consolar a aquella buena gente, pero mucho más para contentar el corazón tan compasivo de su Madre que así lo deseaba, hizo el conocido milagro de transformar el agua de las ánforas en el mejor de los vinos. Y argumenta Novarino: “Si María, aunque nadie se lo pida, está tan pronta a adivinar y socorrer nuestras necesidades, cuánto más lo estará para socorrer a quien la invoca y suplica que le ayude”.

4. María jamás desoye una invocación

Y si alguno aún dudase de ser socorrido por María cuando a ella acude, vea cómo lo reprende Inocencio III: "¿Quién la invocó y no fue por ella escuchado?" ¿Dónde hay uno que haya buscado la ayuda de esta Señora y María no lo haya escuchado? "¿Quién –exclama ahora Eutiques, oh bienaventurada, acudió en demanda de tu omnipotente ayuda y se vio jamás abandonado? ¡Nadie, jamás!" ¿Quién, oh Virgen la más santa, ha recurrido a tu materno corazón que puede aliviar a cualquier miserable y salvar al pecador más perdido y se ha visto de ti abandonado? De verdad que nadie, nunca jamás. Esto no ha sucedido ni nunca ha de suceder. "Acepto –decía san Bernardo– que no se hable más de tu misericordia ni se te alabe por ella, oh Virgen santa, si se encontrara alguno que habiéndote invocado en sus necesidades se acordara de que no había sido atendido por ti". Dice el devoto Blosio: "Antes desaparecerán el cielo y la tierra que deje María de auxiliar a quien con buena intención suplica su socorro y confía en ella".

Añade san Anselmo para acrecentar nuestra confianza que cuando recurrimos a esta divina Madre no sólo debemos estar seguros de su protección, sino de que, a veces, parecerá que somos más presto oídos y salvados acudiendo a María e invocando su santo nombre que invocando el nombre de Jesús nuestro Salvador. Y da esta razón: que a Cristo, como Juez, le corresponde castigar, y a la Virgen como madre, siempre le corresponde compadecerse. Quiere decir que encontramos antes la salvación recurriendo a la Madre que al Hijo, no porque sea María más poderosa que el Hijo para salvarnos, pues bien sabemos que Jesús es nuestro exclusivo

Redentor, quien con sus méritos nos ha obtenido y él únicamente obtiene la salvación, sino porque recurriendo a Jesús y considerándolo también como nuestro Juez, a quien corresponde castigar a los ingratos, nos puede faltar (sin culpa de él) la confianza necesaria para ser oídos; pero acudiendo a María, que no tiene otra misión más que la de compadecerse como madre de misericordia y de defendernos como nuestra abogada, pareciera que nuestra confianza fuera más segura y más grande. “Muchas cosas se piden a Dios y no se obtienen, y muchas se piden a María y se consiguen porque Dios ha dispuesto honrarla de esta manera”. Y eso ¿por qué? Y responde Nicéforo que esto sucede no porque María sea más poderosa que Dios, sino porque Dios ha decretado que así tiene que ser honrada su Madre.

Qué dulce promesa le hizo el Señor a santa Brígida. Se lee en el libro primero de sus Revelaciones, capítulo 50, que un día oyó la santa que hablando Jesús con su Madre le decía: “Madre querida, pídeme lo que quieras que nada te negaré; y bien sabes que a todos los que me buscan por amor a ti, aunque sean pecadores, con tal que deseen enmendarse, yo prometo escucharlos”. Lo mismo fue revelado a santa Gertrudis cuando oyó que nuestro Redentor decía a María que él, con su omnipotencia, le había concedido tener misericordia con los pecadores que la invocaban y tenía licencia para usar de esa misericordia como le pareciere.

Que todos los que invoquen a María con total confianza, como a madre de misericordia, le hablen como san Agustín: “Acuérdate, oh piadosísima Mará, que jamás se ha oído decir que nadie de los que han implorado tu protección se haya visto por ti abandonado”. Y por

eso perdóname si te digo que no quiero ser este primer desgraciado que recurriendo a ti se vaya a ver abandonado.

EJEMPLO

María socorre a san Francisco de Sales

Muy bien experimentó la fuerza de esta oración san Francisco de Sales, como se narra en su vida. Tenía el santo unos diecisiete años y se encontraba en París dedicado al estudio y entregado al santo amor de Dios, disfrutando de dulces delicias de cielo. Mas el Señor, para probarlo y estrecharlo más a su amor, permitió que el demonio le obsesionase con la tentación de que todo lo que hacía era perdido porque en los divinos decretos estaba reprobado. La oscuridad y aridez en que Dios quiso dejarlo al mismo tiempo, porque se encontraba insensible a los pensamientos más dulces sobre la divina bondad, hicieron que la tentación tomara más fuerza para afligir el corazón del santo joven, hasta el punto de que por

esos temores y desolaciones perdió el apetito, el sueño, el color y la alegría, de modo que daba lástima a todos los que lo veían.

Mientras duraba aquella terrible tempestad, el santo joven no sabía concebir otros pensamientos ni proferir otras palabras que no fueran de desconfianza y de dolor.

"¿Con que –decía– estaré privado de la gracia de Dios, que en lo pasado se me ha mostrado tan amante y suave? ¡Oh amor, oh belleza a quien he consagrado todos mis afectos! ¿Ya no gozaré más de tus consolaciones? ¡Oh Virgen Madre de Dios, la más hermosa de todas las hijas de Jerusalén! ¿Es que no te he de ver en el paraíso? Ah Señor, ¿es que no he de ver tu rostro? Al menos no permitas que yo vaya a blasfemar y maldecirte en el infierno". Estos eran los tiernos sentimientos de aquel corazón afligido y enamorado de Dios y de la Virgen.

La tentación duró un mes, pero al fin el Señor se dignó librarlo por medio de María santísima, la consoladora del mundo, a la que el santo había consagrado su virginidad y en la que afirmaba tener puesta toda su confianza.

Entre tanto, una tarde, yendo hacia casa, vio una tablilla pegada al muro. La leyó, y era la siguiente oración: "Acordaos, piadosísima

María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a ti se haya visto por ti desamparado”. Postrado junto al altar de la Madre de Dios rezó con afecto aquella oración, le renovó su voto de castidad y prometió rezarle todos los días un rosario. Y luego añadió: “Reina mía, sé mi abogada ante tu divino Hijo, al que no me atrevo a recurrir. Madre mía, si yo, infeliz, en la otra vida no puedo amar a mi Señor que es tan digno de ser amado, al menos consígueme que te ame en este mundo inmensamente. Esta es la gracia que te pido y de ti la espero”. Así rezó a la Virgen y se abandonó por completo en brazos de la divina misericordia, resignado completamente a la voluntad de Dios. Pero apenas había concluido su oración, en un instante la Virgen le libró de la tentación. Recuperó del todo la paz del alma y la salud corporal y siguió viviendo devotísimo de María, cuyas alabanzas y misericordias no cesó de anunciar en predicaciones y libros toda la vida.

ORACIÓN EN DEMANDA DEL SOCORRO DE MARÍA

¡Madre de Dios y reina de los ángeles!

¡Esperanza de los hombres!

¡Mira al que te llama y a ti recurre!

Me postro ante ti, yo, pobre esclavo,

me consagro por tu siervo para siempre

y me ofrezco a servirte y honrarte

cuanto pueda, toda la vida.

Poco puede honrarte

un esclavo tan ruin y rebelde

que tanto ha ofendido a mi Dios y Redentor.

Pero si me aceptas, aunque sin merecerlo,

y con tu intercesión me haces digno,

tu misma misericordia me hará santo

y te daré el honor que yo solo no puedo.

Acéptame y no me rechaces, Madre mía.

Estas ovejas perdidas

vino a rescatar el Verbo eterno,

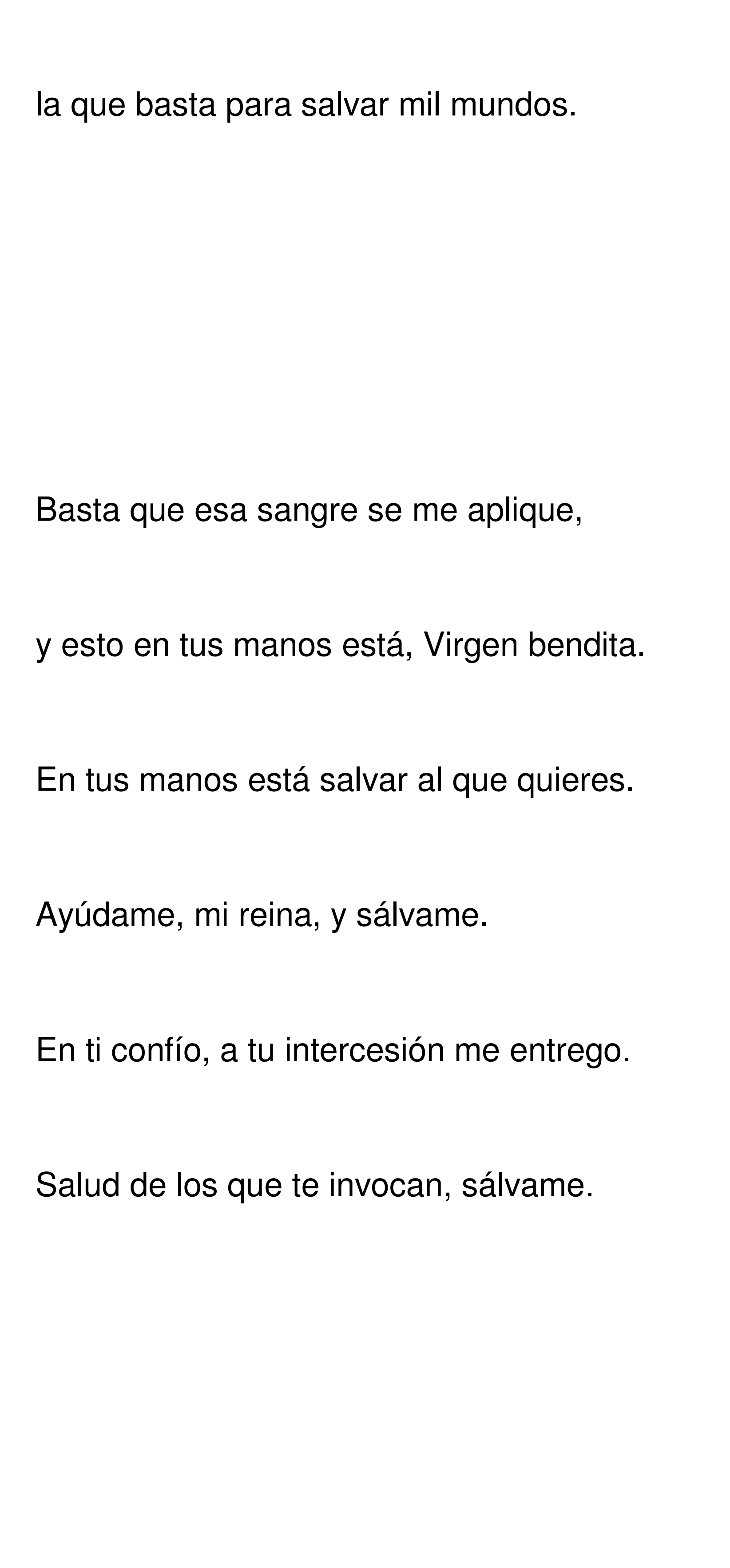
y por salvarlas se hizo Hijo tuyo.

¿Despreciarás a esta oveja extraviada

que a ti recurre para encontrar a Jesús?

Ya está entregado el rescate que me salva;

mi Salvador ya derramó su sangre preciosa,



la que basta para salvar mil mundos.

Basta que esa sangre se me aplique,

y esto en tus manos está, Virgen bendita.

En tus manos está salvar al que quieres.

Ayúdame, mi reina, y sálvame.

En ti confío, a tu intercesión me entrego.

Salud de los que te invocan, sálvame.

II

María tiene poder para defender a los que la invocan en las tentaciones del demonio

1. María vence al mal

No sólo María santísima es reina del cielo y de los santos, sino que también ella tiene imperio sobre el infierno y los demonios por haberlos derrotado valientemente con su poder. Ya desde el principio de la Humanidad, Dios predijo a la serpiente infernal la victoria y el dominio que había de ejercer sobre él nuestra reina al anunciar que vendría al mundo una mujer que lo vencería: “Pondré enemistades entre ti y la mujer...

Ella quebrantará tu cabeza” (Gn 3, 15). ¿Y quién fue esta mujer su enemiga sino María, que con su preciosa humildad y vida santísima siempre venció y abatió su poder? “En aquella mujer fue prometida la Madre de nuestro Señor Jesucristo”, dice san Cipriano.

Y por eso argumenta que Dios no dijo “pongo”, sino “pondré”, para que no se pensara que se refería a Eva. Dice pondré enemistad

entre ti y la mujer para demostrar que esta triunfadora de Satán no era la Eva allí presente, sino que debía de ser otra mujer hija suya que había de proporcionar a nuestros primeros padres mayor bien, dice san Vicente Ferrer, que aquellos de que nos habían privado al cometer el pecado original.

María es, pues, esa mujer grandiosa y fuerte que ha vencido al demonio y le ha aplastado la cabeza abatiendo su soberbia, como lo dijo Dios: "Ella quebrantará tu cabeza". Cuestionan algunos si estas palabras se refieren a María o a Jesucristo, porque los Setenta traducen: "Él quebrantará tu cabeza..." Pero en cualquier caso, sea el Hijo por medio de la Madre o la Madre por virtud del Hijo, han desbaratado a Lucifer y, con gran despecho suyo, ha quedado aplastado y abatido por esta Virgen bendita, como dice san Bernardo. Por lo cual vencido en la batalla, como esclavo, se ve forzado a obedecer las órdenes de esta reina. "Bajo los pies de María, aplastado y triturado, sufre absoluta servidumbre". Dice san Bruno que Eva, al dejarse vencer de la serpiente nos acarreó tinieblas y muerte; pero la santísima Virgen, venciendo al demonio nos trajo la luz y la vida. Y lo amarró de modo que el enemigo no puede ni moverse ni hacer el menor mal a sus devotos.

2. María nos libra del maligno

Hermosa es la explicación que da Ricardo de San Lorenzo de aquellas palabras de los Proverbios: “En ella confía el corazón de su marido que no tendrá necesidad de botín” (Pr 31, 11), y dice: “Confía en ella el corazón de su esposo, es decir, Cristo; y es que ella enriquece a su esposo con los despojos que le quita al diablo”. “Dios ha confiado a María el corazón de Jesús a fin de que ella corra con el cuidado de hacerlo amar de los hombres”. Así lo explica Cornelio a Lápide. Y de ese modo no le faltarán despojos, es decir, almas rescatadas que ella le consigue despojando al infierno, salvándolas de los demonios con su potente ayuda.

Ya se sabe que la palma es señal de la victoria; por eso nuestra reina está colocada en excelso trono a vista de todas las potestades como palma signo de victoria segura, que es lo que se pueden prometer todos los que se colocan bajo su amparo. “Extendí mis ramos como palma de Cadés” (Ecclo 24, 18), es decir, para defender, como añade san Alberto Magno. Hijos, parece decirnos María, cuando os asalta el enemigo recurrid a mí, miradme y confiad, porque en mí que os defiendo veréis también lograda nuestra victoria”. Y es que recurrir a María es el medio segurísimo para vencer todas las asechanzas del infierno, porque ella, dice san Bernardino de Siena, tiene señorío sobre los demonios y el infierno, a quienes domeña y abate. Que por eso María es llamada terrible contra las potestades infernales como ejército bien disciplinado. “Terribles como ejército en orden de batalla” (Ct 6, 3), porque sabe combinar muy bien su poder, su misericordia y sus plegarias para confundir a sus enemigos y en beneficio de sus devotos, que en las tentaciones invocan su potente socorro.

“Y, como la vida, di frutos de suave aroma” (Ecclo 24, 23). “Yo, como la vid –le hace decir el Espíritu Santo–, he dado frutos de suave fragancia”. “Dicen –explica san Bernardo referente a este pasaje– que al florecer las viñas se ahuyentan los reptiles venenosos”. Así también tienen que huir los demonios de las almas afortunadas que tienen aromas de la devoción de María. También por esto María es llamada “cedro”.

“Como cedro ha sido exaltada en el Líbano” (Ecclo 24, 17). No sólo porque así como el cedro es incorruptible, así María no sufrió la corrupción del pecado, sino también porque, como dice el cardenal Hugo a este respecto, como el cedro con su penetrante olor ahuyenta a las serpientes, así María con su santidad pone en fuga a los demonios.

3. María nos asegura la victoria

En Israel, por medio del arca se ganaban las batallas. Así vencía Moisés a sus enemigos.

“Al tiempo de elevar el arca decía Moisés: Levántate, Señor, y que sean dispersados tus enemigos” (Nm 10, 35). Así fue conquistada Jericó, así fueron derrotados los filisteos. “Allí estaba el arca de Dios” (1R 14, 18). Ya es sabido que el arca fue figura de María. “El arca que contenía el maná, o sea, Cristo, es la santísima Virgen que consigue la victoria sobre los malvados y los demonios”. Y como en el arca se encontraba el maná, así en María se encuentra Jesús, del que igualmente fue figura el maná, por medio de este arca se obtiene la victoria sobre los enemigos de la tierra y del infierno.

Por eso dice san Bernardino de Siena que cuando María, arca del Nuevo Testamento, fue elevada a ser reina del cielo, quedó muy débil y abatido el poderío del demonio sobre los hombres.

“¡Cómo tiemblan ante María y su nombre poderosísimo los demonios en el infierno!”, exclama san Buenaventura. El santo compara a estos enemigos con aquellos de los que habla Job: “Fuerzan de noche las casas... y si los sorprende la aurora la ven como las sombras de la muerte” (Jb 24, 16). Los ladrones van a robar las casas de noche; pero si en eso les sorprende la aurora, huyen como si se les apareciera la sombra de la muerte. Lo mismo, dice san Buenaventura, sucede cuando los demonios entran en un alma si ésta se encuentra espiritualmente a oscuras. Pero en cuanto al alma le viene la gracia y la misericordia de María, esta hermosa aurora disipa las tinieblas y pone en huida a los enemigos infernales como se huye de la muerte. ¡Bienaventurado el que siempre, en las batallas contra el infierno, invoca el hermosísimo nombre de María!

Dios reveló a santa Brígida que ha concedido tan gran poder a María para vencer a los demonios, que cuantas veces asaltan a un devoto de la Virgen que pide su ayuda, a la menor señal suya huyen despavoridos, prefiriendo que se les multipliquen los tormentos del infierno a verse dominados por el poder de María.

“Como lirio entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes” (Ct 2, 2). Comentando estas palabras en que el esposo divino alaba a su amada esposa cuando la compara con la azucena entre espinas, que así es su amada entre todas, reflexiona Cornelio a Lápide y dice: “Así como la azucena es remedio contra las serpientes y sus venenos, así invocar a María es remedio especialísimo para vencer todas las tentaciones, sobre todo las de impureza, como lo comprueban quienes lo practican.

Decía san Juan Damasceno: “Oh Madre de Dios, teniendo una confianza invencible en ti, me salvaré. Perseguiré a mis enemigos teniendo por escudo tu protección y tu omnipotente auxilio”. Lo mismo puede decir cada uno de nosotros que gozamos la dicha de ser los siervos de esta gran reina: Oh Madre de Dios, si espero en ti jamás seré vencido, porque defendido por ti perseguiré a mis enemigos, y oponiéndoles como escudo tu protección y tu auxilio omnipotente, los venceré. El monje Jacobo, doctor entre los padres griegos, hablando de María con el Señor, así le dice: “Tú, Señor mío, me has dado esta Madre como un arma potentísima para vencer infaliblemente a todos mis enemigos”.

Se lee en el Antiguo Testamento que el Señor, desde Egipto hasta la tierra de promisión, guiaba a su pueblo durante el día con una nube en forma de columna, y por la noche con una columna de fuego (Ex 13, 21). En esta nube en forma de columna y en esta columna en forma de fuego, dice Ricardo de San Lorenzo, está figurada María y sus dos oficios que ejercita constantemente para nuestro bien; como nube nos protege de los ardores de la divina justicia, y como fuego nos protege de los demonios. Es ella como columna de fuego, afirma el santo, porque como la cera se derrite ante el fuego, así los demonios pierden sus fuerzas ante el alma que con frecuencia se encomienda a María y trata devotamente de imitarla.

4. María es nombre de victoria contra el mal

"¡Cómo tiemblan los demonios –afirma san Bernardo– con sólo oír el nombre de María!" "Al nombre de María se dobla toda rodilla. Y los demonios no sólo temen, sino que al oír esta voz se estremecen de terror". "Así como los hombres –dice Tomás de Kempis– caen por tierra espantados cuando oyen el estampido de un trueno cercano, así caen derribados los demonios cuando oyen que se nombra a María". ¡Qué maravillosas victorias han obtenido sobre

sus enemigos los devotos de María con sólo invocar su nombre! Así lo venció san Antonio de Papua; así el beato Enrique Susón; así tantos otros amantes de María. Refieren las relaciones de las misiones del Japón que a un cristiano se le presentaron muchos demonios en forma de animales feroces para amenazarlo y espantarlo, pero él les dijo: “No tengo armas con qué asustaros; si lo permite el Altísimo, haced de mí lo que os plazca. Pero, eso sí, tengo en mi defensa los dulcísimos nombres de Jesús y de María”. Apenas dijo esto cuando a la voz de estos nombres tremendos se abrió la tierra y se tragó a los espíritus soberbios. San Anselmo asegura con su experiencia haber visto y conocido a muchos que al nombrar a María se habían visto libres de los peligros.

“Glorioso y admirable es tu nombre, ¡oh María! –exclama san Buenaventura–. Los que lo pronuncian en la hora de la muerte no temen, pues los demonios, al oírlo, al punto dejan tranquila el alma”. Muy glorioso y admirable es tu nombre, oh María; los que se acuerdan de pronunciarlo en la hora de la muerte no tienen ningún miedo al infierno, porque los demonios, en cuanto oyen que se nombra a María, al instante dejan en paz a esa alma. Y añade el santo que no temen tanto en la tierra los enemigos a un gran ejército bien armado, como las potestades del infierno al nombre de María y a su protección. “Tú, Señora –dice san Germán–, con la sola invocación de tu nombre potentísimo aseguras a tus siervos contra todos los asaltos del enemigo.

5. María ayuda a superar toda tentación

¡Ah! Si las criaturas tuvieran cuidado de invocar el nombre de María con toda confianza, en las tentaciones, ciertamente, nunca caerían. Sí, porque como dice el beato Alano, al oír este sublime nombre huye el demonio y se estremece el infierno.

“Satán huye y tiembla l infierno cuando digo: Ave María”. También reveló la misma reina a santa Brígida que hasta de los pecadores más perdidos y más alejados de Dios y más poseídos del demonio huye enseguida el enemigo en cuanto sienten que ellos invocan en su ayuda con verdadera voluntad de enmendarse el poderosísimo nombre de ella. Pero añadió la Virgen que los demonios, si el alma no se enmienda y no arroja de sí el pecado con la contrición, pronto retornan y siguen poseyéndola.

EJEMPLO

María asiste a un devoto suyo

En Reischersperg vivía Arnoldo, canónigo regular muy devoto de la santísima Virgen.

Estando para morir recibió los santos sacramentos y rogó a los religiosos que no le abandonasen en aquel trance. Apenas había dicho esto, a la vista de todos comenzó a temblar, se turbó su mirada y se cubrió de frío sudor, comenzando a decir con voz entrecortada: “¿No veis esos demonios que me quieren arrastrar a los infiernos?” Y después gritó: “Hermanos, invocad para mí la ayuda de María; en ella confío que me dará la victoria”. Al oír esto empezaron a rezar las letanías de la Virgen, al decir: Santa María, ruega por él, dijo el moribundo: “Repetid, repetid el nombre de María, que siento como si estuviera ante el tribunal de Dios”. Calló un breve tiempo y luego exclamó: “Es cierto que lo hice, pero luego también hice penitencia”. Y volviéndose a la Virgen le suplicó: “Oh María, yo me salvaré si tú me ayudas”.

Enseguida los demonios le dieron un nuevo asalto, pero él se defendía haciendo la señal de la cruz con un crucifijo e invocando a María. Así pasó toda aquella noche. Por fin, llegada la mañana, ya

del todo sereno, Arnoldo exclamó: “María, mi Señora y mi refugio, me ha conseguido el perdón y la salvación”. Y mirando a la Virgen que le invitaba a seguirlo, le dijo: “Ya voy, Señora, ya voy”. Y haciendo un esfuerzo para incorporarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, suspirando dulcemente la siguió con el alma, como esperamos a la gloria bienaventurada.

ORACIÓN ANTE EL PELIGRO

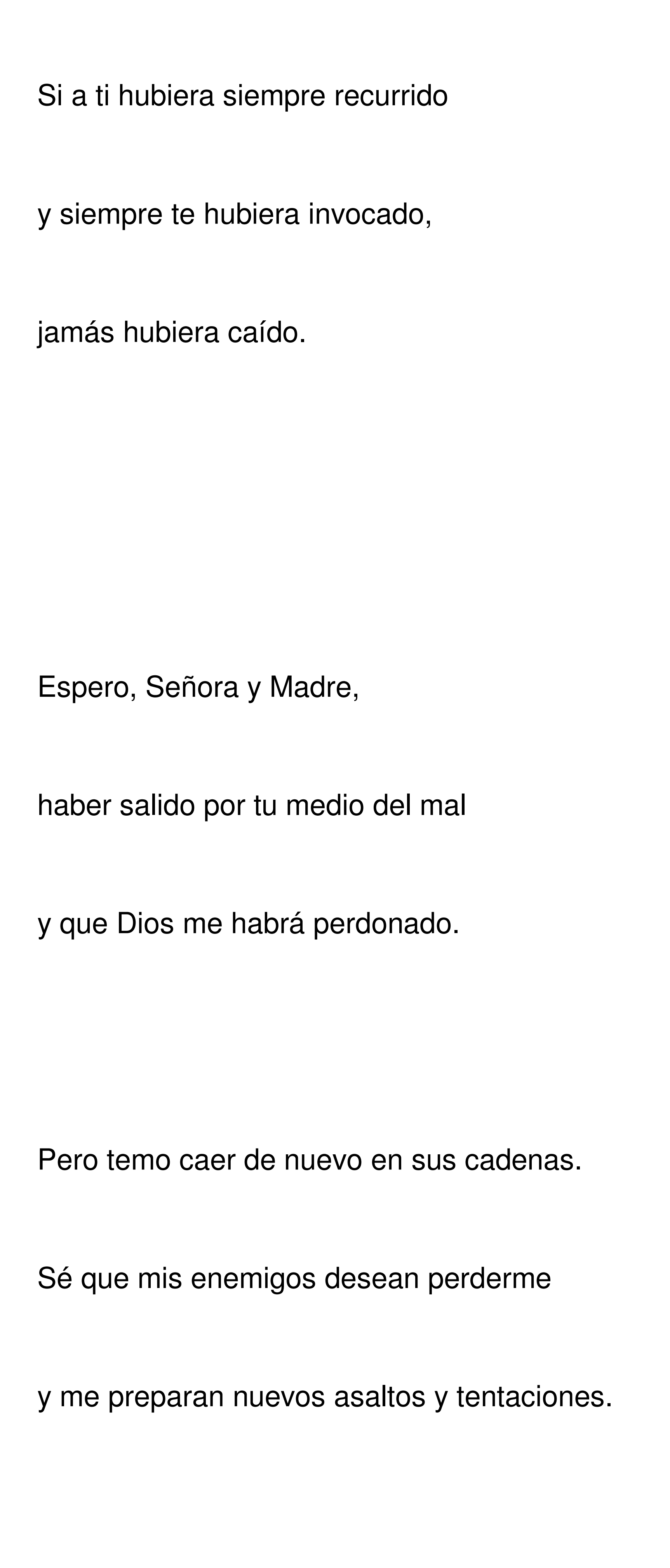
María, esperanza mía,

mira a tus pies a un pobre pecador

tantas veces por mi culpa esclavo del mal.

Reconozco que me dejé vencer del enemigo

por no acudir a ti, refugio mío.



Si a ti hubiera siempre recurrido

y siempre te hubiera invocado,

jamás hubiera caído.

Espero, Señora y Madre,

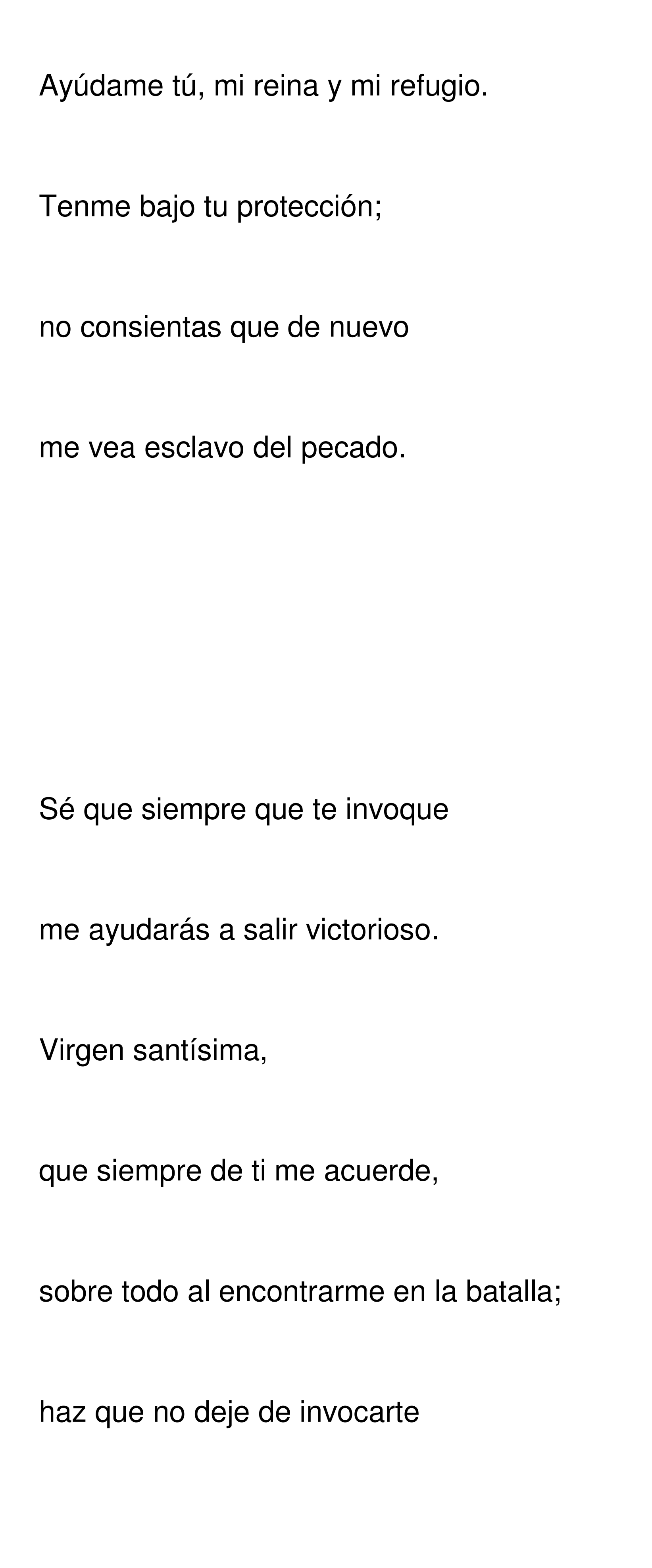
haber salido por tu medio del mal

y que Dios me habrá perdonado.

Pero temo caer de nuevo en sus cadenas.

Sé que mis enemigos desean perderme

y me preparan nuevos asaltos y tentaciones.



Ayúdame tú, mi reina y mi refugio.

Tenme bajo tu protección;

no consientas que de nuevo

me vea esclavo del pecado.

Sé que siempre que te invoque

me ayudarás a salir victorioso.

Virgen santísima,

que siempre de ti me acuerde,

sobre todo al encontrarme en la batalla;

haz que no deje de invocarte

diciendo: “María, ayúdame; ayúdame, María”.

Y cuando llegue la hora de mi muerte,

reina mía, asísteme entonces como nunca;

haz tú misma que me acuerde de invocarte

con la boca y el corazón con más frecuencia

para que, expirando

con tu dulce nombre en los labios

y el de tu Hijo Jesús,

pueda ir a bendeciros y alabaros

para no separarme de vosotros

por toda la eternidad en el paraíso. Amén.

Capítulo V

MARÍA, NUESTRA MEDIADORA

A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas I

Necesidad que tenemos de la intercesión de María para salvarnos

1. María intercede por nosotros

El invocar y rezar a los santos, y especialmente a la reina de todos los santos, María santísima, a fin de obtener la gracia de Dios es no sólo lícito, sino útil y santo, y es verdad de fe definida por los Concilios contra los herejes que la condenan como cosa injuriosa para Jesucristo que es nuestro único mediador. Pero si un Jeremías ruega después de su muerte por Jerusalén (2M 15, 14); si los ancianos del Apocalipsis presentan a Dios las oraciones de los santos; si san Pedro promete a sus discípulos acordarse de ellos después de su muerte; si san Esteban ruega por sus perseguidores; si san Pablo ruega por sus compañeros; si, en suma, pueden los santos rogar por nosotros, ¿por qué no vamos a poder nosotros implorar a los santos para que intercedan en nuestro favor?

Que Jesucristo sea nuestro único mediador con toda justicia porque con sus méritos nos ha obtenido la reconciliación con Dios, ¿quién lo niega? Mas, por otra parte, es una impiedad negar que Dios se complace en conceder las gracias por la intercesión de los santos y especialmente de María, su Madre santísima, que Jesús tanto desea verla amada y honrada por nosotros. Es sabido que el honor entregado a la madre redunda en honor del hijo. "Gloria de los hijos

son sus padres” (Pr 17, 6). Por eso dice san Bernardo: “No hay duda de que todo lo que cede en honra de la madre, al hijo pertenece”. No oscurece la gloria del hijo el que alaba a la madre, porque cuanto más se alaba a la madre, más se honra al hijo. Y san Ildefonso dice que todo el honor que se rinde a la reina madre se tributa al hijo rey. Nadie duda de que por los méritos de Jesucristo se ha concedido a María toda la autoridad para ser la mediadora de nuestra salvación; no es nuestra Señora mediadora por estricta justicia, sino por gracia de Dios, intercediendo, como lo dice san Buenaventura: “María es la fidelísima intercesora de nuestra salvación”. Y san Lorenzo Justiniano: “¿Cómo no va a estar llena de gracia la que es escala del paraíso, puerta del cielo y con toda verdad mediadora entre Dios y los hombres?”

Por eso nos advierte muy bien san Anselmo que cuando rezamos a la santísima Virgen para obtener las gracias no es que desconfiemos de la divina misericordia, sino que, ante todo, desconfiamos de nuestra propia indignidad, y nos encomendamos a María para que con su dignidad supla nuestra miseria.

2. María y la devoción a ella nos son imprescindibles

Que recurrir a María sea cosa utilísima y santa no pueden dudarlo sino los que no tienen fe. Pero lo que quiero probar es que la intercesión de María es necesaria para nuestra salvación; necesaria, no absolutamente, sino moralmente, para hablar con propiedad. Y digo yo que esta necesidad brota de la misma voluntad de Dios, que quiere que todas las gracias que nos dispensa pasen por las manos de María, como lo dice san Bernardo y es sentencia común entre teólogos y doctores, como lo dice el autor de El reino de María. Esta sentencia la sostienen Vega, Mendoza Paciuchelli, Séñeri, Poiré, Crasset e innumerables autores. El P. Natal Alejandro, autor por cierto muy mirado en las proposiciones que sostiene, dice ser voluntad de Dios que todas las gracias las debemos esperar por medio de María. "El cual –son sus palabras– quiere que todos los bienes los esperemos de él, pero pidiendo la poderosísima intercesión de la Virgen madre cuando la invocamos como se debe". Y cita para confirmarlo el célebre dicho de san Bernardo: "Esta es su voluntad, que todo lo obtengamos por María". Lo mismo siente el P. Contenson, quien explicando las palabras de Jesús en la cruz a san Juan: "He aquí a tu madre", añade: "Como si dijera: nadie participará de mi sangre si no es por la intercesión de mi Madre. Las llagas son fuentes de gracias, pero a nadie llegarán sus raudales sino encauzados por María. Juan, discípulo mío, tanto más serás amado por mí cuanto más la ames".

Esta proposición de que cuantos bienes nos llegan del Señor nos llegan por medio de María no agrada a cierto autor, el cual, por lo demás, aunque habla con no poca piedad y doctrina de la verdadera y falsa devoción, sin embargo, al hablar de la devoción hacia la Madre de Dios se muestra muy tacaño en reconocerle esta gloria, que no han tenido inconveniente en proclamar san Germán,

san Juan Damasceno, san Anselmo, san Buenaventura, san Antonino, san Bernardino de Siena, el venerable abad de Celles y tantos otros doctores que no han tenido dificultad en afirmar que, por lo dicho, la intercesión de María no es sólo útil, sino necesaria. Dice el mencionado autor que semejante proposición de que Dios no concede ninguna gracia sino por medio de María es una hipérbole salida de la boca de algunos santos por un fervor exagerado, los cuales, hablando con propiedad, sólo querían decir que habiendo recibido por María a Jesucristo, por sus méritos recibimos todas las gracias. De otro modo, dice, sería un error creer que Dios no puede conceder las gracias sin la intercesión de María, ya que el Apóstol dice que no tenemos más que un solo Dios y un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo (1Tm 2, 3). Hasta aquí lo que dice ese autor.

Pero, con su permiso, le responderé con la misma doctrina que enseña en su libro: que una es la mediación por estricta justicia y otra la mediación de gracia por vía de intercesión. Es muy distinto decir que Dios no pueda, a decir que Dios no quiera conceder las gracias sin la intercesión de María. Con mucho gusto confieso que Dios es el manantial de todo bien y Señor absoluto de todas las gracias, y que María es una criatura que todo lo que tiene lo ha recibido por gracia de Dios. Pero ¿quién puede negar que es sumamente razonable y conveniente afirmar que Dios, para exaltar a esta maravillosa criatura que lo ha honrado y amado más que todas las demás juntas, y que el Señor, habiendo elegido a María por Madre de su Hijo y redentor de todos, quiere que todas las gracias que se han de conceder a los redimidos pasen y se distribuyan por las manos de María? Confieso que Jesucristo es el único mediador de justicia con todo derecho, que con sus méritos nos mereció la gracia y la salvación; pero afirmo que María es mediadora por gracia y que si todo lo que obtiene es por los méritos

de Jesucristo, porque lo pide en nombre de él, es que las gracias que obtenemos todas las conseguimos por su intercesión.

Nada hay en esto que sea opuesto a los dogmas sagrados, sino que, por el contrario, todo ello es conforme al sentir de la Iglesia, que en las oraciones que ella aprueba nos enseña a recurrir constantemente a esta Madre de Dios y a llamarla: Salud de los enfermos, refugio de pecadores, auxilio de los cristianos, vida y esperanza nuestra. La misma santa Iglesia en el Oficio de las festividades de María, aplicándole palabras del libro de la sagrada Escritura, nos da a entender que por ella nos colma Dios de esperanza: “En mí está toda esperanza de vida y de virtud” (Ecclo 24, 25). Por María encontraremos la vida y la salvación eterna: “El que me encuentre, encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación” (Pr 8, 35). Y en otro lugar: “Los que se guían por mí, no pecarán; los que me esclarecen, tendrán la vida eterna” (Ecclo 24, 30-31); cosas todas que expresan la necesidad que tenemos de la intercesión de María.

3. María en el sentir de los doctores

Este es el sentir en que se afirman tantos santos padres y teólogos, de los cuales no es justo decir, como lo hace el autor nombrado, que para exaltar a María ha usado de hipérbole, o sea, exageraciones excesivas. Exagerar y proferir hipérboles es exceder los límites de la verdad, lo cual no se puede decir de los santos, que, por serlo, han hablado guiados por el Espíritu de Dios que es el Espíritu de la Verdad.

Y séame permitido hacer una breve digresión para expresar mi propio sentir: cuando una sentencia es de alguna manera honrosa para la Virgen santísima, tiene algún fundamento y no es contraria ni a la fe ni a los decretos de la Iglesia ni a la verdad, no mantenerla o contradecirla porque la sentencia contraria también puede ser verdadera, denota poca devoción a la Madre de Dios. No quiero yo pertenecer al número de estos devotos tibios, ni querría que de ellos fueran mis lectores. Seamos más bien del número de los que creen plenamente y con toda firmeza todo lo que redunda en gloria de María, porque como dice el abad Ruperto, entre los obsequios más grandes que podemos hacer a esta Madre está el de creer firmemente sus grandezas.

Y aunque no hubiera habido otra razón, basta para quitar el temor de excederse en las alabanzas de María lo que dice san Agustín, que por mucho que alabemos a María todo será poco para lo que ella se merece debido a su dignidad de Madre de Dios.

Añádase la autoridad de la santa Iglesia que nos hace rezar en la misa de la Virgen:

“Feliz eres, sagrada Virgen María, y dignísima de toda alabanza”.

Pero volvamos a nuestro propósito y veamos lo que dicen los santos de nuestra sentencia. San Bernardo afirma que Dios ha colmado a María con todas las gracias para que los hombres, por medio de María, como por un canal reciban todos los bienes. Y el santo hace la reflexión de que en el mundo, antes de que naciera la santísima Virgen, no había para todos los hombres esta corriente de gracia porque no existía este anhelado acueducto. Pero que para esto ha sido dada María al mundo, para que por este canal llegasen de continuo las gracias a nosotros.

Como Olofernes, para rendir la ciudad de Betulia, ordenó cortar el acueducto, así el demonio procura como puede hacer que el alma pierda la devoción a la Madre de Dios, porque una vez cegado este canal de la gracia, más fácilmente la conquistará.

“Considera –dice san Bernardo– con qué afecto y devoción quiere el Señor que recurramos siempre a esta nuestra reina María con plena confianza en su protección, porque en ella ha colocado la plenitud de todo bien a fin de que en ella y por ella tengamos plena

confianza y reconozcamos que todos los bienes de Dios nos vienen por mano de María. Lo mismo dice san Antonino: “Por ella viene del cielo cuanto de gracia llega al mundo”. Todas las misericordias que se dispensa a los hombres, todas vienen por mano de María.

4. María es como la luna y la puerta del cielo

Por eso es llamada luna; porque, como dice san Buenaventura, como la luna está intermedia entre la tierra y los cuerpos celestes, y lo que de ellos recibe lo difunde a la tierra, así la Virgen es reina colocada entre Dios y nosotros, y ella nos difunde la gracia”. Como la luna está entre la tierra y el sol, y todo lo que de él recibe ella lo refleja en la tierra, así María recibe los influjos celestiales de la gracia del sol divino para transmitirlos a los que vivimos en la tierra.

Por eso también es llamada por la Iglesia puerta del cielo: “¡Feliz puerta del cielo!”, porque, como reflexiona el mismo san Bernardo, así como todo rescripto de gracia mandado por el rey pasa por la puerta de su palacio, así ninguna gracia llega del cielo a la tierra si

no pasa por las manos de María". Dice además san Buenaventura que María se llama puerta del cielo porque ninguno puede entrar en el cielo si no pasa por María que es como la puerta.

En igual sentido se afirma san Jerónimo o, como dicen otros, un antiguo escritor, autor del sermón sobre la Asunción, y que anda entre las obras de san Jerónimo. Dice que en Jesucristo está la plenitud de la gracia como en la cabeza desde la cual luego se difunde hacia los miembros, que somos nosotros, todas las sustancias vitales, es decir, las ayudas divinas PATRA conseguir la eterna salvación. Y en María está la misma plenitud como en el cuello por el que esas sustancias vitales pasan a los miembros. "En Cristo está la plenitud de la gracia como en la cabeza que influye; en María, como en el cuello que trasfunde". Lo mismo viene confirmado por san Bernardino de Siena, quien más claramente explicó este pensamiento diciendo que por medio de María se transmiten a los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que descienden a ella de Cristo nuestra cabeza.

5. María, tesorera de las gracias, nos dio a Jesús

San Buenaventura asigna la razón de esto al decir: “Desde que estuvo en el seno de la Virgen toda la naturaleza divina, me atrevo a decir que esta Virgen adquirió como cierta jurisdicción en la efusión de todas las gracias, habiendo emanado de su seno, como de un océano de la divinidad, los ríos de todas las gracias”. Lo mismo, con palabras más claras, viene a decir san Bernardino de Siena: “Desde el momento en que la Virgen Madre concibió en su seno al Verbo de Dios, adquirió, por así decirlo, cierta jurisdicción sobre todos los dones del Espíritu Santo, de manera que ninguna criatura ha obtenido ni obtendrá ninguna gracia de Dios, sino conforme a la piadosa distribución que haga tal Madre”.

Ricardo de San Víctor dice de modo semejante que cuando Dios quiere favorecer a alguna de sus criaturas, quiere que todo pase por las manos de María. Por lo cual el venerable abad de Celles exhorta a cada uno a recurrir a esta tesorera de todas las gracias como él la llama, porque sólo por su medio el mundo y los hombres han de recibir todo el bien que pueden esperar.

Por lo que se ve claramente que esos santos y escritores, al decir que todas las gracias nos viene por medio de María, no han tenido intención de decir solamente que esto sucede porque de María hemos recibido a Jesucristo, como dice el autor antes nombrado, sino que también aseguran que Dios, después de habernos dado a Jesucristo, quiere que de ahí en adelante se dispensen, se han dispensado y se dispensarán a los hombres hasta el fin de los tiempos; todas absolutamente se dispensarán por las manos y por la intercesión de Mará.

Así que, concluye Suárez, es el sentir universal de la Iglesia que la intercesión de María sea no solamente útil para nosotros, sino del todo necesaria. Necesaria, no de necesidad absoluta, porque sólo la mediación de Jesucristo es absolutamente necesaria, pero sí por necesidad moral, porque siente la Iglesia, como dice san Bernardo, que Dios ha determinado que toda gracia se nos otorgue por manos de María: “No quiso Dios que tengamos nada que no pase por las manos de María”. Y antes que san Bernardo ya lo afirmó san Ildefonso diciéndole a la Virgen: “Oh María, el Señor ha decretado encomendar a tus manos todos los bienes que ha dispuesto otorgar a los hombres, y por eso a ti te ha confiado todos los tesoros y riquezas de la gracia”. Por lo mismo san Pedro Damiano dice que Dios no quiso hacerse hombre sin el consentimiento de María; lo primero, para que todos le quedáramos sumamente agradecidos; lo segundo, para que comprendamos que el querer de esta Virgen se ha confiado la salvación de todos.

San Buenaventura, considerando las palabras de Isaías: “Saldrá un renuevo del tronco de Jesús y un retoño de sus raíces brotará.

Reposará sobre él el espíritu del Señor" (Is 11, 1-2). Dice estas hermosas palabras: "El que desea conseguir la gracia del Espíritu Santo, busque la flor en la vara. Por la vara, a la flor, y por la flor llegue a Dios". El que desea adquirir la gracia del Espíritu Santo, que busque la flor en la vara, es decir, a Jesús en María, ya que por la vara llegamos a la flor y por la flor encontramos a Dios. Y añade más adelante: "Si quieres conseguir esa flor, inclina con las plegarias la rama que sostiene la flor". Inclina a tu favor con la oración el tallo en que se encuentra la flor y la obtendrás. En el sermón de la Epifanía, dice el seráfico doctor comentando las palabras: "Encontraron al Niño con su Madre" (Mt 2, 11): "jamás se encontrará a Jesús sino con María y por medio de María. En vano lo busca quien no lo busca junto a María". Decía san Ildefonso: "Yo quiero ser siervo del Hijo, y como no será siervo del Hijo quien no lo sea de la Madre, por eso ambiciono ser siervo de María".

EJEMPLO

Convertido al no renegar de María

Refieren el Belovacense y Cesáreo que un joven noble, por sus vicios, se vio reducido de rico como lo había dejado su padre, a tanta pobreza que necesitaba mendigar para comer. Se fue a vivir lejos, donde no fuese conocido para no pasar tanta vergüenza.

Por el camino se encontró con un viejo criado de su padre, quien al verlo tan afligido por la pobreza en que había caído le dijo que no perdiese el ánimo, porque él podía ponerlo en relación con un príncipe que lo proveería de todo.

El antiguo sirviente se había convertido en un impío hechicero. Un día tomó consigo al infeliz joven y lo llevó a través de un bosque a la orilla de un lago, donde comenzó a hablar con una persona invisible. El joven le preguntó con quién hablaba. Le respondió que con el demonio; y al ver el espanto del joven trató de animarlo para que no tuviera miedo. Y continuó hablando con el demonio: “Señor –le dijo–, este joven está reducido a extrema miseria y quiere volver a su antigua posición”. “Cuando quiera obedecerme –respondió el enemigo– le haré más rico que antes, pero en primer lugar tiene que renegar de Dios”. Ante esta propuesta se horrorizó el joven, pero instigado por le maldito mago lo hizo y renegó de Dios. “Pero esto no basta –replicó el demonio–, es necesario también que reniegue de María, porque ella es la que nos causa más pérdidas. ¡A cuántos nos los arranca de las manos y los lleva a Dios para salvarlos!”

“¿Qué yo reniegue de mi madre? ¡Eso sí que no! –gritó el joven–. ¡Ella es toda mi esperanza! ¡Prefiero andar mendigando toda mi vida!” Y el joven se alejó apresuradamente de aquel lugar.

A la vuelta acertó a pasar por una iglesia de María. Entró el desconsolado joven y, postrándose ante su imagen, comenzó a llorar amargamente y a pedir a la santísima Virgen que le obtuviera el perdón de sus pecados. Y he aquí que María, desde su imagen, se puso a rogar a su Hijo a favor de aquel infeliz. Jesús le dijo: “Pero si es un ingrato, Madre mía; ha renegado de mí”. Mas como María no dejaba de suplicarle, al fin le dijo: “Madre mía, jamás te he negado nada; sea perdonado ya que tú me lo pides”.

Todo esto lo estaba observando providencialmente el señor que había comprado la hacienda del joven. Y viendo la piedad de María con aquel pecador y como tenía una hija única se la dio por esposa, haciéndolo heredero de todos sus bienes. Y así aquel joven recuperó, gracias a María, la gracia de Dios y hasta los bienes temporales.

ORACIÓN PARA PEDIR EL AMOR A DIOS

Qué esperanza de salvación y vida eterna

me da el Señor

al haberme otorgado por su misericordia

tal confianza en el auxilio de su Madre,

a pesar de que por mis pecados

he incurrido en su desgracia y he merecido fatal condena.

Doy gracias a Dios y a mi protectora María

que se ha dignado

acogerme bajo su manto,

como lo demuestran tantas gracias

como por su medio he recibido.

Sí que te agradezco, Madre mía,

tantos bienes como me has regalado.

Reina mía, ¡de cuántos peligros me has librado!

¡Cuántas luces y misericordias

me has alcanzado de Dios!

¿Qué atenciones o qué beneficios

has recibido de mí

para que así te empeñes en favorecerme?

Sólo tu bondad es quien te mueve.

Aunque diera por ti mi sangre y mi vida,

sería muy poco parea lo que te debo,

a ti que me has librado de eterna muerte

y por ti he recobrado la gracia de Dios, como confío.

De ti proviene, lo sé, toda mi dicha.

Mi Señora, yo lo que tengo que hacer

es alabarte siempre y amarte.

Acepta el afecto de un pobre pecador

que está enamorado de tu bondad.

Si mi corazón es indigno de amarte

por estar lleno de afectos terrenales,

cámbiamelo, que en tu mano está el hacerlo.

Y luego úneme a mi Dios de tal manera

que no pueda separarme de su amor.

Esto quieres de mí, que ame a tu Dios;

y lo mismo pido de ti, que yo le ame

y le ame siempre, que nada más deseo. Amén.

II

Prosigue la misma materia

1. María, cooperadora en nuestra redención

Dice san Bernardo que, conforme un hombre y una mujer cooperaron a nuestra ruina, así un hombre y una mujer debían cooperar a nuestra reparación, y éstos fueron Jesús y su Madre María. “No hay duda –dice el santo– de que Jesucristo él sólo se basta para redimirnos, pero fue más congruente que a la hora de nuestra reparación estuvieran presentes los dos sexos que lo habían estado cuando la caída”. Por eso san Alberto Magno llama con razón a María colaboradora en la redención. Y ella misma reveló a santa Brígida que como Adán y Eva por la fruta prohibida vendieron al mundo, ella con su Hijo con un solo corazón rescataron al mundo. Bien pudo Dios crear el mundo de la nada dice san Anselmo; pero habiéndose perdido el mundo por la culpa, no ha querido Dios repararlo sin la cooperación de María. “El que pudo hacerlo todo de la nada no quiso repararlo sin María”.

De tres maneras, dice Suárez, ha cooperado la Madre de Dios a nuestra salvación: primero, habiendo merecido con mérito de congruo la encarnación del Verbo; segundo, habiendo rogado mucho por nosotros, y tercero, habiendo ofrecido de todo corazón la vida de su Hijo por nuestra salvación. Y por eso ha establecido justamente el Señor que habiendo cooperado María con tanto amor al bien de los hombres y con tanta gloria a la salvación de todos, todos obtengan por su medio la salvación.

María es llamada la cooperadora de nuestra justificación porque a ella le ha confiado Dios todas las gracias que se nos dispensan. Por lo que, afirma san Bernardo, todos los hombres, pasados, presentes y por venir, deben ver en María como el medio de lograr la salvación y la negociadora de la misma durante todos los siglos.

Dice Jesucristo que nadie puede encontrarlo si antes su eterno Padre no lo atrae con su divina gracia. “Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae”. “Así ahora –según Ricardo de San Víctor– dice Jesús de su Madre: Ninguno viene a mí si mi Madre no lo atrae con sus plegarias”. Jesús es el fruto de María como lo dijo Isabel: Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre” (Lc 1, 42). Y el que quiere el fruto tiene que ir al árbol. El que quiere a Jesús debe ir a María, y el que encuentra a María también encuentra con toda certeza a Jesús. Santa Isabel, cuando vio que la santísima Virgen llegaba a visitarla a su casa, no sabiendo cómo agradecer tanta humildad, exclamó:

“¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?” (Lc 1, 43). ¿Cuándo merecí yo que viniera a verme la Madre de mi Dios? Pero ¡cómo! ¿No sabía Isabel que a su casa habían llegado no sólo la santísima Virgen, sino Jesús también? Y entonces, ¿por qué se declara indigna de recibir a la Madre y no más bien de que viniera el Hijo a visitarla? ¡Qué bien comprendía la santa que cuando venía María llevaba también a Jesús! Y por eso le bastó con agradecer a la Madre sin tener que nombrar al Hijo.

2. María, cooperadora en nuestra salvación

“Viene a ser como nave de mercader que trae de lejos el sustento” (Pr 31, 14). María es aquella nave afortunada que nos trajo del cielo a la tierra a Jesucristo, pan vivo, que vino del cielo para darnos la vida eterna, como él mismo lo dice: “Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; el que coma de esta pan vivirá eternamente” (Jn 6, 51-52). Por eso dice Ricardo de San Lorenzo que en el mar del mundo se pierden todos los años los que no se encuentran dentro de esta nave protegidos por María. Y añade: “En cuanto veamos que se encrespan las olas de este mar, debemos gritar a María: ¡Señora! ¡Sálvanos, que perecemos! Siempre que nos veamos en peligro de perdernos por las tentaciones y malas pasiones, debemos recurrir a María, gritando: “Pronto, María, ayúdanos,

sálvanos si no quieres vernos perdidos”. Adviértase que este autor no tiene escrúpulo en decir a María: “Sálvanos, que perecemos”, como tiene dificultad en hacerlo el autor tantas veces refutado, que pretende prohibir que digamos a la Virgen que nos salve, pues dice que el salvar es sólo cosa de Dios. Pero si un condenado a muerte puede pedir a un favorito del rey que le salve la vida intercediendo ante el príncipe, ¿por qué no hemos de poder decir a la Madre de Dios que nos salve impetrándonos la gracia de la vida eterna? San Juan Damasceno no tenía dificultad en decir a la Virgen: “Reina inmaculada y pura, sálvame, líbrame de la eterna condenación”. San Buenaventura llamaba así a María: “¡Oh salvación de los que te invocan!” La santa Iglesia aprueba que la llamemos “salud de los enfermos”. ¿Y vamos a tener escrúpulo en pedirle que nos salve, siendo así que, como dice un autor, a nadie sino por ella se le abren las puertas de la salvación? Antes lo había dicho san Germán:

“Nadie se salva sino por ti”; y se refería a María.

Pero veamos lo que dicen otros santos de la necesidad que tenemos de la intercesión de la Madre de Dios. Decía el glorioso san Cayetano que podemos buscar la gracia, pero que no la obtendremos sin la intercesión de María. Y lo confirma san Antonino diciendo con bella expresión: “El que pide sin ella, intenta volar sin alas”. El que pide y pretende conseguir las gracias sin la intercesión de María pretende volar sin alas; porque, como el faraón dijo a José: “En tu mano está la tierra de Egipto” (Gn 47, 6); y como a todos los que a él recurrían en demanda de auxilio les decía: “Id a José”, así Dios cuando le pedimos la gracia nos manda a María: “Id a María”. Y es que él ha decretado, dice san Bernardo, no conceder ninguna gracia sino por mano de María.

Por lo que dice Ricardo de San Lorenzo: “Nuestra salvación está en manos de María para que nosotros los cristianos le podamos decir mucho mejor que los egipcios decían a José: Nuestra salvación está en su mano”. Lo mismo dice el venerable Idiota:

“Nuestra salvación está en su mano”. Y lo mismo, aún con más vigor, Casiano: “Toda la salvación del mundo depende de los innumerables favores de María”. El protegido por María se salva; el que no es protegido se pierde. San Bernardino de Siena le dice:

“Señora, ya que eres la dispensadora de todas las gracias y la gracia de la salvación sólo puede venirnos de tu mano, quiere esto decir que de ti depende nuestra salvación”.

3. María nos alcanza la perseverancia

Por esto, razón tuvo en decir Ricardo de San Lorenzo que como una piedra cae al instante si se le quita la tierra que la sostiene, así un alma, quitada la ayuda de María, caerá primero en el pecado y después en el infierno. Añade san Buenaventura que Dios no nos salvará sin la intercesión de María, y que así como un niño no

puede vivir si le falta la nodriza, así cada uno, si María deja de protegerlo, no puede salvarse. Por eso exhorta: “Procura que tu alma tenga sed de la devoción a María, consérvala siempre y no la dejes, para que al fin llegues a recibir en el cielo su maternal bendición”. Y dice san Germán: ¿Quién conocería a Dios sino por ti, oh María santísima? ¿Quién se vería libre de peligros? ¿Quién recibiría ninguna gracia si no fuese por ti, Madre de Dios, Virgen y Madre y llena de gracia? Estas son sus hermosas palabras: “No existe nadie, oh santísima, que llegue a tener noticia de Dios sino por ti; nadie que llegue a salvarse sino por ti, Madre de Dios; nadie que se libre de los peligros sino por ti, Virgen y Madre; nadie recibe un don de Dios sino por ti, la llena de gracia”. Si tú no despejas el camino nadie se verá libre de las mordeduras de las pasiones y del pecado.

4. María es camino hacia Jesús

Así como no tenemos acceso al Padre eterno sino por medio de Jesucristo, así dice san Bernardo, no tenemos acceso a Jesucristo sino por medio de María. Y ésta es la hermosa razón por la que, dice san Bernardo, ha determinado el Señor que todos se salven por intercesión de María: para que por medio de María recibamos al Salvador que se nos ha dado por medio de María. Por eso la llama

la Madre de la gracia y se nuestra salvación. ¿Qué sería de nosotros –pregunta san Germán–, qué gracia nos quedaría para salvarnos, si nos abandonases, oh María, que eres la vida de los cristianos?

Pero replica el autor que refutamos: Si todas las gracias pasan por María, al implorar la intercesión de los santos, ¿tendrán que recurrir ellos a María para obtenernos por su intercesión las gracias? Pero esto, dice, nadie lo cree ni lo ha soñado jamás. En cuanto a creerlo, respondo yo, no veo ningún error ni inconveniente. ¿Qué inconveniente hay en decir que Dios, para honrar a su Madre habiéndola constituido reina de todos los santos y queriendo que todas las gracias se distribuyan a través de sus manos, quiera también que los santos recurran siempre a ella para obtener las gracias a sus devotos?

En cuanto a decir que nadie lo ha soñado, yo encuentro que lo han afirmado expresamente san Bernardo, san Anselmo, san Buenaventura y, con ellos, Suárez, y tantos y tantos. "En vano –dice san Bernardo– se rezaría a los santos si ella no ayudara". Sería inútil buscar en otros santos alguna gracia si María no se interpusiese para obtenerla. En este sentido explica un autor aquel pasaje de David: "Suplicarán mirando a tu rostro todos los ricos de la tierra". Los ricos de ese gran pueblo de Dios son los santos, quienes cuando quieren impetrar cualquier gracia para algún devoto suyo, todos se encomiendan a María para que se la obtenga. Por eso, dice con razón el P. Suárez: Nosotros rogamos a los santos que sean nuestros intercesores ante María como Señora y Reina que es. Entre los santos no solemos utilizar a alguno como intercesor ante otro, porque todos son del mismo orden. Pero los demás santos sí utilizan la intercesión de María como Reina y Señora.

Esto es precisamente lo que ofreció san Benito a santa Francisca Romana, como se lee en el P. Marchese. Se le apareció el santo y, tomándola bajo su protección, le prometió ser su abogado ante la Madre de Dios. En confirmación de todo esto, añade san Anselmo hablando con la Virgen: “Señora, todo lo que puede obtener la intercesión de todos los santos unidos a ti, también lo puede obtener tu intercesión sin su ayuda.

¿Por qué lo puedes? ¿Por qué eres tan poderosa? Porque nada más que tú eres la Madre de nuestro Salvador, tú la esposa de Dios, tú la Reina del cielo y de la tierra. Si tú no hablas a favor nuestro, ningún santo rogará por nosotros ni nos ayudará. Si tú te callas, ninguno ayudará, ninguno invocará. Pero si tú te mueves a rezar por nosotros, todos se pondrán a rezar y a ayudar”. Todos los santos se empeñarán en suplicar por nosotros y socorrernos. El P. Séñeri, en su libro El devoto de María, aplicando con la santa Iglesia a María las palabras de la Sabiduría, “yo sola hice todo el giro del cielo” (Ecclo 24, 8), dice que como la primera esfera con su movimiento hace que giren todas las demás, así cuando María se mueve a rezar por un alma hace que todo el paraíso se ponga a rezar con ella. También dice san Buenaventura que ahora manda, como Reina que es, a todos los ángeles y santos que la acompañen y se unan a ella en todas sus plegarias.

5. María es nuestra común esperanza por voluntad de Dios

Así se comprende por qué la santa Iglesia nos manda invocar y saludar a la Madre de Dios con el nombre de esperanza nuestra: ¡Dios te salve, esperanza nuestra! El rebelde Lucero decía que no podía aguantar que la Iglesia de Roma llamase a María, una criatura, la esperanza nuestra y vida nuestra, porque, decía, sólo Dios, y Jesucristo como nuestro mediador, son la esperanza nuestra; pero en cambio Dios maldice al que pone su confianza en las criaturas, como dice Jeremías: “Maldito el hombre que pone su confianza en otro hombre” (Jr 17, 5). Pero la santa Iglesia nos enseña a invocar en toda ocasión a María y a llamarla nuestra esperanza. ¡Dios te salve, esperanza nuestra!

El que pone su confianza en la criatura independientemente de Dios, ciertamente que es maldito de Dios porque él es la fuente y el dispensador de todo bien, y la criatura, sin Dios, nada tiene ni nada puede dar. Pero si el Señor ha dispuesto, como ya hemos demostrado, que todas las gracias pasan por María como por un canal de misericordia, entonces podemos y debemos afirmar que María es nuestra esperanza, pues por medio de ella recibimos las gracias de Dios. Y por esto san Bernardo la llamaba toda la razón de nuestra esperanza. Lo mismo afirmaba san Juan Damasceno cuando hablando con la Virgen le decía: “En ti he colocado mi esperanza completa y de ti dependo, puestos en ti mis ojos”. Señora, en ti he colocado toda mi esperanza y espero con todo interés de ti mi salvación. Santo Tomás dice en el opúsculo octavo que María es toda la esperanza de nuestra salvación, toda esperanza de vida. San Efrén profesa que: “No hay en nosotros otra confianza más que en ti, oh Virgen sincerísima. Protégenos y guárdanos bajo las alas de tu piedad”. Acógenos, viene a decirle,

bajo tu protección si quieres vernos salvados, ya que no tenemos otra esperanza de alcanzar la vida eterna sino por tu medio.

Concluyamos diciendo con san Bernardo: “Procuremos venerar con todo el amor de nuestro corazón a esta Madre de Dios, María, ya que esta es la voluntad del Señor, quien ha querido que todos los beneficios los recibamos de su mano”. Por eso nos exhorta el santo para que siempre que queramos alguna gracia tratemos de encomendarnos a María y confiemos conseguirla por su medio: “Busquemos la gracia, pero busquémosla por medio de María”, porque, dice el santo, si tú no mereces la gracia que pides, sí merece obtenerla María, que la cederá a favor tuyo. Y advierte a cada uno el mismo san Bernardo que todo lo que ofrezcamos a Dios con obras o con palabras, procuremos todo confiarlo a María si queremos que el Señor lo acepte.

EJEMPLO

Favor de María a Teófilo

Es famosa la historia de Teófilo escrita por Eutiquiano, patriarca de Constantinopla, testigo ocular de los hechos, y que es referida luego por san Pedro Damiano, san Bernardo, san Buenaventura, san Antonino y otros que nombra el P. Crasset.

Teófilo era arcediano de la Iglesia de Adana, en Cilicia. Tan estimado por los fieles que lo querían por su obispo; pero él, por humildad, lo rehusó. Pero habiéndole acusado calumniosamente unos malvados y habiendo sido depuesto de su cargo, concibió tal dolor que, cegado por la pasión, fue en busca de un mago judío a fin de que le evocara a Satanás para que le ayudase en su desgracia. El demonio le exigió que, si quería su ayuda, renegase de Jesús y su Madre María y lo declarase en documento firmado por su mano. Teófilo firmó el abominable documento.

Al día siguiente, el obispo, habiendo reconocido el mal hecho, le pidió perdón y lo rehabilitó en su cargo. Desde ese momento Teófilo, lacerado de remordimientos de conciencia por su enorme pecado, no hacía otra cosa más que llorar. ¿Y qué hizo? Fue a la iglesia y postrado a los pies de la imagen de María, llorando, le dijo: “Oh Madre de Dios, no me quiero desesperar teniéndote a ti que eres tan piadosa y me puedes ayudar...” Y así estuvo durante cuatro días ante la santísima Virgen, llorando y rezando.

Y he aquí que al fin, por la noche, se le apareció la madre de misericordia y le dijo:

“Teófilo, ¿qué has hecho? Has renunciado a mi amistad y a la de mi Hijo. ¿Y por qué? ¿Por entregarte a mi enemigo y al tuyo?” “Señora –respondió Teófilo–, perdóname y consígueme el perdón de tu Hijo”. Entonces María, viendo su confianza, le dijo:

“Tranquilízate, que quiero rogar a mi Hijo por ti”. Animado por esto, Teófilo redobló sus lágrimas, sus plegarias y sus penitencias, no apartándose del lado de la imagen. Y he aquí que de nuevo se le apareció María, y con rostro risueño le dijo: “Teófilo, alégrate, he presentado tus lágrimas y oraciones a Dios y él te ha recibido y perdonado. De hoy en adelante le serás agradecido y fiel”. “Señora –le dijo Teófilo–, esto no basta para consolarme plenamente. El enemigo tiene en su poder aquella impía escritura en que firmé mi renuncia a ti y a tu Hijo; tú puedes hacer que me la restituya... Después de tres días, al despertar Teófilo, encontró sobre su pecho la malhadada escritura.

Al día siguiente, mientras el obispo oficiaba en la Iglesia, en presencia de todo el pueblo, fue Teófilo a postrarse a sus pies y le refirió todo lo sucedido llorando a mares, y le entregó la maldita escritura, que el obispo hizo quemar inmediatamente delante de todos los fieles, que no hacían más que llorar de alegría exaltando la bondad de Dios y la misericordia de María para con aquel gran pecador. Teófilo se volvió a la iglesia de la Virgen, donde después

de tres días murió lleno de contento, dando gracias a Jesús y a su santa Madre.

ORACIÓN PARA PEDIR LA PROTECCIÓN DE MARÍA

Reina y madre de misericordia

que otorgas la gracia

a todos los que a ti recurren

con tal generosidad porque eres reina

y con tanto amor

porque eres madre amantísima.

A ti acudo, pobre de méritos y virtudes

y cargado de deudas con la divina justicia.

María, tú tienes

las llaves de la divina misericordia;

no me abandones en mis miserias

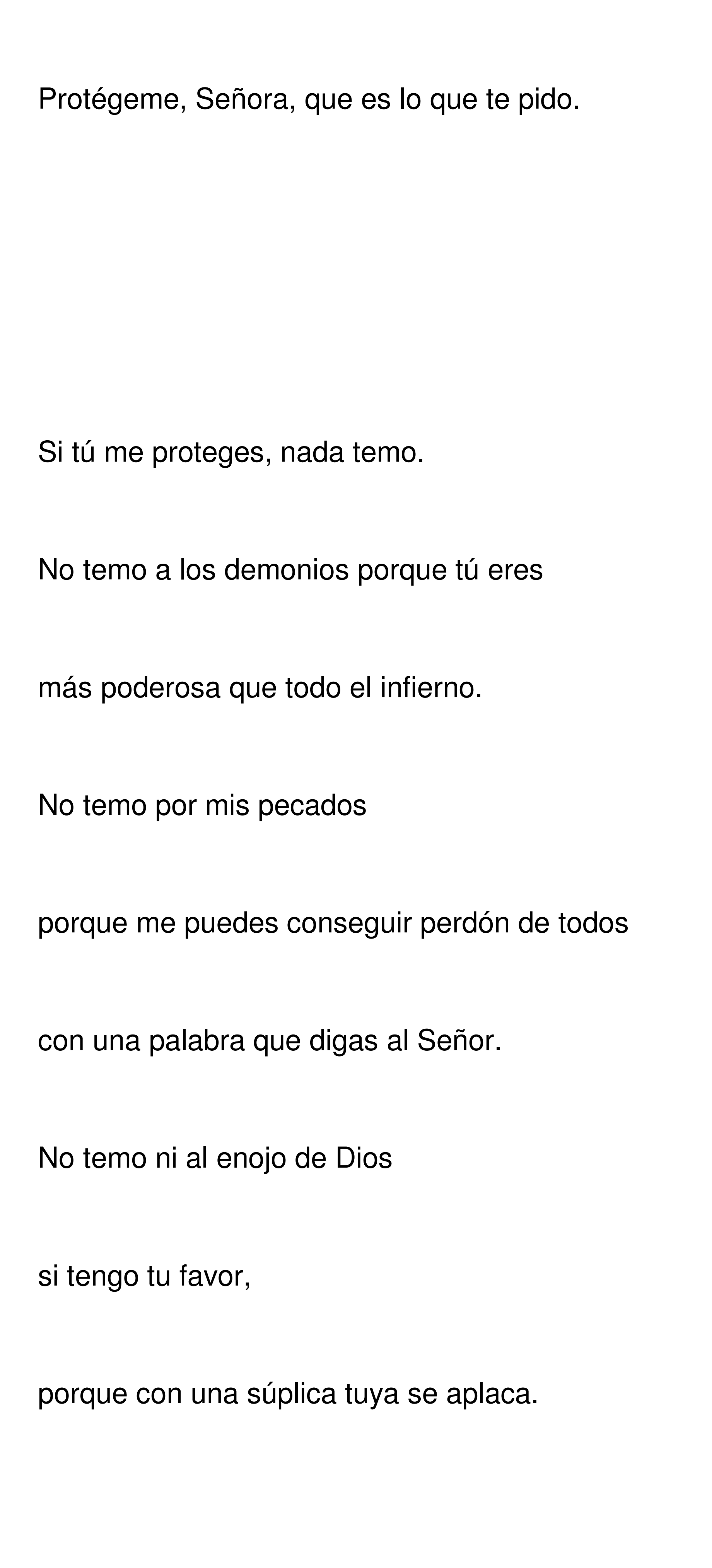
y no me dejes postrado en mi pobreza.

Eres tan generosa con todos

y tan acostumbrada a otorgar

mucho más que lo que se te pide...

Sé igual de generosa conmigo.



Protégeme, Señora, que es lo que te pido.

Si tú me proteges, nada temo.

No temo a los demonios porque tú eres

más poderosa que todo el infierno.

No temo por mis pecados

porque me puedes conseguir perdón de todos

con una palabra que digas al Señor.

No temo ni al enojo de Dios

si tengo tu favor,

porque con una súplica tuya se aplaca.

Si tú me amparas

lo espero todo, porque lo puedes todo.

Madre de misericordia, en ayudar a pecadores

pones tu gozo y tu gloria;

y los socorres si no se obstinan.

Yo soy pecador, pero no soy obstinado.

Ya que puedes ayudarme, ayúdame.

Yo me pongo del todo en tus manos.

Dime lo que he de hacer para agradar a Dios,

que quiero hacerlo presto y con tu ayuda.

María, eres mi Madre, mi luz, mi consuelo,

refugio y esperanza mía. Amén, amén.

Capítulo VI

MARÍA, NUESTRA ABOGADA

Ea pues, Señora, abogada nuestra

I

María es una abogada que tiene poder para salvar a todos

1. María tiene poder por ser Madre de Jesús

Es tan grande la autoridad de las madres sobre los hijos, que aunque estos sean reyes y tengan poder absoluto sobre todas las personas de su reino, nunca las madres serán súbditas de sus hijos.

Es verdad que Jesús, ya en el cielo, sentado a la diestra del Padre, o sea, como explica santo Tomás, aún en cuanto hombre, por razón de la unión hipostática del Verbo, tiene dominio supremo también sobre María. Sin embargo, siempre será verdad que en un tiempo, mientras vivió en la tierra nuestro Redentor, quiso someterse a ser súbdito de María, como lo asegura san Lucas: "Y les estaba sujeto" (Lc 2, 51). San Ambrosio llega a decir que Jesucristo, habiendo decretado que María fuera su Madre, como Hijo estaba obligado a obedecerla. Por eso, dice Ricardo de San Lorenzo, que de los demás santos se dice que obedecen a Dios, pero que sólo de María puede decirse que no sólo está sometida a la voluntad de Dios, sino que también Dios se ha sometido a su voluntad. Y cuando de las demás vírgenes se dice que siguen al cordero a donde quiera que va (Ap 14, 4), de la Virgen María se puede decir que el cordero la seguía en la tierra acogido a su tutela maternal.

Por eso decimos que María en el cielo, aunque no puede mandar al Hijo, sin embargo sus plegarias serán plegarias de madre, y por eso poderosísimas para obtener cuanto pida. María, dice san Buenaventura, tiene ante su Hijo el privilegio de ser sumamente poderosa para conseguir lo que desea. ¿Y por qué? Precisamente por lo que venimos diciendo y consideraremos más despacio: Porque las plegarias de María son plegarias de madre. Y por esa razón, dice san Pedro Damiano, la Virgen puede cuanto quiere, así en el cielo como en la tierra, pudiendo infundir esperanza de salvarse aun a los desesperados. Por lo cual le dice: "A mí se me ha otorgado todo poder en el cielo y en la tierra; y nada es imposible para ti, que aun a los desesperados puedes levantar a esperar la salvación". Y añade después que cuando la Madre pide a Jesucristo, llamado altar de la misericordia donde los pecadores obtienen el perdón de Dios, el Hijo tiene tanta estima de las plegarias de María y tiene tanto deseo de complacerla, que en

rogando ella, más parece mandar que rogar y parece más señora que esclava. “Te acercas al altar de la humana reconciliación no sólo rogando, sino mandando, como señora más que como esclava, pues tu Hijo se honra no negándote nada”. Así quiere honrar Jesús a su querida Madre, él que tanto la ha honrado durante su vida, al otorgarle al instante cuanto le pide o desea. Es lo que hermosamente declara san Germán diciendo a la Virgen: “Tú eres la Madre de Dios, omnipotente para salvar a los pecadores, y no tienes necesidad de otra recomendación ante Dios porque eres la Madre de la verdadera vida”.

2. María intercede a nivel de Madre de Dios

“Cuando manda la Virgen todos obedecen, hasta el mismo Dios”. No tiene reparo en afirmar esto san Bernardino de Siena, queriendo decir con esta sentencia que ante las órdenes de María todos obedecen, incluso Dios. Queriendo decir en verdad que Dios escucha sus plegarias como si fueran órdenes. Por eso san Anselmo, hablando con María, le dice así: “El Señor, oh Virgen santa, te ha elevado de manera que por puro don de él tú puedes obtener todas las gracias posibles para tus devotos, ya que tu protección es omnipotente”. “Tu auxilio es todopoderoso, oh María”, le dice Cosme de Jerusalén. “Sí, María es omnipotente –dice a su

vez Ricardo de San Lorenzo–, porque toda reina según las leyes, goza de los mismos privilegios que el rey; por lo cual, siendo la misma potestad la del hijo y la de la madre, ha sido hecha omnipotente la Madre por el Hijo que es omnipotente”. De modo que, al decir de san Antonino, Dios ha puesto la Iglesia entera no sólo bajo la protección de María, sino bajo su dominio.

Debiendo tener la madre la misma potestad del hijo, con razón porque es omnipotente Jesús, resulta que también es omnipotente María; pero dejando bien claro que Jesucristo es omnipotente por naturaleza y María lo es por gracia. Y así sucede que cuando le pide la Madre, nada le niega el Hijo. Así se le reveló a santa Brígida, quien oyó a Jesús que hablando con María le decía: “Pídeme lo que quieras, que tu petición no puede quedar vacía”. Madre mía, ya sabes cuánto te amo, por lo cual pídeme lo que desees, que sea cual sea tu demanda, la he de escuchar favorablemente. Y dio esta preciosa razón: “Ya que nada me negaste en la tierra, yo nada te negaré en el cielo”. Como si dijera: Madre, cuando estabas en la tierra nada dejaste de hacer por amor mío; ahora que estoy en el cielo es razón que no deje de realizar nada de lo que tú me pides. María se llama omnipotente del modo en que esto puede decirse de una criatura que no es capaz de un atributo divino. Así, ella es omnipotente porque con sus plegarias obtiene cuanto quiere.

3. María ejerce su poder en favor de los pobres y desvalidos

Con razón es nuestra gran abogada. Le dice san Bernardo: “Basta que lo quieras y todo se hará”. Lo mismo san Anselmo: Si tú quieres levantar al pecador más perdido a muy alta santidad, en tu mano está el hacerlo. San Alberto Magno hace hablar a María de esta manera: “Hay que pedirme que yo quiera, porque si quiero es necesario que se cumpla”. Por lo cual, considerando san Pedro Damiano este gran poder de María, pidiéndole que tenga piedad de nosotros, le dice así: “Muévate tu natural bondad, muévate tu poder, porque cuanto más poderosa eres, tanto más misericordiosa serás”. Oh María, amada abogada nuestra, ya que tienes un corazón tan piadoso que no sabe mirar a los míseros sin compadecerse de ellos, y a la vez tienes ante Dios un poder tan grande como para salvar a todos los que tú defiendes, no te desdeñes de tomar a tu cargo la causa de nosotros miserables, que en ti ponemos toda nuestra esperanza. Si no te conmovieran nuestras plegarias, que te mueva tu compasivo corazón, que te mueva tu inmenso poder, ya que Dios te ha enriquecido con tanta potencia a fin de que cuanto más rica seas para poder ayudar, seas tanto más misericordiosa para querer ayudar. Y todo esto bien nos lo asegura san Bernardo al decir que María es inmensamente rica tanto en poder como en misericordia; y como es poderosísima su caridad, de igual manera es piadosísima al compadecerse como lo demuestra a cada paso con sus obras.

Desde que vivía en la tierra su único pensamiento, después del de la gloria de Dios, era ayudar a los miserables; y bien sabemos que gozaba del privilegio de ser oída en todo lo que pedía. Esto se demostró en las bodas de Caná, cuando al faltar el vino la Virgen, compadecida de la vergüenza y aflicción de los de la casa, pidió al Hijo que los consolase con un milagro exponiéndole la necesidad

que tenían, diciéndole: “No tienen vino”. Y Jesús le respondió: “Mujer, qué nos importa a mí y a ti. Aún no ha llegado mi hora” (Jn 2, 4). Advierte que aunque pareciera que el Señor le negaba la gracia a la Madre al decirle: “Qué nos importa a mí y a ti que les falte el vino”. Ahora no conviene hacer un milagro no habiendo llegado aún el tiempo, que será el de mi predicación en el que debo confirmar con los milagros todas mis enseñanzas, sin embargo María, como si el Hijo le hubiera concedido ya la gracia, dijo a los criados:

“Haced lo que él os diga”. Y Jesús mandó llenar las vasijas de agua, que transformó en excelente vino.

4. María obtiene de Dios cuanto pide

¿Y cómo entender esto? Si el tiempo de hacer milagros era el de la predicación, ¿cómo podría anticiparse el milagro del vino contra el decreto divino? No, responde san Agustín, no se hizo nada en contra de los decretos divinos; porque si bien, generalmente hablando, no era aún el tiempo de hacer milagros, sin embargo, desde toda la eternidad, Dios había establecido con otro decreto general que todo lo que pidiera esta Madre jamás se le negase. Y

por eso, María, muy consciente de su privilegio, aunque aparentemente su Hijo no pusiera mucha atención a su demanda, les dijo a los criados que hicieran lo que él dijera, pues la gracia se iba a conceder. Esto quiso decir san Juan Crisóstomo al comentar ese pasaje del Evangelio de san Juan, diciendo que aunque Jesús hubiera respondido así, no obstante, por el honor de su Madre, no dejó de obedecer a su petición: "Y aunque respondió de esa manera, escuchó no obstante los ruegos maternos". Lo mismo confirma santo Tomás al decir que con aquellas palabras, "aún no ha llegado mi hora", quiere demostrar Jesucristo que hubiera diferido el milagro si otro se lo hubiera pedido; pero porque se lo pidió la Madre, lo realizó al instante. Lo mismo vienen a decir san Cirilo y san Jerónimo, como refiere Barradas. Parecido dijo Jansenio de Gante: "Para honrar a la Madre adelantó el tiempo de hacer milagros".

Es cierto, en suma, que no hay criatura que pueda obtenernos tales misericordias a nosotros miserables como las que puede lograrnos esta excelente abogada, la cual es honrada por Dios no sólo con ser la amada esclava del Señor, sino siendo su verdadera Madre. Esto le dice Guillermo de París: "Ninguna criatura puede impetrar de tu Hijo tantas y tales gracias para los miserables como tú les consigues; con lo cual se ve que quiere honrarte, no como a esclava, sino como a su verdadera Madre". Basta que hable María y todo lo realiza el Hijo. Hablando el Señor a la esposa de los Sagrados cantares, que representa a María, le dice: "Oh tú la que habitas en los huertos, los amigos te están escuchando; hazme, pues, oír tu voz" (Ct 8, 13). Los amigos son los santos, quienes cuando piden alguna gracia en favor de sus devotos esperan que su Reina la pida a Dios y la consiga, porque, como queda dicho en el capítulo V, ninguna gracia otorga Dios sin la intercesión de María. ¿Y cómo ruega María? Basta con hacerle oír a su Hijo su voz: "Haz

que oiga tu voz". Basta que hable para que al punto el Hijo, con amor, la escuche.

5. María ruega en calidad de Madre

Guillermo explica en este sentido ese pasaje, presentando al Hijo que habla con María, y le dice: "Tú que habitas en los huertos celestiales, intercede con toda confianza por los que quieras, pues no puedo olvidarme de que soy tu Hijo y como a Madre nada te puedo negar. Basta que oiga tu voz, porque oírte tu Hijo es lo mismo que otorgarte lo que quieras". Dice al abad Godofredo que aunque María consiga la gracia rogando, sin embargo, ella ruega con imperio de Madre. Por eso tenemos que estar plenamente seguros de que ella nos obtiene cuanto desea y cuanto por nosotros pide".

Refiere Valerio Máximo que sitiando Coriolano la ciudad de Roma no bastaron a hacerle desistir todos los ruegos de sus conciudadanos y de sus amigos; pero cuando compareció a rogarle

su propia madre, Veturia, ya no pudo resistir a sus ruegos y levantó el sitio. Más poderosa, sin comparación, que las de Veturia son las plegarias de María ante Jesús; y tanto más cuanto que este Hijo es infinitamente agradecido y es supremo su amor a esta su Madre amantísima. Escribe el P. Miechow: "Un solo suspiro de María es más poderoso que todos los sufragios de los santos". Esto lo declaró a santo Domingo el demonio por boca de un poseso cuando el santo lo exorcizaba, conforme refiere el P. Paciuchelli, diciendo que vale más ante Dios un suspiro de María que las súplicas de todos los santos juntos.

Dice san Antonino que las plegarias de la santísima Virgen, siendo plegarias de madre, tienen como cierta especie de imperio, por lo que es imposible que no sea oída cuando ruega. Por eso le habla así san Germán, animando a los pecadores a que se encomienden a esta abogada: Teniendo, oh María, autoridad de Madre de Dios, obtienes el perdón a los más grandes pecadores, pues el Señor, que siempre te reconoce por su verdadera Madre, no puede dejar de conceder cuanto le pidas". Santa Brígida oyó que los santos en el cielo decían a la Virgen: "¿Qué hay que tú no puedas?

Lo que tú puedes, eso se hará". Es lo que se dice en esta célebre sentencia: "Lo que Dios con su poder, tú lo puedes, oh Virgen, con tus ruegos". Pues qué, dice san Agustín, ¿no es digno de la benignidad del Señor custodiar de este modo la dignidad de su Madre, siendo así que él declaró haber venido a la tierra no a abolir, sino a cumplir la ley; ley que manda, entre otras cosas, honrar a los padres?

San Jorge, obispo de Nicomedia, dice también que Jesucristo, para satisfacer de algún modo la deuda que tiene con esta Madre por haberle dado su consentimiento para que se hiciera hombre, lleva a cumplimiento todas sus peticiones. Por eso exclama el mártir san Metodio: “Alégrate, alégrate la que tienes por deudor al Hijo que a todos da y nada recibe de nadie, pero de ti ha querido hacerse deudor tomando tu carne y haciéndose hombre gracias a ti”. Dice san Agustín: “Habiendo merecido María dar de su carne al Hijo de Dios y preparar con ella el precio de la redención para que fuéramos librados de la muerte eterna, por eso es más poderosa que todos para ayudarnos a todos a conseguir la salvación eterna”. San Teófilo, obispo de Alejandría, que vivió en tiempo de san Jerónimo, dejó escrito: “El Hijo agradece que le ruegue su Madre, porque quiere concederle todo lo que ella le pida y recompensarle de este modo el favor que le hizo de haberle dado su carne”. Así es que san Juan Damasceno, dirigiéndose a la Virgen, le ruega de esta manera: “Tú, oh María, siendo Madre de Dios, puedes salvar a todos con tus plegarias, que están avaladas con tu autoridad de Madre. Puedes salvar a todos como Madre del Dios altísimo con preces que están dotadas de autoridad de Madre”.

Concluyamos con san Buenaventura, quien considerando el inmenso beneficio que nos ha dado el Señor al darnos a María por abogada, le dice así: “Oh ciertamente inmensa y admirable bondad de nuestro Dios, que nos ha concedido que tú, Reina del cielo y Madre suya, fueras nuestra abogada para que puedas con tu potente intercesión obtenernos cuanto de bueno desees”.

Y prosigue diciendo el mismo santo: “Qué gran piedad de nuestro Señor, quien para que no huyéramos asustados por la sentencia que él puede lanzar contra nosotros nos ha puesto por abogada y defensora a su misma Madre, que es la Madre de la gracia”.

EJEMPLO

Un malhechor librado por María

Cuenta el P. Raíz, camaldulense, cómo un joven, muerto su padre, fue mandado por la madre a la corte de un príncipe. La madre, que era devotísima de la Virgen, al despedirlo le hizo prometer que todos los días rezaría un Ave María con esta jaculatoria: “Virgen bendita, ayúdame en la hora de la muerte”.

Llegado a la corte, el poco tiempo el joven se hizo tan disoluto que el príncipe lo despachó. Desesperado y no sabiendo qué hacer, se convirtió en salteador de caminos; pero, con todo, no dejaba de rezar lo que le había prometido a la madre. Por fin cayó en manos de la justicia y fue condenado a muerte.

En la cárcel, la víspera de ser ejecutado, pensando en su deshonra y en el dolor que le iba a causar a su madre y espantado por la muerte que le esperaba en el patíbulo lloraba desconsolado. Al verlo el demonio oprimido por tan gran tristeza, se le apareció en forma de un gallardo joven y le dijo que él podía librarlo de la cárcel si hacía lo que le mandase. El condenado se allanó a todo. Entonces el fingido joven le manifestó que era el demonio que venía en su ayuda. En primer lugar, le exigió que renegase de Jesucristo y de los santos sacramentos. El joven aceptó. Enseguida le exigió el demonio que renegase de la Virgen María y que renunciase a su protección.

“Esto no lo haré jamás”, respondió al instante el joven; y volviéndose hacia María le dijo su acostumbrada oración: “Virgen bendita, ayúdame a la hora de la muerte”. Al oír estas palabras, desapareció el demonio. El joven quedó consternado por la infamia que había cometido de renegar de Jesucristo. Pero recurriendo a la Virgen le pidió un gran dolor de todos sus pecados, luego se confesó muy contrito y deshecho en llanto.

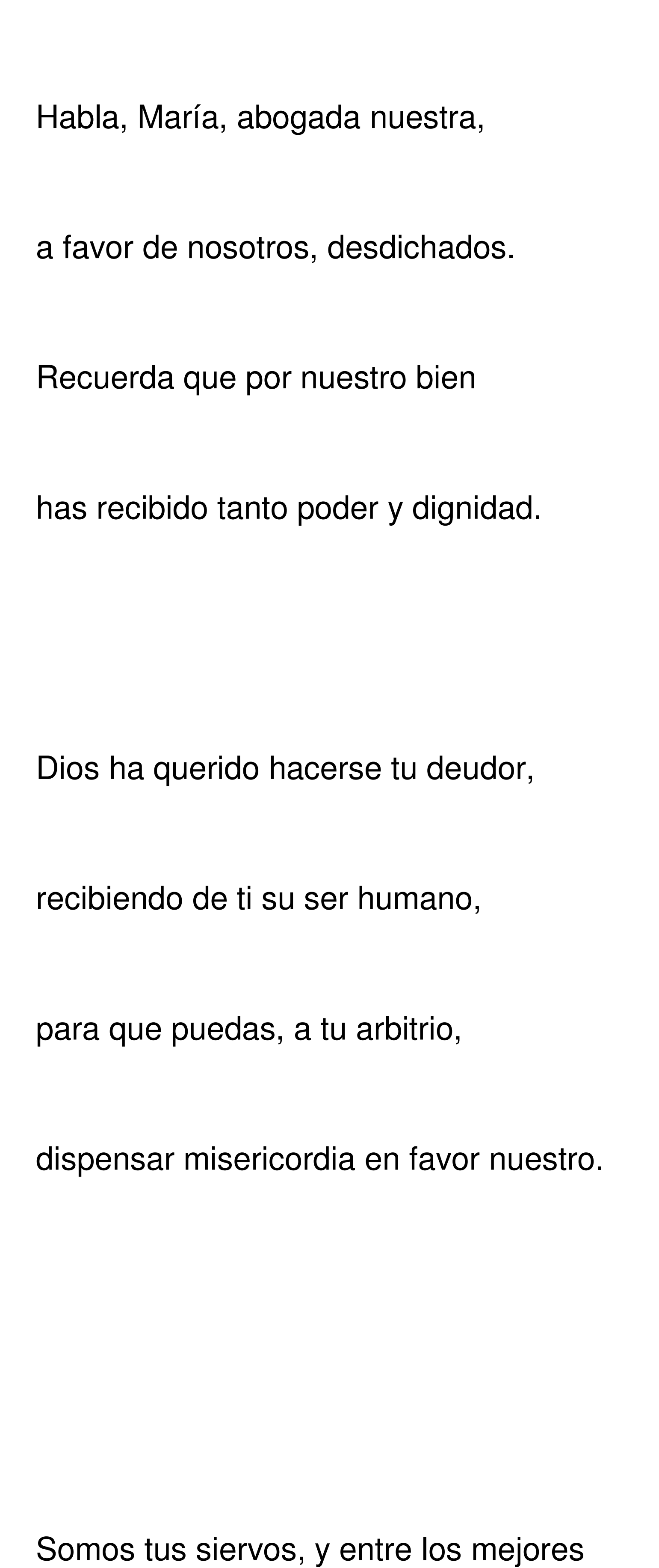
De camino al patíbulo, en un nicho, vio una imagen de María, y él la saludó con su acostumbrada oración: “Virgen bendita, ayúdame en la hora de la muerte”. Y la estatua, a la vista de todos, inclinó la cabeza saludándolo. Él, enternecido, pidió que le dejaran besar los pies de la imagen. Los esbirros no querían, pero ante el alboroto que se estaba armando entre el pueblo, le dejaron. Se inclinó el joven para besar los pies de la imagen; entonces María extendió el brazo y lo tomó de la mano tan fuertemente que no había manera de soltarlo. Ante tal portento, todos empezaron a gritar pidiendo perdón para el condenado a muerte. Y le fue concedido el perdón. Vuelto a su patria llevó una vida ejemplar, viviendo con sumo fervor su devoción a María que le había librado de la muerte temporal y eterna.

ORACIÓN PARA ALCANZAR EL PERDÓN

Excelsa Madre de Dios:

Habla, Señora, que tu Hijo escucha

y lo que pides conseguirás.



Habla, María, abogada nuestra,

a favor de nosotros, desdichados.

Recuerda que por nuestro bien

has recibido tanto poder y dignidad.

Dios ha querido hacerse tu deudor,

recibiendo de ti su ser humano,

para que puedas, a tu arbitrio,

dispensar misericordia en favor nuestro.

Somos tus siervos, y entre los mejores

quisiera yo encontrarme.

Nos gloriamos de estar bajo tu amparo.

Si a todos haces bien

aunque no te conozcan ni te honren,

y hasta a los que te ultrajan y blasfeman,

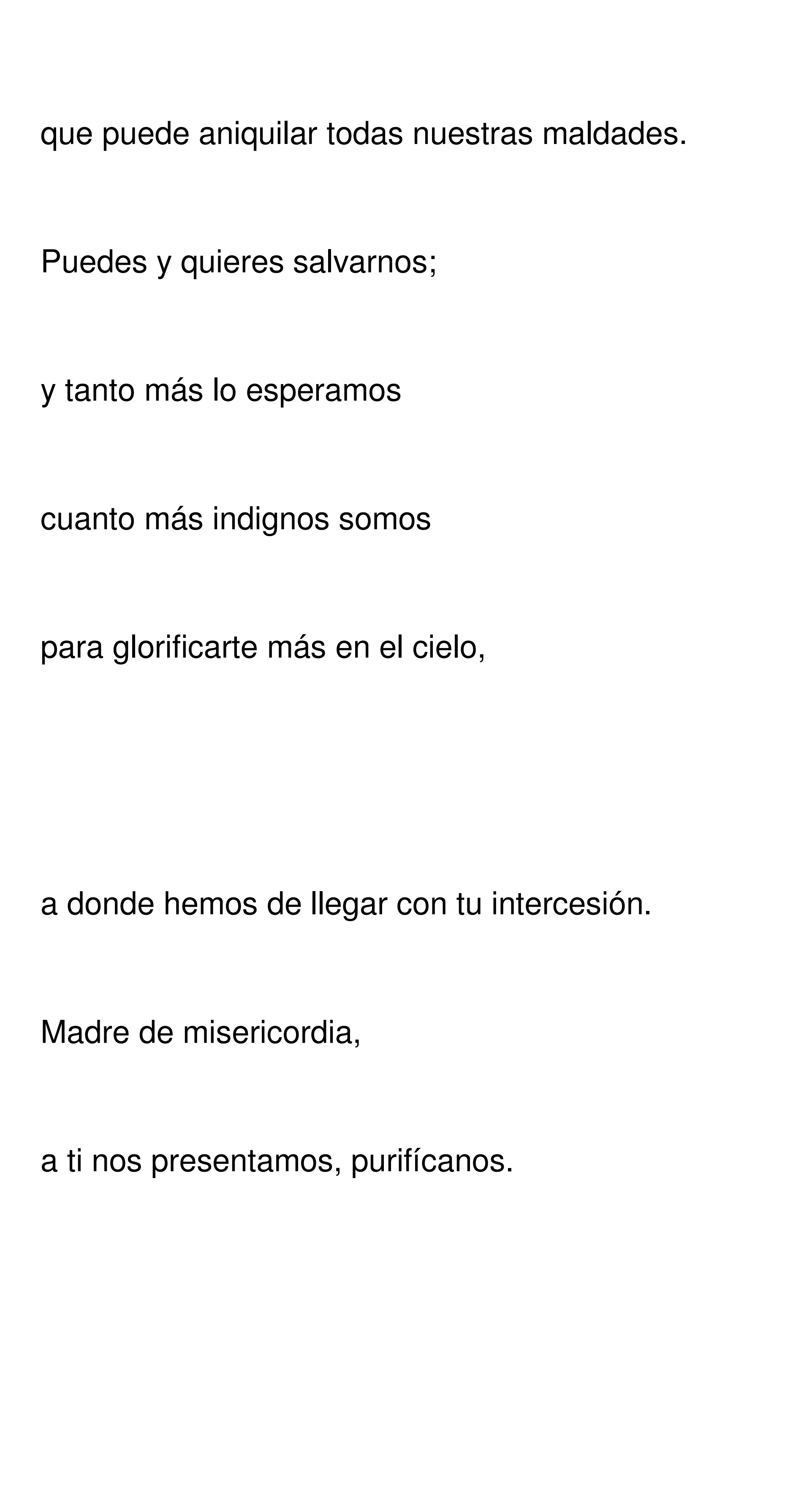
¿cuánto más debemos confiar en tu bondad,

que busca aliviar siempre al infeliz,

quienes te amamos y confiamos en ti?

Somos grandes pecadores,

pero Dios te ha dado tal poder y bondad


que puede aniquilar todas nuestras maldades.

Puedes y quieres salvarnos;

y tanto más lo esperamos

cuanto más indignos somos

para glorificarte más en el cielo,

a donde hemos de llegar con tu intercesión.

Madre de misericordia,

a ti nos presentamos, purifícanos.

Alcánzanos verdadera enmienda y el amor de Dios,

la perseverancia y el paraíso.

Te pedimos gracias enormes,

pero ¿es que no puedes conseguirlo todo?

¿Son demasiado para el amor que Dios te tiene?

Te basta desplegar los labios

y rogar a tu Hijo que nada te niega.

Ruega, María, ruega por nosotros;

ruega, que ciertamente serás oída,

y nosotros ciertamente nos salvaremos.

II

María, abogada compasiva, no rehúsa defender la causa de los más desdichados

1. María, compasiva con todos

Son tantos los motivos que tenemos para amar a esta nuestra amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase a María, si en todas las predicaciones sólo se hablase de María, y todos los hombres dieran la vida por María, todo esto sería poco en comparación a la gratitud que le debemos por el amor tan excesivamente tierno que ella tiene para todos los hombres, aunque sean los más miserables pecadores, si conservan para con ella algún afecto y devoción.

Decía el V. Raimundo Jordano, que por humildad se llamaba el Idiota, que María no puede dejar de amar a quien le ama, y no se desdeña de servir a quien le sirve, empleando, en favor de los pecadores, todo su poder de intercesión para conseguir de su Hijo

divino, el perdón para esos siervos que la aman. Es tanta su benignidad y misericordia, prosigue diciendo, que ninguno, por perdido que se vea, debe temer postrarse a sus pies, pues no rechaza a nadie de los que a ella acuden. María, como amantísima abogada nuestra, ella misma ofrece a Dios las plegarias de sus siervos y señaladamente las que a ella se dirigen; porque así como el Hijo intercede por nosotros ante el Padre, así ella intercede por nosotros ante el Hijo y no deja de tratar ante ambos, el negocio de nuestra salvación y de obtenernos las gracias que le pedimos. Con razón Dionisio Cartujano llama a la Virgen Santísima especial refugio de los abandonados, esperanza de los miserables y abogada de todos los pecadores que a ella acuden.

Pero si se encontrara un pecador que no dudara de su poder, pero sí de la bondad de María, temeroso de que ella no quisiera ayudarlo por la gravedad de sus culpas, lo anima san Buenaventura diciéndole: “Grande y singular es el privilegio que tiene María ante su Hijo, de obtener cuanto quiere con sus plegarias. Pero ¿de qué nos serviría este gran poder de María si no pensara en preocuparse de nosotros? No, no dudemos, estemos seguros y demos siempre gracias al Señor y a su divina Madre, porque si delante de Dios es más poderosa que todos los santos, así también es la abogada más amorosa y solícita de nuestro bien. Exclama jubiloso san Germán: “Oh Madre de misericordia ¿Quién, después de tu Jesús, tiene tanto interés por nosotros y por nuestro bien como tú? ¿Quién nos defiende en nuestros trabajos y aflicciones, como nos defiendes tú? ¿Quién como tú, se pone a defender a los pecadores combatiendo a su favor? Tu protección, oh María, es más poderosa y cariñosa de lo que nosotros podemos imaginar”. Dice el Idiota, que todos los demás santos, pueden con su patrocinio, ayudar más a sus devotos que a los que no lo son, pero la Madre de Dios, como es la Reina de todos, así es también la abogada de todos.

2. María, siempre a punto para socorrernos

Ella se preocupa de todos, aun de los más pecadores, y le agrada que la llamen Abogada, como ella misma lo declaró a la V. sor María Villani, diciéndole: “Yo, después del título de Madre de Dios, me glorío de ser llamada abogada de los pecadores”. Dice el B. Amadeo, que nuestra Reina, no deja de estar ante la presencia de la divina Majestad, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosas plegarias. Y como conoce en el cielo nuestras miserias y necesidades, no puede dejar de compadecerse; por lo que, con afecto de madre, llena de compasión por nosotros, piadosa y benigna, busca siempre el modo de socorrernos y salvarnos. Por eso Ricardo de San Lorenzo anima a todos por miserables que sean, a recurrir con confianza a esta dulce abogada, teniendo por seguro que la encontrará siempre dispuestísima a ayudarlo. El abad Godofredo dice también que María está siempre atenta a rogar por todos.

Exclama san Bernardo: “¡Con cuánta eficacia y amor trata el asunto de nuestra salvación esta buenísima abogada nuestra!” San Agustín

meditando el amor y el empeño con que María se empeña continuamente en rogar por nosotros a su divina Majestad para que el Señor nos perdone los pecados, nos asista con su gracia, nos libre de los peligros y nos alivie de nuestras miserias, dice hablando con la Santísima Virgen:

“Eres única en la solicitud por ayudarnos desde el cielo”. Quiere decir: Señora, es verdad que todos los santos quieren nuestra salvación y rezan por nosotros; pero la caridad y ternura que tú nos demuestras en el cielo al obtenernos con tus plegarias tantas misericordias de Dios, nos fuerza a proclamar que no tenemos en el cielo otra abogada más que a ti, y que tú eres la más solícita y deseosa de nuestro bien. ¿Quién podrá comprender la solicitud con que siempre intercede María ante Dios a favor nuestro? Dice san Germán: “No se sacia de defendernos”. Hermosa expresión: Es tanta la piedad y tanto el amor que siente María por nosotros y tanto el amor que nos profesa, que siempre ruega y torna a rogar, y nunca se sacia de rogar por nosotros, y con sus ruegos no se cansa de defendernos.

Pobres de nosotros pecadores, si no tuviéramos esta excelsa abogada, tan poderosa, tan piadosa, y a la vez, tan prudente y sabia, que el juez, su Hijo, no puede condenar a los reos que ella defiende, así lo dice Ricardo de San Lorenzo. Las causas defendidas por esta abogada sapientísima, todas se ganan. San Juan Geómetra la saluda: Salve, árbitra que dirime todas nuestras querellas. Es que todas las causas que defiende esta sapientísima abogada, se ganan. Por eso san Buenaventura la llama la sabia Abigail.

Fue Abigail la mujer que supo aplacar con sus hermosas súplicas a David cuando estaba enojado contra Nabal, de manera que el mismo David la bendijo agradeciéndola que con sus dulces maneras le hubiera impedido vengarse de Nabal con sus propias manos:

“Bendita tú que me has impedido tomar venganza derramando su sangre con mis manos” (1R 25, 33). Esto es precisamente lo que hace María de continuo en el cielo en beneficio de los pecadores; ella, con sus plegarias tiernas y sabias, sabe de tal manera aplacar a la divina Justicia, que Dios mismo la bendice y como que le da las gracias porque así le impida abandonar y castigar a los pecadores como se merecen. Por eso, dice san Bernardo, el eterno Padre porque quiere ejercer toda la misericordia posible, además de tener junto a sí a nuestro principal abogado Jesucristo, nos ha dado a María como abogada ante Jesús.

3. María personifica la misericordia de Dios

No hay duda, dice san Bernardo de que Jesús es el único mediador de justicia entre los hombres y Dios, quien en virtud de sus propios méritos, puede y quiere, según sus promesas, obtenernos el perdón

y la divina gracia; pero porque los hombres reconocen y temen en Jesucristo su Majestad divina, que en él reside como Dios, por eso fue preciso asignar otra abogada a la que pudiéramos recurrir con menos temor y más confianza; y ésta es María, fuera de la cual no podemos encontrar abogada más poderosa ante la divina Majestad y más misericordiosa para con nosotros. Estas son sus hermosas palabras "El fiel y poderoso, es el mediador entre Dios y los hombres; pero los hombres tienen en él la Majestad. Es por tanto necesario que haya un mediador para con el mismo mediador; y nadie más útil para nosotros que María".

Pero gran injuria haría a la piedad de María, sigue diciendo el santo, el que aún temiera acudir a los pies de esta abogada dulcísima, que nada tiene de severo ni terrible, sino que es del todo cortés, amable y benigna. Lee y vuelve a leer cuanto quieras, sigue diciendo san Bernardo, todo lo que se narra en los Evangelios, y si encuentras algún rastro de severidad en María, entonces puedes temer acercarte a ella. Pues no la encontrarás; por lo cual recurre gozosamente a ella, porque te salvará con su intercesión.

Es muy hermosa la exclamación que pone Guillermo de París, en boca del pecador que recurre a María, diciendo: "A ti acudiré y hasta en ti me refugiaré, Madre de Dios, a la que toda la reunión de los santos aclama como Madre de misericordia". Madre de Dios, yo, en el estado miserable a que me veo reducido por mis pecados, recurro a ti, lleno de confianza; y aunque pareciera que me desechas, yo te recuerdo que estás en cierto modo obligada a ayudar, pues todos los fieles en la Iglesia, te llaman y proclaman Madre de misericordia. "Tú, en verdad, cuya generosidad te hace incapaz de repulsas, cuya misericordia nunca a nadie le falló, cuya amabilidad extraordinaria nunca despreció a nadie que te invocó, por pecador que fuera"... Tú, María, eres la que, por ser tan bien

amada de Dios, siempre eres por él escuchada; tu gran piedad jamás le ha fallado a nadie; tu afabilidad, jamás te ha permitido despreciar a un pecador, por enormes que fueran sus faltas, si a ti se ha encomendado. ¿Es que, tal vez falsamente y en vano toda la Iglesia te aclama como su abogada y refugio de los miserables? jamás suceda, Madre mía, que mis culpas puedan impedirte cumplir el gran oficio de piedad que tienes, y con el que eres a la vez, abogada y medianera de paz entre Dios y los hombres, y después de tu Hijo, la única esperanza y el refugio seguro de los miserables. Todo lo que tienes de gracia y de gloria, y la misma grandeza de ser Madre de Dios –si así se puede hablar– lo debes a los pecadores, ya que para salvarlos, Dios te ha hecho su Madre. Lejos de pensar acerca de esta Madre de dios, que dio a luz al mundo el manantial de la piedad, que ella vaya a negar su misericordia a un infeliz que a ella recurre. Puesto que tu oficio, María, es ser pacificadora entre Dios y los hombres, que te mueva a socorrerme tu gran piedad, que es incomparablemente superior a todos mis vicios y pecados.

Consolaos, pues, pusilánimes –diré con santo Tomás de Villanueva– respirad y cobrad ánimo, desventurados pecadores: Esta Virgen excelsa, que es la Madre de vuestro Dios y vuestro Juez, ella misma es la abogada del género humano; idónea porque puede ante Dios cuanto quiere; sapientísima porque conoce todos los secretos para aplacarlo; y universal porque acoge a todos y no rehúsa defender a ninguno.

EJEMPLO

Singular favor de María a Beatriz

La piedad y compasión de María hacia el pecador bien se mostró en el caso de Beatriz, monja en el monasterio de Monte Eraldo, como lo refieren Cesáreo y el P. Rho.

Esta infeliz religiosa, vencida por el amor desordenado a un joven, decidió fugarse con él. Y, en efecto, un día, la desdichada, fue ante la imagen de María y allí depositó las llaves del monasterio, pues era la portera, y se fugó.

Marchando a un país lejano, vivió como mujer de la vida durante quince años. Sucedió que llegó por allí el proveedor del monasterio y ella, pensando que no la reconocería, le preguntó si conocía a sor Beatriz. Muy bien la conozco, le respondió: es una santa monja y

ahora es una maestra de novicias. Ante esta noticia, ella quedó confusa y maravillada, no acertando a comprender qué había pasado. Y por cerciorarse, cambió de indumentaria y viajó al monasterio. Hizo llamar a sor Beatriz, y he aquí que se le presenta delante la Santísima Virgen en la figura de aquella imagen ante la que había dejado el hábito y las llaves. Y la Madre de Dios le habló así: "Has de saber, Beatriz, que yo, para impedir tu deshonor, he tomado tu figura, y he hecho tus veces durante estos quince años en que has vivido alejada del monasterio y de Dios, haciendo tus oficios.

Hija, vuelve, haz penitencia, que mi Hijo aún te espera; y procura con una santa vida, conservar el buen nombre que te he conquistado". Dicho esto desapareció.

Beatriz entró en el monasterio, retomando el hábito de religiosa y, agradecida a tan gran misericordia de María vivió como una santa. Y en la hora de la muerte lo manifestó todo para gloria de esta gran Señora.

ORACIÓN A NUESTRA ABOGADA

Excelsa Madre de mi Señor, ya comprendo

que mis ingratitudes, durante tantos años

contigo y con Dios,

hacen que yo merezca, con razón,

que dejes tú de preocuparte de mí,

ya que el ingrato no merece beneficios.

Pero yo, sublime Señora,

tengo un gran concepto de tu bondad,

que es mucho mayor que mi ingratitud.

Prosigue, refugio de pecadores,

y no dejes de socorrer a uno que en ti confía.

Madre de misericordia, extiende tu mano,

y levanta a un caído que implora tu piedad.

María, o me defiendes tú,

o me dices a quién debo acudir

para que mejor que tú me defienda.

Mas ¿dónde podré encontrar abogada ante Dios

más compasiva y poderosa

que tú, que eres su Madre?

Tú, al ser elegida como Madre del Salvador,

has sido creada para salvar pecadores,

y a mí me has sido otorgada

para conseguirme la salvación.

María, salva al que a ti recurre.

Yo no merezco tu amor,

pero el deseo que tienes de salvar a los perdidos,

me hace tener confianza en que me amas.

Y si tú me quieres ¿cómo me voy a perder?

Amada Madre mía,

si me salvo por ti, como lo espero,

ya no seré jamás ingrato;

compensaré con alabanzas perpetuas,

y con todo el amor del alma mía,

mis ingratitudes pasadas

y el amor que siempre me has tenido.

En el cielo, donde reinas y reinarás por siempre,

feliz cantaré tu misericordia,

y besaré sin cesar esas manos amorosas

que tantas veces me libraron del infierno

cuantas yo lo merecí con mis pecados.

María, mi libertadora,

mi esperanza, mi Reina y mi Abogada,

Madre mía, yo te amo,

y te quiero amar

con todo el corazón y siempre.

Amén, amén. Así lo espero, así sea.

III

María es la reconciliadora de los pecadores con Dios

1. María tiene por oficio ejercer la misericordia

La gracia de Dios es un tesoro extremadamente grande y deseable para el cristiano. El Espíritu Santo lo llama tesoro infinito, porque por medio de la gracia divina, somos elevados a la dignidad de amigos de Dios: “Es un tesoro infinito, que a quienes lo han utilizado, los ha hecho partícipes de Dios” (Sb 7, 14). Por eso Jesús, nuestro Dios y Redentor, no dudó en llamar amigos suyos a los que estaban en gracia: “Vosotros sois mis amigos” (Jn 15, 14). ¡Maldito es el pecado que arrebata esta bella amistad!:

“¡Vuestras iniquidades han puesto separación entre vosotros y vuestro Dios!” (Is 59, 2). Haciendo al alma odiosa para Dios,

“odiosos son para Dios el impío y su impiedad” (Sal 14, 9), la transforma de amiga en enemiga de su Señor ¿Qué debe hacer un pecador que, por desgracia, se ve convertido en enemigo de Dios? Necesita encontrar un mediador, que le obtenga el perdón y le haga recuperar la divina amistad perdida.

“Consolaos –dice san Bernardo– oh miserables que habéis perdido a Dios; tu mismo Señor te ha dado el mediador, y éste es su propio Hijo Jesús que puede obtenerte cuanto desees”.

Pero, oh Dios –prosigue el santo– ¿por qué los hombres han de juzgar severo a este Salvador tan compasivo que por salvarnos ha entregado su vida? ¿Por qué han de tener por terrible al que es del todo amable? ¿Qué teméis, pecadores desconfiados? Si estáis atemorizados por haber ofendido a Dios, sabed que vuestros pecados Jesús los ha clavado en la cruz a la vez que sus manos traspasadas, y ha satisfecho por ello con su muerte a la divina justicia, y los ha arrancado de vuestra alma. Estas son sus hermosas palabras: “Se imagina severo al que es compasivo; terrible al que es amable.

¿Qué teméis, hombres de poca fe? Ya clavó los pecados en la cruz con sus propias manos”. Pero si aún –añade el santo– temes recurrir a Jesucristo porque te espanta su Majestad divina, ya que, hecho hombre no deja de ser Dios ¿quieres otro abogado ante este mediador? Recurre a María, porque ella intercederá por ti ante su Hijo que ciertamente le oirá, y el Hijo intercederá ante el Padre, que nada puede negar a su Hijo amado. Y concluye san Bernardo: “Hijitos, ésta es la escala de los pecadores, ésta es mi mayor confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza”. Ésta es la escala de los pecadores, porque por ella suben de nuevo a la alteza de la

gracia divina; ésta es mi suprema confianza, ésta es toda la razón de mi esperanza.

2. María nos da la paz

El Espíritu Santo hace decir a la Santísima Virgen: “Yo soy como un muro, y mis pechos como torre desde que fui tan favorecida que hallé en él la paz” (Ct 8, 10). Yo soy, dice María, la defensa de los que a mí recurren, y mi misericordia es para ellos como torre de defensa. Para eso he sido constituida por mi Señor, medianera de paz entre los pecadores y Dios. “María –dice a este propósito el cardenal Hugo– es la gran reconciliadora que obtiene de Dios la paz para los enemigos, la salud para los perdidos, el perdón para los pecadores, la misericordia para los desesperados”. Por eso fue llamada por su divino Esposo, hermosa como los pabellones de Salomón. En las tiendas de David sólo se trataba de guerra, mientras que en los pabellones de Salomón se trataba sólo de paz. Haciéndonos entender con esto el Espíritu santo que esta Madre de misericordia no trata asuntos de guerra y de venganza contra los pecadores, sino sólo de paz y perdón de sus culpas.

Por eso fue María prefigurada en la paloma de Noé, que saliendo del arca volvió trayendo en su pico un ramito de olivo, como señal de paz que Dios otorgaba a los hombres. Y así lo dice san Buenaventura: “Tú eres la fidelísima paloma que, interponiéndote ante Dios, has obtenido al mundo perdido la paz y la salvación. María fue la celestial paloma que trajo al mundo perdido el ramo de olivo, señal de misericordia, ya que en ella nos dio a Jesucristo que es la fuente de la misericordia, habiéndonos obtenido por sus méritos todas las gracias que Dios nos concede. Y así como por María fue dada al mundo la paz del cielo, como dice san Epifanio, así, por medio de María se siguen reconciliando los pecadores con Dios. Por eso san Alberto le hace decir: “Yo soy la paloma de Noé que trajo a la Iglesia la paz universal”.

También fue figura de María el arco iris que vio san Juan circundando el trono de Dios:

“Y un arco iris alrededor del trono” (Ap 4, 3). “Este arco iris –explica el cardenal Vitale– es María que asiste siempre al tribunal de Dios para mitigar las sentencias y los castigos que merecen los pecadores”. Y de este arco iris dice san Bernardino de Siena, que habló el Señor cuando dijo a Noé: “Pondré el arco iris en las nubes del cielo y será signo de mi alianza entre mí y entre la tierra... Al verlo me acordaré de mi Alianza sempiterna” (Gn 9, 13-16). María en verdad –dice san Bernardino de Siena– es este arco de paz eterna, porque como Dios, a la vista del arco iris se acuerda de la paz prometida a la tierra, así, ante las plegarias de María, perdona a los pecadores las ofensas cometidas y hace con ellos las paces.

Por eso es también comparada María con la luna: “Hermosa como la luna” (Ct 6, 9). Así como la luna –dice san Buenaventura– está entre el cielo y la tierra, así María se interpone continuamente entre Dios y los pecadores, para aplacar al Señor e iluminar a los pecadores para que retornen a Dios.

3. María emplea sus dones en favor nuestro

Y ésta fue la principal misión que se le confió a María en la tierra, levantar a las almas privadas de la divina gracia y reconciliarlas con Dios. “Lleva a pacer tus cabritas” (Ct 1, 8). Así le dice el Señor al crearla. Ya se sabe que los pecadores son figurados en los cabritos, y que como los elegidos –figurados en las ovejas– en el juicio final serán colocados a la derecha, así aquellos, serán colocados a la izquierda. “Pues bien –dice Guillermo de París– los tales cabritos están confiados a tus cuidados, excelsa Madre, para que los conviertas en ovejas, y los que por sus culpas merecían ser lanzados a la izquierda, por tu intercesión, sean colocados a la derecha”. El Señor reveló a santa Catalina de Siena, que había

creado a esta su amada hija como cebo dulcísimo para atraer a los hombres, especialmente a los pecadores, y llevarlos a Dios. Y en esto es digna de notarse la reflexión que hace sobre este pasaje del Cantar de los cantares, Guillermo abad, cuando dice que Dios recomienda a María el cuidado de sus cabritos, porque la Virgen no salva a todos los pecadores, sino a los que le sirven y le honran.

Por el contrario, aquellos que viven en pecado y no la honran con algún obsequio especial, ni se encomiendan a ella para salir del pecado, ésos no son de los cabritos de María, y en el Juicio final serán colocados a la izquierda con los condenados".

Desesperado estaba de su eterna salvación un noble caballero, por sus muchos pecados, cuando un religioso le animó a recurrir a la Santísima Virgen, yendo a visitar una devota imagen en cierta iglesia. Fue el caballero a la iglesia y, apenas vio la imagen de María, se sintió como invitado por ella a que se postrara a sus pies y a poner en ella su confianza. Va presuroso, se postra, quiere besar los pies de la imagen, que era de talla, y María, desde la imagen le tiende la mano para dársela a besar, y ve en la mano de María este escrito: "Hijo mío, no desesperes que yo te libraré de tus pecados y de los temores que te oprimen". Y se cuenta que al leer aquel pecador tan dulces palabras, sintió tanto dolor de sus pecados, y sintió tan intenso amor a Dios y a su dulce Madre que, poco después expiró a los pies de la santa imagen.

¡Cuántos son los pecadores obstinados que cada día atrae hacia Dios este imán de los corazones!, como ella misma se llamó diciendo a santa Brígida: “Como el imán atrae al hierro, así atraigo hacia mí los corazones más endurecidos para reconciliarlos con Dios”. Yo por mi parte podría referir muchos casos sucedidos en nuestras misiones, en que pecadores que permanecían duros como el hierro a todas las predicaciones, al oír el sermón de la misericordia de María, se compungían y tornaban a Dios. Cuenta san Gregorio que el unicornio es un animal tan fiero que no hay quien lo pueda cazar; sólo a la voz de una doncella, se rinde, se acerca y se deja atar por ella sin oponer resistencia. ¡Cuántos pecadores más fieros que las mismas fieras, que huyen de Dios, a la voz de esta sublime Virgencita que es María, se acogen a ella y se dejan atar dulcemente con Dios!

4. María es Madre de Dios para ejercer la misericordia

Para eso –dice san Juan Crisóstomo– ha sido hecha la Virgen María Madre de Dios, a fin de que los infelices que por su mala vida no podrían salvarse conforme a la justicia divina, con su dulce misericordia y con su poderosa intercesión, obtengan por su medio la salvación eterna. Sí –afirma san Anselmo– ha sido ensalzada para ser Madre de Dios, más en beneficio de los pecadores que de

los justos, ya que Jesús declaró que había venido a llamar no a los justos sino a los pecadores. Que por eso canta la Iglesia:

"Al pecador no aborreces, porque sin él no serías la Madre del Redentor".

Así es como la reconviene amorosamente Guillermo de París: "María, estás obligada a ayudar a los pecadores, pues todos los dones, gracias y grandezas –que todas quedan comprendidas en tu dignidad de ser Madre de Dios– todo, si así es lícito hablar, lo debes a los pecadores, pues para ellos has sido hallada digna de tener a Dios por Hijo".

Pues si María –concluye san Anselmo– ha sido hecha Madre de Dios para los pecadores ¿cómo yo, siendo tan grandes mis pecados podré desconfiar del perdón?

La santa Iglesia nos hace saber en la oración de la Misa de la vigilia de la Asunción, que la Madre de Dios ha sido asunta de la tierra al cielo para que interceda por nosotros ante Dios con absoluta confianza de ser escuchada. Reza la oración: "...A la cual la has trasladado de este mundo, a fin de que interceda con toda confianza para que se nos perdonen los pecados". Por esto san Justino dice que es árbitro: "el Verbo ha puesto a la Virgen como árbitro". Árbitro es lo mismo que apaciguador, a quien las dos partes en conflicto acuden exponiendo sus razones. Con lo que quiere decir el santo que, como Jesús es el mediador ante el eterno Padre, así María es la mediadora ante Jesús, a la cual expone Jesús todos los agravantes que, como juez, tiene en contra de nosotros.

5. María atiende a todos sin excepción

San Andrés Cretense llama a María la fianza y seguridad de nuestra reconciliación con Dios: "Dándonos el Señor esta prenda, nos ha otorgado la garantía de los perdones divinos". Con lo cual quiere significar el santo, que Dios va buscando la manera de reconciliarse con los pecadores perdonándolos, y para que no desconfíen del perdón, les ha dado como prenda a María. Por eso la saluda: "Salve, reconciliadora de Dios con los hombres". Dios te salve, apaciguadora entre Dios y los hombres. De aquí toma ocasión san Buenaventura y anima a todos los pecadores diciéndoles: "Si temes por tus culpas, que Dios, indignado, quiera vengarse de ti. ¿Qué debes hacer? Vete y recurre a María que es la esperanza de los pecadores; y si después temes que ella rehúse ponerse de tu parte, has de saber que ella no puede dejar de defenderte, porque Dios mismo le ha asignado el oficio de defender a los pecadores".

¿Cómo podrá perecer –exclama el abad Adán– el pecador al que la misma madre del juez se ofrece como madre e intercesora? ¿Y tú,

que eres la madre de la misericordia, te desdeñarás de pedir a tu Hijo, que es el juez, por otro hijo tuyo, que es el pecador? ¿Te negarás tal vez, a interceder ante el Redentor por un alma redimida por él, que por salvar a los pecadores ha muerto en la cruz? Ciertamente que no te negarás a ello; antes por el contrario te empeñarás con todo tu amor en rogar por los que a ti recurren, sabiendo, como sabes muy bien, que el mismo Señor que ha constituido a tu Hijo mediador de paz entre Dios y los hombres, al mismo tiempo te ha puesto a ti como apaciguadora entre el juez y el reo.

Inspirado en el mismo pensamiento, dice san Bernardo: "Dale gracias al que te suministró tan gran intercesora". Seas quien seas, pecador, encenagado en el lodazal de tus culpas y aunque hayas envejecido en el vicio, no desconfíes; da gracias a tu Señor que para tener misericordia contigo, no sólo te ha dado al Hijo por tu abogado, sino que además, para darte ánimo y confianza, ha querido darte una mediadora de tal calidad, que obtiene cuanto quiere con sus plegarias. Ánimo, recurre a María y te salvarás.

EJEMPLO

Conversión de la infeliz Benita

Refieren el B. Alano y Bonifacio, que vivía en Florencia una joven llamada Benita, pero que más bien merecía llamarse maldita por la vida escandalosa y deshonesta que llevaba. Para su fortuna llegó a predicar en una ciudad Santo Domingo, y ella, por mera curiosidad fue a escucharle. Y el Señor le puso tal compunción en su corazón al oírlo, que llorando se fue a confesar con el santo. Éste la confesó, la absolvió y le impuso de penitencia rezar el rosario diariamente. Pero la infeliz, arrastrada por sus malos hábitos, volvió a su mala vida. Lo supo el santo, y yéndola a buscar, obtuvo de ella que se confesara de nuevo. Y Dios, para confirmarla en la virtud, le hizo ver el infierno y en él, algunos que por su culpa se habían condenado. Después, en un libro abierto, le hizo leer el pavoroso recuento de sus pecados. Horrorizada la penitente ante semejante visión, acudió a María para que le ayudase. Y se le dio a entender que esta divina Madre le había conseguido de Dios espacio de tiempo para llorar todas sus liviandades.

Pasada la visión, Benita se entregó a una vida santa; pero teniendo siempre ante los ojos aquel terrible proceso que había visto, un día se puso a rezarle así a su consoladora: “Madre, es verdad que yo, por mis excesos debería estar en lo profundo del infierno, pero ya que tú, con tu intercesión, me has librado obteniéndome tiempo de hacer penitencia, te pido esta otra gracia: no quiero dejar nunca de

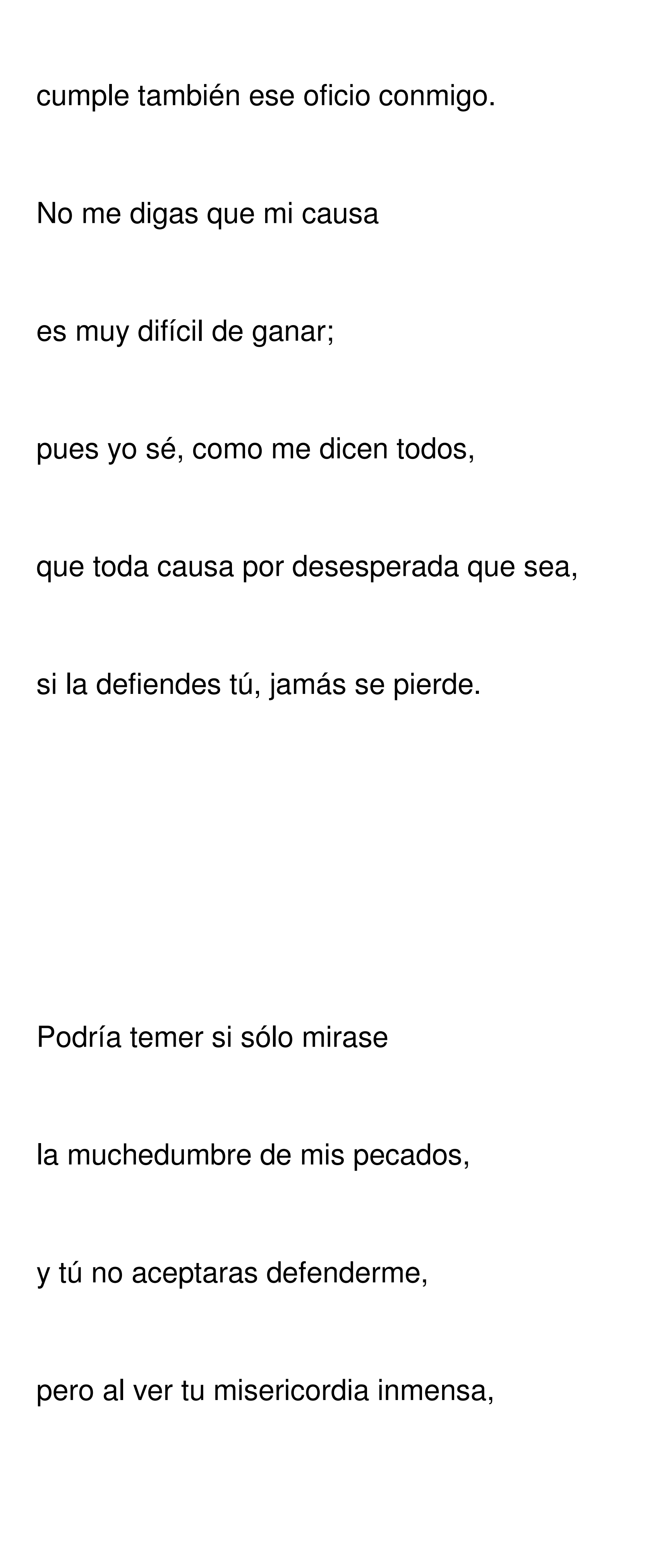
llorar mis pecados, pero haz que sean borrados de aquel libro". Hecha esta oración, se le apareció la Virgen y le dijo que, para obtener lo que pedía, era necesario que, en adelante, se acordase de la misericordia que Dios había tenido con ella y de la Pasión que su Hijo había sufrido por amor de ella; y que considerase que cuántos, con menos culpas que ella, se habían condenado... Habiendo obedecido Benita fielmente a la Santísima Virgen, un día se le apareció Jesucristo, mostrándole aquel libro le dijo: Mira, tus pecados están borrados y el libro en blanco: escribe ahora actos de amor y de virtud. Así lo hizo Benita, llevando una vida santa y teniendo una santa muerte.

ORACIÓN DE CONFIANZA EN MARÍA

Señora mía, siendo tu oficio

el de mediadora entre los pecadores y Dios,

"ea, pues, abogada nuestra",



cumple también ese oficio conmigo.

No me digas que mi causa

es muy difícil de ganar;

pues yo sé, como me dicen todos,

que toda causa por desesperada que sea,

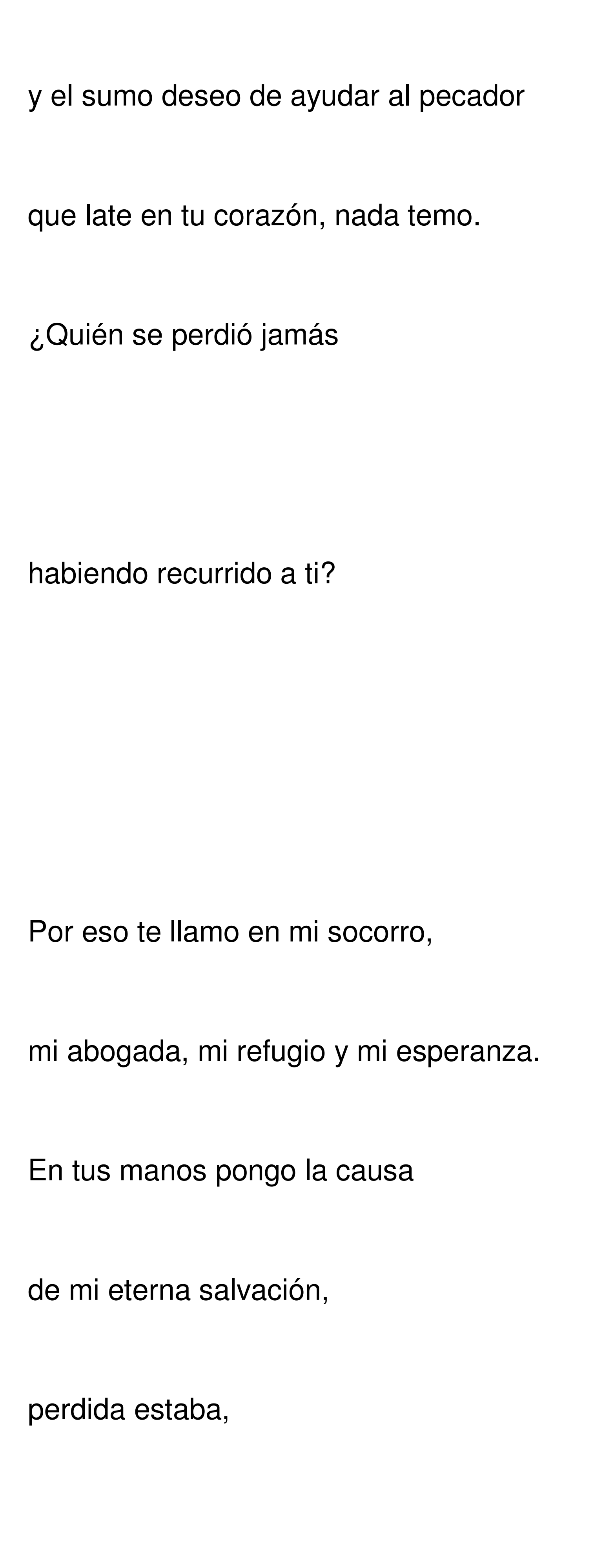
si la defiendes tú, jamás se pierde.

Podría temer si sólo mirase

la muchedumbre de mis pecados,

y tú no aceptaras defenderme,

pero al ver tu misericordia inmensa,



y el sumo deseo de ayudar al pecador

que late en tu corazón, nada temo.

¿Quién se perdió jamás

habiendo recurrido a ti?

Por eso te llamo en mi socorro,

mi abogada, mi refugio y mi esperanza.

En tus manos pongo la causa

de mi eterna salvación,

perdida estaba,

pero tú la tienes que ganar.

Gracias le doy siempre al Señor

que me da esta gran confianza en ti,

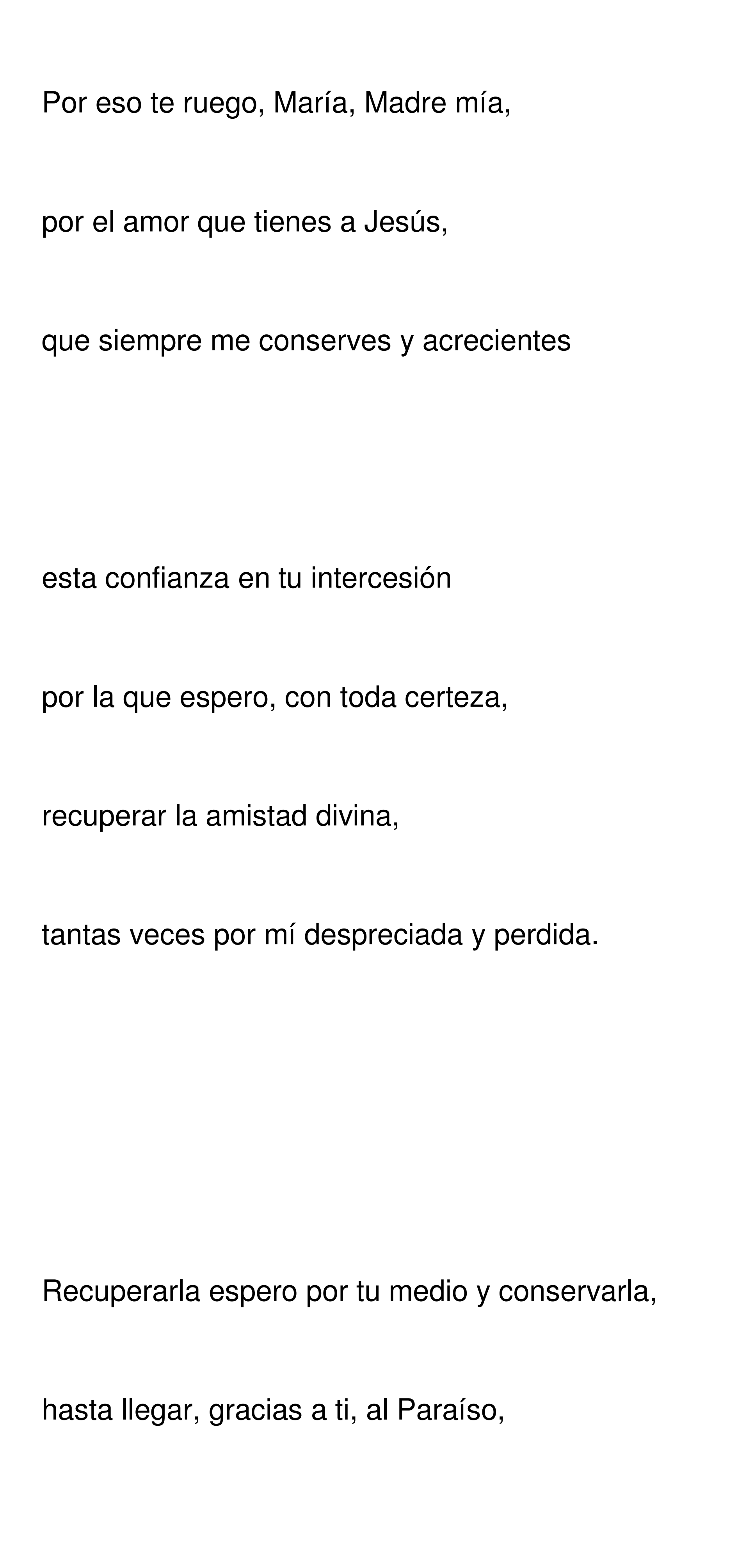
la cual, a pesar de mis deméritos,

siento que me garantiza la salvación.

Sólo un temor me aflige, amada Reina mía;

y es que yo pueda, por mi descuido

perder esta confianza en ti.



Por eso te ruego, María, Madre mía,

por el amor que tienes a Jesús,

que siempre me conserves y acrecientes

esta confianza en tu intercesión

por la que espero, con toda certeza,

recuperar la amistad divina,

tantas veces por mí despreciada y perdida.

Recuperarla espero por tu medio y conservarla,

hasta llegar, gracias a ti, al Paraíso,

a agradecer y cantar

las misericordias de Dios y tuyas,

por toda la eternidad. Amén.

Capítulo VII

MARÍA, NUESTRO CONSUELO

Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos

I

María es toda ojos para compadecerse de nosotros y socorrernos

1. María, solícita para atendernos

San Epifanio llama a María "la de los muchos ojos"; la que es todo ojos para ver de socorrer a los necesitados. Exorcizaban a un poseído por el demonio; y al preguntarle el exorcista qué hacía María, respondió el poseso: "Baja y sube". Quería decir, que esta benignísima Señora no hace otra cosa más que bajar a la tierra para traer gracias a los hombres, y subir al celo para obtener el divino beneplácito para nuestras súplicas. Con razón san Andrés Avelino llama a la Virgen la administradora del Paraíso que de continuo se ocupa de obtener misericordia, impetrando gracias para todos, tanto justos como pecadores. "El Señor tiene los ojos sobre los justos" (Sal 31, 16). Pero los ojos de la Señora, dice Ricardo de San Lorenzo, están vueltos, tanto hacia los justos como hacia los pecadores. Y es porque los ojos de María son ojos de madre, y la madre no sólo mira porque su hijo no caiga, sino para que, habiendo caído, lo pueda levantar.

Bien lo dio a entender el mismo Jesús a santa Brígida cuando le oyó que hablando a su Madre le decía: “Madre, pídeme lo que quieras”. Esto es lo que siempre le está diciendo el Hijo a María, gozando en complacer a esta su amada Madre en todo lo que pide. Y ¿qué le pide María al Hijo? Santa Brígida oyó que ella le decía: “Pido misericordia para los pecadores”. Como si dijese: “Hijo, tú me has nombrado Madre de la misericordia, refugio de los pecadores, abogada de los desgraciados y me dices que te pida lo que quiera. ¿Qué he de pedirte? Te pido que tengas misericordia de los necesitados. “Así que, oh María” –le dice con ternura san Buenaventura– tú estás tan llena de misericordia, y tan atenta a socorrer a los necesitados, que pareces que no tienes otro deseo ni otro afán más que éste” Y porque entre los necesitados, los más desgraciados de todos son los pecadores, afirma Beda el Venerable, María está siempre rogando al Hijo en favor de los pecadores.

2. María multiplica su ayuda desde el cielo

Aun viviendo en la tierra, dice san Jerónimo, fue María de corazón tierno y piadoso con los humanos, que no ha habido persona que sufra tanto con las penas propias, como María con las de los demás. Bien demostró la compasión que sentía por las aflicciones

ajenas en las bodas de Caná, como lo recordamos en anterior capítulo, cuando al ver que faltaba el vino, sin ser requerida, como escribe san Bernardino de Siena, tomó el oficio de piadosa consoladora. Y por pura compasión de la aflicción de aquellos recién casados, intercedió con su Hijo y obtuvo el milagro de la conversión del agua en vino.

Contemplando a María, le dice san Pedro Damiano: "¿Acaso por haber sido ensalzada como Reina del cielo te habrás olvidado de nosotros los miserables? Jamás se puede pensar semejante cosa. Nada tiene que ver con una piedad tan grande como la que hay en el corazón de María, el olvidarse de tan gran miseria como la nuestra". No va con María el proverbio "Honores mudan costumbres". Esto sucede a los mundanos que, ensalzados a cualquier dignidad, se llenan de soberbia y se olvidan de los amigos de antes que han quedado pobres; pero no sucede con María, que es feliz de verse tan ensalzada para poder así socorrer mejor a los necesitados. Considerando esto mismo san Buenaventura, le aplica a la Virgen las palabras del libro de Ruth: "Has sobrepujado tu primera bondad con la que manifiestas ahora" (Rt 3, 10), queriendo decir, como él mismo lo declara, que si fue grande la piedad de María para con los necesitados cuando vivía en la tierra, mucho mayor es ahora que ella reina en el cielo. Y da la razón el santo diciendo que la Madre de Dios muestra ahora su total misericordia con las innumerables gracias que nos obtiene, porque ahora conoce mejor nuestras miserias.

Por lo que, como el sol con su esplendor supera inmensamente al brillo de la luna, así la piedad de María, ahora que está en el cielo, supera a la piedad que tenía de los hombres cuando estaba en la tierra. ¿Quién hay en el mundo que nos disfrute de los rayos del

sol? Y ¿quién hay, sobre el que no resplandezca la misericordia de María?

Por eso ella fue llamada “elegida como el sol” (Ct 6, 9), porque no hay nadie que quede excluido del calor de semejante sol, como dice san Buenaventura. Esto le reveló santa Inés, desde el cielo a santa Brígida, al decirle que nuestra Reina ahora que está unida a su Hijo en el cielo, no puede olvidarse de su innata bondad, aun para los pecadores más perdidos; de modo que, como los cuerpos se ven iluminados por el sol, así, por la dulzura de María no hay en el mundo quien, si se lo pide, no participe gracias a ella de la divina misericordia.

3. María ayuda a los más grandes pecadores si la invocan

Un gran pecador, en el reino de Valencia, desesperado y, para no caer en manos de la justicia, había resuelto hacerse turco; y ya estaba para embarcarse, cuando pasó providencialmente ante una iglesia en la que predicaba acerca de la misericordia de Dios el P. Jerónimo López, jesuita; al oírlo, se convirtió y se confesó con el mismo padre. Éste le preguntó si había tenido alguna devoción con Dios, que le hubiera merecido aquella gran misericordia. Le respondió el penitente que no había tenido más devoción que la de rezar todos los días a la Santísima Virgen pidiéndole que no lo

abandonase. El mismo padre vio en el hospital a un pecador que desde hacía cincuenta años no se había confesado, y que sólo había tenido esta pequeña devoción de saludar a cualquier imagen de la Virgen que encontraba rogándole no lo dejara morir en pecado mortal. Y le contó además que, en una riña se le rompió la espalda. Entonces le rezó a la Virgen: “Ahora me mata y me condeno; Madre de los pecadores, ayúdame”. Y dicho esto, se encontró, sin saber cómo, lejos y en lugar seguro. Hizo confesión general y murió lleno de confianza en Dios.

Escribe san Bernardo que María se hace todo para todos y que abre los senos de su misericordia, para que todos reciban de su plenitud; el esclavo la redención, el enfermo la salud, el afligido consuelo, el pecador perdón de sus culpas, Dios su gloria; de tal forma que no hay nadie que no participe de su calor, siendo el sol celestial. Dice san Buenaventura: “¿Habrá en el mundo quien no ame a esta amabilísima Reina? Ella es más hermosa que el sol, más dulce que la miel; ella es un tesoro de bondad llena de amor para todos, y con todos cariñosa y llena de atenciones. Por eso yo te saludo –dice el santo enamorado– oh Señora y Madre mía, mi corazón y mi alma. Discúlpame, oh María, si te digo que te amo, porque si no soy digno de amarte, tú sí que eres digna de ser amada por mí”.

Se le reveló a santa Gertrudis que, cuando se dice a María con devoción esta plegaria:

“Ea pues, abogada nuestra, vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos”, no puede María dejar de inclinarse en favor de la súplica de quien le ruega. “Gran Señora –le habla así san Bernardo– es tan enorme tu misericordia, que todo el mundo está lleno de ella”. Y dice san Buenaventura que nuestra Madre tiene tantos deseos de hacer bien a todos, que se siente como ofendida por quienes no le piden nada. “Tú, Señora –le dice san Ildeberto– nos enseñas a esperar gracias mayores de las que merecemos, ya que no cesas de darnos constantemente gracias que superan con mucho lo que pudiéramos merecer”.

4. María acude pronto con su misericordia

Ya anunció el profeta Isaías que, con la gracia de la Redención de los hombres, había de establecerse para todos ellos, un trono de divina misericordia. “Su trono se ha de fundar sobre la misericordia” (Is 16, 5). ¿Cuál es este trono?, pregunta san Buenaventura, y responde: Este trono es María, junto al cual, justos y pecadores, encuentran el consuelo de su misericordia. Así como el Señor está lleno de piedad, así también lo está nuestra Señora; y lo mismo que el Hijo, así también la Madre no sabe negar su misericordia a quien la invoca. El abad Guérrico hace hablar a Jesús de este modo dirigiéndose a su Madre: “Madre mía, en ti he colocado el trono de

mi imperio, pues por tu medio concederé todas las gracias que se me pidan. Tú me has dado el ser hombre, y yo te doy el ser como Dios, o sea, todo el poder para ayudar a salvar a los que quieras.

Un día en que santa Gertrudis rezaba con afecto de la Madre de Dios aquella oración: Vuelve a nosotros estos tus ojos misericordiosos", vio que la Santísima Virgen le indicaba los ojos del Hijo que tenía en brazos, y le decía: "Estos son los ojos misericordiosos que yo puedo inclinar para salvar a todos los que me invocan". Lloraba una vez un pecador ante una imagen de María, pidiéndole que le obtuviera el perdón de Dios; y oyó que la Virgen, vuelta hacia el niño que tenía en sus brazos le dijo: "¿Se perderán estas lágrimas, Hijo mío?" Y se le dio a entender que Jesucristo le había perdonado.

Y ¿cómo podrá perderse jamás el que se encomienda a esta buena Madre, cuando el Hijo, que es Dios, ha prometido por su amor, y porque a él así le place, tener misericordia con todos los que a ella se encomiendan? Esto le reveló el Señor a santa Brígida, haciéndole oír estas palabras que le decía a María: "Por mi omnipotencia, Madre venerada, te he concedido el perdón de todos los pecadores que invocan con piedad tu auxilio, de la manera que a ti te agrade". Considerando el abad Adán de Perseigne, el gran poder que tiene María para con Dios, y su gran piedad para con nosotros, desbordando confianza le dice: "¡Madre de misericordia, tan grande es tu poder, como tu piedad! Tan piadosa eres para perdonar, como poderosa para alcanzar perdón. ¿Cuándo se ha dado el caso de que no hayas tenido compasión de los desdichados siendo la Madre de la misericordia? Y ¿cuándo se ha visto que no

puedas ayudar, siendo la Madre del Todopoderoso? Con la misma facilidad con que conoces nuestras miserias, las remedias cuando quieres". Alégrate –le dice el abad Ruperto– alégrate, excelsa Reina, de la gloria de tu Hijo, y por compasión, no por nuestros méritos, danos de lo que te sobra a nosotros tus humildes siervos e hijos.

Y si tal vez nuestros pecados nos hacen desconfiar, digámosle con Guillermo de París: Señora, no presentes mis pecados en mi contra, porque yo les opondré tu misericordia. Y jamás se diga que mis pecados pueden competir y vencer a tu misericordia, que es más poderosa para obtenerme el perdón, que todos mis pecados para condenarme.

EJEMPLO

Un abogado, librado del mal

Se narra en las crónicas de los padres Capuchinos que había en Venecia un célebre abogado quien, con fraudes y malas artes, se había enriquecido, por lo que vivía en mal estado. No tenía de bueno más que recitar diariamente una oración a la Virgen. Y esta pequeña devoción le libró de la muerte eterna por la misericordia de María.

Veamos cómo.

Para su fortuna se hizo amigo de fray Mateo de Basso, y tanto le rogó al padre que fuera a comer a su casa, que un día por fin le complació. Ya en casa le dijo el abogado:

“Ahora, padre, le voy a mostrar algo que no habrá visto jamás. Tengo una mona admirable que me sirve como un criado; lava los platos, me sirve a la mesa, me abre la puerta...” “Cuidado, le respondió el padre, no sea que la mona sea algo muy distinto...

Que la traigan aquí”. La llaman y la vuelven a llamar; la siguen buscando por todas partes, y la mona no aparece. Al fin la encuentran escondida bajo un camastro en el sótano, pero la mona se resistía a salir. “Vamos a donde está”, decide el religioso; y juntos bajaron a donde se encontraba. El religioso le grita: “Bestia infernal, sal de ahí, y de parte de Dios te mando que nos digas quién eres”. Y, he aquí que la mona respondió que era el demonio,

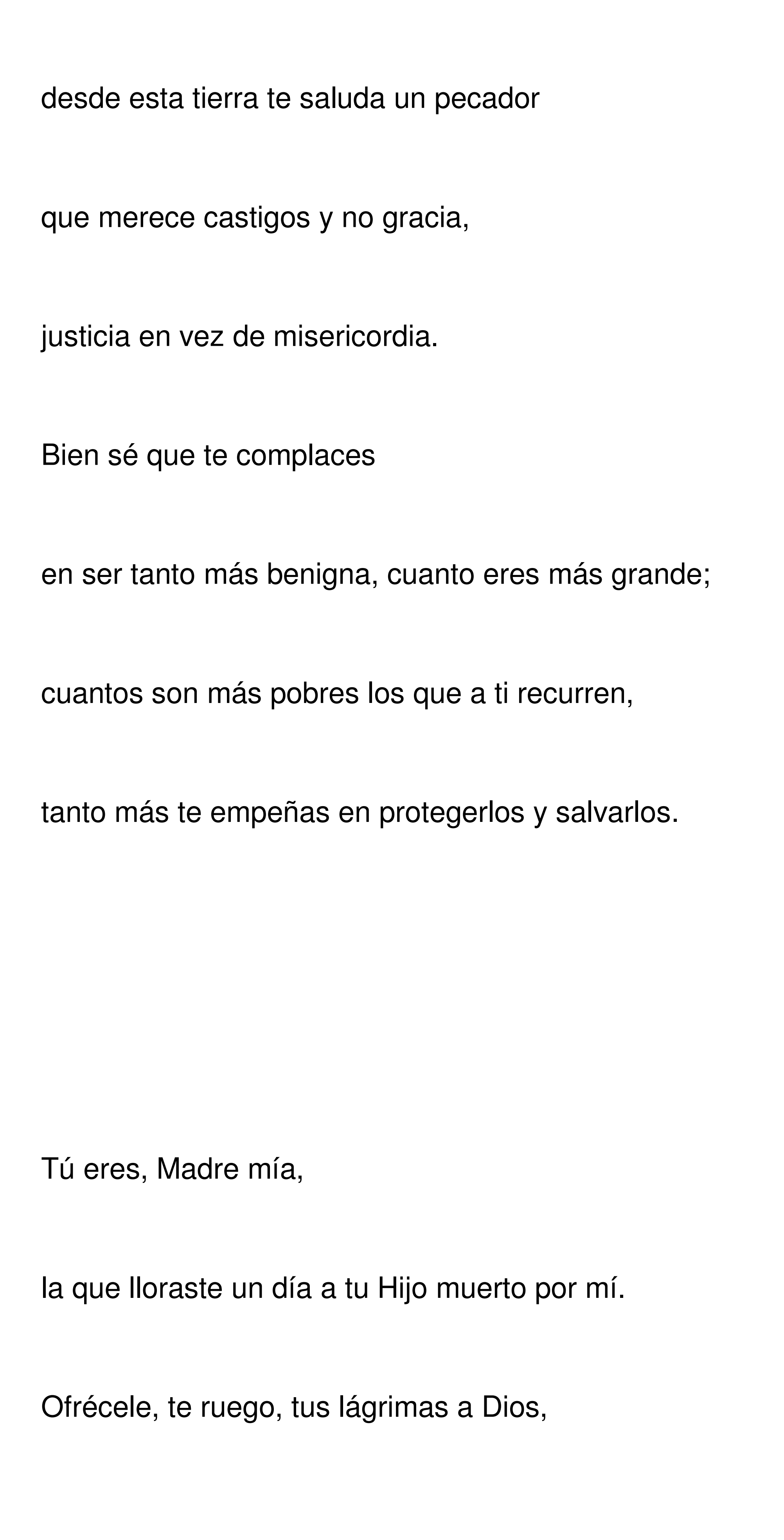
que estaba aguardando el día en que aquel pecador dejara su acostumbrada oración a la Madre de Dios, porque en cuanto la dejase, tenía licencia de Dios para ahogarlo y llevárselo consigo al infierno. Ante semejante declaración, el pobre abogado se postró a los pies del siervo de Dios pidiéndole su ayuda. Él le animó y mandó al demonio que saliera de aquella casa sin hacer daño.

“Sólo te doy licencia, para dejar un hueco en la pared, en señal de haberte marchado”.

Apenas le dijo esto, se abrió, con gran estruendo, un boquete en el muro, que en mucho tiempo, por más que lo intentaron, no permitió Dios que lo pudieran tapar, hasta que, por consejo del siervo de Dios, pudieron taparlo poniéndole una placa de mármol con la escultura de un ángel. El abogado convertido, es de esperar que perseverase hasta la muerte en su nueva vida.

ORACIÓN PARA UN BUEN ARREPENTIMIENTO

Virgen santa, sublime criatura,



desde esta tierra te saluda un pecador

que merece castigos y no gracia,

justicia en vez de misericordia.

Bien sé que te complaces

en ser tanto más benigna, cuanto eres más grande;

cuantos son más pobres los que a ti recurren,

tanto más te empeñas en protegerlos y salvarlos.

Tú eres, Madre mía,

la que lloraste un día a tu Hijo muerto por mí.

Ofrécele, te ruego, tus lágrimas a Dios,

y por ellas, consígueme

un verdadero dolor de mis pecados.

Te han afligido tanto los pecadores

y tanto te afligí yo con mis pecados...

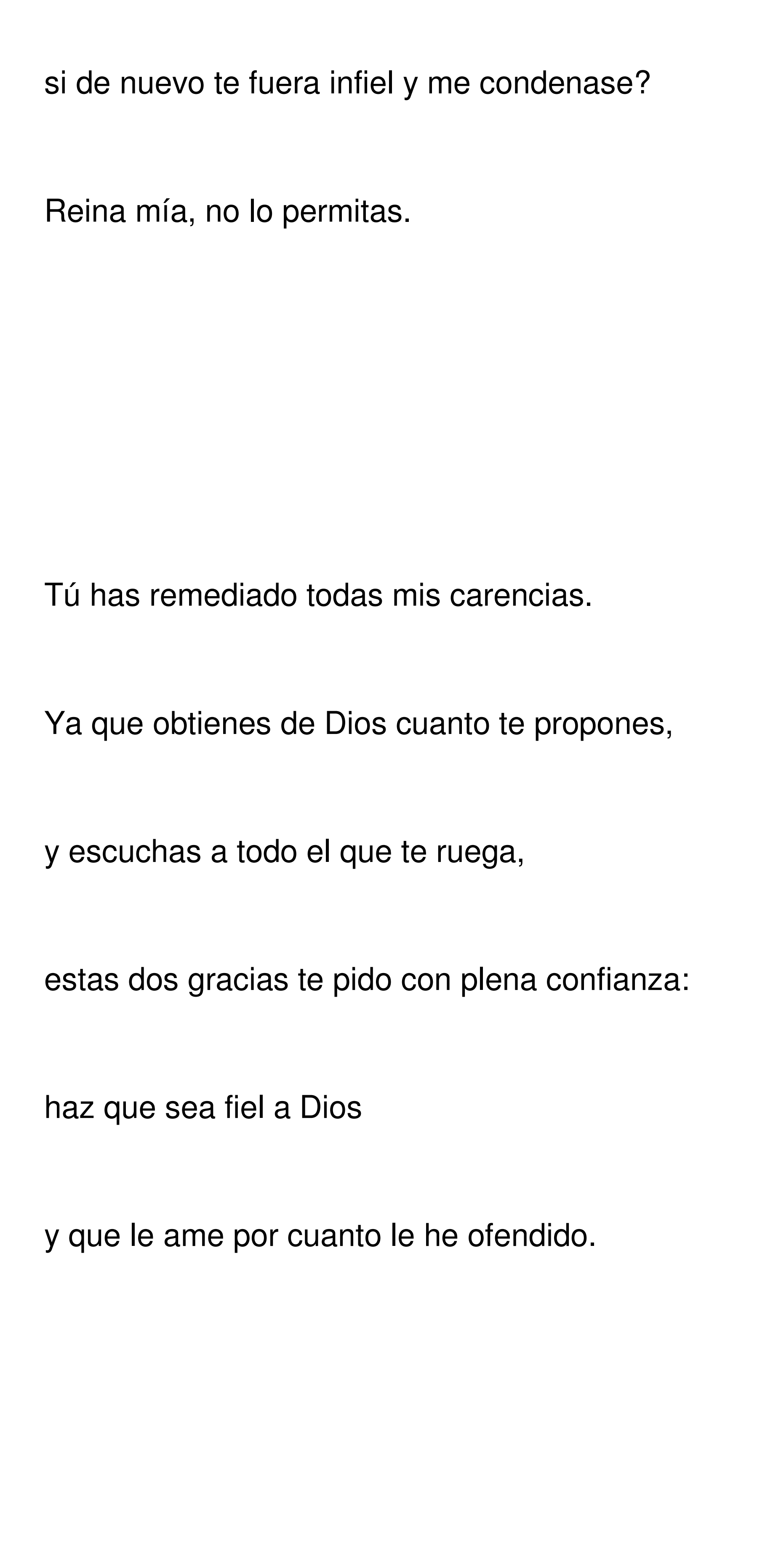
Alcánzame, María, que yo, en adelante,

no te aflija más con mis ingratitudes.

¿De qué me aprovecharía tu llanto

si yo continuara siendo ingrato?

¿Para qué me serviría tu misericordia,



si de nuevo te fuera infiel y me condenase?

Reina mía, no lo permitas.

Tú has remediado todas mis carencias.

Ya que obtienes de Dios cuanto te propones,

y escuchas a todo el que te ruega,

estas dos gracias te pido con plena confianza:

haz que sea fiel a Dios

y que le ame por cuanto le he ofendido.

Capítulo VIII

MARÍA, NUESTRA INTERCESORA

Y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre

I

María libra a sus devotos de caer en el infierno

1. María consigue que todos sus devotos se salven

El devoto de María que fielmente se encomienda a ella y le obsequia, no puede condenarse. Esta proposición, a alguno le puede parecer muy avanzada, pero a éste le rogaría que, antes de rechazarla, leyera antes lo que enseguida diré sobre este punto.

Al decir que un devoto de nuestra Señora no puede condenarse excluimos a los falsos devotos que abusan de su pretendida devoción para pecar más impunemente. Así que algunos, injustamente, desaprueban el ensalzar tanto la piedad de María con los pecadores, diciendo que así, éstas, luego abusan para pecar más. Semejantes presuntuosos, por su temeraria confianza, merecen castigo, no misericordia. Por tanto, ha de entenderse de aquellos devotos que, con deseo de enmendarse, son fieles en obsequiar a la Madre de Dios y encomendarse a ella. Y digo que éstos es moralmente imposible que se pierdan. Veo que esto también lo ha dicho el P. Crasset en su obra sobre la devoción a la Virgen María; y antes de él, Vega en su Teología Mariana, Mendoza y otros teólogos. Y para comprender que éstos no han hablado a la ligera, veamos lo que han dicho los doctores y los santos. No hay que extrañarse de que cite testimonios tan parecidos unos a otros pues he querido anotarlos todos para demostrar cuán concordes están sobre esto.

Dice san Anselmo que, como el que no es devoto de María y no está protegido por ella es imposible que se salve, así es imposible que se condene quien se encomienda a la Virgen y es mirado por ella con amor. Lo mismo afirma san Antonio con similares palabras: "Como es imposible que se salve aquél de quien María aparte los ojos de su misericordia, así es necesario que se salven y vayan a la gloria aquellos hacia los que vuelve sus ojos rogando por ellos".

Pero téngase en cuenta la primera parte de la proposición de estos santos, y tiemblen los que abandonan o menosprecian la devoción a esta divina Madre. Dicen que es imposible que se salven aquellos que no son protegidos de María. Esto lo afirman otros, como san Alberto Magno: "Todos, absolutamente todos los que no son tus siervos, se pierden necesariamente", dice san Buenaventura: "El que la desprecie, morirá en sus pecados". Y en otro lugar: "El que no te invoca en esta vida, no llegará al reino de Dios". Y en el salmo 99 llega a decir que no sólo no se salvará, sino que no existe ninguna esperanza de salvación para aquellos de los que María aparta el rostro.

Antes lo había dicho san Ignacio mártir afirmando que no puede salvarse un pecador, sino por medio de la Santísima Virgen, la cual, por el contrario, salva con su piadosa intercesión a muchos que, conforme a la justicia divina merecían ser condenados.

Algunos dudan si esta sentencia es de san Ignacio mártir, pero, según el P. Crasset, sí lo ha dicho san Juan Crisóstomo, y también

lo afirma el abad de Celles. En este sentido aplica la Iglesia a María las palabras de los Proverbios “Los que me aborrecen, aman la muerte” (Pr 8, 36). Todos los que no me quieren, desean la muerte eterna. Porque, como dice Ricardo de San Lorenzo comentando las palabras “viene a ser como nave de mercader” (Pr 31, 14), se verán anegados en el mar de este mundo, todos los que se encuentren fuera de esta nave. Hasta el hereje Ecolampadio consideraba señal cierta de reprobación, la poca devoción de algunos hacia la Madre de Dios, por lo que decía:

“Nunca se oirá de mí que estoy contra María, pues considero señal de condenación no tenerle afecto a ella”.

2. María impide que sus devotos de pierdan

Por el contrario, dice María: “El que me oye, no se verá confundido” (Ecclo 24, 30): El que recurre a mí, y escucha lo que le digo, no se perderá. De ahí que le dijera san Buenaventura: “Señora, el que se preocupa de obsequiarte, está muy lejos de la condenación”. “Y esto –dice san Hilario– aunque en el pasado se le hubiera ofendido mucho a Dios”.

Por eso el demonio se afana en que los pecadores, después de haber perdido la gracia divina, pierdan además la devoción a María. Sara, viendo a Isaac que jugaba con Israel quien le enseñaba malas costumbres, dijo a Abrahán que lo echara de casa, y que echara también a su madre Agar: “Despacha a la esclava con su hijo” (Gn 21, 10). No se contentaba con que saliera sólo el hijo si no marcha la madre, pensando que, de otro modo, volviendo el hijo a ver a la madre, hubiera vuelto a frecuentar la vivienda. Así el demonio no se contenta con que un alma se aparte de Cristo si no se desentiende también de la Madre: “Arroja al Hijo y a su Esclava”. De otra manera, teme que la Madre vuelva a introducir al Hijo en esa alma. Y lo teme con toda razón, porque, como dice el docto P. Paciuchelli, el que es fiel en obsequiar a la Madre de Dios, pronto lo recibirá por medio de María.

Por lo que, con razón san Efrén llama a la devoción a María “Carta de libertad”, salvoconducto para el cielo y no ser relegado al infierno. Y llamaba a la Madre de Dios “Patrocinadora de los condenados”, siendo cierto, como lo es, lo que dice san Bernardo, que a María no le falta ni poder ni voluntad de salvar. No le falta poder porque sus plegarias no pueden dejar de ser oídas, como afirma san Antonio. Y san Bernardo dice que sus plegarias no pueden quedar baldías, sino que obtienen cuanto quieren: “Encuentra lo que quiere y no puede quedar decepcionada”. No le falta voluntad de salvarnos, porque más desea nuestra salvación de lo que nosotros la deseamos. Siendo esto verdad ¿cómo puede suceder que se pierda un devoto de María? Puede que sea pecador, pero si se encomienda a esta buena Madre con perseverancia y voluntad de enmendarse, ella se cuidará de

conseguirle luz para salir de su mal estado, dolor de sus pecados, perseverancia en el bien y una santa muerte.

¿Qué madre, pudiendo con sus plegarias ante el juez, librar a su hijo de la muerte, no lo haría? Y ¿podremos pensar que María, madre la más amorosa que pueda encontrarse para con sus devotos, pudiendo librar a un hijo de la muerte eterna, deje de hacerlo?

3. María pone a sus devotos en camino de salvación

Devoto lector, demos gracias al Señor si vemos que Dios nos ha dado amor y confianza para con la Reina del cielo, porque Dios –dice san Juan Damasceno– otorga esta gracia a los que quiere salvar. Con estas hermosas palabras reaviva el santo nuestra confianza: “Madre de Dios, si yo pongo mi confianza en ti, me salvaré. Si estoy bajo tu protección, no tengo que temer nada, porque ser tu devoto es poseer las armas con que se consigue la salvación que Dios concede a los elegidos”. Erasmo saludaba a la Virgen diciendo: “Dios te salve, terror del infierno y esperanza de los cristianos; esperar en ti es tener segura la salvación”.

¡Cuánto enfurece al demonio ver a un alma que persevera en la devoción a la Madre de Dios! Se lee en la vida del P. Alfonso Álvarez, muy devoto de María, que estando en oración y muy angustiado por las tentaciones impuras con las que le acosaba el demonio, éste le dijo: “Deja esa devoción a María y yo dejaré de tentarte”.

Reveló Dios a santa Catalina de Siena, como refiere Blosio, que él, por su bondad, le había concedido a María, en atención a su divino Hijo, que ninguno, aunque fuera pecador, si se encomienda a ella devotamente, llegue a condenarse. También el profeta David pedía ser librado del infierno por el amor que tenía al honor de María:

“Amé, Señor, el decoro de tu casa... no pierdas mi alma con los impíos” (Sal 25, 8-9).

Dice “el decoro de su casa”, porque María fue aquella casa que Dios se fabricó en la tierra para su morada y para encontrar en ella su reposo al hacerse hombre, como está escrito en los Proverbios: “La Sabiduría se edificó para sí una casa” (Pr 1). No, cierto que no se perderá –decía san Ignacio mártir– el que se preocupa de ser devoto de esta Virgen Madre”. Y lo confirma san Buenaventura diciendo: “Señora, los que te aman gozan de gran paz en esta vida y en la otra no verán jamás la muerte”. “Jamás se ha dado ni se dará el caso –asegura el devoto Blosio– de que un humilde y devoto siervo de María, se pierda para siempre”.

4. María posee gran poder contra el mal

¡Cuántos se habrían condenado eternamente o quedado obstinados en el mal, si María no hubiera intercedido ante su hijo para que tuviera misericordia con ellos! Así lo dice Tomás de Kempis, y es el parecer de muchos teólogos, sobre todo de santo Tomás, el que a personas aparentemente muertas en pecado mortal, la Madre de Dios les obtuviera del Señor que suspendiera la sentencia y revivieran para hacer penitencia.

Sobre esto refieren graves autores, no pocos ejemplos. Entre otros, Flodoardo, que vivió en el siglo noveno, narra en su Crónica de un diácono llamado Adolmano, el cual, creyéndole muerto, mientras estaban ya para enterrarlo, revivió; y dijo que había visto el lugar del infierno donde debía estar condenado, pero que, gracias a las plegarias de la Santísima Virgen, había vuelto a la vida para tener tiempo de hacer penitencia. Surio también refiere de un ciudadano romano llamado Andrés, que había muerto, al parecer, impenitente, y al que María le había obtenido poder revivir para poder ser perdonado. También cuenta Pelbarto que en su tiempo, cuando el emperador Segismundo atravesaba los Alpes con su ejército, se oyó la voz de un soldado que estaba esquelético, y que pedía

confesión, diciendo que la Madre de Dios, de quien había sido devoto, le había obtenido la gracia de poder vivir en aquel estado hasta que se confesase; y una vez que se hubo confesado, expiró.

Estos y otros ejemplos, no han de servir para animar a ningún temerario a vivir en pecado, con la esperanza de que María lo librará del infierno en el último momento; pues, como sería gran locura tirarse a un pozo con la esperanza de que María lo preservara de la muerte, como ha salvado a otros en semejante situación, así mayor locura sería arriesgarse a llegar a la hora de la muerte en pecado con la pretensión de que la Virgen lo librase del infierno. Pero esos ejemplos, que sirvan para reavivar nuestra confianza pensando que, si la intercesión de esta Madre divina ha podido librar del infierno aun a aquellos que parecían haber muerto en pecado, cuánto más será poderosa para impedir que caigan en el infierno los que durante su vida recurren a ella con intención de enmendarse, y fielmente la sirven.

5. María escucha nuestras plegarias

Digamos, pues, con san Germán: “¿Qué sería de nosotros, pobres pecadores, pero que queremos enmendarnos y recurrimos a ti, sin tu ayuda, pues eres la vida y la respiración de los cristianos?”. Oigamos a san Anselmo que dice: “No se condenará aquel por quien María haya orado una sola vez”. Dice que no se condenará aquel por quien hayas interpuesto tus plegarias, aunque sea una sola vez; ruega pues por nosotros, y nos veremos libres del infierno. ¿Quién me dirá que, al presentarme al divino tribunal, no tendré favorable al juez, si tengo para defender mi causa a la Madre de la misericordia? Así lo expresa Ricardo de San Víctor. El B. Enrique Susón declaraba que había puesto su alma en manos de María; y decía que si el juez hubiera querido condenarlo, deseaba que la sentencia se ejecutase por manos de María, seguro de que una vez en manos de la Virgen piadosa, ella misma impediría su ejecución. Lo mismo digo y espero para mí, mi Santísima Reina. Por esto quiero siempre suplicarte con san Buenaventura: “En ti, Señora, esperé, no seré para siempre confundido”. Señora, yo he puesto en ti toda mi esperanza; por eso tengo la firme seguridad de no verme condenado, sino encontrarme a salvo en el cielo alabándote y amándote siempre.

EJEMPLO

Distinta suerte de dos jóvenes libertinos

En el año 1604, en una ciudad de Flandes, vivían dos jóvenes estudiantes, que en vez de dedicarse a los estudios, se lo pasaban en borracheras y deshonestidades. Una de tantas noches, habiendo estado pecando en casa de una mujer de mala vida, uno de ellos llamado Ricardo, se fue a su casa, el otro se quedó más tiempo. Llegado a casa Ricardo, mientras se desvestía para acostarse, se acordó de que no había rezado aún el Ave María a la Virgen, como acostumbraba. Se caía de sueño, por lo que le costó mucho rezar, pero haciendo un esfuerzo rezó, aunque sin devoción y medio dormido.

Luego se acostó; y estando en el primer sueño, sintió llamar fuerte a la puerta, e inmediatamente después, sin que se abriera la puerta, vio ante sí a su compañero, desfigurado y horrible. "¿Quién eres?", le dijo. "¿No me reconoces?", le respondió la aparición. "Pero ¿cómo estás tan cambiado? ¡Si pareces un demonio?" "¡Desgraciado de mí! ¡Estoy condenado!", gritó el infeliz. "¿Cómo?" "Al salir de aquella casa infame un demonio me ahogó. Mi cuerpo está en medio de la calle y mi alma en el infierno. Y has de saber que el mismo castigo estaba preparado para ti, pero la Virgen, por ese pequeño obsequio del Ave María, te ha librado. ¡Feliz tú, si sabes aprovechar este aviso que por mi medio te manda la Madre de Dios!" Y dicho esto desapareció.

Ricardo, deshecho en llanto, se arrojó de la cama postrándose en el suelo para dar gracias a María su libertadora. Y estando meditando en cambiar de vida, oyó la campana de los franciscanos que tocaba a maitines. Se dijo: Ahí me llama Dios a hacer penitencia. Marchó inmediatamente al convento a rogar a los padres que lo recibieran.

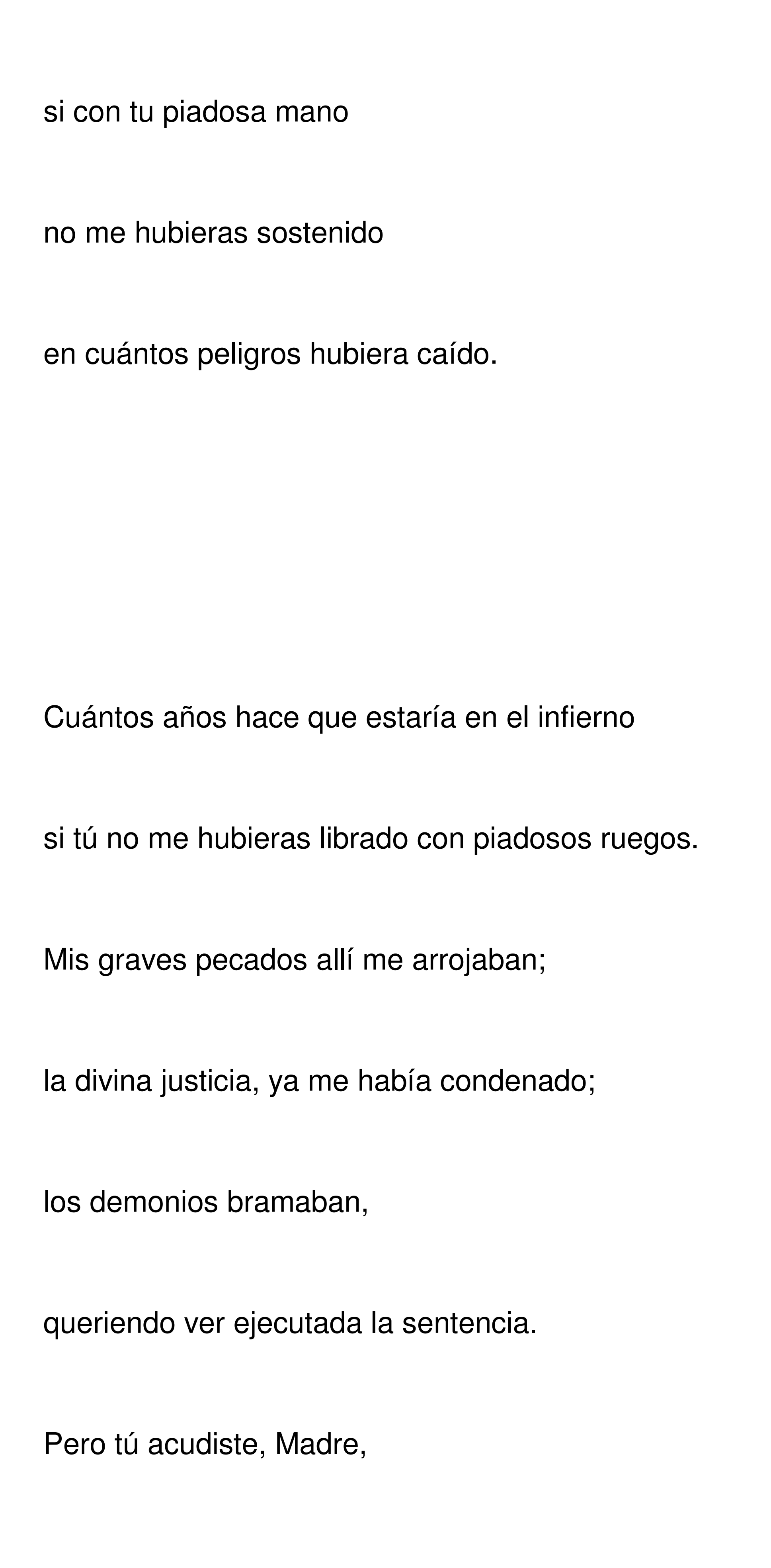
Ellos no querían hacerle caso conociendo su vida tan desordenada; pero él, hecho un mar de lágrimas, les contó cuanto acababa de suceder. Marcharon los padres a aquella calle, y, en verdad, encontraron el cadáver del joven con muestras de haber sido ahogado y negro como un carbón. Entonces lo recibieron. Ricardo, de ahí en adelante se entregó a una vida ejemplar. Fue a las Indias y a predicar el Evangelio; de allí pasó al Japón; y tuvo la gracia de morir mártir de Jesucristo, siendo quemado vivo.

ORACIÓN DE GRATITUD A MARÍA

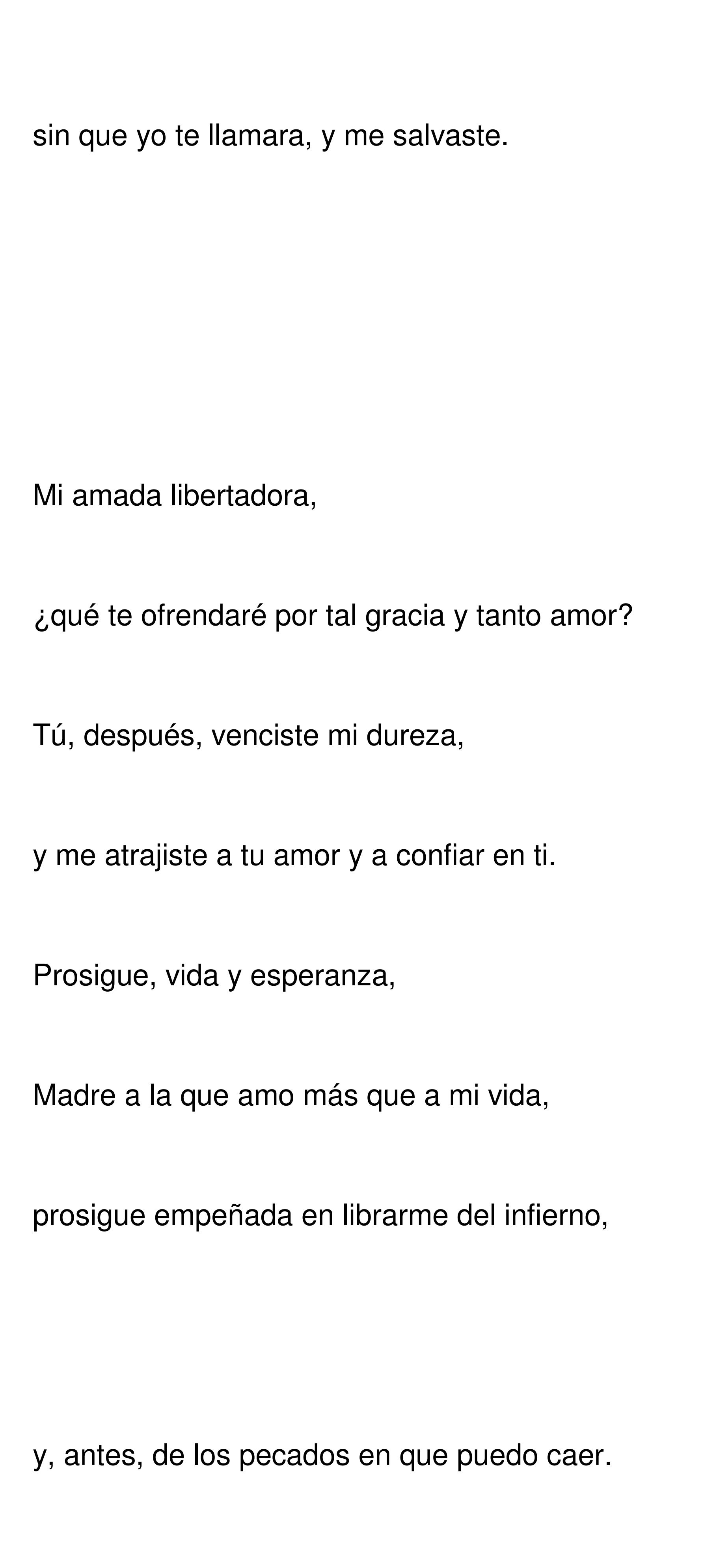
María, mi Madre muy amada:

en qué abismo de males no me encontraría,

si no me hubieras preservado tantas veces;


si con tu piadosa mano
no me hubieras sostenido
en cuántos peligros hubiera caído.

Cuántos años hace que estaría en el infierno
si tú no me hubieras librado con piadosos ruegos.
Mis graves pecados allí me arrojaban;
la divina justicia, ya me había condenado;
los demonios bramaban,
queriendo ver ejecutada la sentencia.
Pero tú acudiste, Madre,



sin que yo te llamara, y me salvaste.

Mi amada libertadora,

¿qué te ofrendaré por tal gracia y tanto amor?

Tú, después, venciste mi dureza,

y me atrajiste a tu amor y a confiar en ti.

Prosigue, vida y esperanza,

Madre a la que amo más que a mi vida,

prosigue empeñada en librarme del infierno,

y, antes, de los pecados en que puedo caer.

Mi Señora, tan querida, yo te amo.

¿Cómo podrá sufrir tu bondad

ver condenado a un devoto que te ama?

Consígueme que no sea en adelante ingrato,

ni contigo, ni con Dios,

que, por tu amor, tantas gracias me ha otorgado.

María, sé que me perderé si te abandono.

Pero ¿cómo tendré el valor para dejarte?

Tú, después de Dios,

eres todo el amor que me queda.

No soy capaz de vivir sin amarte.

Yo te quiero de veras, yo te amo,

y espero que siempre te amaré,

en el tiempo y en la eternidad,

porque eres la criatura más bella y santa,

más benigna y amable del mundo. Amén.

II

María socorre a sus devotos en el purgatorio

1. María asiste a sus devotos en el purgatorio

Muy felices son los devotos de nuestra piadosa Madre, pues no sólo son socorridos por ella en la tierra, sino que también los asiste y consuela con su protección en el purgatorio. Y necesitando tanto más alivio cuanto más padecen, sin poder valerse por sí mismos, mucho más se empeña en socorrerlas esta Madre misericordiosa. Dice san Bernardino de Siena que, en aquella cárcel de unas almas que son esposas de Jesucristo, María tiene como un cierto dominio y plenos poderes tanto para aliviar como para liberar de aquellas penas.

En cuanto a aliviar, dice el mismo santo comentando las palabras del Eclesiástico: “Me paseé sobre las olas del mar” (Ecclo 24, 8):

“Es decir, visitando y socorriendo en las necesidades y en los tormentos de mis devotos que son mis hijos”. Dice el mismo santo que las penas del purgatorio son llamadas olas porque son transitorias, a diferencia de las del infierno que no pasan jamás. Y se llaman olas del mar, porque son penas muy amargas. Afligidos por estas penas, los devotos de María se ven constantemente visitados y socorridos por ella. Ved cuánto importa, dice Novarino, ser devoto de esta Señora tan buena, pues ella no sabe olvidarse de ellos cuando padecen en aquellas llamas. Y si María socorre a todas las almas del purgatorio, sin embargo sus mayores indulgencias y cuidados son para las que le son más devotas.

Reveló la Virgen María a santa Brígida lo siguiente: “Yo soy la Madre de todas las almas que estén en el purgatorio, y todas las penas que tienen que purgar por las faltas cometidas, constantemente son aliviadas y mitigadas por mis plegarias”. Y no se desdeña esta piadosa Madre a las veces, hasta de hacerse presente en aquella santa prisión para visitar y consolar a sus hijas afligidas. “Yo me paseé por lo hondo del abismo” (Ecclo 24, 5). A lo que hace san Buenaventura este comentario: “Abismo, es decir, el purgatorio, por el que pasea María para aliviar con su presencia, ayudando a las almas santas”. Dice san Vicente Ferrer: “¡Cuán buena se manifiesta María con los que están en el purgatorio, ya que por ella obtienen continuos refrigerios!”.

¿Qué otra, sino María es su consoladora en medio de aquella penas, y quién su socorro, sino esta Madre de misericordia? Santa Brígida oyó que Jesús decía a su Madre: “Tú eres mi Madre, tú la Madre de misericordia, tú la consoladora de los que están en el purgatorio”. Y la misma Virgen dijo a santa Brígida que como un enfermo, afligido y abandonado en su lecho, se siente reconfortado con cualquier palabra de consuelo, así aquellas almas se sienten aliviadas con sólo oír su nombre. El solo nombre de María, nombre de esperanza y de salvación es el que constantemente invocan en aquella cárcel sus hijas queridas, siéndoles de gran consuelo. Y después, dice Novarino, la Madre amorosa, sintiéndose invocar por ellas, las une a sus plegarias ante Dios, con lo que socorre a aquellas almas, y así quedan como refrigeradas de sus grandes ardores, con celestial lluvia.

2. María libera a sus devotos

Pero María no sólo consuela y socorre a sus devotos en el purgatorio, sino que también rompe sus cadenas y los libra con su intercesión. Desde el día de su gloriosa Asunción, en el que se cree que quedó vacía la cárcel del purgatorio, como dice Gersón y confirma Novarino, diciendo basarse en graves autores, día en que María al entrar en el paraíso, pidió a su Hijo poder llevar consigo

todas las almas que estaban en el purgatorio, desde entonces, dice Gersón, María tiene el privilegio de librar a todos sus devotos, de aquellas penas. Y esto lo afirma sin titubeos san Bernardino de Siena, diciendo que la Santísima Virgen tiene la facultad, con sus ruegos y con la aplicación de sus méritos, de librar las almas del purgatorio y principalmente las de sus más devotos.

Lo mismo dice Novarino, opinando que por los méritos de María, no sólo se tornan más llevaderas las penas de aquellas almas, sino también más breves, abreviándose por su intercesión el tiempo de su purgatorio. Para lo cual, basta que ella lo pida.

Refiere san Pedro Damiano que una señora llamada Mazoria, ya difunta, se apareció a una comadre y le dijo que en el día de la Asunción ella había sido librada del purgatorio con un número de almas que superaban a la población de Roma. San Dionisio Cartujano afirma que lo mismo sucede en la festividad de Navidad y de la Resurrección de Jesucristo, diciendo que en estas fiestas, María se presenta en el purgatorio acompañada de legiones de ángeles y que libra de aquellas penas a multitud de almas.

Novarino dice que esto sucede igualmente en todas las fiestas solemnes de María.

3. María acorta el tiempo de purificación, y hasta lo suprime a sus devotos Muy conocida es la promesa que María hizo al Papa Juan XXII al que, apareciéndose le ordenó que hiciera saber a cuantos llevasen el escapulario del Carmen que, en el sábado siguiente a su muerte, serían librados del purgatorio. El mismo Papa, como refiere el P. Crasset, lo declaró en la bula que publicó y que luego fue confirmada por Alejandro V, Clemente VII, Pío V, Gregorio XII y Pablo V, el cual, en una bula de 1612 declara: "El pueblo cristiano puede piadosamente creer que la Santísima Virgen ayudará con su continua intercesión, y con sus méritos y protección especial, después de la muerte, y principalmente en el día de sábado –consagrado por la Iglesia a la misma Virgen María– a las almas de los hermanos de la Cofradía de Santa María del monte Carmelo, que hayan salido de este mundo en gracia, y hayan llevado su escapulario, observando castidad según su estado, y hayan rezado el Oficio Parvo de la Virgen, y si no han podido recitarlo, habiendo observado los ayunos de la Iglesia". Y en el Oficio Solemne de Santa María del Carmen se lee que se ha de creer piadosamente, que la Santísima Virgen consuela con amor de Madre a los cofrades del Carmen en el purgatorio, y con su intercesión los leva pronto a la patria celestial.

Y ¿por qué no vamos a esperar también las mismas gracias y favores si somos devotos de esta buena Madre? Y si le servimos con muy especial amor ¿por qué no hemos de esperar también la gracia de que, al morir, entremos al instante en el paraíso sin pasar por el purgatorio? Esto es lo que la Santísima Virgen María mandó decir al B. Godofredo por medio de fray Abundio, con estas palabras: "Di a fray Godofredo que progrese en la virtud, que así será de mi Hijo y mío; y cuando su alma parta de su cuerpo, no

dejaré que vaya al purgatorio, sino que la tomaré y la ofreceré a mi Hijo”.

Y si queremos aliviar a las benditas almas del purgatorio, procuremos rogar por ellas a la Santísima Virgen, aplicando por ellas de modo especial el Santo Rosario que les servirá de gran alivio.

EJEMPLO

Detalles de bondad de María hacia un perfecto devoto suyo El B. Joaquín Picolomini, muy devoto de María, desde su infancia, visitaba hasta tres veces al día una imagen de la Virgen de los Dolores que se veneraba en una iglesia, y los sábados ayunaba para mejor honrarla. A media noche se levantaba para meditar en sus dolores. Y María Santísima le recompensó estos obsequios. En su juventud le dijo que entrara en la Orden de los Servitas, lo que, sin demora, ejecutó el Beato. Al final de su vida, se le apareció también la Virgen María trayéndole dos coronas: una de rubíes, en premio de la compasión que había tenido de sus dolores, y otra de perlas, como premio a la virginidad que le había consagrado. Poco

antes de morir, se le volvió a aparecer, y el enfermo le pidió la gracia de morir el mismo día en que murió Jesucristo. La Virgen Santísima le consoló diciendo: “Pues bien, prepárate, porque mañana, viernes, morirás de repente, como deseas, y estarás conmigo en el paraíso”.

En efecto, así sucedió. Mientras en la iglesia cantaban la Pasión de Cristo según san Juan, al decir las palabras “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”, el paciente entró en agonía, y al decir: “E inclinando la cabeza entregó su espíritu”, el bienaventurado entregó también su alma al Señor, a la vez que el templo se iluminaba con misterioso resplandor, y un suave y desconocido aroma se esparcía en el ambiente.

ORACIÓN DE AMOR HACIA MARÍA

¡Reina del cielo y de la tierra!

¡Madre del soberano Señor del Universo!

¡Criatura la más sublime, excelsa y amable!

Es verdad que muchos ni te conocen ni te aman;

pero miríadas de ángeles y santos en el cielo

te aman y no cesan de cantar tus alabanzas;

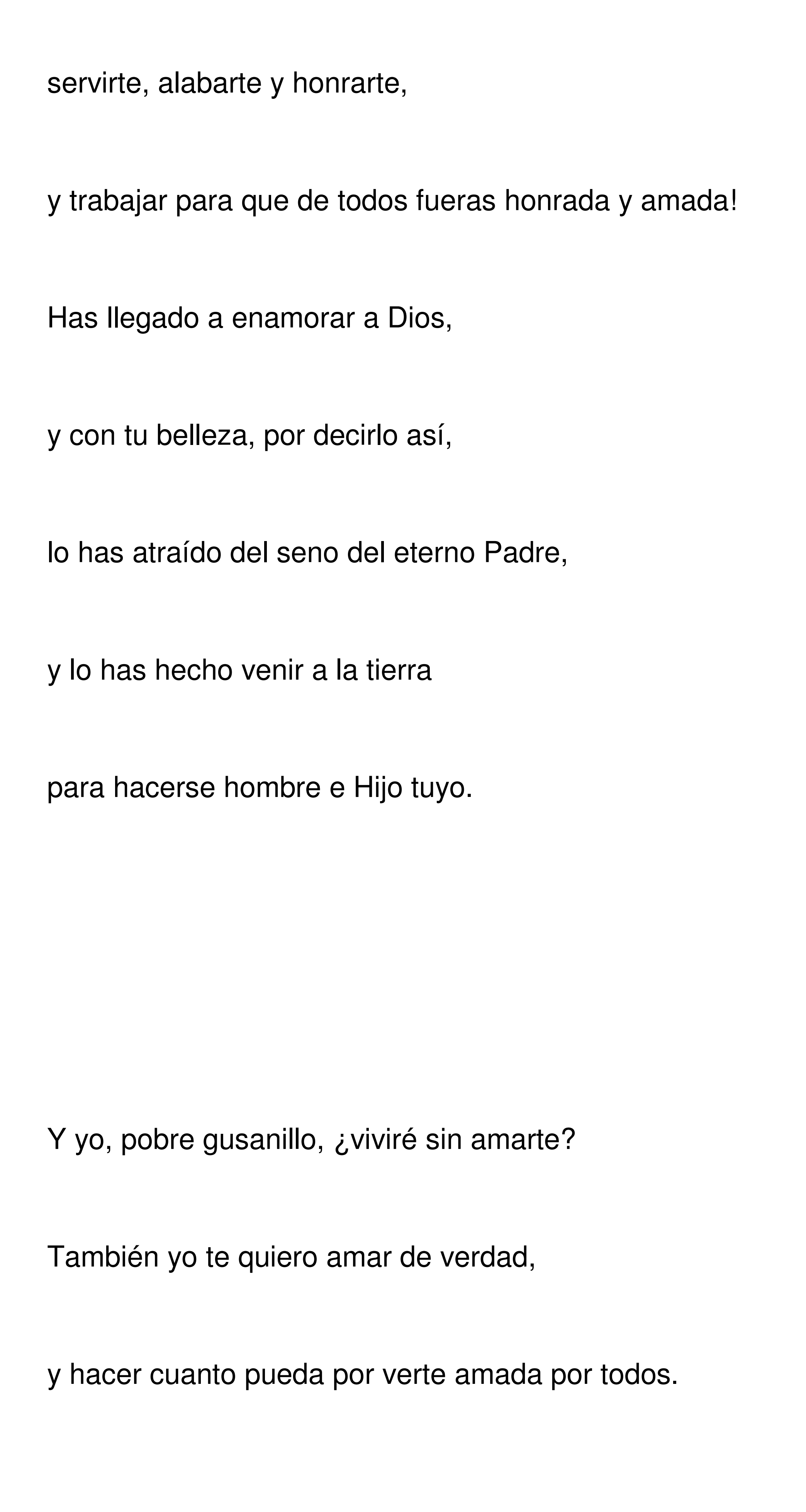
y aun en la tierra ¡cuántos felizmente

se consumen en tu amor,

y andan de tu bondad enamorados!

¡Ojalá te amara yo también, mi amable Señora!

¡Quién me diera el pensar siempre en ti



servirte, alabarte y honrarte,

y trabajar para que de todos fueras honrada y amada!

Has llegado a enamorar a Dios,

y con tu belleza, por decirlo así,

lo has atraído del seno del eterno Padre,

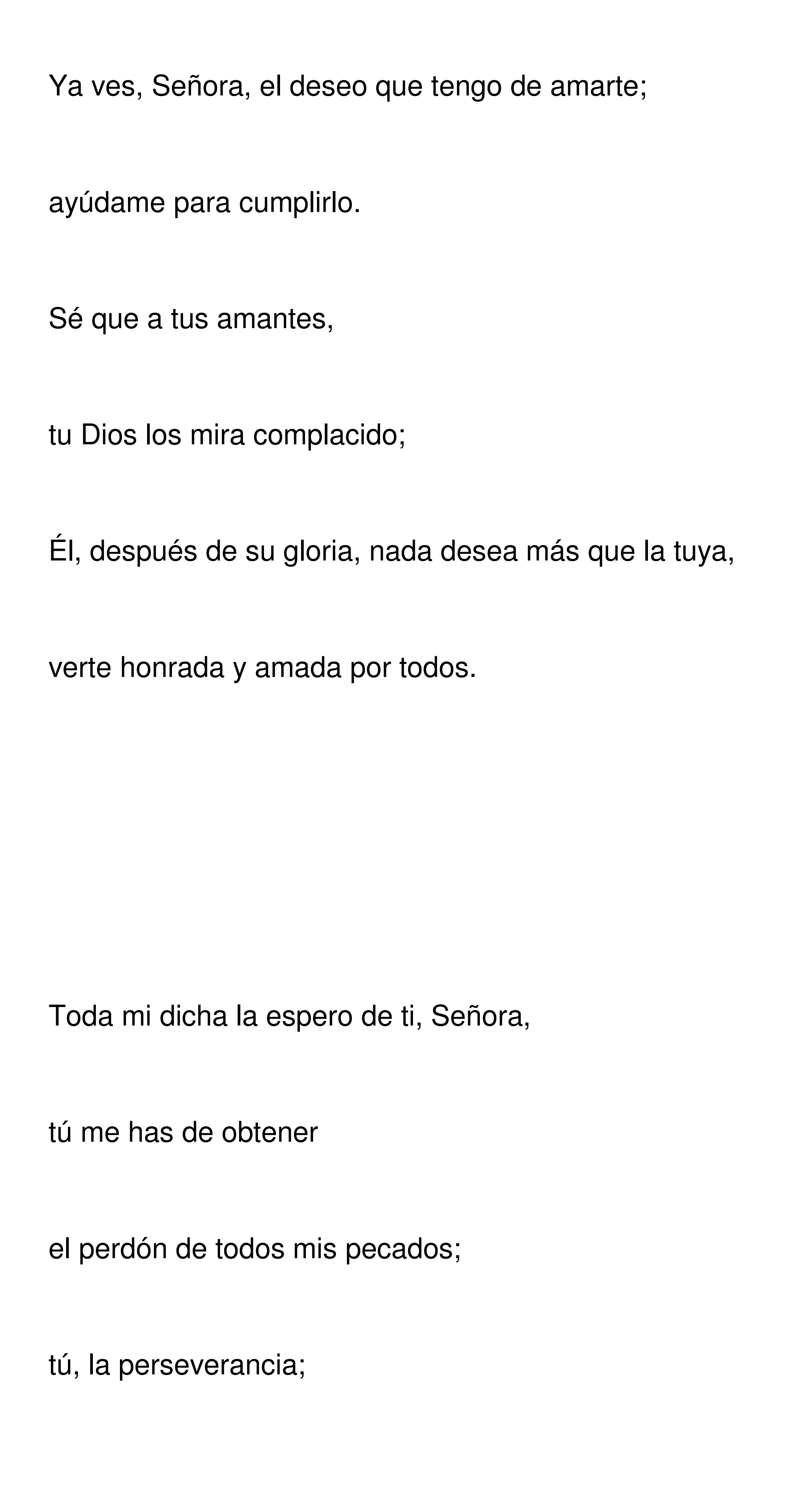
y lo has hecho venir a la tierra

para hacerse hombre e Hijo tuyo.

Y yo, pobre gusanillo, ¿viviré sin amarte?

También yo te quiero amar de verdad,

y hacer cuanto pueda por verte amada por todos.



Ya ves, Señora, el deseo que tengo de amarte;

ayúdame para cumplirlo.

Sé que a tus amantes,

tu Dios los mira complacido;

Él, después de su gloria, nada desea más que la tuya,

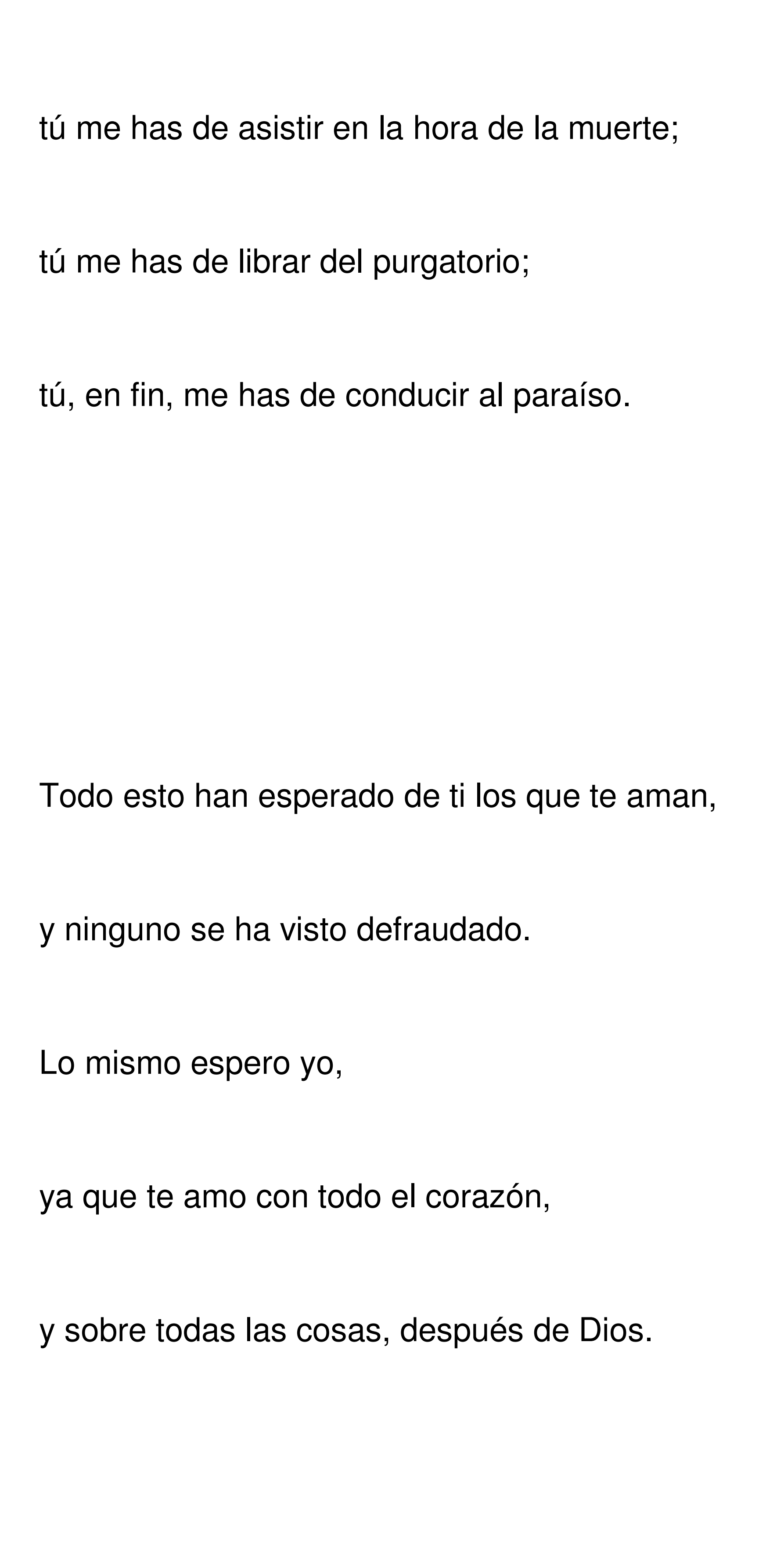
verte honrada y amada por todos.

Toda mi dicha la espero de ti, Señora,

tú me has de obtener

el perdón de todos mis pecados;

tú, la perseverancia;


tú me has de asistir en la hora de la muerte;

tú me has de librar del purgatorio;

tú, en fin, me has de conducir al paraíso.

Todo esto han esperado de ti los que te aman,

y ninguno se ha visto defraudado.

Lo mismo espero yo,

ya que te amo con todo el corazón,

y sobre todas las cosas, después de Dios.

III

María conduce a sus siervos al paraíso

1. María es garantía de salvación para sus devotos

¡Que preciosa señal de predestinación tienen los siervos de María! La Iglesia aplica a esta divina Madre, para consuelo de sus devotos, las palabras de la Sagrada Escritura:

“En la ciudad amada me ha hecho reposar y moraré en la heredad del Señor” (Ecclo 24, 11). Comenta el cardenal Hugo: “Bienaventurado aquel en quien descansa la Bienaventurada Virgen. María, por el amor que a todos profesa, busca que todos le

tengan devoción. Muchos o no la reciben o no la conservan: Bienaventurado el que la recibe y la conserva. “Y moraré en la heredad del Señor”. Es decir, añade el docto Paciuchelli, en los que son heredad del Señor. La devoción a la Santísima Virgen se da en los que son la heredad del Señor, o sea, en los que estarán en el cielo alabándola eternamente. Y sigue hablando María en el mismo libro: “El que me creó, descansó en mi tabernáculo; y me dijo: habita en Jacob, y hereda en Israel, y pon tus raíces entre mis elegidos”. Mi Creador se ha dignado venir a reposar en mi seno. Él ha querido que yo habitase en el corazón de los elegidos, de quien fue figura Jacob, y que son la heredad de la Virgen y ha dispuesto que en todos los predestinados estuviera enraizada la verdadera devoción hacia mí”.

¡Cuántos que ahora son bienaventurados, no estarían en el cielo si la Virgen no los hubiera llevado allí! “Yo hice brillar en el cielo una luz indeficiente”. Comenta el cardenal Hugo atribuyendo estas palabras a María: “Yo hice resplandecer en el cielo tantas luminarias eternas cuantos son mis devotos”. Y añade el mismo autor: “Muchos santos están en el cielo por su intercesión, que nunca allí hubieran llegado si no es por ella”. Dice san Buenaventura que a todos los que confían en la protección de María, se les abrirán las puertas del cielo para recibirlos. Por lo que san Efrén llama a la devoción a María la entrada del paraíso. Y el devoto Blosio, hablando con la Virgen, le dice:

“Señora, a ti te han entregado las llaves y los tesoros del reino bienaventurado”. Por eso debemos rezarle continuamente con las palabras de san Ambrosio: “Ábrenos, María, la puerta del paraíso, ya que tú conservas la llave, más aún, ya que tú eres la puerta como te llama la Iglesia: “Puerta del cielo”.

Por eso, además, la excelsa Madre es llamada por la Iglesia estrella de la mar: “¡Salve, estrella de los mares!” Porque así como los navegantes, dice santo Tomás, el Angélico, se orientan para llegar a puerto por medio de la estrella polar, así los cristianos se orientan para ir al paraíso por medio de María.

También, de modo semejante, la llama san Pedro Damiano “escala del cielo”, porque, dice el santo, por medio de María, Dios ha descendido a la tierra para que por medio de ella los hombres merecieran subir de la tierra hacia el cielo. Y a tal fin, Señora, le dice san Atanasio, has sido colmada de gracia, para que fueras el camino real de nuestra salvación y la salida hacia la patria celestial. San Bernardo llama a la Virgen vehículo que nos conduce al cielo. Y san Juan Geómetra la saluda así: “¡Salve, nobilísima carroza!”, en la cual sus devotos son conducidos al paraíso. De ahí que exclame san Buenaventura: “¡Bienaventurados los que te conocen, Madre de Dios!

Porque conocerte es el camino de la vida inmortal, y hablar de tus virtudes es la forma de llegar a la vida eterna”.

2. María es camino del cielo

Narran las crónicas franciscanas que fray León vio una escala roja, en lo alto de la cual estaba Jesucristo, y otra blanca al término de la cual estaba la Santa Madre. Y vio que algunos intentaban subir por la escala roja, subían algunos peldaños y rodaban abajo; volvían a intentarlo y volvían a caer. Se les exhortó a que intentaran subir por la escala blanca y, en efecto lo intentaron y subieron felizmente y con facilidad, porque la Virgen les ayudaba alargándoles la mano, y así llegaron seguros al paraíso. Pregunta san Dionisio Cartujano: "¿Quién se salvará? ¿Quién llegará a reinar en el cielo? Se salvan y reinan ciertamente en el cielo, responde él mismo, aquellos por los que esta Reina misericordiosa interponga sus plegarias". Esto lo afirma la misma Virgen María donde dice: "Por mi intercesión las almas reinan primero durante su vida en la tierra dominando sus pasiones, y después vienen a reinar eternamente en el cielo". Allí, dice san Agustín, todos son reyes: "Tantos reyes cuantos ciudadanos". María, en suma, dice Ricardo de San Lorenzo, es la soberana del paraíso, porque allí manda como quiere y allí introduce al que quiere. Por lo que, aplicándole las palabras sagradas: "En Jerusalén se halla mi poder" (Ecclo 24, 11), añade: "Es decir, mandando lo que quiero e introduciendo en el cielo a los que quiero". Y siendo ella la Madre del Señor del paraíso, con razón dice Ruperto, es natural que ella sea la Señora del paraíso.

Esta divina Madre, con sus poderosas plegarias y ayudas, con toda facilidad nos conseguirá el paraíso, si no le ponemos obstáculo. Por lo cual, aquel que sirve a María y por el que intercede María, está tan seguro del paraíso como si ya estuviera en él.

Servir a María, es ser de su corte, añade san Juan Damasceno, y es el honor más grande que podemos disfrutar; porque servir a María es ya reinar en el cielo, y vivir a sus órdenes en más que reinar. Por el contrario, los que no sirven a María no se salvarán; los que están privados de la ayuda de esta excelsa Madre, están abandonados del socorro de su Hijo y del de toda la corte celestial.

Sea por siempre alabada la bondad infinita de nuestro Dios, que ha dispuesto colocar en el cielo como nuestra abogada a María, para que ella, como madre del juez y madre de misericordia, con su intercesión absolutamente eficaz, trate el negocio de nuestra eterna salvación. El pensamiento es de san Bernardo: "Nuestra abogada nos precedió en la peregrinación, la cual, como madre del juez y madre de misericordia, tratará con súplicas eficaces el negocio de nuestra salvación". Y el monje Jacob, doctor entre los Padres Griegos, dice que Dios ha puesto a María como puente de salvación para que, permitiéndonos pasar sobre las olas del mundo, podamos llegar a la ribera feliz del paraíso. Por eso exclama san Buenaventura: "¡Oíd todos vosotros los que deseáis el paraíso: Servid y honrad a María y alcanzaréis con toda certeza, la vida eterna!" 3. María es esperanza cierta de salvación aun para el pecador Y no deben desconfiar de obtener el reino bienaventurado los que han merecido el infierno, si se dedican a servir con fidelidad a esta Reina. Cuántos pecadores, dice san Germán, han procurado encontrar a Dios por tu medio, oh María, y se han salvado.

Reflexiona Ricardo de San Lorenzo, que dice san Juan que María está coronada de doce estrellas (Ap 12, 1), mientras que en el Cantar de los Cantares se dice que la Virgen se halla entre los leones y leopardos: “Ven del Líbano, novia mía, ven desde el Líbano, vente. Otea... desde las guaridas de leones, desde los montes de leopardos” (Ct 4, 8).

Esto ¿cómo se entiende? Responde Ricardo que estas fieras son los pecadores que, con la ayuda e intercesión de María se transforman en estrellas del paraíso, que van mejor como una corona de esta Reina de misericordia, que todas las estrellas del firmamento. La sierva del Señor sor Serafina de Capri, mientras rezaba a la Santísima Virgen un día de la novena de la Asunción, le pidió la conversión de mil pecadores; mas temiendo que su petición fuera excesiva, se le apareció la Virgen y le quitó ese vano temor diciéndole: “¿Por qué temes? ¿Es que no soy tan poderosa como para obtener de mi Hijo la salvación de mil pecadores? Mira como ya te lo he conseguido”. Y la llevó en espíritu al paraíso, donde le mostró innumerables almas de pecadores que habían merecido el infierno, pero que por su intercesión se habían salvado y gozaban de la felicidad eterna.

Es verdad que mientras se vive en la tierra, nadie puede estar absolutamente seguro de su eterna salvación. A la pregunta de David a Dios: “Señor ¿quién habitará en tu santo monte?” (Sal 14, 1), responde san Buenaventura: “Sigamos, pecadores, las huellas de María, y postrémonos a sus sagradas plantas. Y abracémonos a ella hasta lograr merecer que nos bendiga”. Y es que su bendición nos asegura el paraíso. “Basta, Señora, dice san Anselmo, que quieras salvarnos y nos salvaremos”. Afirma san Antonio que las almas protegidas por María, se salvan necesariamente.

Con razón predijo la Santísima Virgen, dice san Ildefonso, que todas las generaciones la llamarían bienaventurada (Lc 1, 48), pues todos los elegidos obtienen la beatitud eterna por medio de María. Tú, oh Madre sublime, eres el principio, el medio y el fin de nuestra felicidad, dice san Metodio: Principio, porque María nos obtiene el perdón de los pecados; medio, porque nos obtiene la perseverancia en la gracia de Dios; y fin, porque ella finalmente, nos obtiene el paraíso. Por ti, sigue diciendo san Bernardo, se han abierto los cielos y se han vaciado los infiernos; por ti se ha restaurado el paraíso; por ti, en fin, se les ha dado la vida eterna a tantos que habían merecido la muerte eterna.

4. María mantiene sus promesas en favor de sus devotos

Debe animarnos a esperar con toda seguridad el paraíso, la hermosa promesa que hace la misma Virgen María a los que la honran y de modo especial a los que con la palabra y el ejemplo procuran darla a conocer y hacerla honrar de los demás. “Quien me obedece a mí, no queda avergonzado” (Ecclo 24, 22). ¡Felices, dice

san Buenaventura, los que conquistan el favor de María! Estos serán ya desde ahora, reconocidos como sus compañeros; y el que lleva el emblema de siervo de María, está ya registrado en el libro de la vida.

¿De qué sirve el inquietarse con las sentencias de las Escuelas sobre si la predestinación a la gloria es anterior o posterior a la previsión de los méritos? ¿Sobre si estamos o no inscritos en el libro de la vida? Si somos verdaderos siervos de María y contamos con su protección, de verdad que somos de los inscritos; porque, como dice san Juan Damasceno, Dios no concede la devoción a su Santísima Madre, sino a los que quiere salvar. Esto es lo que Dios mismo reveló por medio de san Juan: “Al vencedor le pondrá de columna en el santuario de mi Dios, y ya no saldrá jamás fuera; y grabaré en él el nombre de mi Dios y el de la Ciudad de mi Dios” (Ap 3, 12). ¿Quién es esta ciudad de Dios sino María, como explica san Gregorio, recordando el texto de David:

“Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios?” (Sal 86, 3).

Bien podemos decir con san Pablo: “Marcados con este sello, el Señor conoce a los que son suyos” (2Tm 2, 19). Quien lleva esta señal, la de ser devoto de María, es reconocido por Dios como suyo. Por lo que escribe Pelbarto que la devoción a la Madre de Dios es señal ciertísima de que se ha de conseguir la eterna salvación. Y el B. Alano, hablando del Ave María, dice que quien con frecuencia honra a la Virgen con el saludo del Ángel, tiene un indicio muy grande de que se ha de salvar.

Con más razón lo dice el rezo diario del santo Rosario: “Si saludas con perseverancia a las Santísima Virgen con el santo Rosario, tienes con ello un indicio sumamente grande de que vas a conseguir la eterna salvación”. Dice el P. Nieremberg en su libro del Amor y Afición a María, que los devotos de la Madre de Dios, no sólo son los más favorecidos y privilegiados por ella, sino que, también en el cielo serán mucho más ensalzados. Y añade que en el cielo tendrán alguna señal más particular y muy distinguida por la cual serán reconocidos como íntimos de la Virgen y de su cortejo especial, conforme al dicho de los Proverbios: “Todos los de su casa visten doble vestido” (Pr 3, 21).

Santa María Magdalena de Pazzi vio en medio del mar una nave en que iban todos los devotos de María, y ella, como seguro piloto la conducía en derechura al puerto. Con lo cual entendió la santa que, quienes viven bajo la protección de María, aún en medio de todos los peligros de la vida, se libran del naufragio del pecado y de la condenación, porque son guiados por ella al puerto del paraíso. Entremos en esta nave, cobijados bajo el manto de María, y estemos así seguros de alcanzar el reino bienaventurado como le canta la Iglesia: “En ti moran todos los bienaventurados, Santa Madre de Dios”. Todos los que han de participar de los gozos eternos habitan en ti, viviendo bajo tu protección.

EJEMPLO

María deleita con su canto a un monje

Narra Cesáreo que un monje cisterciense, muy devoto de la Madre de Dios, tenía un deseo muy grande de ver a su amada Señora, y se lo estaba pidiendo constantemente.

Una noche, en el jardín, mientras contemplaba el firmamento y dirigía encendidos suspiros a su Reina por el deseo de verla, de pronto vio venir del cielo una virgen bella y nimbada de luz que le dijo: "Tomás ¿quieres oír mi canto?" "Claro que sí", le respondió. Entonces la virgen cantó con tanta dulzura que el religioso se sentía transportado al paraíso. Terminado el canto, desapareció dejándolo con grandes deseos de saber quién se le había aparecido. Y de pronto siente que se le aparece otra virgen más bella todavía que también le hizo oír su canto. No pudiendo contenerse, le preguntó quién era, y la virgen le respondió: "La que viste primero, es Catalina, y yo soy Inés; las dos mártires de Jesucristo, y hemos sido mandadas por nuestra Señora para consolarte". Y dicho esto, desapareció. Con todo esto, el religioso quedó con más esperanzas de ver finalmente a su Reina. No se equivocó, pues poco después vio un gran resplandor y que el corazón se le inundaba de no

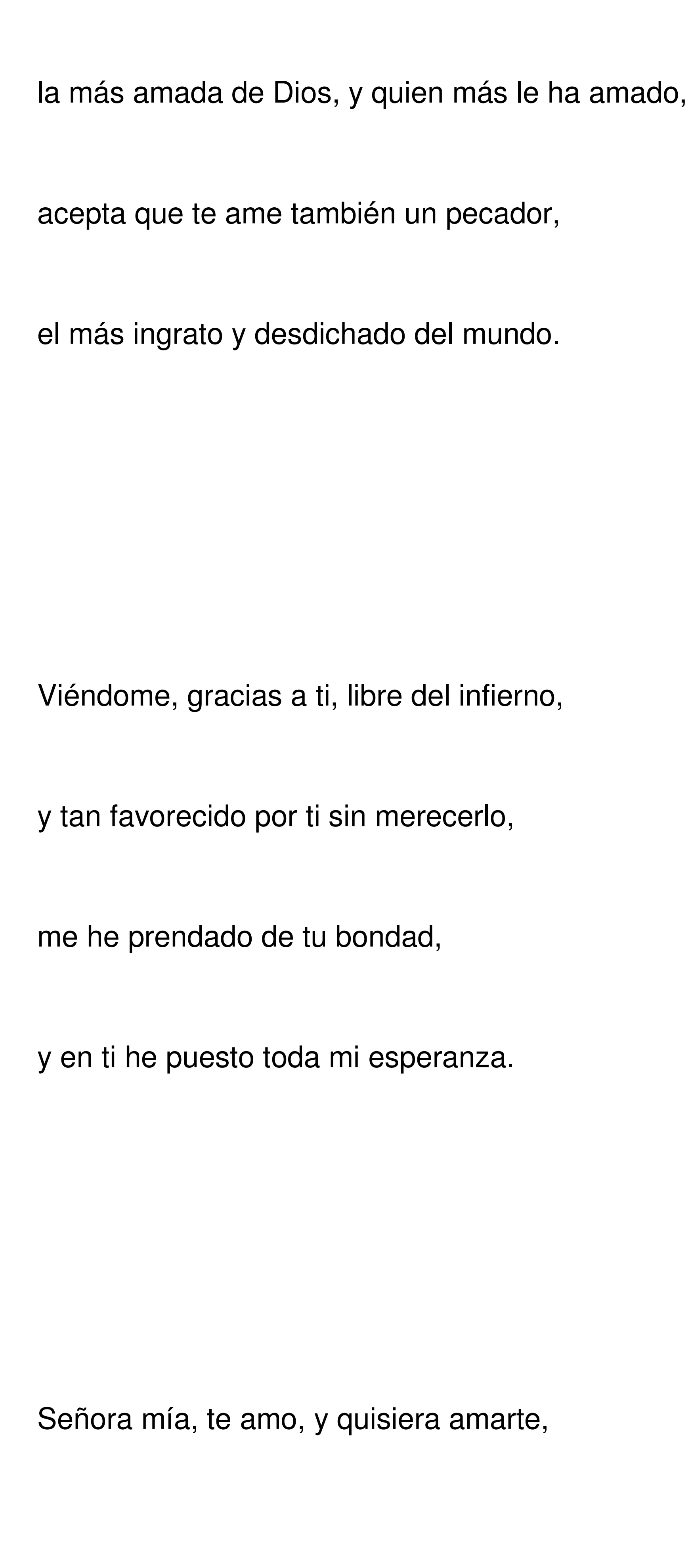
conocida alegría, y he aquí que, en medio de aquella luz, ve a la Madre de Dios circundada de ángeles, con una belleza incomparablemente superior a la de las santas anteriores. Ella le dijo: “Querido siervo e hijo mío, yo te agradezco la devoción que me tienes; y quiero hacerte oír mi canto”. Y

la Virgen inició una tan bella melodía que el devoto religioso perdió el sentido cayendo rostro en tierra. Tocaron a maitines, se reunieron los monjes, y no viendo a Tomás, fueron a buscarlo a la celda y otros lugares, y al fin lo encontraron en el jardín, desmayado. El abad le mandó por obediencia que declarara qué le había sucedido; y el religioso, vuelto en sí a la voz de la obediencia, contó todos los favores que le había hecho la Madre de Dios.

ORACIÓN PIDIENDO A MARÍA EL DON DE AMARLA

Reina del paraíso y Madre del santo amor,

ya que eres la criatura más amable,



la más amada de Dios, y quien más le ha amado,

acepta que te ame también un pecador,

el más ingrato y desdichado del mundo.

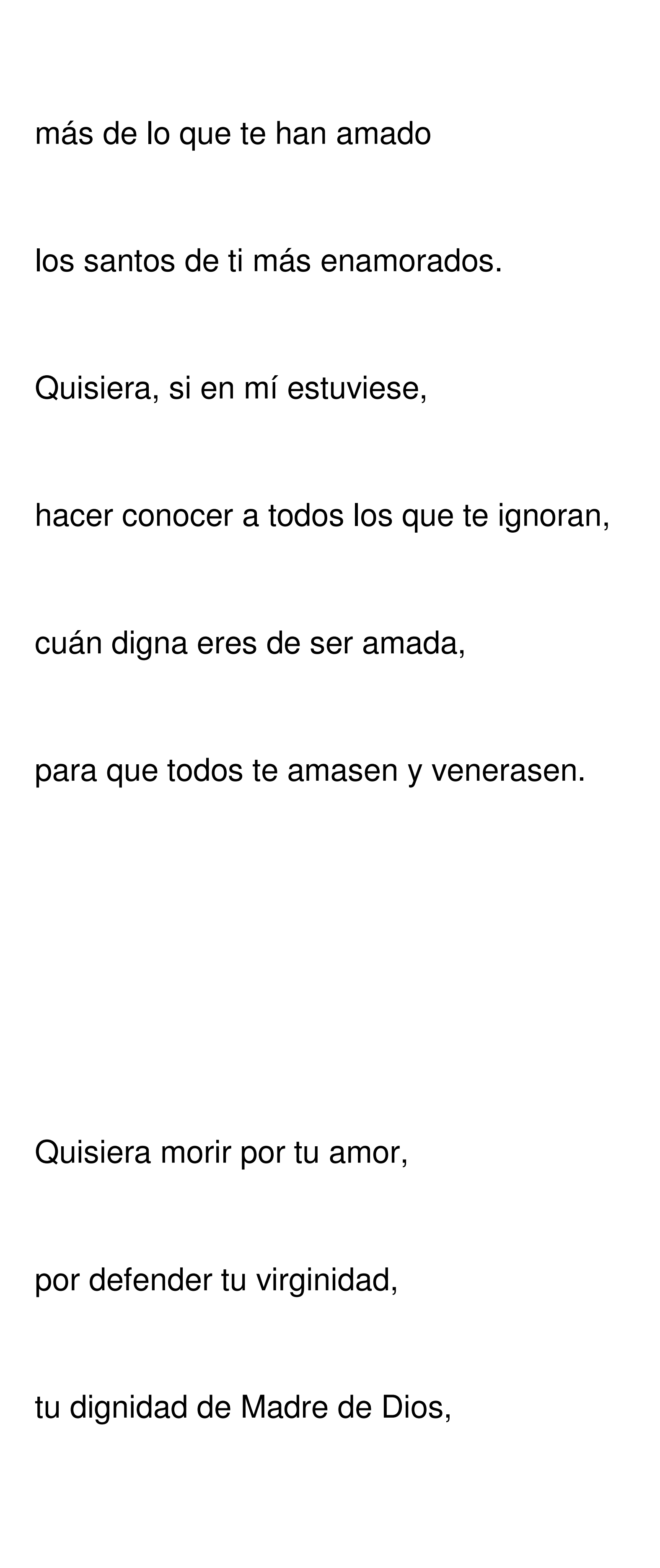
Viéndome, gracias a ti, libre del infierno,

y tan favorecido por ti sin merecerlo,

me he prendado de tu bondad,

y en ti he puesto toda mi esperanza.

Señora mía, te amo, y quisiera amarte,



más de lo que te han amado

los santos de ti más enamorados.

Quisiera, si en mí estuviese,

hacer conocer a todos los que te ignoran,

cuán digna eres de ser amada,

para que todos te amasen y venerasen.

Quisiera morir por tu amor,

por defender tu virginidad,

tu dignidad de Madre de Dios,

tu Inmaculada Concepción,

si por defender estos privilegios,

fuera preciso dar la vida.

Amada Madre mía, recibe mis afectos,

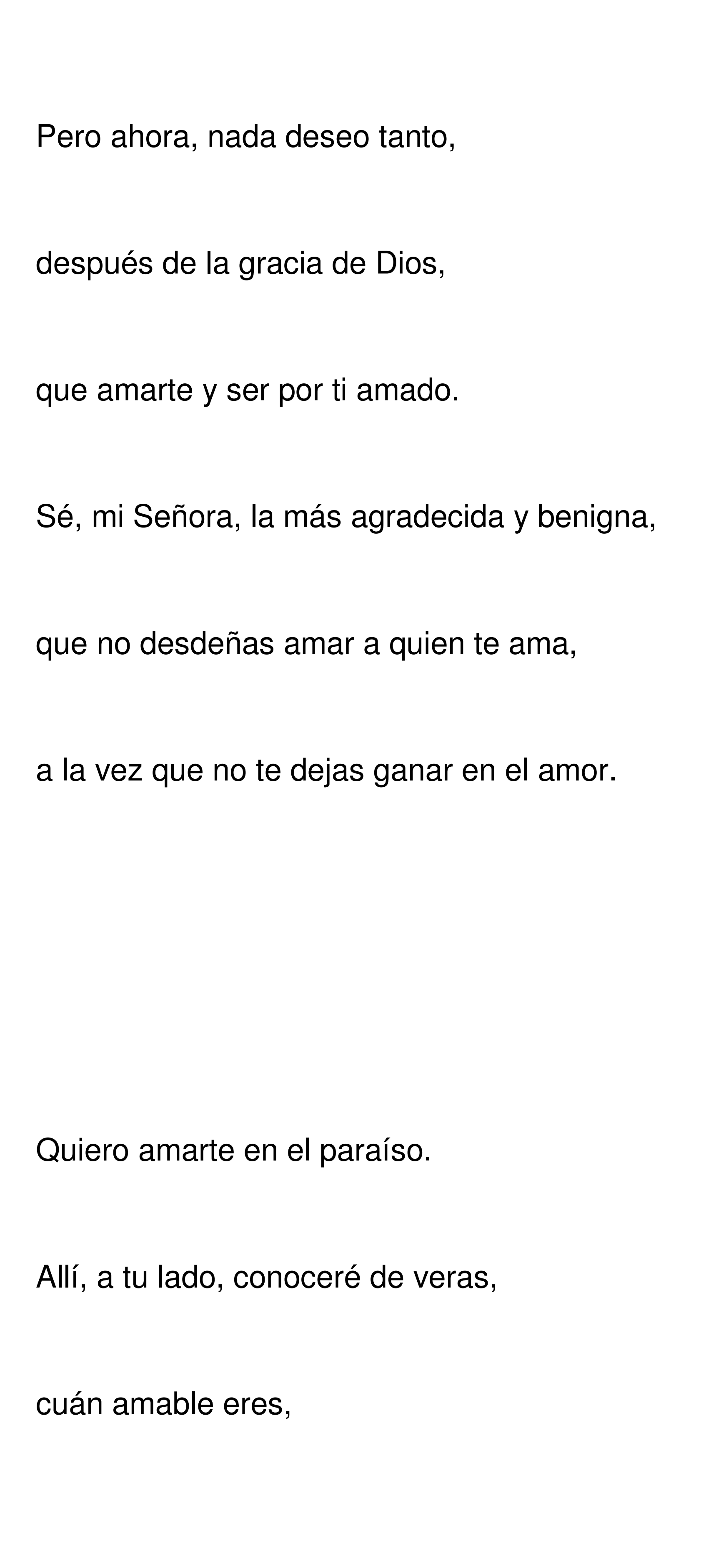
y no permitas que un siervo que te ama,

vaya a ser enemigo del Dios que tanto quieres.

Así fui yo que ofendí a mi Señor.

Pero entonces, María, no te amaba,

y poco me importaba ser amado de ti.



Pero ahora, nada deseo tanto,

después de la gracia de Dios,

que amarte y ser por ti amado.

Sé, mi Señora, la más agradecida y benigna,

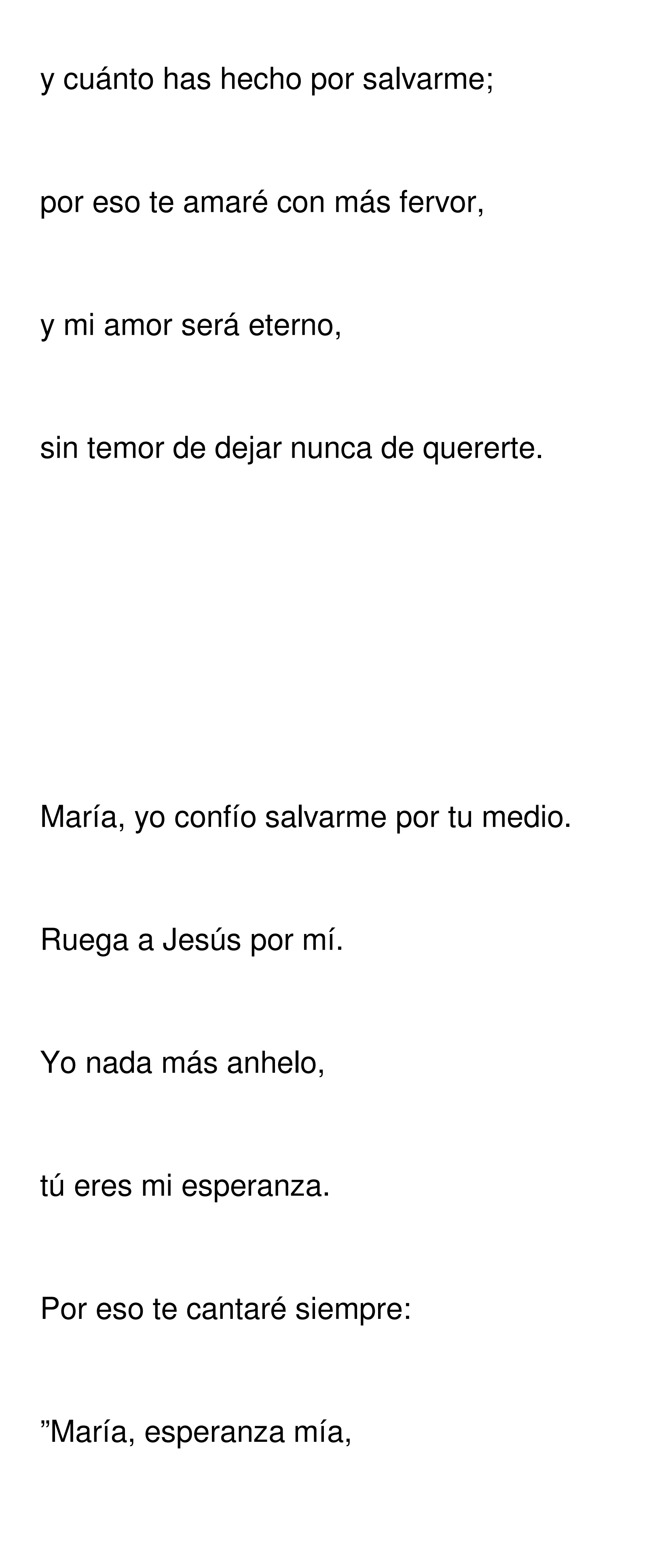
que no desdeñas amar a quien te ama,

a la vez que no te dejas ganar en el amor.

Quiero amarte en el paraíso.

Allí, a tu lado, conoceré de veras,

cuán amable eres,



y cuánto has hecho por salvarme;

por eso te amaré con más fervor,

y mi amor será eterno,

sin temor de dejar nunca de quererte.

María, yo confío salvarme por tu medio.

Ruega a Jesús por mí.

Yo nada más anhelo,

tú eres mi esperanza.

Por eso te cantaré siempre:

”María, esperanza mía,

tú me tienes que salvar”.

Capítulo IX

BONDAD Y CLEMENCIA DE MARÍA

Oh clementísima, oh piadosa

Cuán grande es la clemencia y piedad de María

1. María es la misma bondad para todos

Al hablar san Bernardo de la piedad que tiene María para con los más necesitados, dice que ella es con verdad, la tierra prometida de Dios, de la que mana leche y miel. Dice san León que la Virgen está dotada de tales entrañas de misericordia, que no sólo merece ser llamada misericordiosa, sino la misma misericordia. Y san Buenaventura, considerando que María ha sido constituida Madre de Dios para favorecer a los necesitados, y que a ella le está confiado el oficio de la misericordia; y contemplando, por otra parte, que ella tiene sumo cuidado de todos los necesitados, por lo que es tan rica en piedad, que parece no tiene otro deseo que el de aliviar las necesidades decía que cuando contemplaba a María, se le olvidaba la justicia divina y sólo veía la divina misericordia de la que María está llena. Estas son sus tiernas palabras: “De veras, Señora, cuando te contemplo, no veo más que misericordia, pues para los necesitados has sido hecha Madre de Dios y se te ha confiado el oficio de compadecer. Por eso se te ve solícita hacia ellos, estás circundada de misericordia, parece que sólo eres feliz ejerciendo la misericordia”.

Es tanta la piedad de María, como dice al abad Guérrico, que sus entrañas tan amorosas, no saben, ni por un momento, dejar de producir frutos de piedad para nosotros. Dice san Bernardo: "Y ¿qué otra cosa puede manar una fuente de piedad sino piedad?" Por lo mismo, María es comparada al olivo: "Como olivo hermoso en los campos" (Ecclo 24, 19). Pues así como el olivo no da más que aceite, imagen de la misericordia, así, de las manos de María no salen más que gracias y misericordias. Por lo que María, justamente puede llamarse, dice el P. Luis de la Puente, la madre del aceite, es decir, la Madre de la misericordia. Al recurrir nosotros a esta Madre para pedirle el óleo de su piedad, no hay que temer que nos lo niegue, como se lo negaron las vírgenes prudentes a las necias, cuando les dijeron: "No sea que no alcance ni para nosotras, ni para vosotras" (Mt 25, 9). De ninguna manera, porque ella es muy rica de este óleo de misericordia, como lo advierte san Buenaventura. Que también por eso la llama la Iglesia, no sólo Virgen prudente, sino prudentísima, para que entendamos, dice Hugo de San Víctor, que María está llena de gracia y de piedad, que le basta para proveer a todos, sin que a ella le falte.

Pero pregunto yo: ¿Por qué se dice que este hermoso olivo está en medio del campo, y no más bien en un huerto tapiado o con cerca de espinos? A esto responde el cardenal Hugo: Para que todos puedan contemplar a María fácilmente y sin problemas acudir a ella para obtener remedio en sus necesidades. Este bello pensamiento lo confirma san Antonino, diciendo que, como un olivo que está en campo abierto, así todos pueden acudir a ella, ya sean justos o pecadores, para obtener su misericordia. Y añade además: ¡Cuántas sentencias condenatorias ha sabido hacer revocar esta

Virgen Santísima, con sus piadosos ruegos en favor de los pecadores que a ella han recurrido!

"Y ¿qué otro refugio más seguro –dice el devoto Tomás de Kempis– podemos encontrar, que el seno piadoso de María? Allí el pobre encuentra su asilo, el enfermo su medicina, el afligido su consuelo, el que duda consejo, y el desamparado su socorro".

¡Pobres de nosotros, si no tuviéramos esta Madre de misericordia, tan atenta y solícita para socorrernos en todas nuestras miserias! "Donde no hay una mujer, gime el hombre a la deriva" (Ecclo 36, 25). Donde falta la mujer, dice el Espíritu Santo, gime y sufre el enfermo. Esta mujer, dice san Juan Damasceno, es realmente María y, donde falte esta santísima Mujer, gime el enfermo. Sí, pues queriendo Dios que todos los dones se dispensen gracias a las plegarias de María, si éstas llegaran a faltar, no habría esperanza de misericordia, como lo indicó el Señor a santa Brígida.

2. María conoce nuestra necesidad y la remedia

¿Cómo temer que María no acuda a compadecerse de nuestras miserias? No, que ella, mejor que nosotros, ve nuestras miserias y las compadece. Dice san Antonino: ¿Quién, entre todos los santos se compadece de nuestros males como María? Donde ve alguna miseria, allí acude presurosa para socorrer con gran piedad. Así lo dice Ricardo de San Víctor. Lo afirma también Mendoza: Oh Virgen bendita, tú dispensas con larga mano tus misericordias, allí donde descubres una necesidad. Y nunca dejará este oficio de buena Madre, como ella misma lo afirma: “Por los siglos subsistiré. En la Tierra santa, en su presencia, he ejercido el ministerio... Y en Jerusalén se halla mi poder” (Ecclo 24, 9-11). Comenta el cardenal Hugo: “Hasta el siglo futuro, es decir, hasta que lleguen a ser bienaventurados, no dejaré de socorrer a los hombres en sus miserias, y de rogar por la conversión de los pecadores”.

Refiere Suetonio que el emperador Tito estaba tan ansioso de conceder favores a quien se los pedía, que el día en que no había hecho alguno, decía con tristeza: “He perdido el día” porque lo he pasado sin favorecer a nadie. Probablemente esto lo decía Tito, más por vanidad y afán de ser estimado, que por verdadera caridad. Pero nuestra emperatriz María, si por un imposible pasara un día sin socorrer a alguno, lo sentiría muchísimo; porque está llena de caridad y del deseo de hacernos bien. De modo que, como dice Bernardino de Bustos, ella tiene más ansia de darnos gracias, que nosotros de recibirlas de ella. Por lo que añade que, cuando a ella acudimos, siempre la encontraremos con las manos llenas de misericordia y liberalidad.

Ya fue Rebeca figura de María, la cual, cuando el siervo de Abrahán le pidió agua para beber, le respondió que, no sólo para él, sino también para sus camellos sacaría del pozo agua suficiente, para que todos bebiesen (Gn 24, 19). Y el devoto san Bernardo, vuelto hacia la Virgen, le dice: “Señora, no sólo al siervo de Abrahán sino también para sus camellos dales de tu vasija sobreabundante”; como si dijera: Señora tú eres más piadosa y generosa que Rebeca, y por eso, no te contentas con dispensar las gracias de tu misericordia sólo a los siervos de Abrahán, que representan a los fieles siervos de Dios, sino que las dispensas también a los camellos, figura de los pecadores. Y como Rebeca dio más de lo que se le pedía, así y mejor, María da más de lo que se le solicita.

La liberalidad de María, dice Ricardo de San Lorenzo, se asemeja a la liberalidad de su Hijo, que otorga siempre más de lo que se le pide; que por eso lo llama san Pablo “rico para todos los que lo invocan” (Rm 10, 12). Por esto le dice a la Virgen un devoto autor: “Señora, ruega por mí, porque tú pedirás para mí las gracias con mayor devoción de la que sabría tener yo; y me conseguirás de Dios gracias muy superiores a las que yo pudiera pedir”.

3. María es bondadosa, sobre todo, con los pecadores

Cuando los samaritanos rehusaron recibir a Jesucristo y su doctrina, dijeron Santiago y san Juan a su Maestro: “¿Quieres, Señor, que mandemos fuego del cielo que los devore?” Pero el Salvador les respondió: “No sabéis a qué espíritu pertenecéis” (Lc 9, 55). Como si dijera: Yo soy piadoso y dulce, por lo que he bajado del cielo para salvar a los pecadores, no para castigarlos; y ¿vosotros queréis verlos condenados? ¿Qué fuego? ¿Qué castigo? Callad, no me habléis de castigos, que ése no es mi espíritu. De igual modo María, que tiene el alma del todo semejante a la de su Hijo, estamos seguros que está siempre inclinada a tener misericordia, porque, como dice santa Brígida es llamada la Madre de la misericordia; y la misma misericordia de Dios la hace tan piadosa y dulce para con todos. Por eso a María la vio san Juan, vestida del sol:

“Apareció una señal grande en el cielo, una mujer vestida de sol” (Ap 12, 1). Sobre lo cual, dice san Bernardo dirigiéndose a la Virgen: “Vistes al sol y con él te vistes”. Has vestido al sol, al Verbo de Dios, con carne humana; mas él te ha vestido a ti con su poder y misericordia.

Es tan piadosa y benigna esta Reina, que, al decir de san Bernardo, cuando se le acerca un pecador para encomendarse a su piedad, no se pone a examinar sus méritos, ni si es digno o no de ser oído, sino que sin más lo atiende y lo socorre. Por lo cual, reflexiona san Ildeberto, que está bien decir de María que es bella como la luna (Ct 6, 9); porque como la luna ilumina y beneficia los cuerpos más humildes de la tierra, así María ilumina a los pecadores más indignos. “Hermosa como la luna, porque es hermoso hacer beneficios a los indignos”, dice san Ildefonso. Y aunque la luna toma toda su luz del sol, actúa antes que el sol, piensa un autor. También dice san Anselmo:

“Más pronto se consigue, a veces, nuestra salvación invocando el nombre de María, que invocando el nombre de Jesús”. Por eso nos exhorta Hugo de San Víctor, para que, si nuestros pecados nos hacen temer el acercarnos a Dios, porque él es la majestad infinita que hemos ofendido, no temamos sin embargo recurrir a María, porque en ella nada encontraremos que nos asuste. Es verdad que ella es santa e inmaculada, que es la Reina del mundo y la Madre de Dios; pero al mismo tiempo es de nuestra carne, hija de Adán como nosotros.

Finalmente, dice san Bernardo, todo lo que hay en María respira gracia y piedad, porque ella, como Madre de piedad, es toda para todos, y por su gran caridad, se pone a disposición de todos, justos y pecadores; y abre el seno de su misericordia para que todos gocen de su plenitud. Y si el demonio, como dice san Pedro, “anda siempre merodeando, buscando a quién devorar” (1P 5, 8), todo lo contrario, dice Bernardino de Bustos, es lo que hace María, que “anda siempre buscando cómo dar la vida y salvar a todos los que pueda”.

4. María esmera su atención hacia los más alejados de Dios

Debemos persuadirnos de que la protección de María es más grande y poderosa de lo que nos podemos imaginar, como dice san Germán. ¿Por qué el Señor, que en la antigua ley era tan riguroso en el castigar, ahora tiene tanta misericordia aun con los reos de los

mayores pecados?, pregunta Pelbarto; y responde: Se porta así por los méritos y por el amor de María. Dice san Fulgencio: ¡Cuánto hace que hubiera sido aniquilado el mundo, si María no lo hubiera sostenido con su intercesión! Mas nosotros, dice Arnoldo de Chartres, podemos acercarnos a Dios en espera de todos los bienes, porque el Hijo es nuestro mediador ante Dios Padre y la Madre ante el Hijo.

¿Cómo no va a escuchar el Padre a su Hijo cuando le presenta las llagas que ha recibido por salvar a los pecadores? Y ¿cómo el Hijo no va a atender a la Madre cuando le recuerda que lo ha alimentado a sus pechos virginales? Dice san Pedro Crisólogo con hermosa y firme expresión, que esta humilde doncella, habiendo alojado a Dios en su seno, exige como pensión del hospedaje, la paz del mundo, la salvación de los que andan perdidos y la vida de los muertos.

Dice el abad de Celles: ¡Cuántos que merecían ser condenados por la divina justicia, se han salvado por la piedad de María! Es que ella es el tesoro de Dios y la tesorera de todas las gracias, por lo que nuestra salvación está en sus manos. Por eso recurramos siempre a esta maravillosa Madre que es todo piedad, y estemos del todo seguros de salvarnos gracias a su intercesión, ya que ella –así nos anima Bernardino de Bustos– es nuestra salvación, nuestra vida, nuestra consejera, nuestro refugio y nuestra ayuda.

María, es precisamente, dice san Agustín, aquel trono de la gracia, al que nos exhorta el apóstol que recurramos con confianza para obtener la divina misericordia y hallar la gracia para una ayuda oportuna (Hb 4, 16). Al trono de la gracia, comenta san Antonio, es decir, a María. Por esto santa Catalina de Siena llamaba a María administradora de la misericordia divina.

Concluyamos ya, con la bella y dulce exclamación de san Bernardo, comentando las palabras: “Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen María: Oh María, tú eres clemente con los miserables, piadosa con los que te ruegan, dulce con los que te aman; clemente con los penitentes, piadosa con los que progresan, dulce con los perfectos. Te manifiestas clemente al librarnos de los castigos, piadosa al otorgarnos las gracias, y dulce dándote al que te busca”.

EJEMPLO

Protección de María a una devota suya

Refiere el P. Carlos Bovio que en Dormans, Francia, vivía un casado que andaba en tratos deshonestos con otra mujer. Su

esposa, no pudiendo soportarlo, no hacía más que pedir a Dios que los castigase. En especial un día en una iglesia, ante el altar de la Santísima Virgen, se puso a pedir venganza contra la mujer que le robaba el marido.

Precisamente ante esta imagen iba todos los días, a rezarle un Ave María, la otra mujer pecadora.

Una noche, en sueños, se le presentó a la esposa, la Madre de Dios. Al verla comenzó con la cantinela de siempre: "Justicia, Madre de Dios, justicia". La Virgen le respondió:

"¿Justicia? ¿A mí me pides justicia? Busca otro que te la haga, que yo no puedo. Has de saber, que esa pecadora todos los días me dirige una oración tan de mi agrado que no puedo consentir que quien así me reza sufra o sea castigado por sus pecados".

Por la mañana, fue la esposa a la Santa Misa en aquella iglesia de la Virgen; y al salir, se encontró con la amiga de su marido; al verla comenzó a injuriarla, diciéndole entre otras cosas que era una hechicera, que con sus encantamientos había llegado a encantar a la Virgen Santísima. "¡Calla! ¿Qué dices?", le decía la gente. "¿Cómo me voy a callar? –les respondía ella–, lo que digo es la pura verdad. Se me ha aparecido la Señora y, al pedirle yo que me hiciera justicia, me ha respondido que no me la podía hacer por un saludo especial que esta malvada le recita todos los días". Le preguntaron cuál era el saludo que le recitaba a la Madre de Dios

todos los días. Ella respondió que era el Ave María. Pero al darse cuenta que por aquella pequeña devoción se mostraba la Virgen tan misericordiosa, fue enseguida a postrarse a los pies de aquella santa imagen, y allí mismo, pidiendo perdón a todos, hizo voto de perpetua castidad.

Además se hizo un hábito de monja y se fabricó una pequeña habitación cerca de la iglesia, donde se recluyó y perseveró en continua penitencia hasta la muerte.

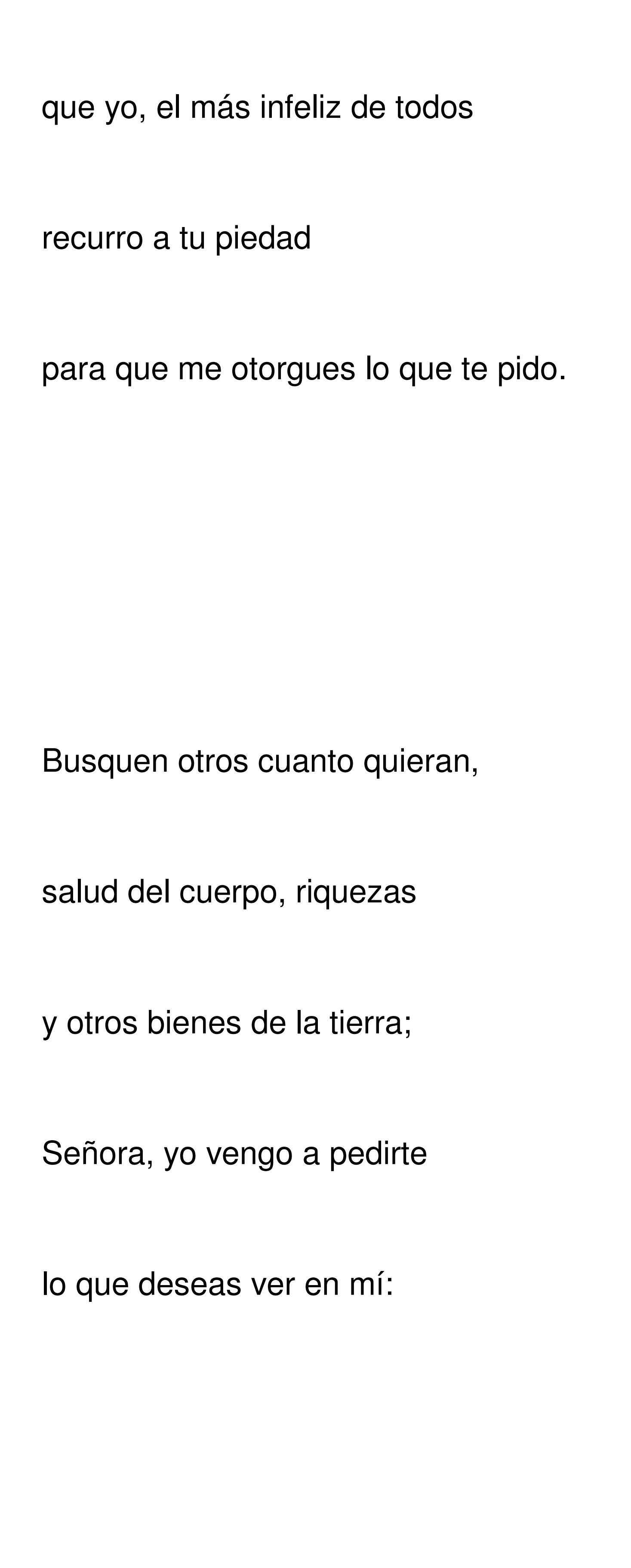
ORACIÓN PIDIENDO LOS DONES DE DIOS

Madre de misericordia, eres tan piadosa,

tienes tan gran deseo

de hacernos bien a los necesitados,

y dejarnos contentos cuando te suplicamos,



que yo, el más infeliz de todos

recurro a tu piedad

para que me otorgues lo que te pido.

Busquen otros cuanto quieran,

salud del cuerpo, riquezas

y otros bienes de la tierra;

Señora, yo vengo a pedirte

lo que deseas ver en mí:

Tú que fuiste tan humilde,

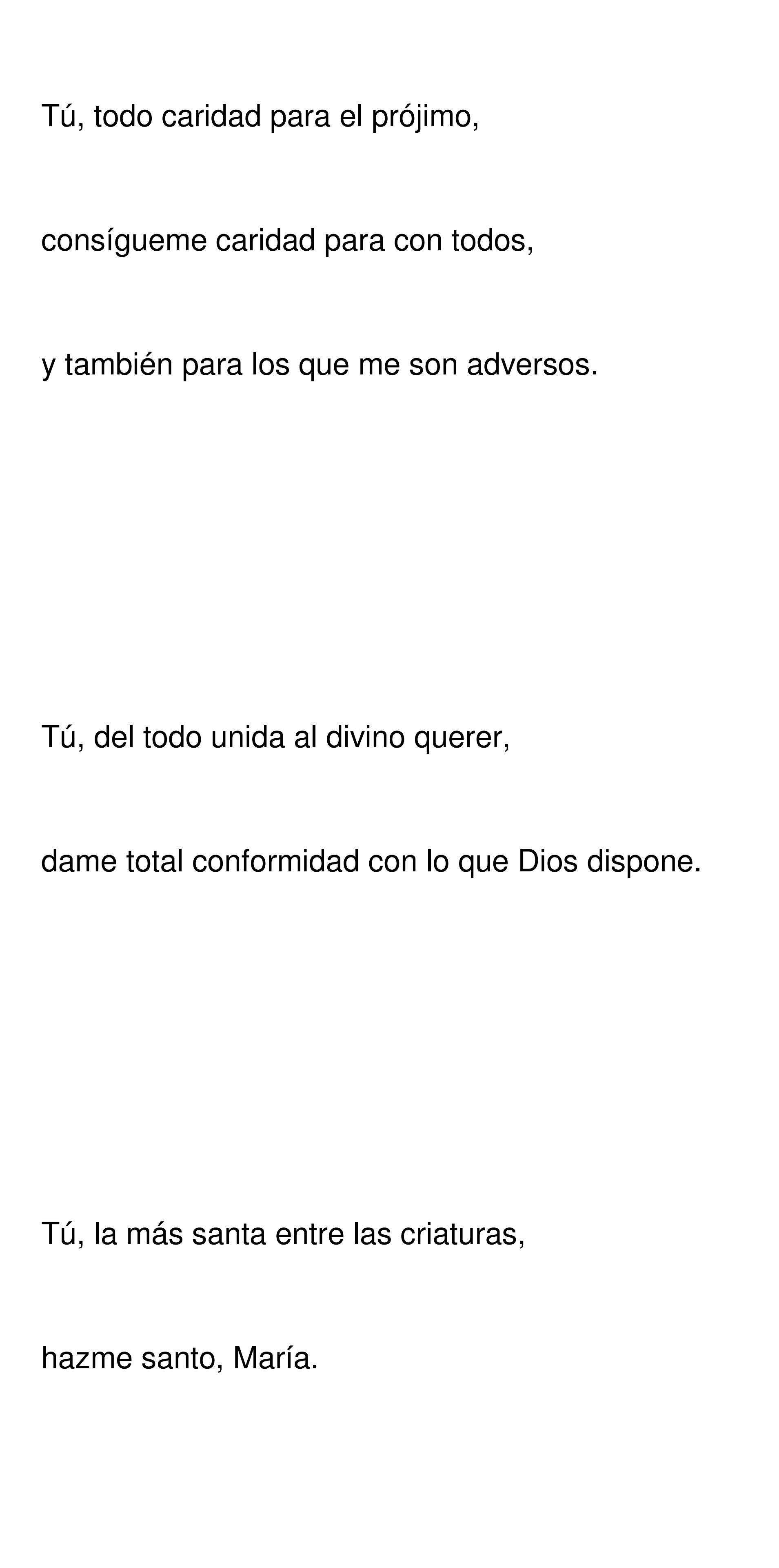
dame humildad y saber aceptar los desprecios.

Tú, tan sufrida en los trabajos,

hazme paciente en las adversidades.

Tú, tan llena de amor de Dios,

obtenme el amor puro y santo.



Tú, todo caridad para el prójimo,

consígueme caridad para con todos,

y también para los que me son adversos.

Tú, del todo unida al divino querer,

dame total conformidad con lo que Dios dispone.

Tú, la más santa entre las criaturas,

hazme santo, María.

Nunca te falta el amor,

y todo me lo puedes y quieres obtener.

Sólo me puede impedir

que yo reciba tu gracia,

o mi olvido de suplicarte,

o mi poca confianza en tu intercesión.

Pero el recurrir a ti,

y el hacerlo con total confianza,

tú misma me lo tienes que otorgar.

Estas dos gracias supremas,

son las que ahora quiero y te pido,

las que espero, con certeza, alcanzar por ti,

María, Madre y esperanza mía,

mi amor, mi vida, mi refugio,

mi ayudadora y consoladora. Amén.

Capítulo X

EL NOMBRE DE MARÍA

Oh dulce, Virgen María

El nombre de María es dulce en la vida y en la muerte

1. María, nombre santo

El augusto nombre de María, dado a la Madre de Dios, no fue cosa terrenal, ni inventado por la mente humana o elegido por decisión humana, como sucede con todos los demás nombres que se imponen. Este nombre fue elegido por el cielo y se le impuso por

divina disposición, como lo atestiguan san Jerónimo, san Epifanio, san Antonino y otros. “Del Tesoro de la divinidad –dice Ricardo de San Lorenzo– salió el nombre de María”. De él salió tu excelso nombre; porque las tres divinas personas, prosigue diciendo, te dieron ese nombre, superior a cualquier nombre, fuera del nombre de tu Hijo, y lo enriquecieron con tan grande poder y majestad, que al ser pronunciado tu nombre, quieren que, por reverenciarlo, todos doblen la rodilla, en el cielo, en la tierra y en el infierno. Pero entre otras prerrogativas que el Señor concedió al nombre de María, veamos cuán dulce lo ha hecho para los siervos de esta santísima Señora, tanto durante la vida como en la hora de la muerte.

2. María, nombre lleno de dulzura

En cuanto a lo primero, durante la vida, “el santo nombre de María –dice el monje Honorio– está lleno de divina dulzura”. De modo que el glorioso san Antonio de Papua, reconocía en el nombre de María la misma dulzura que san Bernardo en el nombre de Jesús. “El nombre de Jesús”, decía éste; “el nombre de María”, decía aquél, “es alegría para el corazón, miel en los labios y melodía para el oído de sus devotos”. Se cuenta del V. Juvenal Ancina, obispo de Saluzzo, que al pronunciar el nombre de María experimentaba una dulzura sensible tan grande, que se relamía los labios. También se

refiere que una señora en la ciudad de colonia le dijo al obispo Marsilio que cuando pronunciaba el nombre de María, sentía un sabor más dulce que el de la miel. Y, tomando el obispo la misma costumbre, también experimentó la misma dulzura. Se lee en el Cantar de los Cantares que, en la Asunción de María, los ángeles preguntaron por tres veces: “¿Quién es ésta que sube del desierto como columnita de humo? ¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente? ¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias?” (Ct 3, 6; 6, 9; 8, 5). Pregunta Ricardo de San Lorenzo: “¿Por qué los ángeles preguntan tantas veces el nombre de esta Reina?” Y él mismo responde: “Era tan dulce para los ángeles oír pronunciar el nombre de María, que por eso hacen tantas preguntas”.

Pero no quiero hablar de esta dulzura sensible, porque no se concede a todos de manera ordinaria; quiero hablar de la dulzura saludable, consuelo, amor, alegría, confianza y fortaleza que da este nombre de María a los que lo pronuncian con fervor.

3. María, nombre que alegra e inspira amor

Dice el abad Francón que, después del sagrado nombre de Jesús, el nombre de María es tan rico de bienes, que ni en la tierra ni en el cielo resuena ningún nombre del que las almas devotas reciban tanta gracia de esperanza y de dulzura. El nombre de María –prosigue diciendo– contiene en sí un no sé qué de admirable, de dulce y de divino, que cuando es conveniente para los corazones que lo aman, produce en ellos un aroma de santa suavidad. Y la maravilla de este nombre –concluye el mismo autor– consiste en que aunque lo oigan mil veces los que aman a María, siempre les suena como nuevo, experimentando siempre la misma dulzura al oírlo pronunciar.

Hablando también de esta dulzura el B. Enrique Susón, decía que nombrando a María, sentía elevarse su confianza e inflamarse en amor con tanta dicha, que entre el gozo y las lágrimas, mientras pronunciaba el nombre amado, sentía como si se le fuera a salir del pecho el corazón; y decía que este nombre se le derretía en el alma como panal de miel. Por eso exclamaba: “¡Oh nombre suavísimo! Oh María ¿cómo serás tú misma si tu solo nombre es amable y gracioso!”

Contemplando a su buena Madre el enamorado san Bernardo le dice con ternura: “¡Oh excelsa, oh piadosa, oh digna de toda alabanza Santísima Virgen María, tu nombre es tan dulce y amable, que no se puede nombrar sin que el que lo nombra no se inflame de amor a ti y a Dios; y sólo con pensar en él, los que te aman se sienten más consolados y más inflamados en ansias de amarte”. Dice Ricardo de San Lorenzo: “Si las riquezas consuelan a los

pobres porque les sacan de la miseria, cuánto más tu nombre, oh María, mucho mejor que las riquezas de la tierra, nos alivia de las tristezas de la vida presente”.

Tu nombre, oh Madre de Dios –como dice san Metodio– está lleno de gracias y de bendiciones divinas. De modo que –como dice san Buenaventura– no se puede pronunciar tu nombre sin que aporte alguna gracia al que devotamente lo invoca.

Búsquese un corazón empedernido lo más que se pueda imaginar y del todo desesperado; si éste te nombra, oh benignísima Virgen, es tal el poder de tu nombre –dice el Idiota– que él ablandará su dureza, porque eres la que conforta a los pecadores con la esperanza del perdón y de la gracia. Tu dulcísimo nombre –le dice san Ambrosio– es ungüento perfumado con aroma de gracia divina. Y el santo le ruega a la Madre de Dios diciéndole: “Descienda a lo íntimo de nuestras almas este ungüento de salvación”. Que es como decir: Haz Señora, que nos acordemos de nombrarte con frecuencia, llenos de amor y confianza, ya que nombrarte así es señal o de que ya se posee la gracia de Dios, o de que pronto se ha de recobrar.

Sí, porque recordar tu nombre, María, consuela al afligido, pone en camino de salvación al que de él se había apartado, y conforta a los pecadores para que no se entreguen a la desesperación; así piensa Landolfo de Sajonia. Y dice el P. Pelbarto que como Jesucristo con sus cinco llagas ha aportado al mundo el remedio de sus males, así,

de modo parecido, María, con su nombre santísimo compuesto de cinco letras, confiere todos los días el perdón a los pecadores.

4. María, nombre que da fortaleza

Por eso, en los Sagrados cantares, el santo nombre de María es comparado al óleo:

“Como aceite derramado es tu nombre” (Ct 1, 2). Comenta así este pasaje el B. Alano:

“Su nombre glorioso es comparado al aceite derramado porque, así como el aceite sana a los enfermos, esparce fragancia, y alimenta la lámpara, así también el nombre de María, sana a los pecadores, recrea el corazón y lo inflama en el divino amor”. Por lo cual Ricardo de San Lorenzo anima a los pecadores a recurrir a este sublime nombre, porque eso sólo bastará para curarlos de todos sus males, pues no hay enfermedad tan maligna que no ceda al instante ante el poder del nombre de María”.

Por el contrario los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal manera a la Reina del cielo, que al oír su nombre, huyen de aquel que lo nombra como de fuego que los abrasara. La misma Virgen reveló a santa Brígida, que no hay pecador tan frío en el divino amor, que invocando su santo nombre con propósito de convertirse, no consiga que el demonio se aleje de él al instante. Y otra vez le declaró que todos los demonios sienten tal respeto y pavor a su nombre que en cuanto lo oyen pronunciar al punto sueltan al alma que tenían aprisionada entre sus garras.

Y así como se alejan de los pecadores los ángeles rebeldes al oír invocar el nombre de María, lo mismo –dijo la Señora a santa Brígida– acuden numerosos los ángeles buenos a las almas justas que devotamente la invocan.

Atestigua san Germán que como el respirar es señal de vida, así invocar con frecuencia el nombre de María es señal o de que se vive en gracia de Dios o de que pronto se conseguirá; porque este nombre poderoso tiene fuerza para conseguir la vida de la gracia a quien devotamente lo invoca. En suma, este admirable nombre, añade Ricardo de San Lorenzo es, como torre fortísima en que se verán libres de la muerte eterna, los pecadores que en él se refugien; por muy perdidos que hubieran sido, con ese nombre se verán defendidos y salvados.

Torre defensiva que no sólo libra a los pecadores del castigo, sino que defiende también a los justos de los asaltos del infierno. Así lo asegura el mismo Ricardo, que después del nombre de Jesús, no hay nombre que tanto ayude y que tanto sirva para la salvación de los hombres, como este incomparable nombre de María. Es cosa sabida y lo experimentan a diario los devotos de María, que este nombre formidable da fuerza para vencer todas las tentaciones contra la castidad. Reflexiona el mismo autor considerando las palabras del Evangelio: “Y el nombre de la Virgen era María” (Lc 1, 27), y dice que estos dos nombres de María y de Virgen los pone el Evangelista juntos, para que entendamos que el nombre de esta Virgen purísima no está nunca disociado de la castidad. Y añade san Pedro Crisólogo, que el nombre de María es indicio de castidad; queriendo decir que quien duda si habrá pecado en las tentaciones impuras, si recuerda haber invocado el nombre de María, tiene una señal cierta de no haber quebrantado la castidad.

5. María, nombre de bendición

Así que, aprovechemos siempre el hermoso consejo de san Bernardo: “En los peligros, en las angustias, en las dudas, invoca a María. Que no se te caiga de los labios, que no se te quite del corazón”. En todos los peligros de perder la gracia divina, pensemos en María, invoquemos a María junto con el nombre de Jesús, que siempre han de ir estos nombres inseparablemente unidos. No se aparten jamás de nuestro corazón y de nuestros labios estos nombres tan dulces y poderosos, porque estos nombres nos darán la fuerza para no ceder nunca jamás ante las tentaciones y para vencerlas todas.

Son maravillosas las gracias prometidas por Jesucristo a los devotos del nombre de María, como lo dio a entender a santa Brígida hablando con su Madre santísima, revelándole que quien invoque el nombre de María con confianza y propósito de la enmienda, recibirá estas gracias especiales: un perfecto dolor de sus pecados, expiarlos cual conviene, la fortaleza para alcanzar la perfección y al fin la gloria del paraíso. Porque, añadió el divino Salvador, son para mí tan dulces y queridas tus palabras, oh María, que no puedo negarte lo que me pides.

En suma, llega a decir san Efrén, que el nombre de María es la llave que abre la puerta del cielo a quien lo invoca con devoción. Por eso tiene razón san Buenaventura al llamar a María “salvación de todos los que la invocan”, como si fuera lo mismo invocar el nombre de María que obtener la salvación eterna. También dice Ricardo de San Lorenzo que invocar este santo y dulce nombre lleva a conseguir gracias sobreabundantes en esta vida y una gloria sublime en la otra. Por tanto, concluye Tomás de Kempis: “Si buscáis, hermanos míos, ser consolados en todos vuestros trabajos, recurrid a María, invocad a María, obsequiad a María, encomendaos a María.

Disfrutad con María, llorad con María, caminad con María, y con María buscad a Jesús.

Finalmente desead vivir y morir con Jesús y María. Haciéndolo así siempre iréis adelante en los caminos del Señor, ya que María, gustosa rezará por vosotros, y el Hijo ciertamente atenderá a la Madre".

6. María, nombre consolador

Muy dulce es para sus devotos, durante la vida, el santísimo nombre de María, por las gracias supremas que les obtiene, como hemos vitos. Pero más consolador les resultará en la hora de la muerte, por la suave y santa muerte que les otorgará. El P. Sergio Caputo, jesuita, exhortaba a todos los que asistieran a un moribundo, que pronunciasen con frecuencia el nombre de María, dando como razón que este nombre de vida y esperanza, sólo con pronunciarlo en la hora de la muerte, basta para dispersar a los enemigos y para confortar al enfermo en todas sus angustias. De modo parecido, san Camilo de Lelis, recomendaba muy encarecidamente a sus religiosos que ayudasen a los moribundos

con frecuencia a invocar los nombres de Jesús y de María como él mismo siempre lo había practicado; y mucho mejor lo practicó consigo mismo en la hora de la muerte, como se refiere en su biografía; repetía con tanta dulzura los nombres, tan amados por él, de Jesús y de María, que inflamaba en amor a todos los que le escuchaban. Y finalmente, con los ojos fijos en aquellas adoradas imágenes, con los brazos en cruz, pronunciando por última vez los dulcísimos nombres de Jesús y de María, expiró el santo con una paz celestial. Y es que esta breve oración, la de invocar los nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, cuanto es fácil retenerla en la memoria, es agradable para meditar y fuerte para proteger al que la utiliza, contra todos los enemigos de su salvación.

7. María, nombre de buenaventura

¡Dichoso –decía san Buenaventura– el que ama tu dulce nombre, oh Madre de Dios! Es tan glorioso y admirable tu nombre, que todos los que se acuerdan de invocarlo en la hora de la muerte, no temen los asaltos de todo el infierno.

Quién tuviera la dicha de morir como murió fray Fulgencio de Ascoli, capuchino, que expiró cantando: “Oh María, oh María, la criatura más hermosa; quiero ir al cielo en tu compañía”. O como murió el B. Enrique, cisterciense, del que cuentan los anales de su Orden que murió pronunciando el dulcísimo nombre de María.

Roguemos pues, mi devoto lector, roguemos a Dios nos conceda esta gracia, que en la hora de la muerte, la última palabra que pronunciemos sea el nombre de María, como lo deseaba y pedía san Germán. ¡Oh muerte dulce, muerte segura, si está protegida y acompañada con este nombre salvador que Dios concede que lo pronuncien los que se salvan!

¡Oh mi dulce Madre y Señora, te amo con todo mi corazón! Y porque te amo, amo también tu santo nombre. Propongo y espero con tu ayuda invocarlo siempre durante la vida y en la hora de la muerte. Concluyamos con esta tierna plegaria de san Buenaventura: “Para gloria de tu nombre, cuando mi alma esté para salir de este mundo, ven tú misma a mi encuentro, Señora benditísima, y recíbela”. No desdeñes, oh María –sigamos rezando con el santo– de venir a consolarme con tu dulce presencia. Sé mi escala y camino del paraíso. Concédele la gracia del perdón y del descanso eterno. Y termina el santo diciendo: “Oh María, abogada nuestra, a ti te corresponde defender a tus devotos y tomar a tu cuidado su causa ante el tribunal de Jesucristo”.

EJEMPLO

La joven María librada del demonio

Refiere el P. Rho en su libro de los Sábados, y el P. Lireo en su Trisagio Mariano, que hacia el año 1465, vivía en Güeldres una joven llamada María. Un día la mandó un tío suyo a la ciudad de Nimega a hacer unas compras, diciéndole que pasara la noche en casa de otra tía que allí vivía. Obedeció la joven, pero al ir por la tarde a casa de la tía, ésta la despidió groseramente. La joven desconsolada, emprendió el camino de vuelta.

Cayó la noche por el camino, y ella, encolerizada, llamó al demonio en su ayuda. He aquí que se le aparece en forma de hombre, y le promete ayudarla con cierta condición. "Todo lo haré", respondió la desgraciada. "No te pido otra cosa –le dijo el enemigo– sino que de hoy en adelante no vuelvas a hacer la señal de la cruz y que

cambies de nombre". "En cuanto a lo primero, no haré más la señal de la cruz –le respondió–, pero mi nombre de María, no lo cambiaré. Lo quiero demasiado". "Y yo no te ayudaré", le replicó el demonio. Por fin, después de mucho discutir, convinieron en que se llamase con la primera letra del nombre de María, es decir: Eme. Con este pacto se fueron a Amberes; allí vivió seis años con tan perversa compañía, llevando una vida rota, con escándalo de todos.

Un día le dijo al demonio que deseaba volver a su tierra; al demonio le repugnaba la idea, pero al fin hubo de consentir. Al entrar los dos en la ciudad de Nimega, se encontraron con que se representaba en la plaza la vida de Santa María. Al ver semejante representación, la pobre Eme, por aquel poco de devoción hacia la Madre de Dios que había conservado, rompió a llorar. "¿Qué hacemos aquí? –le dijo el compañero–. ¿Quieres que representemos otra comedia?" La agarró para sacarla de aquel lugar, pero ella se resistía, por lo que él, viendo que la perdía, enfurecido la levantó en el aire y la lanzó al medio del teatro. Entonces la desdichada contó su triste historia. Fue a confesarse con el párroco que la remitió al obispo y éste al Papa. Éste, una vez oída su confesión, le impuso de penitencia llevar siempre tres argollas de hierro, una al cuello, y una en cada brazo. Obedeció la penitente y se retiró a Maestricht donde se encerró en un monasterio para penitentes. Allí vivió catorce años haciendo ásperas penitencias. Una mañana, al levantarse vio que se habían roto las tres argollas. Dos años después murió con fama de santidad; y pidió ser enterrada con aquellas tres argollas que, de esclava del infierno, la habían cambiado en feliz esclava de su libertadora.

ORACIÓN PARA INVOCAR EL NOMBRE DE MARÍA

¡Madre de Dios y Madre mía María!

Yo no soy digno de pronunciar tu nombre;

pero tú que deseas y quieres mi salvación,

me has de otorgar, aunque mi lengua no es pura,

que pueda llamar en mi socorro

tu santo y poderoso nombre,

que es ayuda en la vida y salvación al morir.

¡Dulce Madre, María!

haz que tu nombre, de hoy en adelante,

sea la respiración de mi vida.

No tardes, Señora, en auxiliarme

cada vez que te llame.

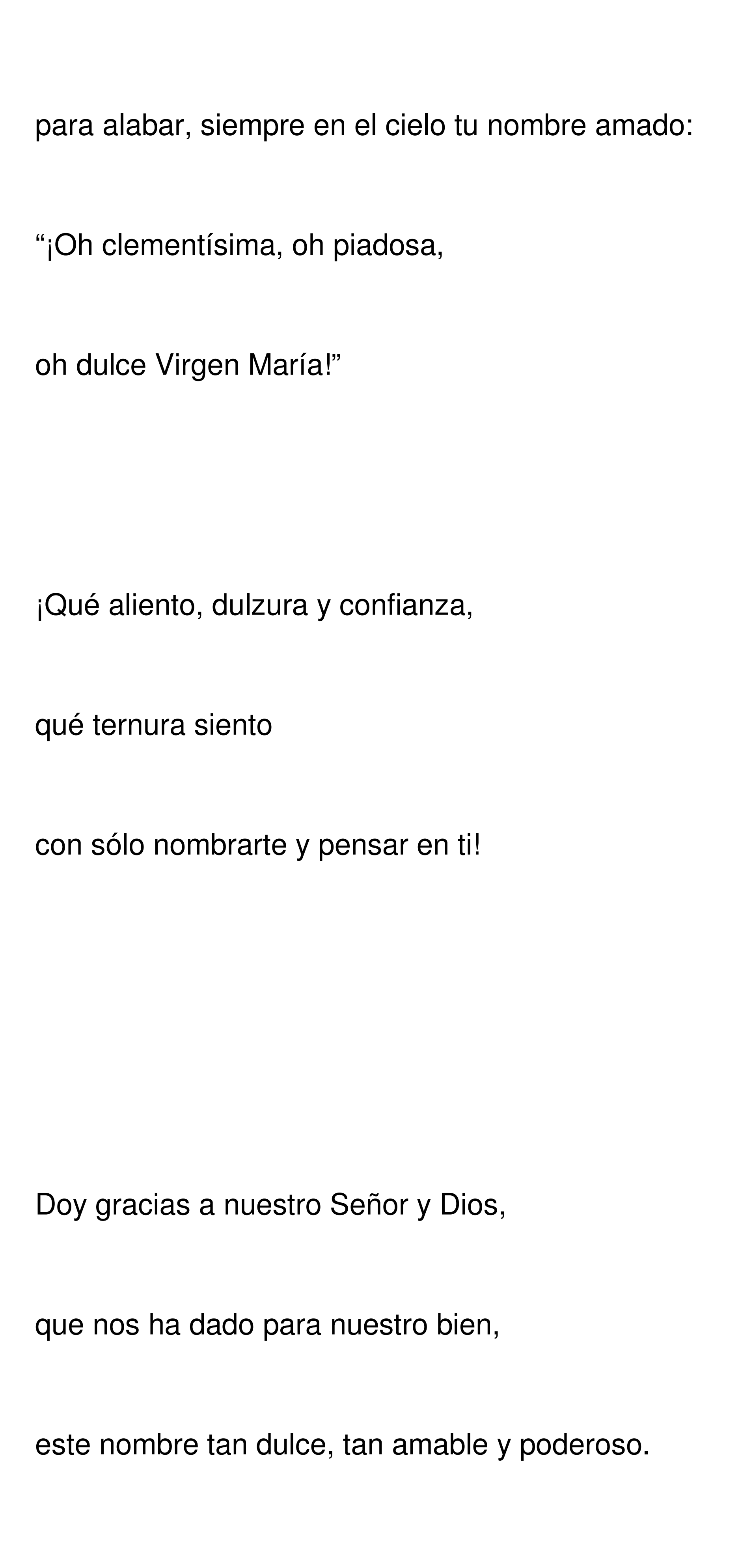
Pues en cada tentación que me combata,

y en cualquier necesidad que experimente,

quiero llamarte sin cesar; ¡María!

Así espero hacerlo en la vida,

y así, sobre todo, en la última hora,



para alabar, siempre en el cielo tu nombre amado:

“¡Oh clementísima, oh piadosa,

oh dulce Virgen María!”

¡Qué aliento, dulzura y confianza,

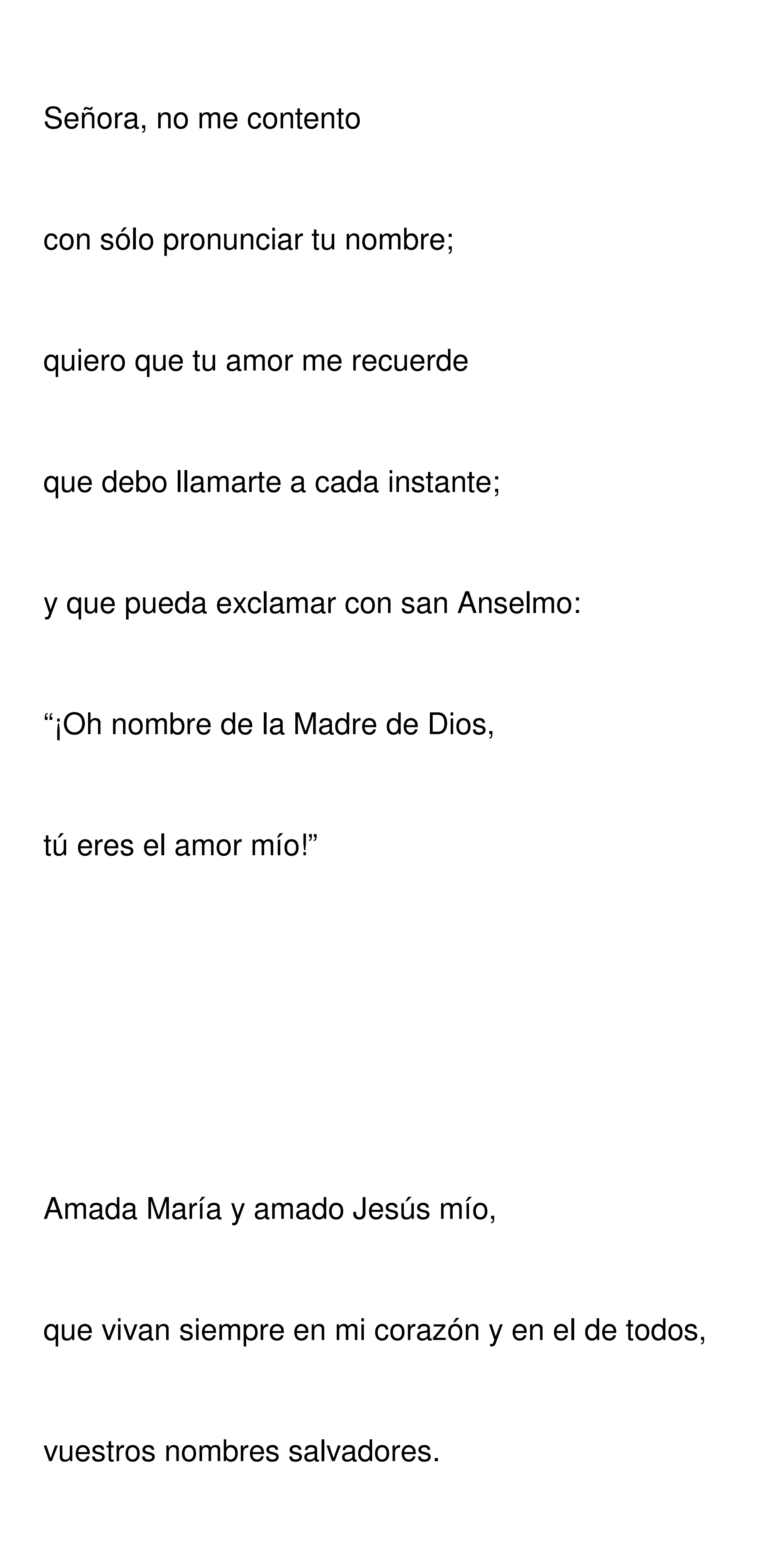
qué ternura siento

con sólo nombrarte y pensar en ti!

Doy gracias a nuestro Señor y Dios,

que nos ha dado para nuestro bien,

este nombre tan dulce, tan amable y poderoso.



Señora, no me contento

con sólo pronunciar tu nombre;

quiero que tu amor me recuerde

que debo llamarte a cada instante;

y que pueda exclamar con san Anselmo:

“¡Oh nombre de la Madre de Dios,

tú eres el amor mío!”

Amada María y amado Jesús mío,

que vivan siempre en mi corazón y en el de todos,

vuestros nombres salvadores.

Que se olvide mi mente de cualquier otro nombre,

para acordarme sólo y siempre,

de invocar vuestros nombres adorados.

Jesús, Redentor mío, y Madre mía María,

cuando llegue la hora de dejar esta vida,

concédeme entonces la gracia de deciros:

“Os amo, Jesús y María;

Jesús y María,

os doy el corazón y el alma mía”.

SEGUNDA PARTE

I. FIESTAS PRINCIPALES DE MARÍA

II. DOLORES PADECIDOS POR MARÍA

III. VIRTUDES PRACTICADAS POR MARÍA

IV. OBSEQUIOS Y PLEGARIAS A MARÍA

Sección I

FIESTAS PRINCIPALES DE MARÍA

Discurso primero

INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

Agradó a las tres divinas personas preservar a María de la culpa original Inmensa ruina causó el maldito pecado de Adán a todo el

género humano. Al perder Adán infelizmente la gracia, perdió a la vez todos los bienes con los que había sido enriquecido por Dios desde el principio, y atrajo sobre él y sus descendientes el enojo de Dios, el cúmulo de todos los males. Pero Dios quiso librar de esta desgracia universal a aquella Virgen bendita que él mismo había predestinado para ser madre del segundo Adán, Jesucristo, el que había de reparar el daño causado por el primero.

Vamos a considerar cuánto convino a cada una de las tres personas divinas preservar a esta Virgen de la culpa original. Veremos que convino al Padre preservarla como a su hija; al Hijo preservarla como a su made; al Espíritu Santo preservarla como a su esposa.

PUNTO 1º

1. María, hija primogénita del Padre

Convino, en primer lugar, al eterno Padre, hacer que María fuese creada inmune de toda mancha original porque ella era su hija primogénita como ella misma lo atestiguó:

“Yo salí de la boca del Altísimo como primogénita antes de toda criatura” (Ecclo 24, 5).

A la Virgen María aplican este pasaje los sagrados intérpretes, los santos padres y la misma Iglesia en la solemnidad de la Inmaculada Concepción. Puesto que, ya se la considere primogénita en cuanto fue predestinada con su Hijo en los divinos decretos antes de todas las criaturas, ya se la considere como primogénita de la gracia, como predestinada a ser Madre del Redentor después de la previsión del pecado, todos están de acuerdo en llamarla la primogénita de Dios.

Por lo cual fue más conveniente que María jamás fuera esclava de Lucifer sino poseída siempre y en absoluto por su Creador, como en efecto sucedió, ella misma lo dijo: “El Señor me poseyó como primicia de su camino, antes de sus obras más antiguas” (Pr 8, 22). Con razón la llama Dionisio, patriarca de Alejandría, la única hija de la vida, a diferencia de las demás, que, naciendo en pecado, son hijas de la muerte.

2. María, medianera de paz

También había de crearla el eterno Padre en su gracia, porque la predestinó para ser reparadora del mundo perdido; mediadora de paz entre Dios y los hombres. Así la llaman los santos padres y sobre todo san Juan Damasceno que le dice: “Virgen bendita, tú has sido creada y has nacido para procurar la salvación a toda la tierra”. Por eso, dice san Bernardo, que María estuvo prefigurada en el arca de Noé; así como por ella se libraron del diluvio los hombres, así por María nos salvamos de naufragar en el pecado; pero con la diferencia de que por medio del arca se salvaron unos pocos, pero por medio de María ha sido liberado todo el género humano. San Atanasio la llama nuestra Eva, porque la primera fue madre de la muerte, mientras que la Santísima Virgen es madre de la vida. San Teófilo, obispo de Nicea, le dice: “Salve, la que destruiste la tristeza de Eva”. San Basilio la llama abogada entre los hombres y Dios; y san Efrén la reconciliadora de todo el mundo.

Ahora bien, el que trata asuntos de paz, de ninguna manera puede ser enemigo del ofendido, y mucho menos cómplice en el mismo delito. Para aplacar a un juez, la persona menos apropiada es un enemigo suyo, ya que en vez de aplacarlo lo irritaría más. Por eso, teniendo que ser María la mediadora de paz de los hombres con Dios, la razón más elemental exige que no hubiera sido jamás pecadora y enemiga de Dios, sino del todo su amiga y absolutamente limpia de todo pecado.

Además tenía que preservarla Dios de la culpa original pues era la predestinada a quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, la que, al seducir a los primeros padres, acarreó la muerte a todos los hombres. Dios profetizó: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya: ella quebrantará tu cabeza" (Gn 3, 15). Si María tenía que ser la mujer fuerte puesta en el mundo para vencer a Lucifer, es evidente que no podía ser vencida por él y hecha su esclava; por el contrario, tenía que estar exenta de toda mancha de pecado y de cualquier forma de sujeción al enemigo.

El soberbio, como había infectado con su veneno a todo el género humano, desearía, más que nada, infectar la purísima alma de esta Virgen. Pero sea por siempre alabada la divina bondad que, por esta razón, la dotó de tanta gracia que, quedando ella inmune de todo rastro de culpa, pudo de ese modo abatir y confundir la soberbia del enemigo. Así lo explica san Buenaventura: "Siendo la cabeza diabólica la causante del pecado no pudo entrar en el alma de la Virgen, y por eso fue inmune a toda mancha".

Y más adelante lo aclara así: "Era del todo congruente que la bienaventurada Virgen María, por medio de la cual se nos arrancó

el oprobio, venciera al diablo, y no sucumbiera ante él en lo más mínimo”.

3. María, destinada a ser Madre del Salvador

Pero ante todo y principalmente, el eterno Padre tenía que hacer a esta su hija inmune al pecado de Adán, porque la predestinó para ser madre de su Unigénito. “Tú –le dice san Bernardino de Siena– fuiste predestinada en la mente de Dios antes de toda criatura para engendrar a Dios hecho hombre”. Aunque no hubiera otro motivo, por el honor de su Hijo que es Dios, el Padre tenía que crearla pura de toda mancha. Dice santo Tomás, que todas las cosas que se relacionan con Dios, tienen que ser santas e inmunes de cualquier suciedad. Por eso David, hablando del Templo de Jerusalén y de la magnificencia con que se debía edificar decía: “”Que no se prepara morada para un hombre, sino para Dios” (1Cro 29, 1). ¿Cuánto más debemos creer que el sumo Hacedor, destinando a María para ser la Madre del mismo Hijo suyo, debía embellecer su alma con los tesoros más hermosos para que fuera la morada más digna posible de Dios? “Para preparar una digna morada para su Hijo, Dios –afirma Dionisio Cartujano– colmó a María de todas las gracias y de todos los carismas”. Y la Iglesia lo atestigua cuando reza: “Omnipotente y eterno Dios, que preparaste, por el Espíritu Santo,

el cuerpo y el alma de la gloriosa Virgen María para merecer ser digna morada de tu Hijo...”

Ya se sabe que el primer timbre de gloria de los hijos es nacer de padres nobles.

“Gloria de los hijos son sus padres” (Pr 17, 6). Y por eso los mundanos soportan mejor ser vistos como escasos de fortuna o de cultura, que ser de baja cuna. El pobre puede hacerse rico con su industria, y el ignorante, docto con el estudio, pero el que nace de humilde condición, difícilmente puede llegar a ser noble; y si llegara, alguien le podría echar en cara lo bajo de su linaje. Siendo esto así ¿cómo se puede ni imaginar que Dios, pudiendo hacer que su Hijo naciera de una madre noble, preservada de la culpa, le iba a destinar una madre manchada por el pecado permitiendo que Lucifer le hubiera podido echar siempre en cara el oprobio de tener por madre a una que había sido su esclava y enemiga de Dios? ¡No! El Señor no podía permitir esto jamás; antes bien proveyó al honor de su Hijo haciendo que su Madre fuera siempre inmaculada como tenía que ser para semejante Hijo. Así lo declara la liturgia de la Iglesia griega:

“con providencia del todo singular, hizo Dios que la Santísima Virgen, desde el primer instante de su vida fuera tan absolutamente pura, como era necesario para que pudiera ser la digna madre de Cristo”.

4. María debía ser preservada a de la culpa

Es verdad averiguada, que no se ha concedido ninguna gracia a ninguna criatura de la que no esté enriquecida la Santísima Virgen. Afirma san Bernardo: “Lo que consta que se ha otorgado a aluno de los mortales, hay que creer que no se ha negado a tan excelsa Virgen”. Y santo Tomás de Villanueva dice: “Nunca se ha concedido nada a un santo, que no lo posea de manera más abundante, desde el principio de su existencia, la Virgen María”. Siendo verdad que entre la Madre de Dios y los siervos de Dios hay una distancia infinita, como dice san Juan Damasceno, ciertamente hay que decir, como enseña santo Tomás, que Dios ha conferido gracias privilegiadas, siempre de orden superior a la madre que a los siervos. San Anselmo, gran defensor de la Inmaculada, afirma a modo de pregunta: “¿Acaso no podía la Sabiduría de Dios preparar para su Hijo un hospedaje limpio, preservándola de toda mancha del género humano? Dios ha podido conservar limpios a los ángeles del cielo entre la ruina de tantos otros y ¿no habrá podido preservar a la Madre de su Hijo y reina de los ángeles, de la universal caída de los hombres?” Y yo añado: ¿Dios ha podido también dar a Eva la gracia de venir a la existencia inmaculada, y no iba a poder concedérsela a María?

Dios ha podido hacerlo y lo ha hecho. “Era lo justo –dice san Anselmo– que esa Virgen que Dios había dispuesto dar por Madre a su único Hijo, estuviera dotada de tal pureza, que no sólo fuera superior a la de todos los hombres y ángeles juntos, sino que fuera la mayor que pueda darse después de la pureza de Dios”. Y san Juan Damasceno precisa: “Dios veló sobre el cuerpo y el alma de la Virgen como convenía guardar a la que había de recibir a Dios en su seno, pues siendo como es Santo, descansa entre los santos”. Bien pudo decir el Padre eterno a esta su amada Hija: “Como lirio entre espinas, así es mi amada entre los jóvenes” (Ct 2, 2), porque todas ellas están manchadas con el pecado, pero tú fuiste siempre inmaculada, siempre amiga.

PUNTO 2º

1. María preservada por su Hijo

Convino en segundo lugar, que el Hijo preservara a María del pecado, como a Madre suya. Ningún nacido ha podido elegirse la madre a su placer. Si esto fuera posible ¿quién sería el que pudiendo tener por madre a una reina la escogiera esclava? ¿pudiendo tenerla noble la eligiera plebeya? ¿pudiendo tenerla amiga de Dios la escogiera su enemiga? Pues si sólo el Hijo de Dios pudo elegirse la madre como más le agradaba, bien claro está que tuvo que elegirla y hacerla tal cual convenía para Dios.

Así piensa san Bernardo. Y siendo lo más decente para el Dios purísimo tener una madre limpia de toda culpa, así la hizo. Dice san Bernardino de Siena: "Hay una tercera forma de santificación que es la maternal, y es la que remueve toda culpa original. Esto sucedió en la Santísima Virgen. En verdad que Dios se preparó tal madre, tanto por las perfecciones de su naturaleza, como por las excelencias de la gracia, cual debía de ser su propia madre". Con esto se relaciona lo que escribe el apóstol: "Así convenía que fuera nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores" (Hb 7, 26). Advierte un autor que conforme a san Pablo, nuestro Redentor, no sólo tenía que estar inmune de pecado, sino también segregado de los pecadores "en cuanto a la culpa del primer padre Adán que subyace en todos", como explica santo Tomás. Pero ¿cómo podía Jesucristo llamarse segregado de los pecadores si hubiera tenido una madre pecadora?

Afirma san Ambrosio: "No en la tierra sino en el cielo se eligió Dios este vaso para descender a él; y lo consagró como templo de la pureza". El santo aquí alude a la sentencia de san Pablo: "El primer hombre, hecho de tierra era terreno; el segundo hombre, el que viene del cielo, es celestial" (1Co 15, 47). San Ambrosio llama a la Madre de Dios "Vaso celestial", no porque María no fuera de la tierra ni fuera de naturaleza humana, como deliraron algunos

herejes, sino porque es celestial por gracia, muy superior a los ángeles en santidad y pureza, como convenía a un Rey de la gloria que debía habitar en su seno. Así lo reveló el Bautista a santa Brígida: “El Rey de la gloria debía descender a un vaso purísimo y perfectísimo, superior a los ángeles y santos”. María fue concebida sin pecado para que de ella naciese sin contacto con la culpa, el Hijo de Dios. No porque Jesucristo hubiera podido contagiarse con la culpa, sino para que no sufriera el oprobio de tener una madre infectada por el pecado y que había sido esclava del demonio.

Dice el Espíritu Santo: “Gloria del hombre es la honra del padre, y deshonor del hijo un padre sin honra” (Ecclo 3, 13). Por lo cual –dice san Agustín– “Jesús preservó de la corrupción el cuerpo de María, porque redundaba en desdoro suyo que se corrompiera la carne virginal que él había tomado”. Pues si sería oprobio para Jesucristo nacer de una madre cuyo cuerpo estuviera sujeto a la corrupción ¿cuánto más el haber nacido de una madre infectada de la podredumbre del pecado? Y esto tanto más que la carne de Cristo es la misma que la de María; de modo que, como dice el mismo santo, aunque fue glorificada por la resurrección, permanece la misma que asumió de María. Dice Arnoldo de Chartres que son una y la misma carne la de Cristo y la de María, de modo que la gloria de Cristo no sólo es compartida con la gloria de la Madre, sino que es la misma. Siendo todo esto verdad, si la Santísima Virgen hubiera sido concebida en pecado, aun cuando el Hijo no hubiera contraído esa culpa, siempre sería cierta mancha haber unido a la suya la carne algún tiempo manchada por la culpa, vaso de inmundicia y sujeta a Lucifer.

2. María debía ser digna madre de Jesús

María no sólo fue madre, sino digna madre del Salvador. Así la proclaman todos los santos padres. San Bernardo le dice: “Tú sola has sido hallada digna de que en tu virginal palacio pusiera su primera mansión el Rey de reyes”. Y santo Tomás de Villanueva: “Antes de haber concebido ya era idónea para ser madre de Dios”. La misma santa Iglesia nos enseña que mereció ser madre de Jesucristo: “Oh bienaventurada Virgen, cuyas entrañas merecieron llevar a Cristo el Señor”. Esto así lo explica santo Tomás: “Se dice que la Bienaventurada Virgen mereció llevar al Señor de todas las cosas, no porque mereciera que él se encarnara, sino porque mereció, correspondiendo a la gracia que se le daba, aquel grado de pureza y santidad apropiado para ser convenientemente Madre de Dios”. Cosa que también escribe san Pedro Damiano: “Su singular santidad y gracia le mereció ser juzgada la única digna de engendrar en su seno a Dios”.

Por tanto, si María fue digna Madre de Dios –exclama santo Tomás de Villanueva– ¿qué excelencia y qué perfección no tendría que atesorar su alma para poder ser la Madre de Dios?

Enseña el mismo doctor Angélico, que cuando Dios elige a alguno para determinada dignidad, lo hace idóneo para ella; y, en consecuencia, habiendo elegido a María por su madre, ciertamente que la hizo digna con su gracia, conforme al Evangelio: "Has encontrado gracia ante el Señor. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo al que pondrás por nombre Jesús" (Lc 1, 30-31). De lo que concluye el santo que la Virgen no cometió ningún pecado actual ni siquiera venial; de otra manera no hubiera sido digna madre de Jesucristo, porque la ignominia de la madre hubiera sido también del Hijo por tener una madre pecadora. Pues si María no hubiera sido idónea Madre de Dios si hubiera cometido un solo pecado venial que no priva al alma de la gracia divina, cuánto más indigna hubiera sido de haber incurrido en el pecado original que la habría convertido en enemiga de Dios y esclava del demonio. Por eso san Agustín proclamó aquella célebre sentencia: "Exceptúo siempre a la Santísima Virgen María, a la cual, por el honor del Señor no tolero ni que se nombre cuando se trata de su posible relación con el pecado. Pues bien sabemos que a ella se le concedió gracia de sobra para vencer absolutamente al pecado, siendo la que mereció concebir y dar a luz al que consta que no tuvo ningún pecado".

Así que debemos tener por cierto que el Verbo Encarnado se eligió la madre cual le convenía y de la que no se tuviera que avergonzar, como dice san Pedro Damiano. Y Proclo dice: "Habitó en las entrañas que había creado sin sombra de mancha". No fue para Jesús motivo de sonrojo oírse llamar por los judíos

despectivamente, el hijo de María, como si fuera hijo de una mujer pobre. “¿No se llama su madre María?” (Mt 13, 55). Él había venido a la tierra para dar ejemplo de humildad y de paciencia. Pero sin duda le hubiera sido insoportable que los demonios le hubieran podido decir: “¿Acaso tu madre no fue una pecadora en otro tiempo nuestra esclava?” Hubiera sido indecente para Jesús nacer de una mujer deforme y contrahecha, o poseída del demonio en cuanto al cuerpo. Pero cuánto peor sería el haber nacido de una mujer deforme en cuanto al alma y poseída por Lucifer en lo pasado.

3. María preservada por el honor y deber del Hijo

Nuestro Dios, que es la misma Sabiduría, supo muy bien fabricarse en la tierra la casa que le convenía y donde debía habitar. “La Sabiduría se edificó una casa” (Pr 4, 1). “Dios santifica su morada. El Altísimo está en medio de ella, no será conmovida. Dios la socorre en la mañana” (Sal 45, 5-6). El Señor santificó esta su mansión desde el principio de su existencia para hacerla digna de él, porque a un Dios santo no le convenía elegirse una casa que no fuera santa. “La santidad es el ornato de tu casa” (Sal 95, 2). Si él declara que no entrará jamás a habitar en alma de mala voluntad ni en cuerpo sujeto al pecado, “en alma falsa no entra la Sabiduría, ni habita en cuerpo sometido al pecado” (Sb 1, 4). ¿Cómo se puede

pensar que el Hijo de Dios haya elegido para habitar el alma y el cuerpo de María sin antes santificarla y preservarla de toda mancha de pecado, pues el Verbo habitó no sólo en el alma sino también en el cuerpo de María? Canta la Iglesia: "No te repugnó habitar en el seno de la Virgen". Dios no se hubiera encarnado en el seno de ninguna otra virgen, porque ellas, aunque santas, estuvieron algún tiempo con la mancha del pecado original; pero no tuvo inconveniente en hacerse hombre en el seno de María, porque esta Virgen predilecta estuvo siempre limpia de cualquier mancha de pecado, y jamás sometida a la serpiente enemiga. Escribe san Agustín: "Ninguna casa más digna que María se pudo edificar el Hijo de Dios, pues nunca fue cautiva del enemigo, ni despojada de sus virtudes".

¿A quién se le ocurre pensar –dice san Cirilo de Alejandría– que un arquitecto se construya una casa y se la deje para estrenar a su mayor enemigo? El Señor –afirma san Metodio– que ha dado el precepto de honrar a los progenitores, al hacerse hombre como nosotros ha tenido que sentirse feliz de observarlo otorgando a su madre toda gracia y honor. Por eso mismo –dice san Agustín– hay que creer con toda firmeza que Jesucristo ha preservado de la corrupción del sepulcro el cuerpo de María, como ya dijimos; porque, además, si no lo hubiera hecho no hubiera observado la ley que, así como manda honrar a la madre, reprueba todo lo que sea deshonrarla. Mucho menos hubiera provisto al honor de su madre si no lo hubiera preservado de la culpa de Adán. Pecaría el hijo que, pudiendo, no preservara a su madre de pecar. Pues lo que sería pecado en cualquiera es imposible que lo cometa el Hijo de Dios, y que pudiendo hacer a su Madre inmaculada, dejara de hacerlo. De ninguna manera –añade Gersón–; si tú, Rey supremo, quieres tener una Madre tienes que darle todo honor. Y no quedaría bien cumplido esto, si permitieras que la que tenía que ser santuario de toda pureza hubiera incurrido en el abominable pecado original.

4. María preservada para ser redimida del modo más perfecto

Por lo demás, es bien sabido que el Hijo de Dios vino al mundo más para salvar a María que a todos los demás hombres, como escribe san Bernardino de Siena. Y existiendo dos modos de salvar, como señala san Agustín, uno, levantando al caído, y otro proveyendo para que no caiga, éste es evidentemente el modo más excelente; de esta manera se evita el daño y la mancha que contrae el que ha caído en pecado. Este es el modo más noble de ser salvado y el más apropiado a la Madre de Dios. Así es necesario creer que fue salvada María. Lo dice san Buenaventura: “Justo es creer que el Espíritu Santo la salvó y la preservó del pecado original desde el primer instante de su concepción con una gracia del todo singular”. El cardenal Cusano dice: “Unos tuvieron quien los libró, pero la Virgen tuvo quien del pecado la inmunizó”. Los otros tuvieron un Redentor que los libró del pecado, pero la Santísima Virgen tuvo al Redentor que, por ser su Hijo, la libró de contraer el pecado.

En fin, concluyamos este punto con la sentencia de Hugo de San Víctor: “El Cordero fue como la Madre, porque todo árbol se conoce por su fruto”. Si el Cordero fue siempre inmaculado, siempre inmaculada tuvo que ser también la Madre. Este mismo doctor saluda a María llamándola así: “¡Oh excelsa Madre de Dios altísimo, digna Madre del que es más digno, la Madre más hermosa del Hijo

más hermoso!” Quería decir que sólo María es digna Madre de tal Hijo, como sólo Jesús es digno Hijo de tal Madre.

Digámosle con san Ildefonso: “Amamanta, oh María, amamanta a tu Creador; amamanta al que te hizo tan pura y perfecta que mereciste tomara de ti tu condición humana.

PUNTO 3º

1. María preservada por ser Esposa del Espíritu Santo

Si el Padre debió preservar a María del pecado por ser su Hija, y el Hijo debió preservarla porque iba a ser su Madre, también el Espíritu Santo debía preservarla, pues era su Esposa.

María –dice san Agustín– fue la única que mereció ser llamada madre y esposa de Dios.

Como asegura san Anselmo, “el Espíritu de Dios, vino corporalmente, por así decirlo, a María, para enriquecerla de gracia sobre todas las criaturas y moró en ella e hizo a su esposa reina del cielo y de la tierra”. Dice que vino a ella corporalmente en cuanto a lo inmenso de su amor, pues vino a formar de su cuerpo inmaculado, el inmaculado cuerpo de Jesús, como lo dijo el Arcángel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1, 35).

“Por eso –afirma santo Tomás– se le llama a María templo del Señor, sagrario del Espíritu Santo, porque por obra del Espíritu Santo fue transformada en Madre del Verbo Encarnado”.

Si un excelente pintor tuviera la esposa tan bella como él la pintara ¿qué diligencia no pondría en representarla lo más hermosa que se pudiera imaginar? ¿Quién podrá decir que el Espíritu Santo haya obrado de otro modo con María, y que pudiendo hacerse esta esposa tan hermosa como él quisiera, no la haya hecho? La hizo cual le convenía como lo atestigua el mismo Señor cuando, alabando a María, le dice: “Eres toda hermosa, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti” (Ct 4, 7). Estas palabras, dice san Ildefonso y santo Tomás, se entienden propiamente de María. Y san Bernardino de Siena, con san Lorenzo Justiniano, afirma que se refieren precisamente a su Inmaculada Concepción. Por eso el Idiota le dice: “Eres toda hermosa, Virgen gloriosísima, no en parte

sino del todo; y no hay en ti mancha de pecado ni mortal, ni venial ni original”.

Lo mismo quiso indicar el Espíritu Santo cuando llamó a esta su esposa huerto cerrado y fuente sellada: “Huerto cerrado eres, hermana y esposa mía, huerto cerrado y fuente sellada” (Ct 4, 12). María, dice san Jerónimo, es ese huerto cerrado y esa fuente sellada, porque los enemigos no entraron en ella jamás a turbarla o a ultrajarla, sino que siempre estuvo ilesa, santa en el alma y en el cuerpo. Ni con ningún engaño ni fraude pudo prevalecer contra ella el enemigo. San Bernardo le dice algo parecido: “Tú eres huerto cerrado, en el que no pusieron las manos los pecadores para arrasarlo”.

2. María, obra maestra y predilecta del Espíritu Santo

Este Esposo divino amó más a María de lo que la pueden amar todos los ángeles y santos juntos. Él, desde el principio la amó y la exaltó con santidad superior a la de todos, como lo expresa David:

“Su fundación sobre los montes santos; ama el Señor las puertas de Sión más que todas las moradas de Jacob... Un hombre ha nacido en ella, quien la funda es el mismo Altísimo” (Sal 86, 1-2-5). Palabras que parecen significar que María fue santa desde su Inmaculada Concepción. Lo mismo quiere decir el Espíritu Santo en otros lugares: “Muchas hijas han amontonado riquezas, pero tú las superas todas” (Pr 31, 29). Y es que María ha superado a todas en riquezas de gracia porque ha tenido hasta la justicia original, como la tuvieron los ángeles y Adán y Eva.

“Innumerables son las doncellas, única es mi paloma, mi perfecta. Ella la única de su madre, la preferida de la que la engendró” (Cr 6, 8-9). El hebreo dice: “íntegra, mi inmaculada”. Todas las almas son hijas de la gracia divina, pero entre éstas María es la paloma sin la hiel de la culpa, la perfecta sin mancha original, la única concebida en gracia.

Así es que el Arcángel, antes de ser Madre de Dios, ya la encontró llena de gracia, que por eso la saludó diciéndole: “Dios te salve, llena de gracia”. Y comenta Sofronio diciendo que a los demás santos se les da la gracia en parte, mientras que a la Virgen se le dio del todo. De manera que, como dice santo Tomás, la gracia no sólo santificó el alma de María, sino también su cuerpo, a fin de que pudiera la Virgen vestir con él al Verbo eterno. Todo esto lleva a comprender que María desde el primer instante de su concepción fue enriquecida por el Espíritu Santo con la plenitud de la gracia. Así argumentó Pedro de Celles: “La plenitud de la gracia se concentró en ella, porque desde el primer instante de su concepción, por la infusión del Espíritu Santo, quedó colmada de la gracia de Dios”. Dice san Pedro Damiano: “Habiendo sido elegida y predestinada por Dios, debía ser por completo poseída por el Espíritu Santo”. Dice el santo “poseída por completo” como para indicar la celeridad

con que el Divino Espíritu la hizo su esposa sin consentir que Lucifer la poseyese.

3. María, exenta del débito del pecado

Quiero terminar este discurso en el que me he extendido más que en los otros, porque nuestra humilde Congregación tiene por su principal patrona a la Santísima Virgen María precisamente bajo el título de su Inmaculada Concepción. Quiero terminar resumiendo brevemente las razones que demuestran con toda certeza esta verdad tan piadosa y de tanta gloria para la Madre de Dios, que ella ha sido preservada inmune de la culpa original.

Hay muchos doctores que han defendido que María ha estado exenta de contraer el débito del pecado. Y en efecto, si en la voluntad de Adán como cabeza de todos los hombres estaban incluidas las voluntades de todos, como sostienen autores apoyados en el texto de san Pablo: “Todos en Adán pecaron” (Rm 5, 12), sin embargo María no contrajo la deuda del pecado, porque

habiéndola distinguido Dios con su gracia sobre el común de los hombres, debemos creer que en la voluntad de Adán al pecar no pudo estar incluida la voluntad de María.

Esta sentencia la abrazo como la más gloriosa para mi Señora. Y tengo por cierta la sentencia de que María no contrajo el pecado de Adán, y no solamente por cierta sino como próxima a ser definida como dogma de fe, como lo aseguran también muchos.

Además de las revelaciones que confirman esta sentencia, especialmente las hechas a santa Brígida, aprobadas por el cardenal Torquemada y por cuatro sumos Pontífices, como se lee en varios pasajes del libro sexto de dichas revelaciones. No puede omitir las palabras de los santos padres tan concordes en reconocer este privilegio a la Madre de Dios. Dice san Ambrosio: “Recíbeme no de Sara; sino de María para que sea virgen incorruptible, pero virgen, por haber sido por gracia de Dios inmune de toda mancha de pecado”. Orígenes dice hablando de María: “No se vio infectada por el aliento de la venenosa serpiente”. San Efrén la aclama: “Inmaculada y del todo libre de cualquier mancha de pecado”.

San Agustín, comentando las palabras del Ángel: “Dios te salve, llena de gracia”, escribe: “Con estas palabras se demuestra que estuvo absolutamente excluida de la ira de la primera sentencia y que recibió la plenitud de toda gracia y bendición”. San Jerónimo:

“Aquella espiritual nube, nunca estuvo en tinieblas, sino siempre investida de luz”. San Cipriano o quien sea el autor: “No era justo que aquel vaso de elección estuviera sujeto a la común mancha, porque siendo muy distinta de los demás, comunicaba con ellos en la naturaleza, pero no en la culpa”. San Anfiloquio: “El que crió a la primera virgen sin mancha, también creó a la segunda sin ninguna mancha de pecado”. Sofronio escribe: “La Virgen se llama inmaculada, porque no tiene ninguna corrupción”. San Ildefonso afirma: “Consta que ella estuvo inmune del pecado original”. San Juan Damasceno: “La serpiente no tuvo entrada a este paraíso”. Y san Pedro Damiano: “La carne de la Virgen procede de Adán, pero no admitió las culpas de Adán”. “Esta es la tierra incorruptible –dice san Bruno– que bendijo el Señor, libre por tanto de todo contagio de pecado”. San Buenaventura escribe: “Nuestra Señora estuvo llena de toda gracia previniente en su santificación, gracia preservadora contra el hedor de la culpa original”. San Bernardino de Siena: “No se puede creer que el mismo Hijo de Dios quisiera nacer de la Virgen y tomar su carne si estaba manchada de algún modo con la mancha del pecado original”.

San Lorenzo Justiniano asegura: “Fue colmada de todas las bendiciones desde su concepción”. El Idiota, glosando las palabras: “Has encontrado gracia”, dice:

“Encontraste gracia muy especial, oh Virgen dulcísima, porque la tuviste desde que te viste preservada del pecado original”. Y lo mismo dicen tantos doctores.

Pero las razones que aseguran la verdad de esta sentencia en última instancia son dos.

El primero es el consentimiento universal de los fieles. Todas las Órdenes y Congregaciones de la Iglesia siguen esta sentencia. Pero sobre todo lo que debe persuadir que nuestra sentencia es conforme al común sentir de los Católicos, es lo que dice el Papa Alejandro VII en la célebre bula Sollicitudo omnium ecclesiarum, del año 1661, en que se afirma: Se acrecentó más y se propagó la piedad y el culto hacia la Madre de Dios... de manera que, poniéndose las universidades a favor de esta sentencia –es decir, la que afirma la Inmaculada Concepción– ya casi todos los católicos la abrazan". Y de hecho esta sentencia la defienden las universidades de La Sorbona, Alcalá, Salamanca, Coimbra, Colonia, Maguncia, Nápoles, y de otras muchas, en las que cada doctor se obliga con juramento a defender a la Inmaculada. Este argumento, escribe el célebre obispo D, Julio Torni, es del todo convincente, pues si el común sentir de los fieles da certeza de que María ya era santa desde el seno de su madre, y es garantía de la Asunción de María en cuerpo y alma al cielo ¿por qué este común sentimiento de los fieles no ha de garantizar la verdad de su Concepción Inmaculada?

Y el otro argumento que nos certifica la verdad de la exención de la Virgen de la mancha original, es la celebración universal ordenada por la Iglesia de su Concepción Inmaculada. Y acerca de esto yo veo por una parte que la Iglesia celebre el primer instante en que fue creada su alma e infundida en su cuerpo, como lo declara Alejandro VII en la bula citada, en la que se expresa que la Iglesia da a la Concepción de María el mismo culto que le da a la piadosa sentencia que afirma es concebida sin pecado original. Por otra parte entiendo ser cierto que la Iglesia no puede celebrar nada que no sea santo, conforme lo declaran los papas san León y san

Eusebio que dice: “En la Sede Apostólica siempre se ha conservado sin mancha la religión católica”.

Así lo enseñan todos los teólogos con san Agustín, san Bernardo y santo Tomás, el cual para probar que María fue santificada antes de nacer, se sirve del argumento de la celebración de su nacimiento por parte de la Iglesia, y reflexiona así: “La Iglesia celebra la Natividad de la Santísima Virgen; ahora bien, en la Iglesia no se celebra nada que no sea santo; luego la Santísima Virgen fue santificada en el seno de su madre”. Pues si es cierto que María fue santificada en el seno de su madre porque la Iglesia celebra su nacimiento ¿por qué no hemos de tener por cierto que María fue preservada del pecado original desde el instante de su concepción sabiendo que la Iglesia celebra precisamente esto?

Para confirmar la realidad de este gran privilegio de María son conocidas las gracias innumerables y prodigiosas que el Señor se complace en otorgar todos los días en el reino de Nápoles por medio de las estampas de la Inmaculada Concepción. Podría referir muchas de esas gracias de las cuales han sido testigos los padres de nuestra misma Congregación, pero quiero referir sólo dos que son verdaderamente extraordinarias.

EJEMPLO

Dos conversiones logradas por la imagen de la Inmaculada A una de las residencias de nuestra humilde Congregación en este reino, vino una mujer a decir a uno de nuestros padres que su marido hacía muchos años que no se confesaba, y que la pobre no sabía qué hacer para convencerlo, porque en hablándole de confesión la apaleaba. El padre le dijo que le diera una imagen de María Inmaculada. Al caer la tarde, la mujer de nuevo le rogó al marido que se confesara, y como no le hacía caso, le dio la estampa de la Virgen. Y apenas la recibió le dijo: Bueno ¿cuándo quieres que me confiese? Estoy pronto. La mujer se puso a llorar de alegría al ver cambio tan repentino. Llegada la mañana fue con su marido a nuestra iglesia. Al preguntarle el padre cuánto tiempo hacía que no se confesaba, le respondió que hacía veinte años. "Y ¿qué le movió a venir a confesar?", le dijo el padre. "Yo estaba obstinado –le respondió– pero ayer me dio mi mujer una estampa de nuestra Señora y al instante sentí cambiado el corazón, tanto que cada momento me parecía mil años esperando que se hiciera el día para poder venir a confesarme". Se confesó con gran dolor, cambió de vida y continuó durante mucho tiempo confesándose con el mismo padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras dábamos la santa misión, había un hombre muy enemistado con otro que le había ofendido. Uno de nuestros padres le habló del perdón de las injurias, pero él le respondió: "Padre ¿me ha visto en la misión? No; y es por esto. Ya comprendo que estoy condenado, pero no hay remedio, me tengo que vengar". El padre se esforzó por convertirlo,

pero viendo que perdía el tiempo le dijo: “Recíbame esta estampa de nuestra Señora”. “Y ¿para qué quiero esta estampa?”, le respondió; sin embargo, la aceptó. Y al punto, olvidando sus rencores accedió gustoso a lo que el padre le pedía. “Padre ¿quiere que perdone a mi enemigo?

Estoy pronto a realizarlo”. Y se aplazó la reconciliación para la mañana siguiente. Mas llegada la mañana había cambiado de propósito y no quería ni oír hablar de reconciliación. El padre le volvió a ofrecer otra estampa de la Virgen. Por nada la quería recibir. Por fin, de mala gana, la recibió. Y apenas la tuvo en la mano dijo: “Se acabó ¿dónde está el notario?” Se hizo la reconciliación y se confesó.

ORACIÓN DE ANHELO POR VER A MARÍA EN EL CIELO

Señora mía Inmaculada, yo me alegro contigo

de verte enriquecida con tanta pureza.

Doy gracias y siempre las daré a nuestro Creador,

por haberte preservado de toda mancha de culpa,

como lo tengo por cierto,

y por defender este grande y singular privilegio

de tu Inmaculada Concepción,

estoy pronto y juro dar

si fuera menester, hasta mi vida.

Quisiera que todo el mundo te reconociese

y te aclamase como aquella hermosa aurora

siempre iluminada por la divina luz;

como el arca elegida de la salvación,

libre del universal naufragio del pecado;

por aquella perfecta e inmaculada paloma,

como te llamó tu divino esposo;

como aquel jardín cerrado

que hizo las delicias de Dios;

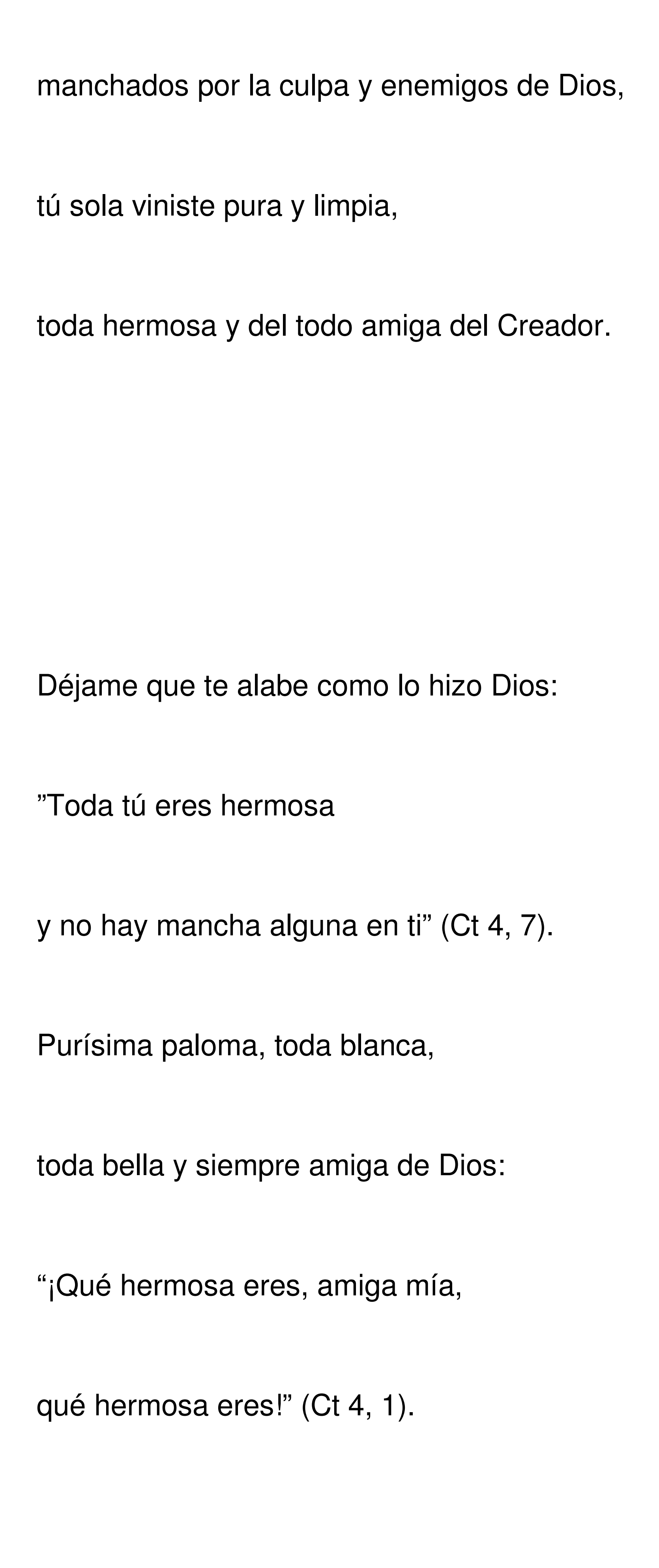
por aquella fuente sellada

que jamás pudo enturbiar el enemigo;

en fin, por aquella blanca azucena que eres tú,

y que naciendo entre las espinas,

que son los hijos de Adán,


manchados por la culpa y enemigos de Dios,

tú sola viniste pura y limpia,

toda hermosa y del todo amiga del Creador.

Déjame que te alabe como lo hizo Dios:

”Toda tú eres hermosa

y no hay mancha alguna en ti” (Ct 4, 7).

Purísima paloma, toda blanca,

toda bella y siempre amiga de Dios:

“¡Qué hermosa eres, amiga mía,

qué hermosa eres!” (Ct 4, 1).

María, tan bella a los ojos del Señor,

no te desdeñes de mirarme piadosa;

compadécete de mí y sáname.

Hermoso imán de los corazones,

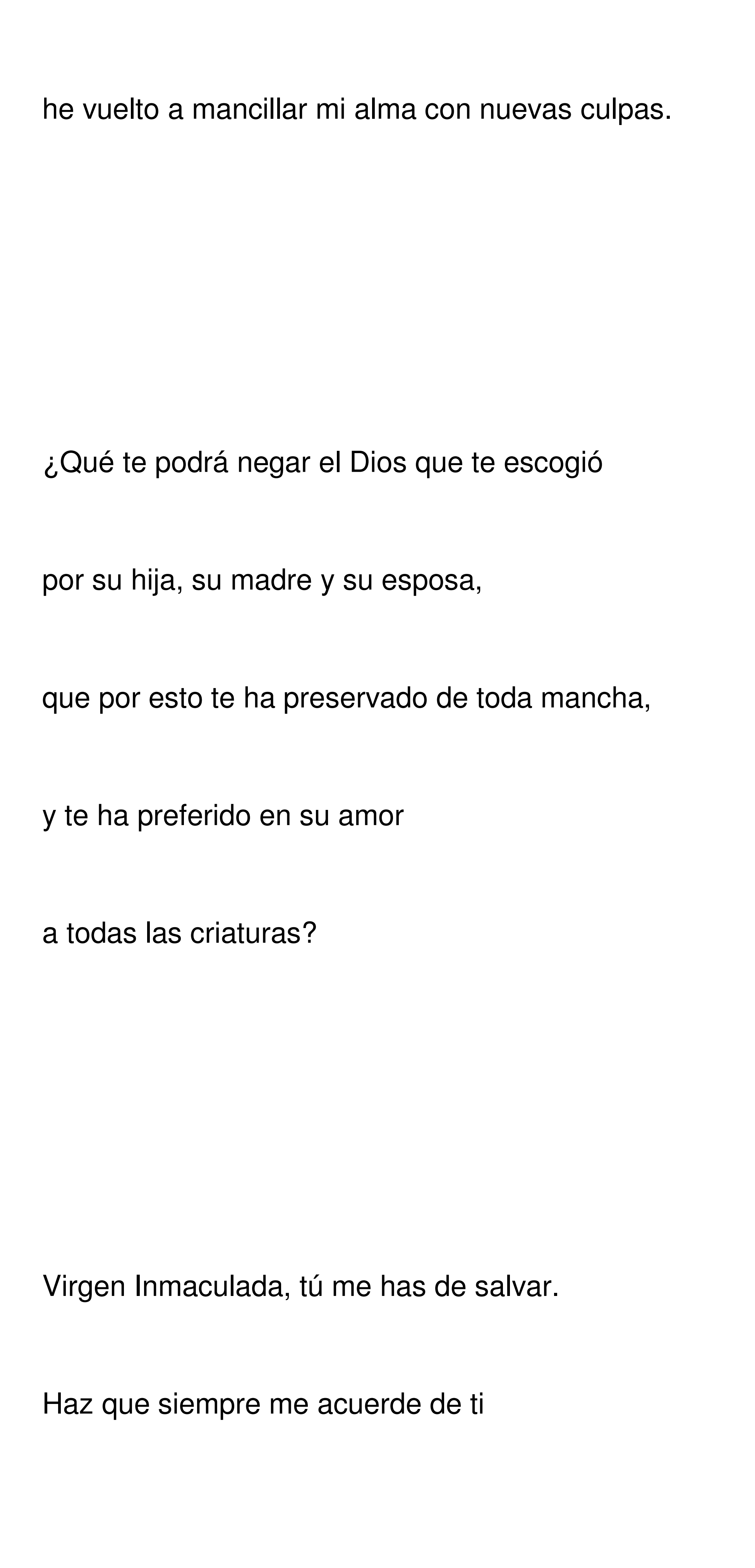
atrae hacia ti el pobre corazón mío.

Tú que, desde el primer instante,

te presentas pura y bella ante Dios,

ten piedad de mí, que no sólo nací en pecado,

sino que también después del bautismo



he vuelto a mancillar mi alma con nuevas culpas.

¿Qué te podrá negar el Dios que te escogió

por su hija, su madre y su esposa,

que por esto te ha preservado de toda mancha,

y te ha preferido en su amor

a todas las criaturas?

Virgen Inmaculada, tú me has de salvar.

Haz que siempre me acuerde de ti

y tú nunca te olvides de mí.

Mil años me parece que faltan

hasta que pueda llegar a contemplar

esa tu belleza en el paraíso,

para sin fin amarte y alabarte,

madre mía, reina mía, amada mía, María.

Discurso segundo

NATIVIDAD DE MARÍA

María nació con incomparable santidad, porque Dios le dio la mayor gracia desde el principio, y fue extraordinaria la fidelidad con que María correspondió, bien pronto, a Dios

Suelen los hombres celebrar el nacimiento de sus hijos con fiestas y señales de alegría; pero, si bien se mira, debieran dar muestras de tristeza y dolor al considerar que nacen con la culpa original, y sujetos desde la cuna a miserias y a la muerte. Mas la natividad de nuestra niña María es justo que se celebre con fiestas y gozo universal pues vino a la vida niña en la edad, pero colmada de méritos y de virtudes.

María nació santa y gran santa. Para entender algo el grado de santidad con que nació, es necesario considerar cómo sería de grande la gracia primera con que Dios enriqueció a María; y en segundo lugar cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió a Dios.

PUNTO 1º

1. María supera en gracia a santos y ángeles juntos

Es cierto que el alma de María es la más bella que ha creado Dios después de la del Verbo Encarnado; ésta fue la obra más grandiosa y de por sí la más digna que realizó el Omnipotente en la tierra. "Una obra que sólo es superada por el mismo Dios", dice san Pedro Damiano. La gracia de Dios no se dio a María con medida como a los demás santos, sino "como el rocío que humedece la tierra" (Sal 71, 6). Fue el alma de María como lana que absorbió dichosa la gran lluvia de la gracia sin perder ni una gota. "La Virgen –dice san Basilio– absorbió toda la gracia del Espíritu Santo". Es decir, como explica san Buenaventura, poseyendo en plenitud todo lo que los demás santos poseen en parte. San Vicente Ferrer, hablando de la santidad de María antes de su nacimiento, dice que esa santidad sobrepasó la de todos los ángeles y santos juntos.

Que María superó en gracia a cada uno de los santos en particular y a todos los ángeles y santos a la vez, lo demuestra el P. Francisco Pepe, de la Compañía de Jesús, en su obra “De la grandeza de Jesús y de María”, y afirma que esta sentencia tan gloriosa para nuestra reina, es común y cierta entre los teólogos. Y narra que la Madre de Dios mandó por medio del P. Martín Gutiérrez, agradecer de su parte al P. Suárez haber defendido esta sentencia con tanto valor. Sentencia que el P. Señeri, en su libro “El devoto de María”, declara que ha sido sostenida comúnmente por la Universidad de Salamanca.

Si esta sentencia es común y cierta, mucho más lo es la sentencia de que María recibió esta gracia superior a la de todos los santos y ángeles juntos desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. Esto lo defiende con toda su fuerza el P. Suárez, al que le siguen los P. Señeri, Recupito y de la Colombière. Pero esta autoridad de los teólogos queda fundamentada en dos grandes y convincentes razones.

2. María, predestinada a ser Madre de Dios

La primera razón de este privilegio es porque María fue elegida por Dios para Madre del Verbo divino. Dice Dionisio Cartujano que habiendo sido elevada a un orden superior al de todas las criaturas –porque, en cierto modo, como afirma el P. Suárez, la maternidad divina pertenece al orden de la unión hipostática– con toda razón le fueron otorgados desde el principio de su vida dones superiores que sobrepasan de modo incomparable, los dones otorgados a todas las demás criaturas. Y en verdad no puede dudarse que, al mismo tiempo que en los divinos decretos se destinó al Verbo de Dios para hacerse hombre, le fue designada la madre de la que había de recibir el ser humano; y ésta fue nuestra niña María.

Enseña santo Tomás que el Señor da a cada uno la gracia proporcionada a la dignidad a que lo destina. Antes lo enseñó san Pablo al decir: "El cual nos capacitó para ser ministros de una nueva Alianza" (2Co 3, 6), indicando con ello que los Apóstoles recibieron de Dios los dones proporcionados al gran ministerio para el que fueron elegidos. Añade san Bernardino de Siena que cuando alguno es elegido por Dios para cualquier estado, recibe no sólo las disposiciones necesarias, sino también las gracias para desempeñarlo con decoro.

Siendo elegida María para Madre de Dios, fue necesario que Dios la dotara desde el primer instante de gracias inmensas y de categoría superior a las gracias de todos los ángeles y hombres juntos, pues debía corresponder esa gracia a la dignidad inmensa y suprema a

la que Dios la exaltaba. Lo afirman todos los teólogos con santo Tomás que dice: “La Virgen fue elegida para ser Madre de Dios, y por eso no se puede dudar de que Dios la hizo con su gracia idónea para esa misión”. De modo que María, antes de ser realmente la Madre de Dios, estuvo dotada de santidad tan perfecta, que la hizo idónea para esa dignidad. “En la Santísima Virgen, la perfección fue como dispositiva, pues con ella se hizo idónea para ser la Madre de Cristo, y ésta fue la santidad perfecta”, dice el santo doctor.

Y antes había dicho que María fue llamada llena de gracia porque atesoraba en su alma una gracia tan inmensa que era proporcionada a la dignidad altísima a que estaba predestinada, de manera que fue hallada digna de ser Madre del Unigénito de Dios. De modo que para comprender la excelencia y sublimidad de la gracia concedida a María hay que tener en cuenta su dignidad de Madre de Dios.

Con razón dice David que los fundamentos de esta ciudad de Dios, María, debían plantarse sobre las cimas de los montes, lo que viene a significar que el comienzo de la vida de María debía de ser más elevado que la de los demás en su santidad consumada. “Ama el Señor las puertas de Sión, dice el Profeta, más que todos los tabernáculos de Jacob. Y el mismo David da la razón, pues Dios debía nacer de su seno virginal” (Sal 86, 5). Por eso Dios tenía que dar a esta Virgen, desde el primer momento en que la creó, la gracia correspondiente a la dignidad de una madre de Dios.

Lo mismo dio a entender Isaías al profetizar que en los tiempos venideros, la casa de Dios, que fue María, había de levantarse sobre todos los montes, y que por eso todas las gentes irían presurosas a este monte para recibir las divinas misericordias.

“Sucederá en días futuros, que el monte de la Casa de Jahveh será asentado en la cima de los montes y se alzará por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones y acudirán pueblos numerosos” (Is 2, 2). San Gregorio lo explica así: “Monte sobre todos los montes porque brilla la alteza de María sobre la de todos los santos”. San Juan Damasceno dice: “Monte que Dios se complació en elegir para su descanso. María fue llamada también ciprés, pero ciprés del monte Sión; cedro, pero cedro del Líbano; olivo, pero olivo muy hermoso; escogida, pero escogida como el sol (Ecclo 24, 13-14; Ct 6, 9); porque, como dice san Pedro Damiano, como el sol, con su luz, excede totalmente al esplendor de las estrellas, pues cuando él sale, sólo se ve su brillo, así la Virgen Madre de Dios supera con su santidad los méritos de toda la corte celestial. San Bernardo dice con elegancia: “María fue tan sublime por su santidad, que a Dios no le iba otra Madre distinta de María y María no podía tener otro Hijo más que Dios”.

3. María, nuestra medianera

La segunda razón con que se demuestra que María, desde el primer instante de su existencia, fue más santa que todos los santos juntos, es su gran misión de mediadora para con los hombres, que tiene desde que existe; por eso era necesario que, desde el principio poseyera mayor cúmulo de gracia que la de todos los santos. Ya se sabe que los santos padres y teólogos atribuyen a María este título de mediadora, porque ella con su poderosa intercesión y méritos nos obtuvo la salvación, procurando al mundo perdido el gran beneficio de la Redención. Su mérito se llama de congruo porque sólo Jesucristo es nuestro mediador con toda justicia o de condigno, como dicen los teólogos, habiendo ofrecido sus méritos al eterno Padre que los aceptó para nuestra salvación. María, por su parte, es mediadora por su intercesión, o por mérito de congruo, que dicen los teólogos con san Buenaventura, habiendo ofrecido a Dios sus méritos por la salvación de todos los hombres; y Dios, porque así lo decidió, los acepta en unión de los méritos de Jesucristo, su Hijo. Como dice Arnoldo de Chartres: “Ella con Cristo nos obtuvo el mismo efecto: nuestra salvación”. Todo bien, todo don de vida eterna que ha recibido cualquiera de los santos, lo ha recibido de Dios, y por medio de María se le ha dispensado.

Esto quiere dar a entender la Iglesia cuando honra a la Madre de Dios aplicándole estas palabras: “En mí toda gracia de vida y de verdad”. Dice de vida, porque por María se nos conceden todas las gracias a los viadores; y dice de verdad porque por María se nos da la luz de la vida. “En mí toda esperanza de vida y de virtud”. De

vida, porque por María esperamos obtener la vida de la gracia en la tierra y la de la gloria en el cielo; de virtud, porque por medio de María se obtienen todas las virtudes, muy especialmente las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, que son las virtudes fundamentales de los santos, “Yo soy la madre del amor hermoso, y del santo temor, y del conocimiento y de la santa esperanza”. María con su intercesión consigue para sus devotos el don del divino amor, del temor santo, de la luz celeste, y de la santa confianza. De lo cual deduce san Bernardo, que es enseñanza de la Iglesia, que María es la mediadora universal de nuestra salvación. “¡Gloria y honor a la que halló la gracia, a la que es mediadora de la salvación y restauradora de los siglos! Estas cosas me canta de ella la Iglesia, y me enseña que las cante yo”.

Afirma san Sofronio, patriarca de Jerusalén, que el Arcángel san Gabriel la llamó llena de gracia, porque mientras a los demás se les da la gracia con medida, a María se le otorgó toda entera. Esto sucedió –afirma san Basilio– a fin de que, de ese modo, pudiera ser digna mediadora entre los hombres y Dios. De otra manera –afirma san Lorenza Justiniano–, si la Santísima Virgen no hubiera estado desbordante de gracia divina ¿cómo hubiera podido ser la escala del paraíso, la abogada del mundo, y la verdadera mediadora entre Dios y los hombres?

Así queda bien aclarada la segunda razón propuesta. Si María, desde el principio, por estar destinada a ser Madre del Redentor de todos, recibió el oficio de mediadora para todos los hombres, y por consiguiente de modo especial de todos los santos, fue necesario que, desde el principio, tuviera gracias superiores a las que han

tenido todos los santos por los que había de interceder. Me explico más claro: Si por medio de María debían hacerse queridos de Dios todos los hombres, fue necesario que María fuera más santa y más amada de Dios que todos los demás hombres. Si no ¿cómo hubiera podido interceder por ellos? Para un príncipe que obtenga gracias en favor de todos los vasallos, es del todo indispensable que él sea más querido del monarca que todos los otros súbditos. "Y por eso María –concluye san Anselmo–, mereció ser la digna reparadora del mundo perdido, porque ella fue la más santa y la más pura de todas las criaturas".

María fue mediadora de los hombres, pero dirá alguno ¿cómo pudo ser mediadora para con los ángeles? Es sentencia de muchos teólogos que Jesucristo mereció la gracia de la perseverancia también a los ángeles. De modo que si Jesucristo fue mediador de condigno, así también María debió ser mediadora de los ángeles de congruo. Habiendo acelerado con sus plegarias la venida del Mesías, mereció para los ángeles la recuperación de las sedes perdidas por los demonios. Por lo que dice Ricardo de San Víctor: "Ambas criaturas son reparadas por María, por ella se ha reparado la ruina de los ángeles, y ha sido reconciliada la naturaleza humana". "Ambas –dice san Anselmo– por medio de esta santa Virgen han sido devueltas al estado primitivo y restauradas".

Nuestra celestial niña, por haber sido hecha la mediadora del mundo y por haber estado destinada a ser Madre del Redentor, desde el principio de su vivir, recibió una gracia superior a la de todos los santos juntos. ¡Qué espectáculo tan sublime para el cielo y la tierra la hermosísima alma de esta niña afortunada aunque

oculta aún en el seno de su madre! Era la criatura más amable a los ojos de Dios, porque colmada ya de gracia y de méritos, podía exclamar con toda verdad: “Desde niña agradé al Altísimo”.

Era al mismo tiempo la criatura que más amaba a Dios, sin que nadie jamás en el mundo se le pudiera comparar en la fuerza de su amor. De suerte que si hubiera nacido inmediatamente después de su purísima Concepción, ya hubiera venido al mundo más rica de merecimientos y más santa que todos los santos. Pensemos cuán santa nació viniendo al mundo después de nueve meses de su Concepción en que no dejó de ir acrecentando merecimientos en el seno de su madre. Pasemos a considerar el segundo punto en que veremos cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió desde el primer instante a la gracia de Dios.

PUNTO 2º

1. María recibió todo don y supo responder enseguida a la gracia

No es una simple opinión, dice el P. La Colombière, sino el común sentir, que la santa niña, al recibir la gracia santificante en el seno de su madre santa Ana, recibió al mismo tiempo, la gracia de la ciencia infusa, que es una luz divina correspondiente a toda la gracia de que fue enriquecida. Así que bien podemos creer que desde el primer instante en que su alma se unió a su cuerpo, ella quedó iluminada con todas las luces de la divina sabiduría con que conoció la verdad eterna, la belleza de la virtud, y sobre todo, la infinita bondad de su Dios y cuánto merecía ser amado de todos, pero especialmente por ella por razón de los especialísimos privilegios con que el Señor la había dotado, distinguiéndola sobre todas las criaturas, preservándola de la mancha del pecado original, dándole gracias tan inmensas, y destinándola para Madre del Verbo y reina del universo.

Porque, desde el primer momento María, llena de gratitud para con su Dios, comenzó presurosamente a trabajar negociando fielmente con aquel gran capital de gracia de que se veía dotada. Dedicándose a complacer y amar la divina bondad, desde aquel instante la amó con todas sus fuerzas, y así continuó amándolo durante los nueve meses que precedieron a su nacimiento, en los que no cesó ni por un momento de unirse siempre más a Dios con actos fervientes de amor. Ella estaba exenta de la culpa original, por lo que estaba libre de todo afecto terreno, de cualquier movimiento desordenado, de cualquier distracción, de cualquier obstáculo que le hubieran podido oponer sus sentidos en su constante progreso en el divino amor. Todos sus sentidos estaban perfectamente de acuerdo con su alma santa en correr hacia Dios; de modo que, libre de todo impedimento, sin detenerse jamás, volaba hacia Dios, amándolo siempre y siempre creciendo en su amor. Por eso ella se llamó plátano plantado junto a la corriente. Ella dice: “Como plátano me he elevado” (Ecclo 24, 14).

Ella es la planta elegida por Dios que siempre se elevó junto a la corriente de la gracia divina. Por eso de modo semejante se llamó vid: “Como la vida he hecho germinar la gracia y mis flores son fruto de gloria y de riqueza” (Ecclo 24, 17); no sólo porque fue tan humilde a los ojos del mundo, sino porque progresó siempre en el amor, como crece indefinidamente la vid. Los demás árboles, como el naranjo, el peral y la morera, se desarrollan hasta determinada altura, al paso que la vid crece siempre sin límite. Así la Virgen siempre creció en la perfección. “Dios te salve, vid siempre llena de verdor”; así la saluda san Gregorio Taumaturgo. Siempre estuvo unida a su Dios que era su único apoyo. De ella habló el Espíritu Santo cuando dijo: “¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado?” (Ct 8, 5). “Esta es –comenta san Ambrosio–la que sube para adherirse al Verbo de Dios como sube la vid apoyada al árbol”.

2. María creció en gracia prodigiosamente

Dicen muchos y graves teólogos que quien posee el hábito de una virtud, siempre que corresponde fielmente a la gracia actual que de

Dios recibe, produce un acto de igual intensidad al hábito de virtud que ya posee; de modo que cada vez adquiere un nuevo merecimiento igual al cúmulo de todos los méritos antes adquiridos. Este acrecentamiento, como dicen, ya fue concedido a los ángeles en su primer estado; y si fue concedido a los ángeles ¿quién podrá negar este don a la Madre de Dios mientras vivió en la tierra, y por tanto en el tiempo que vivió en el seno de su madre, en el que fue incomparablemente más fiel que los ángeles en corresponder a la gracia? María a cada momento doblaba aquella sublime gracia que poseyó desde el primer instante pues correspondía con toda su alma perfecta y en todo acto que hacía, redoblaba sus merecimientos... Multiplicad por un día, multiplicad por nueve meses, y considerad qué tesoros de gracias, de méritos y de santidad trajo María al mundo en su Natividad.

Alegrémonos por tanto con nuestra preciosa niña que nació tan santa, tan amada por Dios, tan llena de gracia. Y alegrémonos, no sólo por ella, sino también por nosotros; porque ella vino al mundo llena de gracia, no sólo para su provecho y gloria sino para nuestro bien.

Considera santo Tomás en el Opúsculo octavo, que la Santísima Virgen estuvo llena de gracia de tres modos. Primero, estuvo llena de gracia en su alma porque desde el principio su alma hermosísima fue toda de Dios. Lo segundo, porque estuvo llena de gracia en su cuerpo, ya que mereció dar su purísima carne al Verbo eterno. Lo tercero, porque estuvo llena de gracia para provecho de todos, pues así todos los hombres podrían participar de la gracia. Algunos santos, añade el Angélico, poseen tanta gracia, que no

sólo basta para salvarse ellos, sino que alcanza para salvar a muchos otros, pero no para salvarlos a todos. Sólo a Jesucristo y a María se les concedió tal cúmulo de gracia que bastara para salvar a todos. “Lo máximo sería que alguno tuviera tanta gracia que bastara para la salvación de todo; y esto es lo que ha sucedido con Jesús y con la Santísima Virgen”. Así lo enseña santo Tomás.

Lo que dice san Juan (1, 16): “De su plenitud todos hemos recibido”, lo mismo dicen los santos de María. Santo Tomás de Villanueva le dice: “Llena de gracia, de cuya plenitud participan todos”. De forma, dice san Anselmo, que no hay quien no participe de la gracia de María. ¿Dónde hay en el mundo alguien con quien María no sea benigna y no le dispense su misericordia?

3. María es tesorera de las gracias

De Jesús, claro está, recibimos la gracia como autor de ella, y de María como medianera; de Jesús como Salvador, de María como

abogada; de Jesús como fuente de la gracia, de María como su canal.

Dice san Bernardo que Dios constituyó a María cual acueducto de las misericordias que quería otorgar a los hombres; por ello la llenó de gracias, para que de su plenitud se comunicara a cada uno su parte. Por eso el santo exhorta a considerar con cuánto amor quiere Dios que amemos a esta Virgen excepcional, pues en ella ha colocado todos los tesoros de sus bienes, y así, cuanto tengamos de esperanza, de gracia y de salvación, todo se lo agradezcamos a nuestra muy amada reina pues todo nos viene de sus manos y por su intercesión. Estas son sus bellas palabras: “Mirad con qué afecto y devoción desea que la honremos, el que puso toda la plenitud de los bienes en María, pues todo lo que en nosotros hay de gracia y salvación, comprendamos que de ella nos viene”.

¡Infeliz el que cierra para sí este canal de la gracia al no encomendarse a María! Olofernes, cuando quiso apoderarse de la ciudad de Betulia, mandó ocupar los acueductos de la ciudad (Jdt 7, 7). Esto hace el demonio cuando intenta apoderarse de un alma: le hace abandonar la devoción a María santísima. Cerrado este canal, ella perderá fácilmente la luz, el temor de Dios, y al fin, la salvación eterna.

Léase el siguiente ejemplo en el que se verá lo grande que es la piedad del corazón de María, y la ruina que atrae sobre sí el que ciega este canal al abandonar la devoción a esta reina del cielo.

EJEMPLO

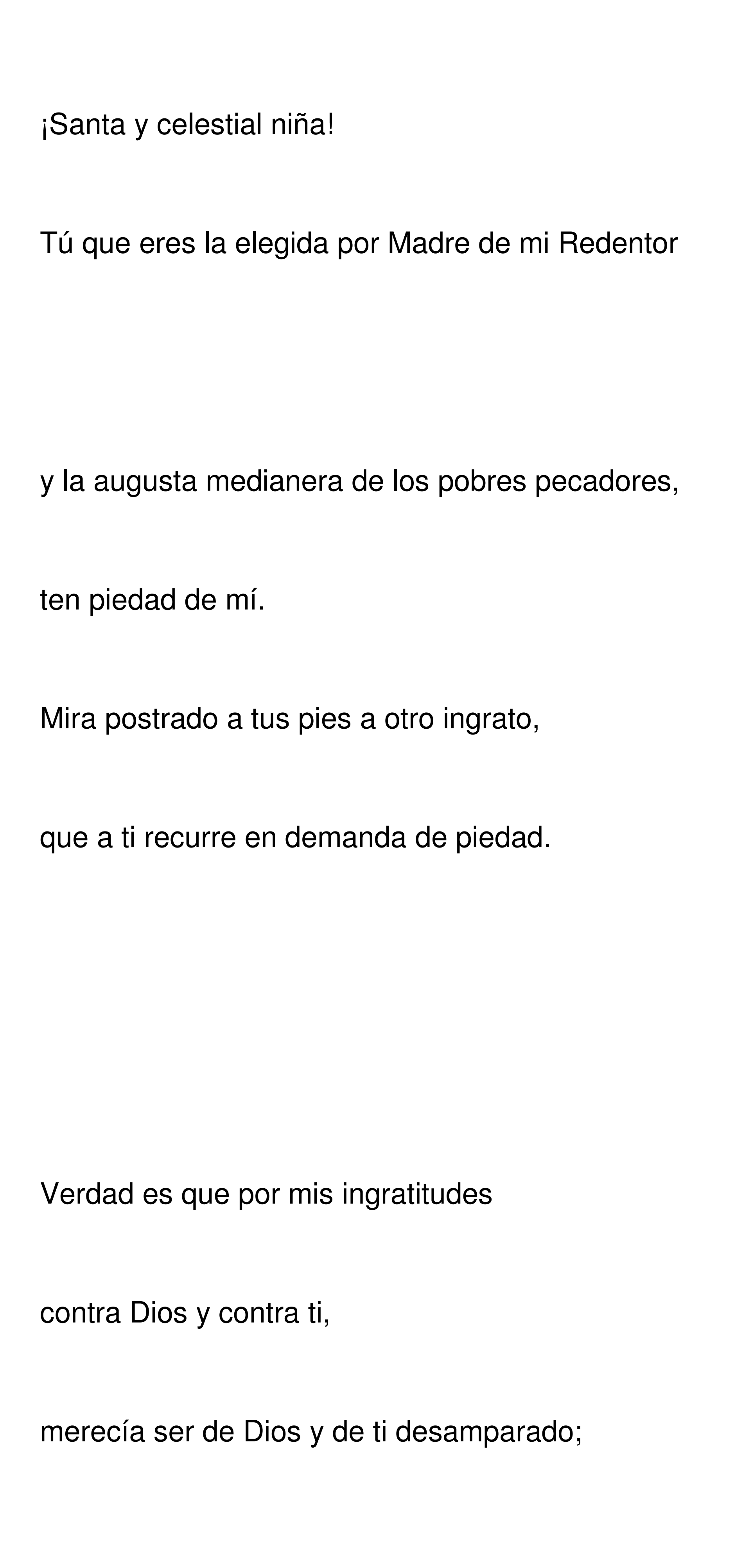
Favor de María hacia el joven Eskil

Un noble joven llamado Eskil, fue mandado por su padre a estudiar a Hildeseim, ciudad de la Baja Sajonia; pero él se dio a una vida licenciosa y rota. Cayendo gravemente enfermo, a los pocos días estaba a las puertas de la muerte. Viéndose al cabo de la vida tuvo una visión: Se vio en un horno de fuego; creía estar en el infierno, pero impensadamente pudo salir de él y se encontró en un palacio; al entrar en un gran salón vio a la Santísima Virgen que le dijo:

“¿Cómo has tenido valor para presentarte en mi presencia? Sal de aquí y vete al fuego del infierno que tienes bien merecido”. El joven imploró la misericordia de la Virgen, y vuelto a unas personas que se hallaban en el salón les rogó que unieran sus oraciones a las de él. Así lo hicieron, pero la Santísima Virgen les dijo: “¿Ignoráis la vida licenciosa que ha llevado sin haberse dignado siquiera rezar una Ave María?” Los abogados le dijeron: “Señora, ya cambiará de vida”. A lo que el joven añadió: “Prometo enmendarme de veras y seré tu fiel y leal servidor”.

Mitigando entonces la Virgen su severidad, le contestó: “Está bien, acepto tu promesa, séme fiel, recibe mi bendición, para que te veas libre de morir en pecado y del infierno”. Dicho esto, desapareció la visión. Volviendo Eskil de su visión, refirió a los demás la gracia que de María había recibido. Desde entonces comenzó a llevar una vida santa, alimentando siempre en su corazón un grande y tierno amor a María. Más tarde fue nombrado arzobispo de Luna, en Dinamarca, donde convirtió a muchos infieles. Ya mayor, renunció a la mitra y se hizo monje de Claraval donde vivió cuatro años más, al cabo de los cuales murió con la muerte de los justos. Algunos autores lo cuentan entre los santos del Cister.

ORACIÓN CONFIADA PARA PEDIR LA PROPIA CONVERSIÓN



¡Santa y celestial niña!

Tú que eres la elegida por Madre de mi Redentor

y la augusta medianera de los pobres pecadores,

ten piedad de mí.

Mira postrado a tus pies a otro ingrato,

que a ti recurre en demanda de piedad.

Verdad es que por mis ingratitudes

contra Dios y contra ti,

merecía ser de Dios y de ti desamparado;

pero oigo decir y así lo siento,

sabiendo que es inmensa tu misericordia,

que no te niegas a ayudar

al que a ti se encomienda confiado.

Tú eres la criatura más excelsa del mundo,

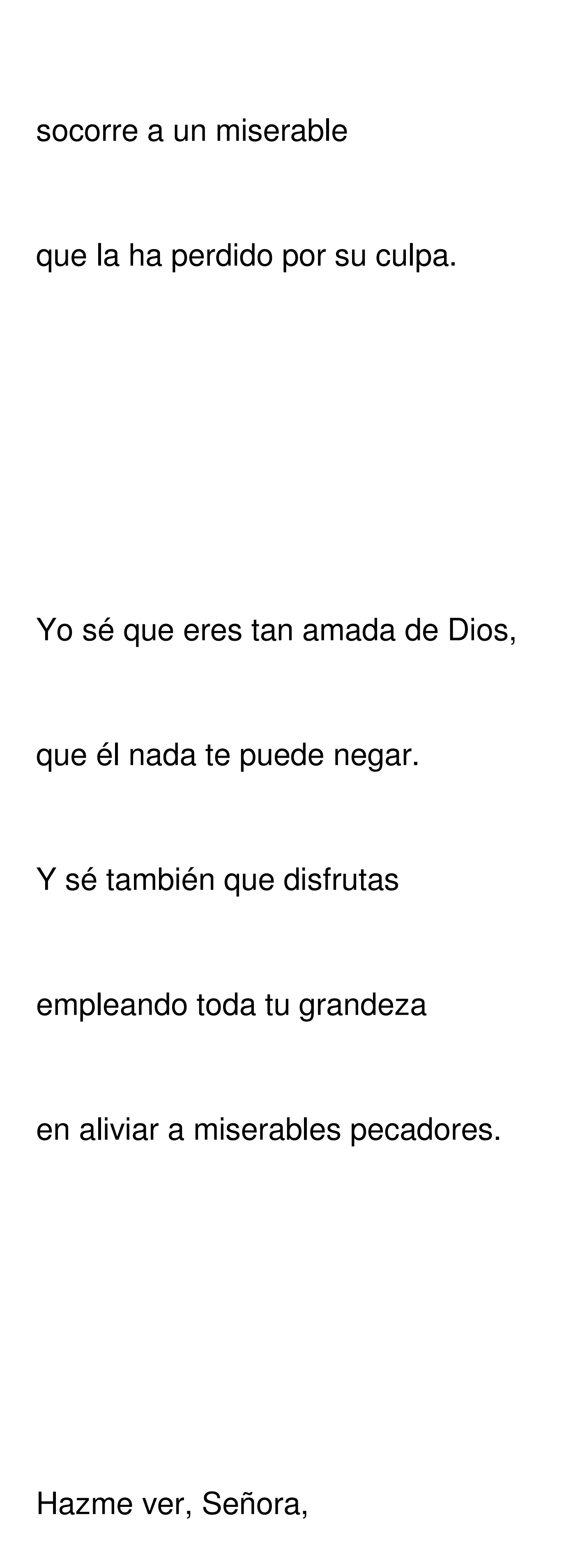
pues sobre ti sólo está Dios,

y ante ti, son pequeños

los más encumbrados de los cielos;

María, la más santa entre los santos,

abismo de gracias y llena de gracia,



socorre a un miserable

que la ha perdido por su culpa.

Yo sé que eres tan amada de Dios,

que él nada te puede negar.

Y sé también que disfrutas

empleando toda tu grandeza

en aliviar a miserables pecadores.

Hazme ver, Señora,

el gran poder que tienes ante Dios

consiguiéndome una luz

y una llama divina tan potente,

que me transforme de pecador en santo,

y que, arrancándome de todo afecto terreno,

me inflame del todo en el divino amor.

Señora, hazlo, por amor de ese Dios

que te ha hecho tan grande,

tan poderosa y tan piadosa.

Así lo espero, así sea.

Discurso tercero

PRESENTACIÓN DE MARÍA EN EL TEMPLO

El ofrecimiento que hizo María de sí misma a Dios, fue pronto y sin demora, fue por entero y sin reservas

No hubo ni habrá jamás un ofrecimiento hecho por una criatura, ni más grande ni más perfecto que el que hizo la niña María a Dios cuando se presentó en el Templo para ofrecerle, no incienso ni cabritillas, ni monedas de oro, sino a sí misma del todo y por entero, en perfecto holocausto, consagrándose como víctima perpetua en su honor.

Muy bien comprendió la voz del Señor que la llamaba a dedicarse toda entera a su amor, con aquellas palabras: “Levántate, apresúrate, amiga mía... y ven” (Ct 2, 10). Por eso quería su Señor que se dedicara del todo a amarlo y complacerlo: “Oye, hija mía, mira, inclina tu oído y olvida tu pueblo y la casa paterna” (Sal 44, 14). Y ella, al instante siguió la llamada de Dios.

Veamos pues cuán agradable fue a Dios el ofrecimiento que María hizo de sí misma a Dios al consagrarse al punto y sin demora, enteramente y sin reserva.

PUNTO 1º

1. María se ofreció a Dios sin demora

Es seguro que desde el primer instante en que esta celestial niña fue santificada en el seno de su madre, que fue desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, ella recibió el uso perfecto de la razón para poder desde el primer momento comenzar a merecer, como lo afirman con sentencia común los doctores con el P. Suárez. Él dice que, siendo el modo más perfecto que usa Dios para santificar a un alma, santificarla por sus propios méritos, como lo enseña santo Tomás, así debe creerse que fue santificada la Santísima Virgen. Si este privilegio fue concedido a los ángeles y a Adán, como enseña El Angélico, mucho más debemos creer que se concedió a la Madre de Dios, habiéndose dignado el Señor elegirla por madre suya, se ha de creer con toda certeza que había de otorgarle mayores dones que a todas las demás criaturas. Así lo enseña el mismo santo doctor: "De ella recibió la naturaleza humana y por eso, debió recibir de Cristo más plenitud de gracia que todos los demás". Y es que, siendo la madre, dice el P. Suárez, tiene un derecho cierto y del todo singular sobre todos los dones de su Hijo. Y así como por la unión hipostática era necesario que Jesús poseyera todas las gracias en plenitud, así fue del todo conveniente que Jesús, por deber de naturaleza otorgara a María gracias mayores que las concedidas a todos los santos y ángeles juntos.

2. María entregó su voluntad al Señor

De lo cual resulta que María desde el principio de su existencia conoció a Dios, y lo conoció con tal perfección –como le dijo el ángel a Santa Brígida– y de tal manera, que ninguna lengua es capaz de explicar la perfección con que la inteligencia de la Santísima Virgen llegó a conocer a Dios desde el primer instante. Desde entonces María, con aquella primera luz con que Dios la enriqueció, se ofreció por entero a su Señor dedicándose del todo a su amor y a su gloria, como el mismo ángel se lo reveló a santa Brígida cuando le dijo: "Al instante nuestra Reina determinó consagrar a Dios su voluntad con todo el amor y para siempre. Y nadie puede comprender de qué manera su voluntad se sujetó a abrazar todo lo que fuera del gusto divino".

Cuando después del diluvio universal Noé soltó un cuerpo desde el arca, éste no volvió pues encontró alimento en la carroña; pero cuando soltó una paloma, ésta, sin posarse fuera, volvió al arca (Gn 8, 9). Muchos, creados por Dios, se dedican, desdichados, a saciarse de bienes terrenales. No fue así María, nuestra celestial paloma, ella comprendió que Dios debe ser el único amor; que el mundo está lleno de peligros y que quien antes lo abandona está mas a salvo de sus lazos, por lo que huyó de él desde su más tierna edad... Así fue que la Santísima Virgen, desde el principio de su ser fue del todo agradable al Señor y muy amada de él como le hace decir la santa Iglesia:

"Congratulaos conmigo todos los que amáis al Señor, porque desde que era niña agradé al Altísimo". Por eso ha sido comparada a la luna, porque así como la luna cumple su carrera más de prisa que los demás astros, así María alcanzó la perfección más pronto que

todos los santos al entregarse a Dios sin demora, enteramente y sin reservas.

PUNTO 2º

1. María se consagró a Dios por entero

La niña María conocía bien con luz del cielo, que Dios no acepta un corazón partido sino que lo quiere consagrado a su amor conforme al mandato sagrado: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón” (Dt 4, 5). Por lo que ella, desde que comenzó a vivir, comenzó a amar a Dios con todas sus fuerzas y del todo se entregó a él.

Ella, por complacer a Dios le consagró su virginidad, consagración que fue la primera en hacer, según dice Bernardino de Busto: "María se consagró del todo y perpetuamente a Dios".

Con cuánto amor le podía decir al Señor: "Mi amado es para mí y yo para mi amado" (Ct 2, 16). "Para mi amado", comenta el cardenal Hugo, pues para él viviré del todo.

Señor mío y Dios mío, le diría, yo he venido sólo para agradarte y darte todo el honor que pueda. Quiero vivir del todo para ti. Acepta el ofrecimiento de ésta tu humilde esclava y ayúdame a serte fiel.

María, cual aurora naciente (Ct 4, 9), crecía siempre en la perfección como se acrecienta la luz de la aurora. ¿Quién podrá explicar cómo resplandecían en ella, cada vez más, de día en día sus hermosas virtudes, su caridad y modestia, su silencio y humildad, su mortificación y mansedumbre? Plantada en la casa del Señor cual frondoso olivo, dice san Juan Damasceno y regada con la gracia del Espíritu Santo, fue la morada de todas las virtudes. La Santísima Virgen se mostraba modesta en el semblante, amable en las palabras que salían de un interior equilibrado. La Virgen, dice en otro lugar, tenía su mente alejada del deseo desordenado de lo terreno; abrazándose a todo lo que fuera virtud; y de este modo,

ejercitándose en toda perfección, aprovechó tanto que mereció ser templo digno de Dios.

Hablando san Anselmo del comportamiento de María en el templo, dice que era dócil y sumisa, sobria en hablar, de admirable compostura, sin reírse ni turbarse; constante en la oración y en tratar de comprender la Sagrada Escritura, y asidua en toda obra de virtud. San Jerónimo dice que pasaba el tiempo en la oración, siendo la más fiel en la observancia de la Ley, la más humilde, y la más perfecta en todo. Jamás se la vio airada. Sus palabras eran siempre tan llenas de dulzura que pareciera que Dios hablaba por su boca.

Reveló la Madre de Dios a santa Isabel, religiosa benedictina del monasterio de Schoenau, según refiere san Buenaventura, que sólo pensaba en tener a Dios por padre y en qué podía hacer para complacerle; que le tenía consagrada su virginidad; que no ambicionaba nada de este mundo, entregándole al Señor toda su voluntad y que le pedía le concediera la gracia de conocer a la Madre del Redentor, rogándole le conservara los ojos para contemplarla, la lengua para alabarla, las manos y los pies para servirla, y las rodillas para poder arrodillarse ante ella para adorar al Hijo de Dios que llevaba en su seno. “Pero Señora –le dijo santa Isabel–, ¿no estabas llena de gracia y de virtud?” A lo que María respondió: “Has de saber que yo me tenía por la más insignificante y menos merecedora de la gracia y de la virtud, por eso las pedía tanto.

¿Crees que yo tuve la gracia y la virtud sin esfuerzo?" Son dignas de consideración las revelaciones hechas a santa Brígida sobre las virtudes que practicó María desde su más tierna infancia: "Desde niña, María estuvo llena del Espíritu Santo, y conforme crecía en edad, se acrecentaba en ella la gracia. Desde entonces estuvo resuelta a amar a Dios con todo su corazón con obras y palabras, sin jamás ofenderle; y por eso desdeñaba todos los bienes terrenales. Daba lo que podía a los pobres. Era tan mortificada en el alimento, que sólo tomaba lo necesario para sostener la vida del cuerpo. Penetrando en la Sagrada Escritura sobre aquello de que Dios debía nacer de una virgen para redimir el mundo, se inflamaba de tal modo en el amor de Dios, que sólo suspiraba por él y en él pensaba, y dichosa sola con Dios, evitaba todas las conversaciones que de él lo apartasen. Y deseaba en gran manera encontrarse en el templo al llegar el Mesías para poder ser la sierva de la dichosa virgencita que mereciera ser su madre. Esto dicen las revelaciones de santa Brígida.

2. María aceleró la venida del Redentor

Por amor a esta niña privilegiada aceleró el Redentor su venida al mundo.

Precisamente porque no se juzgaba digna de ser la esclava de la Madre de Dios, fue la elegida para ser tal madre. Con el aroma de sus virtudes y con sus poderosas plegarias atrajo a su seno virginal al Hijo de Dios. Por eso la llamó tortolita su divino Esposo: “Se ha oído en nuestra tierra la voz de la tórtola” (Ct 2, 12); no sólo porque ella al igual que la tórtola, amó siempre la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino porque como la tortolita que siempre va gimiendo por la campiña, María siempre suspiraba compadeciendo las miserias del mundo perdido y pidiendo a Dios que otorgara la redención para todos. Con cuánto más fervor que los profetas repetía ella cuando estaba en el templo las súplicas y los suspiros de los mismos para que mandara al Redentor: “Envía Señor al Cordero dominador de la tierra” (Is 15, 1). “Destilad, cielos, vuestro rocío y que las nubes lluevan al Justo” (Is 45, 8). “¡Oh si rasgaras los cielos y descendieras!” (Is 44, 1).

En una palabra, ella era el objeto de las complacencias de Dios al contemplar a esta virgencita aspirando siempre a la más encumbrada perfección como columnita de incienso rica por el aroma de todas las virtudes como la describe el Espíritu Santo:

“¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo hecha de la mirra y del incienso y de toda especie de aromas?” (Ct 3, 6). En verdad, dice Sofronio, era esta doncellita el jardín de las delicias del Señor donde se encontraban toda suerte de flores y todos los aromas de las virtudes. Por eso, afirma san Juan Crisóstomo, Dios eligió a María por su madre, porque no encontró en la tierra virgen más santa ni más perfecta que María, ni lugar más digno para habitar que su seno sacrosanto. San Bernardo dice de modo semejante: “No hubo en la tierra sitio más digno que el útero virginal”. San Antonino afirma que la bienaventurada Virgen, para ser elegida y destinada a la dignidad

de Madre de Dios, tenía que poseer una perfección tan grande y consumada que superara totalmente a la perfección de todas las demás criaturas: La suprema perfección de la gracia es estar preparada para concebir al Hijo de Dios.

Como la santa niña María se ofreció a Dios en el templo con prontitud y por entero, así nosotros en este día presentémonos a María sin demora y sin reserva y roguémosle que ella nos ofrezca a Dios, el cual no nos rehusará viendo que somos ofrecidos por las manos de la que fue el templo viviente del Espíritu Santo, las delicias de su Señor y la elegida como madre del Verbo eterno. Y esperemos toda clase de bienes de esta excelsa y muy agradecida Señora que recompensa con gran amor los obsequios que recibe de sus devotos, como puede colegirse del siguiente ejemplo.

EJEMPLO

Visión de sor Dominica del Paraíso

Se lee en la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el P. Ignacio de Niente, dominico, que en un pueblecito llamado Paraíso, cerca de Florencia, nació esta virgencita de padres pobres. Desde muy niña comenzó a servir a la Madre de Dios.

Ayunaba en su honor todos los días de la semana y los sábados daba a los pobres el alimento que se había quitado de la boca, y esos mismos días recogía en el huerto y por los campos todas las flores que podía y se las ponía a una imagen de la Virgen con el niño que tenía en casa.

Veamos con cuántos favores recompensó esta agradecidísima Señora los obsequios que su sierva le ofrecía. Estaba un día, cuando tenía los diez años, asomada a la ventana, cuando vio en la calle una señora de noble aspecto y un niño con ella, y los dos extendían la mano en gesto de pedir limosna. Fue a buscar el pan, y sin que abriera la puerta los vio delante de sí, y advirtió que el niño traía llagados el costado, los pies y las manos. “Decidme, señora –preguntó Dominica–, ¿quién ha maltratado a este niño de tal modo?” Repuso la madre: “Ha sido el amor”. Dominica, encantada de la incomparable belleza y angelical modestia del niño le preguntó si le dolían mucho las llagas. El niño le respondió con una celestial sonrisa. La señora, mirando una imagen de María con el niño en los brazos, preguntó a Dominica: “Dime, hija mía, ¿quién te mueve a coronarla de flores?” “Me mueve, señora –respondió la niña– el amor que tengo a Jesús y a María”. “¿Cuánto los amas?”

“Los amo cuanto puedo”. “Y ¿cuánto puedes?” “Cuanto ellos me ayudan”. “Prosigue, hija mía –acabó diciendo la señora–, prosigue amándolos, que ya verás cómo te lo premian en el cielo”.

La niña comenzó a sentir n suavísimo olor que salía de las llagas del niño. “Señora –preguntó a la madre–, ¿con qué ungüento le ungís las llagas? ¿Se puede comprar?” “Se puede comprar –le respondió la señora– con fe y buenas obras”. Entonces Dominica le ofreció un pan. “Este niño –repuso la madre– se alimenta con amor; dile que amas a Jesús, y te colmará de gozo”. El niño, al oír la palabra amor, se mostró muy contento y dirigiéndose a Dominica le preguntó: “¿Cuánto amas a Jesús?” “Le amo tanto –contestó la niña– que día y noche estoy pensando en él y todo mi afán es darle gusto en todo lo que pueda”. “Ámalo mucho –respondió el niño– que el amor te enseñará lo que debes hacer para agradarle”. Se iba acrecentando la intensidad del aroma de las llagas, hasta que Dominica, fuera de sí, exclamó: “Dios mío, esta fragancia me va a hacer morir de amor. Si tan suave es este aroma, ¿cómo será el del paraíso?” De pronto, se trocó la escena: la madre apareció ataviada como una reina vestida de clarísima luz; el niño muy hermoso y bello, del todo resplandeciente. Tomó las flores de la imagen de la Virgen y las esparció sobre la cabeza de Dominica. Ella, al reconocer a Jesús y a María, se postró en tierra como extasiada, adorándolos.

Andando el tiempo, la joven tomó el hábito de santo Domingo. Murió en olor de santidad el año 1553.

ORACIÓN DE ENTREGA TOTAL A DIOS

Santa María, que desde niña,

fuiste la criatura más amada de Dios.

Así como al presentarte en el templo

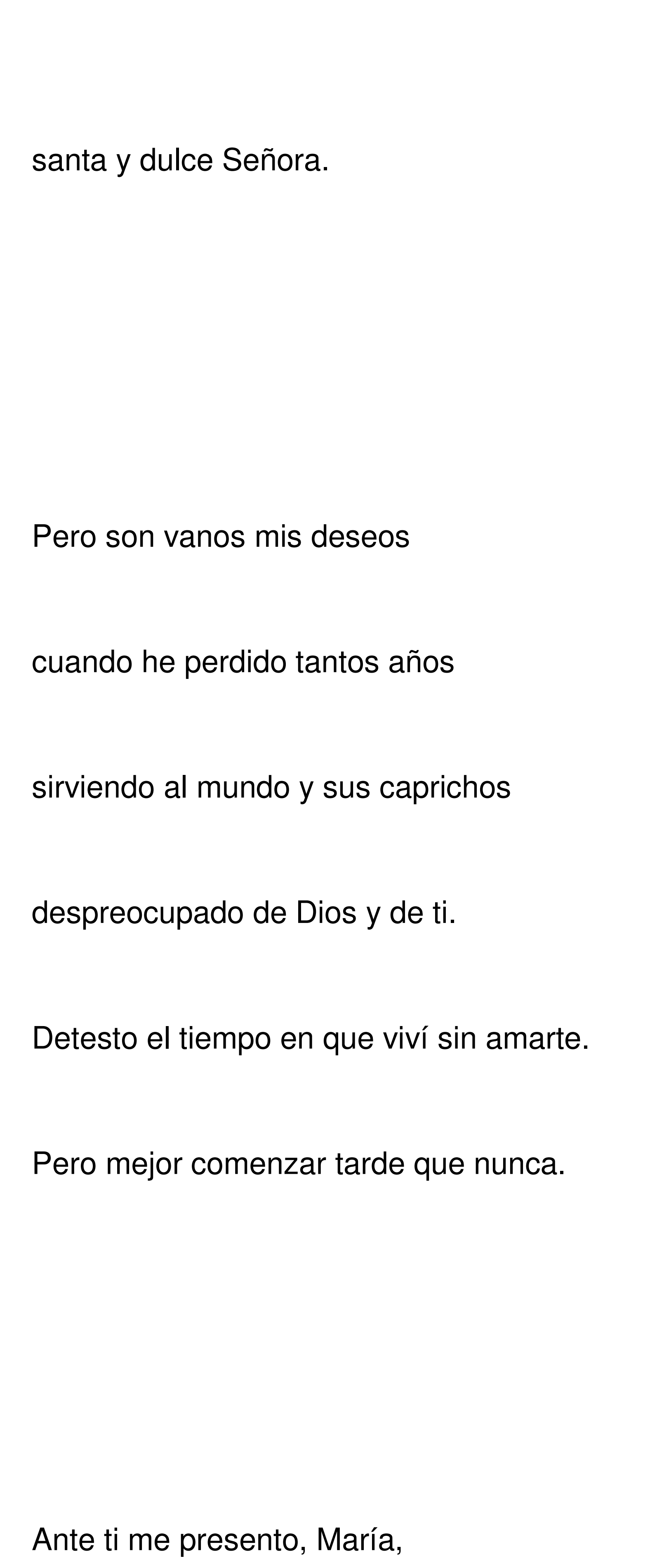
te consagraste pronto y del todo,

a la gloria y amor de tu Señor,

así quisiera yo ofrecerte

los primeros años de mi vida,

y consagrarme por entero a tu servicio,



santa y dulce Señora.

Pero son vanos mis deseos

cuando he perdido tantos años

sirviendo al mundo y sus caprichos

despreocupado de Dios y de ti.

Detesto el tiempo en que viví sin amarte.

Pero mejor comenzar tarde que nunca.

Ante ti me presento, María,

y me consagro para siempre a tu servicio.

Como tú, quiero entregarme al Creador.

Te consagro, Reina mía, mi entendimiento

para pensar siempre en el amor que mereces,

te consagro mi lengua para alabarte

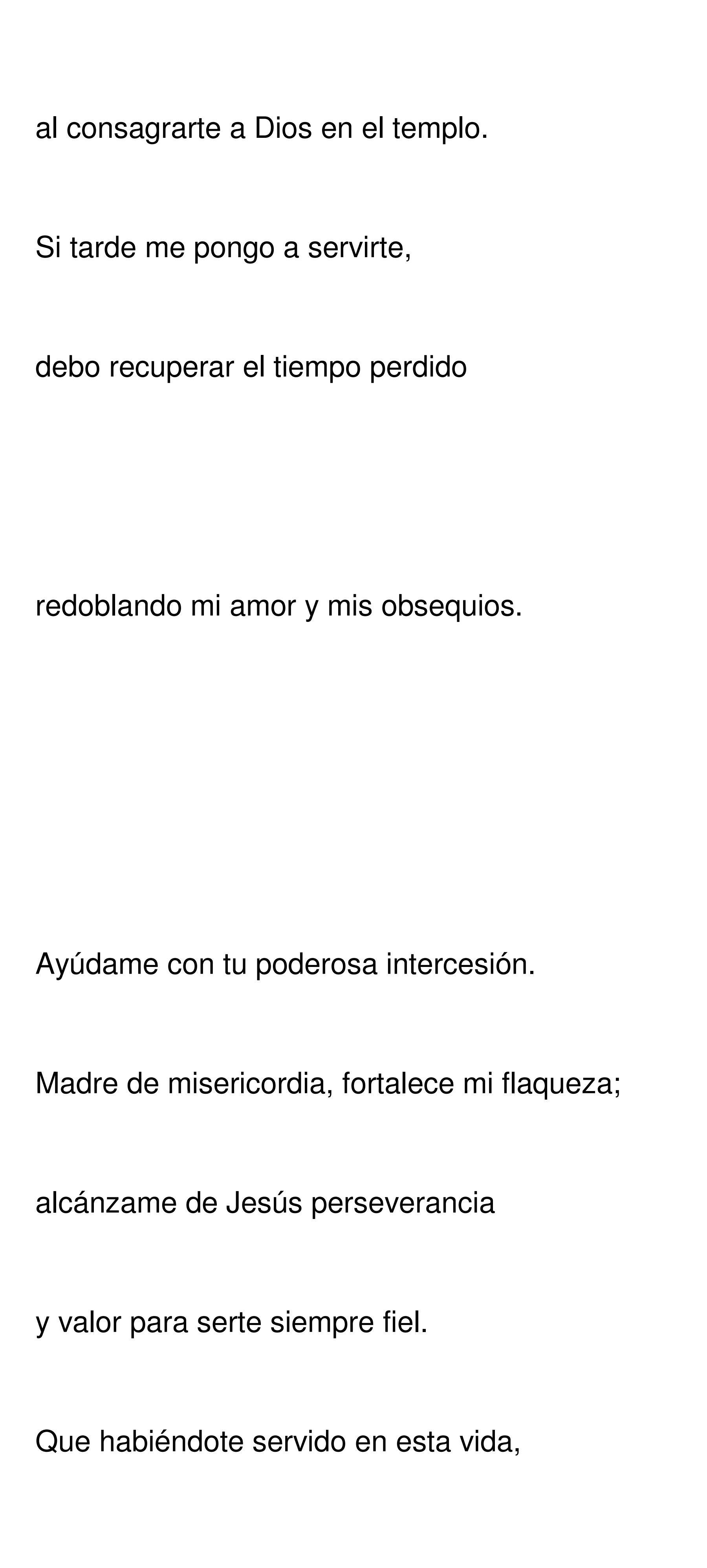
y mi corazón para amarte.

Acepta, Virgen bendita, la ofrenda

que este pobre pecador te presenta.

Acéptala por la inefable alegría

que sintió tu corazón



al consagrarte a Dios en el templo.

Si tarde me pongo a servirte,

debo recuperar el tiempo perdido

redoblando mi amor y mis obsequios.

Ayúdame con tu poderosa intercesión.

Madre de misericordia, fortalece mi flaqueza;

alcánzame de Jesús perseverancia

y valor para serte siempre fiel.

Que habiéndote servido en esta vida,

pueda ir a bendecirte

y alabarte por siempre en el cielo. Amén.

Discurso cuarto

ANUNCIACIÓN A MARÍA

María en la encarnación del Verbo no pudo humillarse más de lo que se humilló; ni Dios pudo exaltarla más de lo que la exaltó

El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado (Mt 23, 12). Es palabra del Señor que no puede fallar. De ahí que habiendo Dios establecido que se haría hombre para redimir al hombre perdido y manifestar así al mundo su bondad infinita, y teniendo que elegirse una madre, tuvo que buscar entre las mujeres la que fuese más santa y más humilde. Y entre todas eligió a la virgencita María que cuento era más perfecta en virtudes, era por lo mismo la más sencilla y humilde en su concepto, como la paloma. "Son incontables las doncellas, pero una sola es mi paloma, mi perfecta" (Ct 6, 7-8). Por eso dice Dios, ésta será la madre que yo elijo para mí.

Veamos cuán humilde fue y cuánto la ensalzó el Señor.

Que María, en la encarnación del Verbo, no pudo humillarse más de lo que se humilló, éste será el primer punto. Y el segundo será considerar que Dios no pudo ensalzar a María más de lo que la ensalzó.

PUNTO 1º

1. María, Madre de Dios por su humildad

Hablando el Señor precisamente de la humildad de esta humildísima virgencita, dice:

“Mientras estaba el rey recostado en su diván, mi nardo esparció su fragancia” (Ct 1, 12). Comenta san Antonino y dice que en la planta del nardo, por ser planta tan pequeña y sencilla, está prefigurada la humildad de María cuyo perfume subió hasta el cielo, y desde el seno del Padre atrajo a su seno virginal al Verbo de Dios. De modo que Dios atraído por el perfume de esta humilde virgencita, la eligió para ser su madre al querer hacerse hombre para redimir al mundo. Pero él, para que tuviera más gloria y mérito esta madre, no quiso hacerse su hijo sin obtener primero su consentimiento.

No quiso tomar carne de ella –dice Guillermo abad– sin dar ella su asentimiento. Así, mientras estaba la humilde virgen en su pobre casita, suspirando y rogando con ardientes deseos a Dios para que mandase al Redentor –como le fue revelado a santa Isabel, monja

benedictina– llegó el arcángel Gabriel portador de la gran embajada y la saludó diciendo: "Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor está contigo; bendita tú entre las mujeres". Dios te salve, Virgen llena de gracia, que siempre has estado llena de esa gracia más que todos los santos. El Señor está contigo porque eres tan humilde.

Bendita entre todas las mujeres, pues mientras las demás incurrieron en la maldición de la culpa, tú, porque ibas a ser la Madre del Siempre Bendito, has sido y serás siempre bendita y libre de toda mancha.

¿Qué respondió María a un saludo tan colmado de alabanzas? Nada. Pensando en semejante saludo, se turbó. "Y pensaba qué significaba semejante saludo". Y ¿por qué se turbó? ¿Acaso por temor a una ilusión, o por modestia viendo ante sí a un hombre, pues piensan algunos que el ángel se le apareció en forma humana? No, el texto es claro: se turbó al oír el saludo del ángel. Advierte Eusebio Eniseno: no se turbó por su rostro sino por sus palabras. La turbación se debió a su humildad al escuchar semejantes alabanzas tan distantes del humilde concepto que de sí tenía. Por lo que cuanto más la ensalza el ángel más se abaja considerando su insignificancia. Reflexiona san Bernardino sobre el particular y dice que si el ángel le hubiera dicho que era la mayor pecadora del mundo, no se hubiera admirado tanto; pero al escuchar aquellas alabanzas tan sublimes, se turbó por completo. Se turbó, porque estando tan llena de humildad, rehuía cualquier género de alabanza personal y quería que su Creador y dador de todo bien fuera bendecido y alabado solamente. Así le dijo la misma Virgen María a santa Brígida hablando del momento en que se convirtió en Madre de Dios:

“No quería mi alabanza, sino tan sólo la de mi Creador, dador de todo bien”.

2. María agradó a Dios por su humildad

Pero al menos, digo yo, la Virgen santísima, tan conocedora del sentido de las Sagradas Escrituras, sabía que estaba cumplido el tiempo predicho por los profetas, de la venida del Mesías, y que estaban cumplidas las siete semanas de Daniel, y según la profecía de Jacob, había pasado a manos de Herodes, rey extranjero, el cetro de Judá; y sabía también que una virgen tenía que ser la madre del Mesías; al oír que el ángel le colmaba de aquellas alabanzas que parecían no convenir sino a una madre de Dios.

¿Acaso pasó por su mente siquiera el pensamiento de que tal vez ella fuera la elegida para Madre de Dios? No; su profunda humildad no le dejó concebir tal pensamiento.

Tales alabanzas sólo sirvieron para hacerse sentir un gran temor de manera que, como reflexiona san Pedro Crisólogo: “Así como Cristo quiso ser confortado por el ángel, así debió ser María animada por

el ángel”. Como el Señor tuvo que ser animado por el ángel, así fue necesario que el arcángel san Gabriel, viendo a María tan desconcertada por aquel saludo, la animara diciendo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios”. No temas ni te asombres de los grandes títulos con que se te saluda, porque si tú, a tus propios ojos eres tan pequeña e insignificante, Dios que exalta a los humildes te ha hecho digna de encontrar la gracia perdida por los hombres y por eso te ha preservado de la mancha común a todos los hijos de Adán. El Señor desde el instante de tu Concepción te ha colmado de gracias superiores a las de todos los santos; por eso ahora te ves ensalzada a ser su madre: “He aquí que concebirás y darás a luz un Hijo y le pondrás por nombre Jesús”.

Y ahora ¿qué es lo que se espera? “El ángel espera tu respuesta –dice san Bernardo– y también nosotros esperamos, oh Señora, tu palabra de conmiseración, nosotros que estamos oprimidos bajo la sentencia de condenación”. El ángel espera tu respuesta, como la esperamos nosotros los condenados a muerte. “A ti se te ofrece el precio de nuestra salvación y al instante seremos liberados si consientes” –continúa diciendo san Bernardo–: “Ved, oh Madre nuestra, que a vos se ofrece el precio de nuestra salvación, que es el Verbo de Dios hecho hombre en ti; si tú lo aceptas por hijo, al punto seremos librados de la muerte. El mismo Señor, lo mismo que estaba enamorado de tu hermosura, otro tanto deseaba tu consentimiento del que dependía la salvación del mundo”. “Responde ya –dice san Agustín– ¿por qué retrasas la salvación del mundo?

Pronto, Señora, responde; no retrases más la salvación del mundo que ahora depende de tu consentimiento”.

Pero ya responde María al ángel y le dice: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. ¡Oh respuesta la más bella, la más humilde y la más prudente que no hubiera podido discurrir toda la sabiduría de los hombres y de los ángeles juntos, si la hubieran estado pensando millones de años! ¡Oh respuesta tan poderosa como para colmar de alegría al cielo y traer a la tierra un mar de gracias y de bienes! ¡Respuesta que, apenas salida del corazón de María, atrajo desde el seno del Padre eterno a su Hijo Unigénito a su purísimo seno para hacerse hombre! Sí, porque apenas profirió las palabras: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, al instante “el Verbo se hizo carne. El Hijo de Dios se hizo Hijo de María”. “¡Oh fiat poderoso –exclama santo Tomás de Villanueva– oh fiat eficaz! ¡Oh fiat venerable sobre todos los fiat! Porque con otro fiat Dios creó la luz, el cielo y la tierra; pero con este fiat de María –dice el santo– el mismo Dios se hizo hombre como nosotros”.

3. María se declara esclava del Señor

Pero no nos alejemos de nuestra consideración y contemplemos la gran humildad de María en su respuesta. Iluminada con luz del cielo, bien sabía cuán excelsa era la dignidad de Madre de Dios. El ángel ya le había asegurado que ella era esa madre afortunada del Señor. Pero, con todo, ella no se acrece en la estima de sí misma, no se cierra en la complacencia de su propia exaltación, viendo de una parte su pequeñez y por otra parte la infinita majestad de Dios que la elegía para ser su madre, se reconoce indigna de tanto honor, pero no se opone en nada a su divina voluntad. Por lo que, al pedirle su asentimiento. ¿Qué hace? ¿Qué dice? Ella, anonadada e inflamada a la vez del deseo de unirse de la manera más perfecta con Dios, abandonándose del todo a su divina voluntad, responde: "He aquí la esclava del Señor". He aquí la esclava del Señor obligada a hacer lo que su amo manda. Quería decir: Si el Señor me escoge por su madre, yo, que nada tengo mío sino que todo es puro don de él ¿cómo pedo pensar que me elija por mérito mío? "He aquí la esclava del Señor". ¿Qué mérito puede tener una esclava para ser madre de su Señor? "He aquí la esclava del Señor". Que sea alabada la bondad del Señor únicamente y que no se alabe a la esclava, ya que es pura bondad de Dios poner sus ojos en una criatura tan baja como yo y hacerla tan grande.

"Oh humildad –exclama el abad Guérrico– que la empequeñece a sus ojos y la engrandece ante la divinidad; que la hace verse incapaz, pero la convierte en capaz de contener al que no lo contiene el universo entero!" ¡Oh gran humildad de María que la hace verse pequeña, pero la hace grande ante Dios; indigna a sus propios ojos, pero digna ante los ojos del que no cabe en el mundo!

Muy bella es la exclamación de san Bernardo en el sermón de la Asunción admirando la humildad de María: “Señora, ¿cómo has podido unir en tu corazón un concepto tan humilde de ti misma con tanta pureza, tanta inocencia y tanta plenitud de gracia como posees? ¿Cómo reside en ti tanta humildad, oh Virgen santa, viéndote tan honrada y ensalzada por Dios?

Lucifer, al verse dotado de gran belleza, aspiró a elevar su trono sobre las estrellas y hacerse semejante a Dios. “Pondré mi trono sobre los astros de Dios y seré semejante al Altísimo” (Is 14, 13). ¿Qué no habría dicho el soberbio si se hubiera visto revestido de los privilegios de María? La Virgen María no obró así: cuanto más se vio ensalzada, más se humilló. “Señora –concluye san Bernardo– con razón fuiste digna de ser mirada por Dios con amor tan especial; digna de enamorar a Dios con tu belleza; digna de atraer con el suave aroma de tu humildad al Hijo eterno desde el lugar de su descanso en el seno del Padre, a tu purísimo seno. Por eso, dice san Bernardino de Busto, que María mereció más con aquella respuesta: “He aquí la esclava del Señor, que lo que pudieran merecer todas las criaturas con todas sus acciones”.

4. María complace a Dios en su abajamiento

Así es, dice san Bernardo, que mientras esta Virgen inocente se hacía muy querida de Dios por su virginidad, a la vez con su humildad se hizo más digna, en cuanto puede hacerse digna una criatura, de ser la Madre de su Creador. Y lo confirma san Jerónimo diciendo que Dios la eligió por madre suya más por su humildad que por todas las demás virtudes. La misma Virgen lo expresó a santa Brígida al decirle: "¿Cómo hubiera merecido ser la madre de mi Señor si no hubiera reconocido mi nada y me hubiera humillado?" Y antes lo declaró en su canto humildísimo al decir: "Porque miró la humildad de su esclava... hizo en mí cosas grandes el que es poderoso" (Lc 1, 48-49).

Advierte san Lorenzo Justiniano que la Virgen santísima no dijo "porque miró la virginidad y la inocencia", sino sólo "porque miró la humildad". Y al hablar de la humildad, advierte san Francisco de Sales, no pretendía María alabar su propia virtud de la humildad, sino que Dios se había fijado en su nada. "Humildad, es decir, nulidad" y por sólo su bondad había querido ensalzarla.

En suma, dice san Agustín, que la humildad de María fue como una escalera por la que se dignó el Señor descender a la tierra y hacerse hombre en su seno. Lo confirmó san Antonio diciendo que la humildad de la Virgen fue su disposición más perfecta y más próxima para ser Madre de Dios. Así se comprende lo predicho por Isaías: "Saldrá un renuevo de la raíz de Jesé y de su raíz brotará una flor" (Is 11, 1) Reflexiona san Alberto Magno que la flor divina,

esto es el Unigénito de Dios, como dice Isaías, debía nacer, no ya de la copa o del tronco de la planta de Jesé, sino de la raíz precisamente para declarar la humildad de la madre: “De su raíz, ha de entenderse de su humildad de corazón”. Y más claro lo explica el abad Celles: “Advierte que no de la copa, sino de la raíz brota la flor”. Por eso le dice el Señor a esta su hija preferida: “Retira de mí tus ojos que me subyugan” (Ct 6, 5). ¿Cómo es que le subyugan y hacen salir fuera de sí –dice san Agustín– sino saliendo del seno del Padre al seno de María? Acerca de este concepto, dice el docto intérprete Fernández, que los humildísimos ojos de María con los que miró siempre la grandeza divina, jamás perdieron de vista su insignificancia, haciendo tal violencia al mismo Dios que lo atrajo a su seno.

Así se entiende –dice el abad Francón– por qué el Espíritu Santo alabó tanto la belleza de la esposa por tener los ojos como de paloma: “¡Qué hermosa eres amiga mía, qué hermosa eres! ¡tus ojos como los de las palomas!” (Ct 4, 1). Porque María, contemplando a Dios con ojos como de sencilla y humilde paloma, lo enamoró tanto de su belleza, que con los lazos del amor lo hizo su prisionero en su seno virginal. Así habla el abad Francón: “¿En qué lugar del mundo se pudo encontrar virgen tan hermosa que con sus ojos embelesó al rey de los cielos y con lazos de amor le hiciese piadosa violencia y lo tarjera cautivo?”

Así que María –y con esto concluimos este punto– en la encarnación del Verbo, como vimos desde el principio, no pudo humillarse más de lo que se humilló. Ahora veremos cómo al

hacerla su madre, Dios no pudo ensalzarla más de lo que la ensalzó.

PUNTO 2º

1. María recibe la suma dignidad

Para comprender la grandeza a que fue ensalzada María, sería preciso comprender cuál sea la excelencia y majestad de Dios. Bastaría decir que Dios hizo de esta Virgen su madre, para comprender que Dios no pudo engrandecerla más de lo que la engrandeció. Con razón dice Arnoldo de Chartres, que Dios, al hacerse hijo de la Virgen, la elevó a una altura superior a la de todos los ángeles y santos juntos. Afirma san Efrén, que después de Dios, ella, sin parangón posible, es más excelsa que todos los espíritus celestiales y más gloriosa. Así lo confirma san Andrés

Cretense: “Excepto Dios, superior a todos”. Y san Anselmo que dice: “Señora, no tienes quien te iguale, porque todos los demás están, o sobre ti, o son inferiores a ti. Sólo Dios es superior a ti; todos los demás son inferiores a ti”. Es tan grande –afirma san Bernardino– la grandeza de la Virgen, que sólo Dios la conoce y la puede comprender.

No hay que extrañarse –advierte santo Tomás de Villanueva– de que los evangelistas tan extensos en registrar las alabanzas del Bautista o de la Magdalena, hayan sido tan sobrios al describir las excelencias de María. Fue bastante decir –responde el santo– que de ella nació Jesús. ¿Qué más hace falta buscar –sigue diciendo– que digan los evangelistas de las grandezas de María? Basta que atestigüen que es la Madre de Dios.

Habiendo declarado con esta afirmación lo máximo y la totalidad de sus privilegios, no fue necesario que se detuvieran a describirlos por partes. Y ¿cómo no? –explica san Anselmo– con decir que María es la Madre de Dios está declarado que posee toda la grandeza que pueda darse después de Dios. Pedro, abad de Celles, añade: De todos sus títulos, como Reina del cielo, Señora de los ángeles, o cualquier otro título honroso, ninguno alcanzaría a honrarla tanto como el llamarla Madre de Dios.

2. María participa de la grandeza de Dios

Esto es evidente, porque como señala El Angélico, cuanto más se acerca algo a su principio tanto más participa de su perfección. Por eso, siendo María la criatura más cercana a Dios, ha participado más que todas las criaturas, de sus gracias, sus perfecciones y su grandeza. Suárez deduce la razón porque la dignidad de Madre de Dios sea de orden superior a toda dignidad creada, de que esa dignidad permanece en cierto modo al orden de la unión con una persona divina con la que está necesariamente unida. Por lo que afirma Dionisio Cartujano que, después de la unión hipostática no hay nada más próximo a Dios que la Madre de Dios. Esta es, señala santo Tomas, la unión suprema que puede darse entre una criatura y Dios: “Es como una suprema unión con una persona infinita”. San Alberto Magno afirma que “ser Madre es la dignidad inmediata a ser Dios. Por lo que María no podía estar más unida a Dios de los que está, a no ser que se convirtiera en Dios”.

Afirma san Bernardino, que la Santísima Virgen, para ser Madre de Dios necesitó ser ensalzada por las personas divinas con una gracia casi infinita. Los hijos se consideran, moralmente hablando, una misma cosa con sus padres, ya que entre ellos son comunes los bienes y los honores, por eso, dice san Pedro Damiano que si Dios habita de modo diverso en las criaturas, en María habitó de modo singular, por identidad, haciéndose una cosa con ella. Y prorrumpe en aquella célebre exclamación: “Callen, pues, todas las

criaturas y llenas de temor santo, apenas se atrevan a contemplar la inmensidad de tanta dignidad. Dios habita en la Virgen con la que posee la misma identidad de naturaleza”.

Por esto asegura santo Tomás que habiendo sido hecha María Madre de Dios, por razón de esta unión tan íntima con el bien divino, recibió una dignidad como infinita, que el P. Suárez llama “infinita en su género”, porque la dignidad de la Madre de Dios es la suprema que puede otorgarse a una criatura.

La Santísima Virgen no ha podido recibir mayor dignidad que la de ser la Madre de Dios, por lo que posee una dignidad como infinita a causa del bien infinito que es Dios.

También lo afirma san Alberto: “El Señor otorgó a la Santísima Virgen lo máximo que puede otorgar a una criatura, o sea, la maternidad divina”.

3. María, adornada por las más altas gracias

Por eso escribió san Buenaventura aquella célebre sentencia: “Ser Madre de Dios es la gracia mayor que Dios puede otorgar a una pura criatura. Dios no puede hacer más.

Puede hacer un mundo mayor y un cielo mayor, pero cosa mayor que una madre de Dios, eso no lo puede hacer”. Pero mejor que todos expresó la Madre de Dios la altura a la que Dios la había sublimado, cuando dijo: “Hizo en mí grandes cosas el que es todopoderoso” (Lc 1, 49). Y ¿por qué no declaró la Virgen cuáles eran estas grandes cosas que Dios le había otorgado? Responde santo Tomás de Villanueva que no las explicó porque eran tan sublimes, que eran inexpresables.

Razón tuvo san Bernardino al decir que Dios ha creado todo el mundo por esta Virgen que iba a ser su Madre; y san Buenaventura al decir que el mundo se conserva al gusto de María conforme a aquellas palabras de los Proverbios (8, 30): “Allí estaba yo como arquitecto”. Añade san Bernardino que Dios, por amor de María no destruyó al hombre después del pecado de Adán. Con razón canta la Madre, no sólo eligió lo mejor, sino lo mejor de lo mejor, dotándola el Señor en sumo grado –como atestigua san Alberto Magno– de todas las gracias y dones, generales y especiales

otorgados a todas las criaturas, todo ello gracias a la dignidad de Madre de Dios que le había otorgado.

María fue niña, pero de ese estado no tuvo defecto ni incapacidad sino la inocencia, pues desde el primer instante tuvo el uso perfecto de la razón. Fue virgen pero sin que ello significara esterilidad. Fue madre, pero con la gloria de la virginidad. Fue hermosa y bellísima como el mismo Señor se lo reveló a santa Brígida diciéndole que la belleza de su madre superó a la de todos los ángeles y a la de toda criatura. Fue bellísima, pero sin daño de quien la contemplaba, ya que su hermosura ahuyentaba las pasiones impuras y por el contrario inspiraba sentimientos de pureza, como lo atestigua san Ambrosio: “Era tal su gracia, que no sólo era pura, sino que otorgaba la gracia de la pureza a los que la veían”. También lo afirma santo Tomás: “La gracia de estar confirmada en gracia no sólo impedía a la Virgen las pasiones desordenadas, sino que además tuvo eficacia para los demás, de modo que, siendo la mujer más hermosa imaginable, nadie pudo sentir hacia ella deseos deshonestos”. Por eso se dijo de ella:

“Como mirra selecta da perfume de suave olor”, sentencia del Eclesiástico que a ella le aplica la Iglesia. En las actividades cotidianas trabajaba sin que las obras la separaran de la unión con Dios. En la contemplación, estaba recogida en Dios pero sin negligencia de lo temporal ni de la caridad debida al prójimo.

Concluyamos. Esta Madre de Dios es infinitamente inferior a Dios pero inmensamente superior a toda criatura. Y si es imposible

encontrar un hijo más noble que Jesús, es igualmente imposible encontrar una madre más noble que María. Que esto sirva a los devotos de esta reina, no sólo para alegrarse con su grandeza, sino también para acrecentar la confianza en su protección grande y eficaz. Siendo Madre de Dios, dice el P. Suárez tiene derecho sobre sus gracias para conseguirlas a quienes se las piden. Dice san Germán que Dios no puede desatender las plegarias de la que es Madre suya inmaculada. De modo que a vos, oh Madre de Dios y nuestra, ni os falta poder para socorrernos ni voluntad de hacerlo. Porque ya sabéis, os diré con vuestro devoto abad de Celles, que Dios no os ha creado sólo para él, sino que os ha dado a los ángeles para ser su reparadora del daño entre ellos causado, mientras que por vuestro medio recuperamos la gracia de Dios y el enemigo queda vencido y postrado.

Y si deseamos complacer a la Madre de Dios, saludémosla frecuentemente con el Ave María. Se apareció la Virgen María a santa Matilde y le dijo que era el mejor saludo que se podía hacer. De él obtendremos gracias muy escogidas, otorgadas por esta madre de misericordia, como se verá en el siguiente ejemplo.

EJEMPLO

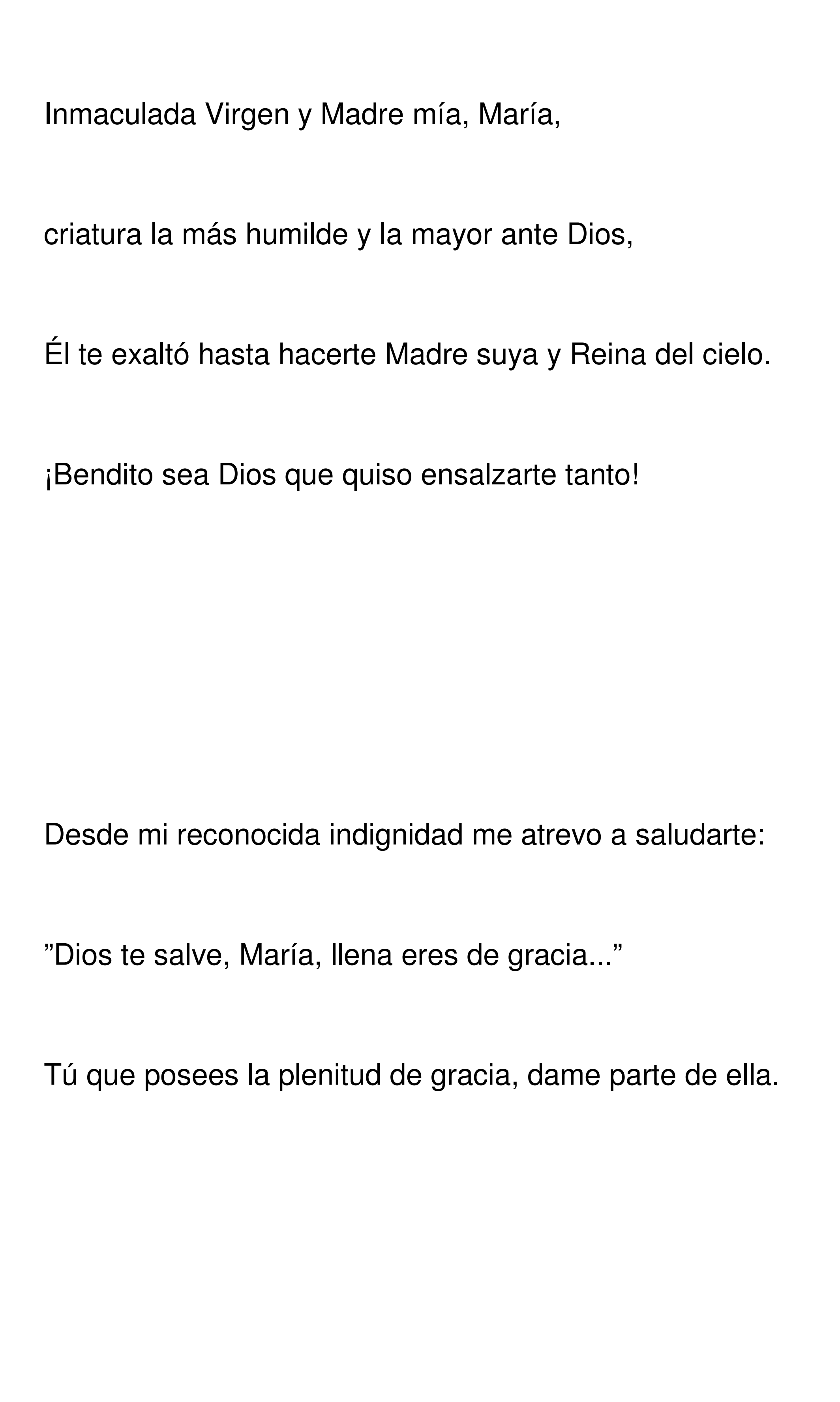
El rezo del Ave María transforma a un joven

Es famoso lo que refiere el P. Señeri en su libro “El Cristiano Instruido”. El P. Nicolás Zuchi fue a confesar en Roma a un joven cargado de pecados deshonestos y malos hábitos. El confesor lo acogió con caridad, y compadecido de su estado lamentable, le dijo que la devoción a nuestra Señora podía librarlo de ese malhadado vicio, y le impuso de penitencia que hasta la próxima confesión, cada mañana y por la noche, al levantarse y antes de acostarse rezara un Ave María a la Virgen, ofreciéndole sus ojos, sus manos y todo su cuerpo, pidiéndole que le custodiara como suyo, y que besara tres veces el suelo. El joven practicó la penitencia, al principio con poca enmienda. Pero el padre continuó inculcándole que no dejara esa costumbre piadosa, animándole a confiar en la protección de la Virgen.

Andando el tiempo, el joven penitente se fue con otros compañeros a recorrer mundo durante varios años. Vuelto a Roma, fue en busca de su confesor, el cual, con gran júbilo y asombro, lo encontró del todo cambiado y libre de las antiguas manchas. “Pero hijo, ¿cómo has obtenido de Dios tan hermosa transformación?” “Padre –le dijo el joven–, nuestra Señora me consiguió la gracia debido a aquella devoción que me enseñó”.

Y no acaban aquí las cosas portentosas. El mismo confesor narró desde el púlpito el suceso. Lo oyó un capitán que, desde hacía muchos años vivía en mal estado con una mujer. Él también se resolvió a practicar la misma devoción para librarse de aquella terrible cadena que lo tenía esclavo del demonio. Esta intención de librarse del pecado es necesario tener para que la Virgen pueda ayudar al pecador. Pero ¿qué pasó? Al cabo de medio año, presumiendo el capitán de sus propias fuerzas se dirigió en busca de aquella mujer para ver si ella también había cambiado de vida. Pero al llegar a la puerta de aquella casa donde corría manifiesto peligro de volver a pecar, se siente rechazado por una fuerza invisible y se encontró a más de cien metros de aquella casa y fue dejado a la puerta de la suya. Comprendió con toda claridad que María lo había librado de la perdición. De esto se deduce cuán solícita es nuestra buena Madre, no sólo para sacarnos del pecado si con esta buena intención nos encomendamos a ella, sino también para librarnos del peligro de nuevas caídas.

ORACIÓN PIDIENDO EL FAVOR DE MARÍA



Inmaculada Virgen y Madre mía, María,

criatura la más humilde y la mayor ante Dios,

Él te exaltó hasta hacerte Madre suya y Reina del cielo.

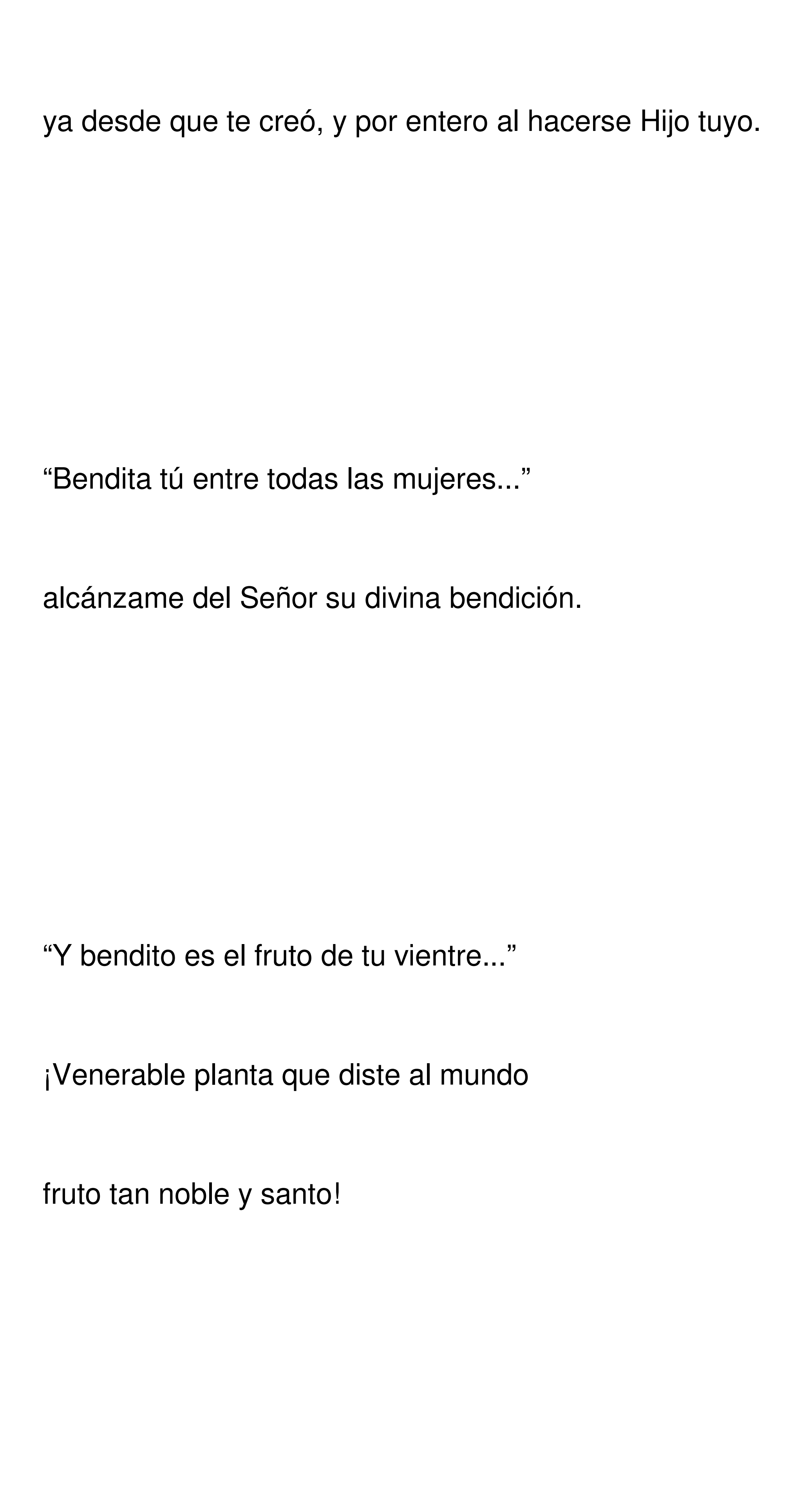
¡Bendito sea Dios que quiso ensalzarte tanto!

Desde mi reconocida indignidad me atrevo a saludarte:

”Dios te salve, María, llena eres de gracia...”

Tú que posees la plenitud de gracia, dame parte de ella.

“El Señor está contigo...”



ya desde que te creó, y por entero al hacerse Hijo tuyo.

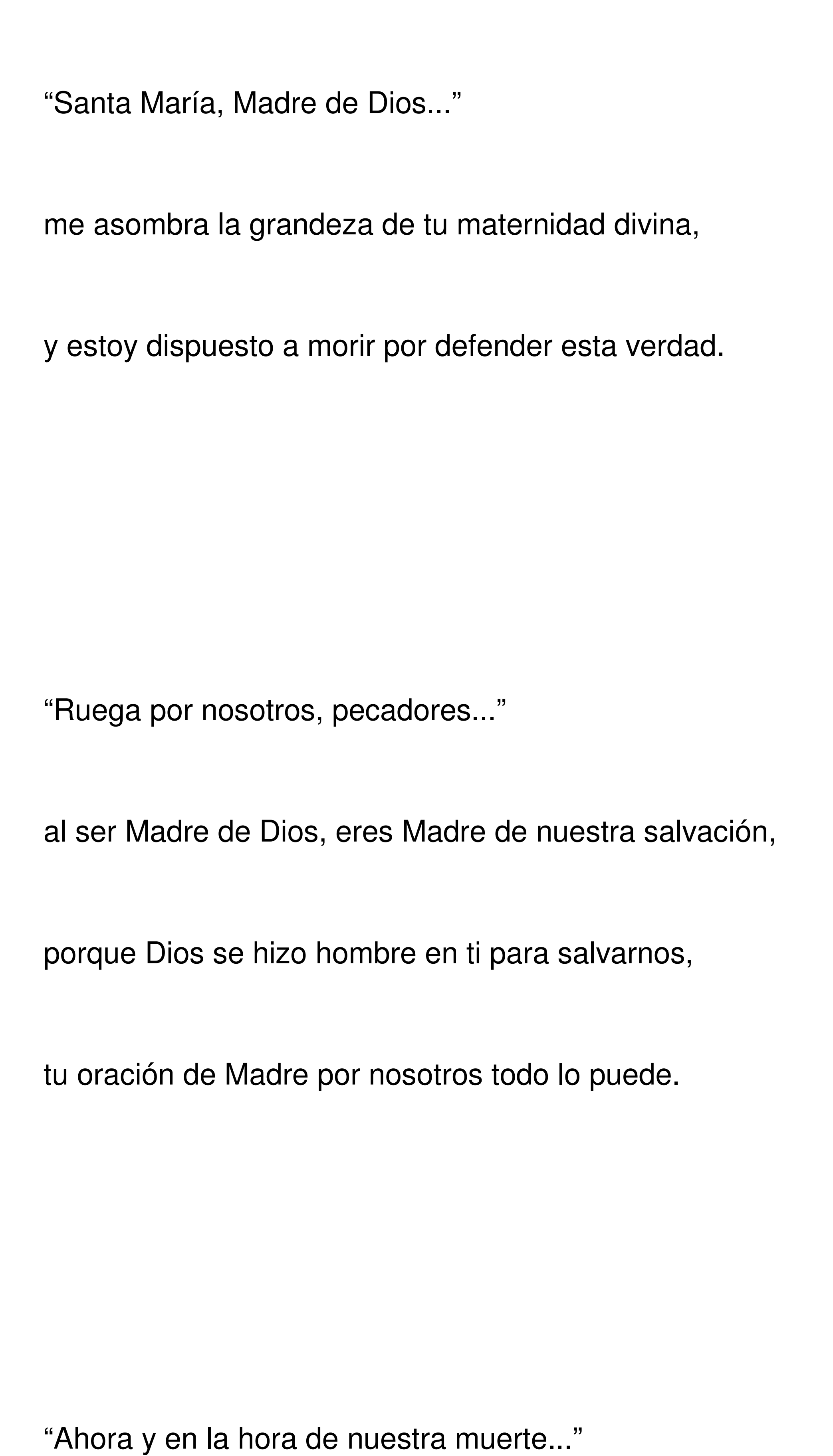
“Bendita tú entre todas las mujeres...”

alcánzame del Señor su divina bendición.

“Y bendito es el fruto de tu vientre...”

¡Venerable planta que diste al mundo

fruto tan noble y santo!



“Santa María, Madre de Dios...”

me asombra la grandeza de tu maternidad divina,

y estoy dispuesto a morir por defender esta verdad.

“Ruega por nosotros, pecadores...”

al ser Madre de Dios, eres Madre de nuestra salvación,

porque Dios se hizo hombre en ti para salvarnos,

tu oración de Madre por nosotros todo lo puede.

“Ahora y en la hora de nuestra muerte...”

Ayúdanos en el presente cargado de peligros,

pero aún más en nuestra última hora.

Salvados por los méritos de Jesucristo y con tu intercesión, podremos saludarte y alabarte con tu Hijo en el cielo.

Amén.

Discurso quinto

VISITACIÓN DE MARÍA

María es la tesorera de todas las gracias: quien desea gracias debe recurrir a María seguro de encontrar la gracia que desea

Se considera afortunada la casa que recibe la visita de un rey u otro gran personaje, por la honra que supone y por las ventajas que espera. Pero más afortunada es sin duda el alma que recibe la visita de la Reina del mundo, María santísima, que sólo sabe colmar de bienes la persona afortunada que visita con sus favores. Fue bendita la casa de Obededón al ser visitada por el arca de la Alianza. “El Señor bendijo la casa de Obededón y cuanto tenía” (1Cro 13, 14). Pero ¡con cuántas más bendiciones son enriquecidas las personas que reciben una visita de amor de esta verdadera arca de Dios que es su divina Madre! Feliz la casa –escribe Engelgrave– que es visitada por la Madre de Dios. Bien lo experimentó la casa del Bautista, donde entrando María, al punto quedó colmada toda aquella familia de gracias y bendiciones del cielo; que por eso se llama comúnmente la fiesta de la Visitación, la fiesta de nuestra Señora de las Gracias.

Veremos en este discurso, cómo la Madre de Dios es la tesorera de todas las gracias. Y dividiremos este discurso en dos puntos. En el

primero veremos que quien desea gracias debe recurrir a María. Y en el segundo, que quien recurre a María debe estar seguro de obtener la gracia que desea.

PUNTO 1º

1. María alcanzó las primeras gracias de Jesús

Cuando la Virgen supo por el arcángel san Gabriel, que su parienta Isabel estaba de seis meses, comprendió iluminada por el Espíritu Santo, que el Verbo humanado en sus entrañas y hecho su hijo, quería comenzar a manifestar al mundo las riquezas de su misericordia otorgándolas a toda aquella familia. Por lo que, sin dudarlo, como refiere el evangelista san Lucas (1, 39), María se fue apresuradamente a la montaña. Dejando el descanso de su contemplación y su amada soledad a la que estaba acostumbrada,

marchó enseguida hacia la casa de Isabel. Y porque la santa caridad todo lo soporta y no sufre dilaciones, como comenta respecto a este pasaje del Evangelio san Ambrosio,

“no conoce tardanzas la gracia del Espíritu Santo”, por eso, no teniendo en cuenta ni la fatiga del camino para tan tierna y delicada doncella, al punto emprendió el viaje.

Apenas llegó a la casa de Zacarías, saludó a Isabel. Y como reflexiona san Ambrosio, María fue la primera en saludar a Isabel. Pero no fue la visita de la Virgen como la de los mundanos que se limitan a ceremonias y falsos cumplidos. La visita de María trajo a aquella casa un cúmulo de bendiciones. En cuanto entró e Isabel oyó el primer saludo, quedó inundada del Espíritu Santo y Juan, libre de la culpa y santificado; que por eso dio aquella señal de júbilo saltando en el vientre de su madre, expresando así que había recibido la gracia por medio de la Santísima Virgen, como se lo declaró la misma Isabel: “En cuanto la voz de tu saludo llegó a mis oídos, saltó de gozo el niño en mi seno”. Así es que, como reflexiona Bernardino de Bustos, gracias al saludo de María, Juan recibió la gracia del Espíritu Santo que lo santificó.

Pues si todos estos primeros frutos de la Redención pasaron por María, siendo el canal por el que se comunicó la gracia al Bautista y el Espíritu Santo a Isabel, el don de profetizar a Zacarías y santísimas bendiciones a toda aquella casa, que fueron las primeras gracias que sabemos fueron otorgadas en la tierra después de la encarnación del Verbo, es muy justo creer que desde ese instante Dios constituyó a María en acueducto universal, como la llama san Bernardo, por el cual pasaran en adelante todas las

gracias que el Señor nos ha de dispensar, como expliqué en la parte I, capítulo V.

2. María, dispensadora de las gracias

Con razón por tanto, es llamada esta divina Madre, el tesoro, la tesorera y dispensadora de las gracias divinas. Así la llama el venerable abad de Celles: "Tesoro de Dios y tesoro de las gracias"; así san Pedro Damiano: "Cofre de las gracias divinas"; así san Alberto Magno: "Tesorera de Jesucristo"; así san Bernardino: "Distribuidora de las gracias"; y un doctor griego citado por Petavio, la llama "dispensadora de todos los bienes"; y san Gregorio Taumaturgo: "Se dice que María está llena de gracia, porque en ella se guarda todo el tesoro de tu gracia". Ricardo de San Lorenzo dice que Dios ha puesto en María, como en un erario de misericordia, todos los dones de la gracia, y que con este tesoro ella enriquece a todos los suyos.

San Buenaventura, hablando del campo del Evangelio que tiene un tesoro escondido, y que debe adquirirse cueste lo que cueste, como dice Jesús (Mt 13, 44), dice que este campo es nuestra Reina María, en la que se contiene el tesoro de Dios que es Jesucristo, el manantial y fuente de todas las gracias. Y dijo san Bernardo que el Señor ha puesto en manos de María todas las gracias que nos quiere dispensar, para que sepamos que todo lo bueno que recibimos lo recibimos de sus manos. Esto nos lo garantiza María al decir: “En mí toda gracia de vida y de verdad” (Ecclo 24, 25). En mí todas las gracias de los bienes auténticos que podéis desear en la vida. Sí, Madre y esperanza nuestra, le decía san Pedro Damiano, bien sabemos que todos los tesoros de la divina misericordia están en tus manos. Antes dijo san Ildefonso hablando con la Virgen: Señora, todas las gracias que Dios ha determinado otorgar a los hombres, todas tienen que pasar por tus manos porque todos los tesoros de la gracia para eso se te han confiado. Y san Germán sentenciaba: “Nadie se salva sino por ti; nadie recibe un don de Dios sino por ti”.

San Alberto Magno, comentando las palabras del ángel: “No temas María, has encontrado gracia ante Dios” (Lc 1, 30), dice hermosamente: “Oh María, tú no has robado la gracia como quería robarla Lucifer; ni las has perdido, como la perdió Adán; tampoco las has comprado como lo intentó Simón el mago; tú la has encontrado porque la has deseado y buscado. Has encontrado la gracia increada, que es Dios mismo hecho ya hijo tuyo, y a la vez y con ella has conseguido todos los bienes creados”. Este pensamiento lo confirma san Pedro Crisólogo, diciendo que la excelsa Madre de Dios encontró esta gracia para otorgarla después a todos los hombres. Y que María encontró la plenitud de la gracia que fue suficiente para salvar a todos.

“Encontraste la gracia, pero ¿cuánta? Cuanta te había dicho el ángel, por completo y de veras, para poderla derramar a torrentes sobre todas las criaturas”. De tal modo, dice Ricardo de San Lorenzo, que como Dios ha hecho el sol para que por su medio se ilumine toda la tierra, así ha hecho a María para que por su medio se dispensen al mundo todas las divinas misericordias”. San Bernardino añade que la Virgen, desde que fue hecha Madre del Redentor, adquirió una especie de jurisdicción sobre toda gracia; de modo que ninguna criatura obtiene ningún don que no sea otorgado por medio de esta Madre.

Concluyamos este punto con Ricardo de San Lorenzo que dice: Si queremos obtener alguna gracia, recurramos a María que obtiene para los suyos cuanto pide, porque ella encontró la gracia y siempre la tiene. Y con san Bernardo que dice: “Busquemos la gracia y busquémosla por medio de María, porque el que busca encuentra y no puede verse engañado”. De modo que si deseamos la gracia necesitamos ir a esta tesorera y dispensadora de las gracias, porque esto así lo quiere el dador de todo bien como lo asegura san Bernardo, al decir que esta es la voluntad de Dios el cual quiso que todo lo obtuviéramos por María. Todo, todo, y el que dice todo, no excluye nada.

Pero como para conseguir la gracia es indispensable tener confianza, vamos a ver cuán seguros debemos estar de obtener la gracia recurriendo a María.

PUNTO 2º

1. María desea que alcancemos las gracias

¿Para qué ha colocado Jesucristo en manos de María su madre todas las riquezas de su misericordia que quiere otorgarnos, sino para que enriquezca a todos los devotos que la aman, la honran y acuden a ella con confianza? “Yo poseo todas las riquezas para regalarlas a quienes me aman” (Prov 8, 17; 21). Así se expresa la misma Virgen en este pasaje que la Iglesia santa le aplica en tantas festividades. Estas riquezas las posee María –dice el abad Adán– precisamente para ayudarnos. En su seno ha colocado el Salvador el tesoro de los necesitados, para que así los pobres se hagan ricos. Y añade san Bernardo, que para esto se ha dado al mundo María como acueducto de misericordia para que por este medio bajaran continuamente las gracias del cielo a los hombres.

El mismo santo, considerando por qué san Gabriel, habiendo encontrado a María llena de gracia la saludó diciéndole: “Alégrate, llena de gracia”, después añade que cómo vendrá sobre ella el Espíritu Santo para llenarla de más gracia todavía, si ya estaba llena de gracia: “¿Para qué otra cosa sino para que, al llegar el Espíritu Santo y encontrarla llena para sí misma, la hiciera rebosar en favor nuestro? Ya estaba llena, pero vino el Espíritu Santo sobre ella para nuestro bien, para que de su sobreabundancia nos proveyéramos todos. Que por eso María es llamada “luna llena, para sí misma y para los demás”.

“El que me encuentre encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación” (Pr 8, 35).

Bienaventurado el que me encuentra y a mí recurre, dice nuestra Madre. Encontrará la vida con facilidad; así como es fácil sacar agua de un manantial abundante, mucho más lo es encontrar la gracia y la salvación eterna recurriendo a María. Decía un alma santa: “Basta buscar la gracia en María para encontrarla”. Decía san Bernardo que antes de nacer la Virgen no había en el mundo la abundancia de gracias que ahora vemos correr sobre la tierra porque nos faltaba este acueducto tan deseable por el que pudieran discurrir, que es María. Pero ahora que ya tenemos a esta Madre de misericordia ¿qué gracia nos puede faltar si acudimos a ella? San Juan Damasceno le hace decir: “Yo soy la ciudad de refugio para todos los que a mí acuden; venid pues, hijos míos, y obtendréis de mí las gracias con más abundancia de los que podéis pensar”.

2. María nos alcanza las gracias a medida de nuestra capacidad

A muchos sucede lo que se le reveló a la venerable sor María Villani. Vio esta sierva de Dios a la divina Madre a semejanza de un gran manantial al que acudían muchos a tomar el agua de las gracias. Pero ¿qué sucedía? Los que llevaban vasijas en buen estado conservaban las gracias recibidas. Pero los que llegaban con vasijas rotas, es decir, con el alma llena de pecados, recibían la gracia pero pronto la perdían. Por lo demás es cierto que por medio de María obtienen gracias incontables todos los hombres a diario, aún los más ingratos pecadores. Dice san Agustín hablando con la Virgen: "Por ti heredamos la misericordia los necesitados, los ingratos la gracia, el perdón los pecadores, la salud los enfermos, cosas celestes los apegados a la tierra, los mortales la vida, y la patria los peregrinos.

Reavivemos más y más nuestra confianza los devotos de María cada vez que recurramos a ella en demanda de gracias. Y para reavivarla, recordemos siempre las dos grandes cualidades de esta buena Madre, que son: El deseo de hacernos el bien a todos, y el poder que tiene ante su Hijo para conseguirnos todo lo que pide.

Para conocer el deseo que tiene María de ayudarnos a todos, bastaría considerar el misterio de esta fiesta de la Visitación de María a santa Isabel.

El viaje de Nazaret, donde vivía la Virgen, a Ain-Karim (a siete kilómetros de Jerusalén), era largo; sin embargo, esto no arredró a la Santísima Virgen, tierna y delicada doncella, no familiarizada con semejantes fatigas, se puso en camino. ¿Por qué razón?

Movida por aquella caridad tan grande de que ha estado siempre rebosante su tierno corazón, para ejercitar desde el primer instante su gran misión de dispensadora de las gracias. Así precisamente habla sobre este pasaje san Ambrosio: No fue porque dudase del oráculo, sino alegre por el anuncio, presurosa por la alegría, ferviente para cumplir su misión. No para cerciorarse si era verdad lo dicho por el ángel acerca de Isabel de que estaba en estado, sino alegrándose, y deseando ayudar en aquella casa; dándose prisa por el gozo en llegar a hacer el bien a los demás, y toda entregada a empresa tan caritativa, levantándose, se fue con premura.

Nótese que cuando el Evangelio habla del retorno, no habla de apresuramiento sino que dice sencillamente: María permaneció con ella tres meses y se volvió a su casa (Lc 1, 56). ¿Qué otra cosa obligaba a la Madre de Dios, dice san Buenaventura, a darse prisa

por ir a visitar la casa del Bautista sino el deseo de hacer todos los bienes posibles a aquella familia?

No ha terminado en María al subir al cielo esta caridad para con todos los hombres, por el contrario, más bien se ha incrementado, porque allí conoce con más perfección nuestras necesidades y se compadece de nuestras miserias. Escribe Bernardino de Bustos que María anhela hacernos bien más de lo que nosotros mismos podemos desear. Por eso, dice san Buenaventura, se siente ofendida de los que no le piden gracias: Pecan contra ti no sólo los que te injurian, sino también los que nada te piden.

Porque este es el modo de ser de María, como afirma El Idiota, enriquecer con abundancia a sus devotos.

María es el tesoro del Señor y la tesorera de sus gracias, y enriquece con dones especiales a los que sirven generosamente. Por eso dice el mismo autor que quien encuentra a María, encuentra todo bien. Y la puede encontrar cualquiera, aunque sea el peor pecador del mundo, pues ella es tan benigna que no desprecia a nadie que a ella recurra. Tomás de Kempis le hace hablar así: Yo invito a todos a que a mí recurran, y no sé despreciar a ningún pecador por indigno que sea que venga pidiendo ayuda.

Todo el que acuda a pedirle la gracia, la encontrará siempre preparada para auxiliar, dice Ricardo de San Lorenzo. La encontrará siempre pronta y siempre inclinada a socorrerlo y obtenerle todas las gracias de la salvación con sus poderosísimas plegarias.

3. María alcanza de Dios cuanto pide

Dice: "con sus poderosas plegarias", y ésta es otra reflexión que debe acrecentar nuestra confianza, saber que ella obtiene de Dios cuanto le pide en favor de sus devotos. Considerad –dice san Buenaventura– en esta visita que hizo María a santa Isabel, la gran virtud que tuvieron las palabras de María, porque con su sola voz, se le confirió la gracia del Espíritu Santo, tanto a Isabel como a Juan su hijo, como lo enseña el Evangelio: "Y sucedió que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno y quedó llena del Espíritu Santo" (Lc 1, 41). Dice Teófilo de Alejandría, que Jesús siente gran complacencia en que María le ruegue por nosotros, porque las gracias que nos concede por medio de María, no sólo las considera hechas a nosotros, sino como otorgadas a su propia Madre.

Añade san Buenaventura: Observa qué fuerza tienen las palabras de la Señora, que sólo con pronunciarlas, se concede la gracia del Espíritu Santo. Jesús, como vencido por las súplicas de su Madre, otorga las gracias. Cierto; porque Jesús, como atestigua san Germán, no puede desoír a María en todo lo que pide, obedeciéndola como a Madre verdadera. Por eso, dice el mismo santo, las plegarias de esta Madre, tienen una cierta autoridad para con Jesús, por lo que obtiene el perdón para los pecadores que a ella acuden por muy miserables que sean.

Esto queda muy bien demostrado con lo sucedido en las bodas de Caná. María pidió al Hijo el vino que faltaba, diciéndole: “No tienen vino”. A lo que Jesús le respondió:

“Mujer ¿qué nos va a mí y a ti? Aún no ha llegado mi hora” (Jn 2, 4). Pero, a pesar de no haber llegado la hora de hacer milagros, tan sólo, como dice san Juan Crisóstomo, por obedecer a la Madre, realizó el milagro, que le pedía, convirtiendo el agua en vino.

A pesar de la respuesta, hizo caso a los ruegos.

4. María merece toda nuestra confianza

Nos exhorta el Apóstol: “Lleguémonos con toda confianza al trono de la gracia para hallar la gracia y conseguir la ayuda oportunamente” (Hb 6, 16). Dice san Alberto Magno: El trono de la gracia es María. Si queremos gracias, acudamos a ella con la seguridad de ser ciertamente atendidos, pues con la intercesión de María se obtiene todo lo que se le pide al Hijo. Busquemos la gracia –repito con san Bernardo– y busquémosla por medio de María. Y añado lo que la Virgen dijo a santa Matilde, que el Espíritu Santo, colmándola de toda dulzura, la hizo tan amada de Dios, que todo el que por su mediación busque la gracia, cierto que la obtendrá.

Y si damos crédito a aquella sentencia célebre de san Anselmo: Más pronto alcanzamos la salvación a veces, invocando el nombre de María que invocando el nombre de Jesús, veremos que esto no sucede porque él deje de ser la fuente y el Señor de todas las gracias, sino porque, al recurrir nosotros a la Madre, y rezando ella por nosotros, sus plegarias de madre tienen más fuerza que las nuestras. Jamás nos apartemos de las plantas de esta tesorera de las gracias, diciéndole siempre con san Juan Damasceno: Madre de Dios, ábrenos la puerta de piedad rogando siempre por nosotros, ya que tus plegarias son la salvación de todos los hombres.

Al recurrir a María, lo mejor es rogarle que ella pida para nosotros y nos obtenga aquellas gracias que sabe nos son más convenientes para nuestra salvación. Esto hizo san Reginaldo, dominico, como se narra en las crónicas de la Orden. Estaba enfermo este siervo de María y le pedía la salud del cuerpo. Y se le apareció su Señora acompañada de santa Cecilia y de santa Catalina, entonces le dijo con suma dulzura: Hijo ¿qué quieres que haga por ti? El religioso, ante tan delicado ofrecimiento de María, quedó confundido y no sabía qué responder. Entonces, una de las santas acompañantes le dio este consejo: Reginaldo, ¿sabes lo que debes hacer? No le pidas nada, déjalo en sus manos, porque María te dará una gracia mejor de la que tú sepas pedir. Así lo hizo el enfermo y la Virgen le obtuvo la gracia de la curación.

Pero si deseamos la visita dichosa de esta Reina del cielo, a ello ayudará mucho el que, nosotros ahora la visitemos con frecuencia en cualquiera de sus imágenes, o en cualquiera de sus iglesias.

Léase el siguiente ejemplo y se comprenderá con qué clase de favores recompensa la visita de sus devotos.

EJEMPLO

Milagrosa hospitalidad de María a dos religiosos

Refieren las Crónicas Franciscanas que, yendo dos frailes a visitar un santuario de la Virgen, les sorprendió la noche en la espesura de un bosque. Aunque llenos de miedo y angustia, se resolvieron a seguir adelante. Poco después creen ver una casa. Llegan, llaman a la puerta, y desde dentro preguntan: “¡Quién va!” “Somos unos frailes que vamos en peregrinación; hemos sido sorprendidos por la noche en el bosque y buscamos albergue”. Se abre la puerta y los reciben con toda cortesía dos pajes ricamente ataviados. Los frailes les preguntaron quién vivía en aquella mansión. Los pajes les contestaron que allí vivía una señora sumamente piadosa. “Quisiéramos darle las gracias por su generosa hospitalidad...” “Vamos a saludarla –dijeron los pajes– porque la señora gustará de hablaros”. Al subir las escaleras vieron todas las habitaciones iluminadas y ricamente amuebladas. En ellas se respiraba una fragancia desconocida. En la mejor de las estancias estaba la

señora de porte muy distinguido y sumamente hermosa, que los recibió con gran afabilidad y cortesía. Les preguntó por el objetivo de su viaje, a lo que respondieron los frailes: “Vamos en peregrinación al santuario de María”. “En ese caso –repuso la señora– cuando os vayáis, os daré una carta que os será de mucho provecho”. Mientras les hablaba la señora, se sentían inflamados en amor de Dios, gozando de una alegría hasta entonces desconocida.

Después se retiraron a descansar, pero apenas pudieron conciliar el sueño por la dicha que inundaba sus corazones.

A la mañana siguiente, después de despedirse de la señora dándole las gracias por tal acogida, siguieron su camino. Apenas se habían alejado un corto espacio de la casa, advirtieron que la carta de la señora no tenía dirección. Volvieron sobre sus pasos buscando la casa de la señora, pero no dieron con ella. Abrieron finalmente la carta para ver a quién iba dirigida, y vieron que iba dirigida a ellos mismos y que era de la Virgen santísima. Por el contenido se dieron cuenta que la señora con quien habían hablado la noche pasada y que los había alojado, era la Virgen María, quien por la devoción que le tenían, les había deparado en medio del bosque hospedaje y alimento.

Les exhortaba a que siguieran sirviéndola, que ella los socorrería toda la vida. ¿Quién podrá describir las acciones de gracias que aquellos buenos religiosos tributaron a la Madre de Dios? ¿Quién podrá expresar cómo se les acrecentaron los deseos de amarla siempre y de servirla?

ORACIÓN PIDIENDO LA INTERCESIÓN DE MARÍA

¡Virgen Inmaculada y bendita!

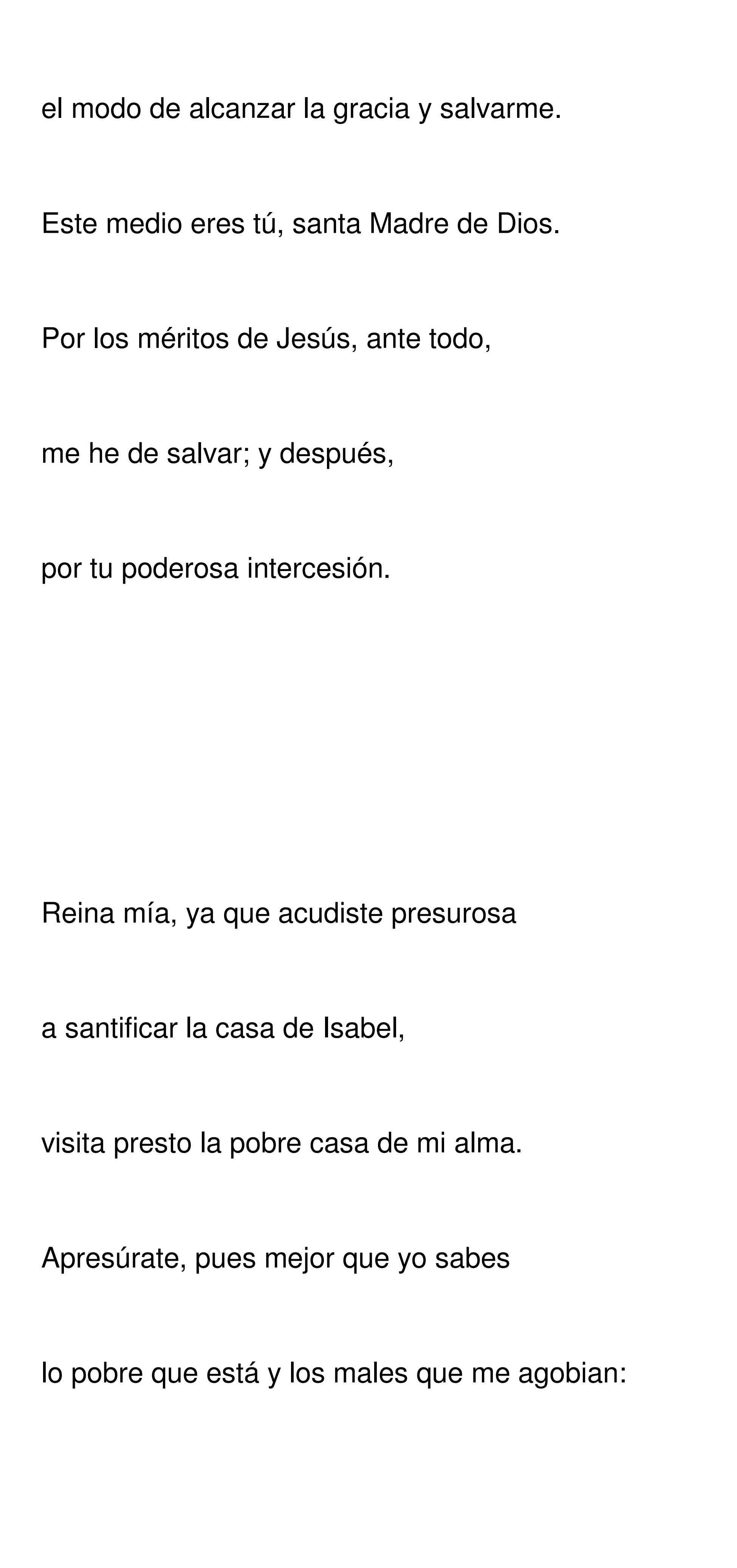
Eres la universal dispensadora

de todas las gracias divinas,

con razón te puedo llamar

la esperanza de todos, mi esperanza.

Bendigo al Señor porque me muestra



el modo de alcanzar la gracia y salvarme.

Este medio eres tú, santa Madre de Dios.

Por los méritos de Jesús, ante todo,

me he de salvar; y después,

por tu poderosa intercesión.

Reina mía, ya que acudiste presurosa

a santificar la casa de Isabel,

visita presto la pobre casa de mi alma.

Apresúrate, pues mejor que yo sabes

lo pobre que está y los males que me agobian:

afectos desordenados, hábitos depravados,

pecados sin cuento, y mil enfermedades

capaces de causarme la muerte eterna.

Pero tú, tesorera de Dios,

puedes enriquecerla con todos los bienes

y curarla de toda dolencia.

Visítame durante la vida, y sobre todo,

visítame en la hora de la muerte,

cuando me será más necesaria tu ayuda.

Como indigno que soy, no pretendo

que me visites con tu presencia,

como lo has hecho con otros devotos tuyos.

Me contento con que ruegues por mí

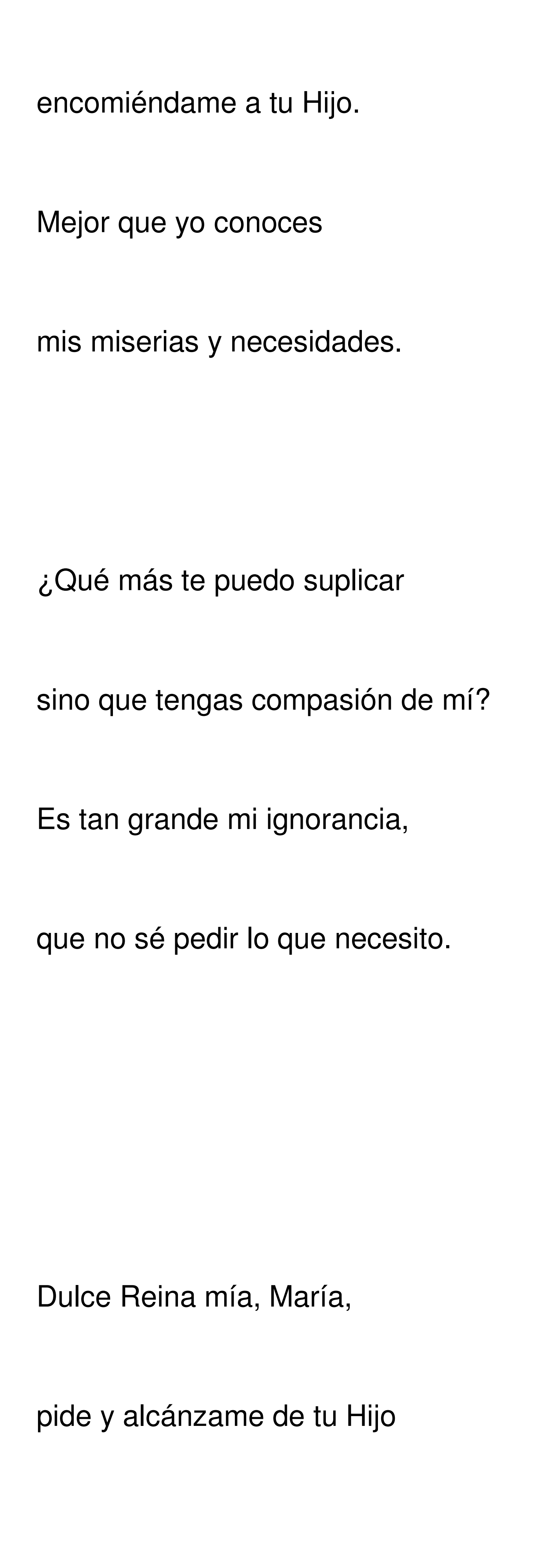
y me visites con tu misericordia

para ir a contemplarte en el cielo,

para amarte con toda el alma

y agradecerte todos tus beneficios.

Ruega por mí, María,



encomiéndame a tu Hijo.

Mejor que yo conoces

mis miserias y necesidades.

¿Qué más te puedo suplicar

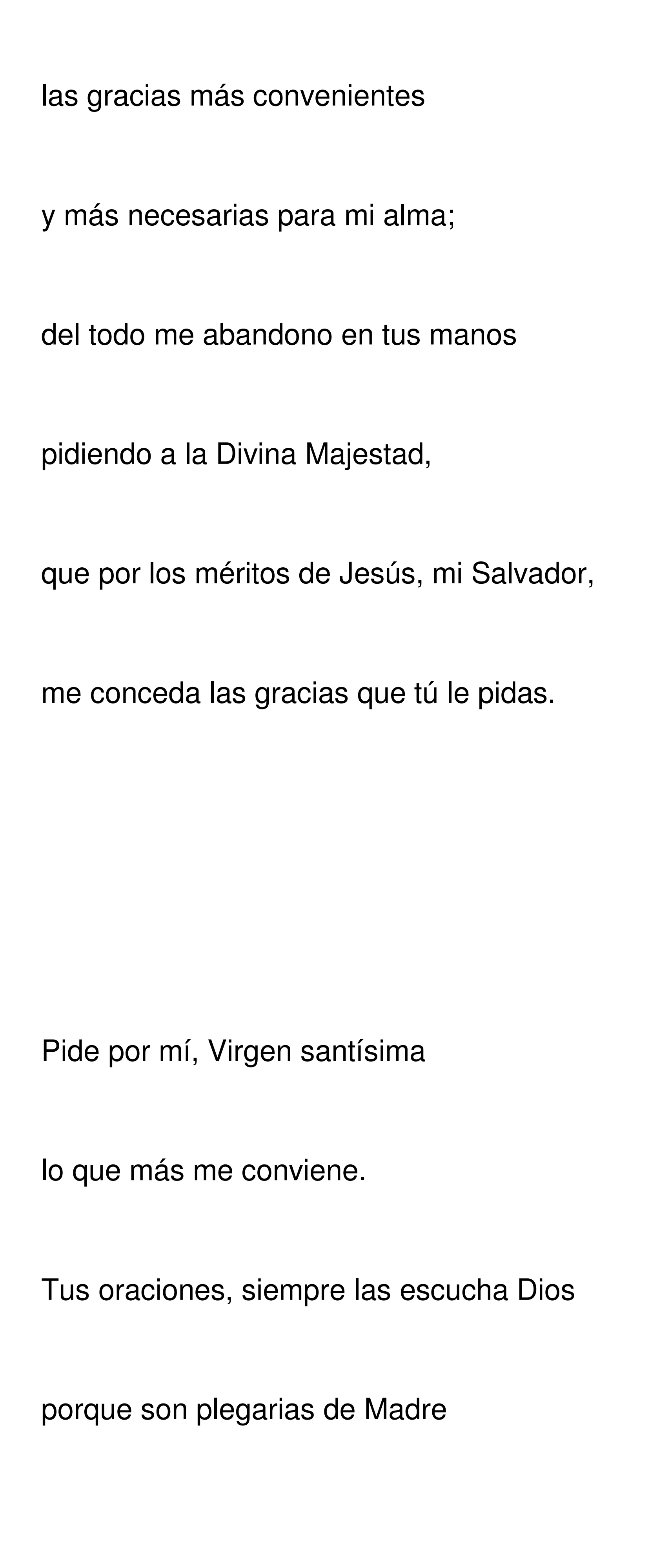
sino que tengas compasión de mí?

Es tan grande mi ignorancia,

que no sé pedir lo que necesito.

Dulce Reina mía, María,

pide y alcánzame de tu Hijo



las gracias más convenientes

y más necesarias para mi alma;

del todo me abandono en tus manos

pidiendo a la Divina Majestad,

que por los méritos de Jesús, mi Salvador,

me conceda las gracias que tú le pidas.

Pide por mí, Virgen santísima

lo que más me conviene.

Tus oraciones, siempre las escucha Dios

porque son plegarias de Madre

para con el Hijo que tanto te ama

y goza en otorgarte lo que pides

para mejor honrarte y mostrar su amor a ti.

En esto quedamos, Señora:

Yo vivo confiando en ti.

Preocúpate por salvarme. Amén.

Discurso sexto

PURIFICACIÓN DE MARÍA

Sacrificio grande que hizo María al ofrecer este día la vida de su Hijo a Dios

1. María ofrece su Hijo a Dios

Había dos preceptos en la antigua ley respecto al nacimiento de los primogénitos; uno era el que mandaba que la mujer estuviera retirada en casa durante cuarenta días, después de los cuales tenía que ir a purificarse al templo. El otro era que los padres del primogénito lo llevasen al templo y allí lo ofreciesen a Dios. Ambos preceptos los cumplió la Santísima Virgen en este día. Es cierto que María no estaba obligada a la ley de la purificación porque siempre fue virgen pura. No obstante, por humildad y obediencia quiso ir como las demás madres a purificarse. Obedeció también el segundo precepto de presentar y ofrecer su Hijo al eterno Padre. “Y cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor” (Lc 2, 22). Pero la Virgen lo ofreció de modo distinto a como lo hacían las demás madres. Las otras los ofrecían pero sabiendo que se trataba de una ceremonia legal, ya que al rescatarlos volvían a ser suyos, sin temor a tener que ofrecerlos a la muerte. María, en cambio,

ofreció a su Hijo a la muerte realmente y con la certeza que el sacrificio de la vida de Jesús que entonces ofrecía debía un día realizarse en el altar de la cruz. Por eso, al ofrecer María la vida de su Hijo, por el amor que le tenía, se sacrificó ella misma del todo a Dios.

Dejando de lado otras consideraciones que pudiéramos hacer sobre tantos misterios de esta festividad, vamos a considerar solamente lo inmenso del sacrificio de María por el que se ofreció a sí misma a Dios al ofrecerle en este día la vida de su Hijo. Este será el único tema de nuestro discurso.

El eterno Padre había decretado salvar al hombre perdido por la culpa y librarlo de la muerte eterna. Pero queriendo al mismo tiempo que su divina justicia no quedara sin la digna y debida satisfacción, por eso no perdonó la vida de su mismo Hijo, hecho ya hombre para redimir a los hombres, quiso que pagara con todo rigor la pena que los hombres merecían. "Él no perdonó a su propio Hijo –dice el apóstol–, sino que lo entregó por nosotros" (Rm 8, 32). Por eso lo mandó a la tierra para hacerse hombre y le destinó una madre que fue la Virgen María. Pero como no quiso que su Verbo divino se hiciera hombre de ella sin que ella primero lo aceptase con expreso conocimiento, así no quiso que Jesús sacrificase su vida por la salvación de los hombres sin que concurriese también el consentimiento de María para que con el sacrificio de la vida del Hijo se sacrificara también el corazón de la Madre.

Enseña santo Tomás que el hecho de ser madre da un derecho especial sobre el hijo; por lo que siendo Jesús esencialmente inocente y que no merecía ningún suplicio por culpa suya, parecía conveniente que no fuera condenado a la muerte como víctima de los pecados del mundo sin el consentimiento de su madre por el que espontáneamente ofreciese a Jesús al sacrificio.

2. María se ofrece también a sí misma

Aunque María, desde que fue hecha Madre de Jesús consintió en su sacrificio, sin embargo quiso el Señor que en este día hiciera en el templo el solemne sacrificio de sí misma al ofrecerle solemnemente su Hijo y su vida preciosa en sacrificio a la divina justicia. Por eso san Epifanio dijo que la Virgen fue como un sacerdote.

Entremos a considerar cuánto dolor le costó semejante sacrificio y cuán heroica la virtud que hubo de ejercitar al tener que aceptar la sentencia de muerte de su amado Jesús.

María se dirige a Jerusalén para ofrecer a su Hijo. Camina presurosa llevando en brazos a su amada víctima. Entra en el templo, y allí, llena de modestia, humildad y devoción, presenta al Altísimo a su divino Hijo.

Y he aquí que, al mismo tiempo, el anciano Simeón, que había recibido de Dios la promesa de que no moriría sin ver al Mesías esperado, toma de manos de la Virgen al divino infante e, iluminado por el Espíritu Santo, le anuncia cuánto le había de costar el sacrificio que estaba ofreciendo de su divino Hijo, con el cual juntamente sería sacrificada su bendita alma.

Santo Tomás de Villanueva contempla al santo anciano, turbado y silencioso al tener que anunciar tan dolorosa nueva a esta pobre madre. El santo finge, como si María le preguntase: ¿Por qué te turbas en medio de tanta alegría? A lo que el anciano le responde: “Virgen nobilísima, no quisiera anunciarte cosas tristes; no quisiera ser nuncio de nuevas tan amargas, pero ya que así lo quiere el Señor y para mayores méritos tuyos, oye lo que te digo: Este niño que ahora te reporta tanta gloria con razón, un día te procurará el dolor más acerbo que jamás ha probado ninguna criatura; esto

sucederá cuando lo veas perseguido por toda clase de gentes y hecho el escarnio y la burla de la plebe hasta hacerlo morir ejecutado ante tus ojos. Muy feliz eres ahora por causa de este niño, pero mira que está puesto como bandera discutida. Has de saber que después de la muerte de tu Hijo habrá muchos que por amor de este Hijo tuyo serán atormentados y matados; pero si su martirio será en el cuerpo, tu martirio, divina Madre, será en el corazón".

3. María se inmola junto a su Hijo

Sí, en el corazón; porque no otra cosa sino la compasión por las penas de este Hijo tan amado debían atravesar el corazón de la Madre, como así se lo predijo Simeón: "Y una espada de dolor atravesará tu alma" (Lc 2, 35). La Virgen, como dice san Jerónimo, ya sabía por las Sagradas Escrituras los sufrimientos y penas que el divino Salvador había de soportar durante la vida y en su sagrada pasión y muerte. Bien conocía lo que habían dicho los profetas: que había de ser traicionado por un amigo: "Hasta mi íntimo amigo en el que yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar" (Sal 40, 10); que había de ser abandonado por sus discípulos: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas" (Za 13, 7); conocía los desprecios, salivazos, bofetadas y burlas que había de

sufrir de la chusma: “Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba” (Is 50, 6); no ignoraba que había de acabar siendo la burla de los hombres, rechazado por la plebe más vil, siendo saciado de injurias y villanías: “Soy un gusano que no un hombre, vergüenza del vulgo y asco de la plebe” (Sal 21, 7); “Que sería saciado de oprobios” (Lm 3, 30); bien tenía presente que al final de su vida su carne sagrada debía ser lacerada y rota por los azotes: “El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas” (Is 53, 5), hasta el punto de quedar su cuerpo deformado como el de un leproso, todo lleno de llagas que dejaban los huesos al descubierto: “No tenía apariencia; le vimos, y no tenía aspecto que pudiésemos estimar” (Is 53, 2). “Puedo contar todos mis huesos” (Sal 21, 18); no le era desconocido que habían de atravesarle las manos y los pies y ser colocado entre los malhechores: “Y con los rebeldes fue contado” (Is 53, 12); y que, finalmente, había de morir en la cruz ejecutado para la salvación de los hombres: “En cuanto a aquél a quien traspasaron, harán lamentación por él” (Za 12, 10).

Claro que María sabía todo lo que su Hijo debía padecer, pero con la profecía de Simeón le fueron revelados, como dijo el Señor a santa Teresa, todas las circunstancias y detalles, tanto externos como internos, que habían de atormentar a su Jesús en la pasión. Y ella a todo dio su consentimiento; y con una entereza que pasmó a los ángeles aceptó la sentencia de muerte de su Hijo tan terrible y afrentosa, diciendo:

“Padre eterno, puesto que así lo queréis, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra; uno mi voluntad a la vuestra y os ofrendo

este Hijo mío; estoy conforme en que se entregue su vida pro daros gloria y por la salvación del mundo. Y al mismo tiempo os sacrifico mi corazón. Traspáselo el dolor cuanto os plazca con tal que vos, mi Dios, seas glorificado y estéis contento. No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Por eso María guardó silencio en la Pasión cuando lo acusaban injustamente. No dijo nada a Pilato que estaba muy dispuesto a librarlo conociendo su inocencia; y sólo apareció en público para asistir al sacrificio de la Cruz sobre el Calvario. Ella lo acompañó al lugar del suplicio; lo asistió desde que fue colgado en la cruz: “estaba junto a la cruz de Jesús su Madre” (Jn 19, 25) hasta que expiró. Todo por cumplir el ofrecimiento que había hecho a Dios en el Templo.

4. María aceptó el sacrificio de su Hijo

Para comprender la violencia que María hubo de hacerse en este sacrificio, sería preciso conocer el amor que esta Madre le tenía a

Jesús. El amor de las madres hacia sus hijos, normalmente hablando, es tan tierno que cuando éstos se encuentran a la hora de la muerte, y ven que los van a perder para siempre, ese amor les hace olvidar todas sus faltas e ingratitudes, y hasta las injurias que de ellos recibieron, haciéndoles sufrir un dolor inenarrable. Y esto, a pesar de que el amor de estas madres es un amor dividido con otros hijos o al menos con otras personas. Pero María sólo tiene un hijo, y éste es el más hermoso entre los hijos de Adán. Es obediente, virtuoso, inocente y santo; basta decir que es Dios. Además el amor de esta madre no está dividido entre otras personas. Ella ha puesto todo su amor en este Hijo único sin miedo a excederse en el amor, pues este Hijo es Dios que merece un amor infinito. Y este Hijo es la víctima que ella debe ofrecer voluntariamente al sacrificio.

Vea cada uno cuánto le debía costar esto a María y qué fortaleza de ánimo debía tener al sacrificar y ofrecer en la cruz la vida de un Hijo tan amable. Así es que la Madre más afortunada al ser la Madre de Dios, es al mismo tiempo la madre más digna de compasión por ser la más afligida, al ser la Madre de un Hijo que desde que lo tuvo, sabía que estaba destinado al patíbulo. ¿Qué mujer aceptaría tener un hijo sabiendo que después lo había de perder con una muerte infamante? María aceptó de corazón a este Hijo con tan duras condiciones, y no sólo lo aceptó, sino que ella en este día lo ofreció en sus brazos al sacrificio.

Dice san Buenaventura que la Santísima Virgen, de todo corazón hubiera querido para ella –de ser posible– las penas y el sacrificio de su Hijo; pero por obedecer a Dios, hizo el gran ofrecimiento de la

vida de su amado Jesús por la salvación de la Humanidad, venciéndose con sumo dolor por la ternura del amor que le tenía. Por eso, en este ofrecimiento tuvo que hacerse María más violencia y fue más generosa, que si se hubiera entregado ella misma a padecer todo lo que debía soportar su Hijo. Superó la generosidad de todos los mártires, porque los mártires ofrecieron su propia vida, en cambio la Virgen ofreció la vida de su Hijo al que amaba y estimaba más que su propia vida.

5. María renovó a cada instante la entrega de su Hijo

No concluyó aquí el dolor de esta ofrenda, ya que, desde el primer momento y durante toda la vida de su Hijo, María tuvo ante sus ojos la muerte y todos los sufrimientos que debían acompañarle, y cuanto más iba descubriendo en él lo hermoso, lleno de gracia y amable que era, más se acrecentaba la angustia de su corazón... Madre dolorosa, si hubieras amado menos a tu Hijo y ese tu Hijo hubiera sido menos digno de amor o no te hubiera amado tanto, menor hubiera sido tu dolor al ofrecerlo en sacrificio. Pero ni hubo ni habrá madre que ame a su hijo tanto como tú, porque ni hubo ni habrá hijo más amable y que más quisiera a su madre que tu hijo Jesús. Oh Señor, si nosotros hubiéramos conocido la hermosura, la majestad del semblante de aquel divino niño, ¿hubiéramos tenido

valor para sacrificar su vida por nuestra salvación? Y tú, oh María, que eres su madre, y madre que tanto lo amas, ¿cómo es que pudiste ofrecer a tu hijo inocente por la salvación de los hombres y ofrecerlo a una muerte la más dolorosa y cruel que hubiera podido padecer un hombre en la tierra?

¡Qué cuadro tan desolador desde aquel día le representaría ante los ojos de María el amor que profesaba a su Hijo! ¡Presentir aquellos escarnios y desprecios que había de sufrir su pobre Hijo! El amor se lo representaría ya agonizante en el huerto, ya lacerado por los azotes o coronado de espinas en el pretorio y, sobre todo, viéndolo clavado en un leño ignominioso en el calvario. Mira, oh Madre, parece que le dijera su amor; mira al Hijo tan amable e inocente que ofreces a tantas penas y a muerte tan horrible. ¿De qué te servirá librarlo de las manos de Herodes si lo guardas para un fin tan lastimoso?

De modo que María no ofreció en el templo tan sólo a su Hijo a la muerte, sino que lo ofreció a cada instante, como le reveló a santa Brígida, que este dolor que le anunció el anciano Simeón no se apartó de su corazón hasta su asunción en el cielo. Por eso le dice san Anselmo: “Señora, yo no puedo creer que hubieras podido sobrevivir con tal dolor ni un solo momento si el mismo Dios, dador de vida, no te hubiera sostenido con su fuerza todopoderosa”. Mas hablando san Bernardo de esa extrema aflicción que se apoderó de María en esta fecha, dice que desde entonces vivía muriendo a cada instante, pues a cada momento le asaltaba el dolor de la muerte de su amado Jesús, que era dolor más cruel que la misma muerte.

6. María asume la función de corredentora

San Agustín, al considerar los grandes méritos de la Madre de Dios al ofrecer este gran sacrificio al Señor por la salvación del mundo, la llama con toda razón “la reparadora del género humano”; san Efrén le dice que es “la redentora de los cautivos”; san Ildefonso, que es “la reparadora del mundo perdido”; san Germán, “el remedio de nuestras miserias”; san Ambrosio, “la madre de todos los fieles”; san Agustín, “la madre de los vivientes”; san Andrés Cretense, “la madre de la vida”. Porque dice san Arnoldo de Chartres: “Estaban del todo identificadas la voluntad de Cristo y la de María, y ambos ofrecían un mismo holocausto; por eso consiguieron ambos el mismo efecto de salvar al mundo”. Al morir Jesús, María unió su voluntad con la de su Hijo de tal manera que ambos ofrecieron un mismo sacrificio, y por eso dice el mismo santo abad que así es como el Hijo y la Madre realizando la redención humana obtuvieron la salvación de los hombres; Jesús, satisfaciendo por nuestros pecados; María, impetrando que se nos aplicara semejante satisfacción.

Por eso, con razón afirma Dionisio Cartujano que la Madre de Dios puede ser llamada “salvadora del mundo”, pues con el sufrimiento soportado compadeciendo a su Hijo –y que ofreció voluntariamente a la divina justicia– mereció que se comunicaran a los hombres los méritos del Redentor.

Siendo María por los méritos de sus sufrimientos y del ofrecimiento de su Hijo madre de todos los remedios, se ha de creer que sólo por ella se otorga la leche de las divinas gracias, que son los méritos de Jesucristo, y los medios para conseguir la vida eterna. A esto se refiere san Bernardo al decir que Dios ha puesto en manos de María el precio de nuestra redención. Con lo que el santo nos da a entender que por la intercesión de la Virgen santísima se aplican a las almas los méritos del Redentor y que por sus manos se dispensan las gracias, que son precisamente el precio de los méritos de Jesús. Si tanto agradó a Dios el sacrificio de Abrahán al ofrecerle a su hijo que se obligó para premiarlo a multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo: “Porque hiciste esto y no perdonaste a tu hijo único por amor a mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo” (Gn 22, 16; 17), debemos creer con toda firmeza que inmensamente más agradable fue para el Señor, por ser infinitamente más noble el sacrificio de la excelsa Madre al ofrecerle a su Jesús. Por eso se le ha concedido que gracias a sus plegarias se multiplique el número de los elegidos y, por tanto, de sus devotos.

El santo anciano Simeón había recibido de Dios la promesa de que no moriría sin ver nacido al Mesías (Lc 2, 26). Pues esta misma

gracia no la recibirá sino por medio de María. Por lo que quien desea encontrar a Jesús no lo encontrará sino por medio de María. Vayamos a esta divina Madre si queremos encontrar a Jesús, y vayamos con plena confianza.

Dijo María a su sierva Prudenciana Zangoni que todos los años, en esta fiesta, se otorgaba una extraordinaria misericordia a un pecador. ¿No puede ser alguno de nosotros ese afortunado? Si grandes son nuestros pecados, mayor es la misericordia de María. Nada quiere negar el Hijo a esta Madre. "Cierto que este Hijo siempre escucha a su Madre", dice san Bernardo. Si Jesús está indignado contra nosotros, pronto lo aplaca María. Cuenta Plutarco que Antipasto escribió a Alejandro Magno un largo panfleto de acusaciones contra su madre Olimpia. Habiéndolo leído, respondió:

¿No sabe Antipasto que una lágrima de mi madre basta y sobra para borrar incontables cartas acusatorias? Cuando María ruega por nosotros, pensemos también que Jesús responde a las acusaciones que le presenta contra nosotros el demonio:

"¿No sabe Lucifer que una oración de la Madre mía en favor de un pecador basta para hacerme olvidar todas las acusaciones de los pecados cometidos?" Veamos como demostración el siguiente ejemplo.

EJEMPLO

Un convertido por su devoción a los dolores de María

Este ejemplo no está en los libros, sino que me lo ha referido un sacerdote compañero mío como acaecido a él mismo. Mientras este sacerdote estaba confesando en una iglesia –no se dice la ciudad por prudencia, aunque el penitente dio licencia para publicar su caso– se colocó al frente de él un joven que parecía titubear entre confesarse y no confesarse. Mirándolo el padre varias veces, al fin lo llamó y le preguntó si deseaba confesarse. Respondió que sí, pero como la confesión parecía que iba a ser larga, el confesor se fue con él a una habitación aislada.

El penitente comenzó por decirle que era un noble forastero y que no comprendía cómo Dios le podía perdonar con la vida que había llevado. Además de los incontables pecados deshonestos, homicidios y demás, le dijo que habiendo desesperado de su salvación se había dedicado a pecar, no tanto por satisfacción cuanto por desprecio a Dios y por el odio que le tenía. Dijo que poco antes, esa misma mañana, había ido a comulgar; pero ¿para qué? Para pisotear la hostia consagrada. Y que, en efecto, habiendo comulgado, iba a ejecutar su horrendo pensamiento, pero no pudo hacerlo porque le veía la gente. Y en ese momento entregó al sacerdote la santa hostia envuelta en un papel. Le contó después que pasando por delante de aquella iglesia había sentido un impulso muy grande de entrar, y que no pudiendo resistir había entrado. Después le había acometido un gran remordimiento de conciencia con un deseo confuso de confesarse, que por eso se había puesto ante el confesionario; pero estando allí era tanta su confusión y desconfianza que quería marcharse, pero parecía como si alguien le retuviera a la fuerza; hasta que usted, padre, me llamó. Ahora me encuentro aquí para confesarme, pero no sé cómo.

El padre le preguntó si había tenido alguna devoción a la Virgen María durante ese tiempo, porque tales golpes de conversión no suceden sino por las poderosas manos de María. "¿Qué devoción podía tener? Nada, padre; yo estaba condenado". Pero metiendo la mano en el pecho, notó que tenía el escapulario de la Virgen Dolorosa.

"Hijo –continuó el confesor–, ¿no ves que la Virgen es la que te ha otorgado esta gracia? Y has de saber que esta iglesia está consagrada a la Virgen". Al oír esto el joven se enterneció, comenzó a compungirse y a llorar. Mientras manifestaba sus pecados creció a tal punto su compunción y llanto, que se desmayó. El padre lo

reanimó y finalmente acabó la confesión, lo absolvió con gran consuelo, y del todo contrito y resuelto a cambiar de vida se despidió para volver a su patria, dando licencia al confesor para anunciar públicamente la gran misericordia que con él había tenido María.

ORACIÓN DE OFRECIMIENTO A DIOS

Santa Madre de Dios y Madre mía, María.

¿Tanto te interesaste por mi salvación

que llegaste a ofrecer al sacrificio

lo más querido para tu corazón,

a tu adorado Jesús?

Si tanto deseas que me salve,

con razón pongo en ti mi confianza

después de colocarla en Dios.

Virgen bendita, en ti confío del todo.

Por el mérito del gran sacrificio

que en este día ofreciste a Dios

al entregarle la vida de tu Hijo,

ruégale que tenga piedad de mi alma

por la que este cordero inmaculado

quiso morir en la cruz.

Quisiera, Reina mía, en este día,

a semejanza tuya,

ofrecer a Dios mi pobre corazón;

mas temo que lo rechace

al verlo tan enfangado y sucio.

Pero si tú se lo ofreces

no lo rehusará, pues las ofrendas

que le llegan en tus manos,

todas las recibe y agradece.

Me presento, María, para consagrarme a ti;

ofréceme al eterno Padre,

junto con Jesús,

como algo que te pertenece;

y ruégale que por los méritos de tu Hijo

y en consideración a ti,

me acepte y me tome por suyo.

Madre mía dulcísima,

por el amor de tu Hijo sacrificado

ayúdame siempre y no me abandones.

No permitas que a mi Redentor

tan amable, y por ti ofrecido,

lo vaya a perder por mis pecados.

Dile que soy tu siervo; dile que en ti

tengo depositada mi esperanza;

dile, en fin, que quieres mi salvación;

que él seguro te habrá de escuchar. Amén.

Discurso séptimo

ASUNCIÓN DE MARÍA (1º)

Precioso fue el tránsito de María por las circunstancias que lo rodearon y por la manera en que se realizó

PUNTO 1º

Tres cosas vuelven amarga la muerte: el apego a la tierra, el remordimiento de los pecados y la incertidumbre de la salvación. Pero el tránsito de María estuvo exento de semejantes amarguras y, en cambio, acompañado de tres hermosísimas cualidades que lo hicieron precioso y lleno de consuelos. Ella dejó este mundo desprendida de todos los bienes terrenos, como siempre lo había estado: con suma paz en su conciencia y con la certeza absoluta de entrar en la gloria eterna.

1. María, desprendida de lo terreno

En primer lugar, no hay duda de que el apego a los bienes terrenales hace amarga y llena de miserias la muerte de los mundanos, como lo atestigua el Espíritu Santo: "Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo para el hombre que vive en paz entre sus bienes, para el varón desocupado a quien todo le va bien" (Ecclo 41, 1). Mas porque los santos mueren desprendidos de los bienes del mundo, su muerte no es amarga, sino dulce, amable y preciosa, esto es –como explica san Bernardo–, digna de comprarse a gran precio. "Dichosos los muertos que mueren en el Señor" (Ap 14, 13). ¿Quiénes son esos muertos que mueren estando ya muertos? Son precisamente las almas afortunadas que pasan a la eternidad estando ya despegadas y como muertas a todos los afectos

desordenados a las cosas de la tierra; las que han encontrado en Dios todo su bien, como lo había encontrado san Francisco de Asís, que exclamaba: “Mi Dios y mi todo”.

Pero ¿quién estuvo jamás más desprendida de las cosas del mundo y más unida a Dios que la Virgen María?

Estuvo desprendida de las riquezas viviendo siempre pobre, sustentándose con el trabajo de sus manos. Vivió desprendida de los honores, humilde y escondida, aunque era la Reina por ser Madre del Rey de Israel.

Vio san Juan a María representada en aquella mujer vestida de sol y con la luna bajo sus pies: “Apareció una gran señal en el cielo: una mujer vestida de sol y la luna bajo sus pies” (Ap 12, 1). Por luna entienden los comentaristas los bienes de esta tierra, que son caducos como mengua la luna. Todos esos bienes nunca ocuparon el corazón de María, sino que siempre los menospreció y los tuvo bajo sus pies. Vivió en este mundo como solitaria palomita en un desierto, sin afecto desordenado a cosa alguna; como de ella se dijo: “SE ha oído la voz de la tórtola en nuestra tierra” (Ct 2, 12). Y en otro pasaje se dice: “¿Quién es ésta que sube por el desierto?” (Ct 3, 6). A lo que añade Ruperto: “Subiste por el desierto porque tenías el alma siempre recogida”. María, siempre y del todo deparada del apego a las cosas terrenas y unida del todo a Dios, pasó de esta tierra a la gloria, no con amargura, sino contenta y dichosa porque iba a unirse a Dios con lazo eterno en el paraíso.

2. María, libre de toda inquietud de conciencia

En segundo lugar, lo que hace dichosa la muerte es la tranquilidad de conciencia. Los pecados cometidos son como gusanos que roen y llenan de aflicción el corazón del pobre pecador moribundo que pronto se va a tener que presentar ante el divino tribunal y se ve rodeado de sus pecados que le espantan y le gritan, al decir de san Bernardo: "Somos tus obras, no te abandonaremos". María, a la hora de dejar este mundo, no podía de ninguna manera verse afligida por ningún remordimiento de conciencia, porque ella fue siempre santa, siempre pura y siempre estuvo libre hasta de la sombra del pecado actual y original. Por eso se dijo de ella: "Toda eres hermosa, amiga mía, y no hay mancha alguna en ti" (Ct 4, 7).

Desde que tuvo uso de razón, es decir, desde el primer instante de su inmaculada concepción en el seno de su madre santa Ana, desde entonces comenzó a amar a su Dios con todas sus fuerzas, y así continuó siempre, progresando más y más. Todos sus pensamientos y deseos, todos sus afectos, no fueron sino para Dios. No pronunció una palabra, no hizo un movimiento ni tuvo una

mirada ni una respiración que no fueran para Dios y su gloria, sin jamás retroceder un paso ni apartarse un momento del amor divino.

Y en el momento feliz de su tránsito estaban a su alrededor todas las virtudes que había practicado. Aquella su fe tan constante, su confianza en Dios tan inflamada de amor, su paciencia tan firme en medio de tantas penas, su humildad en medio de tantos privilegios; su modestia, su mansedumbre, su compasión hacia todos, su celo de la gloria de Dios; sobre todo su perfecto amor a Dios, con su perfecta conformidad con la voluntad divina. Todas esas virtudes juntas la rodeaban y, consolándola, le decían:

“Somos tus obras, no te abandonaremos. Señora y madre nuestra, todas nosotras somos hijas de tu hermoso corazón; ahora que vas a dejar esta vida en la tierra, nosotras no queremos abandonarte; seguiremos contigo para ser tu cortejo eterno en el paraíso, donde tú serás la reina de todos los hombres y de todos los ángeles.

3. María, segura de alcanzar la salvación

En tercer lugar, la seguridad de la salvación hace que el morir sea dulce. La muerte se llama tránsito porque por ella se pasa de una vida breve a una vida eterna. Por lo que, así como es enorme el pavor de los que mueren con dudas sobre su eterna salvación y se acercan al gran momento con el temor muy fundado de acabar en la muerte eterna, así, por el contrario, es muy grande la alegría de los santos al concluir el curso de su vida en la tierra, pues esperan con gran confianza ir a poseer a Dios en el cielo. Una religiosa carmelita, cuando el médico le anunció que iba a morir, sintió tal alegría que dijo: "¿Cómo es, señor médico, que me da esta noticia tan estupenda y no me pide la propina?" San Lorenzo Justiniano, estando para morir y viendo que sus familiares lloraban a su alrededor, les dijo: "Id con vuestras lágrimas a llorar a otra parte, que éste no es tiempo de lágrimas". Como si les dijera: A llorar a otra parte; si queréis estar junto a mí, tenéis que estar contentos como yo al ver que se me abren las puertas del paraíso para unirme a Dios. Y de modo parecido actuaban un san Pedro de Alcántara, un san Luis Gonzaga y tantos otros santos, quienes al recibir la noticia de que iban a morir hicieron exclamaciones de júbilo y alegría. Mas éstos no tenían la certeza de poseer la gracia de Dios ni estaban tan seguros de ser santos como lo estaba María.

Qué júbilo hubo de experimentar la Madre de Dios al sentir que iba a concluir el curso de su vida en la tierra, ella que tenía la absoluta seguridad de gozar de la gracia divina.

Le había asegurado el arcángel Gabriel que estaba rebosante de gracia y estaba en posesión de Dios: "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo... Encontraste gracia ante el Señor" (Lc 1, 28; 30). Qué bien percibía que su corazón estaba de continuo inflamado en el amor de Dios; de tal manera que, como dice Bernardino de

Bustos, María, por privilegio singular no concedido a ningún otro santo, amaba siempre actualmente a Dios en cada instante de su vida; y con tanto ardor que, como dice san Bernardo, fue preciso un constante milagro para que pudiera vivir en medio de tantos ardores.

De María se dijo en los Sagrados Cantares: “¿Quién es ésta que sube por el desierto como columnita de humo hecho de aromas de mirra y de incienso y de todas las esencias?” (Ct 3, 6). Su total mortificación simbolizada en la mirra, sus fervorosas oraciones que significan el incienso y todas sus virtudes unidas a su perfecto amor a Dios encendían en ella un incendio tan grande que su alma tan bella, del todo consagrada al divino amor y abrasada por él, la elevaban constantemente hacia Dios como columnita de humo exhalando suavísimo aroma. Escribe Ruperto que María, como espiral de humo, esparcía suave aroma para el Altísimo. Y María concluyó su existencia sobre la tierra como había vivido. El amor divino la sostenía en vida y el amor divino la transportó al cielo, pues la Virgen María, como dice san Ildefonso, o no podía morir o sólo podía morir de amor.

PUNTO 2º

1. María, después de morir Jesús

Consideremos ahora cómo fue su dichoso tránsito. Después de la ascensión de Cristo quedó María en la tierra para atender a la propagación de la fe. Por lo que a ella recurrían los apóstoles y discípulos de Jesucristo y ella les solucionaba sus dudas, les reconfortaba en las persecuciones y les animaba a trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas redimidas. Con mucho gusto permanecía en la tierra, comprendiendo que ésa era la voluntad de Dos para el bien de la Iglesia; pero sentía el ansia de verse junto a su Hijo que había subido al cielo. "Donde está tu tesoro –dijo el Redentor–, allí está tu corazón" (Lc 12, 34). Donde uno piensa que está su tesoro y su contento, allí tiene siempre fijo el amor y el deseo de su corazón. Pues si María no amaba otro bien más que a Jesús, estando él en el cielo allí estaban sus ansias y deseos.

Tablero escribe de María que "tenía su morada en el cielo", porque teniendo allí todo su amor, allí tenía su reposo constante; "tenía por escuela la eternidad", siempre desprendida de los bienes materiales; "tenía por maestra a la verdad de Dios", obrando en todo según sus divinas luces; "por espejo a la divinidad", pues sólo

se contemplaba en Dios para conformarse en todo a su divino querer; “por aderezo su devoción”, siempre prontísima a seguir el divino beneplácito; “por su único descanso Dios”, ya que en unirse del todo con él encontraba toda su paz; “el sitio donde estaba el tesoro de su corazón era sólo Dios”, y esto hasta entre sueños. Andaba la Santísima Virgen, escribe este autor, consolando su corazón enamorado en aquella dolorosa lejanía, visitando según se dice los santos lugares en donde había estado su Hijo: la cueva de Belén donde había nacido, la casita de Nazaret donde había vivido tantos años, el huerto de Getsemaní donde comenzó su pasión y el pretorio de Pilato donde fue flagelado, también el lugar donde fue coronado de espinas; pero con más frecuencia visitaba el calvario donde el Hijo entregó su espíritu y el santo sepulcro donde ella lo había colocado. Y así la Madre amantísima se iba consolando del dolor de su duro destierro.

Pero esto no bastaba para contentar su corazón, que no podía encontrar su perfecto descanso en la tierra, por lo que no hacía más que suspirar constantemente a su Señor exclamando con David pero con amor más ardiente: “¡Quién me diera alas como de paloma y volaría y descansaría! ¡Quién me diera alas para volar hacia mi Dios y encontrar en él mi reposo! Como desea el ciervo las fuentes de agua, así mi alma te desea, Dios mío” (Sal 41, 2). Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma, de tu amor herida, Dios mío, te busca y por ti suspira. Los gemidos de esta palomita traspasaban el corazón de su Dios que tanto la amaba: “La voz de la paloma se ha escuchado en nuestra tierra” (Ct 2, 12). Por lo que no queriendo diferir por más tiempo el consuelo a su amada, al fin cumple su deseo y la llama a su reino.

2. María supo el momento de su tránsito

Refieren Cedreno, Nicéforo y Metafraste que el Señor mandó al arcángel san Gabriel, el mismo que le trajo el anuncio de ser la mujer bendita elegida para Madre de Dios, el cual le dijo: “Señora y reina mía, Dios ha escuchado tus santos deseos y me manda decirte que pronto vas a dejar la tierra porque quiere tenerte consigo en el paraíso.

Ven a tomar posesión de tu reino, que yo y todos aquellos santos bienaventurados te esperamos y deseamos tenerte allí”.

Ante semejante embajada, ¿qué otra cosa iba a hacer la Virgen santísima sino replegarse al centro de su profunda humildad y responder con las mismas palabras que le dijo cuando le anunció la divina maternidad: “He aquí la esclava del Señor”? Él, por su sola bondad, me eligió y me hizo su madre; ahora me llama al paraíso. Yo no merecía ninguno de los dos privilegios; pero ya que desea demostrar en mí su infinita liberalidad, aquí estoy pronta a ser llevada a donde él quiere. “He aquí la esclava del Señor. Que se cumpla en mí siempre la voluntad de mi Señor”.

Después de recibir aviso tan agradable, se lo comunicó a san Juan. Podemos imaginarnos con cuánto dolor y ternura escuchó aquella nueva el que durante tantos años la había cuidado como hijo y había disfrutado de su trato celestial. Visitaría de nuevo los santos lugares, despidiéndose de ellos emocionada, especialmente del calvario donde su amado Hijo dejó la vida. Y después, en su humilde casa, se dispuso a esperar su dichoso tránsito.

En este tiempo venían los ángeles en sucesivas embajadas a saludar a su reina, consolándose porque pronto la iban a ver coronada en el cielo.

3. María es acompañada por los apóstoles

Cuentan diversos autores que antes de ser asunta al cielo, milagrosamente se encontraron junto a María los apóstoles y no

pocos discípulos venidos de diversos países por donde andaban dispersos. Y que ella, viendo a sus amados hijos reunidos en su presencia les habló así: “Amados míos, por amor a vosotros y para que os ayudara, mi divino Hijo me dejó en la tierra. Ahora ya la fe santa se ha esparcido por el mundo, ya ha crecido el fruto de la divina semilla, por lo que viendo mi Hijo que no era necesaria mi presencia en la tierra y compadecido de mi añoranza escuchó mis deseos de salir de esta vida y de ir a verlo en el cielo. Seguid vosotros esforzándoos por su gloria. Os dejo, pero os llevo en el corazón; conmigo llevo y siempre estará conmigo el gran amor que os tengo. Voy al paraíso a interceder por vosotros”.

Ante noticias tan tristes, ¿quién podrá imaginar las lágrimas y los lamentos de aquellos santos discípulos pensando que dentro de poco se iban a ver separados de aquella madre suya? ¿Así que nos quieres dejar, oh María? Es verdad que esta tierra no es lugar digno y propio para ti y nosotros no somos dignos de disfrutar de la compañía de la Madre de Dios, pero recuerda que eres nuestra madre; has sido nuestra maestra en las dudas, nuestra consoladora en las angustias, nuestra fortaleza en las persecuciones. ¿Y cómo nos quieres ahora abandonar dejándonos solos sin tu protección en medio de tantos enemigos y de tanta batallas? Ya habíamos perdido en la tierra a nuestro maestro y padre Jesús que subió a los cielos, pero nosotros hemos seguido recibiendo tus consuelos. ¿Cómo vas a dejarnos ahora sin padre y sin madre?

Señora, o quédate con nosotros o llévanos contigo. Así lo refiere san Juan Damasceno:

“No hijos míos –comenzó a hablarles dulcemente la amabilísima Señora–, no es ése el querer de Dios. Estad contentos cumpliendo

lo que él ha dispuesto sobre mí y sobre vosotros. A vosotros os corresponde seguir trabajando por la gloria de vuestro Redentor y para ganar la eterna corona. No os dejo porque quiera abandonaros, sino para ayudaros mejor con mi intercesión y protección en el cielo ante Dios. Quedad contentos. Os encomiendo a la santa Iglesia; os recomiendo las almas redimidas; que éste sea el postrer adiós y el recuerdo que os dejo; cumplidlo si me amáis, sacrificaos por las almas y por la gloria de mi Hijo para que un día nos encontremos de nuevo unidos en el paraíso para no separarnos por toda la eternidad”.

4. María es recibida por su Hijo

El divino Esposo ya estaba pronto a venir para conducirla con él al reino bienaventurado... Ella siente en el corazón un gozo inenarrable por su cercanía, que la colma de una nueva e indecible dulzura. Los apóstoles, viendo que María ya estaba para emigrar de esta tierra, llorando sin consuelo le pedían su especial bendición y le suplicaban que no los olvidara; todos se sentían traspasados de dolor al tener que separarse para siempre en este mundo de su amada Señora. Y ella, la Madre amantísima, a todos y a cada uno los consolaba garantizándoles sus cuidados maternales, los

bendecía con su amor del todo especial y los animaba para que siguieran trabajando en la conversión del mundo.

Se dirigió de modo muy particular a san Pedro como cabeza visible de la Iglesia y vicario de su Hijo; a él le recomendó encarecidamente la propagación de la fe, asegurándole su privilegiada protección desde el cielo. Se dirigió con todo su cariño maternal a san Juan, quien como ninguno sufría el dolor de la separación de su Madre santísima. Y recordándole la agradecida Señora el afecto y las atenciones con que el santo discípulo la había cuidado todos aquellos años después de la muerte de su Hijo, le habló así con mucha ternura: "Juan, hijo mío, cómo te agradezco tus cuidados constantes. Bien sabes que te lo seguiré agradeciendo en el cielo. Si ahora te dejo es para rogar mejor por ti. Sigue viviendo lleno de paz hasta que nos encontremos en el paraíso, donde te espero. Ya sé que no te olvidarás de mí; en todas tus necesidades llámame para que venga en tu ayuda, que yo no puedo olvidarme jamás de ti, amado hijo. Te bendigo, hijo mío, y mi bendición te acompañará siempre: que tengas la paz, adiós".

Ya están los ángeles prontos para acompañarla en triunfo al entrar en la gloria. Mucho la consolaban estos santos espíritus, pero no del todo, no viendo aparecer aún a su amado Jesús, que era el amor absoluto de su corazón. Por eso repetía a los ángeles que venían a reverenciarla: "Os conjuro, hijas de Jerusalén, que si veis a mi amado le digáis que desfallezco de amor" (Ct 5, 8); ángeles santos, hermosos moradores de la Jerusalén del cielo, venís con delicadeza a consolarme con vuestra presencia y os lo agradezco; pero entre todos no me consoláis del todo porque aún no veo a mi

amado Hijo que venga a hacerme feliz; id al paraíso si tanto me queréis y decid de mi parte a mi Amado que me desmayo de amor. Decidle que venga presto porque me siento desfallecer por las ansias de verlo.

Al fin Jesús llega a recoger a su Madre para llevarla consigo al paraíso. Se refiere en las revelaciones a santa Isabel que el Hijo se apareció a María con la cruz para demostrarle la gloria especial que le correspondía a ella por la redención lograda con su muerte, de modo que por los siglos sin fin ella había de honrarlo más que todos los hombres y ángeles juntos. San Juan Damasceno refiere que el mismo Jesús se le dio en comunión, diciéndole lleno de amor: Recibe, madre mía, por mis manos este cuerpo que tú me has dado. Y habiendo recibido con los mayores transportes de amor aquella última comunión, oró así: Hijo, en tus manos encomiendo mi espíritu; te entrego esta alma que tú creaste tan enriquecida de gracias desde el principio, preservada de toda culpa por pura bondad tuya. Te encomiendo mi cuerpo, del que te dignaste recibir la carne y la sangre. Te encomiendo también estos amados hijos que quedan afligidos por mi partida; consuélalos tú que los amas infinitamente más que yo, bendícelos y dales las fuerzas para realizar maravillas para tu gloria.

5. María pasó a la gloria del Padre

Ya inminente el tránsito de María, como refiere san Jerónimo, se sintieron celestiales armonías y, además, como le fue revelado a santa Brígida, hubo un gran resplandor.

Ante tales armonías e insólito esplendor, comprendieron los apóstoles que había llegado ya la hora de la partida. Ellos, redoblando sus lágrimas y sus plegarias y alzando las manos, dijeron a una voz: María nuestra, ya que te vas al cielo y nos dejas, danos tu última bendición y no nos olvides. Y María, mirándolos a todos y como despidiéndose por última vez, exclamó: Adiós, hijos míos, os bendigo; estad seguros de que no me olvidaré de vosotros.

Y entre esplendores y alegría su Hijo, con todo su amor, la invitó a seguirle entre llamas de caridad y suspiros de amor. Y así aquella hermosa paloma fue asunta a la gloria bienaventurada, donde es y será reina del paraíso por toda la eternidad.

La Virgen María ha dejado la tierra y ya está en el cielo. Desde allí la piadosa Madre nos mira a los que estamos aún en este valle de lágrimas y se apiada de nosotros y nos regala su ayuda si así lo queremos. Roguémosle siempre que por los méritos de su bienaventurada asunción nos obtenga una muerte santa. Y si a Dios así le place, nos alcance el morir en sábado, día consagrado al culto de la Virgen, o un día de la novena en su honor, como lo han obtenido tantos devotos suyos, y en especial san Estanislao de Kostka, al que concedió el morir en el día de su asunción, como lo refiere el P. Bartolí en su vida.

EJEMPLO

Muerte dichosa de san Estanislao de Kostka

Mientras vivía este santo joven, consagrado por completo al amor de María, sucedió que el primero de agosto de aquel año oyó un sermón del P. Pedro Canisio en el que éste, predicando a los

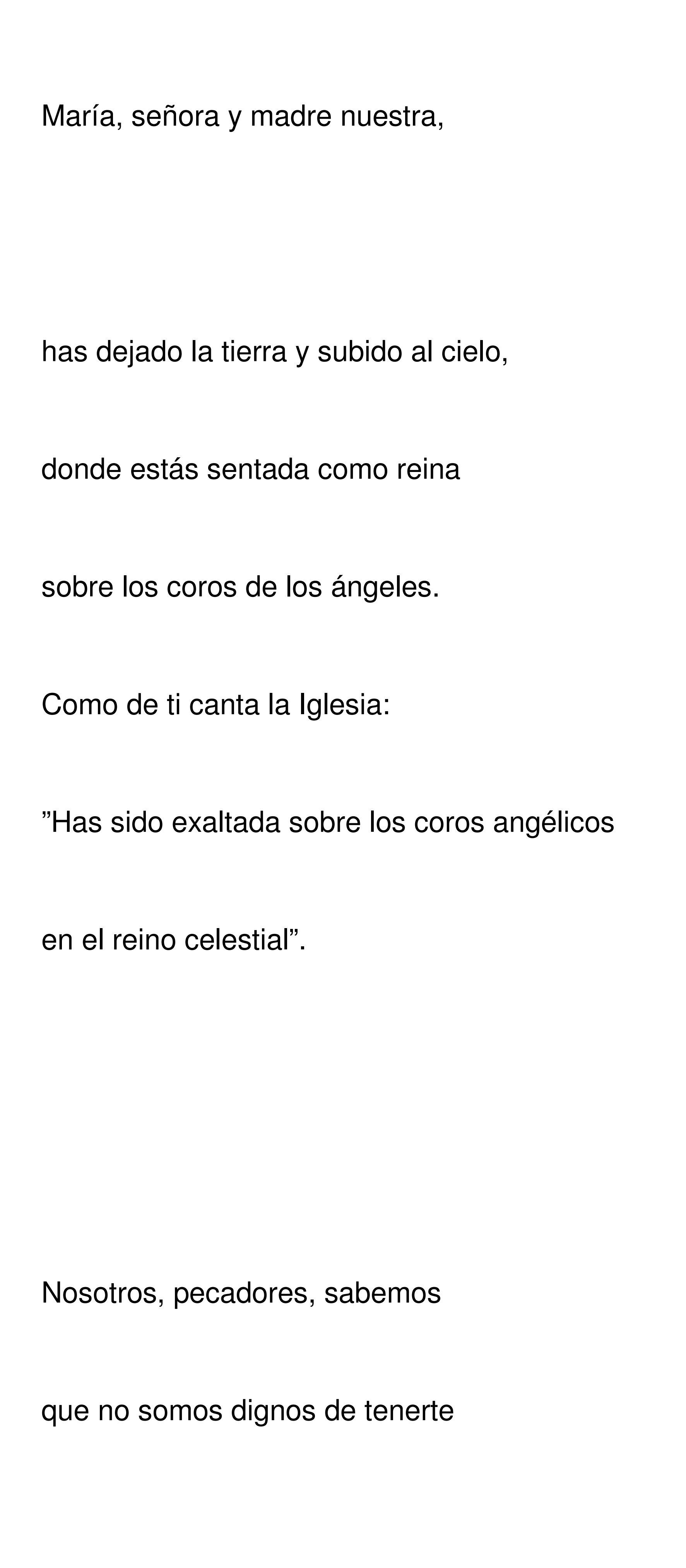
novicios de la Compañía de Jesús, inculcó a todos el gran consejo de vivir cada día como si fuera el último de su vida, después del cual dijo san Estanislao a sus compañeros que aquel consejo tan especial para él había sido como la voz de Dios, pues iba a morir ese mismo mes. Dijo esto o porque Dios se lo reveló o porque tuvo una especie de presentimiento interior, como se verá por lo que acaeció.

Cuatro días después fue, en compañía del P. Sa, a Santa María la Mayor, y hablando de la próxima fiesta de la Asunción le dijo: “Padre, yo pienso que en ese día se ve en el cielo un nuevo paraíso al contemplarse la gloria de la Madre de Dios coronada como reina del cielo y de la tierra y colocada muy cerca del Señor sobre todos los coros de los ángeles. Y si es verdad que todos los años, como lo tengo por cierto, se renueva la fiesta en el cielo, espero presenciar la de este año en el paraíso”. Habiéndole tocado en suerte a san Estanislao por su protector del mes el glorioso mártir san Lorenzo, ese día escribió una carta a su madre María en que rogaba le obtuviera la gracia de contemplar su fiesta en el paraíso. El día de san Lorenzo comulgó y suplicó al santo que presentara aquella carta a la Madre de Dios interponiendo su intercesión para que María santísima le escuchase. Y he aquí que al terminar el día tuvo un poco de fiebre, que aunque ligera él tomó como señal cierta de que había obtenido la gracia de la próxima muerte. Al acostarse dijo, sonriente y jubiloso: “Ya no me levantaré de esta cama”. Y al padre Acquaviva le añadió: “Padre mío, creo que san Lorenzo me ha obtenido de María la gracia de encontrarme en el cielo en la fiesta de la Asunción”.

Pero nadie hizo caso de estas cosas. Llegó la vigilia de la fiesta y el mal seguía leve, pero el santo le dijo a un hermano que la noche siguiente ya estaría muerto, a lo que el hermano le respondió: “Más milagro se requiere para morir de tan pequeño mal que para curar”. Pero pasado el mediodía le asaltó un mortal desfallecimiento, con sudor frío y decaimiento general de fuerzas. Acudió el superior, al

que Estanislao suplicó le hiciera poner sobre la tierra desnuda para morir como penitente. Para contentarlo, lo pusieron en el suelo sobre una estera. Luego se confesó y recibió el santo viático, no sin lágrimas de los presentes, pues al entrar en la estancia el Santísimo Sacramento lo vieron resplandeciente y destellando por los ojos celestial alegría y la cara inflamada de santo ardor que lo asemejaba a un serafín. Recibió también la santa unción, y entre tanto alzaba los ojos al cielo y otras veces contemplaba y estrechaba con afecto contra su pecho la imagen de María. Le dijo un padre que para qué aquel rosario en la mano si no podía rezarlo, y le respondió: "Me sirve de consuelo siendo cosa de la Virgen María". "Cuánto más –le respondió el padre– le consolará el verla y besar su mano en el cielo". Entonces el santo, con el rostro arrebolado, elevó las manos, manifestando de ese modo el ansia de encontrarse presto en su presencia. Luego se le apareció su amada Madre, como él mismo lo declaró a los presentes, y poco antes del alba del día 15 de agosto expiró sin estertores, como un santo, con los ojos fijos en el cielo. Los presentes le acercaron la imagen de la Virgen y viendo que no hacía ninguna demostración comprendieron que su alma había volado al cielo junto a su amada Reina.

ORACIÓN CONFIANDO EN LA PROTECCIÓN DE MARÍA



María, señora y madre nuestra,

has dejado la tierra y subido al cielo,

donde estás sentada como reina

sobre los coros de los ángeles.

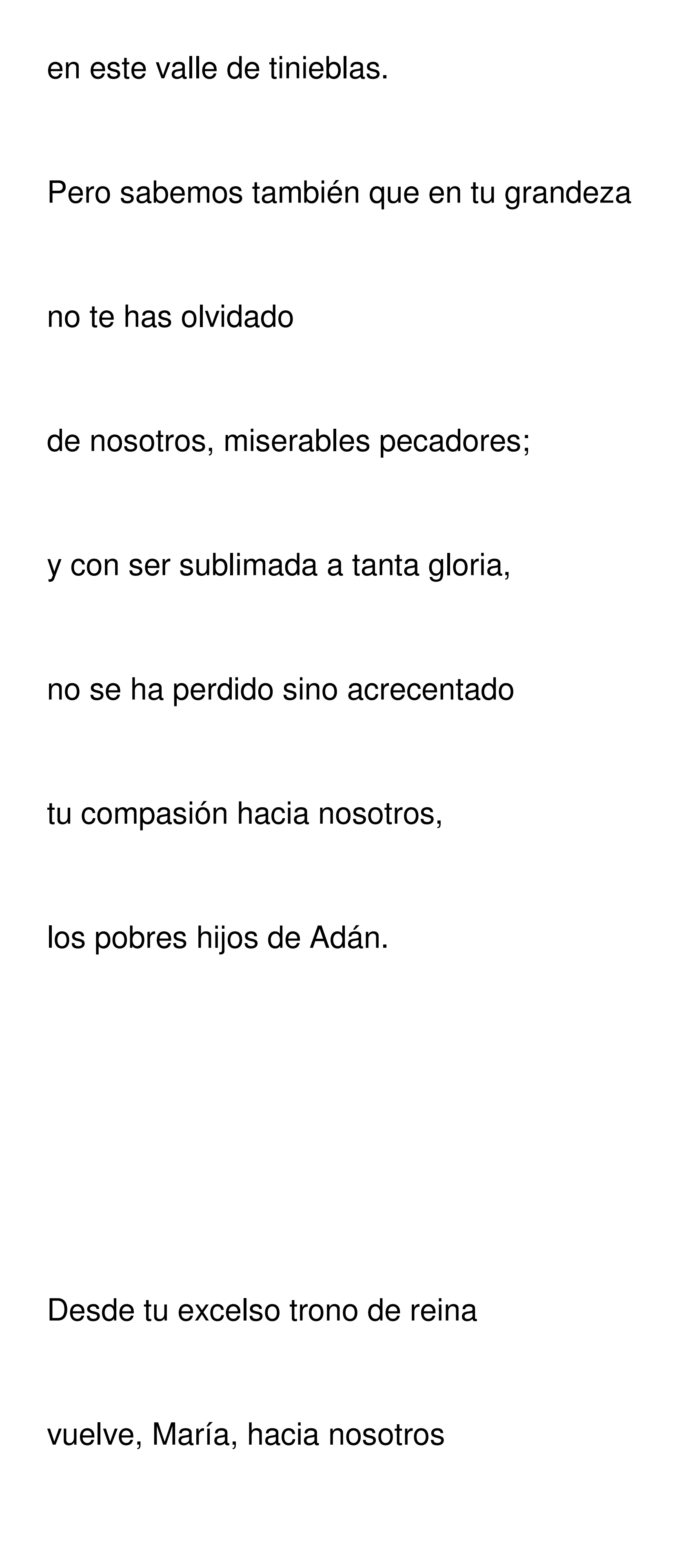
Como de ti canta la Iglesia:

”Has sido exaltada sobre los coros angélicos

en el reino celestial”.

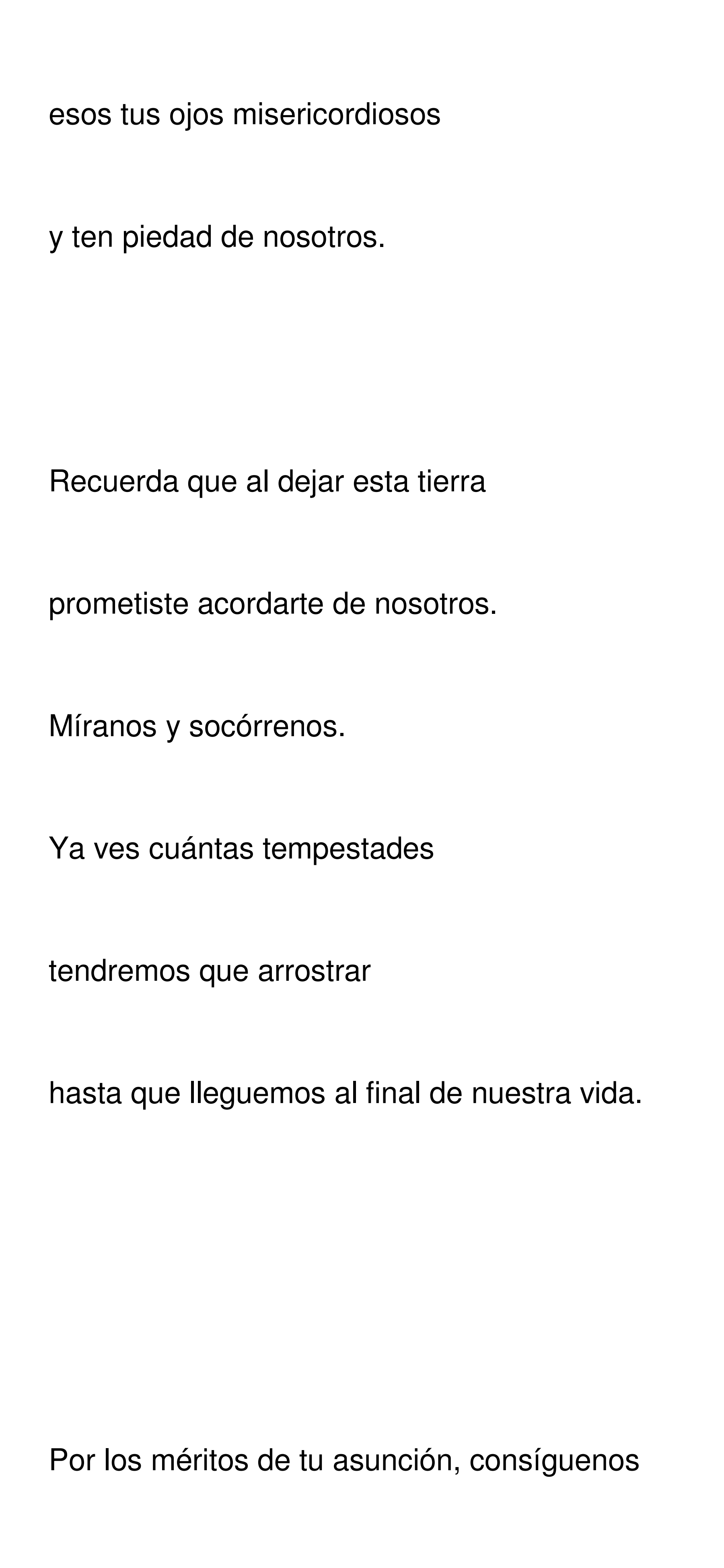
Nosotros, pecadores, sabemos

que no somos dignos de tenerte


en este valle de tinieblas.

Pero sabemos también que en tu grandeza
no te has olvidado
de nosotros, miserables pecadores;
y con ser sublimada a tanta gloria,
no se ha perdido sino acrecentado
tu compasión hacia nosotros,
los pobres hijos de Adán.

Desde tu excelso trono de reina
vuelve, María, hacia nosotros



esos tus ojos misericordiosos

y ten piedad de nosotros.

Recuerda que al dejar esta tierra

prometiste acordarte de nosotros.

Míranos y socórrenos.

Ya ves cuántas tempestades

tendremos que arrostrar

hasta que lleguemos al final de nuestra vida.

Por los méritos de tu asunción, consíguenos

la santa perseverancia en la amistad divina

para que salgamos finalmente de este mundo

en la gracia de Dios

y así podamos llegar un día

a besar tus plantas en el paraíso

y, unidos a los bienaventurados,

alabar y cantar tus glorias

como lo mereces. Amén.

Discurso octavo

ASUNCIÓN DE MARÍA (2º)

Parecería justo que la Iglesia, en este día de la Asunción de María en cuerpo y alma al cielo, nos invitara a llorar más que a la alegría, ya que nuestra dulce madre se va de esta tierra y nos deja privados de su amada presencia; como decía san Bernardo:

“Parece que más que aplaudir debemos llorar”. Pero no, la santa Iglesia nos invita al júbilo: “Alegraos todos en el Señor al celebrar este día en honor de santa María Virgen”. Y con toda razón, porque si amamos a ésta nuestra madre, debemos congratularnos más de su gloria que de nuestro consuelo personal. ¿Qué hijo no se alegraría, aunque tuviera que separarse de su madre, si supiera que ésta va a tomar posesión de un reino? Hoy María va a ser coronada reina del cielo, ¿cómo no celebrar la fiesta si verdaderamente la amamos? Alegrémonos todos, alegrémonos”. Y para que más gocemos con su exaltación, consideremos:

1) Glorioso triunfo de María al entrar en el cielo.

2) Excelso es el trono al que fue sublimada en la gloria.

PUNTO 1º

1. María, recibida por Jesucristo

Después que Jesucristo nuestro Salvador hubo cumplido la obra de la redención con su muerte, anhelaban los ángeles tenerlos consigo en su patria del cielo, por lo que continuamente le rogaban con las palabras de David: “Levántate, Señor, ven a tu descanso, tú y el arca de la santificación” (Sal 131, 8). Señor, ya que has redimido a los hombres, ven a tu reino con nosotros y trae contigo el arca viva de tu santificación que es tu santa Madre, arca santificada por ti al habitar en su seno. San Bernardino habla así: Que suba María tu

Madre santísima, santificada por tu concepción. Quiso el Señor complacer a los santos del cielo llamando a María al paraíso. Él quiso que el arca de la Alianza entrara con gran pompa en la ciudad de David: "David y toda la casa de Israel llevaban el arca del testamento del Señor con júbilo y entre clamor de trompetas" (1R 6, 14). Con cuánto mayor pompa y esplendor dispuso Dios que su Madre entrara en el paraíso. El profeta Elías fue llevado al cielo en un carro de fuego que, según los comentaristas no fue sino un grupo de ángeles que se lo llevaron de la tierra. Pero para conducir al cielo a María, dice el abad Ruperto, no bastó un grupo de ángeles, sino que vino a acompañarla el mismo rey del cielo con toda su corte celestial.

Del mismo sentir es san Bernardino de Siena al decir que Jesucristo, para hacer más honroso el triunfo de María, él mismo salió a su encuentro para acompañarla. Tanto es así, al decir de san Anselmo, que el Redentor quiso subir al cielo antes que María no sólo para prepararle el trono en el paraíso, sino también para hacer más gloriosa su entrada en el cielo al verse acompañada de él mismo y de todos los bienaventurados.

San Pedro Damián, contemplando el esplendor de la Asunción de María al cielo, dice que, en cierto modo, es más gloriosa que la Ascensión de Jesucristo, porque sólo los ángeles salieron al encuentro de Jesucristo, pero la Virgen fue asunta al cielo en compañía del Señor de la gloria y de toda la bienaventurada compañía de los ángeles y de los santos.

El abad Guérrico pone en labios del Verbo de Dios estas palabras: Yo, por dar gloria a mi Padre, bajé del cielo a la tierra; pero después, para glorificar a mi Madre santísima, subí de nuevo al cielo para poder así salir a su encuentro y acompañarla al paraíso.

Consideremos ya cómo viene el Salvador desde el cielo al encuentro de María y le dice para consolarla: "Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y ven, que ya ha pasado el invierno" (Ct 2, 10). Ven, querida Madre mía, mi hermosa y pura paloma; deja este valle de lágrimas en que tanto has sufrido por amor mío: "Ven del Líbano, esposa mía; ven del Líbano y serás coronada" (Ct 4, 8). Ven en cuerpo y alma a disfrutar del premio de tu santa vida. Si mucho has sufrido en la tierra, sin comparación mayor es la gloria que te tengo preparada en el cielo. Ven a sentarte a mi lado, ven a recibir la corona que te daré como reina del universo.

2. María deja la tierra y entra en el cielo

Ya María deja la tierra, y al recordar la muchedumbre de gracias que en ella recibió, la mira con afecto y compasión al mismo tiempo, pues allí deja a tantos pobres hijos suyos entre tantas miserias y tantos peligros. He aquí que Jesús le tiende la mano y la Madre santísima se eleva de la tierra y traspasa las nubes y las esferas siderales. He aquí que llega a las puertas del cielo. Cuando los reyes van a tomar posesión de su reino no pasan bajo las puertas de la ciudad, sino que éstas se abajan para que pasen sobre ellas. Por eso, como los ángeles decían cuando Jesucristo entró en el cielo:

"Puertas, levantad vuestros dinteles: alzaos, portones antiguos, para que entre el rey de la gloria" (Sal 23, 7), así también ahora, cuando va María a tomar posesión de su reino del cielo, los ángeles que le acompañan gritan a los que están dentro: Levantad, príncipes, las puertas y elevaos portones de la eternidad, que va a entrar la reina del cielo.

Ya entra María en la patria bienaventurada, y al verla tan hermosa y agraciada los espíritus bienaventurados, al decir de Orígenes, preguntan a una voz a los que vienen de fuera: "¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias, apoyada en su amado?" (Ct 8, 5). ¿Quién es esta criatura tan hermosa que viene del desierto de la tierra, lugar de espinas y abrojos, pero ella tan pura y llena de virtudes apoyada en su amado Señor, que se digna él mismo acompañarla con tantos honores? ¿Quién es? Y responden los ángeles que la acompañan: Esta es la Madre de nuestro rey y nuestra reina, la bendita entre todas las mujeres, la llena de gracia, la santa entre los santos, la amada de Dios, la inmaculada, la

paloma, la más bella de todas las criaturas. Y entonces todos los bienaventurados espíritus, a una voz, comienzan a enaltecerla y celebrarla mejor que los hebreos a Judit, exclamando: “Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo” (Jdt 15, 10). Señora y reina nuestra, tú eres la gloria del paraíso, la alegría de nuestra patria, tú eres el honor de todos nosotros; seas siempre bienaventurada, siempre bendita; he aquí nuestra reina; todos nosotros somos tus vasallos prontos a obedecerte.

3. María recibe la bienvenida de ángeles y santos

Luego vienen a saludarle y darle la bienvenida como a su reina todos los santos que estaban en el paraíso. Llegan las santas vírgenes: “Las doncellas que la ven la felicitan” (Ct 6, 9). Nosotras, le dicen, beatísima señora, somos reinas aquí; pero tú eres nuestra reina porque has sido la primera en darnos el gran ejemplo de consagrar a Dios nuestra virginidad; todas nosotras te bendecimos y agradecemos. Vienen a saludarla como a su reina los mártires, porque con su constancia en los dolores de la pasión de su Hijo les había enseñado y conseguido con sus méritos la fortaleza para dar la vida por la fe. Llega el apóstol Santiago, que es el primero de los apóstoles que ya se encuentra en el cielo, a agradecerle de parte

de todos los apóstoles la ayuda y fortaleza que les había otorgado en la tierra. Vienen los profetas a saludarla, y le dicen jubilosos: Señora, tú eres la anunciada en nuestros vaticinios. Llegan los santos patriarcas y la saludan con estas palabras: María, tú has sido nuestra esperanza por la que suspiramos durante tanto tiempo. Y con sumo afecto se acercan los primeros padres, Adán y Eva, y así le hablan: Amada hija, tú has reparado el daño que nosotros habíamos hecho a todos los humanos; tú has obtenido de nuevo para el mundo aquella bendición que nosotros perdimos por nuestra culpa; por ti nos hemos salvado: que seas bendita para siempre.

Viene a postrarse a sus plantas el santo Simeón y le recuerda con júbilo el día en que recibió de sus manos al niño Jesús. Llegan Zacarías e Isabel, quienes le agradecen de nuevo aquella visita que les hizo a su casa con tanto amor y humildad y por la cual recibieron inmensos tesoros de gracias. Y se presenta san Juan Bautista con el mayor afecto para agradecerle por haberlo santificado en el seno de su madre con sólo pronunciar su saludo.

¿Y qué decir cuando vienen a saludarla sus padres tan queridos, san Joaquín y santa Ana? Con qué ternura le bendicen, diciendo: Amada hija, qué fortuna la nuestra al haber tenido semejante hija. Ahora tú eres nuestra reina porque eres la Madre de nuestro Dios; como a tal reina te saludamos y honramos. Pero ¿quién puede comprender el afecto con que viene a saludarla su amado esposo José? ¿Quién podrá explicar la alegría que experimenta el santo

patriarca al contemplar a su esposa santa en el cielo con semejante triunfo y constituida reina de todo el paraíso? Con qué ternura le dice: Señora y esposa mía, ¿cómo podré jamás agradecer como es debido a nuestro Dios por hacerme el esposo de la que es la Madre de Dios? Gracias a ti merecí en la tierra asistir al Verbo encarnado durante su infancia, haberlo tenido tantas veces en mis brazos y recibido tantas gracias especiales. He aquí a nuestro Jesús; consolémonos porque ahora ya no yace en un establo sobre la paja como, lo vimos nacido en Belén; ya no vive pobre ni despreciado en el taller, como vivió en tiempos con nosotros en Nazaret; ya no está clavado en un patíbulo infame, donde murió por la salvación del mundo en Jerusalén; sino que ahora está sentado a la diestra del Padre como rey y señor del cielo y de la tierra. Y ahora nosotros, reina mía, no nos separaremos de sus sagradas plantas, bendiciéndole y amándole para siempre.

Todos los ángeles se apresuraron a ir a saludarla, y ella, la excelsa reina, a todos les agradece su asistencia en la tierra; da las gracias especialmente al arcángel san Gabriel, que fue el afortunado embajador que le trajo el anuncio más venturoso, pues vino a decirle que era la elegida para Madre de Dios. Y la humilde y santa Virgen adora la divina Majestad y, abismada en el conocimiento de su pequeñez, le agradece todas las gracias que le había otorgado por sola bondad y especialmente la de haberle hecho Madre del Verbo eterno. Comprenda quien sea capaz con qué amor la bendicen las tres personas divinas. Comprendan la acogida que le hace el Padre eterno a su hija, el Hijo a su madre, el Espíritu Santo a su esposa. El Padre la corona haciéndola partícipe de su poder, el Hijo haciéndola compartir su sabiduría y el Espíritu Santo haciéndola partícipe de su amor.

Y las tres divinas personas al mismo tiempo, colocando su trono a la diestra del de Jesús, la proclaman reina universal del cielo y de la tierra y ordenan a los ángeles y a todas las criaturas que la reconozcan por su soberana y la obedezcan.

Y ahora pasemos a considerar cuán excelso fue el trono a que María fue sublimada en la gloria.

PUNTO 2º

1. María en trono excelso

La mente humana, dice san Bernardo, no puede llegar a comprender la gloria inmensa que Dios tiene preparada en el cielo a los que lo han amado en la tierra, como lo dice el apóstol: Siendo esto así, ¿quién llegará a comprender lo que Dios tiene preparado para la que lo engendró? ¿Para su amada Madre que lo amó en la tierra más que todos los hombres; más aún: que desde el primer momento de su existencia lo amó más que todos los hombres y ángeles juntos? Con razón canta la Iglesia que habiendo María amado a Dios más que todos los ángeles, ha sido exaltada sobre todos los coros de los ángeles en los reinos celestiales. Sí, dice el abad Guillermo; exaltada sobre ellos, de modo que sobre ella sólo está colocado el Hijo de Dios.

Por eso afirma el doctor Gerson que, distinguiéndose los ángeles y los hombres en tres jerarquías, como enseña el Angélico, María constituye en el cielo una jerarquía aparte, la más sublime de todas y la siguiente a Dios. Y como se distingue la señora de los siervos, dice san Agustín, incomparablemente mayor es la exaltación y mayor la gloria de María que la de los ángeles. Y para comprenderlo basta oír a David: "A tu diestra una reina con oro de Ofir" (Sal 44, 10); lo cual, referido a María, como dice san Atanasio, significa que María está colocada a la diestra de Dios.

Las acciones de María, comenta san Ildefonso, superan incomparablemente en merecimientos a las de todos los santos, por lo que es imposible comprender la gloria que mereció. Y siendo verdad que Dios remunera conforme a los merecimientos, como dice el apóstol, "dará a cada uno según sus obras", ciertamente

ahora dice santo Tomás, la Virgen, que superó en merecimientos a todos los santos y ángeles, debe ser ensalzada sobre todos los coros celestiales. En suma, añade san Bernardo, mídase la gracia del todo especial y singular que ella acumuló en la tierra, que en esa proporción será especial y singular su gloria en el cielo.

2. María recibe gloria perfecta

La gloria de María, afirma un docto autor, fue una gloria plena, cumplida, a diferencia de la que poseen en el cielo los demás santos. Es verdad que en la gloria todos los bienaventurados gozan de perfecta paz y pleno contento; con todo, siempre será verdad que ninguno de ellos goza de la gloria que hubiera podido merecer si hubiera servido y amado a Dios con mayor fidelidad. Por eso, si bien los santos en el cielo no desean más de lo que gozan, de hecho sí tendrían más que desear. Es verdad que allí no sufren por los pecados cometidos y el tiempo perdido, pero no puede negarse que da sumo contento el bien realizado en la vida, la inocencia conservada y el tiempo bien aprovechado.

María en el cielo nada desea ni nada tiene que desear. Pregunta san Agustín: ¿Quién de entre los santos del paraíso, preguntado si cometió pecados, puede responder que no, fuera de María? María, en efecto, como lo ha declarado en santo Concilio de Trento (Ses. VI, canon 23), no cometió jamás ninguna culpa ni tuvo el más mínimo defecto. No sólo conservó siempre la gracia de Dios sin mancilla, sino que también siempre la tuvo en acción; todas sus obras eran meritorias. Todas sus palabras, pensamientos y respiraciones eran dirigidos a la mayor gloria de Dios; en suma, nunca se enfrió en el fervor ni por un momento dejó de correr hacia Dios, sin perder ninguna gracia por negligencia. Así es que siempre correspondió a la gracia con todas sus fuerzas y amó a Dios cuanto pudo. Ahora ella le dice en el cielo: Señor, si no te he amado cuanto mereces, al menos te he amado todo lo que he podido.

No todos los santos reciben las mismas gracias, porque, como dice san Pablo, “hay diversidad de dones del cielo” (1Co 12, 7). Así es que correspondiendo cada uno a las gracias recibidas, se ha destacado en determinadas virtudes, quién en la salvación de las almas, quién en las ásperas penitencias; éste en soportar los tormentos, aquél en la contemplación; que por eso la santa Iglesia, al celebrar sus fiestas, dice de cada uno de ellos: “No se encontró otro semejante a él”. Y conforme a los méritos, son distintos en la gloria del cielo. “Una estrella difiere de otra estrella en resplandor” (1Co 15, 41). Los apóstoles se distinguen de los mártires, los confesores de las vírgenes, los inocentes de los penitentes.

La Santísima Virgen, estando llena de todas las gracias, fue más sublime que todos los santos en aquella clase de virtudes; ella es apóstol de los apóstoles, reina de los mártires al padecer más que todos ellos, la portaestandarte de las vírgenes, el ejemplo de las casadas; concentró en sí una perfecta inocencia con la más completa mortificación; unió, en suma, en su corazón todas las virtudes en el grado más heroico que haya podido practicar cualquier santo. Por eso se dijo de ella: “A tu diestra una reina con el oro de Ofir” (Sal 44, 10), porque todas las gracias y prerrogativas, todos los méritos de los demás santos, todos se encuentran reunidos en María, como lo dice el abad de Celles: Todos los privilegios de los santos, oh Virgen María, los tienes concentrados en ti.

3. María supera en gloria a todos los santos

De forma tal que, como el esplendor del sol excede al de todas las estrellas juntas, así, dice san Basilio, la gloria de la Madre de Dios supera a la de todos los bienaventurados.

Y añade san Pedro Damián que como la luz de las estrellas y la de la luna desaparecen como si no existieran al salir el sol, así ante la

gloria de María en el cielo queda como velado y oscurecido el esplendor de los ángeles y de los hombres. Aseguran san Bernardo y san Bernardino de Siena que los bienaventurados participan de la gloria de Dios en parte, pero que la Santísima Virgen ha estado tan enriquecida que es imposible que una criatura pueda unirse más a Dios de lo que está María.

Esto concuerda con lo que dice san Alberto Magno: que nuestra reina contempla a Dios mucho más de cerca, sin comparación, que todos los demás espíritus celestiales. Y dice además san Bernardino que así como los demás planetas son iluminados por el sol, así todos los bienaventurados reciben más luz y alegría por María. Y en otro pasaje afirma que la Madre de Dios, al entrar en el cielo, acrecentó el gozo de sus moradores.

Por lo que dice san Pedro Damiano que los bienaventurados no tienen mayor gloria en el cielo después de Dios que gozar de la contemplación de esta hermosísima reina. Y san Buenaventura: Nuestra mayor gloria después de Dios y nuestro gozo supremo, de María nos viene.

Regocijémonos por tanto con María por el excelso trono a que Dios la ha sublimado. Y alegrémonos también porque si se nos ha retirado la presencia sublime de nuestra Madre, su amor no nos ha desamparado. Al contrario, estando más cerca de Dios, conoce

mejor nuestras miserias; desde allí mejor nos compadece y nos socorre. Le dice san Pedro Damián: ¿Será posible, Virgen santa, que por estar tan ensalzada en el cielo te hayas olvidado de nosotros tan miserables? Dios nos libre de pensar tal cosa; un corazón tan piadoso tiene que compadecerse de tan grandes miserias. Si es tan grande la piedad que nos tuvo María cuando vivía en la tierra, dice san Buenaventura, mucho mayor es en el cielo donde ahora reina.

Dediquémonos a servir a esta reina y a honrarla y amarla cuanto podamos; ella no es, dice Ricardo de San Lorenzo, como los demás reyes que oprimen a sus vasallos con tributos y alcabalas, sino que la nuestra enriquece a sus súbditos con gracias, méritos y premios. Roguémosle con el abad Guérrico: Oh madre de misericordia, tú ya estás sentada tan cerca de Dios, como reina del mundo, en el trono más majestuoso; sáciate de la gloria de tu Jesús y manda a tus hijos de tus bienes desbordantes. Ya gozas de la mesa del Señor; nosotros aquí, bajo la mesa, como pobres cachorritos, te pedimos piedad.

EJEMPLO

Aparición de María a un devoto suyo

Refiere el P. Silvano Razzi que un devoto clérigo, muy amante de nuestra reina María, habiendo oído alabar tanto su belleza, deseaba ardientemente contemplar, siquiera una vez, a su señora, y humildemente le pedía esta gracia. La piadosa Madre le mandó a decir por un ángel que quería complacerlo dejándose ver de él, pero haciendo el pacto de que en cuanto la viera se quedaría ciego. El devoto clérigo aceptó la condición. Un día, de pronto, se le apareció la Virgen; y él, para no quedar ciego del todo, quiso mirarla tan sólo con un ojo; pero enseguida, embriagado de la belleza de María, deseó contemplarla con los dos, mas antes de que lo hiciera desapareció la visión.

Sin la presencia de su reina estaba afligido y no cesaba de llorar, no por la vista perdida de un ojo, sino por no haberla contemplado con los dos. Por lo que la suplicaba que se le volviera a aparecer aunque se quedara ciego del todo. Y le decía: Feliz y contento perderé la vista, oh señora mía, por tan hermosa causa, pues quedaré más enamorado de ti y de tu hermosura. De nuevo quiso complacerle María y consolarlo con su presencia; pero como esta reina tan amable no es capaz de hacerle mal a nadie, al aparecerse

la segunda vez no sólo no le quitó la vista del todo, sino que le devolvió la que le faltaba.

ORACIÓN PIDIENDO TODO DON POR MARÍA

Gloriosa y excelsa Señora,

postrados ante tu trono te veneramos

desde este valle de lágrimas.

Vemos complacidos la inmensa gloria

con que te ha enriquecido el Señor.

Ya que eres reina del cielo y de la tierra,

no te olvides de tus pobres siervos.

Cuanto más cerca estás del manantial de gracia,

más fácilmente nos la puedes otorgar.

Desde el cielo conoces mejor nuestras miserias,

por eso es preciso que te apiades más

y que nos socorras mejor.

Haz que seamos tus siervos fieles

para llegar a bendecirte en el cielo.

En este día en que has sido hecha

la reina del universo,

nosotros nos consagramos a tu servicio.

En medio de tanto júbilo

consuélanos al tomarnos por vasallos.

Tú eres de veras nuestra madre.

Madre piadosa y la más amable,

vemos tus altares cercados de gente:

unos te piden la curación de sus males

y otros remedios a sus necesidades;

éstos piden buenas cosechas,

aquellos ganar algún pleito.

Nosotros, te pedimos gracias

más agradables a tu corazón:

obtennos la gracia de ser humildes,

desprendidos de los bienes terrenos

y conformes con el divino querer.

Consíguenos el santo amor de Dios,

una buena muerte y el paraíso.

Señora, cámbianos de pecadores en santos,

haz de este milagro que te dará más gloria

que dar vista a mil ciegos

y resucitar a miles de muertos.

Eres tan poderosa para con Dios

que basta que le digas que eres su Madre,

la más amada, la llena de gracia.

Y entonces, ¿qué te podrá negar?

Reina nuestra amorosa,

no pretendemos verte en la tierra,

pero sí queremos verte en el paraíso;

y tú nos lo has de obtener.

Así lo esperamos con toda certeza. Amén.

Discurso noveno

DOLORES DE MARÍA

María fue reina de los mártires porque su martirio fue más prolongado y más grande que el de todos ellos

¿Habrá quien tenga un corazón tan duro que no se conmueva al oír el suceso más triste que haya ocurrido? Había una madre noble y santa que no tenía más que un solo hijo; éste era el más amable que imaginarse pueda: inocente, virtuoso, bello y amantísimo de su madre, hasta el punto que nunca le había dado el menor disgusto, sino que siempre le había mostrado respeto y obediencia total con toda la ternura de su corazón. Y después, ¿qué sucedió? Que ese hijo, por envidia, fue acusado por sus enemigos; y el juez, aunque conocía y confesó él mismo su inocencia, únicamente por no enfurecer a sus enemigos lo condenó a la muerte más infame, la misma que le habían pedido a gritos. Y aquella pobre madre tuvo que sufrir el dolor de ver que le arrebataban contra toda justicia aquel hijo tan amante y tan amado en la flor de su vida con una muerte atroz, pues lo hicieron morir a fuerza de tormentos, desangrado a la vista de la plebe, en un patíbulo infame.

¿Qué podemos decir? ¿Es digno de lástima este suceso y el dolor de esta madre? Ya me entendéis de quién hablo. Este hijo tan

cruelmente ejecutado fue Jesús, nuestro amorosísimo Redentor, y esta madre fue la Santísima Virgen María, quien por nuestro amor consintió verlo sacrificado a la divina justicia por la barbarie de los hombres. Este gran dolor de María ofrecido por nosotros, que le costó más que mil muertes, merece nuestra compasión y gratitud. Y si no podemos corresponder de otra manera a tanto amor, al menos detengámonos a considerar lo cruel de este dolor por el que María se convirtió en reina de los mártires, porque su martirio superó el dolor de todos los mártires, habiendo sido el suyo, primero, el martirio más prolongado, y segundo, el martirio más cruel.

PUNTO 1º

1. María fue verdadera mártir

Así como Jesús es llamado rey de dolores y rey de los mártires porque en su vida padeció más que todos los demás mártires, así también María es llamada con toda propiedad reina de los mártires, habiendo merecido este honor por haber sufrido el martirio mayor que pueda sufrirse después del de su Hijo. Por lo cual, con razón, la llama Ricardo de San Lorenzo mártir de los mártires. A ella puede aplicarse lo que dice Isaías: “Te coronará con corona de tribulación” (Is 22, 18), es decir, que la corona con que fue proclamada reina de los mártires fue su mismo sufrimiento, mayor que el de todos los mártires juntos.

Que María sea reina de los mártires no puede ponerse en duda, como lo demuestran el Cartujano, Pelbarto, Catarino y otros, siendo sentencia común que para que haya martirio basta que se dé un dolor suficiente para causar la muerte, aunque de hecho no se llegue a morir. Así san Juan Evangelista es considerado mártir a pesar de que no murió en la caldera de aceite hirviendo y, en cambio, salió más juvenil de lo que entró, como dice el breviario romano. Para merecer la gloria del martirio, dice santo Tomás, basta que uno se ofrezca a obedecer hasta la muerte. María fue mártir, dice san Bernardo, no por la espada del verdugo, sino por el acerbo dolor del corazón. Si su cuerpo no fue herido por la mano del verdugo, sin embargo su corazón se vio traspasado por la espada del dolor de la pasión de su Hijo, dolor suficiente para causarle no una, sino mil muertes. Y por eso veremos que María no sólo fue verdadera mártir, sino que su martirio superó al de todos los demás al ser un martirio más prolongado, ya que toda su vida, por así decirlo, fue como un constante morir.

Como la pasión de Jesús comenzó con su nacimiento al decir de san Bernardo, así también María, del todo semejante a su Hijo, padeció su martirio durante toda su vida.

Afirma san Alberto Magno que el nombre de María, entre otras cosas, significa “mar amargo”. Por eso se le aplica el pasaje de Jeremías: “Grande como el mar es tu quebranto” (Lm 2, 13). Sí, porque como el mar es amargo y salado, así la vida de María estuvo llena de amargura a la vista de la pasión futura de su Hijo. Iluminada por el Espíritu Santo más que todos los profetas, comprendió mejor que todos ellos las predicciones referentes al Mesías que se contienen en las Sagradas Escrituras. Así se lo dijo el ángel a santa Brígida. Por lo que, como aseguró el mismo ángel, al comprender la Virgen cuánto debía padecer el Verbo encarnado por la salvación de los hombres, desde antes de ser hecha madre, al compadecer a este Salvador inocente que debía ser ejecutado con muerte tan atroz por delitos que no eran suyos, comenzó a padecer dentro de sí cruel martirio.

2. María sufrió con intensidad progresiva

Semejante dolor no tuvo medida desde que fue hecha madre del Salvador. Al contemplar con dolor todos los tormentos que debía sufrir su pobre hijo, sufrió un largo y continuo martirio, como dice el abad Ruperto. Esto significó la visión que tuvo santa Brígida en Santa María la Mayor, cuando se le apareció la Virgen con el santo anciano Simeón y un ángel que portaba una gran espada ensangrentada, significando con ello el acerbo y prolongado dolor que traspasó a María durante toda su vida. El abad Ruperto, antes nombrado, hace hablar así a María: Almas redimidas, queridas hijas mías, no os compadezcáis solamente por la hora en que vi morir a mi amado Jesús, pues la espada del dolor profetizada por Simeón me traspasó el alma durante toda la vida. Cuando amamantaba a mi hijo y mientras le daba calor entre mis brazos, ya pensaba en la amarga muerte que le esperaba; considerad así cuán largo y áspero fue el dolor que tuve que sufrir.

Por eso podía muy bien decir por boca de David: “Mi vida se consume en aflicción y en suspiros mis años” (Sal 30, 11); y: “Mi tormento son cesar ante mí” (Sal 37, 18). Mi vida pasó toda con dolor y lágrimas, pues sufría compadeciendo a mi amado Hijo por su pasión que no se apartaba jamás de mis ojos, contemplando siempre todas las penas y la muerte que un día había de sufrir.

El tiempo, de ordinario, mitiga el dolor a los que sufren. A María, conforme avanzaba el tiempo, más se le acrecentaba el sufrimiento, pues conforme iba creciendo Jesús, más hermoso y amable se mostraba, de una parte, y por otra, acercándose cada vez más el tiempo de su muerte cada vez más crecía en el corazón de María el dolor de tenerlo que perder en esta vida. Como crece la rosa entre

las espinas, dijo el ángel a santa Brígida, así la Madre de Dios pasaba los años entre tribulaciones; y como al crecer las rosas crecen las espinas, así María, esta rosa elegida del Señor, cuanto más crecía, tanto más le atormentaban las espinas de su dolor.

PUNTO 2º

1. María, reina de los mártires

María no sólo fue reina de los mártires porque su martirio fue el más prolongado de todos, sino también porque entre todos fue el mayor. ¿Quién puede medir la grandeza de su dolor? Jeremías parece que no encuentra a quién comparar esta madre dolorosa al contemplar su sufrimiento por la muerte de su hijo, y dice: “¿Con quién te compararé? ¿A quién te asemejaré, hija de Jerusalén?... Grande como el mar es tu tribulación. ¿Quién se compadecerá de ti?” (Lm

2, 13). El cardenal Hugo, comentando estas palabras, dice: Oh Virgen bendita, como la amargura del mar supera a todas las demás almas, así tu dolor supera todos los demás dolores. Por eso san Anselmo asegura que si Dios, con un milagro muy especial, no hubiera conservado a María la vida, su dolor hubiera sido suficiente para causarle la muerte en cualquier momento de su vida. San Bernardino de Siena llega a decir que el dolor de María fue tan grande, que si se repartiera entre todos los hombres bastaría para que todos ellos murieran de repente.

Pero consideremos las razones por las que el martirio de María fue más grande que el de todos los mártires. En primer lugar, se ha de considerar que los mártires han padecido su martirio en el cuerpo por medio de la espada o del fuego. María, en cambio, sufrió su martirio en el alma, como ya se lo predijo Simeón: "Y una espada de dolor atravesará tu alma" (Lc 2, 35). Como si el santo anciano le hubiera dicho: "Oh Virgen sacrosanta, los otros mártires verán lacerado su cuerpo con la espada, pero tú serás martirizada en el alma con la pasión de tu mismo Hijo". Y como el alma es más noble que el cuerpo, tanto más grande fue el dolor de María que el de todos los mártires. Así lo dijo Jesucristo a santa Catalina de Siena: No hay comparación entre el dolor del cuerpo y el del alma. El santo abad Arnoldo de Chartres dice que quien se hubiera encontrado en el Calvario contemplando el gran sacrificio del Cordero inmaculado cuando moría en la cruz, hubiera visto allí dos altares: uno en el del cuerpo de Jesús y el otro en el corazón de María, donde al mismo tiempo que su Hijo sacrificaba su cuerpo con la muerte, María sacrificaba su alma con la compasión.

2. María entregó la vida de su Hijo, a quien amaba más que a su propia vida

San Antonino dice que los otros mártires sacrificaron su propia vida, mientras que la Virgen María padeció sacrificando la vida de su Hijo, al que amaba más que a su propia vida. Así que no sólo padeció en el alma todo lo que su Hijo padecía en su cuerpo, sino que además causó mayor dolor a su corazón la vista de los sufrimientos de su Hijo que si ella los hubiera sufrido en sí misma.

Que María sufrió en su corazón todos los ultrajes que hicieron a su Jesús no hay quien lo dude. Todo el mundo sabe que las penas de los hijos lo son también de las madres cuando están ellas viéndolos padecer. San Agustín, considerando el tormento que padecía la madre de los macabeos al ver a su hijo padecer el suplicio, dice: Ella, viéndolos padecer, sufría lo de todos; porque a todos los amaba, sufría en su alma lo que ellos en el cuerpo. Lo mismo sucedió a María; los azotes, las espinas, los clavos y la cruz que afligieron la carne inocente de Jesús penetraron igualmente en el corazón de María para consumar su martirio. Escribe san Amadeo: Él padeció en la carne; ella, en el corazón. De manera que, al decir de san Lorenzo Justiniano, el corazón de María fue como un espejo donde se reflejaban los dolores de su Hijo. En él se veían los salivazos, los golpes, las llagas y todo lo que sufría Jesús. Y considera san Buenaventura que aquellas llagas que estaban desparramadas por todo el cuerpo de Jesús estaban unidas en el corazón de María.

De este modo, la Virgen, por la compasión hacia su Hijo, fue flagelada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la cruz en su corazón amante. El mismo santo, contemplando a María en el monte Calvario cuando asistía a su Hijo moribundo, se pregunta: Dime, Señora, ¿dónde estabas entonces? ¿Sólo cerca de la cruz? No, más bien diré que estabas crucificada en la misma cruz junto con tu Hijo. Ricardo, comentando las palabras que el Redentor dice por Isaías: "Yo solo pisé el lagar; de mi pueblo no hubo nadie conmigo" (Is 63, 3), añade: Señor, tienes razón en decir que en la obra de la humana redención has estado solo en el padecer y que no hubo un hombre que se compadeciera bastante; pero tienes una mujer que es tu Madre santísima que sufrió en su corazón todo lo que tú sufriste en el cuerpo.

Pero todo esto no es ponderar bastante el dolor de María, pues, como dije, más padeció al ver los tormentos de su amado Jesús que si hubiera sufrido en sí misma todos los desprecios y la muerte del Hijo. Escribe san Erasmo que, generalmente hablando, los padres sienten más los dolores de sus hijos que los suyos propios.

Aunque eso no es siempre verdad, sí lo fue en María, siendo cierto que ella amaba al Hijo inmensamente más que a su propia vida, más que a sí misma y a mil vidas que tuviera. Atestigua san Amadeo que la afligida Madre, a la vista dolorosa de los tormentos de su amado Jesús, padeció mucho más que si ella misma hubiera padecido toda la pasión. María sufría más que si ella la sufriera; porque lo amaba sin comparación, más que a sí misma, y por eso sufría tanto. La razón es clara, porque, como dice san Bernardo, el alma está más donde ama que donde anima o donde vive.

Primero que todo lo dijo el mismo Salvador: “Donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón” (Lc 12, 37). Pues si María vivía por su amor más en el Hijo que dentro de sí misma, debió sufrir más por la muerte de su Hijo, que si le hubieran causado a ella la muerte más cruel del mundo.

3. María no halló alivio ni consuelo

Y ahora, otra reflexión, por la que vemos cómo el martirio de María fue superior al de todos los demás mártires: porque ella padeció muchísimo y padeció sin consuelo.

Padecían los mártires en los tormentos que les proporcionaban los tiranos, pero el amor a Jesús tornaba sus dolores dulces y amables. Padecía un san Vicente su martirio atormentado en el potro, desgarrado con uñas de hierro, abrasado con planchas al rojo vivo, pero ¿qué? Dice san Agustín: uno parecía que hablaba y otro el que sufría. Le increpaba con tanta fortaleza al tirano y con tal desprecio de los tormentos, que parecían ser distintos el Vicente que padecía y el Vicente que hablaba, tanto le confortaba Dios con la dulzura de su amor en medio de aquellas torturas.

Padecía san Bonifacio cuando era lacerado su cuerpo con uñas de hierro y le introducían astillas entre las uñas y la carne, y le echaban plomo derretido, mientras que él no se cansaba de repetir: ¡Gracias, Señor mío Jesucristo, gracias! Eran atormentados san Marcos y san Marceliano atados a un poste y clavados los pies, y cuando el tirano les decía: Miserables, apostatad y libraos de los tormentos, ellos le respondían: ¿De qué torturas nos hablas? ¿De qué tormentos? Nunca hemos estado más alegres que ahora en que padecemos con gusto por amor de Jesucristo. Padecía san Lorenzo, y mientras estaba en la parrilla, como dice san León, más poderosa era la llama interior del amor para consolarlo en el alma, qua las brasas para atormentar su cuerpo; el amor le hacía tan fuerte que llegaba hasta increpar al tirano diciéndole: Tirano, si quieres comer mi carne ya tienes una parte asada, dame la vuelta y come.

Pero ¿cómo podía bromear de esa manera en medio de tales torturas y sufriendo aquella prolongada agonía? Es que –responde san Agustín–, embriagado con el vino del divino amor, no sentía ni los tormentos ni la muerte.

4. María sufría en proporción a su amor

De modo que los mártires, cuanto más amaban a Jesús, tanto menos sentían los tormentos ni la muerte, y la contemplación de los sufrimientos de un Dios crucificado, era suficiente para consolarlos. Pero nuestra Madre dolorosa ¿acaso tenía consuelo con el amor de su Hijo y a la vista de sus sufrimientos? Ciertamente que no, porque el mismo Hijo que padecía era la causa de todo su dolor, y el amor que le tenía era el único y el más cruel verdugo; es que el martirio de María consistió en ver y compadecer al inocente y amado Hijo que sufría sin medida.

Por lo que cuanto más lo amaba, tanto más su dolor era amargo y sin consuelo.

“Grande como el mar es tu quebranto. ¿Quién se apiadará de ti?” Reina del cielo, a los demás mártires, el amor les ha mitigado las penas y sanado las heridas, pero a ti ¿quién te ha suavizado tu gran aflicción? ¿Quién ha restañado las heridas tan dolorosas de tu corazón? ¿Quién se compadecerá de ti si ese mismo Hijo que podía consolarte, es con sus tormentos la única razón de tu padecer y el amor que le tienes es el que te causa todo ese martirio? Los demás mártires –como observa Díez– se representan con los instrumentos de su martirio; san Pablo con la espada, san Andrés con la cruz, san Lorenzo con la parrilla, pero María se representa con su Hijo muerto en su regazo, porque Jesús fue el único instrumento de su martirio por razón del amor que le tenía. San Bernardo condensa

así todo lo dicho en pocas palabras: En los demás mártires la grandeza del amor alivió el dolor de los tormentos; en María, cuanto más amó, mayor fue el sufrimiento y más cruel su martirio.

Es cierto que cuanto más se ama una cosa, más se siente perderla. Más se siente la muerte de un hermano que la de un irracional, y más la muerte de un hijo que la de un amigo. Para comprender cuánto fue el dolor de María en la muerte de su Hijo –dice Cornelio Alápide– sería necesario comprender cuánto era el amor que le tenía. Pero ¿quién puede medir semejante amor? Dice san Amadeo que en el corazón de María estaban juntas dos formas de amor a su Jesús; el amor sobrenatural con que lo amaba como a su Dios, y el amor natural con que lo amaba a su Hijo. Y de estos dos amores se formó uno solo tan inmenso que Guillermo de París llega a decir que la Santísima Virgen amó a Jesús cuanto es capaz de amar la criatura humana. Por lo que dice Ricardo de San Lorenzo, igual que no hay amor como su amor, así no hay dolor como su dolor. Y si inmenso fue el amor hacia su Hijo, inmenso también tuvo que ser el dolor de perderlo con la muerte. Donde hay supremo amor –dice san Alberto Magno– allí hay supremo dolor.

Imaginémonos a la Madre de Dios, a la vista de su Hijo moribundo en la cruz, que aplicándose las palabras de Jeremías, nos dice: “Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor” (Jr 1, 12). Vosotros los que pasáis por el camino de la vida y no tenéis compasión de mí, deteneos un momento y contempladme ahora que veo morir a este mi amado Hijo, y después considerad si, entre todos los afligidos y atormentados, hay alguno con un dolor semejante al mío.

No puede encontrarse, oh Madre dolorosa –responde san Buenaventura– un dolor más amargo que el tuyo, porque no puede encontrarse un Hijo más querido que el tuyo. Jamás hubo en el mundo –dice Ricardo de San Lorenzo– un hijo más amable que Jesús, ni madre más amante de un hijo, que María. Si no ha existido en el mundo un amor semejante al de María ¿cómo se podrá encontrar un dolor semejante al de María?

Por eso san Ildefonso no dudó en afirmar que era poco decir que los dolores de la Virgen superaron a todos los dolores de todos los mártires juntos. Y san Anselmo añade que los suplicios más crueles de todos los mártires, fueron ligeros en comparación con los dolores del martirio de María. Y también san Basilio escribe que así como el sol aventaja en esplendor a todos los astros, así María con sus sufrimientos, superó a los de todos los mártires. Un docto autor expresa un bello sentimiento. Y dice que fue tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la pasión de Jesús, que sólo ella fue capaz de compadecer dignamente la muerte de un Dios hecho hombre.

5. María aceptaba el padecer por amor nuestro

San Buenaventura, dirigiéndose a esta Virgen bendita, le pregunta: Señora ¿por qué quisiste ir a sacrificarte en el Calvario? ¿No bastaba para redimirnos un Dios crucificado sino que también había de ser crucificada también su Madre? Bastaba la muerte de Jesús para salvar al mundo; pero quiso esta buena Madre, por el amor que nos tiene, con los méritos de sus dolores que ofreció por nosotros en el Calvario, ayudar ella también a la causa de nuestra salvación. Por eso dice san Alberto Magno que como nosotros tenemos que estar agradecidos a Jesús por su Pasión, sufrida por amor nuestro, así también debemos estar llenos de gratitud hacia María por el martirio que, al morir su Hijo quiso soportar por salvarnos. Y lo quiso soportar espontáneamente, porque como reveló el ángel a santa Brígida, nuestra piadosa y benigna Madre, prefirió sufrir todos los martirios, antes de tolerar que las almas quedaran sin redimir y abandonadas a su antigua perdición. Este era el único alivio de María en medio de su inmenso dolor por la Pasión de su Hijo, ver que con su muerte se lograba la redención del mundo perdido y quedaban reconciliados con Dios los hombres sus enemigos. Dice Simón de Casia: Gozaba en su dolor porque se ofrecía el sacrificio por la redención de todos, con lo que se aplacaba el ofendido.

6. María merece nuestro amor y devoción

Tan grande amor de María merece de nosotros absoluta gratitud. Y nuestro agradecimiento ha de consistir, al menos, en meditar y compadecer su dolor. De esto se dolió con santa Brígida, que muy pocos la compadecían y la mayor parte vivían sin pensar en ella. Por eso, hija mía –le dijo la Virgen– aunque muchos me olviden, tú sin embargo, no te olvides de mí; contempla mi dolor, compadécete cuanto puedas e imítame.

Cuánto agradece la Virgen el que se haga memoria de sus dolores, se ve por lo sucedido el año 1239 cuando se apareció a siete devotos suyos –que luego fueron los fundadores de la congregación de los Siervos de María– y les impuso un hábito negro diciéndoles que si querían complacerla, meditasen con frecuencia sus dolores, que por eso quería que en recuerdo de los mismos llevasen aquel vestido negro.

El mismo Jesús reveló a la beata Mónica de Binasco que él se complace mucho en ver que se siente compasión por su Madre, y así le habló: Hija, agradezco mucho las lágrimas que se derraman por mi pasión; pero amando con amor inmenso a mi Madre María, me es sumamente grata la meditación en los dolores que ella padeció en mi muerte.

Por eso son tan grandes las gracias prometidas por Jesús a los devotos de los dolores de María. Refiere Pelbarto haberse revelado a santa Isabel, que san Juan, después de la Asunción de la Virgen, ardía en deseos de verla; y obtuvo la gracia pues se le apareció su amada Madre y con ella Jesucristo. Oyó que María le pedía a su divino Hijo, gracias especiales para los devotos de sus dolores. Y Jesús le prometió estas gracias especiales:

1ª. Que el que invoque a la Madre de Dios recordando sus dolores, tendrá la gracia de hacer verdadera penitencia de todos sus pecados.

2ª. Que los consolará en sus tribulaciones, especialmente en la hora de la muerte.

3ª. Que imprimirá en sus almas el recuerdo de su Pasión y en el cielo se lo premiará.

4ª. Que confiará esos devotos a María para que disponga de ellos según su agrado y les obtenga todas las gracias que desee.

En comprobación de todo lo dicho, veamos en el siguiente ejemplo, cuánto ayuda para la salvación eterna, la devoción a los dolores de María.

EJEMPLO

Conversión en la hora de la muerte

Se refiere en las Revelaciones de santa Brígida que había un caballero cuya liviandad y dañadas costumbres corrían parejas con la nobleza de su cuna. Por pacto expreso se había entregado en cuerpo y alma al demonio y por espacio se sesenta años había servido como vil esclavo a su infernal señor alejado de los sacramentos y con una vida rota y descompuesta.

Al fin el hombre cayó enfermo, y Jesucristo, queriendo usar de misericordia con él, dijo a santa Brígida, que mandara a su confesor a visitarlo y le exhortara a confesarse.

El confesor de la santa fue a ver al paciente, el cual le dijo que no tenía necesidad pues se había confesado muchas veces. Fue segunda vez el confesor, y segunda vez, el esclavo de satanás rehusó confesarse. De nuevo se apareció el Señor a santa Brígida pidiéndole que de nuevo fuera el sacerdote a visitar al anciano enfermo. Volvió a verlo por tercera vez y le dijo que había vuelto tantas veces en nombre de Jesucristo, porque así lo había pedido a su sierva Brígida para ser instrumento de sus misericordias. Estas palabras enternecieron al pobre enfermo y rompió a llorar diciendo: "Pero ¿hay perdón para mí que durante sesenta años he sido esclavo de satanás y he manchado mi alma con innumerables pecados?" "Ten ánimo, hijo mío –le dijo el sacerdote– no dudes de alcanzar misericordia; basta que te arrepientas para que yo, en nombre de Jesucristo, te perdone". Abriendo el pecador su corazón a la confianza, dijo al confesor: "Padre, yo me tenía ya por

condenado y estaba desesperado de mi salvación, pero ahora siento tan gran dolor de mis pecados que me da aliento para esperar de Dios el perdón. Ya que el Señor no me ha abandonado, quiero ahora mismo confesarme". Se confesó aquel día cuatro veces con gran dolor; al día siguiente recibió la Sagrada Comunión. No había pasado una semana cuando murió tranquilo y resignado. Poco después le reveló Jesucristo a santa Brígida que aquel hombre se había salvado, y que estaba en el purgatorio. Y le dijo más: que se había salvado merced a intercesión de su santísima Madre, porque, en medio de sus desórdenes y pecados, había conservado siempre la devoción a sus dolores, pues cada vez que pensaba en ellos no podía dejar de compadecerse de ella.

ORACIÓN PIDIENDO A MARÍA TRES FAVORES

Madre mía afligida,

reina de los mártires y de los dolores,

que tanto has llorado a tu Hijo,

muerto por mi salvación.

¿De qué me servirían tus lágrimas

si llegara a condenarme?

Por los méritos de tus dolores

alcánzame el dolor de mis pecados,

y verdadera enmienda de mi vida,

con una constante y tierna compasión

de la Pasión de Jesús

y de tus sufrimientos.

Si Jesús y tú, siendo inocentes,

tanto habéis sufrido por mí,

obtenedme que sepa sufrir por vuestro amor.

Señora mía, si te ofendí,

justo es que hieras mi corazón.

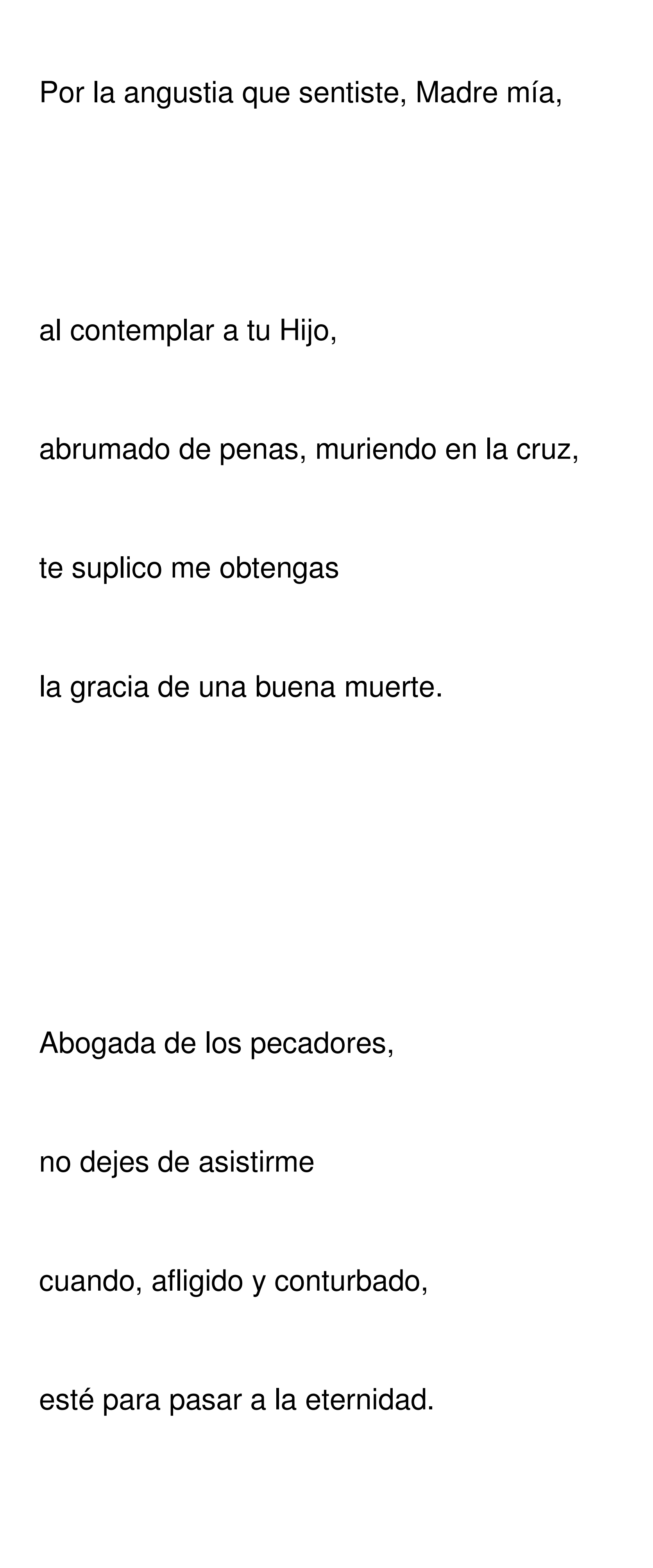
Y si fiel te he servido,

hiérelo también por especial favor.

Es injusto ver a mi Jesús herido

y a ti, que estás también con él, herida,

y yo, en cambio, encontrarme ileso.



Por la angustia que sentiste, Madre mía,

al contemplar a tu Hijo,

abrumado de penas, muriendo en la cruz,

te suplico me obtengas

la gracia de una buena muerte.

Abogada de los pecadores,

no dejes de asistirme

cuando, afligido y conturbado,

esté para pasar a la eternidad.

Os invoco ahora por si no tengo voz

para invocar el nombre de Jesús y el tuyo,

y pido a tu Hijo y a ti me socorráis

en el último instante, y ahora digo:

Jesús y María, mi esperanza,

a vosotros encomiendo el alma mía. Amén.

Sección II

DOLORES PADECIDOS POR MARÍA

Primer dolor: La profecía del anciano Simeón

1. María conoce sus futuros padecimientos

En este valle de lágrimas todo hombre nace llorando y tiene que padecer los males que cada día le sobrevienen. Pero cuán penosa sería la existencia si uno supiera los males que le van a sobrevenir. Dice Séneca: calamitosa sería la situación del que conociera el futuro; antes de que llegasen las miserias sería desdichado.

El Señor tiene esa condescendencia con nosotros al no dejarnos conocer las cruces que nos esperan para que, si las hemos de padecer, las padezcamos sólo una vez. Pero no tuvo este miramiento con María, la cual –porque Dios la quiso reina dolorosa

y en todo semejante a su Hijo– quiso que tuviera siempre ante los ojos y que sufriera continuamente todas las penas que le esperaban. Estas penas fueron las de la pasión y muerte de su amado Jesús. He aquí que el santo anciano Simeón en el templo, después de haber recibido en sus brazos al divino infante, le predice que aquel Hijo suyo tenía que ser el signo de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres: "Éste está puesto como señal para ser discutida"; y que por esto la espada del dolor debía atravesar el alma de María: "Y una espada de dolor atravesará tu alma" (Lc 2, 35).

Dijo la Virgen a santa Matilde que, ante semejante aviso de Simeón, toda su alegría se volvió tristeza. Porque como le fue revelado a santa Teresa, la Madre benditísima, aunque sabía desde el principio el sacrificio de su vida que iba a ofrecer su Hijo por la salvación del mundo, sin embargo, desde esa profecía conoció en particular y más en detalle las penas y la muerte despiadada que le había de sobrevenir a su amado Hijo.

Conoció que le iban a contradecir en todo; en la doctrina, porque en vez de creerle lo habían de tener por blasfemo al afirmar que era Hijo de Dios, como lo declaró el impío Caifás cuando dijo: "Ha blasfemado, es reo de muerte" (Mt 26, 66-67). Le llevaron la contraria en la estima que se merecía porque era noble de estirpe real, y fue despreciado como plebeyo. "¿Acaso no es éste el hijo del artesano?" (Mt 13, 55). "¿No es éste el carpintero, el hijo de María?". Era la misma sabiduría y fue tratado de ignorante: "¿Cómo es que éste sabe de letras si no ha estudiado?" (Jn 7, 15); de falso profeta: "Y cubriéndole con un velo, le preguntaban: ¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?" (Lc 22, 64). Lo trataron de loco: "Está loco; ¿por qué le escucháis?" (Jn 10, 20). Fue tratado de bebedor y glotón y amigo de pecadores y publicanos (Lc 7, 34). Lo

tuvieron por hechicero: “Hecha los demonios con el poder de los demonios” (Mt 9, 34); por hereje y endemoniado: “¿No decimos con razón que eres un samaritano y que tienes un demonio?” (Jn 8, 48). En suma, fue tenido por criminal tan notorio que no necesitaban proceso para condenarlo, como le gritaron a Pilato: “Si éste no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado” (Jn 18, 30).

Tuvo que verse afligido en el alma porque hasta su eterno Padre, para que la divina justicia quedara satisfecha, no quiso atender la oración que le dirigió en el huerto, cuando le rogó: “Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz” (Mt 26, 39); y lo abandonó en medio del temor, del tedio y la tristeza, de modo que el afligido Señor exclamó: “Triste está mi alma hasta la muerte” (Mt 26, 38); y abrumado de angustia llegó a sudar como gotas de sangre. Contrariado y perseguido en su cuerpo y en su vida, pues basta decir que fue atormentado en todos sus sagrados miembros: en las manos y en los pies, en el rostro y en la cabeza, en todo su cuerpo, hasta llegar a morir, desangrado y denigrado, en un vil madero.

2. María vivió una continua inmolación

David, en medio de todos sus placeres y regias grandezas, cuando oyó que el profeta Natán le anunciaba que su hijo iba a morir (2Re 12, 144), no encontraba la paz; lloró, ayunó, durmió sobre la tierra. María, en cambio, recibió con suma paz la noticia de la muerte de su Hijo y con la misma tranquilidad continuó soportando su sufrimiento; pero ¿cuál sería su dolor al encontrarse siempre ante aquel Hijo, el más amable, y oírle decir aquellas palabras de vida eterna y contemplar sus comportamientos absolutamente santos?

Padeció grandes tormentos Abrahán durante aquellos tres días en que vivió con su amado hijo Isaac sabiendo que lo iba a perder. Pero, oh Dios, no durante tres días, sino durante treinta años tuvo que sufrir María semejantes penas. ¿Qué digo semejantes?

Fueron tanto mayores, cuanto más amable era el Hijo de María que el hijo de Abrahán.

Reveló la misma Virgen a santa Brígida que no hubo una hora en que no le traspasara este dolor. "Cada vez que miraba a mi Hijo, cada vez que lo envolvía en pañales, cada vez que contemplaba sus manos y sus pies, tantas veces en mi alma se recrudecía como un nuevo dolor pensando en el momento de la crucifixión". El abad Ruperto, contemplando a María, piensa que mientras le daba el pecho a su Hijo le decía:

“Manojito de mirra es mi amado para mí, morará entre mis pechos”. Hijo mío, te estrecho entre mis brazos porque eres lo más amado para mí; pero cuanto más te amo, más te transformas en manojo de mirra y causa de mi dolor, pues sólo pienso en tus sufrimientos.

Consideraba María, dice san Bernardino, que la fortaleza de los santos tenía que agonizar; la belleza del paraíso tenía que verse deformada; el Señor del mundo, ser atado como reo; el Creador de todo, amoratado a golpes; el Juez de todos, sentenciado; la gloria del cielo, despreciada; el Rey de reyes, coronado de espinas y tratado como rey de burlas.

Según el P. Engelgrave, se le reveló a santa Brígida que la afligida Madre, sabiendo cuánto tenía que padecer su Hijo, “alimentándolo, pensaba en la hiel y el vinagre; cuando lo envolvía en pañales pensaba en los cordeles con que lo habían de maniatar; cuando lo llevaba en brazos se lo imaginaba clavado en la cruz; cuando lo veía dormido recordaba que un día estaría muerto”. Y siempre que le vestía su túnica se acordaba de que un día se la habían de arrancar para crucificarlo; y cuando contemplaba sus sagradas manos y sus sagrados pies, se le venían a la mente los clavos que los habían de traspasar. Dijo María a santa Brígida: Mis ojos se llenaban de lágrimas y mi corazón se estremecía de dolor.

3. María aceptaba con fortaleza el sufrimiento progresivo

Dice el evangelista que Jesús, conforme crecía en edad, así también crecía en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres (Lc 2, 52). Lo que quiere decir que crecía en sabiduría y gracia ante los hombres en cuanto a su opinión; y ante Dios, como explica santo Tomás, en cuanto que todas sus obras eran meritorias y hubieran servido para aumentar la gracia más y más si desde el principio no se le hubiera otorgado la plenitud absoluta de la gracia por la unión hipostática. Si crecía Jesús en la estima y amor de la gente, cuánto más crecería en la estima y amor de María. Pero cuanto más crecía este amor, más se acrecentaba el dolor de tenerlo que perder con muerte tan cruel; y cuanto más se acercaba el tiempo de la pasión de su Hijo, tanto más y con mayor dolor aquella espada profetizada por Simeón atravesaba el corazón de la Madre. Así se lo manifestó el ángel a santa Brígida, diciéndole: Conforme el Hijo se aproximaba a la pasión, aquella espada de la Virgen, cada hora, se hacía más dolorosa.

Pues si nuestro rey Jesús y su Madre santísima no rehusaron padecer por amor nuestro a lo largo de la vida una pena tan cruel, no tenemos derecho a lamentarnos por nuestros padecimientos, ciertamente menores. Jesucristo se le apareció a sor Magdalena Orsini, dominica, mientras sufría desde hacía tiempo una gran tribulación, y la animó a permanecer en la cruz con él soportando aquel dolor. Sor Magdalena, lamentándose, le respondió: Señor, tu sólo sufriste en la cruz tres horas, pero yo llevo años con esta tortura. Y entonces el Redentor le replicó: ¿Qué dices? Yo desde el primer instante de mi concepción sufrí en el corazón lo que después en la cruz padecí en el cuerpo. Por eso, cuando nosotros

padezcamos cualquier aflicción y nos lamentemos, imaginémonos que Jesús y su santa Madre nos dicen lo mismo.

EJEMPLO

Una octava espada en el corazón de María

Narra el P. Reviglione, jesuita, que un joven tenía la devoción de visitar cada día una imagen de la Virgen dolorosa que tenía siete espadas en el corazón. Una noche el infeliz cayó en un pecado mortal; al ir por la mañana a visitar la imagen, vio en el corazón de la Virgen no siete espadas, sino ocho; mientras las contemplaba asombrado, le pareció entender que por su pecado estaba aquella nueva espada en el corazón de María. Enternecido y compungido fue enseguida a confesarse, y por la intercesión de su abogada recuperó la gracia de Dios.

ORACIÓN DE DOLOR DE LOS PECADOS

Bendita Madre mía, María;

no sólo con una espada,

sino con tantas cuantas son mis pecados

te he traspasado el corazón.

Señora mía, no eres tú, la inocente,

sino yo, reo de tantos delitos,

quien debe sufrir las penas.

Pero ya que has querido

padecer tanto por mí,

consígueme por tus méritos

un gran dolor de mis culpas y paciencia

para soportar los trabajos de esta vida.

Siempre serán muy leves para mí,

que tantas veces merecí la condena.

Segundo dolor: La huida a Egipto

1. María, compañera del dolor

Como la cierva herida lleva su dolor a donde va con la flecha que la hirió, así la Madre de Dios, después del vaticinio de Simeón, como vimos en la consideración del primer dolor, llevó siempre consigo su dolor con el recuerdo continuo de la pasión de su Hijo.

Halgrino, explicando el pasaje de los Cantares: “Y los cabellos de tu cabeza son como púrpura del rey puesta en flecos” (Ct 7, 5), dice que estos cabellos de María eran los pensamientos continuos de la pasión de Jesús que le hacían ver a cada instante la sangre que un día había de brotar de sus llagas. “Tu mente, María, y tus pensamientos estaban teñidos con la sangre de la pasión del Señor, de tal manera que era como si viera constantemente manar la

sangre de las llagas”. El mismo Hijo era la saeta en el corazón de María, que cuanto más amable se le mostraba tanto más le hería con el dolor de tenerlo que perder con muerte tan despiadada. Pasemos a considerar la segunda espada de dolor que le hirió en la huida a Egipto que tuvo que emprender con su Hijo por la persecución de Herodes.

Cuando oyó Herodes que había nacido el Mesías, temió neciamente que le iba a arrebatar su reino, por lo que san Fulgencio, recriminando su locura, le habla así:

“Herodes, ¿por qué te turbas de ese modo? Este rey que acaba de nacer no viene a destronar reyes batallando, sino a subyugarlos de modo admirable con su muerte”.

Esperaba el impío que los Reyes Magos le trajeran noticias de dónde había nacido el rey a fin de quitarle la vida; pero al verse burlado por los Reyes Magos ordenó la matanza de todos los niños de Belén. Por eso el ángel se apareció en sueños a san José y le mandó: “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto” (Mt 2, 13). Y aquella misma noche avisó a María y tomando el niño emprendieron la huida. “El cual, levantándose, tomó al niño y a su madre, de noche, y huyó a Egipto” (Mt 2, 14). “Oh Señor –dijo entonces María (como piensa san Alberto Magno)–, ¿tiene que huir de los hombres el que ha venido a salvar a los hombres?” Y entonces comprendió la afligida madre que ya comenzaba a realizarse en su Hijo la profecía de Simeón: “Éste ha sido puesto como signo de contradicción” (Lc 2, 37), viendo que, apenas nacido, era perseguido a muerte. Qué sufrimiento el del corazón de María, dice san Crisóstomo, oír que le intimaba la orden de ir con su Hijo a tan duro destierro. Huye de los tuyos a los extraños, del templo a la

sede de los demonios. ¿Qué mayor tribulación que ver al recién nacido colgado del cuello de su madre y ésta obligada a emprender la fuga?

2. María en camino al destierro

Cada uno considere cuánto sufrió María en este viaje. Era grande la distancia hasta Egipto y tuvo que durar muchos días. El camino, escabroso, desconocido y poco frecuentado; el clima, desapacible. María era doncella joven y delicada, no acostumbrada a semejantes viajes. No tenían sirvientes que les atendiesen. Ellos eran sus propios sirvientes, como dice san Pedro Crisólogo: “¡Oh Señor, qué lástima daría ver a tan tierna virgencita llevando en brazos a aquel niño recién nacido que andaba huyendo por el mundo!”

Se pregunta san Buenaventura: ¿Cómo se las arreglaban para comer? ¿Dónde pernoctaban? ¿En qué lugares se hospedaban? ¿De qué otra cosa podían alimentarse sino de lo que llevaba san José o conseguían de limosna? ¿Dónde pernoctarían durante tan

largo viaje sino sobre la arena bajo cualquier arbusto, al descubierto y al sereno, por donde merodeaban los ladrones y las fieras? Quien se hubiera encontrado con estos tres personajes, los más ilustres del mundo, ¿por qué los hubiera tomado sino por tres pobres mendigos vagabundos?

3. María con José y su Hijo en Egipto

Vivieron en Egipto con estrecheces durante aquellos años. Eran forasteros desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes. Apenas podían sustentarse con sus modestos trabajos. Dice san Basilio: Como eran pobres, es evidente que tenían que ganar lo necesario para la vida con el sudor de sus frentes. Opina Landolfo de Sajonia –y sirva esto para consuelo de los pobres– que María está tan en pobreza que alguna vez pasaron hambre sin tener alimento que darle al Hijo.

Refiere san Mateo que, muerto Herodes, de nuevo se le apareció en sueños el ángel a san José y le dijo que volviera a Judea.

Hablando san Buenaventura de este viaje, piensa que la Santísima Virgen padeció más que en el primero, por el cansancio que debió sufrir Jesús, en edad de unos siete años, pues a esa edad era lo suficientemente grande como para no poderlo llevar en brazos, pero tan pequeño que le resultaba muy difícil el camino.

Ver a Jesús y María con san José andar por el mundo como errantes y fugitivos nos debe mover a vivir también en la tierra como peregrinos, sin apegarnos a los bienes que el mundo nos ofrece, como quienes pronto lo tendremos que dejar todo y pasar a la vida eterna. “No tenemos aquí ciudad permanente, sino que anhelamos la futura” (Hb 13, 14). A lo que añade san Agustín: Eres huésped, mira y pasa.

Nos enseña además a abrazar la cruz, pues no se puede vivir en este mundo sin cruces.

La beata Verónica de Binasco, agustina, fue en espíritu a acompañar a María con el niño Jesús y san José en este viaje desde Egipto, y al fin del mismo le dijo la Madre de Dios: Hija, has visto los trabajos que hemos pasado en este viaje; ten presente que nadie recibe gracias sin padecer. El que desee sentir alivio en los padecimientos de esta vida, es necesario que vaya en compañía de Jesús y María. “Toma al niño y a su madre”. A quienes llevan en su corazón con amor a este Hijo y a esta Madre, se les hacen ligeras, dulces y amables todas las penas. Amemos y consolemos a María acogiendo dentro de nuestros corazones a su Hijo, que también

ahora es perseguido y maltratado por los hombres con sus pecados.

EJEMPLO

Nuestros pecados acosan a María

Se apareció María a la beata Coleta, franciscana, y le mostró al niño Jesús todo llagado, y le dijo: Así tratan continuamente los pecadores al Hijo mío, renovándole a él la muerte y a mí los dolores. Ruega por ellos, hija mía, para que se conviertan. Y la venerable sor Juana de Jesús y María, también franciscana, meditando un día precisamente en Jesús niño perseguido por Herodes, escuchó un gran tumulto, como de gente armada que fuera en persecución de alguien; y después vio ante sí a un niño hermosísimo, todo asustado, que venía corriendo hacia ella y que le dijo: “Juana mía, ayúdame, escóndeme; soy Jesús de Nazaret que

vengo huyendo de los pecadores que me persiguen como Herodes y me quieren matar. Sálvame tú”.

ORACIÓN PIDIENDO AYUDA Y PERDÓN

¿Será posible, Virgen María,

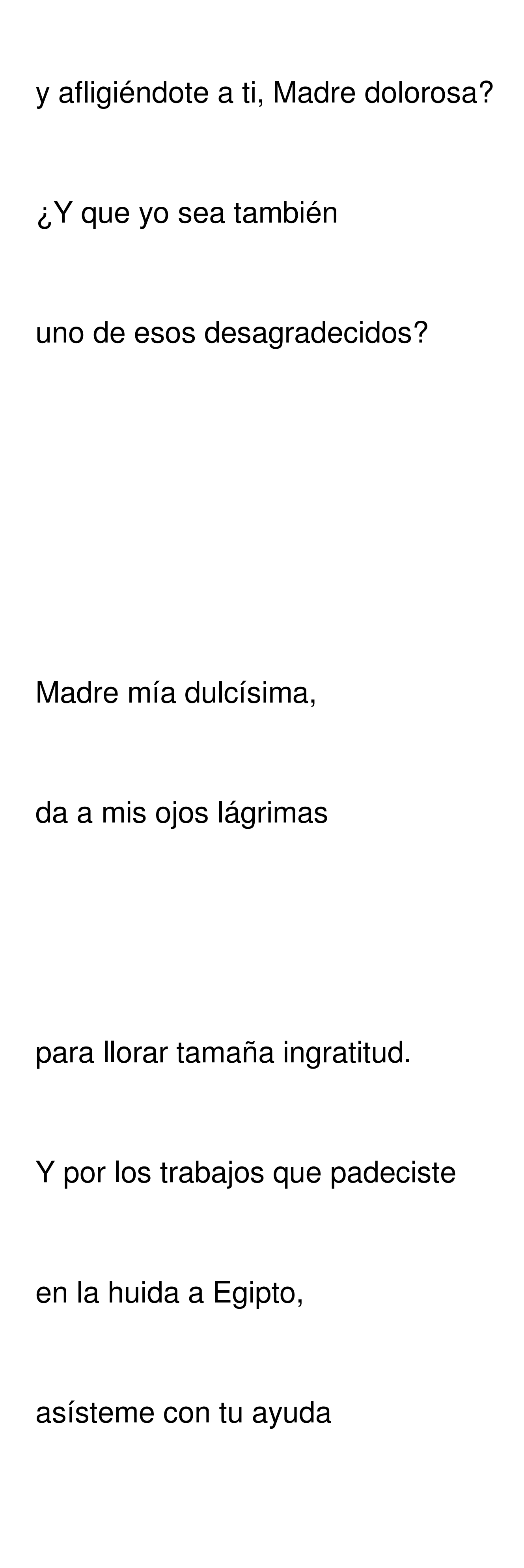
que después que tu Hijo ha muerto

a manos de los hombres,

que lo persiguieron con saña mortal,

aún sigan estos ingratos

persiguiéndolo con sus pecados



y afligiéndote a ti, Madre dolorosa?

¿Y que yo sea también

uno de esos desagradecidos?

Madre mía dulcísima,

da a mis ojos lágrimas

para llorar tamaña ingratitud.

Y por los trabajos que padeciste

en la huida a Egipto,

asísteme con tu ayuda

en mi viaje hacia la eternidad,

para que al fin pueda llegar

a amar para siempre, unido a ti,

en la patria de los bienaventurados,

a mi perseguido Salvador. Amén.

Tercer dolor: El niño Jesús perdido en el templo

1. María sufre la pérdida de su Hijo

Escribe el apóstol Santiago que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia:

“La paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas para que seáis perfectos e íntegros, sin que dejéis nada que desear” (St 1, 4). Pues bien, habiéndonos dado el Señor a la Virgen María como ejemplo de perfección, fue necesario que la colmase de sufrimientos para que así nosotros pudiéramos admirar e imitar su heroica paciencia.

Entre los mayores sufrimientos que la Madre de Dios padeció en su vida estuvo el que ahora vamos a meditar, es decir, el de la pérdida de su Hijo en el templo.

Quien nació ciego poco siente no ver la luz del día; pero quien durante algún tiempo ha tenido vista y ha gozado de luz, siente más duramente su ceguera. De modo semejante, los infelices que cegados por el fango de esta tierra poco han conocido a Dios, poco pesar sienten por no encontrarlo; pero quien, al contrario, iluminado por luz del cielo ha sido hallado digno de encontrar con el amor la dulce presencia del sumo bien, cómo se duele cuando se siente privado de él. Veamos, pues, cuán dolorosa tuvo que ser para María, que estaba acostumbrada a gozar de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada que la hirió cuando, habiéndolo perdido en Jerusalén, se vio por tres días privada de él.

Narra san Lucas en el capítulo II que acostumbrando la Virgen con san José su esposo y con Jesús visitar el templo por la solemnidad de la Pascua, fueron allí, según la costumbre, cuando el niño tenía doce años; pero habiéndose quedado Jesús en Jerusalén cuando ya se volvían, ella no se dio cuenta porque pensaba que iba con la comitiva. Por lo que al llegar la noche preguntó por el Hijo, y al no encontrarlo se volvió presurosa a Jerusalén en su busca. Y no lo encontró sino después de tres días.

Ahora consideremos qué afán tuvo que experimentar esta afligida madre durante aquellos tres días en los que anduvo por todas partes preguntando por su Hijo, como la esposa de los Cantares: "¿Acaso habéis visto al que ama mi alma?" (Ct 3, 3), sin que nadie le diera razón. María, con cuánta mayor ternura, cansada y fatigada sin haber encontrado a su amado, podía decir lo que Rubén de su hermano José: "El niño no aparece y, entonces, ¿a dónde iré yo?" (Gn 37, 30). Mi Jesús no aparece y yo no sé qué más hacer para encontrarlo, pero ¿a dónde voy sin mi tesoro?

Ella, llorando constantemente durante aquellos tres días, podía repetir con David: "Son mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todo el día: ¿En dónde está tu Dios?" (Sal 4, 4). Con razón escribe Pelbarto que aquellas noches la afligida madre no durmió, llorando y suplicando a Dios que le hiciese encontrar a su Hijo. Y durante este tiempo, al decir de san Bernardo, se dirigía

con frecuencia a su mismo Hijo con las palabras de la Esposa: “Indícame, amor de mi alma, dónde apacientas el rebaño, dónde lo llevas a sestear a mediodía, para que yo no ande como errante” (Ct 1, 7).

Hijo, hazme conocer dónde estás para que no ande por más tiempo a la ventura buscándote en vano.

2. María padece la mayor amargura

Hay quien dice que este dolor de María está no sólo entre los mayores que sufrió, sino que fue el más grande y amargo de todos, y no sin alguna razón. Lo primero, porque en los otros dolores María tenía consigo a Jesús. Padeció con la profecía de Simeón en el templo y en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; mas en este dolor padeció lejos de Jesús, sin saber dónde estaba. “Me falta la luz misma de mis ojos” (Sal 37, 11). Así decía llorando: Ay, que la luz de mis ojos, mi amado Jesús, no está conmigo, vive alejado de mí y no sé dónde está.

Dice Orígenes que a causa del amor que esta santa madre tenía a su Hijo, padeció más con la pérdida de Jesús que cualquier mártir pudiera padecer con los dolores de su martirio: “Muchísimo sufrió porque lo amaba intensamente. Más sufrió por su pérdida que el dolor de cualquier mártir en su muerte”. ¡Qué largos los tres días para María! Le parecieron como tres siglos. Días amargos, sin que nadie pudiera consolarla. ¿Y quién podría consolarme, decía con Jeremías, si el único que puede consolarme está lejos de mí? Por eso no se cansan de llorar mis ojos. “Por eso lloro yo; mis ojos se van en agua porque está lejos de mí el consolador que reanime mi alma”. Y con Tobías repetía:

“¿Qué gozo puede haber para mí que me siento en las tinieblas y no puedo ver la luz del cielo?”

3. María desconoce la causa de la ausencia de Jesús

La segunda razón es que en los demás dolores María entendía la razón y el fin de los mismos, es decir, la redención del mundo y el divino querer; pero en este caso no sabía el porqué de la ausencia de su Hijo. Dolíase la desconsolada madre al verse alejada de

Jesús, a la vez que su humildad, dice Lanspergio, le hacía pensar que no era suficientemente digna de tenerlo a su lado para cuidarlo y poseer tan rico tesoro.

¿Pensaría que no le había servido como se merecía? ¿Habría cometido alguna negligencia por la cual la había abandonado? Lo buscaban, dice Orígenes, temerosos de que los hubiera dejado. Y cierto que no hay sufrimiento más grande para un alma que ama a Dios que el temor de haberlo disgustado. Por eso María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente cuando lo encontró: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando” (Lc 2, 48). Con estas palabras María no quiso reprender a Jesús, como dijeron ofuscados algunos herejes, sino que quiso manifestarle el dolor que había sentido por su pérdida teniéndole el amor que le tenía. No era reproche, dice Dionisio Cartujano, sino queja de amor.

En suma, fue tan dolorosa esta espada de dolor para el corazón de la Virgen, que la beata Bienvenida, deseando un día y rogando a la santa madre, le concediera poder acompañarla en este dolor, María se le presentó con su Jesús en brazos; Bienvenida estaba gozando a la vista de aquel hermosísimo niño, pero de repente no lo vio más.

Fue tanta la pena que sintió la beata, que recurrió a María pidiéndole, por piedad, que no la dejara morir de dolor. La Santísima Virgen se le apareció de nuevo después de tres días y le dijo: Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido más que una pequeñísima porción del que yo sufrí al perder a mi Hijo.

4. María es ejemplo en la desolación al sufrir el silencio de Dios

Este dolor de María primeramente debe servir de consuelo a quienes están desolados y no gozan la dulce presencia de su Señor que en otro tiempo sintieron. Lloren, sí, pero con paz, como lloraba María la pérdida de su Hijo. Cobren ánimo y no teman haber perdido la divina gracia, escuchando lo que Dios dijo a santa Teresa: Ninguno se pierde sin saberlo; y ninguno es engañado si no quiere ser engañado. Si el Señor le retira la sensación de su presencia a quien le ama, no por eso se retira de su corazón. Se esconde para que se le busque con mayor deseo y amor más ardiente. Pero el que quiera encontrar al Señor es necesario que lo busque, no entre las delicias y los placeres del mundo, sino entre las cruces y las mortificaciones, como lo buscó María.

Escribe Orígenes: Aprende de María a buscar a Jesús.

Por lo demás, el único bien que debemos buscar es Jesús. Cuando Job perdió todo lo que poseía: hacienda, hijos, salud y honra, hasta llegar a tener que sentarse en un muladar, como tenía a Dios, a pesar de todo era feliz. Dice san Agustín hablando de él: Perdió lo que le había dado Dios, pero tenía a Dios. Son de veras infelices y desdichados quienes han perdido a Dios. Si María lloró durante tres días la pérdida de su Hijo, con cuánta más razón deben llorar los pecadores que han perdido la gracia de Dios y a los que el Señor les dice: “Vosotros no sois mi pueblo ni yo soy para vosotros

vuestro Dios" (Os 1, 9). Porque esto es lo que hace el pecado, separa al alma de Dios:

"Vuestras culpas os separaron a vosotros de vuestro Dios y vuestros pecados le hicieron esconder su rostro" (Is 59, 2). Por lo cual, aunque uno sea muy rico, habiendo perdido a Dios, todo lo de la tierra no es más que humo y sufrimiento, como lo confesó Salomón: "Todo es vanidad y aflicción de espíritu" (Ecclo 1, 14). Pero la mayor desgracia de estos pobres ciegos, dice san Agustín, es que si pierden un buey salen en su seguimiento; si pierden una oveja no dejan de hacer ninguna diligencia para encontrarla; si pierden un jumento no descansan hasta que lo hallan. Pero pierden el sumo bien que es Dios, y comen y beben tan tranquilos.

EJEMPLO

El puñal que hiere al Señor

Se refiere en las Cartas anuales de la Compañía de Jesús que, en las Indias, un joven queriendo salir de casa para cometer una acción pecaminosa, oyó una voz que le decía: Detente, ¿a dónde vas? Se volvió y vio una estatua de la Virgen Dolorosa. Ella se sacó el puñal que tenía en el corazón y se lo alargó, diciendo: Toma este puñal y hiéreme a mí primero, pero no hieras a m i Hijo con semejante pecado. Al oír esto, el joven se postró en tierra, y del todo arrepentido y deshecho en llanto pidió al Señor y a la Virgen María el perdón de su pecado.

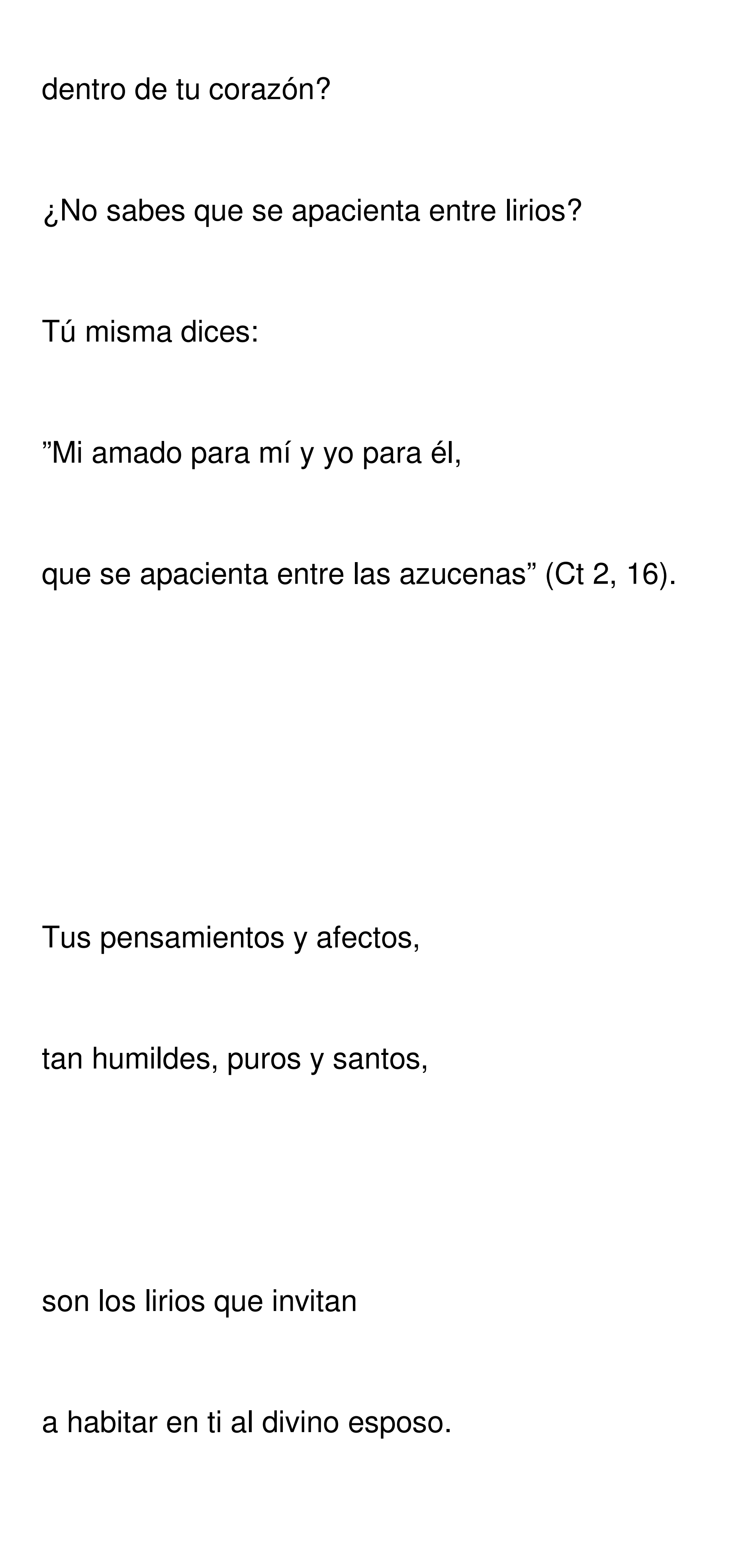
ORACIÓN PARA HALLAR A JESÚS

Virgen bendita, ¿por qué te afliges

buscando a tu Hijo perdido?

¿Es que ignoras dónde está?

¿No te acuerdas de que mora



dentro de tu corazón?

¿No sabes que se apacienta entre lirios?

Tú misma dices:

”Mi amado para mí y yo para él,

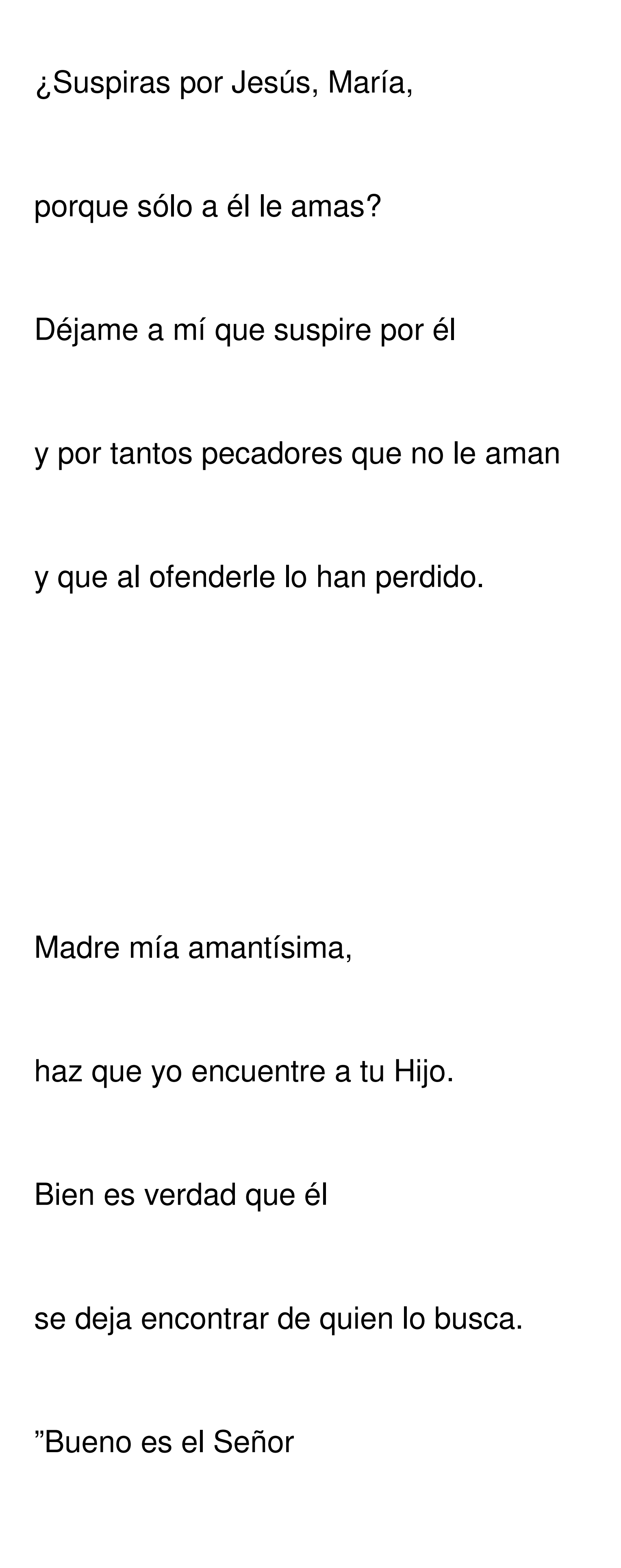
que se apacienta entre las azucenas” (Ct 2, 16).

Tus pensamientos y afectos,

tan humildes, puros y santos,

son los lirios que invitan

a habitar en ti al divino esposo.



¿Suspiras por Jesús, María,

porque sólo a él le amas?

Déjame a mí que suspire por él

y por tantos pecadores que no le aman

y que al ofenderle lo han perdido.

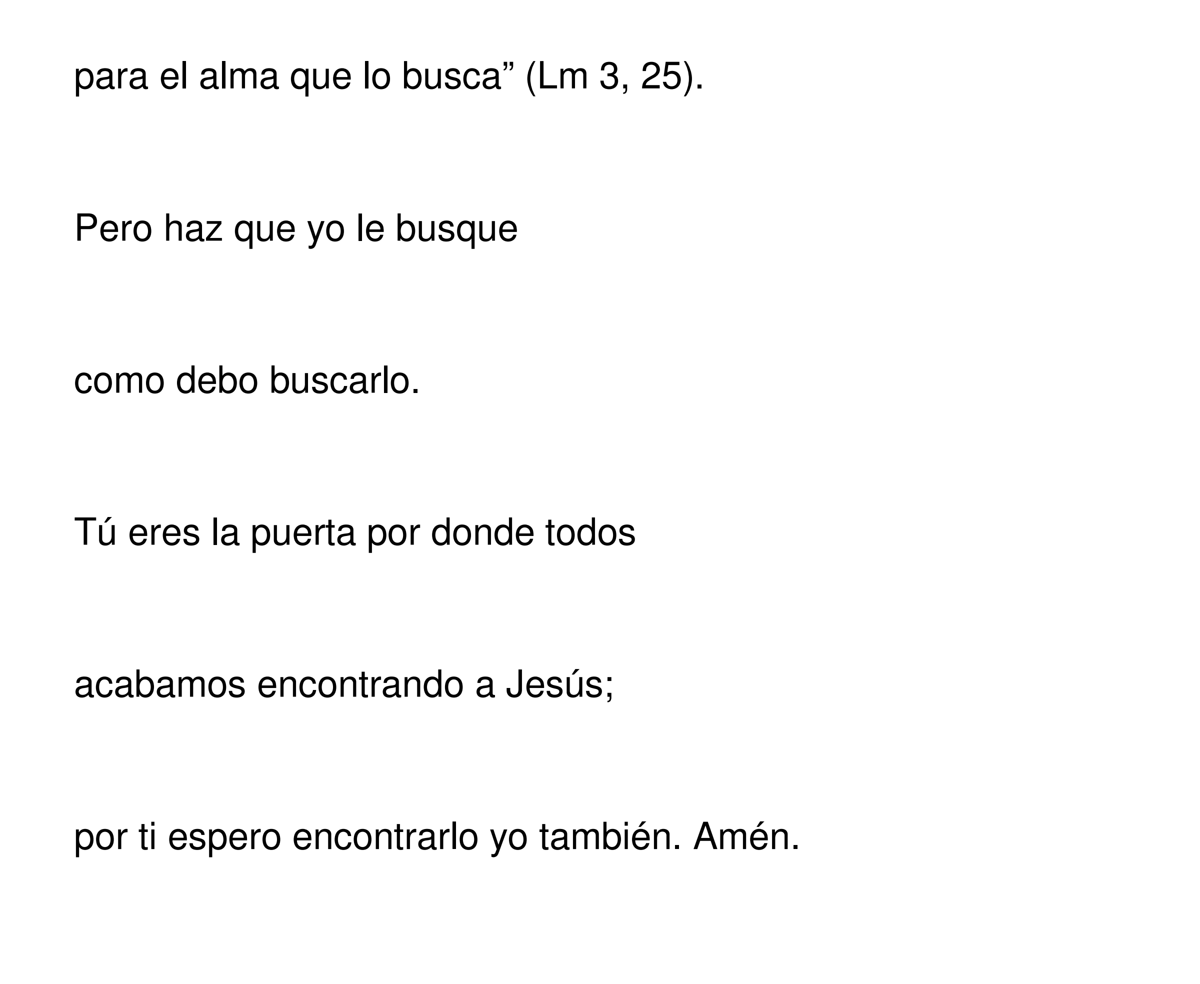
Madre mía amantísima,

haz que yo encuentre a tu Hijo.

Bien es verdad que él

se deja encontrar de quien lo busca.

”Bueno es el Señor



para el alma que lo busca" (Lm 3, 25).

Pero haz que yo le busque

como debo buscarlo.

Tú eres la puerta por donde todos

acabamos encontrando a Jesús;

por ti espero encontrarlo yo también. Amén.

Cuarto dolor: Encuentro de María con Jesús camino del Calvario

1. María sufre en la misma medida de su amor

Dice san Bernardino que para tener una idea del gran dolor de María al perder a su Hijo por la muerte, es necesario meditar el amor de esta madre hacia él.

Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos, por eso la Cananea, cuando le pidió al Salvador que librara a su hija poseída por el demonio, le dijo que tuviera piedad de ella, su madre, más que de la hija: “Ten piedad de mí, Señor, hijo de David, pues mi hija es atormentada por un demonio” (Mt 15, 22). Pero ¿qué madre amó tanto a su hijo como María amó a Jesús? Era su hijo único y criado con tantos trabajos; hijo amadísimo de la madre y tan amante de ella; hijo que al mismo tiempo era su hijo y su Dios, que habiendo venido a la tierra a encender en todos el fuego del divino amor, como él mismo dijo: “Fuego vine a traer a la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?” (Lc 12, 49), ¿qué llamaradas de amor no encendería en aquel corazón de su madre santísima, puro y vacío de todo afecto mundanal? La misma Virgen Santísima dijo a santa Brígida que su corazón era uno con el de su Hijo por el amor.

Aquella mezcla de esclava y madre, y de hijo y Dios, levantó en el corazón de María un incendio de amor compuesto de mil hogueras. Pero todo este incendio de amor, al tiempo de la pasión se convirtió en un mar de dolor.

San Bernardino dice meditando este misterio: Todos los dolores del mundo, si se juntaran de una vez, no serían tan intensos como el dolor de la gloriosa Virgen María. Y así es en verdad, porque esta madre, como escribe san Lorenzo Justiniano, cuanto más

tiernamente amó, tanto más profundo fue su dolor. Cuanto con más ternura lo amó, con tanto mayor dolor sintió al verlo partir, especialmente cuando se encontró a su hijo que, ya condenado a muerte, iba con la cruz al lugar del suplicio. Y ésta es la cuarta espada de dolor que vamos a considerar.

2. María en la despedida a Jesús

Reveló la Virgen a santa Brígida que cuando se acercaba el tiempo de la pasión, sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas pensando en el amado Hijo que lo iba a perder en esta tierra, y que tenía un sudor frío por el temor que le asaltaba al pensar en el próximo espectáculo tan lleno de dolor. Y ya cercano el día, fue Jesús llorando a despedirse de la Madre para ir a la muerte. San Buenaventura, considerando lo que haría María aquella noche, le habla así: Sin dormir la pasaste, y mientras los demás dormían tú permaneciste en vela. Llegada la mañana venían los discípulos de Jesucristo a esta afligida madre, quién a traerle una noticia y quién otra, pero todas de dolor, cumpliéndose en ella el texto de Jeremías: “Llora que llora por la noche y las lágrimas surcan sus mejillas; ni uno hay que la consuele de todos los que la quieren” (Lm 1, 2).

Uno venía a referirle los malos tratos cometidos contra su Hijo en casa de Caifás, otro le refería los desprecios que le hizo Herodes. Llegó finalmente san Juan y le anunció que el injustísimo Pilatos lo había condenado a muerte de cruz. He dicho injustísimo porque, como nota san León, este juez inicuo, lo mandó a la muerte. Oh Madre dolorosa, le diría san Juan, tu Hijo ya ha sido sentenciado a muerte y ya ha salido llevando él mismo la cruz camino del Calvario; así lo registró el Evangelio: "Y llevando la cruz salió hacia el lugar que llaman Calvario" (Jn 19, 17); ven, si quieres verlo y darle el último adiós en el camino por donde ha de pasar.

Parte María con Juan, y por las huellas de sangre que ve por las calles advierte que ya ha pasado por allí su Hijo. Como ella le reveló a santa Brígida: Por las huellas conocí por dónde había pasado mi Hijo, pues aparecía la tierra ensangrentada. Dice san Buenaventura que la afligida Madre, acortando por una calle, fue a desembocar en la calle por donde había de pasar su Hijo atribulado. Dice san Bernardo: la más afligida de las madres va al encuentro del más afligido de los hijos. Esperó María en aquel lugar; ¡y cuántos escarnios tuvo que oír de los judíos que la conocían dirigidos contra su Hijo y, tal vez, contra ella misma!

3. María presencia el paso de Jesús

¡Qué exceso de dolor fue para ella ver los clavos, los martillos y los cordeles que llevaban delante los verdugos y todos los horribles instrumentos para matar a su Hijo!

¡Y qué espada para su corazón al oír la corneta que anunciaba la sentencia contra su Jesús! Pero he aquí que después de haber pasado los instrumentos, el pregonero y los ministros de la justicia, alza los ojos y ¿qué ve? Ve a un joven cubierto de sangre de pies a cabeza, con una corona de espinas, con una pesada cruz sobre las espaldas; lo contempla y casi no lo conoce, diciendo entonces con Isaías: “No tenía apariencia ni presencia” (Is 53, 2). Sí, porque las heridas, las moraduras y la sangre coagulada le hacían semejante a un leproso, de modo que estaba desconocido: “Despreciado, varón de dolores, desecho de hombre, no lo tuvimos en cuenta” (Is 53, 3).

Pero, al fin, el amor se hizo reconocer; y una vez que lo hubo conocido, como dice san Pedro de Alcántara: “Qué lucha se entabló entre el amor y el temor en el corazón de María. Por una parte, deseaba verlo; mas, por otra, le daba temor ver algo tan digno de compasión. Finalmente, se miraron; el Hijo, apartándose de los ojos un grumo de sangre que le impedía la visión, como le fue revelado a santa Brígida, y la Madre miró al Hijo. Y sus miradas llenas de dolor fueron como otras tantas flechas que traspasaron aquellas dos

almas enamoradas. Margarita, hija de santo Tomás Moro, cuando vio que su padre iba hacia la muerte, no pudo decir más que: ¡Padre, padre!, y cayó desvanecida a sus pies. María, cuando vio a su Hijo que iba hacia el Calvario, no se desvaneció, no; porque como dice el P. Suárez, la Madre de Dios no podía perder el uso de la razón; ni murió, pues Dios la reservaba para un mayor dolor; pero si no murió sí sufrió un dolor capaz de causar mil muertes.

Quería la Virgen abrazarlo, como dice san Anselmo, pero los esbirros la rechazan, injuriándola, y empujan hacia adelante al adorado Señor; y María lo sigue de cerca.

Virgen santa, ¿a dónde vas? ¿Al Calvario? ¿Te atreverás a ver colgado de la cruz al que es tu vida? San Lorenzo Justiniano imagina que el Hijo le dice: Oh Madre mía, detente:

¿a dónde quieres ir? Si vienes conmigo serás atormentada con mi dolor y yo con el tuyo. Pero a pesar de que ver morir a Jesús le ha de costar un dolor tan acerbo, la amante María no quiere dejarlo. El Hijo va delante, y la Madre junto a él para ser con él crucificada. Dice Guillermo: La Madre llevaba su cruz y le seguía para ser crucificada con él.

Escribe san Juan Crisóstomo: Hasta de las fieras nos compadecemos. Si viéramos a una leona que va detrás de su cachorro que lo llevan a matar, daría compasión. ¿Y no dará

compasión ver a María junto a su Cordero inmaculado que es llevado a la muerte?

Tengamos compasión de ella y procuremos acompañar a su Hijo y a ella también nosotros, llevando con paciencia la cruz que nos manda el Señor. Pregunta san Juan Crisóstomo: ¿Por qué Jesucristo quiso estar solo en los demás sufrimientos y en cambio, al llevar la cruz, quiso ser ayudado por el Cireneo? Y responde: Para que comprendas que la cruz de Cristo no te sirve de nada sin la tuya. No basta para salvarte la sola cruz de Jesús si no llevamos con resignación la nuestra hasta la muerte.

EJEMPLO

La cruz nos une a Dios

Se le apareció el Salvador a sor Dominica, religiosa en Florencia, y le dijo: Piensa en mí y ámame, que yo pensaré siempre en ti y te amaré. Y le ofreció un ramillete de flores con una cruz, significando con ello que las consolaciones de los santos en este mundo han de ir siempre acompañadas de la cruz. Las cruces unen las almas a Dios.

San Jerónimo Emiliano, siendo soldado lleno de vicios, cayó en manos de sus enemigos, que lo encerraron en una mazmorra. Allí, conmovido por sus tribulaciones e iluminado por Dios para cambiar de vida, recurrió a la Santísima Virgen, y con la ayuda de esta divina Madre comenzó a llevar vida de santo. Mereció ver el trono de gloria que Dios le tenía preparado en el cielo. Fue fundador de los Padres Somascos, murió como un santo y ha sido canonizado.

ORACIÓN PARA LLEVAR LA CRUZ

Madre dolorosa,

por el mérito del dolor que sentiste

al ver a tu amado Jesús condenado a muerte,

alcánzame la gracia de llevar con paciencia

las cruces que Dios me manda.

¡Feliz de mí si logro acompañaros

llevando mi cruz hasta la muerte!

Tú y Jesús, inocentes,

habéis llevado una cruz muy pesada;

y yo, pecador, que he merecido el infierno,

¿rehusaré llevar la mía?

Oh Virgen inmaculada,

de ti espero la ayuda

para sufrir las cruces con paciencia. Amén.

Quinto dolor: La muerte de Jesús

1. María al pie de la cruz

Es cosa de admirar una nueva clase de martirio: una madre condenada a ver morir ante sus ojos, ejecutado con bárbaros tormentos, a un hijo inocente y al que amaba con todo su corazón. “Estaba junto a la cruz su Madre” (Jn 19, 25). No se le ocurre a san Juan decir otra cosa para ponderar el martirio de María; contémplala junto a la cruz a la vista de su Hijo moribundo y después dirás si hay dolor semejante a su dolor.

Detengámonos también nosotros hoy en el Calvario a considerar esta quinta espada que traspasó el corazón de María por la muerte de Jesús.

Apenas llegado al Calvario el Redentor, rendido de fatiga, los verdugos lo despojaron de sus vestiduras y clavaron a la cruz sus sagradas manos y sus pies con clavos, no afilados sino romos para más atormentarlo, como dice san Bernardo. Una vez crucificado levantaron la cruz, y así lo dejaron hasta que muriera.

Lo abandonaron los verdugos, pero no lo abandonó María. Entonces se acercó más a la cruz para asistir a su muerte. Le dijo la Santísima Virgen a santa Brígida: Yo no me separaba de él y estaba muy próxima a su cruz. San Buenaventura le habla así: Señora, ¿de qué te sirvió el ir al Calvario para ver morir a este Hijo? ¿Por qué no te detuvo la vergüenza y el horror de semejante crimen? Debía retenerte la vergüenza, ya que su oprobio era también el tuyo siendo su Madre. Al menos debiera detenerte el horror de semejante delito al ver un Dios crucificado por sus mismas criaturas. Pero responde el mismo santo: Es que tu corazón no

pensaba en su propio sufrimiento, sino en el dolor y en la muerte del Hijo amado; y por eso quisiste tú misma asistirle, al menos acompañándole.

Dice el abad Guillermo: Oh verdadera Madre, Madre llena de amor, a la que ni siquiera el espanto de la muerte pudo separar del Hijo amado. Pero, oh Señor, ¡qué espectáculo tan doloroso era el ver a este Hijo agonizando sobre la cruz y ver agonizar a esta Madre que sufría todas las penas que padecía el Hijo! María reveló a santa Brígida el estado lamentable de su Hijo moribundo como ella lo vio en la cruz. Está mi amado Jesús en la cruz con todas las ansias de la agonía: los ojos hundidos, entornados y mortecinos; las mejillas amoratadas y el rostro de mudado, la boca entreabierta, los cabellos ensangrentados, la cabeza caída sobre el pecho, el vientre contraído, los brazos y las piernas entumecidos y todo su cuerpo lleno de llagas y de sangre.

2. María participa en todos los dolores de su Hijo

Todos estos sufrimientos de Jesús, dice san Jerónimo, eran a la vez los sufrimientos de María. Cuantas eran las llagas en el cuerpo de Cristo, otras tantas eran las llagas en el corazón de María. El que entonces se hubiera hallado en el Calvario, dice san Juan Crisóstomo, hubiera encontrado dos altares en que se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús y otro en el corazón de María. Pero más acertado me parece lo que dice san Buenaventura de que había sólo un altar, es decir, la sola cruz del Hijo, en la cual, junto con la víctima que era este Cordero divinal, se sacrificaba también la Madre; por eso el santo le pregunta: Oh María, ¿dónde estabas? ¿Junto a la cruz? Ah, con más propiedad diré que estabas en la misma cruz sacrificándote crucificada con tu mismo Hijo. Así se expresa san Agustín: La cruz y los clavos fueron del Hijo y de María; crucificado el Hijo, también estaba crucificada la Madre. En efecto, porque como dice san Bernardo, lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús, lo hacía el amor en el corazón de María; de manera que, como escribe san Bernardino, al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba su alma.

3. María muestra la mayor fortaleza

Las madres, por lo común, no quieren presenciar la muerte de sus hijos; pero si una madre se ve forzada a asistir a un hijo que muere, procura darle todos los alivios posibles; le acomoda en el lecho para que esté de la manera más confortable, le suministra bebida fresca y así va la infeliz madre consolando su dolor. ¡Oh Madre, la más afligida de todas! ¡Oh María, a ti te ha tocado asistir a Jesús moribundo, pero no has podido darle ningún alivio! Oye María al Hijo, que dice: “Tengo sed”, pero no pudo ella darle un poco de agua para refrescarlo. No pudo decirle otra cosa, como observa san Vicente Ferrer, sino esto: Hijo no tengo más que el agua de mis lágrimas. Veía que el Hijo en aquel lecho de dolor, colgado de aquellos clavos, no encontraba reposo; quería abrazarlo para aliviarlo, al menos para que expirase entre sus brazos, pero era imposible. Quería abrazarlo, dice san Bernardo, pero las manos, extendidas en vano, volvían hacia sí vacías.

Veía a su pobre Hijo que en aquel mar de penas andaba buscando quien le consolase, como lo había predicho por boca del profeta: “El lagar lo pisé yo solo; de mi pueblo no hubo nadie conmigo; miré bien y no había auxiliador” (Is 53, 3; 5); pero ¿quién iba a querer consolarlo si todos los hombres eran sus enemigos, si aun estando en la cruz blasfemaron de él y se le reían, unos de una manera y otros de otra? “Los que pasaban blasfemaban contra él moviendo la cabeza” (Mt 27, 39). Unos le decían a la cara: “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz” (Mt 27, 42). Y otros: “Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo”. “Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz” (Mt 27, 42).

Dijo la Santísima Virgen a santa Brígida: Oí a unos que llamaban a mi Hijo ladrón y a otros que lo llamaban impostor; a algunos decir que nadie merecía la muerte como él; y todas esas cosas eran como nuevas espadas de dolor.

Pero lo que más acrecentó el dolor de María, junto con la compasión hacia su Hijo, fue oírle lamentarse de que hasta el eterno Padre le había abandonado: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 26, 46). Palabras, como dijo la Madre de Dios a santa Brígida, que no se le pudieron ya apartar de la mente ni del corazón, mientras no hacía otra cosa que ofrecer a la justicia divina la vida de su Hijo por nuestra salvación. Por esto comprendemos que ella, por mérito de sus dolores, cooperó a que naciéramos para la vida de la gracia, que por esto somos hijos de sus dolores.

4. María, madre de todos al pie de la cruz

Dice Lanspergio: Quiso Cristo que ella estuviera presente como cooperadora de nuestra redención; pues había decretado dárnosla como Madre, debía darnos a luz como hijos en la cruz. Y si el corazón de María encontró algún alivio en aquel mar de amarguras, esto era lo único que entonces la consolaba: saber que por medio de sus dolores nos estaba dando a luz para la vida eterna. Eso

mismo le reveló Jesús a santa Brígida: María, mi Madre, por su compasión y caridad, se hizo madre de todos en el cielo y en la tierra. Y de hecho éstas fueron las últimas palabras con que Jesús se despidió de ella antes de morir, éste fue el último recuerdo, dejarnos por sus hijos en la persona de Juan cuando le dijo: “Mujer, he aquí a tu Hijo” (Jn 19, 26).

Y desde ese momento empezó María a ejercer con nosotros el oficio de madre buena, porque como atestigua san Pedro Damiano, el buen ladrón se convirtió y se salvó por las plegarias de María: Por eso se arrepintió el buen ladrón, porque la Virgen Santísima, colocada entre la cruz del Hijo y la del ladrón, oraba por él, recompensándole con ello el servio que en otro tiempo él le había hecho. Con esto alude a lo que aseveran antiguos autores diciendo que este ladrón, en la huida a Egipto con el niño Jesús, había estado cortés con ellos. Este oficio de intercesión la Santísima Virgen ha continuado y continúa realizándolo.

EJEMPLO

Un pecador se salva por los dolores de María

En Perugia, un joven le prometió al demonio que si le facilitaba cometer cierto pecado le entregaba su alma, y le hizo escritura del trato firmada con su sangre. Cometido el pecado, el demonio quiso saldar la promesa y lo llevó al borde de un pozo, amenazándole que si no se tiraba lo levaría en cuerpo y alma a los infiernos. El joven desgraciado, pensando que no podía escapar de sus garras, se acercó al borde del pozo para lanzarse, pero aterrorizado ante el espectro de la muerte, le dijo al enemigo que no tenía valor para arrojarse, que lo empujara él. El joven llevaba al cuello el escapulario de la Virgen Dolorosa, por lo que le dijo el demonio: Quítate eso, que yo te ayudaré a cumplir lo prometido. Pero el joven, comprendiendo que por el escapulario le seguía protegiendo la Madre de Dios, dijo que no se lo quería quitar. Después de muchos altercados el demonio se retiró avergonzado y el pecador, reconocido a la Madre Dolorosa, fue a agradecerle el gran favor, y arrepentido de sus pecados colgó el fatal documento en un cuadro en el altar de la iglesia de Santa María la Nueva, en Perugia.

ORACIÓN PIDIENDO EL AMOR DE CRISTO

¡Oh Madre, la más dolorosa de todas!

¡Ha muerto tu Hijo,

el más amable y el que tanto te amaba!

Llora, que te sobra razón para llorar.

¿Quién podrá consolarte?

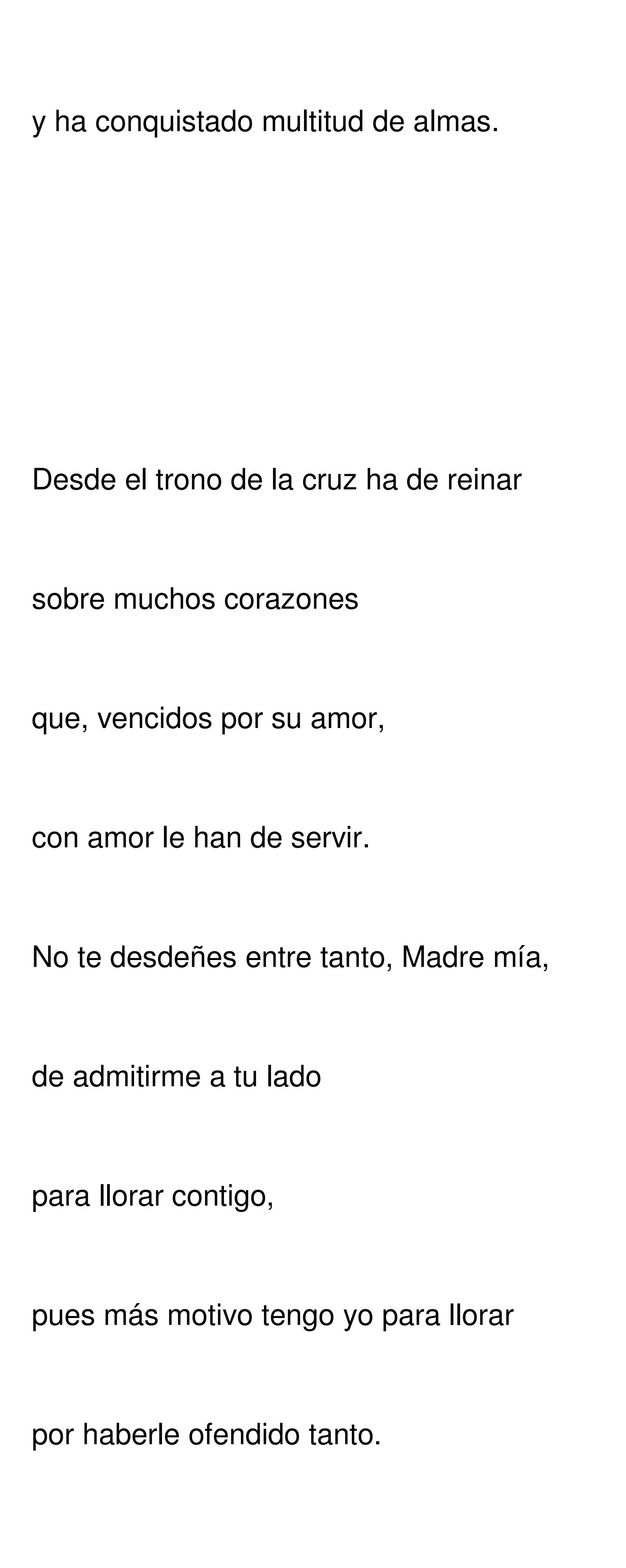
Sólo puede consolarte el pensamiento

de que Jesús, con su muerte,

ha vencido al infierno,

ha abierto el paraíso

que estaba cerrado para los hombres



y ha conquistado multitud de almas.

Desde el trono de la cruz ha de reinar

sobre muchos corazones

que, vencidos por su amor,

con amor le han de servir.

No te desdeñes entre tanto, Madre mía,

de admitirme a tu lado

para llorar contigo,

pues más motivo tengo yo para llorar

por haberle ofendido tanto.

Madre de misericordia,

yo, por los méritos de mi Redentor

y por el mérito de tus dolores,

espero el perdón y la eterna salvación. Amén.

Sexto dolor: Lanzada y descendimiento de la cruz

1. María, madre de todo dolor

“Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor” (Lm 1, 12). Almas devotas, escuchad lo que dice la Virgen Dolorosa: Amadas hijas, yo no quiero que vengáis a consolarme, porque mi corazón no es capaz de consuelo en esta tierra después de la muerte de mi amado Jesús. Si queréis complacerme, esto es lo que quiero de vosotras: contempladme y ved si en el mundo ha existido jamás un dolor semejante al mío al ver que me arrebataban con tanta crueldad al que era todo mi amor.

Pero, Señora, ya que no admites consuelo en tanto padecer, permíteme que te diga que con la muerte de tu Hijo no han concluido tus sufrimientos. Vas a ser herida con nueva espada de dolor al ver traspasar con una lanzada cruel el costado de tu mismo Hijo ya muerto, y después tendrás que recogerlo entre tus brazos al ser bajado de la cruz. Esto es lo que vamos a considerar en el sexto dolor que afligió a esta pobre Madre. Esto reclama nuestra atención y nuestras lágrimas, porque los dolores de nuestra Señora la Virgen María no la atormentaron de uno en uno, sino que en esta ocasión pareciera que acudieron todos en tropel a asaltarla.

Basta decirle a una madre que ha muerto su hijo para revivir en ella todo el amor a su hijo perdido. Algunos, para aliviar a las madres cuando han muerto sus hijos, tratan de recordarles los disgustos que les dieron. Pero, Reina mía, si yo quisiera con ese procedimiento aliviar tu dolor por la muerte de Jesús, ¿qué disgusto recibido de él podría recordar? No, porque él siempre te amó, siempre te obedeció, siempre te respetó. Y ahora lo has perdido. ¿Quién podrá ponderar de modo apropiado tu sufrimiento? Tú sola que lo probaste puedes explicarlo.

2. María ofrece a su Hijo al Padre

Habiendo muerto nuestro Redentor, dice un autor piadoso, el primer pensamiento de la Madre de Dios fue acompañar a su Hijo y presentarlo al Padre eterno. Debió decirle María: Te presento, Dios mío, a tu Hijo e hijo mío, que ya te ha obedecido hasta en la muerte; recíbelo entre tus brazos. Ya está satisfecha tu justicia y cumplida tu voluntad; ya está consumado el gran sacrificio digno de tu eterna gloria. Y después, mirando el cuerpo muerto de su Jesús, diría: Oh llagas, llagas de amor, yo os adoro y con vosotras me congratulo, ya que por vuestro medio se ha realizado la salvación del mundo.

Quedaréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo para ser el refugio de aquellos que en vosotras se amparen. ¡Cuántos por vosotras recibirán el perdón de sus pecados y por vosotras se inflamarán en amor del sumo bien!

Para que no se perturbase la alegría del sábado pascual, querían los judíos que fuera bajado de la cruz el cuerpo de Jesús; pero como no se podían bajar los ajusticiados si no estaban muertos, por eso vinieron algunos con mazas de hierro a romperle las piernas, como de hecho lo hicieron con los dos ladrones. Y María, mientras estaba llorando la muerte de su Hijo, vio aquellos hombres armados que venían contra su Hijo. Y al verlos, primero tembló de espanto y después les dijo: Mirad que mi Hijo ya está muerto; no le ultrajéis más y no sigáis atormentándome a mí, su pobre madre. Les suplicó que no le quebrantasen las piernas, dice san Buenaventura. Pero mientras les estaba diciendo esto, vio que un soldado le da violentamente una lanzada y con ella le abre el costado a Jesús. “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19, 34).

Al golpe de la lanza retembló la cruz y el corazón de Jesús quedó abierto, como le fue revelado a santa Brígida. Salió sangre y agua que aún le quedaba y también la quiso derramar el Salvador para darnos a entender que no tenía más sangre que darnos. El ultraje de esta lanza fue para Jesús, pero el dolor fue para María. Dice

Lanspergio: Compartió Cristo con su Madre su sufrimiento de esta herida, de modo que él recibió el ultraje y María el dolor. Afirman los santos padres que esta fue la espada que predijo a la Virgen el santo anciano Simeón; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita al traspasar la lanza el corazón de Jesús donde ella siempre moraba.

Así dice, entre otros, san Bernardo: La lanza que atravesó su costado atravesó a la vez el alma de la Virgen, que no podía separarse de él. Reveló la Madre de Dios a santa Brígida: Al sacar la lanza, estaba teñido el hierro con la sangre. Entonces me pareció como si mi corazón se viera traspasado al ver el corazón de mi Hijo traspasado. Dijo el ángel a santa Brígida que fueron tantos y tales los sufrimientos de María, que no murió por milagro de Dios. En los demás dolores tenía al menos al Hijo que la compadecía; en éste no tenía al Hijo que la pudiera consolar.

3. María recibe el cuerpo de su Hijo

Temiendo la Madre Dolorosa que le hicieran nuevos ultrajes al Hijo amado, le rogó a José de Arimatea que consiguiera de Pilatos el cuerpo de Jesús para que, al menos muerto, pudiera cuidarlo y librarlo de nuevos ultrajes. Fue José a Pilatos y le expuso el dolor y el deseo de esta Madre afligida. Dice san Anselmo que la compasión de la Madre enterneció a Pilatos y le movió a conceder el cuerpo del Salvador.

He aquí que ya bajan a Jesús de la cruz. Oh Virgen sacrosanta, después que tú, con tanto amor has dado al mundo a tu Hijo por nuestra salvación, he aquí que el mundo ingrato ya te lo devuelve. Pero, oh Señor, ¿cómo te lo devuelve? María diría entonces al mundo: “Mi amado es fúlgido y rubio” (Ct 5, 10), pero tú me lo entregas lleno de cardenales y rojo, no por el color de su carne, sino por las llagas que le has hecho. Él enamoraba con su aspecto y ahora da espanto a quien lo mira. ¡Cuántas espadas, dice san Buenaventura, hirieron el alma de esta Madre al serle presentado el Hijo bajado de la cruz! Basta considerar el sufrimiento de cualquier madre cuando le presentan a su hijo muerto. Se le reveló a santa Brígida que para bajarlo de la cruz se utilizaron tres escalas. Primero, los santos discípulos desclavaron las manos y a continuación los pies.

Y los clavos fueron confiados a María, como dice Metafraste. Luego, sosteniendo unos el cuerpo de Jesús por la parte superior y otros por la parte inferior, lo bajaron de la cruz. Bernardino de Bustos medita cómo la afligida Madre, extendiendo los brazos, va al encuentro de su amado Hijo, lo abraza y después se sienta al pie de la cruz teniéndole en su regazo. Ve aquella boca entreabierta, los ojos nublados, aquella carne lacerada, aquellos huesos descarnados; le quita la corona de espinas y ve los estragos que le ha causado en su sagrada cabeza; mira aquellas manos y aquellos

pies traspasados, y dice: ¡Hijo mío, a qué te ha reducido el amor que tienes a los hombres!

¿Qué mal les has hecho que así te han tratado? San Bernardino de Bustos le hace decir: Tú eras para mí un padre, un hermano, un esposo, mis delicias y mi gloria; tú eras todo para mí. Hijo, mira cómo estoy de afligida, mírame y consuélame. Pero tú ya no me puedes mirar. Habla, dime una palabra de alivio; pero no hablas ya porque estás muerto. Oh espinas crueles, decía contemplando aquellos instrumentos atroces, clavos, lanza despiadada, ¿cómo habéis podido atormentar así a vuestro Creador?

Pero ¿qué espinas?, ¿qué clavos? Oh pecadores, exclamaba, vosotros sois los que habéis maltratado de este modo a mi Hijo.

4. María sólo halla consuelo si evitamos el pecado

Así se expresaba María, y se lamentaba por culpa de nosotros. Pero si ahora pudiera padecer, ¿qué diría?, ¿qué pena no sentiría al ver que los hombres, después de haber muerto el Hijo suyo, continuaban persiguiéndole y crucificándole con sus pecados? No

atormentemos más a esta Madre Dolorosa; y si en lo pasado la hemos afligido con nuestras culpas, hagamos lo que ahora nos dice, que es esto: “Tened seso, rebeldes” (Is 56, 8). Pecadores, volveos hacia el Corazón herido de Jesús; volved arrepentidos, que él os acogerá. Huye de él para refugiarte en él, parece decirnos conforme al abad Guérrico; del juez, al Redentor; del tribunal, a la cruz. Según las revelaciones de la Virgen a santa Brígida, a su Hijo ya bajado de la cruz, le pudo cerrar los ojos, pero le costó cruzarle los brazos, como si quisiera darle a entender que Jesucristo quiso seguir con los brazos abiertos para acoger a todos los pecadores arrepentidos que vuelven a él. Oh mundo, parece seguir diciendo María, “era tu tiempo, el tiempo de los amantes” (Ez 16, 8). Mira, oh mundo, que mi Hijo ha muerto por salvarte y no es tiempo para el temor, sino para el amor; tiempo de amar al que para demostrarte el amor que te tiene ha querido padecer tanto.

Dice san Bernardino: Por eso fue vulnerado el corazón de Cristo, para que a través de la llaga visible se viera la herida del amor invisible. Si, pues, concluye María, al decir del Idiota, mi Hijo ha querido que le fuera abierto el costado para darte su corazón, es del todo razonable que tú también le des el tuyo. Y si queréis, hijos de María, encontrar sitio en el corazón de Jesús, sin veros rechazados, id junto a María, dice Ubertino de Casale, que ella os conseguirá la gracia. Y en prueba de esto, he aquí un ejemplo.

EJEMPLO

Misericordia de Dios con un pecador arrepentido

Refiere el Discípulo (sobrenombre de Juan Herolt) que un pobre pecador, después de haber cometido toda suerte de crímenes hasta llegar a matar a su padre y a un hermano, como es natural, andaba fugitivo. Este hombre, un día de cuaresma, oyendo a un predicador hablar sobre la divina misericordia, fue a confesarse con él. El confesor, oyendo tan grandes pecados, después de absolverlo lo mandó ante el altar de la Virgen Dolorosa para que rezara ante ella la penitencia. Fue el pecador y comenzó a rezar, cayendo muerto de repente. Al día siguiente, recomendando el sacerdote al pueblo aquella alma, se vio volar por la iglesia una blanca paloma de la que se desprendió, ante los pies del sacerdote, un papel que decía: Su alma, apenas salir del cuerpo, ha entrado en el paraíso; y tú, sigue predicando la infinita misericordia de Dios.

ORACIÓN PIDIENDO EL AMOR DE DIOS

Virgen Dolorosa,

alma grande en las virtudes

y grande en los dolores,

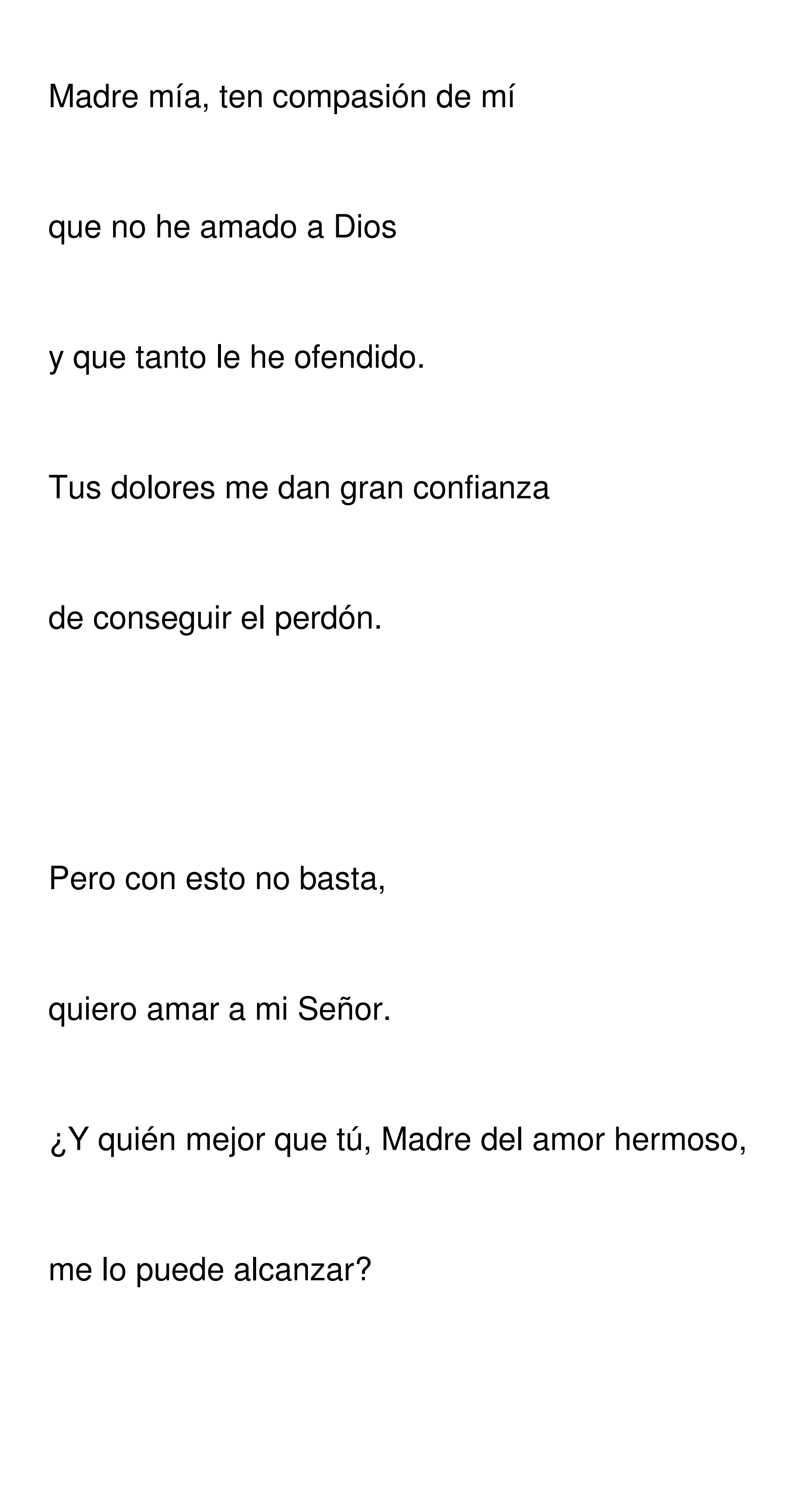
enséñame a sufrir contigo,

imitando tu entrega y fortaleza

que nacen del gran incendio de amor

que tienes a Dios, pues tu corazón

no sabe amar más que a él.



Madre mía, ten compasión de mí

que no he amado a Dios

y que tanto le he ofendido.

Tus dolores me dan gran confianza

de conseguir el perdón.

Pero con esto no basta,

quiero amar a mi Señor.

¿Y quién mejor que tú, Madre del amor hermoso,

me lo puede alcanzar?

María, tú que consuelas a todos,

consuélame también a mí. Amén.

Séptimo dolor: Sepultura de Jesús

1. María ha de separarse de Jesús

Cuando una madre está junto al hijo que sufre, sin duda padece todas las penas del hijo; pero cuando el hijo atormentado ha muerto y va a ser sepultado y la madre tiene que despedirse de su hijo, oh Señor, el pensamiento de que no ha de verlo más es superior a todos los demás dolores. Esta es la última espada de dolor que hoy

vamos a considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz, después de haberlo abrazado ya muerto, debía finalmente dejarlo en el sepulcro, quedando privada de su amada presencia.

Pero a fin de considerar mejor este último misterio de dolor, volvamos al Calvario para contemplar a la afligida Madre que aún tiene abrazado al Hijo muerto. Parece que le dijera con Job: "Hijo, hijo mío, te has vuelto cruel conmigo" (Job 30, 21); sí, porque todas tus bellas cualidades, tu hermosura, tu gracia, tu virtud, tus modales amables, todas las muestras de amor especialísimo que me has dado se han trocado en otras tantas flechas de dolor, que cuanto más me han inflamado en tu amor, tanto más me hacen sentir ahora la pena cruel de haberte perdido. Hijo mío tan amado, al perderte a ti lo he perdido todo. San Bernardo imagina que le habla así: ¡Oh verdadero Hijo de Dios, tú eras para mí padre, hijo y esposo; tú eras el alma mía! Ahora me veo huérfana de padre, quedo viuda sin esposo, me siento desolada sin hijo; habiendo perdido al hijo, lo he perdido todo.

De este modo está María anegada en su dolor abrazada a su Hijo; pero los santos discípulos, temiendo que esta pobre madre muriese allí de dolor, se apresuraron a quitarle de su regazo aquel Hijo muerto para darle sepultura. Por lo cual, con reverente violencia se lo quitaron de los brazos y, embalsamándolo con aromas, lo

envolvieron en la sábana ya preparada, en la que quiso el Señor dejar al mundo impresa su figura, como se ve hoy en Turín.

Ya lo llevan al sepulcro en fúnebre cortejo: los discípulos lo cargan a hombros; los ángeles del cielo lo acompañan; las santas mujeres van detrás, y con ellas la Madre dolorosa siguiendo al Hijo a la sepultura. Llegados al lugar del sepulcro, cuánto hubiera deseado María quedar en él con su Hijo si ésa hubiera sido su voluntad. Pero como no era ése el divino querer, al menos acompañó al cuerpo sagrado de Jesús dentro del sepulcro mientras lo colocaban allí. Al ir a rodar la piedra para cerrar el sepulcro, los discípulos del Salvador debieron dirigirse a la Virgen para decirle: Ea, Señora, hay que rodar la piedra; resígnate, míralo por última vez y despídete de tu Hijo. Y la Madre dolorosa le diría: Hijo mío amadísimo, recibe el corazón de tu amada Madre que dejo sepultado con el tuyo. Dijo la Virgen a santa Brígida: Puedo decir con verdad que habiendo sido sepultado mi Hijo, allí quedaron sepultados dos corazones.

Por fin ruedan la piedra y queda encerrado en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro, que no lo hay mayor ni en el cielo ni en la tierra. Hagamos aquí una digresión: María deja sepultado su corazón en el sepulcro con Jesús, porque Jesús es todo su tesoro. “Donde está tu tesoro, allí está tu corazón” (Lc 12, 34). ¿Y nosotros dónde tenemos puesto nuestro corazón? ¿Tal vez en las criaturas? ¿En el fango? ¿Y por qué no en Jesús que aun habiendo ascendido al cielo ha querido quedarse, no ya muerto, sino vivo en el santísimo Sacramento del altar para tenernos consigo y poseer nuestros corazones?

2. María se despide de su Hijo

Pero volvamos a María. Al decir de san Buenaventura, al partir del sepulcro lo bendijo diciendo: Sagrada piedra, piedra afortunada que ahora guardas dentro de ti al que ha estado nueve meses en mi seno, yo te bendigo y te envidio; te dejo que custodies este Hijo mío que es todo mi bien y todo mi amor. Y después, dirigiéndose al eterno Padre, diría: Oh Padre, a ti encomiendo a este tu Hijo y mío. Y con esto, dando el último adiós al Hijo y al sepulcro, se marchó y se volvió a casa. Andaba esta pobre Madre tan triste y afligida que, según san Bernardo, excitaba las lágrimas de muchos aun sin querer, de modo que por donde pasaba los que la veían no podían contener el llanto. Y añade que los que la acompañaban lloraban por el Señor y por ella a la vez.

Afirma san Buenaventura que las santas mujeres le pusieron un velo de luto, como el de las viudas, que le ocultaba en gran parte el rostro. Y dice que al pasar de vuelta junto a la cruz bañada con la sangre de Jesús, fue la primera en adorarla, y diría: Oh cruz santa, yo te beso y te adoro porque ya no eres madero infame, sino trono

de amor y altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero divino que ya ha sido en ella sacrificado por la salud del mundo.

3. María en soledad

Después se aleja de la cruz y retorna a casa. Entrando en ella mira en torno, pero ya no ve a Jesús, y le vienen a la memoria todos los recuerdos de su hermosa vida y de la despiadada muerte. Se acuerda de los primeros abrazos que le dio al Hijo en la gruta de Belén, de los coloquios tenidos con él durante tantos años en la casita de Nazaret; le vienen a la mente las constantes muestras de afecto mutuo, las tiernas miradas llenas de amor, las palabras de vida eterna que salían siempre de su boca divina. Pero luego se le representan las terribles escenas vividas aquel mismo día; se le representan aquellos clavos, aquella carne lacerada de su Hijo, aquellas llagas profundas, aquellos huesos a la vista, aquella boca entreabierta, aquellos ojos sin vida. ¡Qué noche aquella de dolor para María! Contemplando a san Juan, la Madre dolorosa le preguntaría: Juan, ¿dónde está tu maestro? Después le preguntaba a Magdalena: Dime, hija, ¿dónde está tu amado? ¿Quién te lo ha quitado? Llora María y con ella todos los que la acompañan.

Y tú, alma mía, ¿no lloras? Vuelto hacia María, dile con san Buenaventura: Déjame, Señora mía, que llore contigo; tú eres la inocente y yo soy el reo. Ruégale que al menos te admita a llorar con ella: haz que llore contigo. Ella llora por amor, llora tú de dolor por tus pecados. Y de esta manera, llorando tú, podrás tener la gracia de aquel de quien se habla en el siguiente ejemplo.

EJEMPLO

Visita de María a un religioso moribundo

Refiere el P. Engelgrave que un religioso vivía tan atormentado por los escrúpulos, que a veces estaba casi al borde de la desesperación; pero como era devotísimo de la Virgen de los Dolores, recurría siempre a ella en sus luchas espirituales y

contemplando sus dolores se sentía reconfortado. Le llegó la hora de la muerte y, entonces, el demonio le acosaba más que nunca con sus escrúpulos y lo tentaba de desesperación. Cuando he aquí que la piadosa Madre, viendo a su pobre hijo tan angustiado, se le apareció y le dijo: ¿Y tú hijo mío, te consumes de angustias cuando en mis dolores tantas veces me has consolado? Hijo mío, ¿por qué te entristeces tanto y estás lleno de temor, tú que no has hecho más que consolarme con tu compasión de mis dolores? Jesús me manda para que te consuele; así que ánimo, llénate de alegría y ven conmigo al paraíso. Y al decir esto el devoto religioso, lleno de consuelo y confianza, plácidamente expiró.

ORACIÓN PARA ALCANZAR PAZ Y SALVACIÓN

Madre mía dolorosa,

no quiero dejarte sola con tu llanto,

sino que a tus lágrimas quiero unir las mías.

Esta gracia te pido hoy:

un recuerdo continuo, con tierna devoción,

de la pasión de Jesús y de la tuya

para que en los días que me queden de vida

siempre llore tus dolores, Madre mía,

y los de mi Redentor.

Espero que en la hora de mi muerte

estos dolores me darán confianza

para no desesperarme

a la vista de los pecados

con que ofendí a mi Señor.

Ellos me han de alcanzar el perdón,

la perseverancia y el paraíso,

donde espero regocijarme contigo

y cantar por siempre

las infinitas misericordias de mi Dios.

Así lo espero, así sea. Amén.

Sección III

VIRTUDES PRACTICADAS POR MARÍA

Dice san Agustín que para obtener con seguridad y en abundancia los favores de los santos es necesario imitarlos para que viendo que practicamos las virtudes que ellos ejercitaron se sientan más movidos a interceder por nosotros. La reina de los santos y nuestra primera abogada María, en cuanto arranca a un alma de las garras de Lucifer y la une a Dios, quiere que se ponga a imitarla; de lo contrario no podrá enriquecerla de gracia como quisiera viéndola tan en contra de sus costumbres. Por eso María llama bienaventurados a los que imitan su vida con esmero: “Ahora, hijos, oídme: dichosos los que guardan mis caminos” (Pr 8, 32). El que ama, o es semejante o trata de parecerse a la persona amada, conforme al célebre dicho: el amor, o los encuentra o los hace iguales. Por eso exhorta san Jerónimo a que si amamos a María tratemos de imitarla porque éste es el mayor obsequio que podemos ofrecerle. Dice Ricardo de San Lorenzo que pueden llamarse y son verdaderos hijos de María los que tratan de vivir como ella vivió: Son hijos de María sus imitadores. Procure, pues, el hijo, concluye san Bernardo, imitar a la Madre si desea sus favores, porque al verse honrada como madre lo tratará como verdadero hijo.

Al hablar de las virtudes de esta Madre, aunque pudiera parecer que son pocas las cosas que de ella en particular, nos refieren los santos Evangelios, sin embargo, con decir que es la llena de gracia es claro que ella poseyó todas las virtudes, y todas en grado

heroico. De tal manera, dice santo Tomás, que en aquella virtud en que ha sido extraordinario cualquier santo en particular, la bienaventurada Virgen ha sido excelente, y en todas se nos presenta como ejemplar. De modo parecido dice san Ambrosio: Fue María de tal condición que su sola vida es modelo para la de todos. Por lo que después escribió: “Sea para vosotros la virginidad de María y su vida, como si se representara en un espejo en el que brilla todo modelo de toda virtud. Tomad de aquí ejemplos de vida..., lo que debáis corregir, aquello de lo que debáis huir, lo que tenéis que hacer.

Y porque, como nos enseñan los santos Padres, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, por eso veremos en primer lugar lo grande que fue la humildad de la Madre de Dios.

1. HUMILDAD DE MARÍA

1. María cultiva la humildad

La humildad, dice san Bernardo, es el fundamento y guardián de todas las virtudes. Y con razón, porque sin humildad no es posible ninguna virtud en el alma. Todas las virtudes se esfuman si desaparece la humildad. Por el contrario, decía san Francisco de Sales, como refiere santa Juana de Chantal, Dios es tan amigo de la humildad que acude enseguida allí donde la ve. En el mundo era desconocida tan hermosa y necesaria virtud, pero vino el mismo Hijo de Dios a la tierra para enseñarla con su ejemplo y quiso que especialmente le imitáramos en esa virtud: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 29). María, siendo la primera y más perfecta discípula de Jesucristo en todas las virtudes, también lo fue en esta virtud de la humildad, gracias a la cual mereció ser exaltada sobre todas las criaturas. Se le reveló a santa Matilde que la primera virtud en que se ejercitó de modo particular la bienaventurada Madre de Dios, desde el principio, fue la humildad.

El primer acto de humildad de un corazón es tener bajo concepto de sí. María se veía tan pequeña, como se lo manifestó a la misma santa Matilde, que si bien conocía que estaba enriquecida de gracias más que los demás, no se ensalzaba sobre ninguno. No es que la Virgen se considerase pecadora, porque la humildad es andar con verdad, como dice santa Teresa, y María sabía que jamás había ofendido a Dios. Tampoco dejaba de reconocer que había recibido de Dios mayores gracias que todas las demás criaturas porque un corazón humilde reconoce, agradecido, los favores especiales del Señor para humillarse más; pero la Madre de

Dios, con la infinita grandeza y bondad de su Dios, percibía mejor su pequeñez. Por eso se humillaba más que todos y podía decir con la sagrada Esposa: “No os fijéis en que estoy morena, es que el sol me ha quemado” (Ct 1, 6). Comenta san Bernardo: Al acercarme a él, me encuentro morena.

Sí, porque comenta san Bernardo: La Virgen tenía siempre ante sus ojos la divina majestad y su nada.

Como la mendiga que al encontrarse vestida lujosamente con el vestido que le dio la señora no se ensoberbece, sino que más se humilla ante su bienhechora al recordar más aún su pobreza, así María, cuanto más se veía enriquecida más se humillaba recordando que todo era don de Dios. Dice san Bernardino que no hubo criatura en el mundo más exaltada que María porque no hubo criatura que más se humillase que María. Como ninguna cristiana, después del Hijo de Dios, fue elevada tanto en gracias y santidad, así ninguna descendió tanto al abismo de su humildad.

2. María acepta sin alardes los dones de Dios

El humilde desvía las alabanzas que se le hacen y las refiere todas a Dios. María se turba al oír las alabanzas de san Gabriel. Y cuando Isabel le dice: “Bendita tú entre las mujeres... ¿Y de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Feliz la que ha creído que se cumplirían todas las cosas que le fueron dichas de parte de Dios” (Lc 1, 42-45). María, atribuyéndolo todo a Dios, le responde con el humilde cántico: “Mi alma engrandece al Señor”. Como si dijera: Isabel, tú me alabas porque he creído, y yo alabo a mi Dios porque ha querido exaltarme del fondo de mi nada, “porque miró la humildad de su esclava”. Dijo a santa Brígida: ¿Por qué me humillé tanto y merecí tanta gracia sino porque supe que no era nada y nada tenía como propio? Por eso no quise mi alabanza sino la de mi bienhechor y mi creador. Hablando de la humildad de María dice san Agustín: De veras bienaventurada humildad que dio a luz a Dios hecho hombre, nos abrió el paraíso y libró a las almas de los infiernos.

Es propio de los humildes el servicio. María se fue a servir a Isabel durante tres meses; a lo que comenta san Bernardo: Se admiró Isabel de que llegara María a visitarla, pero mucho más se admiraría al ver que no llegó para ser servida, sino para servirla.

3. María se sitúa en segundo término

Los humildes viven retirados y se esconden en el sitio peor; por eso María, reflexiona san Bernardo, cuando el Hijo estaba predicando en aquella casa, como refiere san Mateo en el capítulo 12, y ella quería hablarle, no quiso entrar sin más. Se quedó fuera, comenta san Bernardo, y no interrumpió el sermón con su autoridad de madre ni entró en la casa donde hablaba el Hijo. Por eso también, estando ella con los discípulos en el Cenáculo se puso en el último lugar, que después de los demás la nombra san Lucas cuando escribe: “Perseveraban todos unánimes en la oración, con las mujeres y la Madre de Jesús” (Hch 1, 14). No es que san Lucas desconociera los méritos de la Madre de Dios conforme a los cuales debiera haberla nombrado en primer lugar, sino porque ella se había puesto después de los apóstoles y las demás mujeres, y así los nombra san Lucas conforme estaban colocados en aquel lugar. Por lo que escribe san Bernardo: Con razón la última llega a ocupar el primer lugar, porque siendo María la primera de todas, se había colocado la última.

Los humildes, en fin, no se ofenden al ser menospreciados. Por eso no se lee que María estuviera al lado de su Hijo en Jerusalén cuando entró con tantos honores y entre palmas y vítores; pero, por el contrario, cuando su Hijo moría, estuvo presente en el Calvario a la vista de todos, sin importarle la deshonra, ante la plebe, de darse a conocer como la madre del condenado que moría como criminal

con muerte infamante. Le dijo a santa Brígida: ¿Qué cosa más humillante que ser llamada loca, hallarse falta de todo y verse tratada como lo más despreciable? Ésta fue mi humildad, éste mi gozo, éste todo mi deseo, porque no pensaba más que en agradar al Hijo mío.

Le fue dado a entender a sor Paula de Foligno lo grande que fue la humildad de la Santísima Virgen; y queriendo explicarlo al confesor, no sabía decir más que esto, llena de estupor: ¡La humildad de nuestra Señora! Oh Padre, ¡la humildad de nuestra Señora! No hay en el mundo ni un grado de humildad si se compara con la humildad de María. El Señor hizo ver a santa Brígida dos señoras. La una era todo fausto y vanidad: Ésta, le dijo, es la soberbia; y ésta otra que ves con la cabeza inclinada, obsequiosa con todos y sólo pensando en Dios y estimándose en nada, ésta es la humildad, y se llama María. Con esto quiso Dios manifestar que su santa Madre es tan humilde que es la misma humildad.

4. María personifica la humildad

No hay duda, como dice san Gregorio Niceno, de que para nuestra naturaleza caída no hay virtud que tal vez le resulte más difícil de practicar que la de la humildad. Pero la única manera de ser verdaderos hijos de María es siendo humildes. Dice san Bernardo: Si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la Virgen. Ella siente aversión a los soberbios y llama hacia sí a los humildes. “El que sea pequeño que venga a mí” (Pr 9, 4). Dice Ricardo de San Lorenzo: María nos protege bajo el manto de su humildad. Y le explicó que la consideración de su humildad es como un manto que da calor; y como el manto no da calor si no se lleva puesto, así se ha de llevar este manto, no sólo con el pensamiento, sino con las obras. De manera que mi humildad no aprovecha sino al que trata de imitarla. Por eso, hija mía, vístete con esta humildad.

Cuán queridas son para María las almas humildes. Escribe san Bernardo: La Virgen conoce y ama a los que la aman, y está cerca de los que la invocan; sobre todo a los que ve semejantes a ella en la castidad y en la humildad. Por lo cual el santo exhorta a los que aman a María a que sean humildes: Esforzaos por practicar esta virtud si amáis a María. El P. Martín Alberto, jesuita, por amor a la Virgen solía barrer la casa y recoger la basura. Y como refiere el P. Nieremberg, se le apareció la Virgen y, agradeciéndole, le dijo: Cómo me agrada esta obra realizada por amor mío.

Reina mía, no podré ser tu verdadero hijo si no soy humilde. ¿No ves que mis pecados, al hacerme ingrato a mi Señor me han hecho a la vez soberbio? Remédialo tú, Madre mía. Por los méritos de tu humildad alcánzame la gracia de ser humilde para que así pueda ser hijo tuyo verdadero.

2. AMOR DE MARÍA A DIOS

1. María, madre del perfecto amor a Dios

Dice san Anselmo: Donde hay mayor pureza, allí hay más amor. Cuanto más puro es un corazón y más vacío de sí mismo, tanto más estará lleno de amor a Dios. María santísima, porque fue humilde y vacía de sí misma, por lo mismo estuvo llena del divino amor, de modo que progresó en ese amor a Dios más que todos los hombres y todos los ángeles juntos. Como escribe san Bernardino, supera a todas las criaturas en el amor hacia su Hijo. Por eso san Francisco de Sales la llamó con razón la reina del amor.

El Señor ha dado al hombre el mandamiento de amarlo con todo el corazón: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón” (Mt 22, 37). Este mandamiento no lo cumplirán perfectamente los hombres en la tierra, sino en el cielo. Y sobre esto reflexiona san Alberto Magno que sería impropio de Dios dar un mandamiento que nadie pudiera cumplir perfectamente. Pero gracias a la Madre de Dios este mandamiento se ha cumplido perfectamente. Estas son sus palabras: O alguno cumple este mandamiento o ninguno. Pero si alguno lo ha cumplido, ésa ha sido la Santísima Virgen. Esto lo confirma Ricardo de San Víctor diciendo: La Madre de nuestro Emmanuel fue perfecta en todas sus virtudes. ¿Quién como ella cumplió jamás el mandamiento que dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón? El amor divino fue tan poderoso en ella que no tuvo imperfección alguna. El amor divino, dice san Bernardo, de tal manera hirió y traspasó el alma de María que no quedó en ella nada que no tuviera la herida del amor, de modo que cumplió sin defecto alguno este mandamiento. María podía muy bien decir: Mi amado se me ha entregado a mí y yo soy toda para mi amado. “Mi amado para mí y yo para mi amado” (Ct 2, 16). Hasta los mismos serafines, dice Ricardo, podían bajar del cielo para aprender en el corazón de María cómo amar a Dios.

2. María amó a Dios en plenitud

Dios, que es amor (1Jn 4, 8), vino a la tierra para inflamar a todos en el divino amor.

Pero ningún corazón quedó tan inflamado como el de su Madre, que siendo del todo puro y libre de afecto terrenales estaba perfectamente preparado para arder en este fuego bienaventurado. Así dice san Jerónimo: Estaba del todo incendiada con el divino amor, de modo que nada mundano estorbaba el divino afecto, sino que todo era un ardor continuo y un éxtasis en el piélago del amor. El corazón de María era todo fuego y todo llamas, como se lee en los Sagrados Cantares: “Dardos de fuego son sus saetas, una llama de Yavé” (Ct 8, 6). Fuego que ardía desde dentro, como explica san Anselmo, y llamas hacia fuera iluminando a todos con el ejercicio de todas las virtudes. Cuando María llevaba a su Jesús en brazos podía decirse que era un fuego llevando a otro fuego. Porque como dice san Ildefonso, el Espíritu Santo inflamó del todo a María como el fuego al hierro, de manera que en ella sólo se veía la llama del Espíritu Santo, y por tanto sólo se advertían en ella las llamas del divino amor. Dice santo Tomás de Villanueva que fue símbolo del corazón de la Virgen la zarza sin consumirse que vio Moisés. Por eso, dice san Bernardo, fue vista por san Juan vestida de sol. “Apareció una gran señal en el cielo: la mujer vestida del sol” (Ap. 12, 1). Tan unida estuvo a Dios por el amor dice el santo, que no es posible lo esté más ninguna otra criatura.

Por esto, asegura san Bernardino, la Santísima Virgen no se vio jamás tentada del infierno, porque así como las moscas huyen de un gran incendio, así del corazón de María, todo hecho llamas de caridad, se alejaban los demonios sin atreverse jamás a acercarse a ella. Dice Ricardo de modo semejante: La Virgen fue terrible para los príncipes de las tinieblas, de modo que ni pretendieron

aproximarse a ella para tentarla, pues les aterraban las llamas de su caridad. Reveló la Virgen a santa Brígida que en este mundo no tuvo otro pensamiento ni otro deseo ni otro gozo más que a Dios. Escribe el P. Suárez: Los actos de amor que hizo la bienaventurada Virgen en esta vida fueron innumerables, pues pasó la vida en contemplación reiterándolos constantemente. Pero me agrada más lo que dice san Bernardino de Bustos, y es que María no es que repitiera constantemente los actos de amor, como hacen los otros santos, sino que por singular privilegio amaba a Dios con un continuado acto de amor.

3. María hizo de su vida un acto de amor continuo

Como águila real, estaba siempre con los ojos puestos en el divino sol, de manera tal, dice san Pedro Damiano, que las actividades de la vida no le impedían el amor, ni el amor le obstaculizaba las actividades. Así es que María estuvo figurada en el altar de la propiciación en el que nunca se apagaba el fuego ni de noche ni de día.

Ni aun el sueño impedía a María amar a Dios. Y si semejante privilegio se concedió a nuestros primeros padres en el estado de inocencia, como afirma san Agustín, diciendo que tan felices eran cuando dormían como cuando estaban despiertos, no puede negarse que semejante privilegio lo tuvo también la Madre de Dios, como lo reconocen entre otros san Bernardino y san Ambrosio, que dejó escrito hablando de María: Cuando descansaba su cuerpo, estaba vigilante su alma, verificándose en ella lo que dice el Sabio: "No se apaga por la noche su lámpara" (Pr 31, 18). Y así es, porque mientras su cuerpo sagrado tomaba el necesario descanso, su alma, dice san Bernardino, libremente tendía hacia Dios, y así era más perfecta contemplativa de lo que hayan sido los demás cuando estaban despiertos. De modo que bien podía decir con la Esposa: "Yo dormía, pero mi corazón velaba" (Ct 5, 2). Era, como dice Suárez, tan feliz durmiendo como velando.

En suma, afirma san Bernardino, que María, mientras vivió en la tierra, constantemente estuvo amando a Dios. Y dice que ella no hizo sino lo que la divina sabiduría le mostró que era lo más agradable a Dios, y que lo amó tanto cuanto entendió que debía ser amado por ella. De manera que, habla san Alberto Magno, bien pudo decirse que María estuvo tan llena de santa caridad que es imposible imaginar nada mejor en esta tierra. Creemos, sin miedo a ser desmedidos, que la Santísima Virgen, por la concepción del Hijo de Dios recibió tal infusión de caridad cuanto podía recibir una criatura en la tierra. Por lo que dice santo Tomás de Villanueva que la Virgen con su ardiente caridad fue tan bella y de tal manera enamoró a su Dios, que él, prendado de su amor, bajó a su seno para hacerse hombre. Esta Virgen con su hermosura atrajo a Dios desde el cielo y prendido por su amor quedó atado con los lazos de nuestra humanidad. Por esto exclama san Bernardino: He aquí una doncella que con su virtud ha herido y robado el corazón de Dios.

4. María desea que amemos a Dios

Y porque la Virgen amó tanto a su Dios, por eso lo que más pide a sus devotos es que lo amen cuanto puedan. Así se lo dijo a la beata Ángela de Foligno: Ángela, bendita seas por mi Hijo; procura amarlo cuanto puedas. Y a santa Brígida le dijo: Si quieres estar unida a mí, ama a mi Hijo. Nada desea María como ver amado a su amado que es el mismo Dios. Pregunta Novarino: Por qué la Santísima Virgen suplicaba a los ángeles con la Esposa de los Cantares que hicieran conocer a su Señor el gran amor que le tenía al decir: “Yo os conjuro, hijas de Jerusalén; si encontráis a mi amado, ¿qué le habéis de anunciar? Que enferma estoy de amor” (Ct 5, 8). ¿Es que no sabía Cristo cuánto la amaba? ¿Por qué le muestra la herida al amado que se la hizo? Responde el autor citado que con esto la Madre de Dios quiso mostrar su amor, no a Dios, sino a nosotros, para que así como ella estaba herida, pudiera herirnos a nosotros con el amor divino. Para herir la que estaba herida. Y porque ella fue del todo llamarada de amor a Dios, por eso a todos los que la aman y se le acercan María los inflama y los hace semejantes a ella. Santa Catalina de Siena la llamaba la portadora del fuego del divino amor. Si queremos también nosotros arder en esta divina llama, procuremos acudir siempre a nuestra Madre con las plegarias y con los afectos.

María, reina del amor, eres la más amable, la más amada y la más amante de todas las criaturas. Como te decía san Francisco de Sales: Madre mía, tú que ardes siempre y toda en amor a Dios, dígnate hacerme partícipe, al menos, de una chispita de ese amor. Tú rogaste a tu Hijo por aquellos esposos a los que les faltaba el vino diciéndole:

“No tienen vino”. ¿No rogarás por nosotros a los que nos falta el amor de Dios, nosotros que tan obligados estamos a amarlo? Dile simplemente: “No tienen amor”, y alcánzanos ese amor. No te pido otra gracia más que ésta. Oh Madre, por el amor que tienes a Jesús, ruega por nosotros. Amén.

3. AMOR DE MARÍA AL PRÓJIMO

1. María, socorro de la Humanidad

El amor a Dios y al prójimo se contienen en el mismo precepto. “Este mandato hemos recibido del Señor: que quien ame a Dios ame también a su hermano” (1Jn 4, 21). La razón es, como dice santo Tomás, porque quien ama a Dios ama todas las cosas que son amadas por Dios. Santa Catalina de Siena le decía un día a Dios: Señor, tú quieres que yo ame al prójimo, y yo no sé amarte más que a ti. Y Dios al punto le respondió: El que me ama, ama todas las cosas amadas por mí. Mas como no hubo ni habrá quien haya amado a Dios como María, así no ha existido ni existirá quien ame al prójimo más que María. El P. Cornelio a Lápide, comentando el pasaje que dice: “Se ha hecho el rey Salomón un palanquín de madera en el Líbano” (Ct 3, 9), dice que éste fue el seno de María, en el que habitando el Verbo encarnado llenó a la Madre de caridad para que ayudase a quien a ella acude.

María, viviendo en la tierra, estuvo tan llena de caridad que socorría las necesidades sin que se lo pidiesen, como hizo precisamente en las bodas de Caná cuando pidió al Hijo el milagro del vino exponiéndole la aflicción de aquella familia. “No tienen vino” (Jn 2, 3). ¡Qué prisa se daba cuando se trataba de socorrer al prójimo! Cuando fue para cumplir oficios de caridad a casa de Isabel, “se dirigió a la montaña rápidamente” (Lc 1, 39).

2. María nos amó en la tierra y ahora en la gloria su amor se amplía

No pudo demostrar de forma más grandiosa su caridad que ofreciendo a su Hijo por nuestra salvación. Así dice san Buenaventura: De tal manera amó María al mundo que le entregó a su Hijo primogénito. Le dice san Anselmo: ¡Oh bendita entre las mujeres que vences a los ángeles en pureza y superas a los santos en compasión! Y ahora que estás en el cielo, dice san Buenaventura, este amor de María no nos falta de ninguna manera, sino que se ha acrecentado porque ahora ve mejor las miserias de los hombres. Por lo que escribe el santo: Muy grande fue la misericordia de María hacia los necesitados cuando estaba en el mundo, pero mucho mayor es ahora que reina en el cielo. Dijo el ángel a santa Brígida que no hay quien pida gracias y no las reciba por la caridad de la Virgen. ¡Pobres si María no rogara por nosotros! Dijo Jesús a esa santa: Si no intervinieran las preces de mi Madre, no habría esperanza de misericordia.

“Bienaventurado el hombre que me escucha velando ante mi puerta cada día, guardando las jambas de mi entrada” (Pr 8, 34). Bienaventurado, dice María, el que escucha mis enseñanzas y observa mi caridad para usarla después con los otros por imitarme. Dice san Gregorio Nacianceno que no hay nada mejor para conquistar el afecto de María que el tener caridad con nuestro prójimo. Por lo cual, como exhorta Dios: “Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso” (Lc 4, 36), así ahora pareciera que María dice a todos sus hijos: “Sed misericordiosos como vuestra Madre es misericordiosa”. Y ciertamente que conforme a la caridad que tengamos con nuestro prójimo, Dios y María la tendrán con nosotros. “Dad y se os dará. Con la misma

medida que midáis, se os medirá a vosotros" (Lc 6, 38). Decía san Metodio: "Dale al pobre y recibe el paraíso". Porque, escribe el apóstol, la caridad con el prójimo nos hace felices en esta vida y en la otra: "La piedad es provechosa para todo, pues tiene la promesa de la vida para la presente y de la futura" (1Tm 4, 8). San Juan Crisóstomo, comentando aquellas palabras: "Quien se compadece del pobre da prestado al Señor" (Pr 19, 17), dice que quien socorre a los necesitados hace que Dios se le convierta en deudor: Si has prestado a Dios lo has convertido en tu deudor.

Madre de misericordia, tú que estás llena de caridad para con todos, no te olvides de mis miserias. Tú ya lo sabes. Encomiéndame al Dios que nada te niega. Obtenme la gracia de poderte imitar en el santo amor, tanto para con Dios como para con el prójimo. Amén.

4. FE DE MARÍA

1. María, madre de la fe

Así como la Santísima Virgen es madre del amor y de la esperanza, así también es madre de la fe. “Yo soy la madre del amor hermoso y del temor, del conocimiento y de la santa esperanza” (Ecclo 24, 17). Y con razón, dice san Ireneo, porque el daño que hizo Eva con su incredulidad, María lo reparó con su fe. Eva, afirma Tertuliano, por creer a la serpiente contra lo que Dios le había dicho, trajo la muerte; pero nuestra reina, creyendo a la palabra del ángel al anunciarle que ella, permaneciendo virgen, se convertiría en madre del Señor, trajo al mundo la salvación. Mientras que María, dice san Agustín, dando su consentimiento a la encarnación del Verbo, por medio de su fe abrió a los hombres el paraíso. Ricardo, acerca de las palabras de san Pablo: “El varón infiel es santificado por la mujer fiel” (1Co 7, 14), escribe: Ésta es la mujer fiel por cuya fe se ha salvado Adán, el varón infiel, y toda su posteridad. Por esta fe, dijo Isabel a la Virgen: “Bienaventurada tú porque has creído, pues se cumplirán todas las cosas que te ha dicho el Señor” (Lc 1, 45). Y añade san Agustín: Más bienaventurada es María recibiendo por la fe a Cristo, que concibiendo la carne de Cristo.

2. María, la primera creyente

Dice el P. Suárez que la Virgen tuvo más fe que todos los hombres y todos los ángeles juntos. Veía a su hijo en el establo de Belén y lo creía creador del mundo. Lo veía huyendo de Herodes y no dejaba de creer que era el rey de reyes; lo vio nacer y lo creyó eterno; lo vio pobre, necesitado de alimentos, y lo creyó señor del universo.

Puesto sobre el heno, lo creyó omnipotente. Observó que no hablaba y creyó que era la sabiduría infinita; lo sentía llorar y creía que era el gozo del paraíso. Lo vio finalmente morir en la cruz, vilipendiado, y aunque vacilara la fe de los demás, María estuvo siempre firme en creer que era Dios. "Estaba junto a la cruz de Jesús su madre" (Jn 19, 25). San Antonino comenta estas palabras: Estaba María sustentada por la fe, que conservó inquebrantable sobre la divinidad de Cristo; que por eso, dice el santo, en el oficio de las tinieblas se deja una sola vela encendida. San León a este propósito aplica a la Virgen aquella sentencia: "No se apaga por la noche su lámpara" (Pr 31, 18).

Y acerca de las palabras de Isaías: "Yo solo pisé el lagar. De mi pueblo ninguno hubo conmigo" (Is 63, 3), escribe santo Tomás: Dice "ninguno" para excluir a la Virgen, en la que nunca desfalleció la fe. En ese trance, dice san Alberto Magno, María ejercitó una fe del todo excelente: Tuvo la fe en grado elevadísimo, sin fisura alguna, aun cuando dudaban los discípulos.

Por eso María mereció por su gran fe ser hecha la iluminadora de todos los fieles, como la llama san Metodio. Y san Cirilo Alejandrino la aclama la reina de la verdadera fe: “Centro de la fe auténtica”. La misma santa Iglesia, por el mérito de su fe atribuye a la Virgen el poder ser la destructora de todas las herejías: Alégrate, Virgen María, porque tú sola destruiste todas las herejías en el universo mundo. Santo Tomás de Villanueva, explicando las palabras del Espíritu Santo: “Me robaste el corazón, hermana mía, novia; me robaste el corazón con una mirada tuya” (Ct 4, 9), dice que estos ojos fueron la fe de María por la que ella tanto agradó a Dios.

3. María, modelo de fe

San Ildefonso nos exhorta: Imitad la señal de la fe de María. Pero ¿cómo hemos de imitar esta fe de María? La fe es a la vez don y virtud. Es don de Dios en cuanto es una luz que Dios infunde en el alma, y es virtud en cuanto al ejercicio que de ella hace el alma. Por lo que la fe no sólo ha de servir como norma de lo que hay que creer, sino también como norma de lo que hay que hacer. Por eso dice san Gregorio: Verdaderamente cree quien ejercita con las obras lo que cree. Y san Agustín afirma: Dices creo. Haz lo que dices, y eso es la fe. Esto es, tener una fe viva, vivir como se cree. “Mi justo vive de la fe” (Hb 10, 38). Así vivió la Santísima Virgen a

diferencia de los que no viven conforme a lo que creen, cuya fe está muerta como dice Santiago: “La fe sin obras está muerta” (St 2, 26).

Diógenes andaba buscando por la tierra un hombre. Dios, entre tantos fieles como hay, parece como si fuera buscando un cristiano. Son pocos los que tienen obras de cristianos, porque muchos sólo conservan de cristianos el nombre. A éstos debiera decirse lo que Alejandro a un soldado cobarde que también se llamaba Alejandro: O cambias de nombre o cambias de conducta. Más aún: a estos infieles se les debiera encerrar como a locos en un manicomio, según dice san Juan de Ávila, pues creyendo que hay preparada una eternidad feliz para los que viven santamente y una eternidad desgraciada para los que viven mal, viven como si nada de eso creyeran. Por eso san Agustín nos exhorta a que lo veamos todo con ojos cristianos, es decir, con los ojos de la fe. Tened ojos cristianos. Porque, decía santa Teresa, de la falta de fe nacen todos los pecados. Por eso, roguemos a la Santísima Virgen que por el mérito de su fe nos otorgue una fe viva. Señora, auméntanos la fe.

5. ESPERANZA DE MARÍA

1. María, madre de la esperanza

De la fe nace la esperanza. Para esto Dios nos ilumina con la fe para el conocimiento de su bondad y de sus promesas, para que nos animemos por la esperanza a desear poseerlas. Siendo así que María tuvo la virtud de la fe en grado excelente, tuvo también la virtud de la esperanza en grado sumo, la cual le hacía proclamar con David:

"Mas para mí, mi bien es estar junto a Dios. He puesto mi cobijo en el Señor" (Sal 72, 28). María es la fiel esposa del divino Espíritu de la que se dijo: "Quién es ésta que sube del desierto apoyada en su amado" (Ct 8, 5). Porque, comenta Algrino, despegada siempre de las aficiones del mundo tenido por ella como un desierto, y no confiando desordenadamente en las criaturas ni en los méritos propios, apoyada del todo en la divina gracia en la que sólo confiaba, avanzó siempre en el amor de su Dios.

2. María confió en Dios a toda prueba

Bien demostró la Santísima Virgen cuán grande era su confianza en Dios cuando próxima al parto se vio despachada en Belén aun de las posadas más pobres y reducida a dar a luz en un establo. “Y lo reclinó en un pesebre porque no había para ellos lugar en la posada” (Lc 2, 7). María no tuvo una palabra de queja, sino que del todo abandonada en Dios, confió en que él la asistiría en aquella necesidad. También la Madre de Dios dejó entrever cómo confiaba en Dios cuando avisada por san José que tenían que huir a Egipto, aquella misma noche emprendió un viaje tan largo y a país extranjero y desconocido, sin provisiones, sin dinero, sin otra compañía más que la de san José y el niño. “El cual, levantándose, tomó al niño y a su madre y se fue a Egipto” (Mt 2, 14). Mucho después María demostró su confianza cuando pidió al Hijo la gracia del vino para los esposos de Caná. Después de decirle: “No tienen vino” y oír que Jesús le decía: “Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?, aún no ha llegado mi hora” (Jn 2, 4), ella, confiando en su divina bondad, dijo a los criados de la casa que hicieran lo que les dijera su Hijo, segura de que la gracia estaba concedida: “Haced lo que él os diga” (Jn 2, 4). Y así fue, porque Jesús hizo llenar las tinajas de agua y las convirtió en vino.

3. María, modelo de esperanza

Aprendamos de María a confiar como es debido, sobre todo en el gran negocio de nuestra eterna salvación, en la que, si bien es cierto que se necesita de nuestra cooperación, sin embargo debemos esperar sólo de Dios la gracia para conseguirla.

Desconfiemos de nuestras pobres fuerzas diciendo cada uno con el apóstol: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 4, 13).

Señora mía santísima, de ti me dice el Eclesiástico que eres la madre de la esperanza, de ti me dice la Iglesia que eres la misma esperanza: “Esperanza nuestra, salve”. ¿Qué otra esperanza voy a buscar? Tú, después de Jesús, eres toda mi esperanza. Así te llamaba san Bernardo y así te quiero llamar también yo “toda la razón de mi esperanza”, y te diré siempre con san Buenaventura: Salvación de los que te invocan, sálvame.

6. CASTIDAD DE MARÍA

1. María, reina de las vírgenes

Después de la caída de Adán, habiéndose rebelado los sentidos contra la razón, la virtud de la castidad es para los hombres muy difícil de practicar. Entre todas las luchas, dice san Agustín, las más duras son las batallas de la castidad, en la que la lucha es diaria y rara la victoria. Pero sea siempre alabado el Señor que nos ha dado en María un excelente ejemplar de esta virtud.

Con razón, dice san Alberto Magno, se llama virgen a la Virgen, porque ella, ofreciendo su virginidad a Dios, la primera, sin consejo ni ejemplo de nadie, se lo ha dado a todas las vírgenes que la han imitado. Como predijo David: “Toda espléndida la hija del rey, va dentro con vestidos de oro recamados....; vírgenes con ella,

compañeras suyas, donde él son introducidas” (Sal 44, 14-15). Sin consejo de otros y sin ejemplo que imitar. Dice san Bernardo: Oh Virgen, ¿quién te enseñó a agradar a Dios y a llevar en la tierra vida de ángeles? Para esto, dice Sofronio, se eligió Dios por madre a esta purísima virgen, para que fuera ejemplo de castidad para todos. Por eso la llama san Ambrosio la portaestandarte de la virginidad.

Por razón de esta pureza fue también llamada la Santísima Virgen, por el Espíritu Santo, bella como la paloma: “Hermosas son tus mejillas como de paloma” (Ct 1, 9).

Paloma purísima María. Por eso se dijo también de ella: “Como lirio entre espinas, así es mi amada entre las mozas” (Ct 2, 2). Advierte Dionisio Cartujano que ella fue llamada lirio entre espinas porque las demás vírgenes fueron espinas o para sí o para los demás, pero la Virgen no lo fue ni para sí ni para nadie, porque con sólo verla infundía en todos pensamientos y sentimientos de pureza. La hermosura de la Virgen, dice santo Tomás, animaba a la castidad a quienes la contemplaban. San José, afirma san Jerónimo, se mantuvo virgen por ser el esposo de María. Contra el hereje Elvidio que negaba la virginidad de María, escribió el santo: Tú afirmas que María no permaneció virgen, y yo, por el contrario, te digo que san José fue virgen gracias a María.

2. María, modelo de castidad

La Virgen le preguntó al ángel: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? (Lc 1, 34). E ilustrada por el ángel, respondió: “Hágase en mí según tu palabra”, significando que daba su consentimiento al ángel, que le había asegurado que debía ser madre sólo por obra del Espíritu Santo.

Dice san Ambrosio: El que guarda la castidad es un ángel, el que la pierde es un demonio. Los que son castos se hacen ángeles. Ya lo dijo el Señor: “Serán como ángeles de Dios” (Mc 21, 30). Pero los deshonestos se hacen odiosos a Dios como los demonios. Decía san Remigio que la mayor parte de los adultos se pierden por impuros.

Es rara la victoria sobre este vicio, como ya vimos al principio, según dijo san Agustín; pero ¿por qué es rara esa victoria? Porque no se ponen los medios para vencer.

3. María nos muestra los medios para ser castos

Tres son esos medios, como dicen los maestros espirituales con san Bernardino: el ayuno, la fuga de las ocasiones y la oración. Por ayuno se entiende la mortificación, sobre todo de los ojos y de la gula. María Santísima, aunque llena de gracias, tenía que ser mortificada en las miradas sin fijar los ojos en nadie, de modo que era la admiración de todos desde su tierna infancia. Toda su vida fue mortificada en el comer. Afirma san Buenaventura que no hubiera acumulado tanta gracia si no hubiera sido morigerada en los alimentos, pues no se compaginan la gracia y la gula. En suma, María fue mortificada en todo.

El segundo medio es la fuga de las ocasiones. El que evita los lazos andará seguro.

Decía por esto san Felipe Neri: En la guerra de los sentidos vencen los cobardes, es decir, los que huyen de la ocasión. María rehuía

cuanto era posible ser vista por los hombres. Eso parece deducirse también de lo que dice san Lucas: “Marchó aprisa a la montaña”.

El tercer medio es la oración: “Pero comprendiendo que no podía poseer la Sabiduría si Dios no me la daba..., recurrí al Señor. Y le pedí” (Sb 8, 21). Reveló la Santísima Virgen a santa Isabel, benedictina, que no tuvo ninguna virtud sin esfuerzo y oración. Dice san Juan Damasceno que María es pura y amante de la pureza. Por eso no puede soportar a los impuros. El que a ella recurre, ciertamente se verá libre de este vicio con sólo nombrarla lleno de confianza. Decía san Juan de Ávila que muchos tentados contra la castidad, con sólo recordar con amor a María Inmaculada, han vencido.

María, Virgen pura, ¡cuántos se habrán perdido por este vicio! Señora, líbranos. Haz que en las tentaciones siempre recurramos a ti diciendo: María, María, ayúdanos.

Amén.

7. POBREZA DE MARÍA

1. María, seguidora de Jesús

Nuestro amado Redentor, para enseñarnos a desprendernos de los bienes efímeros, quiso ser pobre en la tierra. “Por vosotros se hizo pobre siendo rico, y con su pobreza todos hemos sido enriquecidos” (2Co 8, 9). Por eso Jesús exhortaba al que quería seguirle: “Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y ven y sígueme” (Mt 19, 21).

La discípula más perfecta y que mejor siguió su ejemplo fue María. Es de opinión san Pedro Canisio que la Santísima Virgen, con la herencia dejada por sus padres hubiera podido vivir cómodamente, pero quiso quedar pobre reservándose una pequeña porción y dando todo lo demás en limosnas al templo y a los pobres. Se cuenta en las revelaciones de santa Brígida que le dijo la Virgen: Desde el principio resolví en mi corazón no poseer nada en el mundo. Los regalos recibidos de los Magos serían ciertamente

valiosos, afirma san Bernardo, como convenía a su regia majestad, pero se distribuirían a los pobres por manos de san José.

Por amor a la pobreza no se desdeñó en casarse con un trabajador como lo era José y en sustentarse con el trabajo de sus manos, como coser y cocinar. Reveló el ángel a santa Brígida que las riquezas de este mundo eran para María como el barro que se pisa. Y así vivió siempre pobre.

2. María nos enseña a amar la pobreza

Quien ama las riquezas, decía san Felipe Neri, no llegará a ser santo. Y afirmaba santa Teresa: Es claro que va perdido quien camina tras cosas perdidas. Por el contrario, decía la misma santa que la virtud de la pobreza abarca todos los demás bienes. Dije “la virtud de la pobreza”, que, como dice san Bernardo, no consiste en ser pobre, sino en amar la pobreza. Por eso afirma Jesucristo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5, 3). Bienaventurados porque no quieren otra

cosa más que a Dios y en Dios encuentran todo bien y encuentran en la pobreza su paraíso en la tierra, como lo entendió san Francisco al decir: “Mi Dios y mi todo”.

Amemos ese bien en el que están todos los bienes, como exhorta san Agustín: Ama un bien en el que están todos los demás. Y roguemos al Señor con san Ignacio: Dame sólo tu amor, que si me das tu gracia soy del todo rico. Y cuando nos aflija la pobreza, consolémonos sabiendo que Jesús y su Madre santísima han sido pobres como nosotros. Dice san Buenaventura: El pobre puede recibir mucho consuelo con la pobreza de María y la de Cristo.

Madre mía amantísima, con cuánta razón dijiste que en Dios estaba tu gozo: “Y se alegra mi espíritu en Dios mi salvador”, porque en este mundo no ambicionaste ni amaste otro bien más que a Dios. Atráeme en pos de ti. Señora, despréndeme del mundo y atráeme hacia ti para que ame al único que merece ser amado. Amén.

8. OBEDIENCIA DE MARÍA

1. María, la disponible para Dios

Por el amor que María tenía a la virtud de la obediencia, cuando recibió la Anunciación del ángel san Gabriel no quiso llamarse con otro nombre más que con el de esclava:

“He aquí la esclava del Señor”. Sí, dice santo Tomás de Villanueva, porque esta esclava fiel ni en obras ni en pensamiento contradijo jamás al Señor, sino que, desprendida de su voluntad propia, siempre y en todo vivió obediente al divino querer. Ella misma declaró que Dios se había complacido en esta su obediencia cuando dijo: “Miró la humildad de su esclava” (Lc 1, 48), pues la humildad de una sierva se manifiesta en estar pronta a obedecer. Dice san Agustín que la Madre de Dios, con su obediencia, remedió el daño que hizo Eva con su desobediencia.

La obediencia de María fue mucho más perfecta que la de todos los demás santos, porque todos ellos, estando inclinados al mal por la culpa original, tienen dificultad para obrar el bien, pero no así la Virgen. Escribe san Bernardino: María, porque fue inmune al pecado original, no tenía impedimentos para obedecer a Dios, sino que fue como una rueda que giraba con prontitud ante cualquier inspiración divina. De modo que, como dice el mismo santo, siempre estaba contemplando la voluntad de Dios para ejecutarla.

El alma de María era, como oro derretido, pronta a recibir la forma que el Señor quisiera.

2. María sólo se rige por la voluntad de Dios

Bien demostró María lo pronto de su obediencia cuando por agradar a Dios quiso obedecer hasta al emperador romano, emprendiendo el viaje a Belén estando en estado y en pobreza, de modo que se vio constreñida a dar a luz en un establo.

También, ante el aviso de san José, al punto, la misma noche, se puso en camino hacia Egipto, en un viaje largo y difícil. Pregunta Silveira: ¿Por qué se reveló a José que había que huir a Egipto y no a la Virgen que había de experimentar en el viaje más trabajos?

Y responde: Para darle la ocasión de ejercitar la obediencia, para la cual estaba muy preparada. Pero, sobre todo, demostró su obediencia heroica cuando por obedecer a la divina voluntad consintió la muerte de su Hijo con tanta constancia. Por eso, a lo que dijo una mujer en el Evangelio: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron”, Jesús respondió: “Más

bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28). En consecuencia, conforme a Beda el Venerable, María fue más feliz por la obediencia al querer de Dios que por haber sido hecha la Madre del mismo Dios.

Por esto agradan muchísimo a la Virgen los amantes de la obediencia. Se cuenta que se le apareció la Virgen a un religioso franciscano llamado Accorso cuando estaba en la celda, pero en ese instante fue llamado para confesar a un enfermo y se fue. Mas al volver encontró que María lo estaba esperando, alabándole mucho su obediencia.

Como, al contrario, reprendió a un religioso que después de tocar la campana se quedó completando ciertas devociones.

Hablando la Virgen a santa Brígida de la seguridad que da el obedecer al padre espiritual, le dijo: La obediencia es la que introduce a todos en la gloria. Porque, decía san Felipe Neri, que Dios nos pide cuenta de lo realizado por obedecer, habiendo dicho él mismo: “El que a vosotros oye, a mí me oye; el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia” (Lc 10, 16). Reveló también la Madre de Dios a santa Brígida que ella, por los méritos de su obediencia, obtuvo del Señor que todos los pecadores que a ella se encomiendan sean perdonados.

Reina y Madre nuestra, ruega a Jesús por nosotros, consíguenos por los méritos de tu obediencia ser fieles en obedecer a su voluntad y las órdenes del director espiritual.

Amén.

9. PACIENCIA DE MARÍA

1. María ejerció paciencia heroica

Siendo esta tierra lugar para merecer, con razón es llamada valle de lágrimas, porque todos tenemos que sufrir y con la paciencia conseguir la vida eterna, como dijo el Señor: “Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas” (Lc 21, 19). Dios, que nos dio a la Virgen María como modelo de todas las virtudes, nos la dio muy especialmente como modelo de paciencia. Reflexiona san Francisco de Sales que, entre otras razones, precisamente para eso le dio Jesús a la Santísima Virgen en las bodas de Caná aquella respuesta que pareciera no tener en cuenta su súplica: “Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?”, precisamente para darnos ejemplo de la paciencia de su Madre. Pero ¿qué andamos buscando? Toda la vida de María fue un ejercicio continuo de paciencia.

Reveló el ángel a santa Brígida que la vida de la Virgen transcurrió entre sufrimientos.

Como suele crecer la rosa entre las espinas, así la Santísima Virgen en este mundo creció entre tribulaciones. La sola compasión ante las penas del Redentor bastó para hacerla mártir de la paciencia. Por eso dijo san Buenaventura: la crucificada concibió al crucificado. Y cuánto sufrió en el viaje a Egipto y en la estancia allí, como todo el tiempo que vivió en la casita de Nazaret, sin contar sus dolores de los que ya hemos hablado abundantemente. Bastaba la sola presencia de María ante Jesús muriendo en el Calvario para darnos a conocer cuán sublime y constante fue su paciencia. “Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre”. Con el mérito de esta paciencia, dice san Alberto Magno, se convirtió en nuestra Madre y nos dio a luz a la vida de la gracia.

2. María, nuestro modelo de paciencia

Si deseamos ser hijos de María es necesario que tratemos de imitarla en su paciencia.

Dice san Cipriano: ¿Qué cosa puede darse más meritoria y que más nos enriquezca en esta vida y más gloria eterna nos consiga que sufrir con paciencia las penas? Dice Dios:

“Cerca tu camino de espinas” (Os 2, 6). Y comenta san Gregorio: Los caminos de los elegidos están cercados de espinas. Como la valla de espinas guarda la viña, así Dios rodea de tribulaciones a sus siervos para que no se apeguen a la tierra. De este modo, concluye san Cipriano, la paciencia es la virtud que nos libra del pecado y del infierno.

Y la paciencia es la que hace a los santos. “La paciencia ha de ir acompañada de obras perfectas” (St 1, 4), soportando con paz las cruces que vienen directamente de Dios, es decir, la enfermedad, la pobreza, etc., como las que vienen de los hombres: persecuciones, injurias y otras. San Juan vio a todos los santos con palmas en sus manos. “Después de esto vi una gran muchedumbre..., y en sus manos, palmas” (Ap 7, 9). Con esto se demostraba que todos los

que se salvan han de ser mártires o por el derramamiento de la sangre o por la paciencia.

San Gregorio exclamaba jubiloso: Nosotros podemos ser mártires sin necesidad de espadas; basta que seamos pacientes si, como dice san Bernardo, sufrimos las penas de esta vida aceptándolas con paciencia y con alegría. ¡Cómo gozaremos en el cielo por todos los sufrimientos soportados por amor de Dios! Por eso nos anima el apóstol: "La leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un denso caudal de gloria eterna" (2Co 4, 17). Hermosos los avisos de santa Teresa cuando decía: El que se abraza con la cruz no la siente. Cuando uno se resuelve a padecer, se ha terminado el sufrimiento. Al sentirnos oprimidos por el peso de la cruz recurramos a María, a la que la Iglesia llama "consoladora de los afligidos" y san Juan Damasceno "medicina de todos los dolores del corazón".

Señora mía, tú, siendo inocente, lo soportaste todo con tanta paciencia, y yo, reo del infierno, ¿me negaré a padecer? Madre mía, hoy te pido esta gracia: no ya el verme libre de las cruces, sino el sobrellevarlas con paciencia. Por amor de Jesucristo te ruego me consigas de Dios esta gracia. De ti lo espero.

10. ORACIÓN DE MARÍA

1. María, en oración perenne

Nadie en la tierra ha practicado con tanta perfección como la Virgen la gran enseñanza de nuestro Salvador: “Hay que rezar siempre y no cansarse de rezar” (Lc 18, 1). Nadie como María, dice san Buenaventura, nos da ejemplo de cómo tenemos necesidad de perseverar en la oración; es que, como atestigua san Alberto Magno, la Madre de Dios, después de Jesucristo, fue el más perfecto modelo de oración de cuantos han sido y serán. Primero, porque su oración fue continua y perseverante. Desde el primer momento en que con la vida gozó del uso perfecto de la razón, como ya dijimos en el discurso de la natividad de nuestra Señora, comenzó a rezar. Para meditar mejor los sufrimientos de Cristo, dice Odilón, visitaba frecuentemente los santos lugares de la natividad del Señor, de la Pasión, de la sepultura.

Su oración fue siempre de sumo recogimiento, libre de cualquier distracción o de sentimientos impropios. Escribe Dionisio Cartujano: Ningún afecto desordenado ni distracción de la mente pudo apartar a la Virgen de la luz de la contemplación, ni tampoco las ocupaciones.

2. María, modelo de silencio y oración

La Santísima Virgen, por el amor que tenía a la oración, amó la soledad. Comentando san Jerónimo las palabras del profeta: "He aquí que la Virgen está encinta y va a dar a luz un hijo y le pondrá el nombre de Emmanuel" (Is 7, 14), dice que, en hebreo, la palabra virgen significa propiamente virgen retirada, de modo que el profeta predijo el amor de María por la soledad. Dice Ricardo que el ángel le dijo las palabras "el Señor está contigo" por el mérito de la soledad que ella tanto amaba. Por eso afirma san Vicente Ferrer que la Madre de Dios no salía de casa sino para ir al templo; y entonces iba con toda modestia, con los ojos bajos. Por eso, yendo a visitar a Isabel se fue con premura. De aquí, dice san Gregorio, deben aprender las vírgenes a huir de andar en público. Afirma san

Bernardo que María, por el amor a la oración y a la soledad evitaba las conversaciones con los hombres. Así es que el Espíritu Santo la llamó tortolilla:

"Hermosas son tus mejillas como de paloma" (Ct 1, 9). Comenta Vergelio que la paloma es amiga de la soledad y símbolo de la vida unitiva. La Virgen vivió siempre solitaria en este mundo como en un desierto, que por eso se dijo de ella: "¿Quién es ésta que sube por el desierto como columnita de humo?" (Ct 3, 6). Así sube por el desierto, comenta Ruperto abad, el alma que vive en soledad.

Dice Filón que Dios no habla al alma sino en la soledad. Y Dios mismo lo declaró: "La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón" (Os 2, 4). Exclama san Jerónimo: ¡Oh soledad en la que Dios habla y conversa familiarmente! Sí, dice san Bernardo, porque la soledad y el silencio que en la soledad se goza fuerzan al alma a dejar los pensamientos terrenos y a meditar en los bienes del cielo.

Virgen santísima, consíguenos el amor a la oración y a la soledad para que desprendiéndonos del amor desordenado a las criaturas podamos aspirar sólo a Dios y al paraíso en el que esperamos vernos un día para siempre, alabando y amando juntos contigo a tu Hijo Jesús por los siglos de los siglos. Amén.

“Venid a mí todos los que deseáis y hartaos de mis frutos” (Ecclo 24, 19). Los frutos de María son sus virtudes.

No se ha visto otra semejante a ti ni otra que se te iguale. Tú sola has agradado a Dios más que todas las demás criaturas.

Sección IV

OBSEQUIOS Y PLEGARIAS A MARÍA

Es tan generosa y agradecida la reina del cielo, que a los pequeños obsequios de sus siervos corresponde con grandes mercedes. Siendo munificentísima, dice san Andrés Cretense, suele premiar con gracias excelentes a cambio de pequeñeces.

Mas para esto se necesitan dos cosas: la primera, que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma limpia de pecado; de otra manera, María dirá lo que dijo a un soldado vicioso, el cual, como refiere san Pedro Celestino, todos los días le ofrecía algún obsequio a la Virgen. Un día que se encontraba muy hambriento, se le apareció nuestra Señora y le ofreció una exquisita vianda, pero en una vasija tan sucia que el hombre no se atrevía a comerla. “Soy la Madre de Dios que ha venido a remediar tu hambre”. “Pero en este plato no puedo comer”. Y respondió María: “¿Cómo quieres que acepte tus devociones ofreciéndomelas con alma tan sucia?”. El soldados se convirtió, se hizo ermitaño, vivió treinta años en el desierto y en la hora de la muerte se le apareció de nuevo la Virgen para llevarlo al cielo.

Decíamos en la primera parte que es moralmente imposible que se condene un devoto de la Virgen María. Pero esto ha de entenderse con la condición de que éste o viva sin pecados o al menos tenga deseos de salir de ellos, porque en ese caso nuestra Señora lo ayudará. Pero si alguno pretendiera seguir en sus pecados con la presunción de que nuestra Señora lo había de salvar, por su culpa se haría indigno de la protección de María.

La segunda condición es que persevere en la devoción a María. Sólo la perseverancia merece la corona, dice san Bernardo. Tomás de Kempis, siendo joven, recurría todos los días a la Virgen con ciertas oraciones. Un día las dejó; luego las abandonó durante una semana, y al fin del todo. Una noche, en sueños, vio cómo la Virgen abrazaba a todos sus compañeros, pero al llegar a él le dijo: ¿Qué esperas tú que has abandonado tus devociones? Vete, que eres indigno de mis abrazos. Tomás despertó despavorido y reanudó las oraciones que acostumbraba. Bien dice Ricardo de San Lorenzo: El que persevera en la devoción a María no verá defraudada su esperanza, porque todo lo que desea se cumplirá.

Pero como nadie puede estar seguro de perseverar, por eso nadie está seguro de su salvación hasta la muerte. Memorable fue el testimonio que san Juan Berchmans, religioso jesuita, dejó al morir. Al preguntarle qué obsequio sería el mejor hacia la Señora para conseguir su protección, respondió: cualquiera, por pequeño que sea, pero constante.

Por eso voy a enumerar simple y sucintamente algunos obsequios que podemos ofrecer a nuestra Madre para merecer que nos obtenga las gracias. Esto lo considero lo más provechoso de toda esta obra. No recomiendo a mi querido lector que los practique todos, sino que practique los que elija con perseverancia y con temor de perder la protección de la Madre de Dios si se descuida en continuarlos. ¡Cuántos, tal vez, que ahora están en el infierno se

habrían salvado si no hubieran abandonado los obsequios a María que un tiempo practicaron!

OBSEQUIO 1º

El Ave María

La Santísima Virgen agradece muchísimo este saludo, porque al oírlo se le renueva el gozo que sintió cuando el arcángel san Gabriel le anunció que iba a ser la Madre de Dios. Nosotros debemos saludarla con el Ave María con esta misma intención. Dice Tomás de Kempis: Saludadla con la salutación angélica, porque este saludo lo escucha muy complacida. Dijo la Virgen a santa Matilde que nadie puede saludarla mejor que con el Ave María. El que saluda a María, será saludado por ella. San Bernardo oyó cómo una vez la Virgen lo saludaba desde una imagen, y le decía: Dios te

salve, Bernardo. El saludo de María consistirá en alguna gracia con que corresponde siempre al que la saluda. Añade Ricardo de San Lorenzo: Si uno se acerca a la Madre del Señor diciéndole Ave María, ¿acaso ella le podrá negar la gracia? La Virgen María le prometió a santa Gertrudis tantos auxilios en la hora de la muerte cuantas fuesen las avemarías que le había rezado. Afirma el beato Alano que al rezar el Ave María, así como goza todo el cielo, así tiembla y huye el demonio. Esto lo confirmó con su experiencia Tomás de Kempis, quien al decir Ave María puso en fuga al demonio que se le había aparecido.

Este obsequio lo podemos practicar así:

I. Rezando por la mañana y por la noche tres avemarías con el rostro en tierra o al menos de rodillas, añadiendo después de cada avemaría la oración: Oh María, por tu pura e inmaculada concepción, haz casto mi cuerpo y santa mi alma. Luego pedirle la bendición a María como nuestra Madre que es. Así lo hacía san Estanislao. Después colocarse bajo el manto protector de nuestra Señora, pidiéndole que nos libre durante el día o la noche sin pecado. A conseguir esto ayuda tener una imagen de la Virgen cerca del lecho.

II. Rezando el Ángelus con las tres avemarías acostumbradas al amanecer, al mediodía y al caer la tarde. En tiempo de pascua se reza la antífona Regina caeli.

III. Saludando a la Madre de Dios con el Ave María al oír el reloj. San Alonso Rodríguez saludaba a María cada hora. De noche, los ángeles le despertaban para que no interrumpiese esta devoción.

IV. Saludando a la Virgen al salir de casa o al entrar, para que dentro o fuera nos libre del pecado.

V. Saludando con el Ave María a toda imagen de la Virgen que encontremos. Con esta intención es bueno que haya imágenes devotas de María en las puertas o en los muros de las casas para dar ocasión de reverenciarla a los que pasan. En Nápoles, y más en Roma, se encuentran por las calles hermosísimas imágenes de nuestra Señora colocadas por sus devotos.

VI. Será cosa muy saludable rezar un Ave María al principio o al fin de las acciones, ya sean éstas espirituales, como la oración, la confesión, la comunión, la lectura espiritual, oír la predicación, etc., ya sean temporales, como estudiar, dar buenos consejos, trabajar, sentarse a la mesa, acostarse y otras semejantes. ¡Dichosas las acciones que van enmarcadas entre dos avemarías! Y así, al levantarse por la mañana o al cerrar los ojos para dormir, en toda tentación, en todo peligro, en todo impulso de cólera y cosas similares, rezar siempre el Ave María. Hazlo así, mi querido lector, y verás el gran provecho que de esta práctica sacarás. Refiere el P. Auriema que la Santísima Virgen prometió a santa Matilde la gracia de una santa muerte si le recitaba todos los días tres veces el Ave María en honor de su sabiduría, potencia y bondad.

OBSEQUIO 2º

Las novenas

Los devotos de María ponen gran empeño en celebrar con fervor las novenas que preceden a sus festividades; y en éstas, la Virgen es todo amor al otorgar innumerables y muy especiales gracias. Vio santa Gertrudis una multitud que la reina del cielo cobijaba y a la que miraba con inefable ternura, y entendió que eran fieles que se habían preparado con ejercicios devotos a la fiesta de la Asunción. En las novenas se pueden practicar ejercicios como éstos:

I. Hacer oración mental por la mañana y por la tarde, con la visita al Santísimo Sacramento y rezar nueve veces el Padrenuestro, Ave María y Gloria.

II. Visitar alguna imagen de María, agradeciendo al Señor las gracias concedidas a ella, pidiéndole a la Virgen cada vez alguna gracia especial. En alguna de estas visitas rezar la oración propia de la novena o de la fiesta.

III. Hacer muchos actos de amor a Jesús y a María, cien o cincuenta al menos, ya que no podemos hacer cosa que más le agrade que amar a su Hijo, como ella lo manifestó a santa Brígida: Si quieres tenerme favorable, ama a mi Hijo Jesús.

IV. Leer durante un cuarto de hora, dentro de la novena, un libro que trate de sus glorias.

V. Hacer alguna mortificación corporal, como abstenerse de algún manjar más delicado, ayuno o abstinencia en las vigilias de las fiestas. Pero lo mejor de todo son las mortificaciones internas, como abstenerse de miradas curiosas, estar retirado, no hablar innecesariamente, obedecer y no responder con impaciencia, soportar las contrariedades y cosas semejantes. Todo esto se puede hacer sin peligro de vanagloria, con mayor mérito y sin tener que andar pidiendo permiso al Director espiritual.

Todavía será más útil proponerse al principio de cada novena luchar contra algún defecto en que se cae con más frecuencia. Será de mucho provecho, en las visitas de que hemos hablado, pedir perdón por las pasadas caídas, renovando la resolución de no volver a caer, implorando para todo el auxilio de María.

Pero el obsequio más agradable a la Virgen será imitar sus virtudes. Y para esto, proponerse en cada novena la práctica de alguna virtud especial de María más adaptada al misterio que se celebra, como, por ejemplo, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, la pureza de

intención; en la de la Presentación, el despego de alguna cosa a la que nos sintamos más apegados; en la de la Anunciación, la humildad al soportar los desprecios, u otras; en la Visitación, la caridad con el prójimo, dando limosnas, rogando por los pecadores; en la Purificación, la obediencia a los superiores y finalmente, en la de la Asunción, ejercitarse en el desprendimiento de las cosas de la tierra y prepararse para una santa muerte, acostumbrándose a vivir como si cada día fuera el último de la vida. Así, las novenas resultarán provechosas.

VI. Además de asistir a la santa Misa y comulgar el día de la fiesta, hacerlo también durante los días de la novena. Decía el P. Segneri que la mejor manera de honrar a María es uniéndose a Jesús. No se le puede ofrecer nada más santo que la santa comunión. En ella Jesús recoge el fruto de su sagrada Pasión. La Virgen María está deseando que sus hijos comulguen, diciéndoles: “Venid, comed mi pan y bebed el vino que he preparado para vosotros” (Pr 9, 5).

VII. Por último, el día de la fiesta, después de la comunión, ofrecerse a servir a esta Madre de Dios, pidiéndole la gracia y virtud que se había propuesto en la novena u otra gracia especial. Y estaría bien destinar cada año, entre las fiestas de la Virgen, aquélla a la que tengamos más tierna devoción, para dedicarnos y consagrarnos a ella de manera muy especial a su servicio, reiterándola que la tenemos por nuestra Señora, Abogada y Madre. A la vez le pediremos perdón por nuestros descuidos en servirla durante el año transcurrido y le pediremos, en fin, que nos tenga bajo su protección y nos obtenga una santa muerte.

OBSEQUIO 3º

El rosario y otras plegarias a María

La devoción al santo rosario fue revelada a santo Domingo por la Madre de Dios cuando, afligido el santo y lamentándose con nuestra Señora del gran daño que hacían a la Iglesia los herejes albigenses, le dijo la Virgen: Esta tierra será siempre estéril si no le cae la lluvia. Entendió santo Domingo que esta lluvia era la devoción del rosario que él debía propagar. El santo lo predicó por todas partes. De hecho, esta devoción fue abrazada por todos los católicos, de manera que no hay otra que más practiquen los cristianos de todas las clases sociales como ésta del santo rosario. ¿Qué no han intentado los herejes modernos, Calvino, Bucero y otros, para desacreditar la devoción del rosario? Pero es notorio el gran fruto que ha traído a la tierra esta nobilísima devoción. ¡Cuántos por medio de él se han librado de los pecados! ¡Cuántos

han llegado a tener vida santa! ¡Cuántos han logrado una buena muerte y se han salvado!

Hay muchos libros que tratan de esto.

Basta saber que esta devoción ha sido aprobada por la santa Iglesia y los sumos pontífices la han enriquecido con indulgencias. Para ganarlas es menester que mientras se reza se mediten los misterios correspondientes. Si alguno no los supiera, bastará con que medite algún paso de la vida o de la pasión del Señor. Es necesario también rezar el rosario con devoción. Dijo la Virgen a la beata Eulalia que le agradaba más una parte rezada con pausa y devoción, que los quince misterios con precipitación y sin fervor. Por eso está muy bien rezarlo de rodillas y ante alguna imagen de María, y al principio hacer un acto de amor a Jesús y María pidiéndoles alguna gracia. Y es mejor rezarlo acompañado de otros que solo.

El Oficio Parvo de la Virgen dicen que lo compuso san Pedro Damiano. La Virgen ha demostrado en diversas ocasiones cuánto le agrada esta devoción. Mucho agradece también las letanías. El Ave Maris stella cada día lo rezaba santa Brígida por orden de la Virgen. Sobre todo es bueno rezar el canto del Magnificat puesto que al rezarlo alabamos a Dios con las mismas palabras que ella empleó para glorificarlo.

Todas estas plegarias nos ayudan a alcanzar el favor de María y los dones e indulgencia de Dios.

OBSEQUIO 4º

El ayuno

Hay devotos que suelen ayunar en honor de la Virgen los sábados y las vigilias de las fiestas principales. El sábado es día dedicado por la Iglesia a la Santísima Virgen, porque –al decir de san Bernardo– en ese día ella mantuvo constante y viva la fe, después de la

muerte de su Hijo, durante todo aquel triste sábado. Por eso, con toda propiedad, la Iglesia acostumbró a celebrar el día del sábado en todo el mundo. Por eso los devotos de María le ofrecen en este día algún obsequio especial, y en concreto el ayuno. San Carlos Borromeo, el cardenal Toledo y tantos otros practicaban el ayuno a pan y agua.

Quien practica esta devoción, seguro que no se condenará, no porque al llegar la muerte en pecado mortal la Virgen tenga que librarlo milagrosamente, sino porque la Madre de Dios le obtendrá seguramente la perseverancia en la gracia de Dios y una buena muerte. Si no se ayuna de esa manera, al menos guardar en su honor un ayuno normal o abstenerse de alguna vianda o de alguna fruta o algo que agrade de modo particular.

A estos ayunos convendría añadir los sábados algunos obsequios especiales para la Señora, como oír la santa Misa y comulgar, visitar alguna imagen de la Virgen y cosas semejantes. Y en las vigilias de las principales fiestas de la Virgen, ofrecerle alguna de las formas de ayuno descritas.

OBSEQUIO 5º

Visitar las imágenes de María

Dice el P. Segneri que el demonio, para compensarse de lo que pierde con la destrucción de los ídolos, trata de perseguir el culto de las sagradas imágenes por medio de los herejes. Pero la Iglesia las ha defendido hasta con la sangre de sus mártires. Y la Madre de Dios ha demostrado hasta con milagros cuánto agradece las visitas a sus imágenes.

A san Juan Damasceno le cortaron la mano por haber defendido con sus escritos las imágenes de María, pero la Virgen, milagrosamente, se la restituyó. Narra el P. Spinelli que en Constantinopla todos los viernes, después de las vísperas, se descorría espontáneamente un velo que cubría una imagen de María, y al acabar de rezarse las vísperas del sábado, se volvía a cubrir. Ante san Juan de Dios se descorrió también el velo que cubría una imagen de la Virgen que estaba venerando. El sacristán,

tomándolo por un ladrón, le dio una patada, pero el pie se le quedó paralizado.

Todos los devotos de María suelen visitar con gran afecto y con frecuencia las imágenes de la Virgen en las iglesias a ella dedicadas. Éstas son precisamente, dice san Juan Damasceno, las ciudades de refugio donde encontramos amparo contra las tentaciones y los castigos merecidos por las culpas cometidas. El emperador san Enrique, al entrar en una ciudad lo primero que hacía era visitar una iglesia dedicada a nuestra Señora. El P. Tomás Sánchez no volvía a casa si antes no visitaba alguna iglesia dedicada a María.

Que no nos sea trabajoso visitar a diario a nuestra Reina en alguna iglesia o capilla o en nuestra propia casa, donde estaría bien tener en un lugar retirado un pequeño oratorio con su imagen adornada con luces y flores y rezar ante ella el rosario y las letanías, entre otras preces. Para esto he compuesto el libro de las visitas al Santísimo y a la Santísima Virgen, para todos los días del mes. El devoto de la Virgen podría encargar celebrar en alguna iglesia o capilla alguna de sus solemnidades, precedida de la novena, si es posible con la exposición del Santísimo.

Suplico con mucho encarecimiento a los devotos de María que se abstengan de ir ellos y procuren que no vayan otros a santuarios de

la Virgen en tiempo de romerías, donde se sabe que hay muchos escándalos; porque más fruto consigue el infierno que honra la Madre de Dios.

OBSEQUIO 6º

El escapulario

Así como los grandes del mundo tienen a honor que otros hombres lleven su librea, así María Santísima agradece que sus devotos lleven su escapulario para dar testimonio de que están consagrados a su servicio y que pertenecen a la familia de la Madre de Dios. Los herejes modernos se burlan, como es costumbre en ellos, de esta devoción, pero la santa Iglesia la ha bendecido con bulas e indulgencias. Refieren los PP. Crasset y Lezzana hablando del escapulario, que hacia el año 1251 se apareció la Santísima Virgen

a san Simón Stock, inglés, y dándole su escapulario le dijo que quienes lo llevaran se librarían de la eterna condenación. “Recibe, hijo amadísimo, este escapulario de tu Orden, signo de mi confraternidad, privilegio para ti y todos los carmelitas. El que muera con él no padecerá el infierno”. Cuenta demás el P. Crasset que María, apareciéndose al Papa Juan XXII, le ordenó hacer saber a los que llevaran el escapulario que serían librados del purgatorio el sábado siguiente al día de su muerte.

Así lo declaró el mismo pontífice en la bula confirmada expresamente por los papas Alejandro V, Clemente VII y otros varios, como refiere el P. Crasset.

OBSEQUIO 7º

Pertenecer a las cofradías de María

Algunos desaprueban las cofradías diciendo que, a veces, son ocasión de discordias y que muchos entran a ellas por miras humanas. Pero como no condena la Iglesia la recepción de los sacramentos porque haya quienes abusan de ellos, así tampoco han de condenarse las congregaciones y cofradías. Los sumos pontífices, en vez de eso, las han colmado de alabanzas y las han enriquecido con indulgencias.

San Francisco de Sales exhortaba a los seglares con mucho encarecimiento a que se inscribiesen en las cofradías. ¿Qué no hizo san Carlos Borromeo por instalar y multiplicar estas congregaciones? En sus sínodos, precisamente insinúa a los confesores que procuren que los penitentes entren en ellas: El confesor, conforme a sus posibilidades, trate de persuadir a los penitentes a que se adscriban a alguna asociación piadosa. Y con toda razón, porque estas congregaciones, especialmente las de nuestra Señora, son otras tantas arcas de Noé en que encuentran refugio los seglares contra el diluvio de las tentaciones y de los pecados que inundan el mundo.

Nosotros, al dar las misiones, hemos comprobado muy bien lo útiles que son las congregaciones. Normalmente, es mucho más virtuoso un hombre que va a las congregaciones que veinte que no pertenecen a ninguna. La hermandad o cofradía puede llamarse la "torre de David de la que cuelgan mil escudos, todos armaduras de valientes" (Ct 4, 4). La razón del gran provecho que causan las cofradías es que en ellas se adquieren muchas defensas contra el infierno y se practican los medios para conservarse en la gracia de

Dios, medios que fuera de las congregaciones difícilmente usan los seglares.

I. Uno de los medios para salvarse es pensar en las máximas eternas: “Acuérdate de tus postrimerías y nunca jamás pecarás” (Ecclo 7, 11). Los que van a la Congregación se recogen con frecuencia a pensar con tantas meditaciones y lecturas y sermones que allí se tienen. “Mis ovejas oyen mi voz” (Jn 10, 27).

II. Para salvarse es necesario encomendarse a Dios: “Pedid y recibiréis” (Jn 16, 24), y en la cofradía los hermanos hacen esto constantemente. Y Dios los oye, tanto más cuanto él mismo ha dicho que concede sus gracias con mucho gusto a las plegarias hechas en común. “Si dos de vosotros se unen en la tierra, todo lo que pidan se lo concederá mi Padre” (Mt 17, 19). A lo que añade san Ambrosio: “Muchos pequeños cuando se congregan en uno se hacen grandes, y las preces de muchos es imposible que no sean oídas”.

III. En la cofradía más fácilmente se frecuentan los sacramentos, tanto por las normas de las mismas como por los ejemplos de los otros cofrades. Con esto fácilmente se obtiene la perseverancia en la gracia de Dios, habiendo declarado el sagrado Concilio de Trento que la comunión es como el contraveneno que libra de las culpas cotidianas y preserva de los pecados mortales.

IV. Además de los sacramentos, en las congregaciones se realizan muchos ejercicios de mortificación, de humildad y de caridad hacia los hermanos enfermos y pobres. Y estaría muy bien que en cada hermandad se estableciese la costumbre de visitar y atender a los enfermos pobres.

V. Ya hemos dicho cuánto ayuda para salvarse servir a la Madre de Dios; ¿y qué otra cosa hacen los hermanos cofrades sino servirla? ¡Cuánto la alaban! ¡Cuántas oraciones le dirigen! Allí se consagran desde el principio a su servicio eligiéndola de modo especial por su Señora y Madre, y se inscriben en el libro de los hijos de María. Por lo que, como son devotos e hijos distinguidos de la Virgen, ella los trata con predilecciones y los protege en la vida y en la muerte, de modo que quien pertenece a una Congregación de María puede decir que con esa pertenencia le han venido multitud de bienes.

Dos cosas debe cuidar el congregante; lo primero, ir a la Congregación para servir a Dios, a su santa Madre y para salvar su alma; lo segundo, no dejar por nada del mundo de asistir a la hermandad en los días establecidos, pues allí va a tratar el negocio más importante que tiene, que es el de la salvación eterna. Y procure atraer a cuantos pueda a la Congregación y especialmente procure hacer volver a los que se alejaron.

OBSEQUIO 8º

Las limosnas en honor de María

Los devotos de la Virgen suelen dar limosnas en honor de la Madre de Dios, especialmente los sábados. Refiere san Gregorio en sus Diálogos que un santo zapatero llamado Deusdedit distribuía los sábados entre los pobres lo que le sobraba de las ganancias de la semana. Y se le mostró a un alma santa como un suntuoso palacio que Dios tenía preparado en el cielo para este siervo de María y que se iba construyendo los sábados. San Gerardo no negaba a la puerta del templo ninguna limosna que se le pidiera en nombre de María. Lo mismo hacía el P. Martín Gutiérrez, jesuita; y una vez confesó que no había gracia que le hubiera pedido a María que no la hubiera conseguido. Habiendo muerto este siervo de Dios a manos de los hugonotes, se le apareció la Madre de Dios a sus

compañeros acompañada de vírgenes, que envolvieron en lienzos el santo cuerpo y se lo llevaron.

Lo mismo practicaba san Everardo, obispo de Salzburgo. Y un santo monje lo vio a guisa de un niño en brazos de María, que decía: Éste es mi hijo Everardo que nunca me ha negado nada. De igual modo procedía Alejandro de Alés, el cual, requerido por un lego a que se hiciera franciscano en nombre de María, dejó el mundo y entró en la Orden. El que se sienta verdadero devoto de la Virgen no se niegue a dar cada día alguna limosna en su honor, y más crecida los sábados. Y si no puede otra cosa, al menos por amor de María haga cualquier otra obra de caridad, como asistir a los enfermos, rezar por los pecadores y por las almas del purgatorio y muchas más que se pueden hacer. Las obras de misericordia agradan muchísimo a esta Madre de misericordia.

OBSEQUIO 9º

Acudir con frecuencia a María

Entre todos los obsequios que podemos ofrecerle, le agrada extraordinariamente a nuestra Madre el que recurramos con frecuencia a su intercesión y le pidamos su ayuda en todas nuestras necesidades particulares, como cuando se trata de recibir o de dar consejos, en los peligros, en las penas y en las tentaciones, especialmente en las que son contra la castidad. La Madre de Dios nos librará ciertamente si recurrimos a ella con confianza, ya sea que acudamos a ella con el rezo de la oración, “bajo tu amparo nos acogemos”, o con el Ave María, o sólo con invocar el santísimo nombre de María, que tiene un poder especial para ahuyentar a los demonios.

El P. Santi, franciscano, acudió a María en una tentación impura, y se le apareció al instante la Virgen, le pudo la mano en el pecho y se vio libre de todo peligro. En semejantes casos es buena industria besar el escapulario o el rosario, o tenerlos en la mano, o mirar y besar alguna imagen de la Virgen.

OBSEQUIO 10º

Otras prácticas en honor de María

I. Celebrar, hacer celebrar y participar en la santa Misa en honor de la Santísima Virgen. El santo sacrificio de la Misa siempre se ofrece a Dios en reconocimiento de su supremo dominio, pero esto no impide, dice el sagrado Concilio de Trento, que pueda ofrecerse a la vez a Dios en agradecimiento por las gracias concedidas a los santos y a su Santísima Madre y para que haciendo memoria de ellos se dignen interceder por nosotros. Por eso se dice en la Misa: "Para que a ellos les sirva de honor y a nosotros de salvación". La Santísima Virgen reveló a un alma piadosa que le es muy agradable este ofrecimiento de la Misa, así como rezar el Padrenuestro, Ave María o Gloria a la Santísima Trinidad en agradecimiento por las gracias concedidas a María. Ya que no puede la Virgen agradecer por completo al Señor por todos los privilegios que le ha concedido, goza mucho con que sus hijos se le asocien en esta gratitud.

II. Reverenciar a los santos más unidos a María, como san José, san Joaquín y santa Ana. La Virgen recomendó a un noble la devoción a santa Ana, su madre. Honrar también a los santos más devotos de la Madre de Dios, como san Juan evangelista, san Juan Bautista, san Juan Damasceno, defensor de sus imágenes; san Ildefonso, defensor de su virginidad; san Bernardo y otros.

III. Leer diariamente algún libro que trate de las glorias de María. Predicar o al menos insinuar a todos, especialmente a familiares y amigos, la devoción a la Madre de Dios.

Dijo un día la Virgen a santa Brígida: Haz que tus hijos sean mis hijos. Rezar todos los días por los vivos y difuntos más devotos de María.

Termino con estas hermosas palabras de san Bernardino: Oh Señora bendita entre todas las mujeres, tú eres el honor de todo el género humano, la salvación de nuestro pueblo. Tú tienes méritos sin límites y entera potestad sobre todas las criaturas. Eres la Madre de Dios, la Señora del mundo, la Reina del cielo; eres la dispensadora de todas las gracias, el ornamento de la Iglesia. Eres el ejemplo de los justos, el consuelo de los santos y la raíz de nuestra salvación. Eres la alegría del paraíso, la puerta del cielo, la gloria de Dios. Mira, Señora, que hemos anunciado tus alabanzas. Te suplicamos, por tanto, Madre de bondad, que suplas nuestra

debilidad, excuses nuestro atrevimiento, agradezcas nuestro servicio y bendigas nuestras fatigas imprimiendo en el corazón de todos tu amor a fin de que después de haber honrado y amado en la tierra a tu Hijo podamos alabarlo y bendecirlo en el cielo. Amén.

CONCLUSIÓN DE LA OBRA

Y con esto me despido de ti, querido lector y hermano que amas a nuestra Madre María, diciéndote: Prosigue dichoso honrando y amando a esta excelente Señora, procurando también, cuanto más puedas, que la amen todos los demás. No dudes, confía seguro de que si perseveras en la verdadera devoción a María hasta la hora de tu muerte, tu salvación está asegurada. Yo termino, no porque no tenga más que decir sobre las glorias de esta gran Reina, sino por no cansarte más. Lo poco que dejo escrito es suficiente para que te enamores de este gran tesoro de la devoción a la Madre de Dios, al que ella corresponderá con su poderosa protección.

Agradece el deseo que he tenido en esta mi obra de ver que te has salvado como santo, al verte convertido en hijo amante y apasionado de esta amabilísima Reina. Y si reconoces que este libro te ha servido de alguna utilidad, por caridad te ruego que me encomiendes y le pidas a esta Madre la gracia que yo le pido para ti: la de que nos veamos un día en el paraíso en unión de todos sus amados hijos.

Y vuelto hacia ti, Madre de mi Señor y Madre mía María, te ruego que premies estas mis pobres fatigas y el deseo que he tenido de acabar esta obrita sobre tus glorias antes de concluir mi vida, que ya se va acercando al fin. Ahora ya muero contento, dejando en la tierra éste mi libro que continuará alabándote y predicándote conforme he procurado hacer siempre durante estos años desde el día de mi conversión que por tu medio Dios me concedió.

Madre inmaculada, te encomiendo a todos aquellos que te aman y especialmente a aquellos que lean este libro; y de modo más especial a los que tengan la caridad de encomendarme a ti. Señora, dales la perseverancia, hazlos del todo santos y llévalos así seguros a alabarte todos juntos en el cielo. Madre mía, es verdad que soy un pobre pecador, pero me glorío de amarte y espero de ti grandes favores, sobre todo el de morir amándote. Espero que en las angustias de mi agonía, cuando el demonio intente poner ante los ojos mis pecados, me habrán de confortar para salir de esta vida en gracia de Dios, en primer lugar, la pasión de Jesús, y, luego, tu intercesión para llegar a amarlo y a darte gracias, Madre mía, por

los siglos de los siglos. Así lo espero. Así sea.

¡Vivan Jesús, María, José y Teresa!